

**BÉSSANNE,  
POR FAVOR**

**Clamores de Juventud  
parte 2**

**ESTRELLA CORREA**



©2017 ESTRELLA CORREA

©2017 de la presente edición en castellano para todo el mundo: EDICIONES  
CORAL ROMÁNTICA (Group Edition World)

Dirección: [www.edicionescoral.com](http://www.edicionescoral.com)/[www.groupeditionworld.com](http://www.groupeditionworld.com)

Primera edición: Junio 2017

Diseño portada e ilustraciones: Juan Antonio González – Ediciones Coral  
Conversión a epub: Group Edition World

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



BESAME,  
POR FAVOR

CLAMORES DE JUVENTUD  
PARTE 2

ESTRELLA CORREA



## SINOPSIS

Dani se siente perdida, confió de nuevo en el amor y nada era lo que creía. Ahora, decepcionada y rota por el dolor, decide dar una oportunidad al pasado. Piensa que acercándose a él puede conseguir las respuestas que lleva tanto tiempo esperando, pero tal vez, y sólo tal vez, lo que encuentre vuelva a romperle todos los esquemas y tenga que replantearse que las cosas no siempre ocurren como nosotros deseamos.

En “Bésame, por favor”, Dani vive inmersa en un mundo de pasiones peligrosas.

Las probables salidas puede que la llenen de felicidad, pero sus pliegues ocultan no pocas frustraciones y desdichas.

## INDICE

- CAPÍTULO 1: SALIR CORRIENDO.
- CAPÍTULO 2: PARÍS. TEN CUIDADO, NO TE PIERDAS.
- CAPÍTULO 3: NOCHE DE FIESTA.
- CAPÍTULO 4: ¿QUÉ HACES AQUÍ?
- CAPÍTULO 5: ESTO ES UNA LOCURA.
- CAPÍTULO 6: ERRORES.
- CAPÍTULO 7: VERTE DE NUEVO.
- CAPÍTULO 8: VIEJOS TIEMPOS.
- CAPÍTULO 9: RESPUESTAS QUE DUELEN.
- CAPÍTULO 10: SENTIRLO.
- CAPÍTULO 11: ACEPTACIÓN.
- CAPÍTULO 12: VERDADES TARDÍAS.
- CAPÍTULO 13: HOGAR, DULCE HORGAR.
- CAPÍTULO 14: LO PRIMERO ES LO PRIMERO.
- CAPÍTULO 15: CRUDEZAS.
- CAPÍTULO 16: SI HAY ALGO MÁS.
- CAPÍTULO 17: TORRES QUE LLEGAN AL CIELO.
- CAPÍTULO 18: TRES, MULTITUD.
- CAPÍTULO 19: SÍRVETE TÚ MISMA.
- CAPÍTULO 20: ¿*MÉNAGE A TROIS*? NI LOCA.
- CAPÍTULO 21: NO PROMETAS.
- CAPÍTULO 22: IGNAUGURACIONES Y GIN-TONICS.
- CAPÍTULO 23: LA PRIMERA VEZ.
- CAPÍTULO 24: FORMAS DE METER LA PATA.
- CAPÍTULO 25: LA HORA.
- CAPÍTULO 26: DESPUÉS DE QUERER MORIRME.
- CAPÍTULO 27: PERDIÉNDOME EN ÉL.
- CAPÍTULO 28: SÉPTIMO CIELO.
- CAPÍTULO 29: NO ES UN BUEN MOMENTO.
- CAPÍTULO 30: QUIERO LLEVARTE.
- CAPÍTULO 31: ACLARACIONES INNECESARIAS.
- CAPÍTULO 32: PASO UNO: DECIR LA VERDAD.

CAPÍTULO 33: PASO DOS: ASIMILARLA.  
CAPÍTULO 34: PASO TRES: QUERER SIN CONDICIONES.  
CAPÍTULO 35: EMPATÍA.  
CAPÍTULO 36: NUNCA SE VA DEL TODO.  
CAPÍTULO 37: EL JEFE SIEMPRE LLEVA RAZÓN.  
CAPÍTULO 38: PARA ESO, NUNCA ES BUEN MOMENTO.  
CAPÍTULO 39: GRANDES HISTORIAS DE AMOR.  
CAPÍTULO 40: SALVADA POR LA CAMPANA.  
CAPÍTULO 41: CUMPLEAÑOS. PARTE 1: CUMPLO AÑOS FELIZ.  
CAPÍTULO 42: CUMPLEAÑOS. PARTE 2: REÍR O LLORAR.  
CAPÍTULO 43: CUMPLEAÑOS. PARTE 3: ¡SORPRESA!  
CAPÍTULO 44: CUMPLEAÑOS. PARTE 4: TIC, TAC, TIC, TAC.  
EPÍLOGO





## PRÓLOGO

El desasosiego se apodera de mí al cruzar el vestíbulo de casa. Todo está igual, pero distinto. Los muebles, los mismos de esta mañana, cuando salí corriendo de aquí, han cambiado, parecen diferentes y la seguridad de que nada será igual me ahoga. Un vacío demasiado grande y frío me recorre entero. Entro en la cocina y veo la nota que me dejó sobre la mesa. Sigue en el mismo sitio, donde la solté como si ardiera entre mis dedos. No tengo que leerla, sé exactamente lo que hay escrito de su puño y letra: «Lo siento. No he tenido tiempo de decírtelo. Paso el día con mi hermano. Hace varias semanas que quiere hablar conmigo. Te quiero».

Cuando la leí, supe que sería la última vez que me lo diría, que jamás volvería a escucharlo de sus labios si no impedía que hablara con Fernando antes que conmigo. No entiendo cómo ha podido escapárseme, la llevo vigilando semanas. ¡Alguien pagará por este puto error!

¡Maldita sea! Debería ser yo quien le cuente lo cabrón retorcido que puedo llegar a ser. Casi me vuelvo loco. La llamé, le ordené que volviera, intenté contactar con ella a cada minuto. He pasado el día más largo de toda mi jodida vida.

Desde el primer momento supe que Dani no me perdonaría nunca. Empezar a salir con ella para extorsionar a Fernando Sánchez jamás fue una buena idea. ¡Joder! Dicho así... ¡me merezco lo que tengo! Soy la peor persona sobre la faz de la tierra.

Deslizo por mis hombros, de mala gana, el abrigo empapado por la lluvia, dejándolo caer al suelo de la cocina. Voy al salón y abro una botella de bourbon. Bebo directamente de ella. El líquido quema mi garganta, pero apacigua el sufrimiento y la desesperanza. Con el puño de mi camisa limpio el líquido que gotea de mi boca. Dejo caer mi cuerpo sobre uno de los sofás y la fuerza lo hace retroceder unos centímetros. Encuentro sobre la mesa su pulsera (la cadenita de plata de la que cuelga una estrella, un corazón y un antifaz). El ardor en mi estómago se acrecienta. Me incorporo, la cojo y una punzada de dolor cruza mi corazón. Abro la mano derecha y la miro. Es sencilla y bonita. Como ella. El dolor me golpea el pecho y, antes de que me reviente por completo, la tiro al suelo y termino con la botella de un trago.

Estoy enfadado, cabreado conmigo mismo por no haber sabido manejar la situación, por no haber hecho las cosas bien. Debí haber sido sincero desde el principio, debí haberle contado todo cuando tuve la oportunidad. Soy un cabrón. No he debido hacerle daño de esa manera despiadada. No he debido hacer lo que hice. Utilizarla ha estado mal. Es la peor decisión que he tomado en mi vida. ¿En qué estaba pensando?

Por primera vez estoy asustado. No conozco los sentimientos que me aprisionan el pecho. Se me escapa por completo todo lo que me sucede. Nunca me había sentido así. Nunca había querido tanto a nadie.

Sigo con la ropa mojada, pero el alcohol ha calentado engañosamente mi cuerpo. Tiro la botella y cae sobre la alfombra. Apoyo las palmas de las manos en el filo del sofá e impulso mi cuerpo para levantarme. Voy al dormitorio y, entre tropiezos, me desnudo. Me pongo el primer pantalón de chándal que encuentro. Intento meter mis brazos en una camiseta, pero el nivel de alcohol en mi torrente sanguíneo no me permite coordinar con destreza. Desisto tras varios intentos.

Arrastro los pies hasta el mueble del salón donde guardo muchas más botellas de bourbon. Saco dos del armario, abro una de ellas y le doy un trago. Jamás olvidaré la cara con la que me ha mirado esta noche. Sus ojos vacíos no me han permitido encontrar nada en ellos. Nada que me diga que aún queda algo entre nosotros, una señal que me indique que no ha desaparecido todo dentro de ella.

Camino dando tumbos hasta nuestra habitación, pero sólo tengo que cruzar el umbral para darme cuenta de que pasar la noche aquí solo no es buena idea. Decido dirigirme a la habitación de invitados. Me estremece la

frialdad del dormitorio. Merezco estar solo y el dolor que me atraviesa. Termino con media botella y caigo rendido sobre el edredón de plumón blanco.

Despierto mareado en la cama que casi desconozco. Este dormitorio sólo lo utiliza Noelia cuando viene a Madrid de visita de vez en cuando. El sol quema mis dilatadas pupilas y me doy cuenta de que ha pasado el mediodía. No pude acostarme en nuestra habitación. Olía a ella, podía sentir su cuerpo sobre la cama, sus piernas rodeando mi cintura, nuestras bocas unidas, mis manos volando sobre su cuerpo... yo encima, empujando dentro de ella, llenándola entera...

He tenido un sueño. Dani junto a mí llamándome bajito. No se había ido, no me había abandonado. Tiraba suavemente de mi cuerpo para que despertara, pero, tras unos breves instantes, la oscuridad volvió a cernirse sobre mí y me di cuenta de que seguía solo y perdido.

Me encuentro completamente mareado y confuso. Un fuerte dolor golpea mi cabeza y una única idea se instala en ella. Necesito otra botella de bourbon para dormir durante todo el maldito día. Me siento en el borde de la cama y cierro los ojos, tratando de que el pinchazo que atraviesa mi sien desaparezca. Apoyo una mano sobre la mesita de noche y me impulso hacia arriba. Las piernas me obedecen a duras penas.

Camino descalzo por el pasillo y el eco de ruidos en algún lugar del ático rebotan en mi cabeza, haciéndola explotar. Me tambaleo y tengo que agarrarme a la pared para no caer al suelo. Me masajeo la sien.

Tropiezo con el arco de la cocina y la veo. Mis piernas comienzan a temblar y el pulso se me acelera. Dani limpia con un trapo la barra de la cocina. Su perfecto cuerpo y su torneado trasero tienen un efecto inmediato en mí. Tengo que controlarme para no abalanzarme sobre ella.

—¿Qué hacéis aquí? —agarro el quicio de la puerta para no caerme cuando sus ojos se encuentran con los míos. Siguen igual de vacíos que anoche. No encontrar nada tras ellos me parte en dos. Yo tengo la culpa de su dolor. Soy el único responsable y eso me mata.

—¡Eso mismo me pregunto yo! —Sara se pone completamente a la defensiva. Entiendo su recelo. Me imagino su cara de desprecio, pero no la veo. No puedo apartar la mirada de ELLA. Es posible que sea la última vez que la vea—. Ya le has visto. No se va a morir —sigue. Agarra a Dani por el

codo y tira de ella—, aunque sea lo que merezca.

Sí, lo merezco, pero no estoy muerto. Esto es muchísimo peor. La mujer de mi vida la sigue y pasa junto a mí como si yo no estuviera. Su indiferencia me mata. Levanto la mano lo suficiente para que roce la suya y cada célula de mi cuerpo reacciona a su contacto. Sé que ella ha sentido lo mismo.

La desesperación que se instala en mi pecho al verla salir de nuevo de mi vida se apodera de mi raciocinio, cojo una jarra de cristal con margaritas, sus preferidas, y la lanzo con fuerza contra la pared. La ira contenida hace acto de presencia. Los cristales saltan, hechos añicos, y caen esparcidos sobre el suelo de la cocina.

Siento un pinchazo en el costado y agacho la cabeza buscando de dónde proviene el dolor. Veo un trozo de cristal clavado sobre mi piel. Tiro de él y lo saco. Duele, pero nada comparado con lo que siente mi corazón.

Abro el cajón y cojo un paño limpio, lo mojo bajo el grifo y lo acerco a la herida. La limpio sin cuidado y lo enjuago de nuevo. La escucho entrar en la habitación. Los cristales del suelo se extienden a cada paso. Se detiene junto a mí lo suficientemente lejos para que nuestros cuerpos no se toquen. Me quita el paño de las manos y termina de enjuagarlo por mí. Mi susceptible piel se altera cuando sus dedos rozan los míos. Tengo que aguantar la respiración y contar hasta diez para no abalanzarme sobre ella, subirla a la encimera y hacerla mía una y otra vez.

No puedo dejar de mirarla. No sé cuándo será la próxima vez. Tal vez no haya próxima vez. Ese pensamiento consigue cabrearme.

—¿Cuánto has bebido? —es un susurro, pero escucharía su voz desde el otro lado del planeta.

—No lo suficiente... —¡Joder, quiero beber hasta que el dolor desaparezca!

—No puedes hacer esto —aprieta la herida de mi costado con el paño húmedo. Que me toque no hace otra cosa que atormentarme más—. Es más profunda de lo que parece, necesitas ir a un hospital.

«Necesito que me escuches, que me perdones. Necesito que me ames como yo te amo a ti, con locura, con desesperación... Necesito levantarme contigo a mi lado todos los días de mi maldita vida, necesito que seas mía,

necesito estar dentro de ti... Te necesito a ti».

—No hace falta —no aguanto más la desazón. Agarro sus manos y las aparto de mi cuerpo.

—Necesitas que te cosan —sabe que la he rechazado, pero ignora mi desprecio y vuelve a limpiar el paño bajo el grifo. No la merezco.

—Lo que necesito no quiere saber nada de mí —quiero levantarla, empotrarla contra la pared y follármela hasta hacerla entrar en razón y que vuelva a quererme. Soy un completo gilipollas. Me daría de hostias hasta que se apague el sol.

Cierro los ojos arrepentido por el tono de voz que he utilizado. Dani deja el trapo sobre la encimera y se va.

No me mira.

No vacila.

Me lo merezco. He sido un cabrón con ella y aun así me atrevo a tratarla como a una mierda. Alejarse de mí es la mejor decisión que puede tomar.

Cojo otra botella de bourbon del armario del salón. Terminaré con ella sobre el sofá y caeré desfallecido. La veo entrar en la sala desde el pasillo de las habitaciones y suspiro aliviado. No se ha ido, no me ha dejado. Aún.

—Creí que ya habías salido corriendo lejos de mí —no es lo que quiero, pero...—. Deberías. No soy buena persona.

Me quita la botella de las manos y la deja sobre la mesa. Se arrodilla frente a mí y, de nuevo, intenta que nuestros cuerpos no se toquen.

—¿Me tienes miedo? —la idea de que sea así me abrumba. Jamás le haría daño. Nunca le hubiera hecho nada.

—No estaría aquí si fuera así.

Respiro aliviado, hasta que coloca una gasa sobre la herida de mi costado y con sus dedos cosquillea mi piel. No aguanto su roce. Saber que jamás volveré a tenerla entre mis brazos me destroza.

—¿Te duele? —por fin me mira a los ojos. Nuestras miradas se conectan e intento transmitirle todo lo que no me atrevo a decir con palabras.

—No me duele la herida..., sino el tacto de tu piel —me sincero. Y vuelvo a hacerle daño con mis palabras.

¡Joder!

Desconecta nuestras miradas y termina de cubrir el corte con la gasa. A continuación, se levanta, coge el bolso de la mesa y empieza a girarse hacia la

puerta.

—¿Por qué has venido? —no quiero que se vaya.

—Necesitaba mis cosas —se cuelga el bolso y agarra fuerte la correa. Me doy cuenta en ese momento de que se lo ha llevado todo. Se va de mi vida sin remedio y sin dejar huella evidente. Salvo la que deja dentro de mí.

—¿Se... acabó?—mi pregunta me lastima.

—Nunca hubo nada —su respuesta me desgarró.

Da la vuelta sobre su cuerpo y camina hacia la puerta. No permitiré que desaparezca así. Pensando que no hubo nada. Mis sentimientos son verdaderos. Tal vez me equivoqué en la forma, en las razones..., pero cada minuto que he pasado junto a ella han sido los mejores de mi vida. No permitiré que me diga que no fueron ciertos.

Utilizo toda mi fuerza para levantarme, seguirla hasta el vestíbulo sin caerme, agarrarla, tirar de su muñeca y aprisionarla entre la pared y mi cuerpo. Sujeto su torneada cadera con fuerza. Es mía y lo seguirá siendo siempre. Mientras, con la mano derecha, me aferro a su cuello y acaricio sus dulces labios con mi pulgar. Quiero besarla. Besarla fuerte y morderla. Y que se rinda a mí.

—No digas que no hubo nada —susurro molesto con mi boca a dos centímetros de la suya. Nuestras respiraciones se escuchan totalmente desacompañadas—. No te atrevas a decirme que no sientes lo mismo que yo. Gime. Aprieto mi cuerpo contra el suyo—. Dímelo. Dime que no me amas y no volveré a molestarte nunca —se me rompe la voz. No logro esconder mi estado de ánimo, destrozado. Necesito besarla y dominarla. Sentir que es mía y que siempre lo será.

—No puedo amar una mentira —musita segura.

No lo puedo controlar. Me rompo un poco más.

Gimo de dolor.

Tengo que luchar conmigo mismo para no cogerla sobre mis hombros, llevarla a nuestra habitación y follármela hasta que no podamos más, perdamos el sentido y no nos quede más remedio que dormir juntos abrazados durante horas. Acerco mi boca y me asomo al borde de sus labios. Aprieto mi cadera contra la suya para que sepa lo que me hace sentir.

Jadea.

Y no se aparta.

Puedo notar su sabor, nuestros cuerpos acelerados, los latidos de su

corazón, su suave piel bajo la mía... su olor...

—Dani, tenemos que irnos —Sara nos interrumpe y rompe la magia.

La miro por última vez, buscando una señal. Algo que me indique que no la deje marchar, que la obligue a quedarse, pero no encuentro nada. Sus ojos humedecidos por las lágrimas no me dicen nada, son un desierto de arena inmensa. La he perdido.

Me doy por vencido y me aparto. Me destroza tener que dejarle el camino libre. Acostumbro a luchar por lo que quiero. Me cuesta la vida contenerme. Agacho los hombros y me hundo.

Vuelvo al salón y, encolerizado, destrozo la mesa de cristal de un solo golpe. Me hago cortes en el puño. Sangrando, cojo las sillas y las estampo contra la pared. Prosigo hasta dejar el salón completamente destruido.

El ruido del timbre de la puerta viaja hasta mis oídos, entra en ellos y penetra hasta expandirse por mi cabeza haciéndola explotar. Parpadeo varias veces e intento abrir los ojos. Ya es de noche, pero la luz de la ciudad atraviesa los grandes ventanales del salón y me deslumbra. Escucho golpes en el portón de entrada.

—Alejandro, abre —Álvaro grita y vuelve a golpear. No quiero ver a nadie. Me importa una mierda todo el mundo. Que me dejen en paz de una jodida vez. Golpea de nuevo.

—¡Vete, joder!

Cierro los ojos y me incorporo, sentándome sobre el sofá. Todo me da vueltas. Agarro mi cabeza con las dos manos.

—¿Qué coño ha pasado?

Álvaro está de pie frente a mí, relajado y divertido, observando el campo de batalla en el que he convertido el salón. Prefiero obviar cómo ha conseguido entrar en mi casa sin que le abriera.

—¿Qué haces aquí? —le contesto con otra pregunta. Es él quien ha invadido mi espacio sin ser invitado. Él debería ser quien diera las explicaciones.

—Llevo llamándote desde anoche —saca las manos de los bolsillos y camina decidido hacia donde me encuentro. Para en medio del salón. Su cara ha cambiado, su semblante ahora es serio. Algo me dice que no me va a gustar lo que voy a escuchar—. Tenemos que hablar.





## SALIR CORRIENDO

No me divierte tenerme que despertar temprano. Siempre me gustaría dormir un poco más, pero esta mañana, lo que estoy a punto de ver, hace que quiera levantarme y salir corriendo de aquí, sin desperezarme siquiera.

«O morirte».

Sí, o eso.

Unas manos finas y suaves rodean mi cintura. Puedo sentir la dócil presión sobre mi piel. Abro los ojos y me encuentro con la cara de Sara a un palmo de la mía. Me sorprende haber podido dormir toda la noche sin interrupciones, después de todo lo ocurrido el fin de semana.

«Es fácil si antes de acostarte te has bebido una botella de ginebra tú sola. ¿O fueron dos?».

No lo recuerdo, la verdad. Al igual que la mayor parte de la noche. No consigo dar forma a los acontecimientos.

Me remuevo sobre mí misma, hundiendo la cama, y ella ronronea y sonrío. Debe estar soñando. Es una de esas preciosas mujeres a las que las personas del mismo sexo repudiamos de nuestro círculo social por miedo a ser eclipsadas. La odiaría si no la quisiera tanto. Grandes ojos color caramelo, unas pestañas inmensas, labios carnosos, una larga melena morena y la piel blanca, llena de luz. No me extraña que Joan esté perdidamente enamorada de ella. Es un buen hombre. Mi amiga debería darse cuenta antes de que sea demasiado tarde. No le va a aguantar todas las sandeces e inconsciencias. Si no está segura de lo que quiere, debería dejarlo y quedar como amigos.

Noto otro par de manos que tiran de mí hacia atrás. Me tenso al instante. Agacho la cabeza y cuatro brazos me rodean. Mi espalda se acopla a un torso duro y desnudo. Mi cuerpo sólo lo cubre unas bragas y un sujetador

de encaje *nude*. Empiezo a temblar. Giro la cabeza ciento ochenta grados y veo que Roberto duerme plácidamente junto a mí. Respira tranquilo y relajado.

Yo comienzo a hiperventilar. Me he tenido que volver completamente loca. ¿Es posible que la descerebrada de mi amiga me convenciera para hacer un trío? No, es imposible. Y mucho menos con Roberto de por medio. Para ella, el sexo es sólo eso: sexo. Pero sabe que para mí implica algo más. No amor, ni mucho menos, pero entiende que jamás me acostaría con ella, o con mi amigo. ¡Y mucho menos con los dos a la vez! ¡Madre mía, en el lío que me he metido!

—Tranquila —ronronea Roberto junto a mi oído, dejando de presionar sobre mis caderas, pero sin apartarse ni un ápice de mí.

—¿Qué hicimos anoche? —intento recordarlo, pero todo gira en torno a una nebulosa oscura. Cierro los ojos asustada. No quiero saber la respuesta.

—Mmm... Déjame recordar... Llegasteis a casa muy alteradas, con tres botellas de ginebra dentro de una bolsa de papel... Nos las bebimos... Además de unos cuantos chupitos... —el suspense me está matando—. Tú te pusiste a bailar con Sara... Me propusisteis que me uniera...

Que se deje de gilipolleces. Le doy un codazo.

—¡Ay! Pero ¿qué haces? —lanza una queja.

—¿Nos acostamos? ¿Los tres? —me remuevo y me levanto, abandonándolos a los dos en la cama. Sara se revuelve entre las sábanas, dejando a la vista sus pechos.

Roberto parece no darse cuenta, o disimula muy bien.

Esto no puede estar pasando.

—¿No te acuerdas? Eso ha dolido —se incorpora, dejando caer la espalda en el cabecero.

—¿Queréis dejar de gritar? —mi amiga acaba de despertarse y ruega, cubriéndose la cabeza con la almohada.

—¿Quieres taparte? —cojo un cojín del suelo y se lo tiro a la cabeza con todas mis fuerzas.

—¡Ay! —la saca de su escondrijo y me mira—. ¿Se puede saber qué ocurre?

Qué guapa. No se puede tener ese aspecto cuando te acabas de despertar. Es imposible, va contra natura.

—¿Nos acostamos...? —me mira confundida. Señalo compulsivamente a los dos y después a mí. Ella duerme todavía. Pues que despierte. El problema es lo suficientemente importante.

—Los tres, ¿nos acostamos? —repito y grito.

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loca? —su cara llega a ofenderme.

Miro a Roberto cabreada. Ha intentado hacerme creer que nos hemos acostado. Éste pasa de mí. Se levanta semidesnudo y pasa por mi lado. Se detiene junto a mi oído y susurra:

—Relájate. El día que nos acostemos, haré que no puedas olvidarlo nunca.

—Eso no ocurrirá jamás —le aseguro.

Le clavo el codo en el costado.

—¡Ah! ¿Quieres matarme?

Lo atravieso con la mirada y sale de la habitación, sonriendo.

—¡Me encanta divertir a todo el mundo! —levanto las manos con dramatismo. Me centro ahora en mi amiga, que me mira divertida. Le tiro otro cojín y lo esquivo con gracia.

—¿De verdad pensaste que habíamos hecho un trío?

No le contesto. Abro una de las cajas que ayer por la tarde trasladamos desde casa de Alejandro y busco ropa interior limpia y decente. En dos horas viene a recogerme Álvaro para irnos a París.

«El día que no quieras morirme al pronunciar los dos nombres en la misma frase, te regalo una medalla».

Mejor unas vacaciones en Hawái.

—Tranquila, no eres mi tipo —se levanta.

Su comentario me hiere, tengo que reconocerlo, pero pasa desapercibido para mi cerebro al comprobar que está... ¡completamente desnuda! Abro los ojos de par en par y pongo los brazos en jarra.

—¿Me puedes explicar por qué hemos dormido juntas, con Roberto agarrando mi cintura, y tú en pelota picada? —me estoy desesperando.

Se encoge de hombros mientras se pone el tanga que descansa sobre el suelo.

—No me gusta dormir con ropa.

La idea de que hemos follado los tres no desaparece por completo de mi mente. La situación no deja de ser rara y por muchas explicaciones que le busco, ninguna tiene sentido.

—Oye, no ha pasado nada. Deja de comerte el coco —se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y me deja sola en la habitación.

Está bien. No voy a darle más vueltas. Voy a aceptar que nos emborrachamos, nos desnudamos y, por alguna extraña razón, nos acostamos los tres en la misma cama. No es tan raro, ¿no? Se acepta que no pasó nada como animal de compañía.

«Si así te quedas más tranquila...».

Siempre le puedo echar la culpa al alcohol.

Argg.

Me doy una ducha rápida, abro varias cajas y preparo una pequeña maleta con rapidez. No puedo entretenerme demasiado. Me pongo cómoda. Unos vaqueros *Levi's* azules desgastados, una camiseta blanca casual con un paraguas negro dibujado y un cárdigan de lana negro, conjunto con mis zapatillas de deporte con doble suela *Stan Smith* de *Adidas Originals*. El pelo suelto, levemente ondulado. Decido maquillarme lo suficiente para esconder las ojeras y la palidez de mi rostro. Presiento que la resaca durará varios días.

Camino hasta la cocina en busca de un café que me reactive. En media hora Álvaro llamará al portero y no estoy preparada. Y no me refiero a que me falte algo por recoger, la maleta la tengo hecha y sólo me queda esperar, pero algo me dice que este viaje no es buena idea. Me vendría bien irme lejos de Madrid durante una temporada, sin embargo, es otro pensamiento el que cruza mi mente. Una hamaca... en las Islas Phi Phi... El sol dorándome la piel... Un cóctel en la mano... Me detengo bajo el vano de la puerta y dejo la maleta junto a la vitrina de cristal. Sara y Roberto hablan entre ellos.

—Te ha dolido, reconócelo —le dice mi alocada amiga antes de darle un sorbo al café.

—Olvídame —responde éste molesto.

Entro y me dirijo directamente a la cafetera. Me sirvo y me siento en uno de los taburetes, leyendo la prensa en el móvil. Somos amigos, nos acabamos de despertar desnudos los tres sobre la misma cama, hay suficiente confianza como para no tener que dar ni los buenos días. Levanto la mirada y me encuentro a dos pares de ojos fijos en mí.

—¿Qué pasa?—¿qué miran?

—¿A dónde vas? —Sara deja el café sobre la mesa, se cruza de brazos, mira mi maleta y después a mí.

—A París. Creí que te lo había dicho —doy otro sorbo.

—Sí, me lo has dicho. Varias veces. La última fue ayer, borracha y entre sollozos. Creo que tus palabras exactas fueron: «No me dejes ir, átame a la cama si es necesario, no dejes que vuelva a acercarme a ninguno de los dos. Los odio...» —gime varias veces, imitando lo que debí hacer anoche.

—Estaba borracha. No cuenta —me encojo de hombros y vuelvo la atención al móvil. Sara me lo quita de las manos, respiro hondo, cuento hasta tres y la miro inquisitiva.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

Asiento con la cabeza mientras levanto las cejas.

Claro que no.

Después de lo que me parece una eternidad, vuelve a hablar.

—Está bien. Es tu vida. Pero no digas que no te lo advertí —me pone el teléfono delante.

—No va a pasar nada. Se trata de trabajo —aseguro, pretendiendo convencerla. A ella y a mí.

—No quiero que te hagan daño. Es su hermano, Dani.

No tiene que recordármelo.

—No le debo nada, tú misma lo dijiste ayer.

Alejandro...

—Por supuesto que no le debes nada. No me refiero a eso. Sólo... no te metas donde no puedas salir. Tú... no sirves para eso —me da un beso en la mejilla—. Ten cuidado. Tengo que ir a trabajar—y sale de la cocina.

Roberto se levanta y la sigue.

—Te estás equivocando —me advierte enfadado y sin mirarme cuando pasa por mi lado.

Me armo de valor y me acerco a la calle con paso decidido. Mientras bajaba en el ascensor, me he hecho una promesa. No me permitiré pensar en Alejandro. Jamás me han hecho nada tan ruin como utilizarme para extorsionar a Fernando. Bueno, concursa al primer puesto de la lista junto a la traición de Álvaro. Aún me cuesta creer que fuera capaz de hacerlo.

«¿Quién?».

Los dos. Le contesto a mi subconsciente al que le falta tiempo para clavarme una puya.

Antes de salir de mi edificio veo a Álvaro a través de la puerta de hierro y cristal del portal. Su figura alta y esbelta tiene un efecto directo en mí. Agarro fuerte el mango de la maleta para no tropezar con el escalón y caer de rodillas al suelo. No lo puedo evitar, su presencia no me pasa desapercibida. Mi cuerpo reacciona. Es una onda que golpea enérgica mi pecho, dejándolo sin respiración. Unas gafas de sol *Ray-Ban* esconden sus espectaculares ojos negros. El pelo castaño con reflejos naturales cae sobre su frente. Está relajado, sólo delata algo de nerviosismo cómo se muerde el labio inferior con los dientes. Su planta, reflejo de un hombre seguro de sí mismo. Emana masculinidad y fuerza a la vez que desgana y desvergüenza. Algunas cosas no han cambiado. Tengo que reconocer que Sara dio en el clavo al compararlo con Theo James. Tienen un cierto parecido.

Salgo a la calle y el ruido de la puerta al cerrarse le avisa de mi presencia. Me mira y me sonrío. Le devuelvo el gesto. La forma en la que camina hacia mí me descoloca. Decidido, siempre ha sido así. Sólo lo he visto perdido una vez, al volver de su viaje sorpresa a Barcelona. Se perdió y yo lo perdí a él. Así de simple y complicado a la vez. Verle me recuerda, sin remedio, a Alejandro. Tienen un cierto parecido. Ahora que lo sé, imposible negar que son hermanos. La misma profundidad en la mirada. El mismo tono de piel. El mismo cuerpo de dios griego. El sexo..., diferente.

«Deja de comparar. Por ahí no vas bien».

Sí, es lo mejor.

Nos encontramos a medio camino y me quita la maleta de las manos.

—Estás preciosa —sonríe.

—Tú pareces salido de la revista *Men's Health*.

«¿En serio? ¿Sólo se te ocurre decir eso?».

Ya sabéis, cuando estoy nerviosa, no coordino cerebro-boca. No filtro.

Suelta una carcajada.

Me alegra divertirle. Uno más al que añadir a mi lista. Debí dedicarme a la comedia. Habría tenido mucho éxito. Subimos al todoterreno negro y Álvaro le dice al conductor que estamos preparados. En lo que a mí respecta, yo no lo aseguraría.

El camino lo hacemos en silencio y lo agradezco. Tengo una resaca

considerable y Álvaro, por lo visto, muchas cosas en las que pensar. Me parece raro que vaya tan callado. Entramos en el aeropuerto y me extraña el hecho de no estacionar en los aparcamientos y entrar en una terminal. El chófer detiene el coche junto a una de las pistas desde donde diviso varios aviones. Impresionan desde tan cerca. Álvaro me abre la puerta desde fuera, ha salido mientras yo viajaba sumida en mis pensamientos, y me tiende la mano para ayudarme a salir. Varias personas bajan nuestras maletas, casi todas de Álvaro. El coche desaparece de nuestra vista descubriéndome lo que hay detrás.

Tengo que tragar varias veces.

Un avión no muy grande, pero de dimensiones considerables, con las siglas *MKD* ocupando la mitad del fuselaje, se encuentra esperando ante nosotros.

Maldito Alejandro.

Álvaro lee mi mente.

—No me dejó rechazarlo —mete las manos en los bolsillos de su pantalón y se encoje de hombros.

Le miro, pidiendo una explicación un poco más larga, aunque no tiene por qué dármele. Es su hermano y ya no tiene nada que ver conmigo.

—Cuando le dije que hoy viajábamos a París, me obligó a aceptarlo —levanta imperceptiblemente una ceja—. Justo después de romper una botella de bourbon contra la pared del salón.

Eso me deja claro que han hablado. ¿Sabrá lo que ha ocurrido? Me doy cuenta de que yo no le había dicho a Alejandro que viajaba a París hoy. No me había dado tiempo. Ya no importa demasiado. Sigo decidida a pedir explicaciones, pero un hombre uniformado nos interrumpe.

—Buenos días, señor Llorens —se dan un apretón de manos—. El señor Alejandro Fernández me ha informado de todo. El despegue está previsto para dentro de diecisiete minutos. Pueden subir a bordo ahora. La señorita Olivera les atenderá durante el vuelo.

—Gracias por todo.

—Es un placer —toca su gorra haciendo una pequeña reverencia.

Álvaro coloca su mano derecha en el bajo de mi espalda y me empuja sin presionar, instándome a que camine.

—París nos espera. ¿Lista?  
Definitivamente, no.

Entramos en el jet privado que Alejandro nos ha cedido para asegurarse de que no me olvide de su presencia y me detengo al percibir su olor. Imposible. No se habrá atrevido a venir aquí. Observo la cabina y no lo veo por ningún lado. Miento. No veo su cuerpo, pero todo él impregna cada detalle de la cabina. Elegante, sin remilgos, colores neutros, beige y marrón. Pulcra y distinguida. Emanada dominio. Todo me recuerda a él. Estoy indiscutiblemente jodida. Dejo caer mi cuerpo en uno de los asientos y cierro los ojos, pero puedo sentir a Álvaro sentándose frente a mí.

—¿Una mala noche? —pregunta despreocupado. Creo que he hecho un trío con mis dos mejores amigos después de beberme dos botellas de ginebra y no sé cuántos chupitos ni de qué, pero ellos lo niegan para que no les deje de hablar para siempre, pienso.

—No lo sé, no me acuerdo.

—Esas son las mejores —sonríe. Me hago un ovillo en el inmenso asiento de cuero beige. Quiero dormir.

—Por favor, despiértame cuando lleguemos —le pido con los ojos cerrados.

No dice nada, sin embargo, lo escucho levantarse y acercarse a mí. Me tenso al instante e intento que no lo note. No me muevo. Percibo sus manos alrededor de mi cintura. Se me erizan todos y cada uno de los vellos de mi piel. Tira del cinturón y lo abrocha. Vuelve a alejarse y se asegura él también para el despegue.

—Nena, nena... Despierta.

Algo o alguien mueve mi cuerpo con insistencia, me empuja hacia el fondo del abismo, me asusto y consigo agarrarme a la cornisa justo antes de caer.

—Dani, despierta —es Álvaro—. Hemos llegado —me hace cosquillas en la mejilla con su aliento.

Abro los ojos y parpadeo varias veces para adaptar mis pupilas a la luz que entra por las ventanillas. Esos ojos negros, que tantas noches me quitaron el sueño, me miran divertidos.

—Sigues roncando como un osito —me desabrocha el cinturón y se pone completamente de pie. Desde el asiento, su altura impone. Ignoro su



comentario totalmente intencionado.

Me ofrece la mano para levantarme y la acepto. Cuando me siento segura de pie, la suelto y camino a su lado. Bajamos las escaleras y subimos a otro todoterreno negro con los cristales tintados. Tiene que haber una relación directa entre los coches de estas características y los hombres ricos y atractivos. Cruzamos la ciudad y un millar de sentimientos encontrados me remueven el estómago. Ilusión y añoranza. Esperanza y pena. Alegría y tristeza a la vez. Esta ciudad, un día, fue nuestro sueño. Creí que en ella viviría los mejores momentos de mi vida. Y no fue así. Durante mucho tiempo he tratado de no pensar en ella. La tenía guardada en ese baúl que escondía bajo tres metros de cemento y cerrado con cien candados. El mismo donde se encontraba Álvaro. Tenerlos a los dos ahora tan cerca no es fácil de digerir. Éste sigue muy callado. Sabe perfectamente todo lo que me conmueve esta situación.

Paramos en una calle estrecha. Cuando hemos girado la esquina, he dudado si el todoterreno cabría en ella. Sólo hay coches aparcados a un lado. Los edificios que la flanquean son antiguos, con paredes de piedra oscura de diferentes formas y tonalidades, todos impresionantemente bellos. Saco el móvil y hago un par de fotos para mandárselas a Juan, un amigo arquitecto al que conocí hace ya algunos años, cuando Sara me lo presentó en una de sus exposiciones. Es un gran artista.

Bajamos cada uno por un lado y el conductor se hace cargo de las maletas. Álvaro me mira y me apremia para que camine delante de él. Paramos ante una cancela de hierro negro de tres metros de altura. Saca un manojo de llaves e introduce una de ellas en la cerradura. Estoy confundida. Esto no es un hotel. Me mira y adivina lo que pienso. Ya sabéis... Soy un libro abierto, la mayoría de las veces. Sonríe.

—¿Qué? —pregunta, levantando una ceja. Sabe perfectamente lo que cavilo en estos momentos.

—Esto no es un hotel —suelto, sarcástica.

—Muy observadora —gira la llave, empuja la puerta y, con un gesto amable de la mano, me ordena que pase dentro. Por unos momentos no me muevo—. Tranquila, tendrás tu propia habitación —dice despreocupado. Claudico y cruzo el umbral, mientras él aguanta la puerta para que pase—. Y

no entraré aunque lo supliques.

No le veo, pero sé que sonrío. Yo no le encuentro la gracia. Freno en seco y giro sobre mis zapatillas de deporte para enfrentarme a él. Me inclino hacia delante uniformemente, adoptando una posición de pelea. Álvaro levanta las manos en señal de rendición y tuerce el gesto en una mueca divertida.

Debería estar prohibido ser tan guapo.

He debido perder completamente la cordura.

## PARÍS. TEN CUIDADO, NO TE PIERDAS

Entrar en aquel piso de París acompañada de Álvaro tiene un golpe de efecto en mí. Situado en el bohemio barrio de Montparnasse, precioso, rodeado de arte, color y magia. Lo que siempre habíamos soñado. El suelo de madera clara y altos techos. Las paredes del salón pintadas de beige de las que cuelgan unas veinte pinturas (después tuve tiempo de contarlas) de PopArt, casi todas de Andy Warhol. Ver aquello es como si estos seis años no hubieran existido nunca, como si fueran una pesadilla larga y tediosa, como si acabara de despertar semanas después de una graduación feliz al lado del hombre que amaba.

Es exactamente lo que siempre habíamos querido.

Y Álvaro lo tenía...

No entiendo nada.

Me detengo justo en medio del salón, mientras él cierra la puerta a mis espaldas. Giro sobre mi cuerpo lentamente, admirando aquellas obras de arte que inundan las paredes de color y sentimiento. Me encuentro con Álvaro frente a mí, sin apartar los ojos de mi cara, sonriendo, completamente obnubilado, con las manos metidas en los bolsillos.

—Son... maravillosas —susurro, admirando las obras.

—Lo es —asegura mirándome con devoción. No sé exactamente si me está contestando.

El tono de su voz me hace reaccionar poniéndome en estado de alerta máxima. Lo miro y mis miedos se hacen realidad. Camina hacia mí despacio, pero decidido, con esa cara de donjuán desvergonzado, mordiéndose el labio inferior y sacando las manos de los bolsillos.

Listo para atacar.

Ay, madre mía.

Dejo de respirar y me tambaleo. Todos los Andy Warhol comienzan a girar a mi alrededor, convirtiendo la habitación en un torbellino del que no puedo salir.

Se detiene a unos escasos centímetros de mí, sin tocarme.

El yo insensato, el yo malévolo, el yo inconsciente, el yo equilibrado y el yo reflexivo deciden que es buen momento para discutir la situación y lo que debo hacer en este preciso instante. Gritan tan fuerte en mi cabeza que no escucho lo que Alejandr... digo, Álvaro, intenta decir.

Alejandro... Para colmo, su recuerdo me aplasta el pecho.

Estoy en un piso en París, con Álvaro, solos, rodeados de lo que estoy segura, ahora sí, es una declaración de intenciones en toda regla. Me mira a dos centímetros. Puedo sentir su respiración mezclándose con la mía. Su olor, amalgama de frutas salvajes, penetra en mi cerebro, poniéndolo como una locomotora en marcha.

Me doy cuenta de que los labios de Álvaro se mueven formando palabras, pero yo no escucho nada. Mis yoes descontrolados me lo impiden.

Intento concentrarme.

—Será mejor que te enseñe tu habitación —coge mi mano y entrelaza nuestros dedos. Los miro, pero no hago nada. Mi yo sensato me grita como un loco que me suelte, pero mi sentido común me mira desde un yate a doscientas millas de distancia de la costa, sonriendo y brindando al aire con lo que debe ser algún tipo de cóctel tropical.

—No es un hotel, pero...

Sin darme cuenta, llegamos a lo que será mi dormitorio los próximos días. Y no, no es una habitación de hotel, es muchísimo mejor. Todo blanco, perfectamente ordenado, no demasiado grande, pero amplio y perfecto. Lo que parece una mullida colcha de plumas blancas cubre una inmensa cama doble con patas de madera clara, haciendo juego con el parqué del suelo. Un visillo claro y transparente cubre lo que parece una gran ventana. Tengo que parpadear varias veces para comprobar que lo que veo a través de ella no es imaginación mía.

—Es...

—La Torre Eiffel —Álvaro suelta mi mano, que aún tenía agarrada, y cruza la habitación, abriendo con un hábil gesto las cortinas.

Impresionante. No está demasiado cerca, sin embargo, no es necesario. Su majestuosidad cala en mí de todas formas.

—¿Vives aquí? Es... ¿tu casa? —pregunto consternada.

—Es una larga historia. Tendremos tiempo de hablar. Vamos —me insta con la cabeza a que lo siga. Esta vez no me coge de la mano, algo lo ha frenado—, te enseñaré el resto de la casa. No es muy grande, pero sé que te encantará.

Sale de la habitación y, justo cuando voy a volverme, algo llama mi atención colgado sobre el inexistente cabecero. La Torre Eiffel había captado toda mi atención, cegándome a todo lo demás, pero lo que veo tiene mucha más trascendencia. Es una obra clásica de 1964 de Roy Lichtenstein. La cara de una mujer rubia con ojos verdes hablando consternada a un tal Jeff a través de la línea telefónica. *Oh, Jeff...I Love You Too, But...*(«Yo también te quiero, pero...»).

Los peros siempre han sido un verdadero incordio, pero han estado ahí. ¿Lo veis? Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, escribas lo que escribas, siempre hay un pero acechando tras la esquina, esperando tras la coma, escondido en guardia para salir en el momento más inoportuno.

Ya estoy perdiendo la cabeza.

Salgo de la habitación y me encuentro a Álvaro en el salón, mirando a través de la ventana. Habla por teléfono y parece enfadado.

—Isabelle, te dije que aplazaras la reunión —dice en un perfecto francés que no hace nada más que aumentar su atractivo. Mira el reloj de su muñeca y sigue hablando—. Estaré allí en media hora. Dile a Adrien que me recoja en Montparnasse... —silencio. Creo que ni se ha dado cuenta de mi presencia—. Esta noche no puedo —gira el cuerpo y su mirada se encuentra con la mía que, en estos momentos, lo estaba desnudando sin culpabilidad ninguna. Se da cuenta, estoy segura, sin embargo, no sonrío. Eso me pone en guardia de nuevo—. Ahora no puedo hablar.

Y cuelga.

—Tengo que irme —dice sin titubear, pero contrariado—. Hasta mañana no empezamos la puesta en común con Jean. Tenemos que visitar la galería. Descansa, será un día de locos. O... disfruta de París... —no sabe qué hacer. Se mueve inquieto. Cruza el salón, dejándome a un lado—. Tengo que cambiarme... —por último, farfulla algo ininteligible y desaparece tras la

puerta de la que debe ser su habitación.

En ese momento suena el timbre de la casa y, después de comprobar por la mirilla y ver el chófer que nos ha traído del aeropuerto rodeado de maletas, la abro y le dejo pasar.

—¿Dónde prefiere que las deje? —escucho la pregunta, pero no reacciono—. *Excusezmoi, manquer* —sigue.

«Te está preguntando a ti».

—Ehh... Déjelas ahí mismo.

Las coloca una al lado de la otra perfectamente alineadas, como si fueran los Guerreros de Xi'an expuestos en medio del salón. Todas del mismo color y tamaño, menos la mía, que desentona, sin proponérselo, como yo ahora mismo en esta ciudad.

Pero ¿en qué coño estaba pensando?

«No lo hacías. Nunca lo haces. Ese es el problema».

Me doy varios toques con la palma de la mano sobre la frente.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Se me cruza por la mente buscar una botella de ginebra y acompañar a mi sentido común con el brindis, sin embargo, hago acopio de mi, hasta ahora desconocida, fuerza de voluntad y decido seguir mirándolo desde la orilla. Le observo reírse de mí junto a mi yo malévolo que se descojona con el que debería ser mi gin-tonic en la mano. Respiro varias veces al recordar que Álvaro se desnuda en una habitación contigua, cambiándose de ropa.

Mierda.

Salgo al salón con el vaso en la mano. Tengo que agarrarlo con fuerza para evitar que caiga al suelo al ver a Álvaro salir de su dormitorio vestido con un traje de tres piezas gris oscuro hecho a medida. Lleva el pelo aún mojado por la ducha que ha debido darse y se termina de abrochar la chaqueta. Levanta la mirada. No sonrío.

—Te he dejado unas llaves encima de la mesa. Volveré sobre las siete. Saldremos a cenar.

—No me parece buena idea.

—¿No comes? —se hace el gracioso.

—Me refiero a salir a cenar. Juntos —especifico.

—Como quieras. Pediré que traigan la comida aquí, aunque estoy

seguro de que te gustará donde quiero llevarte.

Es verdaderamente frustrante. Suspiro exasperada.

Mejor fuera, en un restaurante rodeados de gente donde no estemos solos.

—Está bien.

Sonríe triunfal.

Su teléfono móvil suena sobre la mesa y lo atiende.

—Bajo enseguida.

Cuelga y lo mete en el bolsillo interior derecho de la chaqueta. Yo me he quedado abstraída en un cuadro del que no me había percatado antes. Un cielo azul intenso, fondo de una imagen que irradia mucha soledad. Una chica morena de espaldas bajo un árbol y algunas hojas revueltas que buscan su lugar. Parece como si nada estuviera donde debe estar. Como si cada pieza fuera parte de un puzle por montar. Junto a éste, la que parece la misma chica, con unas maletas, sentada en una estación de tren. Tampoco se le ve la cara ni se atisba ninguna emoción en sus rasgos, sin embargo, se siente tan perdida como la anterior.

—¿Quién...? —deseo adivinar el autor.

—¿Has decidido qué vas a hacer hoy? —me corta.

—Creo que saldré a dar un paseo.

Con el mismo paso decidido que antes, se acerca y se para frente a mí. Me da un beso en la mejilla y tengo que cerrar fuerte los ojos obligándome a no moverme. Su olor me envuelve y el calor de sus mullidos labios me recorre la cara.

—Ten cuidado. No te pierdas —susurra, sensual, junto a mi oído. Sale del piso y cierra la puerta.

Es imposible que me pierda porque... ¡ya estoy perdida! Completamente extraviada en un maremágnum de sentimientos y sinrazones.

¿Qué coño ha sido eso?

Dejo caer mi cuerpo sobre el sofá beige oscuro de tres plazas y termino con el vaso de agua de un trago.

Necesito algo más fuerte.

Un gin-tonic, por favor.

O mejor dos.

Decido empezar por lo básico. Agarro el asa de mi maleta y la arrastro hasta mi habitación. La dejo sobre la cama y la abro. Coloco las pocas prendas de ropa que he traído en el armario y llevo al baño del pasillo mis productos de aseo personal. Supongo que no le importará que me adueñe de un pequeño espacio durante un par de días. Él es el que ha elegido que me instale aquí. Yo, sin duda, hubiera preferido un hotel. Un sitio neutral donde tener mi propio espacio y no ser engullida por la arrebatadora presencia de Álvaro. Vuelvo a la habitación y abro uno de los cajones de la cómoda para guardar algunos chalecos dentro. Una caja de plata llama mi atención. Su diseño merece otro lugar, uno donde poder ser admirada por todos. La cojo, por supuesto, (seguro que nadie lo dudaba a estas alturas de la película), y abro la tapa con cuidado. Lo que encuentro dentro me deja sin habla. Una foto mía sonriendo. Recuerdo el momento exacto inmortalizado por Álvaro con una vieja Polaroid. Me hacía cosquillas mientras yo trataba de quitársela. Justo antes de hundirme en un millar de recuerdos, suena mi teléfono. Dejo la caja y la foto donde estaban y descuelgo sin mirar, va por el cuarto tono de llamada.

—Hola, zorra parisina —saluda Sara.

—Sería un buen título para una película —me tiro sobre la cama.

—Sí, una peli porno.

Capto su doble intención.

—¿Por qué me has dejado venir aquí?

—No me dejaste atarte a la cama.

Me tapo la cara con el brazo que tengo libre y resoplo.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Se ha pasado contigo? —pregunta con tono de "cojo el primer avión y le arranco los huevos al cabrón malnacido ese".

—¿Qué? ¡No!

—¿En qué hotel estás?

Buena pregunta. Digo, mala pregunta, muy mala. Comienzo a comerme una uña.

Mi amiga, a la que no se le escapa mi breve silencio, vuelve a preguntar:

—Dani, ¿en qué hotel estás?

—En su casa, pero, antes de que empieces a gritar, tengo mi propia habitación.

—¡Daniel Sánchez Duarte! —me corta—.¿Qué coño estás haciendo?

—No lo sé, ¿vale? Déjame respirar un poco.



No contesta. No escucho nada a través de la línea.

—Hace un momento me reprochas el no haberte atado a la cama y evitar que cometas el mayor error de tu vida, y ahora me pides que te deje respirar. ¿En qué quedamos, Dani?

Yo qué sé. A mí no me vengas a preguntar.

—Dijiste que no me criticarías si tomaba la decisión de darle otra oportunidad —me incorporo sentándome en el borde. No es que esté pensando en dársela, pero quiero que vea que ella también se contradice.

—¿Te estás escuchando? ¿De verdad hablas en serio? ¿Se te ha olvidado lo que ha pasado este fin de semana?

¿Cómo iba a olvidarlo? Alejandro me ha vendido por unos pocos millones de euros. No estoy segura de cuántos. Me ha utilizado, se ha reído de mí y me ha estado follando hasta dejarme sin sentido durante casi un mes. ¿Cómo no iba a recordarlo? Aún me duele el culo. ¡Joder!

—Te quiero, Dani. Eres mi mejor amiga y por eso tengo que decírtelo. Esto te va a explotar en la cara. Son hermanos. Álvaro te destrozó ya una vez y Alejandro lo acaba de hacer. Y lo peor de todo... ¡les quieres a los dos! —está cada vez más cabreada—. Te he visto este fin de semana, he estado contigo, estás enamorada de Alejandro, nunca te he visto así. ¿Me estás diciendo que también amas a Álvaro?

—¡No! Es difícil de explicar...

—¡Pues inténtalo! —vuelve a cortarme, exasperada.

—Yo... yo... he llegado aquí, ¿sabes? Y he visto que me ha tenido presente durante todos estos años...

—Sí, ya. Puedo imaginármelo. Tiene un altar en medio del salón con velas y fotos de santa Daniel al lado. No ha aparecido antes porque ha estado rezando para que fueras tú quien volviera —su ironía me desespera.

No, no me tiene en un altar y estoy segura de que no ha estado rezando ni guardándome luto, pero lo que me dicen todos estos cuadros es mucho más. Es lo que siempre quisimos juntos. Fue nuestro sueño durante cuatro años. Le dejé, pero él ha tratado de tenerme cerca siempre. ¡Eso es lo que me dice cada rincón de este puto piso!

—Está bien. Llevas razón —cruzo el salón y veo un pequeño balcón justo al lado de la ventana que abrió Álvaro al llegar—. He venido por trabajo —me justifico—. Es lo que haré. Trabajar. Son sólo dos días. Puedo hacerlo —retiro la cortina y ante mí se abre una pequeña terraza con sillones de madera blanca y esponjosos cojines del mismo color. Levanto una pequeña

palanca al más puro estilo años sesenta y abro una de las hojas del ventanal. Me quedo totalmente estupefacta. Sara sigue hablando junto a mi oreja.

—Deja de justificar la razón por la que has decidido suicidarte de una manera tan dolorosa. Te engañó con otra. ¡Lo hizo en tus narices! Aléjate de ellos, Dani. Aléjate de los dos.

No contesto. He vuelto a viajar al mundo de nunca jamás. He perseguido a Alicia hasta la madriguera y he caído tras ella al país de las maravillas. He subido al Apolo XIII y estoy a muchos kilómetros de la Tierra.

—Dani, Dani... ¿Sigues ahí? ¿Me escuchas?

—Tengo que colgar. Hablamos luego.

La oigo farfullar tras la línea y nada más.

La Torre Eiffel sigue en el mismo sitio. El sol de mediodía le da un aura especial. ¡Estoy deseando verla de noche! Los edificios de alrededor tienen bohardillas abovedadas de terracota negra y me doy cuenta de que ésta es exactamente igual. Pero lo que me ha trasladado a otro planeta, a otra dimensión, es el campo de margaritas blancas que Álvaro tiene plantado en esta maravillosa terraza. La rodea por completo. Es como estar en medio de un bosque en plena primavera. Extraordinario.

¿De verdad todo esto lo ha hecho por mí?

«No cambia nada. Te engañó. De una forma cruel y sanguinaria. Tres cuadros y un campo de margaritas no reemplazan que te dejara tirada y embarazada».

Mi subconsciente me saca del ensimismamiento con dos hostias bien dadas. Lleva razón. En el fondo, tengo que agradecerérselo.

Salgo de esa casa-museo-trampa y busco un sitio donde sirvan comida. Pasa el mediodía y mi estómago ruge pidiendo auxilio. Camino unos cinco minutos antes de encontrar lo que parece un pequeño restaurante familiar. Me llama la atención su fachada color rojo intenso. El lugar, lleno de gente, me indica que se tiene que comer bien.

Me acomodo en una mesa junto a la ventana y enseguida viene un joven muy simpático a atenderme. Se presenta como Thomas. Pido una ensalada mixta y una sopa de marisco que me ha recomendado fervientemente. La hace su madre cada mañana con productos de primera calidad. No he podido negarme. Todo está exquisito. Apunto el nombre de lo que será, a partir de ahora, mi lista de sitios preferidos de París. *Chez Mari*.

La simpatía del camarero y el detalle de sus padres, quienes han salido a saludarme en un perfecto español cuando se han enterado de que soy de Madrid, me han calado hondo. Me han hecho sentir como en casa. Han sido muy amables conmigo.

—Gracias, Thomas.

—Vuelve pronto, Daniel.

—Lo haré.

Paseo por el barrio de Montmartre y llego hasta la Torre Eiffel. Su inmensidad de cerca impone mucho más. Sus trescientos metros de altura no deja indiferente a nadie.

—*Excusez-moi, pouvez-vous prendre une photo?* —me pregunta una pareja de, sin duda, dos jóvenes enamorados.

—*Oui, bien sûr* —contesto, mientras cojo la cámara que me ofrecen y me retiro lo suficiente para que la Torre Eiffel quepa en la imagen, tras ellos. Les devuelvo la cámara fotográfica y se despiden sonrientes.

—*Merci*—dice ella con una cara que irradia felicidad.

—*De rien* —les contesto complacida. La verdad es que verlos tan felices por algo tan simple como estar juntos en este lugar me hace recordar que existe la felicidad y que yo también lograré encontrarla. Estoy segura.

Decido volver al piso-casa-museo-trampa sobre las siete de la tarde. La noche me cubre y hace frío. El mes de noviembre en París es bastante más fresco que en Madrid y no he cogido nada de abrigo. Camino con paso decidido porque mi cuerpo empieza a tiritar. Un par de manzanas antes de donde se encuentra la casa de Álvaro, escucho unos pasos acercarse por detrás. Miro hacia un lado y hacia otro y me doy cuenta de que me encuentro sola en la calle. La única luz que me alumbra es la de las bombillas de las pequeñas farolas de hierro. Comienzo a andar más deprisa y giro hacia la derecha en una esquina. Miro hacia atrás y no veo a nadie, sin embargo, tengo la sensación de que un par de ojos me vigilan. Reanudo la marcha y me rodeo el cuerpo con los brazos, tratando de dejar de tiritar. Estoy poniéndome muy nerviosa. De nuevo, noto que alguien me sigue, se puede decir que corro sobre los adoquines. Llego a la calle del piso, diviso la cancela de tres metros de altura enfrente de donde me encuentro y cruzo sin mirar. Freno en seco, justo antes de que un coche a toda velocidad me atropelle. Me llevo un susto de muerte y camino hasta llegar a la puerta. La abro temblando, de frío y de

miedo.

Voy directamente al baño y me doy una ducha de agua caliente que dura demasiado. Al salir, escucho sonar el timbre repetidamente. Mi cuerpo vuelve a acelerarse y una ansiedad repentina se instala en mi pecho. Respiro varias veces y me digo a mí misma que sólo han sido imaginaciones mías. La oscuridad de la noche, el frío, una ciudad desconocida, sumado a todo lo que está pasando, deja mi mente en no muy buenas condiciones. Necesito descansar. Me seco deprisa y envuelvo mi cuerpo con mi bata de raso azul. El pelo, aún mojado, cae sobre mis hombros, descontrolado. Me asomo a la mirilla, compruebo que no es un asesino en serie y abro. Después, me da cuenta de que era alguien peor.

## NOCHE DE FIESTA

Veo a Isabelle de pie sobre el felpudo. Perfecta, como siempre, con un traje rojo de pantalón y chaqueta abierta de un solo botón (no yerro con el diseñador, esta vez también es un *Prada*) y unos tacones negros de diez centímetros de altura. Tengo que levantar la vista para poder mirarla a la cara. Descalza, como me encuentro, la diferencia de altura entre las dos se acrecienta bastante. Ella me mira de arriba a abajo, sosteniendo una funda de traje en la mano. Agarro la bata y la ato un poco más fuerte. Me hace sentir violenta. No dice nada. Tal vez espera que le deje pasar. Me escruta. Estudia cómo puede abatir a una rival. Cree que estoy aquí por unos motivos totalmente diferentes a los que realmente son. Mejor la saco del error y terminamos con esta confusión antes de que le estalle la vena que crece por segundos en el lado derecho de su cuello. Me hago a un lado, invitándola a pasar.

—Tengo que dejar esto colgado en algún sitio. Es para ti —ni siquiera me mira. Si pudiera morderme, lo haría.

—Lo puedes dejar ahí —señalo una silla muy alta en una esquina del salón. Debe ser de adorno. No imagino la forma de sentirse cómoda ahí sentada. Camina firme sobre diez centímetros de elegancia y deposita la bolsa de forma cuidadosa donde le he indicado. Me intriga saber qué es.

—No se puede arrugar. Una prenda así merece un trato especial —el tono de desprecio no me pasa desapercibido—. Álvaro quiere que te lo pongas —ahora está enfadada, no lo puede ocultar. Me mira directamente a los ojos y cruza los brazos en señal de defensa—. ¿Qué haces aquí? —interpela. La pregunta me descoloca al principio, pero, tras meditarlo durante unos segundos, sé perfectamente a qué se refiere. No me he equivocado al

pensar que me ve como una adversaria.

—Trabajar —soy directa y sincera.

—Casi desnuda... en el piso de Álvaro... No me cabe la menor duda — ironiza. ¿Qué. Ha. Dicho?

—Será mejor que te vayas —utilizo un tono duro y cortante, esperando que no ponga ningún inconveniente.

—Sé lo que estás haciendo —descruza los brazos y da un par de pasos hasta donde me encuentro. Que me ilumine con su sabiduría—. Crees que puedes llegar... con tu dulzura y tu fingida inocencia... —se pasa, y mucho — a atraparlo y hacerlo tuyo.

Sigo sin decir nada.

—No eres mujer para él —levanta el mentón para que su próxima frase surta más efecto—. No eres su tipo. No sabría qué hacer contigo.

¿Cuál es su tipo? Supongo que ella tiene claro cuál es. Tiene nombre y apellidos: Isabelle Dugués. Doy un paso, decidida, y me encuentro con ella en medio del salón.

—Aclaremos esto de una vez. No quiero que te confundas. Entre Álvaro y yo no hay nada. Y si lo hubiese, no es de tu incumbencia.

—Lo sé. Has decidido cazar a su hermano. Alejandro es mucho mejor partido. Un mujeriego..., pero con mucho más dinero.

Escuchar su nombre de la boca de otra persona me duele, pero escucharlo con desdén y desprecio de la modelo de *Prada* me crispa los nervios y me atraviesa el alma.

—No hables de Alejandro —escupo.

—¿Te da igual el hermano, verdad? Lo que quieres es llegar alto.

Esta estúpida no me conoce de nada. ¿Cómo se atreve a juzgarme de esa manera?

—Sé cuál es tú problema —me adelanto un paso—. Tranquila, puedes quedártelo. No me interesa en absoluto. Ni él ni su maldito dinero —espero que me crea y se vaya.

—¿Crees que soy imbécil?

Comienzo a cansarme.

—Piensa lo que quieras. Ya te he dicho que Álvaro no me interesa. Ahora, si no te importa, tengo que vestirme —muevo mi cuerpo, invitándola a salir.

Vuelve a mirarme de arriba a abajo, buscando una explicación por la que Álvaro ha podido fijarse en mí.

Sí, soy normal, pienso, mientras termina con su escrutinio.

—Está bien —cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro. Me echa un último vistazo y camina hasta la puerta—. No creas que me has engañado.

Mi importa una mierda lo que creas.

Y se va.

Cierro de un portazo y respiro hondo varias veces, tratando de tranquilizarme. La elegante secretaria me ha puesto de los nervios. No sé qué cree, pero se equivoca si piensa que puede llegar aquí, acusarme de ser una trepa sin sentimientos y largarse como si nada. Terminaremos esta conversación en otro momento, cuando esté vestida y con bragas puestas.

Cree que he venido aquí por Álvaro y no es del todo cierto. Necesitaba alejarme de Madrid y he salido huyendo, cual conejo al que persigue un águila en medio de una explanada. Y este viaje de trabajo era lo más a mano que tenía. Una improvisada madriguera. Sí, tal vez he utilizado esto como excusa. Pasar algo de tiempo con el que fue mi pareja durante cuatro años no me disgusta del todo, pero sólo quiero ver qué ha sido de su vida y si puedo averiguar el por qué hizo lo que hizo, me quitaría un gran peso de encima. Necesito saber la razón por la que se convirtió en otra persona en tan poco tiempo. Por qué me alejó de su vida si aún me quería. Por qué asegura que jamás ha dejado de quererme.

Uf. La cabeza me va a explotar del lío que tengo. Lo de Alejandro se ha acabado para siempre. No puedo perdonarle lo que hizo, sin embargo, estoy segura de que acercarme a Álvaro no es la mejor opción. ¡Ni siquiera debería ser una opción!

«Tú lo has dicho».

Alejandro... Su cara, su cuerpo, su voz... Sus manos sobre mí... explorando cada rincón. Aprieto los muslos tratando de contenerme y pienso en una dolorosa posibilidad. Tal vez sólo fue sexo. Desde luego para él lo fue. Amor adulterado, sexo duro y poco más. Este pensamiento me aflige y me apena. No puedo mentirme. Para mí fue mucho más. Lo sigue siendo. Cada célula de mi piel pide a cada segundo poder sentirlo cerca, tocándome, dentro de mí... Su sonrisa, la inmensidad de sus ojos azules, su cuerpo

musculoso y tatuado...

Me abrazo a mí misma y me concedo un minuto para ahogarme en la pena que llevo manteniendo a raya durante todo el día. Derramo unas pocas de lágrimas, las suficientes para recordarme que me utilizó y me destrozó. Y me digo que todo va a salir bien en varios idiomas y repetidas veces. Cruzo el salón y cojo la bolsa que *Isabelle-viste-de-Prada* ha traído junto a otra más pequeña que no ha llamado mi atención hasta ahora. Me las llevo a la habitación y las dejo sobre la cama. Abro la más grande y tengo que llevarme la mano al pecho y darme un golpecito para recordarle a mi corazón que vuelva a latir. Es un vestido color champán, drapeado en el pecho, palabra de honor y corte sirena con una pequeña cola al final. ¡Un *Armani* de la última colección! ¡Esto debe costar un dineral! Los siguientes quince minutos me debato entre aceptarlo o no. Es demasiado, pero abrir la caja pequeña me ayuda a decidirme. ¡Un sí rotundo! Unos *Manolo Blahnik* preciosos me saludan, semi envueltos en terciopelo, junto a un bolso tipo *clutch*, cuadrado y rígido, con ribetes dorados del mismo color champán, unos dos tonos más oscuro que el vestido.

En este instante, dejo de tener envidia a mi sentido común y a mi yo más malévolos, quienes siguen bebiendo cócteles tropicales sobre un yate de lujo. Les doy un silbido al rudo estilo del viejo oeste y, desde la orilla, les enseño sonriendo mis, a partir de ahora, más preciadas pertenencias. Me seco el pelo, lo ondulo con la plancha (la ocasión lo merece), me maquillo levemente y cubro mi cuerpo con aquellas maravillas para los sentidos. Es delicioso el tacto del raso del vestido entre mis manos. Convierto el colocarme los zapatos en un ritual. Deslizo el pie izquierdo dentro de uno y lo miro, después hago lo mismo con el otro. Aprietan lo justo y hacen que me sienta reina todopoderosa. Veo mi reflejo en el espejo que cuelga de una pared de la habitación y tengo que agarrarme para no caer de espaldas al suelo. ¡Es espectacular! Y parece que lo han hecho a medida para mí. Me giro a un lado y a otro, dando saltitos de alegría. En el cuarto giro me encuentro con un Álvaro, perfectamente despeinado, bajo el quicio de la puerta de la habitación, mirándome concentrado. Su cara no me dice nada. Sonrío y contengo las ganas de salir corriendo hacia él y abrazarlo para darle las gracias.

—¿Te importa terminar de subirme la cremallera?



Después de lo que me parece una eternidad, se acerca, colocándose a mi espalda. Me mira a los ojos a través de nuestro reflejo en el espejo que tenemos delante. No hace nada, sólo me observa. El corazón se me desboca y empiezo a temblar. Rompe el contacto visual y comienza a subirme la cremallera. Cuando lleva media espalda recorrida, para y le veo agachar la cabeza y posar las manos en mi cintura. Aprieta con fuerza, como si estuviera luchando contra algo. Después de unos segundos, se recompone, termina lo que le he pedido, gira sobre su cuerpo y desaparece. Está tenso y parece enfadado. Su reacción me descoloca. Me quedo unos instantes pensando qué he hecho mal. Vuelvo a mirarme en el espejo y salgo de la habitación en su búsqueda. Está junto a la puerta, agarrando el pomo con fuerza y mirando al suelo.

—Gracias —le digo en un susurro—. No era necesario —refiriéndome a la ropa.

—Tenemos que irnos —responde en un golpe de voz.

Abre la puerta y espera junto a ella a que yo salga primero. Bajamos en el antiguo ascensor de hierro las seis plantas en silencio. No ha vuelto a mirarme. Ahora es él quien parece que ha viajado a otro planeta. La sensación que produce en mi cuerpo su indiferencia me trae recuerdos de un pasado lejano que tanto he tratado de olvidar. Abre la puerta de un coche de alta gama negro con los cristales tintados y entro. Cierra detrás de mí. Da la vuelta y se acomoda al otro lado sin decir ni una sola palabra. El conductor arranca y se incorpora al tráfico parisino gradualmente. No tengo la menor idea de adónde vamos ni qué vamos a hacer, pero va a ser muy difícil e incómodo pasar la velada juntos si no piensa hablarme. Agarro el bolso con fuerza y lo aprieto contra mi regazo, tratando de tranquilizarme. Hace demasiado tiempo que no paso por esto con Álvaro y no estoy familiarizada con sus repentinos cambios de humor. Me siento como una impostora vestida con esta ropa regalada por él. Lo único que me apetece ahora mismo es volver a su casa y cambiarme.

—Estás... increíble —su voz es un susurro sensual que me acelera de golpe el corazón.

—Gracias —trago saliva y lo miro—. No debiste hacerlo —la profundidad de sus ojos negros me atrapa. Brillan aun en la oscuridad del asiento trasero del coche—. Es... demasiado.

Baja su mirada, la posa sobre mi boca y permanece allí. Puedo escuchar desde aquí el fuerte latido de su corazón. Agarro más fuerte el bolso en un intento por contar hasta diez, pero no llego ni siquiera al número dos. Mis ojos acompañan a los suyos y contemplo el casi imperceptible movimiento de sus labios, rozando uno contra el otro.

—Nada es demasiado —vuelve a mirarme a los ojos, atrapando mi mirada. El coche para junto a la acera.

—Señor Llorens, hemos llegado —escuchamos desde el asiento delantero en francés.

La tensión creada entre nosotros desaparece al instante y doy gracias a los dioses del Olimpo y a Adrien por la interrupción. Álvaro me abre la puerta y me ayuda a salir dándome la mano. La suelto en cuanto me pongo en pie, pero me agarro fuerte a su brazo para no caerme de bruces al suelo y hacer añicos el maravilloso *Armani* color champán al comprobar lo que tengo delante de mí. Noto su cuerpo tensarse al instante. Es como si, de pronto, no aguantase que le toque. Adrien se acerca a Álvaro y le dice rápido:

—Señor, está aquí.

Éste asiente con la cabeza y no dice nada más, pero puedo notar el brillo metálico que atraviesa su mirada. Ante nosotros se abre una gran plaza y, detrás de ella, se impone la inmensidad del Museo del Louvre. Toda mi vida he soñado con venir aquí. Está totalmente iluminado. La pirámide de cristal flanquea la entrada.

Rompo el contacto de nuestros cuerpos soltándome del brazo y comenzamos a caminar. Los zapatos son muy cómodos, pero los nervios, la desazón que me crea la actitud de Álvaro y no saber qué hacemos aquí me hacen tropezar varias veces y me tambaleo. Álvaro me ofrece su brazo de nuevo y lo acepto sin rechistar. Me da mucho miedo caerme. Avanzamos despacio hasta la puerta y veo una marabunta de gente y medios de comunicación. Los fotógrafos se pelean por el lugar más cercano y dominante para conseguir la mejor foto. Antes de darme cuenta, un flash profesional me ciega y cierro los ojos instintivamente. Después del primero, vienen muchos más. Varios periodistas preguntan a Álvaro sobre la próxima exposición y éste responde sin parar de caminar. Me tengo que agarrar más fuerte a él para no quedarme atrás y poder subir los pocos escalones del final.

Mareada, entramos juntos en un salón y me quedo petrificada. Sigo caminando por inercia mientras admiro todo a mi alrededor. Hay mucha gente y un catering ofrece comida y bebida. Un hombre mayor, trajeado, alto y con el pelo blanco, se acerca a nosotros con una copa de cava en la mano.

—Álvaro, creía que estabas en España —sonríe el hombre de pelo canoso—. ¿Has conseguido cerrar el trato que te tenía tan irritable?

—Es complicado.

Un camarero se acerca con una bandeja y Álvaro coge dos copas, ofreciéndome una. La acepto y le doy un pequeño sorbo.

—Estás perdiendo fuelle —dice divertido y después me mira a mí—. Y la señorita es...

Siento el brazo de Álvaro agarrarme posesivo por la cintura y atraerme hacia él. Cuando se da cuenta de lo que acaba de hacer, me suelta como si le quemara, pero su reacción no me pasa desapercibida. Ni a mí, ni al hombre que tenemos delante, quien levanta su copa y se la lleva a los labios para contener una incipiente sonrisa. Le ofrezco mi mano.

—Daniel Sánchez, directora de la galería *D'Arte* en Madrid —digo en un perfecto francés.

Coge mi mano y se la lleva hasta su boca, dándome un beso en el reverso.

—Leonard Vial, director ejecutivo de *Vial Art Nouveau*. Si deseas cambiar de trabajo y de jefe —esto último lo dice guiñándome un ojo—, busco una directora de expansión para España. Estoy abierto a discutir las condiciones. Tenemos sede en Barcelona.

—No le interesa —responde Álvaro claro y conciso.

—Dejemos que conteste ella —Leonard está divirtiéndose, pero dice en serio lo del puesto de trabajo y yo, dentro de poco, voy a necesitar uno para poder seguir pagando facturas. Trasladarme a Barcelona no entraba dentro de mis planes, sin embargo, puede ser una buena opción para alejarme de todo durante algún tiempo.

—Estaría encantada de poder hablar más a fondo sobre ello. Estaré en París durante un par de días.

Saca una tarjeta del bolsillo interno de su chaqueta y me la ofrece sin titubear.

—Y yo estaré encantado de poder llegar a un acuerdo con usted. Mi secretaria le dará cita antes de irse.

—Cariño.

Una voz de mujer llama la atención del señor Vial y éste dice sin girarse:

—El deber me llama —vuelve a sonreír, brinda al aire y bebe un sorbo de cava—. Llámame la semana que viene y hablamos —le dice a Álvaro—. Un placer, señorita Sánchez. Espero volver a verla pronto.

Se aleja de nosotros en dirección a la mujer que le ha llamado. Le agarra de la cintura y besa su mejilla. Después le da un apretón de manos a la persona que hasta ahora la acompañaba a ella.

—No puedes hacer eso —le miro enfadada. Se vuelve hacia mí.

—¿Qué? ¿Evitar que trabajes para un mujeriego que sólo quiere meterse en tus bragas? —aprieta la mandíbula.

—Voy a necesitar un trabajo dentro de poco. Creo que tengo derecho a poder estudiar diferentes posibilidades —intento no apartar mi mirada de la suya—. Además, no es de tu incumbencia con quién me acueste y con quién no.

—¿Lo es de Alejandro?

Eso ha sido un golpe bajo.

—No, tampoco lo es —el dolor impregna cada palabra. Se da cuenta.

—Lo siento. Sólo... No es momento de tener esta conversación —ni ahora ni nunca—. Hagamos acto de presencia y te llevaré a cenar —termina categórico.

La siguiente hora la pasamos hablando con los que, hasta ahora, son desconocidos para mí y me presenta a todos y cada uno de ellos. Hablamos de arte y futuras colaboraciones. Está claro que esto más que una fiesta es una gran reunión informal para estrechar lazos profesionales y cerrar algún que otro trato. Álvaro no se ha separado de mí en ningún momento. Cada vez que alguien ha reclamado su presencia, me ha hecho que le acompañe, agarrando suavemente el bajo de mi espalda. Me disculpo ante nuestros actuales acompañantes, de los que no recuerdo los nombres, y me dirijo al baño más cercano. Necesito librarme de parte de las seis copas de cava que me he bebido.

Camino perdida entre el gentío, buscando el aseo. Cuando creo que no aguanto más, diviso a lo lejos un cartelito que indica el pasillo por donde deben encontrarse. Entro y, afortunadamente, no hay nadie. Es inmenso, me relajo y accedo a uno de los cubículos, que son enormes. Me recojo el vestido

con cuidado y hago lo que he venido a hacer. Justo antes de abrir la puerta, escucho varios tacones al otro lado de la estancia.

—Entonces, supongo que los rumores no son ciertos —dice una voz desconocida.

—Sólo ha sido un contratiempo. A todos les da miedo el compromiso —ésta otra me resulta familiar. Sólo tardo un segundo en reconocer la voz de grillo.

Marina de la Rosa.

Todo mi cuerpo se tensa y me acerco más a la puerta para poder oír mejor.

—Precisa que le recuerde que nadie más que yo puedo darle lo que necesita.

—Yo también podría —responde, sardónica, la voz desconocida—. Cualquier mujer estaría dispuesta a dárselo—ríen impertinentes.

—Esta noche voy a ser yo y, créeme, le haré correrse tantas veces que olvidará hasta su nombre.

—Una señorita como tú no debería hablar así —le recrimina la primera voz a Marina, displicente.

—Claro que no. Soy Marina de la Rosa. Yo no hago esas cosas.

Rompen en carcajadas y a mí me entran ganas de vomitar. El cuerpo se me descompone por varias razones. Doy por hecho que hablan de Alejandro y me da mucho asco pensar lo que puede suceder entre ellos, pero el cuerpo se me tensa al ponderar que puede estar aquí. Si piensa acostarse con él hoy, no puede hallarse muy lejos. Física básica. Nerviosa, espero a que se vayan y salgo del baño.

No tengo los suficientes problemas como para ahora pensar en que puedo encontrármelo en cualquier esquina de esta maldita fiesta. Lo mejor es que salga corriendo de aquí ahora mismo. Recorro el pasillo que llega hasta el salón y veo desde lejos a Álvaro hablar con varias personas. Paro y me armo de valor. Voy a decirle que no me encuentro bien y que me voy a casa a descansar para mañana estar en perfectas condiciones para todo lo que nos espera. Siento su presencia antes de poder verlo. Giro el cuello ciento ochenta grados a mi derecha y nuestras miradas se encuentran, a pesar de la gran distancia que nos separa. Está en medio del salón hablando con una pareja y, agarrada a su brazo, susurrándole algo al oído, veo a Marina de la Rosa.



## ¿QUÉ HACES AQUI?

Lleva un traje de corte italiano con camisa blanca y corbata negra a juego, impresionantemente atractivo. Se me reseca la garganta antes de poder evitarlo. Alejandro no deja de mirarme. Intento caminar en otra dirección, pero mis pies han decidido no obedecerme. No me sorprenden, suelen tener vida propia. Siempre han sido muy independientes. Me pongo nerviosa al ver a Alejandro disculparse ante sus acompañantes y caminar seguro hacia donde me encuentro. Suplico encarecidamente a mi cuerpo que se mueva y, tras breves segundos, corro por el pasillo por donde se encuentran los baños, dejándolos a un lado, y llego hasta un balcón desde donde se ve toda la plaza del Museo del Louvre. Respiro varias veces tratando de tranquilizarme y doy gracias, cargadas de ironía, al universo por odiarme tanto. Dejo caer mi cuerpo sobre la pared y el frío de la noche consigue relajarme, lo que me permite disfrutar de la vista que tengo ante mí.

—Es extraordinario —susurro en voz alta, fascinada.

—No tanto como tú.

Escuchar su voz a un escaso metro de mí me tensa al instante. Despego el cuerpo de la pared e, inconscientemente, me pongo en alerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mirándole a los ojos, pero intentando que no me atrape. Soy tonta de remate.

«Lo eres».

No dice nada. Da un pequeño paso, acortando nuestras distancias, y yo doy un paso atrás, tratando de mantenerla como estaba.

—No huyas de mí —dice cabreado.

—No te acerques o gritaré —intento que suene a amenaza, pero no sé si lo consigo.

—Estoy seguro de ello... —su voz, salvaje y sensual, me descoloca.

Doy otro paso hacia atrás y él lo da hacia delante. Me topo con la

baranda del balcón, construida con frías piedras. Me agarro a ella y miro al vacío.

No está tal alto. Podría saltar, ¿no?

«Suicídate tú sola. No me metas en esto».

Vuelvo a mirarle y es el mayor error que cometo. Está a escasos centímetros de mí y puedo escuchar su agitada respiración.

Me derrito.

—Déjame salir —suplico.

—No hasta que me escuches —gruñe.

—No quiero escuchar nada.

Agarra mis muñecas con fuerza y las atrapa con la mano izquierda detrás de mi espalda, dejándome completamente inmovilizada. Con la derecha, agarra mi cadera, sube lentamente por mi torso, roza el pecho casi sin tocarlo, hasta llegar a mi garganta y aprieta levemente dejándome sin respiración durante un breve segundo.

Gimo y él sonríe. Sabe lo que hace.

Acerca sus labios a los míos y se detiene justo antes de que se toquen.

—Cuando te he visto entrar agarrada del brazo de Álvaro, he tenido que contenerme para no partirle la cara. Tengo ganas de arrancarte este puto vestido desde hace dos horas y follarte hasta que me supliques que vuelva a hacerlo una y otra vez hasta que caigas desmayada —susurra, feroz.

No me muevo. Ni siquiera parpadeo. Mi yo sensato se ríe de mí, encadenado al yate de lujo donde se encuentra desde hace demasiado tiempo. Ya va siendo hora de que baje a tierra firme, antes de que sea demasiado tarde. Acaricia mis labios con la yema de sus dedos y me remuevo intranquila. Sus ojos, de un azul oscuro intenso, brillan de lujuria y desesperación. Intenta controlarse, pero no lo consigue.

—Te voy a soltar... —muerde el lóbulo de mi oreja. Jadeo. Me estoy derritiendo por dentro—. Te vas a venir conmigo al hotel...

Caigo de la nube a la que ha logrado subirme durante unos minutos y me remuevo, intentando soltarme. Deja de besarme el cuello y vuelve a mirarme con dureza.

—Suéltame —intento parecer serena—. Ya tienes quien te caliente la cama esta noche —le espeto encelada, mientras tuerce la boca en un leve gesto—. No has tardado ni cuarenta y ocho horas en volver con tu prometida.

El gesto de su cara conmuta. Se vuelve duro. Ha cambiado a su forma



más implacable. Esa que le hace ganar miles de millones y que, hasta ahora, no ha utilizado conmigo. Me suelta, molesto, y se separa un paso de mí.

—Lo dice la directora de galería que viene a París y duerme en casa de su jefe —escupe, furioso.

Pero... ¿qué coño?

«No está diciendo nada que no sea verdad».

Vete a la mierda.

—Vete a la mierda.

Comienzo a caminar, pero no consigo dar dos pasos. Me agarra por el codo y tira de mí, volviendo a colocarme frente a él.

—Álvaro vino anoche a casa a informarme de vuestro viaje —dice molesto—. No le extrañó que mi novia no me hubiera dicho nada —está muy cabreado.

Baja la mano hasta agarrarme fuerte de la muñeca y atraerme hacia él. ¿Qué importa ya? No somos nada.

—No tuve tiempo de decírtelo —no sé porqué me excuso—. Estaba muy ocupada tratando de asimilar que el hombre al que amaba sólo me estaba utilizando —espero que suene con la ironía envenenada con la que lo he dicho.

Ordeno a mis lágrimas que paren detrás de mis ojos. No voy a permitir que me vea llorar. Puedo ver un imperceptible gesto en su mirada. Le he hecho daño.

—No seas ilusa. Álvaro no te ha invitado a su casa porque desee ser amable.

Lo sé, pero es mucho más complicado que eso. Si siguiéramos juntos, te lo habría contado, pero destrozaste lo que teníamos. Ya no importa nada.

—Estaría bien que todo el mundo dejara de preocuparse por quién quiere acostarse conmigo. Sé cuidarme sola.

Intento librarme de su agarre sin conseguirlo.

En ese momento, se escucha la puerta del balcón abrirse.

—Alejandro —ordena Álvaro a mi espalda.

—No. Te. Metas —dictamina furioso el interpelado, sin dejar de mirarme a los ojos.

Se respira testosterona y supremacía. Una lucha de dos machos alfas por ver quién es el dueño de la manada.

Álvaro le da un pequeño empujón y lo aparta.

—No quiere que la toques. Déjala en paz.

—No te hagas el héroe. Tú no eres mejor que yo.

Estoy empezando a marearme. Se enciende una lucecita en el fondo de mi cerebro. Creo que lo he sabido desde el principio, pero no he querido darme cuenta. Álvaro sabía que su hermano estaba extorsionando al mío, utilizándome vilmente.

Vuelvo a agarrarme a la baranda de piedra para no caerme de bruces al suelo.

—Tú... ¿lo sabías? ¿Sabías lo que estaba haciendo?—sabe perfectamente a qué me refiero.

—No sabía que eras tú... —se acerca a mí para darme algún tipo de explicación. Alejandro lo detiene en el intento.

—No te acerques a ella —le da un empujón y éste cae de espaldas al suelo. Se levanta y le da un puñetazo a su hermano. Antes de poder evitarlo, están engarzados en una pelea.

—¡Parad! —pido solícita—. ¡Parad, por favor! —grito un poco más fuerte, interponiéndome entre los dos.

Ambos cesan en sus intentos por pegar al otro y sus agitadas respiraciones se mezclan en el ambiente. Álvaro se toca el labio con el dorso de la mano y compruebo que lo tiene partido, al observar la sangre que gotea de él.

—¡Me has roto el labio! ¡Joder! —escupe molesto.

Me acerco a él para comprobar que no es nada grave.

—Déjame ver.

Álvaro se remueve.

—Estoy bien.

Por el rabillo del ojo veo a Alejandro tocarse el costado y sentarse sobre un banco de piedra, mientras tuerce la cara en un gesto de dolor. Recuerdo la herida que se hizo ayer mismo al estallar la jarra de cristal contra la pared de la cocina y se me erizan todos los vellos de la piel.

—Déjanos solos, por favor —pido a Álvaro, suplicándole con los ojos que no se meta.

Intenta decir algo, pero se contiene. Puedo ver la ira a través de su mirada. Hace acopio de toda su fuerza de voluntad y sale del balcón,

adentrándose en el edificio. Me agacho ante las piernas de Alejandro y le abro la chaqueta sin pedir permiso. Él no dice nada, sólo se tensa ante mi contacto.

—Dios mío —el rojo de la sangre contrasta con el blanco puro de la camisa.

Nerviosa y haciendo alarde de mi falta de sentido común, comienzo a desabotonarle la blusa, dejando su torso completamente desnudo. Tengo que tragar saliva varias veces ante tal alarde de masculinidad y perfección. Sólo hace tres noches de la última vez que estuvimos juntos, pero a mí me parece toda una eternidad. Levanto la mirada y Alejandro la espera con sus ojos convertidos en fuego. Trato de concentrarme en la sangre y, tras breves segundos en los que puedo sentir su respiración alterada y el subir y bajar de su pecho, hago caso omiso a mi cuerpo incendiario y kamikaze que me pide que salte sobre él y lo bese desesperada, y me centro en la herida que tiene abierta en el costado.

—No has ido al hospital —digo en tono de riña.

Cojo un pañuelo de papel de mi bolsito y limpio la sangre que rodea la herida. No es tan grave como parece, la sangre es muy aparatosa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, presionando la lesión con la mano.

—Divertirme en una fiesta —responde sarcástico.

Presiono inconscientemente la herida y él se aparta unos centímetros.

—¿Sabías que iba a estar aquí?

No contesta. Sigue sin darme información.

Me levanto y, antes de poder apartarme, coge mi mano, tira de mí y me sienta sobre su regazo.

—Por supuesto que sabía que estarías aquí —dice con sus labios a dos centímetros de los míos—. Te soñé anoche.

Ignoro esto último.

—¿Por qué te acompaña Marina? —me arrepiento de la pregunta antes incluso de decirla.

Toca el bajo de mi vestido con la mano derecha y la mete por debajo, acariciando la piel de mis piernas en dirección ascendente.

—La he encontrado aquí. Ha venido acompañando a su padre —cierra los ojos con fuerza y los vuelve a abrir de golpe—. Me gusta sentir el calor que desprende tu piel —susurra ronco. Gimo cuando llega al interior del muslo. Trago con dificultad—. Ven conmigo al hotel —posa su frente contra

la mía.

—No puedo —cierro los ojos. Trago.

—Sólo... ven... y hablemos —le cuesta pedirme esto. Acostumbra a ordenar y que todo el que le rodea haga lo que desea.

Me levanto y me separo de él. Me siento desolada. Su semblante me hace sospechar que él no se encuentra mejor que yo.

—Será mejor que me vaya —respiro hondo—. Por favor, esto se ha terminado.

Giro sobre mis talones, dándole la espalda.

—¿Vas a follar con él?

¿Qué? Me vuelvo y lo miro. Sus ojos azules, convertidos en negro intenso, escudriñan mi cara.

—No debería importarte —escupo furiosa.

—Te amo demasiado como para no importarme que vayas a dormir con otro.

Se levanta y va a decir algo más, pero, antes de que se atreva a volver a agarrarme, salgo del balcón y me adentro en la fiesta. Veo de lejos a Álvaro hablando con alguien, distraído. No está demasiado interesado en la conversación. Me ve y camina hacia mí, sin embargo, no le espero. Salgo del edificio en busca de un taxi. Antes de llegar a uno de ellos, me agarra del codo y me gira.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—Lejos de vosotros —me suelto de un tirón.

—Llamaré a Adrien. Nos llevará a casa —saca el móvil del bolsillo.

«Nos llevará» lo incluye también a él. Esa no es mi casa. Marca un solo botón y se lleva el teléfono a la oreja.

—Un minuto —y cuelga.

—No necesito niñera —me cruzo de brazos—. Quédate en la fiesta.

—No me interesa lo más mínimo la puta fiesta —dice exasperado.

—Necesito estar sola —me recojo la cola del vestido y bajo los escalones que nos separan de la carretera, casi de dos en dos.

Adrien para junto a la acera.

Vuelve a cogerme por el codo y me pone frente a él, entre su cuerpo y el coche.

—¿Qué ha pasado?

Sé a qué se refiere.

No me siento obligada a darle ningún tipo de explicación, pero me interesa que sepa que no quiero nada de ninguno de los dos.

—Le he pedido que me deje en paz.

—¿Por qué? —pregunta a escasos centímetros de mi boca.

—¡No lo sé! —grito—. Me estáis volviendo loca. Dejadme respirar.

Me suelto, entro en el coche y cierro la puerta con fuerza. Álvaro le pide a Adrien que me lleve a Montparnasse y se separa, dejándonos la vía libre. Espero a llegar al piso y encontrarme sola para llorar a gusto sin que nadie pueda verme. Me quito el dichoso vestido, me doy una ducha rápida y me acuesto, tapándome hasta la cabeza. Cierro la puerta de la habitación, dejando claro que no quiero interrupciones. Esta vez no intento serenarme. Me descompongo en un mar de lágrimas y sollozo desesperada. No puedo volver con Alejandro, no después de lo que ha hecho. Ha sido ruin y rastrero. No se merece ni que lo mire a la cara. Además, si sólo me utilizó para ganar millones en un trato, ¿qué quiere ahora? No me lo creo, no me creo que me ame. No puedo creerme nada de él.

Haré bien mi trabajo hasta que pueda dimitir y encontraré otra cosa. Mañana mismo llamo al señor Vial para concertar una entrevista de trabajo. No sé lo que éste tiene en mente para mí. Sea lo que sea, lo aceptaré. Necesito salir de la trayectoria de estos dos huracanes con fuerza de categoría 5 antes de que me destrocen del todo a su paso. Envuelta en mis pensamientos me encuentro, cuando escucho la puerta de la calle abrirse y cerrarse. Respiro hondo y me sereno. Álvaro ha llegado y no quiero que me encuentre llorando y desolada. Espero que no se atreva a entrar en la habitación, pero no apostararía por ello. Siento cómo camina por el piso durante breves minutos. Los pasos se detienen ante mi puerta, la abre lo suficiente para comprobar que me encuentro dentro y la cierra despacio. Escucho el agua caer en la ducha de su habitación y el corazón se me acelera al recordar las veces que hemos compartido un momento tan íntimo en el pasado. Vaya lío tengo. Sus manos deslizándose por mi cuerpo, enjabonando cada rincón. El agua resbalando por su perfecto, delgado y moreno torso. Su cabello mojado sobre la frente. Su boca sobre mi cuello...gimiendo... Necesito ayuda. Son las dos de la mañana de un lunes, pero podemos tratar esto como una emergencia. Sara lo entenderá.

—Espero que te estés muriendo para llamarme a estas horas. Si no es así, te mataré yo con mis propias manos —su vivaracha voz me hace

sospechar que estaba despierta.

—Tú no estabas durmiendo —la acuso.

—Estaba follando. El incordio es mayor.

—Por eso te llamo.

—¿Para follar? Estás un poco lejos, ¿no crees? —es imposible.

—Escucha. Álvaro se está duchando en la habitación de al lado. Y no puedo dejar de pensar...

—Si te digo que te lo tires, ¿me dejarás en paz?

—¡Sara! ¡Necesito tu ayuda!

—Poco puedo hacer desde aquí —imagino su sonrisa detrás del teléfono.

—No seas zorra —sonríó yo también.

—Está bien. No te lo puedes tirar —enfátiza cada palabra—. El plan es trabajar con él hasta que te marches. Puedes aguantar ese tiempo. De acuerdo que ya no tienes al dios griego del sexo a tu disposición para que te aplaque la libido, pero nunca has sido muy activa sexualmente... puedes aguantar unas semanas sin acostarte con nadie. Date una ducha fría. Llama a Jose.

—Alejandro está aquí —le corto la perorata.

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En el piso? ¿En la habitación? ¿En tu cama? ¿Entre tus piernas?

—¡No! ¿Estás loca?

—Yo no soy la que se ha ido a París, a casa de su ex, al que lleva odiando cinco años, y hermano del que se la ha estado follando hasta dejarla inconsciente, hasta ayer.

—Está bien... —trato de serenarme—. Me refiero a que está en París. Nos hemos visto en una fiesta. Es muy largo de contar.

—¿Ha pasado algo?

—Quería llevarme a su hotel y que... habláramos.

—Ahora lo llaman hablar.

Silencio.

—¿Con quién estás? —la interrumpo.

—No te gustaría saberlo.

Seguro que no, pero mi yo cotilla es más fuerte que yo.

—¿Por qué no?

—Con Roberto.

¿Qué?

«Que está follando con Roberto».

Ya, lo he oído.

—¿Estás loca? —pregunto exasperada—. ¿Y Joan? Creí que las cosas habían mejorado.

—Es complicado.

—¿Tirarte a tu mejor amigo lo hace todo más sencillo?

—¡Eh! No lo he violado. A él le apetecía tanto como a mí. Lo dices como si lo hubiera obligado a ello.

—¿Nos acostamos los tres anoche? —caigo en la cuenta y pregunto temerosa.

—Nos acostamos en la misma cama.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —me crispo.

—No. Quédate tranquila, ¿vale?

Suspiro varias veces y me siento en el borde de la cama.

—Es tarde, hasta mañana —me despido de ella.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

No le doy más vueltas y me levanto con una idea serena cruzando mi mente: es hora de dejar las cosas claras también con Álvaro. Tiene que entender que no volveremos a estar juntos jamás. El tiempo que nos queda trabajando el uno con el otro tiene que mantener las distancias y las formas. La relación que nos une es la de jefe-empleada y esa es la que exclusivamente tendremos.

Salgo decidida de la habitación. Escucho ruidos en la cocina y voy hasta allí. Se encuentra bebiendo agua de una botella, semidesnudo, con el torso, que nada tiene que ver con el que recordaba (mucho más ancho y musculado), al descubierto y unos pantalones largos de pijama, azul oscuro, que le caen a la cintura.

Esto no ha sido buena idea.

«Como casi todas las que se te ocurren».

## ESTO ES UNA LOCURA

Álvaro me mira por encima de la botella.

—Tenemos que hablar —digo, intentando parecer segura.

Deja el agua sobre la encimera y mi yo descentrado tiene tiempo de fijarse en todos y cada uno de los movimientos que sus músculos realizan antes de pararse y decir con dureza.

—Tú dirás.

«Deja de babear y céntrate».

Me doy cuenta del corte que tiene en el labio.

—¿Estás bien? —me acerco a comprobar que no es grave.

Me aparta con cuidado, pero sin vacilar.

Se lleva la mano a la boca y, con un gesto que me parece de lo más sexi, saca la lengua y toca la herida con la punta.

—No es nada.

Baja los brazos, dejándolos junto a su costado, y con la mirada me insta a que hable.

—Necesito que entiendas que entre nosotros no va a ocurrir nada. Nunca. Estamos aquí por trabajo.

Se cruza de brazos y cambia el peso de pie. Está esperando a que siga hablando.

—No sé por qué me has traído aquí y no a un hotel. Ni siquiera sé qué significa... todo esto —muevo las manos, refiriéndome al piso en general—. Pero no quiero volver a tener nada que ver contigo. Necesito que lo tengas claro.

Da un paso, quedándose a escasos centímetros de mi cuerpo. Su olor... a gel, a limpio, a hierba recién cortada...

No retrocedo. No quiero que crea que le tengo miedo.

No me toca, pero puedo sentir su piel sobre mi piel.



Esto es una locura.

Tengo que contenerme para no gemir cuando acaricia, con las yemas de sus dedos, mi cintura. Muy suavemente. Sin presionar demasiado.

Agacha la cabeza para estar a mi altura y acerca sus labios a los míos. Casi se rozan. Nuestras miradas no se han desconectado en ningún momento. El pelo le cae por la frente y sus carnosos labios resaltan húmedos de excitación.

Es fácil perderse en sus ojos negros.

—Tú... ¿Lo tienes claro? —susurra, sensual.

Nuestras respiraciones se mezclan.

«Claro que no».

Por supuesto que sí.

Asiento varias veces despacio.

Tras unos segundos de tensión, se aparta y tengo que agarrarme a la encimera para no caer de rodillas al suelo.

—Acuéstate. Mañana tenemos mucho trabajo.

Y se va. Entra en su habitación y cierra la puerta.

«Eres una crack dejando las cosas claras».

Pongo los ojos en blanco.

Me voy al dormitorio, me tapo con el edredón hasta la cabeza, grito para mis adentros y no consigo dormir en toda la noche. No paro de darle vueltas al tema. Alejandro-Álvaro. Álvaro-Alejandro. No volveré a acercarme a Alejandro y, en cuanto termine con la exposición, me apartaré de Álvaro. No puede ser tan difícil.

Puedo hacerlo.

Claro que puedo. Arriba esos ánimos, el optimismo a la cima.

No ha cambiado nada. Me engañó con otra, me destrozó y ni siquiera se preocupó de mí cuando estuve hospitalizada por sufrir un aborto espontáneo. ¡Me dejó embarazada y ni llamó para preguntar cómo estaba! Tuvo que enterarse. Muchos de nuestros compañeros de facultad se preocuparon por mi estado de salud. Él desapareció aquella noche. Nunca volví a saber de él hasta hace un par de semanas. No se merece nada. No importa lo que diga mi cuerpo. Cómo reaccione ante el suyo. Menudo traidor. Debería atender a mis súplicas en vez de tener vida propia.

Despierto con los primeros rayos de sol. Giro sobre el mullido

colchón y busco el móvil para ver la hora. Las siete y media de la mañana. Lo dejo sobre la mesita de noche y me siento en el borde de la cama. Armada de valor, salgo de la habitación sabiendo a quién me voy a encontrar. Entro en la cocina y está frente a mí, sentado en un taburete alto, leyendo *Le Monde*, con un café en la mano. Un traje hecho a medida de corte italiano, azul oscuro, con una camisa blanca con los primeros botones desabrochados lo hacen parecer un modelo de *Armani*. Maldito seas, Álvaro. Levanta la mirada.

—Buenos días —sonríe fugaz.

—Buenos días —respondo tímida.

Agacho la cara y paso por su lado, sin tocarlo. Huele de maravilla. Veo mi reflejo en el cristal del mueble donde están las tazas y me pregunto una y mil veces por qué no me he duchado y arreglado antes de salir a desayunar. Soy un completo desastre. Un mini pijama de franela, el pelo alborotado y la cara aún hinchada con ojeras de no haber dormido nada son mi uniforme de esta mañana.

Dejo la taza sobre la encimera y abro el frigorífico para coger la leche. Cuando me vuelvo, Álvaro está llenando mi taza con la cafetera y acercándose dos tostadas de pan francés con frutas.

—Gracias —le digo cuando termina.

—Servicio de catering —sonríe y me guiña un ojo.

Vuelve a sentarse donde estaba y sigue leyendo la prensa. Mientras, yo me agacho a recoger mis bragas.

Mierda.

Caliento la leche y la vierto, mezclándola con el café.

—¿A qué hora tenemos la primera reunión? —pregunto para distraerme.

—A las nueve y media.

Miro el reloj de la cocina y me altero. Son las ocho menos diez de la mañana. Álvaro se da cuenta de mi reacción.

—Tranquila, tenemos tiempo.

—Nunca has convivido con una mujer, ¿verdad? —me mira, levantando las cejas, divertido. Me doy cuenta, en ese momento, de que no sé nada de su vida, pero no se me puede olvidar que nosotros casi vivíamos juntos.

—No desde nosotros —dice natural. Nos quedamos varios segundos con la mirada fija en el otro.

—Escucha... Yo...

—No —me corta. Deja el periódico a un lado y centra toda su atención en mí. Se pone de pie y se toca las sienes, tranquilizándose. Pensando lo que va a decir. Clava sus ojos azabache en los míos—. Lo siento —dice rotundo—. No he sido justo. Te prometo que no intentaré acercarme a ti aunque mi cuerpo te necesite —sus ojos brillan—. Te prometo no hacerte todo esto más difícil.

—Estás siendo injusto ahora —me mira extrañado—. No puedes confesarme que tu cuerpo me necesita y decir que lo sientes a la vez.

—Es la verdad —se mueve hacia delante casi imperceptiblemente—. Sólo quiero... No quiero que te vayas.

—No puedo estar cerca de ninguno de los dos. Es lo mejor.

Muerde su labio inferior con los dientes.

—¿Te hace sentir mejor admitir en voz alta que prefieres huir? —la masculinidad que irradia casa perfectamente con su mirada oscura—. Huir no es la solución —dice como si estuviera seguro de ello.

¿Él lo sabe? ¿Sabe que no era la solución porque es lo que él hizo? ¿Huir? ¿Y no le sirvió de nada? Me bebo el café de un trago y desaparezco de la cocina. Tengo escasos veinte minutos para ducharme, arreglarme y seguir auto convencíendome de que esto es buena idea. Por supuesto, no lo es. Nunca logrará serlo.

Salgo a la calle con un vestido a la altura de las rodillas, cruzado en crepé, color rojo, con cuello de pico y falda de vuelo ajustada a la cintura, con un cinturón del mismo color. Chaqueta negra a juego con el bolso y los zapatos de tacón de ocho centímetros. El pelo semi recogido, no demasiado formal. Álvaro me está esperando junto al coche, hablando por teléfono, distraído. Cuando me ve, sonrío y se despide de la persona que está al otro lado de la línea. Abre la puerta del coche, ceremonioso.

—Estás impresionante —sonríe más abiertamente.

—También tienes que dejar de hacer eso.

—¿El qué? —se encoge de hombros y pone cara de niño travieso que sabe que acaba de romper la vajilla.

—Tenemos que redefinir los límites de esta relación —la puerta abierta del todoterreno nos separa.

—Me encantaría discutirlos contigo. Seguro que podemos llegar a un acuerdo muy satisfactorio para ambos —esto último lo dice con voz ronca y

sensual.

Abro los ojos y la boca de par en par. Voy a decir algo, pero prefiero no seguirle el juego. Está juguetón esta mañana. Entorno los ojos y me acomodo en el lado del copiloto. Cierra tras de mí. Da la vuelta y se sienta al otro lado.

—¿Y Adrien?

—Ha tenido una urgencia familiar —se pone el cinturón y yo lo imito. Arranca el coche y agarra el volante con fuerza. Me mira—. ¿Lista?

Asiento con la cabeza.

—Ni siquiera sé a dónde vamos —le indico sin aspereza impregnada con el positivismo y la alegría que irradia desde que hemos salido.

Alarga la mano derecha entre mis piernas y yo me encojo del susto.

Me mira divertido.

Saca unos dossiers de un compartimento de mi sillón y me los pone sobre el regazo.

—Échales un vistazo. Vamos a hacer un par de entrevistas y a estudiar algunos contratos.

—¿No me los pudiste dar ayer? Tuve mucho tiempo libre durante el día.

—Quería que disfrutaras de París —paramos en un semáforo y se gira a mirarme—. No te preocupes. Llevas mucho tiempo preparándote para esto.

Lleva razón, pero me molesta que me deje al margen de algo tan importante. No quiero parecer un florero en las reuniones. Quiero saber de lo que se habla y poder intervenir con criterio.

—¿Cuándo nos reunimos con el señor Jean Dómine? —pregunto interesada.

—Comemos hoy con él. No le gustan las formalidades. Es un tipo muy normal.

No sé qué quiere decir con eso, pero no me intereso más de lo debido. Tengo que leerme toooodo lo que me acaba de entregar.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—¿Para qué? —pregunta confuso.

Levanto los documentos y los agito.

—De sobra —contesta con una mirada traviesa.

—¿Puedo saber por qué estás tan contento esta mañana?

Se encoge de hombros y sigue conduciendo, haciendo caso omiso a

mi pregunta.

—Me encanta cuando haces eso.

—¿El qué? —le miro, cerrando todas las carpetas que acabo de leer en quince minutos.

—Morderte el labio inferior. Lo haces cuando estás concentrada —entra grácil en un aparcamiento subterráneo.

—En serio, no hagas eso —intento ser convincente, pero una inmensa sonrisa atraviesa mi cara.

—No te entiendo —se hace el sueco. Aparca el coche en una estrecha plaza.

—Claro que sí —le pego en el hombro con el puño cerrado.

—¡Ay! —se queja, dramático.

—¡Venga! ¡Pero si no ha sido nada!

Nos miramos un segundo y rompemos en carcajadas. Tras unos breves momentos de distensión, no sé por qué todo a nuestro alrededor se vuelve, de pronto, denso. Álvaro cambia su semblante a uno mucho más serio y yo hago lo mismo. Sabía que esta situación no podía durar mucho tiempo. Atrapa mi mirada con la suya.

—Te he prometido que no voy a tocarte, que no voy a acercarme a ti, pero no puedes pedirme que no sea quien soy cuando estoy contigo. Tú... me haces feliz —trago saliva—. Da igual que no quieras perdonarme. No tiene nada que ver con lo que tú quieras darme. Es mucho más complejo que eso.

—Te perdoné hace mucho tiempo —confieso.

—Pero no basta —dice tosco y dolido. Niego con la cabeza varias veces.

—No —musito, bajando el tono y agachando la cabeza, desconectando nuestras miradas. Coge mi barbilla con su mano y me levanta la cara para que vuelva a mirarlo.

—Ahora lo entiendo —dibuja en su gesto una sonrisa desgana—. Eso ha cambiado. Me he dado cuenta de que no importa lo que yo quiera. Perdí el derecho a tenerte cuando te traicioné... aunque...

Tengo que decirle a mis lágrimas que se contengan detrás de mis ojos.

Le suena el teléfono y termina con la conversación. Álvaro se recompone al segundo y descuelga.

—Cinco minutos —vuelve a meter el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta y me mira—. Tenemos que irnos.

La primera reunión es larga y tediosa. Un par de abogados leyendo contratos puede llegar a ser de lo más monótono. ¿Son todos iguales o a mí me lo parecen? Que lean uno y leídos todos. ¡Qué aburrimiento, joder!

Después de más de veinte minutos tratando de concentrarme sin conseguirlo, me disculpo y salgo de la sala de reuniones más insípida que he tenido el honor de pisar. Ha sido incluso angustioso. Le pregunto a una señora, con el pelo blanco recogido en un moño también aburrido (para no desentonar con la decoración), dónde están los aseos.

—Al fondo, a la derecha —dice sin ni siquiera mirarme y con tono cansado.

Suspiro, resignada, y comienzo a caminar en la dirección que me ha indicado. Entro en el baño, cierro la puerta y me refresco. Tal vez el agua y el paseo consigan despertarme lo justo para no quedarme dormida delante de los dos abogados. Sería de muy mala educación. ¿O no? Vuelvo sobre mis pasos, cuando decido que mi escaqueo dura demasiado y alguien sale de una puerta con mucha prisa. Chocamos frente con frente.

—¡Ay!

—¡Ups!

Nos quejamos a la vez.

No me lo puedo creer.

¡No me lo puedo creer!

Parpadeo varias veces seguidas y la persona que tengo frente a mí hace exactamente lo mismo. Un momento después, empezamos a chillar y a saltar, descontroladas. Nos abrazamos y damos vueltas unidas sobre la horrorosa moqueta verde.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunto sin dejar de agarrarla por los brazos. Estoy en estado de shock. Tocarla la hace real.

—¡Lo mismo digo! —contesta Clara, con voz chillona.

Está guapísima, igual que siempre. Tiene una belleza sencilla y serena. Castaña, de ojos marrones y tez morena.

—He venido a una convención. De aquí, voy a Madrid, como te dije. Pero... pero... ¡Estás en París! —dice, entre entusiasmada y confusa.

—Es una larga historia —nos miramos y volvemos a sonreír. Nos

fundimos en otro gran abrazo.

—¿Cómo estás? —pregunta, mientras me escudriña con sus ojos color caramelo. Tardo un segundo en contestar.

—Bien —miro al suelo inconscientemente. Levanta las cejas. Sabe que no es del todo cierto. Me conoce a la perfección. Vivimos juntas cuatro años. Los cuatro años que estuve con Álvaro—. Estoy bien, de verdad. Es... complicado —sonríe, pero no me llega a los ojos. Todo ha vuelto a mi mente en tropel—. ¿Cómo estás tú? ¿Hasta cuándo estás aquí? — intento centrar la atención en ella.

—Cojo el avión a Madrid el sábado a primera hora —le suena el teléfono—. Espera, tengo que contestar.

Lo saca del bolsillo de su chaqueta de ejecutiva y se separa un metro de mí. La escucho decirle a alguien que va enseguida, que son inútiles, que no saben sumar dos más dos y que la presentación está lista desde que llegaron de Nueva York.

—Tenemos que vernos. ¿En qué hotel estás?

Otra con la preguntita. No le puedo decir la verdad. Clara vivió conmigo todo lo sucedido, estuvo a mi lado cuando Álvaro me desgarró por dentro, dejándome casi sin vida. Lo mataría. Estoy segura. Ella jamás verá con buenos ojos que volvamos a ser amigos. Amigos... Porque eso es lo que somos, ¿no?

«No».

Ya estamos. No es buen momento. Vete otra vez de vacaciones. Le sugiero a mi inoportuno subconsciente.

—¿Dónde te hospedas tú? Te recojo y salimos a cenar. Sólo llevo aquí un día, pero he conocido un sitio que estoy segura de que te encantará.

—Te mando un mensaje con la dirección. Tenemos mucho que hablar.

Ni que lo digas. Digo para mis adentros.

—Dani —veo a Álvaro aparecer por el pasillo y me tenso al instante —, creí que te habías perdido —sonríe—. Necesito el número de teléfono de Berta...

En ese momento, Clara se da la vuelta y lo ve. No puedo descifrar el semblante de su cara. Está estupefacta. No me pasa desapercibida la cara de reprobación que le echa a mi jefe. Tras breves segundos, vuelve a mirarme, pidiendo explicaciones. No entiende nada. Álvaro llega hasta nosotras. La

sonrisa la ha cambiado por un rostro serio y precavido.

—Hola, Clara, ¿qué tal? —sueno rudo. Mi amiga no contesta. Un gato ha debido comerse su lengua. No la culpo. A mí me pasó lo mismo. No sólo eso, yo viajé a otro planeta y aún me encuentro en el camino de vuelta.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta con rostro serio, haciendo caso omiso a su presencia. No contesto. No sé qué decirle. Es largo y tedioso de explicar. Noto cómo se adelanta unos centímetros hacia Álvaro y la cojo del brazo.

—Es complicado —digo bajito. Me mira molesta—. Esta noche te lo cuento —por favor... ahora no. Clara vuelve a atravesar con la mirada a un Álvaro que trata de mantener la compostura. Está nervioso, aunque lo disimule muy bien. Vuelve a sonarle el móvil a Clara. Lo saca y mira la pantalla.

—Tengo que irme —suspira y se tranquiliza—. Nos vemos luego— me da un breve pero cariñoso beso en la mejilla y me sonrío cálida y comprensiva.

Pasa junto a Álvaro y le reprocha con la mirada algo que no llego a adivinar. Después, desaparece, tal y como ha venido, rápida y fugaz.

Álvaro clava sus ojos en los míos y trata de averiguar cuál es actualmente mi estado de ánimo. Dudo que lo averigüe, no sabría describirlo ni yo.

—Mi móvil está en mi bolso, en la sala de reuniones —le digo, tratando que todo vuelva a la normalidad. Me mira confuso.

—El número de Berta... Lo tengo en el móvil —repito. Lo tranquilizo con la mirada y comienzo a caminar para que él lo haga conmigo. Antes de salir del pasillo enmoquetado, agarra mi muñeca izquierda, corta mi paso y me gira hacia él.

—Dani...

—Está todo bien, ¿vale? No pasa nada. No quiero hablar de ello — intento transmitir serenidad y aplomo. Me suelto y sigo caminando.



## ERRORES

Volvemos a la reunión y los abogados siguen con su interminable perorata. Puedo notar la mirada de Álvaro sobre mí. Preocupado. No sabe cómo me va a sentar ver a Clara hace un momento y que se encontraran después de todo lo que pasó. Es como si el pasado viniera a darte dos bofetadas. Al menos para él. A mí el pasado me ha acompañado siempre.

Trato de centrarme en lo positivo. ¡Clara está aquí! ¡Y podré pasar más tiempo con ella esta noche! Será complicado explicarle la situación y casi imposible que la entienda, pero haré lo que esté en mi mano para que así sea. Tenía pensado contárselo en cuanto nos viéramos en Madrid. Sólo vamos a adelantar la charla unas semanas. Decido no pensar más en ello hasta esta noche, con un gin-tonic entre mis manos.

«O dos».

Por una vez estoy de acuerdo con mi subconsciente.

Me entretengo haciendo dibujos en la pared con mi imaginación. Me parece divertido. Cuando termino de pintar el mural, decido que puedo dibujarles bigotes y gafas enormes a los letrados, mientras hablan con caras de estaca. No puedo contener una sonrisa cuando mi mente los imagina con pelucas rosas y zapatos de plataforma de quince centímetros de alto. Álvaro me mira intrigado y divertido. Le devuelvo el gesto y sigo con lo mío. Me alegra que vuelva a sonreír. No quiero que cambie el buen ambiente creado hoy entre nosotros.

—Hay un error —les corta la perorata.

—No lo entiendo —dice el abogado número uno. No he conseguido

memorizar sus nombres.

—Es imposible —asegura el número dos.

—Encontradlo vosotros, para algo os pago —se levanta y yo lo sigo. Salimos de la habitación apresurados. Tengo que acelerar el ritmo para no quedarme rezagada. Paramos ante el ascensor y, cuando se abren las puertas, Álvaro me cede el paso y entra detrás—. ¿Qué te hacía tanta gracia? —pregunta, justo al cerrarse. Abro los ojos fingiendo que no sé de qué me habla.

—Ha sido una reunión muy amena —me encojo de hombros. Sonríe, se mete las manos en los bolsillos, apoya la espalda en el fondo del ascensor y cruza las piernas relajado.

—¿Estás bien? —puedo ver preocupación en su rostro al preguntarme.

—¿Por qué hemos salido corriendo? —hago caso omiso a su consulta.

—Son unos incompetentes. No saben hacer nada.

Se abren las puertas unos pisos más abajo y entran varios ejecutivos. Me empujan hacia el fondo y, sin darme cuenta, me encuentro frente a Álvaro, demasiado cerca. Nuestros cuerpos se tocan, acoplándose a la perfección.

Lo miro y suspiro exasperada.

—¡Eh! No me mires así. Tengo las manos metidas en los bolsillos —sonríe—. Eres tú quien está invadiendo mi espacio —susurra para que sólo yo lo oiga, con una evidente mueca traviesa y descarada.

Levanto la mano e instintivamente le aparto un mechón de pelo que le cae sobre la frente, sin dejar de mirarlo. Tenerlo tan cerca y encontrarme con Clara no hace otra cosa que remover todos mis recuerdos. De repente, todo se vuelve más serio.

—¿Tú sí puedes tocarme?—musita, mirando ahora mis labios—. No me malinterpretes... me gusta que lo hagas.

—Esto no es buena idea —poso las manos sobre su pecho. Puedo sentirlo tensarse bajo la ropa.

—Dame una razón por la que no lo es —vuelve a atrapar mi mirada.

—Podría darte cientos.

—Una que me crea.

Alejandro...

Se abren las puertas y, en breves segundos, los hombres trajeados que nos acompañaban salen del ascensor, dejándonos solos y las puertas vuelven a cerrarse. Nos miramos con intensidad. Mi mente me pide a gritos que me separe, pero mi cuerpo, acostumbrado a tener vida propia y a traicionarme, no piensa lo mismo que yo. Álvaro posa sus ojos sobre mis labios, pasándose lentamente la lengua por los suyos. Sigue sin sacar las manos de los bolsillos, pero mi piel lo puede sentir sobre cada centímetro de mi cuerpo.

Su olor, a lluvia, a limpio, penetra por mis fosas nasales, erizando cada vello de mi piel. Su respiración se entremezcla con la mía. Siento, bajo la palma de mi mano, los fuertes latidos de su corazón. Nuestros labios se acercan con parsimonia y casi imperceptiblemente... Suena el pitido, avisándonos de que hemos llegado a nuestra planta, y me separo rápidamente de él, escapando del pequeño habitáculo. Salimos del edificio, acomodados en los asientos. Ninguno de los dos dice nada durante todo el trayecto.

Mi teléfono móvil rompe nuestro incómodo silencio. Lo saco del bolso y miro la pantalla. No conozco el número de teléfono, pero puedo hacerme una idea sobre quién puede ser. Es instintivo, animal. Hago caso omiso, lo silencio y vuelvo a guardarlo. El corazón se me acelera de nuevo y una losa me aprisiona el pecho. ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo anhelar tanto algo que no tengo desde hace tanto tiempo? ¿Cómo puedo echar tanto de menos a Alejandro con todo lo que me ha hecho?

Suena la llegada de un mensaje de texto: «Perdóname. Ya no sé vivir sin ti».

Me duelen sus palabras, pero además me enfada que me haga sentir así. Ha sido él quien ha provocado esto. Él es el culpable de que estemos separados y de que, por mucho que lo piense, no pueda volver a confiar en él. No debería contestarle, pero mis dedos son más rápidos que yo: «Creí que me querías. Te creí cuando dijiste que me amabas. Fui tan ilusa que no me costó confiar en ti. Por favor, lo nuestro se ha acabado. Hazlo por mí. Haz tu vida».

«Tú no quieres eso», me contesta. Yo no sé lo que quiero. Sólo deseo que el tiempo pase rápido y deje de doler.

«Tú no sabes lo que quiero. Olvídate de mí», envió.

«No puedo. NO QUIERO».

«Podrás. Y querrás».

Guardo el móvil en el bolso y suspiro exasperada. Álvaro sigue sin decir nada. Aparcamos el coche junto a una plaza y, antes de parar del todo, salgo a que me dé el aire. Lo necesito.

Camino al lado de Álvaro. Esperamos a que un coche pase de largo y cruzamos la calle. Veo que Isabelle nos espera junto a una gran puerta de madera.

«Qué bien».

Si, súper divertido. Ironía modo *On*.

—Ha llamado Jean. Nos espera en su casa a la una y media de la tarde —no está contenta. Le entrega una gran llave de hierro.

—Gracias —Álvaro la coge e, ignorando el malestar de la secretaria, abre la puerta que tenemos ante nosotros y me hace un gesto para que pase yo primero.

—Es la galería *Dómine Mucs*. Aquí trasladaremos la exposición —el tono juguetón de esta mañana lo ha cambiado por uno profesional y distante.

Es grande. Inmensa. Camino por ella y me encuentro varias salas cuadradas, unas más grandes que otras, separadas por grandes arcos. Paredes blancas y techos altos de madera. El suelo es de mármol blanco con vetas grises.

Ya había visto los planos, pero encontrarme aquí... Es maravillosa.

—¿Das el visto bueno?

Asiento, entusiasmada.

Mira el reloj.

—Tenemos que irnos. La casa de Jean no está cerca.

Vuelvo a asentir.

—¿No piensas volver a hablar nunca? —puedo ver una sonrisa casi imperceptible en su rostro. Es sólo una pequeña mueca, pero la sala se ilumina. Asiento de nuevo—. Vas a volverme loco —dice para sí.

La casa del señor Jean Dómine es un *loft*, en el centro de París, de dos plantas, totalmente reformado. Moderno, amplio, con paredes de cristal, rodeado de vegetación y espacios abiertos. Techos a doble altura y muy bien decorado. Sin demasiados muebles. Muy funcional. Con colores neutros y algún que otro toque de color celeste. Es elegante, pero, a la vez, divertido y joven. No como lo esperaba. De ninguna manera. Una chica muy guapa nos

abre la puerta y nos hace pasar al inmenso salón.

—El señor Dómine vendrá enseguida —nos informa, con una sonrisa en la cara.

Otra chica aparece con una bandeja con tres copas de champán. Nos ofrece una a cada uno y le damos las gracias. Me quedo ensimismada en el cuadro que cuelga de la pared.

—Es extraordinario —digo sin pestañear. Álvaro se da cuenta de qué estoy mirando—. *Le rêve* —no creo lo que están viendo mis ojos.

—*El sueño* —concreta Álvaro.

Lo sé. Picasso lo pintó en óleo en 1932. Es un retrato de su amante Marie-Thérèse Walter, posteriormente su mujer, cuyo lado izquierdo del rostro forma parte del pene del pintor. Lo conozco muy bien. No puede ser. No puede tener *El sueño* colgado en el salón de su casa. Sé que se vendió en Nueva York por más de cien millones de euros. ¿Quién es este hombre?

—No es el original —escuchamos una voz fresca detrás de nosotros—. ¿O sí?

Nos volvemos y un hombre joven, de unos treinta años, baja las escaleras de madera al aire, sonriendo. Va descalzo, con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca de mangas cortas y cuello holgado, dejando a la vista sus brazos y su pecho totalmente tatuados. No está tan fuerte como Alejandro o Álvaro, pero su cuerpo, definido y grácil, no tiene nada que envidiarles. Su pelo semi largo y castaño hace juego con sus ojos color miel. Tiene un atractivo rebelde que volvería loca a cualquier mujer. No lo imaginaba así. ¡De ninguna manera! Ideas preconcebidas. Una mala costumbre. Conforme se va acercando, me doy cuenta de su altura. Es varios centímetros más alto que Álvaro. Le estrecha la mano, informal, y le da un abrazo.

—¿Qué tal, hermano? —dice con confianza—. Creí que te ibas dos días. Has tardado demasiado.

—Todo se complicó. ¿Cómo estás? —le pregunta, sonriente. Dómine nos mira a Isabelle y a mí con una mueca divertida.

—No tan bien como tú.

Álvaro se gira hacia nosotras, pero no dice nada.

—¿No nos presentas? —da varios pasos en mi dirección.

Me cae bien al instante.

Puedo escuchar el rechinar de los dientes de Álvaro desde aquí.

—Soy Daniel Sánchez, directora de la galería *D'Arte* —tomo la iniciativa. Soy una mujer adulta.

«Para casi todo».

Mi subconsciente despierta de su letargo.

Jean coge mi mano, la besa y a continuación mira a Álvaro con una expresión interrogante. Éste le hace un imperceptible gesto con la mirada y bebe un largo trago de su copa. El señor Dómine parece darse cuenta de algo y vuelve a sonreír. Me suelta la mano y centra ahora toda su atención en Isabelle.

—Siempre perfecta, señorita Dugués —le besa también, ceremoniosamente, la mano.

Ésta le hace un leve gesto con la cabeza y se deshace de su contacto antes de que la suelte. No se siente muy cómoda. Me da la impresión de que no le cae demasiado bien.

—Señor, el almuerzo está preparado. Pueden pasar al patio cuando lo deseen —dice la chica que nos ofreció champán.

—Acompaña a las señoritas, Chisca —le indica Dómine—. Nosotros vamos enseguida.

Isabelle y yo la seguimos y salimos a una zona abierta rodeada de vegetación, techada en casi toda su plenitud con toldos de color beige y varias estufas de exterior, rodeando el espacio. Escucho agua caer y observo, en la pared del fondo, una cascada de agua cristalina descender desde lo alto hasta una fuente de piedra. Es precioso y relajante. Nos sentamos alrededor de la mesa.

—¿Qué desean tomar?

—Agua, por favor —tengo muchísima sed.

—Otra copa de champán. Frío —pide Isabelle, sin levantar la mirada. La chica desaparece dejándonos solas.

—Podrías ser más amable —le digo tranquila.

—¿Hablas conmigo? —me mira. Y es la primera vez que lo hace desde hace dos horas, cuando le ha entregado la llave de la nueva galería a Álvaro.

No, hablo con las flores.

Es idiota y no tiene educación.

«Y la odias».

Mi subconsciente está muy despierto. Podía dormirse otra vez.

—No nos caemos bien. Está claro —me desabotono la chaqueta y doblo los puños ceremoniosamente—. No es necesario que seamos amigas. He venido a hacer mi trabajo —la miro, dejándole claro cuáles son mis intenciones. La chica guapa y menuda cruza el gran ventanal con nuestras bebidas en una bandeja.

—¿Qué tipo de trabajo haces cuando estás en su casa?

¿Qué?

«¿Qué? ¿Qué ha dicho?»

La fulmino con la mirada.

—Se aburriría de ti. No puedes darle lo que necesita —asegura sin amilanarse.

Trato de ignorar este último comentario, pero cala hondo en mí. ¿Es posible que ella se haya dado cuenta de algo que yo no he sabido descifrar durante tantos años? ¿Se cansó de mí? ¿No fui suficiente para él? Me remuevo incómoda en la silla. ¿Eso fue lo que pasó? ¿No supe darle lo que necesitaba?

—¿Podría decirme dónde está el baño? —no quiero seguir conversando con Isabelle. Me cansa. Me exaspera. Prefiero hacer tiempo mientras aparecen el señor Dómine y Álvaro. Necesito un respiro.

—Salga por esa puerta de ahí —señala a mi espalda—, y siga el pasillo hasta el fondo. La última puerta a la derecha —me indica, educada—. ¿Desea que la acompañe?

—No es necesario. Gracias —me levanto y no me despido de mi estúpida acompañante.

Camino por un largo pasillo. La pared de mi derecha es otro enorme ventanal que da a otro patio y de la de mi izquierda cuelgan decenas de pequeñas obras de arte. Esta casa es una pasada. El suelo de madera clara contrasta con las sillas de acero que veo al fondo. Me paro junto a una puerta al escuchar varias voces conocidas. No debería oír conversaciones ajenas, pero mi yo cotilla ha vuelto de vacaciones con más fuerza que nunca. Y ha venido para quedarse.

—Capullo —dice Álvaro al señor Dómine.

Lo acabo de conocer, pero me parece raro tratarle con ese respeto. Su amabilidad y desparpajo te acercan a él de manera inmediata. Ahora entiendo

el comentario de Álvaro de esta mañana, cuando dijo que no le gustaban las formalidades. ¡Nos ha recibido descalzo!

—Yo también perdería la cabeza por alguien como ella.

Me atrevo a asomarme y veo a Álvaro apoyado sobre una mesa, sin llegar a sentarse, tocándose la frente. Jean está a dos metros de él, con una copa de un licor ambarino en la mano derecha. Debe ser su despacho.

Álvaro levanta la cabeza, se yergue y le dice, mirándole directamente a los ojos:

—Ni se te ocurra acercarte a ella —le avisa duro.

—¿Ni con tu consentimiento?

Álvaro lo fulmina con la mirada.

—Está bien, lo entiendo —levanta las manos en señal de rendición—.

No la compartirías.

—No quiere saber nada de mí —se queja.

—Eso demuestra su inteligencia —Dómine sonrío y bebe. Álvaro hace caso omiso a este último comentario.

—No sé porqué hemos venido —se levanta y va hasta otro gran ventanal y se queda ensimismado.

—Querías que la conociera. Quieres enseñarle tu mundo —da un sorbo a la copa—, pero sabes que no le va a gustar.

—Ella no es como nosotros —agacha la cabeza. Tras un breve silencio, sigue—. Está con Alejandro, al menos, estaba hasta hace un par de días.

—¿Con tu hermano? —pregunta confuso.

—Es una larga historia. Está enamorada de él —puedo sentir dolor en cada palabra.

—He visto cómo te miraba hace un momento. Estoy seguro de que no ha dejado de quererte.

—Pero no es suficiente. Jamás lograré que me perdone. Me equivoqué... y ahora... ¡Joder! —se agarra la nuca con ambas manos y mira al techo durante unos segundos.

—Explícale por qué te fuiste. Cuéntale qué pasó. Tal vez lo entienda.

—No es tan fácil.

—Prueba a ver qué ocurre. Tal vez te sorprendas... —silencio—. Por cierto, Lucie ha llamado. Todo va como planeamos.

—Hablé con ella ayer. Estoy preocupado, algo... no me gusta.

—No empieces. Saldrá bien. Como siempre.

Me tropiezo y doy con el codo en la pared. Mierda. Callan al instante y



retrocedo con el cuerpo encogido, como si eso fuera a servir de algo. Me meto en el baño y me convengo de que es imposible que me hayan visto. Mis dotes escapatorias están muy perfeccionadas. ¿Qué puede explicarme Álvaro que pueda hacerme recapacitar sobre lo que pasó? Nada cambiará lo que hizo. No hay excusas para una traición y nunca las habrá. Y... ¿quién es Lucie?

Le envío un mensaje a Sara diciéndole que estoy bien y que el jueves por la tarde llegaré a Madrid. Termino mi saludo exigiendo una buena fiesta de bienvenida en la que no falten los chupitos de tequila. «Eso está hecho», me contesta treinta segundos después. Hago tiempo en el baño de lujo con bañera, ducha y yacusi, y salgo cuando estimo el tiempo prudente para no ser pillada. Vuelvo sobre mis pasos y escucho de nuevo sus voces tras la misma puerta. Me permito parar sólo un segundo.

—Necesitas echar un polvo —es la voz de Jean.

—Ni que lo digas. Me duelen las pelotas.

Ríen.

—Vamos. No querrás hacerla esperar.

Doy un saltito y escapo corriendo.

De primero, Jean Dómine nos deleita con una fondue de queso gruyere y emmental en la que mojamos pequeños trozos de pan con unos palillos de acero, y una ensalada nizarda, de colores vivos, aderezada con la popular vinagreta de Dijon. Hablamos de arte y del futuro traslado de la exposición, pero nada serio. Jean sabe de verdad cómo hacer sentir a sus invitados en casa. Es realmente atento y simpático. Está sentado a mi derecha, presidiendo la mesa, y Álvaro frente a mí. Isabelle, al lado de éste, casi no ha abierto la boca. De segundo, nos ofrecen *ratatouille*, un plato natural de Niza y la provincia de Provenza. Es una mezcla de hortalizas cocinadas en una sartén con especias variadas. Exquisito.

—¿Te gusta París? —me pregunta Jean, mientras me sirve más vino.

—Aún no he tenido tiempo de disfrutar de la ciudad —le doy las gracias y me acerco la copa a los labios.

—Yo podría enseñártela —se ofrece amable.

—No es necesario —le corta Álvaro antes de que me dé tiempo a contestar. No me pasa desapercibida la seria mirada que éste le echa a su

amigo y la sonrisa que Jean le devuelve, entornando los párpados.

—La próxima vez —vuelve a dirigirse a mí, guiñándome un ojo, juguetón—. ¿Cuándo vuelves a España?

—El lunes—escucho decir a Álvaro, justo antes de beber de su copa. Le miro, sorprendida.

«Y puede dejar de contestar por ti».

—Creí que volábamos el jueves por la mañana —le reprocho, confusa.

—Tenemos muchas cosas que hacer aún aquí —me clava su mirada. Está enfadado y no sé por qué. Mira a Isabelle—. ¿A qué hora es la reunión de esta tarde? —cambia de tema descaradamente.

—A las cinco y media —contesta ésta, mientras saca su teléfono, que suena dentro del bolso. Lo mira y entra en el *loft*, disculpándose. Álvaro le hace un gesto a su amigo y éste desaparece con una excusa trivial. Podría habérsela currado un poco más.

—¿Puedes dejar de flirtear con Jean?

¿Qué?

—¿Se puede saber qué te pasa? Sólo estoy siendo amable. Es simpático —digo molesta a la vez que sorprendida.

¿Qué hago dándole explicaciones?

«Lo mismo me acabo de preguntar yo».

—Dani... —suena rudo, enfadado.

—¿Qué? —pregunto exasperada.

No puede hacer eso. No puede actuar como si le perteneciese. Como si fuera suya. Ya no somos nada. Hace mucho tiempo que dejamos de serlo. ¡Él decidió marcharse! Lo hizo mucho antes de traicionarme.

—Nos vamos —se levanta como un resorte y tira la servilleta sobre la mesa.

—Yo no me voy. Lo estoy pasando bien. Es divertido —replico segura y sigo comiendo. Intento convencerme de que no quiero llevarle la contraria y enfadarlo más, sólo deseo disfrutar de la comida y la compañía. Obviando a Isabelle, claro.

Nos retamos con la mirada y, tras varios segundos, yo gano.

Vuelve a sentarse.

—Como quieras —se toca el pelo compulsivamente y es como un puñetazo en el estómago. Se parecen más de lo que me permito reconocer.

Joder.

Alejandro.

Una punzada atraviesa mi corazón.

Me levanto con un movimiento grácil.

Álvaro me mira confuso.

—Ahora vuelvo —necesito salir de aquí. No sé adónde ir. Sólo preciso un momento de paz, estar sola y convencerme de que no me estoy volviendo loca. Camino hacia el baño que visité antes. Es lo único que conozco de esta gran casa, donde creo que podría perderme con facilidad.

Al pasar por lo que creo que es el despacho de Jean, vuelvo a escuchar ruidos dentro y paro en la puerta. No lo puedo remediar, lo llevo en la sangre. Soy cotilla por naturaleza. Y esta habitación se está convirtiendo en una gran fuente de información. La mandíbula me llega al suelo con lo que están viendo mis ojos: Isabelle con el cuerpo apoyado en una pared, agarrando a Jean por la pernera del pantalón. Definitivamente, demasiado juntos. Éste la tiene acorralada. En realidad, acorralada no es la definición exacta. Desde luego, ella se encuentra muy a gusto entre sus brazos. Esto no me lo esperaba. Me había parecido que se caían mal.

—Tú también lo deseas —le susurra él, mientras le besa el cuello.

¿Que cómo puedo escuchar si están susurrando? Son muchos años de prácticas.

—No sin él —contesta Isabelle, mientras da un pequeño gemido.

—Esta noche —acerca su boca a la de ella y la besa—. Yo lo convenceré.

Se dan un arduo beso y ésta lo empuja, apartándolo después. Jean la mira divertido a la vez que salvaje. Isabelle se recompone.

—Si quieres más, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Nos vemos donde siempre —le dice Jean, seguro.

Otra vez tengo que salir corriendo para que no me pillen in fraganti. Una vez dentro del baño, me permito recapacitar y pensar en lo que acabo de ver. Isabelle y Jean se acuestan. Me siento en el borde de la bañera. Pero me había parecido, cuando la conocí, que tenía algo con Álvaro. Al menos, podría haber jurado que estaba enamorada de él. Tal vez mi detector de chismes está defectuoso, o tal vez obsoleto, hace mucho que no lo utilizo. He

estado demasiado abstraída en mis problemas.

Abro el grifo y me refresco la nuca con agua. No hace calor, pero me siento agotada. Álvaro va a volverme loca. Al momento caigo en la cuenta de algo.

Es posible...

No, no puede ser.

Miro mi reflejo en el espejo, negando con la cabeza.

Tal vez... no es una idea tan descabellada. Me digo contrariada.

Claro que no. ¡Isabelle y Jean estaban hablando de otra persona! ¡Van a quedar esta noche con alguien más! No es que el tema me sorprenda. Mi amiga me despierta muchos fines de semanas deleitándome con orgías sobre la alfombra del salón. Convivo con ello. Es que no me lo esperaba de alguien tan remilgada.

Vaya...

¿Y es posible que esa otra persona sea Álvaro?

Una oleada de fuego recorre mi garganta. Se me remueve el estómago y tengo que contener las ganas de vomitar. Doy varios sorbos de agua bajo el grifo.

«Estás celosa».

Ahora mismo llenaría el lavabo, metería la cabeza y me ahogaría.

«Pero no lo vas a hacer».

Yo no estaría tan segura.

## VERTE DE NUEVO

Salgo al patio y sólo veo a Álvaro y a Jean sentados a la mesa. Ni rastro de Isabelle.

—No me jodas, tío —escucho a Dómine, con tono de fastidio.

—He dicho que no —Álvaro levanta la mirada y me ve.

Me siento y puedo notar el silencio que se ha instalado de pronto.

Nos sirven el postre. *Charlota* de fresas y crema *bavaroise* a la vainilla. Es una tarta de bizcocho y crema, servida fría con frutos rojos. Está deliciosa. Doy un suspiro.

—Me alegra que disfrutes tanto —Jean me sonrío, llevándose un trozo a la boca.

—Está muy buena —tengo ganas de meter los dedos, mojarlos en la vainilla y chuparlos con deleite. Por supuesto, no lo hago. Dómine alarga la mano y pasa un dedo justo por debajo de mis labios. Me quedo quieta y puedo escuchar, desde mi asiento, la mandíbula de Álvaro apretarse y el rechinar de sus dientes.

—Tienes un poco de crema —explica mi nuevo amigo.

—Gracias.

—Estoy aquí para complacer —la sonrisa perenne en su rostro se ensancha.

Álvaro se levanta de repente, se disculpa y desaparece por el ventanal del salón. Cuando nos quedamos solos, hablamos del buen tiempo de España, un tema muy recurrente, y de la comida mediterránea. Isabelle ha desaparecido y no pienso preguntar por ella. A lo mejor tengo suerte y una nave interestelar ha bajado a la Tierra procedente de otra galaxia, la han abducido unos hombrecillos verdes de cuerpo largo y cabeza abombada y no

tengo que volver a verla nunca más. La idea me entusiasma.

Jean se levanta y me insta a que le acompañe, tendiéndome el brazo. Lo acepto y nos dirigimos a una habitación grande, pero acogedora. Las paredes lisas, grises, el suelo de madera clara (como el resto de la casa), una inmensa chimenea negra de estilo moderno en el centro de la sala y una gran mesa de madera antigua a un lado, con sillas blancas de plástico, son la única decoración.

Cruzamos el umbral y Álvaro nos está esperando, mirando una serie de planos esparcidos sobre la mesa. Tiene el cuerpo hacia delante, con una mano metida en el bolsillo, mientras que, con la otra, sostiene uno de los documentos. Nos escucha y levanta la mirada, posándola severamente en la unión de mi cuerpo con el de Jean, mi mano sobre su brazo. Hablamos durante más de una hora del traslado, las reformas que aún quedan por hacer en la galería y las nuevas obras que se expondrán en ella. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no llorar de emoción al saber la importancia de todas ellas.

No saco el tema de que ya no trabajaré con ellos para entonces y Álvaro tampoco dice nada. Prefiero dejarlo para más adelante. No quiero que Jean piense que le voy a dejar tirado. Recuerdo entonces que tengo que llamar al señor Leonard Vial para concertar una entrevista antes de irme. Me pondré en contacto con él en cuanto volvamos al piso de Montparnasse. Espero que no sea demasiado tarde. Necesito fervientemente un trabajo para poder vivir. Jean nos acompaña hasta la puerta para despedirnos.

—Encantado de conocerte —me dice, cogiéndome la mano, besándola ceremoniosamente y haciendo una floritura divertida con la otra—. Espero volver a verte pronto.

Sonrío abiertamente.

—Ha sido un placer —le contesto con el mismo estado de ánimo. Jean se dirige ahora a Álvaro. Puedo sentir la dura mirada que éste último posa sobre su amigo. Jean hace caso omiso a su semblante serio y tosco.

—Te llamo luego —le dice, relajado.

—No lo hagas —contesta con los ojos más negros que nunca.

Álvaro posa su mano derecha sobre el bajo de mi espalda, posesivo, y me empuja hacia la salida. Jean nos echa una última ojeada entretenida. Está jugando y, no sé por qué, le divierte. Subimos de nuevo al coche y no hay ni rastro de Isabelle. Tal vez mis plegarias han sido escuchadas y viaja en una nave espacial, a muchos años luz de la Tierra. Me merezco tener un poco de

suerte.

La siguiente reunión pasa sin pena ni gloria. Consiste en una serie de largas y tediosas conversaciones con el dueño de la empresa experta en traslados de obras de arte. Me carga al instante. Se cree más listo de lo que realmente es. Había hablado con él un par de veces por teléfono. Tenerlo delante sólo confirma lo que ya me había imaginado: es imbécil además de tonto de remate.

Álvaro conduce de vuelta a su casa. Ninguno de los dos hemos dicho una sola palabra. Son más de las siete y media y estoy muy cansada. Comienza a llover. Las gotas golpean el cristal y resbalan zigzagueando por él. Semejan la sacudida que sufren mis sentimientos, deslizándose por la tela entretejida de mis pensamientos. París por la noche es preciosa. Las luces de las farolas de hierro alumbran las calles, impregnándolas de romanticismo y filantropía. Esto pudo haber sido de otra manera. Esta ciudad pudo haber sido testigo de cuánto lo quería, sus rincones podían haber albergado recuerdos de nuestra historia. Me apena pensar en eso, pero es cierto. No me puedo negar que me hubiera gustado que pasara. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

—¿Qué te apetece cenar? —rompe el silencio de repente y me saca de mi peligroso ensimismamiento.

Giro la cara y atrapa mi mirada. Estamos parados ante un semáforo en rojo. Con una mano agarra fuerte el volante y, con la otra, el cambio de marchas. Un mechón de pelo cae, revuelto, sobre su frente. La luz de los demás coches se reflejan en su mirada, que brilla con fuerza. Sus carnosos labios me distraen. Están más rosados de lo habitual, después de mordérselos compulsivamente durante todo el trayecto. Tengo que pellizcarme el brazo para no caer desmayada. No es justo.

—He quedado con Clara —musito, apartando la mirada.

Puedo notar desde mi asiento su cuerpo tensarse al instante. Mira hacia delante y acelera al ponerse el semáforo en verde. El resto del camino lo hacemos bajo una tensa calma. Me gustaría saltar del coche en marcha y poner espacio de por medio. No aguanto esta situación. Entramos en la casa y Álvaro da un portazo detrás de mí. Me giro del susto y paro en medio del salón. Camina en mi dirección con paso decidido. Para antes de tocarme. Se muerde el labio y aprieta los puños.

—No puedo más —le cuesta decirlo. No sé exactamente a qué se

refiere.

—Tú elegiste tenerme aquí. Esto nunca fue una buena idea —digo irritada.

—No...—calla y me da la espalda.

—No sé qué te pasa. Tus cambios de humor me exasperan —es lo más sincero que he dicho en todo el día. Vuelve a ponerse frente a mí y clava sus ojos sobre los míos. Me escudriña con la mirada. Puedo ver que está tan perdido como yo—. Puedo irme a un hotel —sigo. Silencio. Un silencio que dice más que una larga conversación. Quiere que me vaya—. Voy a recoger mis cosas.

Lo escucho mascullar un exabrupto. Me giro y, antes de conseguir dar un paso, me agarra de la muñeca y me para. Le miro inquisitiva. No sé qué quiere ahora.

—No —me mira con dureza.— No voy a dejar que te vayas sola a un hotel.

—Puedo quedarme con Clara. Estoy segura de que no le importará en absoluto.

Aprieta más fuerte sobre mi piel por donde aún me tiene atrapada.

—No —la seguridad con la que lo dice me desborda.

—¿Qué quieres que haga, entonces? —silencio—. No deseo incordiarte —sonríe sin ganas.

—Tú no me incordias. ¡Joder! —me suelta de repente y camina hacia la cocina. Para antes de desaparecer un momento después en ella—. No irás a ninguna parte.

Me voy a la habitación y me siento sobre la cama. En ese momento, recibo un mensaje de *WhatsApp*. Es de Clara: «Me hospedo en el hotel *Le Relais Montmartre*. No creas que no estoy enfadada contigo [emoticonos con caras rojas]. Me debes una explicación. ¡Y espero que sea buena! Te espero a las 21:30 en el vestíbulo. Te quiero [dos emoticonos tirándome un beso]».

Le contesto: «Allí estaré. Te dejo que me des de hostias antes, incluso, de saludarme. Yo también te quiero. Y te echo de menos».

Me tumbo sobre el edredón de pluma blanca e intento dejar la mente en blanco y no pensar en todo lo que está pasando, pero fracaso estrepitosamente. ¿Podría volver a estar con Álvaro de nuevo? ¿De verdad lo he perdonado del todo? Es difícil no tenerle rencor a alguien al que has



amado con todas tus fuerzas, le has entregado parte de tu vida, y él, sin embargo, te traiciona de la manera más cruel y ruin que puede existir. Además, no podré olvidar jamás que no le importara dejarme tirada en un hospital, sufriendo por la pérdida de un hijo suyo. Esto último consigue hacerme estremecer y una lágrima cae por mi mejilla. Agarro fuerte la almohada y, tras varios intentos, me sereno y consigo caer en un profundo sueño.

*La lluvia cae fuerte sobre mi cuerpo, pero no sé muy bien dónde me encuentro. Las luces me ciegan y me siento totalmente mareada. Un fuerte ruido me hace temblar y sus manos tiran de mí con fuerza.*

*Alejandro.*

*Me agarro con ganas a sus perfectos hombros y apoyo la cabeza sobre su duro y formado torso. Estoy en casa, estoy bien.*

*De repente, caigo por un agujero y sus manos me sujetan justo antes de caer al fondo.*

*—Te amo —susurra junto a mi oído.*

*En un santiamén, estoy perdida en un bosque frondoso y oscuro. Las tinieblas se acercan despacio y corro por un camino sin ver por dónde piso.*

*Una luz parpadea al final y todo se ilumina, dejándome ver un campo de margaritas a mi alrededor. Es de día y el sol me calienta la frente.*

*—¿Ya no me amas? —susurran a mi espalda, erizando cada vello de mi piel. No consigo ver quién es. Intento vislumbrar su cara, pero una nebulosa lo rodea, impidiendo averiguar de quién se trata.*

*Alargo el brazo para tocarlo, pero desaparece como si fuera humo. Me giro nerviosa, al escuchar un fuerte ruido y un rayo cae junto a mí. Al instante, el cielo se ha teñido de negro y las gotas de lluvia vuelven a caer.*

*Me agacho y me encojo sobre mi cuerpo, llorando sin poder controlarme. Alguien me coge en brazos y me lleva a un lugar seco y seguro.*

*Me besa la frente cariñosamente.*

*—Ya no sé vivir sin ti —es Alejandro—. Déjame tenerte.*

Me despierto asustada y sudando. Miro hacia abajo y compruebo que estoy tapada con una manta de lana, color marrón con betas grises. Por un momento me encuentro perdida en un maremágnum de sensaciones. Respiro profundamente, tratando de serenarme. Álvaro ha debido de entrar en la habitación y cubrirme.

Obligo a mi cuerpo a levantarse y dirigirse al cuarto de baño. Me doy una ducha rápida. He quedado con Clara y no quiero llegar tarde. Se alarma con facilidad (todo lo contrario a Sara) y, después de encontrarme con Álvaro esta mañana, puede imaginarse mil situaciones en las que, con suerte, no he terminado suicidándome a base de gin-tonics.

Decido ponerme unos vaqueros *Levi's* con una blusa de seda color menta. Una chaqueta *biker* corta de cuero negro desgastado, haciendo juego con mis tacones clásicos de unos seis centímetros de altura. El pelo recogido en una informal cola de caballo con algunos cabellos sueltos, cayendo rebeldes junto a mi cara. *Gloss* sobre los labios, *eyeliner* en los ojos y un poco de colorete. Salgo al salón y no veo a Álvaro por ningún lado. Tal vez haya salido. Advierto luz tras la puerta de su habitación. Camino hacia allí, con el bolso de tachuelas de acero en la mano.

—Esta noche no, Jean —habla sentado frente a una mesa de trabajo, con la cabeza apoyada en su mano izquierda, enredando los dedos entre el cabello, mientras que, con la derecha, sujeta el teléfono móvil junto a su oreja—. No es el momento.

Silencio.

—Te llamaré después —lo escucho cansado. Silencio—. No me jodas —hincha el pecho y deja caer la espalda sobre el respaldo de su silla. La gira y me ve parada bajo el quicio de la puerta. Clava sus ojos en los míos después de recorrerme el cuerpo con la mirada.

—Una copa... Tal vez. Tengo que dejarte.

Cuelga y suelta el teléfono sobre la mesa.

—Me... voy —levanto la mano sosteniendo en alto las llaves.

—Adrien te llevará.

—No es necesario. Prefiero caminar.

Esto es de lo más incómodo. No sería así si estuviera en un hotel. Y no en su casa. Con él.

—Pásalo bien—dice sin cambiar el gesto ni un ápice. No quiere discutir.

—Gracias—suspiro. Giro sobre mis tacones negros y cruzo el salón.

—¡Dani! —me llama justo antes de salir. Lo miro. Está al otro lado de la sala—. Ten cuidado.

Le sonrío y cierro la puerta.

Lleno mis pulmones de aire y dejo caer mi cuerpo sobre la pared del descansillo. Cada vez estoy más segura de la imposibilidad de que mi cuerpo

se acostumbre a las sensaciones que Álvaro le hace sentir. Maldito cuerpo traidor.

He buscado en *Google* la ubicación exacta del hotel donde se hospeda Clara y me ha sorprendido comprobar que se encuentra dos calles más abajo. Ha dejado de llover, pero no creo que la tregua sea muy larga. Camino tranquila por el empedrado mojado de las calles y la luna ilumina mis pasos. Creo que podría vivir aquí. En París y en este barrio. Personas de todo tipo pasean distraídas a mi lado. Tropezco con una de ellas al quedarme embobada con un puesto de arte situado un par de metros más adelante. Me disculpo, nos miramos por un instante y sigo caminando. La cara del hombre con el que me acabo de topar me suena de algo... debe tener una cara muy común.

No le doy más vueltas. Un joven pinta con los dedos sobre grandes lienzos delante de mí. La dactilopintura nunca se me ha dado demasiado bien, sin embargo, siempre me ha impresionado ver esta técnica. Tal vez la admiro tanto porque comprendo lo difícil que puede llegar a ser. Le pregunto al artista si mañana estará en el mismo lugar y me responde simpático que lleva allí dos años. Me despido de él prometiéndole que volveré a comprar una de sus obras.

Cruzo una puerta roja (muy habitual, por lo que he podido observar) y me adentro en el vestíbulo del hotel *Le Relais Montarte*, pequeño y poco presuntuoso. Clara ha venido a una convención, sin embargo, no parece ese tipo de hoteles. Es bohemio, pequeño e, incluso, hogareño. La veo hablando con alguien y me acerco a ellos, despacio. Mi amiga se despide de la persona con la que se encontraba charlando, y camina hasta encontrarnos en el centro de la sala.

—Dime que estás bien —me pide, impacientada. Le sonrío intentando parecer despreocupada.

—Estoy bien.

Da un paso y me abraza con fuerza.

—Te he echado de menos —susurra junto a mi oído.

—Y yo a ti.

Nos separamos y nos regalamos una sonrisa sincera.

—Tengo hambre —tuerce la boca en un gesto divertido.

—Lo raro sería que no tuvieras —respondo al recordar cómo la llamaba. Monstruo de las galletas. Se lo comía todo. Podía acabar con un paquete de *Oreos* en menos de treinta segundos. No es un decir. Lo

cronometramos una vez. Está muy delgada, no sé donde mete todo lo que come.

Entramos en el restaurante *Chez Mari* y Thomas se acerca a nosotras con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Me alegro de volver a verte —dice, distendido.

—Prometí que volvería. Este lugar es estupendo.

—Gracias. Acompañadme. Os colaré. Conozco a los dueños—nos guiña un ojo, divertido y cómplice.

Le seguimos hasta una mesa en el segundo piso. No me había dado cuenta de esta segunda planta ayer cuando estuve aquí por primera vez. Hoy es martes. Sólo llevo un día y medio en París, sin embargo, parece que han pasado semanas. Las horas han dado para toda clase de situaciones. Unas malas y otras muchísimo peores. Me riño a mí misma por ser tan negativa. Estoy en París. ¡Eso es lo suficientemente emocionante! Pienso en todas las personas que estoy conociendo y en las oportunidades que esto me puede brindar. No todo está siendo tan malo.

«Siempre puede ir peor».

Espero que no.

Nos sentamos junto a un balcón con flores y ristras de pequeñas luces de colores que alumbran la parte en la que nos encontramos.

—¿Qué queréis beber? —pregunta Thomas.

—Vino blanco afrutado—conecto mi mirada con la de Clara, buscando su beneplácito. Ella asiente sonriente—. Lo dejamos a tu elección.

—¿Dos copas?

Clara y yo nos miramos.

—Mejor trae la botella —contesto segura de que la vamos a necesitar.

Mi nuevo amigo desaparece, dejándonos solas en una habitación no muy grande, de paredes de papel tintado, haciendo flores, y con pequeñas lámparas blancas sobre cada una de las tres mesas que ocupan el lugar.

—¿Cómo está Sara? —Clara comienza a hablar.

—Loca —simple y llanamente. Me encojo de hombros.

—No ha cambiado nada, ¿eh?

—Dudo que eso llegue a ocurrir algún día —sonríó al recordar a mi mejor amiga. Me doy cuenta de todo lo que la echo de menos y de la falta que me hace tenerla cerca.

Thomas nos sirve el vino y toma nota de la comida. No nos ha dejado elegir nada de la carta. Cenaremos lo que él nos ha recomendado. No me preocupa. Me gusta casi todo y estamos en Francia. ¡Es obligatorio probar otros sabores! Clara es de mi misma escuela. Aún recuerdo el día de mi veintidós cumpleaños. Se le ocurrió celebrarlo de una forma muy especial: propuso cenar en diferentes sitios esa noche.

—Cumples veintidós y no has salido del país. Si nuestra maltrecha economía no nos permitir viajar, daremos la vuelta al mundo gracias a la gastronomía —dijo, dándole un gran punto dramático a cada palabra—. ¡Lo llamaremos "El cumpleaños del mundo"! —terminó a lo Escarlata O'Hara.

Comeríamos sólo una tapa en cada uno de ellos y luego iríamos al siguiente. Al final de la noche, pondríamos nota. No llegamos a hacerlo, a poner nota me refiero. Después del tailandés, libanés y vietnamita, terminamos vomitando, haciendo cola en el único cuarto de baño que tenía nuestro piso. ¡Qué desastre! Lo pusimos todo perdido. Álvaro estuvo llamando a la puerta de casa durante más de una hora, preocupado, pero no podíamos abrirle, no lográbamos levantar la cabeza del váter. Eso y que no estaba dispuesta a que me viera de aquella guisa. Sólo llevábamos saliendo poco más de seis meses. No podía permitir que me viera con la cara colorada, los ojos llorosos y retorciéndome de dolor. No lo dejé entrar hasta poco después de ducharme y embadurnarme en crema y perfume. ¡Y de lavarme los dientes a conciencia! Cuando subió, los dientes le castañeaban. Obligué a Clara a que limpiara el cuarto de baño con lejía mientras yo entretenía a Álvaro en el salón. No me costó demasiado que no quisiera levantarse durante un rato del sofá. Ejem, ejem.

—Y... dime, ¿cuándo has vuelto a ver a Álvaro? —ya estaba tardando la preguntita—. ¿Trabajas para él, o eso me ha parecido?

No sé ni por dónde empezar.

—Nos encontramos hace un par de semanas. Por casualidad.

Bueno, no es del todo cierto. Fue casualidad que fuese el hermano de mi novio. Que fuera mi jefe fue premeditado. Estoy segura de ello.

—Es el dueño de la galería que dirijo.

Cojo la copa y doy un largo trago.

—Creo que tienes que contarme mucho más —espeto un poco molesta—. ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

Niego con la cabeza mientras cojo la servilleta y la coloco en mi

regazo.

—Dani —me insta a que la mire. Conozco ese tono de voz.

—Estoy enamorada de su hermano —me gusta soltar las cosas sin más. Odio los rodeos.

«Y te encanta la cara que se les queda».

Me encojo mentalmente de hombros. Puede ser.

—Perdona, no te he oído bien —dice sarcástica a la vez que abre exageradamente los ojos—. ¿Te has vuelto completamente loca?

## VIEJOS TIEMPOS

Durante las siguientes dos horas (o fueron tres, no lo recuerdo) le cuento todo lo ocurrido. Lo fácil que fue enamorarme de Alejandro, cómo me convenció para irme a vivir con él, lo que creí que éramos, lo que pensé que teníamos y lo que realmente fue. Una mentira. Una enorme y dolorosa farsa que me dejó el corazón hecho pedazos. Otra vez. Cómo me di de bruces contra el suelo cuando supe que Alejandro y Álvaro eran hermanos, después de que él se presentara en una comida como mi jefe, dejándome completamente noqueada.

La herida de mi corazón vuelve abrirse al recordar el momento en que fui consciente de que Alejandro me había utilizado. Lo idiota que me sentí al respecto al no hacer caso a todas las señales que me indicaban que saliera huyendo lejos de él. De repente, me siento Ofelia, a la que todos le advierten sobre Hamlet y sus verdaderas intenciones, sin embargo, ella hace caso omiso, incluso a su padre, que es asesinado por éste. Ella muere ahogada en un río, al que cae tras partirse la rama en la que estaba subida. Ella solita se lo buscó. Como yo. Pienso.

Así me sentí cuando Fernando me puso al corriente de lo que estaba pasando. Me ahogaba. La sensación era como si mis pulmones se llenaran de agua y no dejaran espacio para nada más. Así me siento ahora, recordándolo en voz alta.

Suspiro varias veces para poder seguir. Trato de tranquilizarme. Clara me agarra la mano, apretándola a continuación.

—Lo siento.

Una solitaria lágrima resbala por mi mejilla. La limpio con el dorso de la mano y sigo poniéndola al día de la situación. Si paro ahora, no conseguiré llegar al final de la historia. Termino mi largo discurso con lo último que ha pasado hoy. Le explico que Álvaro ha prometido no acercarse a mí, pero que

no estoy realmente segura de cuáles son sus intenciones. Y de que, ni por asomo, tengo claras cuáles son las mías. Reconozco, sin dudarlo, que amo a Alejandro, pero no puedo negar que aún siento demasiado por Álvaro y que, desde luego, mi cuerpo no se ha olvidado de él. Y que cometo un error tras otro. Y otro. Y otro. El último: la creencia de que venir a París con él pudiera ser una buena idea.

—Todos cometemos errores —intenta animarme—. No te fustiges por ello, pero no te equivoques. El mayor error que puedes cometer es arruinar el presente recordando un pasado que ya no tiene futuro —echa el cuerpo hacia delante—. No hagas eso. No dejes que te priven de la posibilidad de ser plenamente feliz.

Me hace sonreír.

—Eso lo has escuchado en algún sitio —digo con una mueca divertida en el rostro, mezclándose con mis lágrimas.

—En *Instagram*, ¿qué más da? —se encoge de hombros, divertida. A continuación, sonrío con malicia y la miro intrigada.—Esta noche lo pasaremos bien —levanta su copa de vino instándome a que haga lo mismo.

No estoy muy segura de estar preparada para seguirle el juego. Su idea de pasarlo bien es emborracharnos comiendo *Filipinos* empapados en absenta después de comprobar quién es capaz de beber más cerveza introduciéndola por la nariz. Aún así, lo hago. Levanto mi copa y brindamos porque la noche sea inolvidable.

Antes de salir del restaurante, nos acercamos a dar las gracias a los padres de Thomas por la comida. No puedo recordar qué hemos cenado exactamente, mi estado de conmoción durante las últimas dos horas me ha cerrado el estómago y casi no he probado bocado, pero lo poco que he comido estaba exquisito. Nos despedimos de ellos y salimos del local. Hace un frío que pela. La luz de la ciudad no me deja ver las estrellas, pero apuesto a que no hay ni rastro de ellas. La luna también ha decidido esconderse esta noche. Antes incluso de terminar de abrocharnos las chaquetas, un joven muy atractivo se acerca a nosotras con una gran sonrisa en los labios. Tiene el pelo castaño alborotado y viste informal, sin dejar de ser elegante. No debe tener más de veinticinco años.

—*Bonsoir, mademoiselles* —nos saluda despreocupado y con soltura. Está acostumbrado a hacer esto.

—*Bonsoir* —respondemos a la vez Clara y yo, sin ningún tipo de



recelo.

—¿Desean tomar una copa en el local de moda de París? —pregunta, educado. Clara y yo nos miramos. *Inutile dedire...*

Nos enseña una tarjeta que lleva en la mano. Tiene un diseño muy distinguido. Unas letras curvadas doradas sobre un fondo negro.

—Este es el pase VIP —me lo ofrece y yo lo acepto—. *La Belle Vie*, reservado, camareros y copas gratis. Sólo tienen que enseñarla en la puerta y un relaciones públicas les acompañará hasta una zona exclusiva.

Le doy la tarjeta a Clara para que le eche un vistazo y la miro interrogativa. Demasiada suerte, ¿no? ¿Por qué nosotras? Creí que estas cosas eran para famosos y gente influyente. ¿Qué podemos hacer nosotras allí?

«Pasarlo bien. Nos lo merecemos».

No le doy más vueltas y, según parece, mi amiga tampoco. Aceptamos la invitación entusiasmadas y el joven apuesto se ofrece incluso a llamarnos a un taxi para que podamos llegar sin ningún tipo de problemas. No se despide de nosotras hasta que no estamos sentadas en los asientos traseros de un lujoso coche. Ha sido muy amable y atento.

Nos encontramos de pie en la calle, en un lateral de uno de los hoteles más exclusivos de París. *El Mandarin Oriental* se encuentra situado en la esquina de la *Place Vendôme*, en la calle *St. Honoré*, a pocos minutos del Louvre y el *Musée d'Orsay*. Una cola de más veinte metros se extiende desde la puerta, rodeando el edificio. Si esta es la cola de los martes, no me puedo imaginar la de los fines de semana.

Cruzamos la calle, después de que el coche que nos ha traído hasta aquí arranque y desaparezca girando la esquina. Me dirijo al final de la cola, pero Clara me agarra de la mano, tratando de que la siga hasta la puerta. Lo hago. Tenemos pases VIP. Supongo que si nos dan acceso libre a la barra, también nos abrirán las puertas de este sitio sin tener que esperar media hora en la calle.

Antes incluso de llegar a la entrada, una mujer muy elegantemente vestida, con un traje de raso rojo y tacones de vértigo, y de unos treinta años, se acerca hasta donde estamos, con paso decidido.

—Buenas noches. Me llamo Alison —se presenta en un perfecto castellano sin poder ocultar su acento inglés. Londinense, tal vez—. Por favor, acompáñenme.

Con paso ágil, se gira y la seguimos. Justo antes de llegar, otra

persona (uno de los miembros del equipo de seguridad) tira de un lado de una gruesa cadena dorada, envuelta en terciopelo rojo, cediéndonos el paso sin tener que detenernos. Clara y yo nos miramos, divertidas. Sienta bien que te traten como si fueras el rey del mundo.

—Tal vez nos han confundido con alguna famosa —me susurra Clara al oído, sonriendo—. Tú tienes un cierto parecido con Blanca Suárez.

—Sí, somos exactamente igual —ironizo en voz baja.

Caminamos durante unos segundos por un túnel oscuro, enmoquetado de color rojo y luces en el techo abovedado, imitando un cielo estrellado. No nos encontramos con nadie dentro de él. Un momento después, un espacio enorme se abre ante nosotros. Es impresionante. Los techos no son demasiado altos, pero no hace falta. El espacio es tan majestuoso que no necesita más. Todo decorado con tonos dorados: el suelo, las paredes, los sillones de cuero que rodean la sala, las pequeñas mesas, las lámparas que cuelgan del techo (algunas llegan hasta el suelo). No hay demasiada gente, el local está lleno, pero no hay ningún tumulto ni aglomeración. Es un sitio elegante y sofisticado donde poder pasar un buen rato. La pista de baile está situada en medio del local. Las luces de colores que se ven sobre ella son el único toque de color de esta discoteca para ricos.

Seguimos a Alison hasta el fondo de la sala. Otro miembro de seguridad abre otra cadena dorada cubierta de terciopelo del mismo color y entramos en un espacio mucho más exclusivo, desde el que se puede observar el resto del lugar. Por lo visto, muy poca gente tiene derecho a entrar aquí. El ambiente, mucho menos cargado que al otro lado, te permite respirar. Paramos ante unos ostentosos sofás, situados frente a una barra ovalada no muy grande y preciosa. Nunca había visto nada así. Completamente dorada, reluciente e iluminada con un haz de luz que sale del suelo hacia arriba hasta chocar con el techo.

—Ella es Margaret. Les atenderá durante la noche —Alison nos presenta a una chica muy delgada y alta que se encuentra de pie delante de nosotras—. Pídanle lo que deseen —Margaret sonríe sincera. Le devolvemos el gesto.

—Tengo que dejarlas. Si me necesitan, pulsen el botón que se encuentra bajo la esquina derecha de la mesa. Estaré aquí enseguida.

¿En serio? ¿Un botón? Tengo ganas de que se vaya para comprobarlo.

—Gracias por todo —digo antes de que me devuelva la sonrisa y desaparezca por una puerta escondida, camuflada con la decoración, no muy

lejos de donde nos encontramos.

Nos sentamos y no puedo remediar palpar la mesa hasta encontrar una protuberancia justo donde ha dicho que estaba.

—¿Qué desean tomar?

—Dos gin-tonic, por favor —indico después de mirar a Clara y entendernos con la mirada.

—¿*Citadelle Reserva*, N° 209, *Bulldog*, *Brockmans* o *Whitley Neill*?

Sé que está hablando de marcas de ginebra, pero nunca he probado ninguna de las que ha nombrado.

—¿Cuál nos recomienda? —esta noche nos estamos dejando llevar.

—Depende de qué prefieran. Si les gusta el sabor artesanal inglés con mezcla de frutos rojos, les recomiendo *Brockmans* con *Boylan*, es una tónica muy fresca. Si desean un sabor más fuerte, con una gran riqueza aromática, les aconsejaría *Citadelle Reserva*. También es artesanal, pero está elaborada aquí en Francia. La compaginaría con *Q Tonic*. Es la tónica más natural y seca del mercado.

Además de la más cara. He oído hablar de ella.

—Está bien. Ésta última —le doy las gracias y desaparece tras la barra.

—Es bonito —dice Clara, entusiasmada.

Es más que eso. Es precioso. Elegante y fastuoso.

—Es impresionante, pero demasiado esnobs. ¿No crees?—no tenemos ni que alzar la voz, cual gallo en un gallinero, para poder entendernos con facilidad.

Mi amiga abre los ojos desorbitadamente mientras mira lo que parece ser una carta de bebidas. Nadie lo diría, parecía una carta de agradecimiento.

—¿Sabes cuánto valen las copas que has pedido?

No contesto, esperando que me informe de ello.

—¿Cuarenta y dos euros cada una!

Sabía que era una ginebra cara, pero ¿tanto? Parece ridículo. Es. Ridículo. Me dan ganas de llamar a la camarera y cambiarlas por una *Coca-Cola*, pero si mis ojos no ven mal... ¡Por favor! ¡La *Coca-Cola* tiene un precio de diecisiete euros!

Margaret vuelve a la mesa con nuestras bebidas: dos gin-tonics de cuarenta y dos euros cada uno. Hemos recordado que estamos invitadas a todo lo que pidamos y hemos decidido parecer chicas distinguidas por una

noche.

Hablamos de su paso por Australia hace ya mucho tiempo. Clara me cuenta su viaje a Nueva York. Lo que le impresionó la Gran Manzana y que, por fin, pudo visitar el MoMA.

—Fui dos días seguidos —ríe y, cuando para, da un sorbo a su bebida.

—Te odio —bebo yo también, muriéndome de la envidia—. ¿A los cerebritos también os gusta el arte? Creía que sólo os interesaban las multiplicaciones.

A la una y media de la mañana vamos por nuestra segunda copa que, sumadas a la botella de vino que nos hemos bebido entre las dos durante la cena, hacen un total de... bastante alcohol en sangre. Y más si tenemos en cuenta que no hemos comido casi nada.

Vemos entrar a tres chicos jóvenes y uno de ellos me resulta familiar. Es Thomas. Cuando me ve, sonrío ampliamente y camina hasta llegar a nuestra mesa. Me da un fuerte abrazo y yo lo imito.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —pregunta, entre divertido y confuso. Nos separamos y me encojo de hombros. Su pregunta me confirma lo exclusivo que es este lugar.

—Tenemos contactos —me hago la interesante—. ¿Qué haces tú aquí?

—Venimos a menudo. Mi amigo Logan es bastante famoso. Lo invitan a muchos sitios —se toca el pelo, jovial. Dos chicos se acercan a nosotros.

—Logan, Michael. Ellas son Dani y Clara. Unas amigas españolas —nos presenta informal. Nos damos dos besos y hacemos las preguntas de rigor.

La cara de Logan me suena, pero no caigo en quién puede ser exactamente. Unos salvajes ojos verdes hacen juego con los mechones rubios que caen por su cara, indómitos. Tengo que reconocer que es bastante guapo. Y no soy la única que lo piensa, Clara le está haciendo ojitos en estos momentos.

Vaya, vaya...

Michael es castaño con ojos marrones. También muy agraciado, pero tiene una belleza mucho más serena que sus amigos.

Los invitamos a que se sienten con nosotras y aceptan encantados. La conversación fluye entre los cinco con naturalidad y la siguiente media hora

pasa enseguida. Miro el reloj del móvil y me preocupo al comprobar que marca las dos en punto de la mañana. No he hablado con Álvaro sobre la hora a la que tenemos la primera reunión, pero no creo que sea más tarde de las nueve. Me ha extrañado que no hablásemos del tema. No le doy más vueltas. Me merezco un poco de diversión.

Bailamos, bebemos y nos reímos. Clara decide ir con Logan a la pista de baile y desaparecen entre la multitud. Charlo con Thomas y Michael. Éste es estadounidense, de Texas. Es actor, como Logan. Está en París trabajando en una producción cinematográfica independiente. Ríe, simpático. Thomas es técnico de sonido y trabaja en el restaurante familiar cuando puede, ayudando a sus padres. Habla tan bien el español, al igual que toda su familia, porque sus abuelos maternos emigraron a Francia desde un pueblecito de Andalucía en los años cuarenta. De pequeño, visitó nuestro país durante algunos veranos.

Clara y Logan vuelven riendo y cogidos de la mano. Miro a mi amiga con expresión interrogativa y se encoge de hombros, ensanchando la sonrisa. Pedimos otra ronda para los cinco y me disculpo para ir al baño. Cuando vuelvo, nuestros nuevos tres amigos hablan con alguien, apartados de Clara varios metros.

—¿Qué ocurre? —cojo mi copa y le doy un trago.

—Ni idea —no le damos importancia.

Bailamos durante varios minutos hasta que Thomas se acerca a mí.

—¿Algún problema? —le pregunto, acercándome a su oído.

—Nos han ofrecido pases VIP para la discoteca *Soleil*.

—¿Y por qué no vamos? —mi lengua se traba varias veces. El alcohol está surtiendo efecto.

—La condición era que sólo fuéramos los tres —se toca el pelo, incómodo, después de señalar a sus amigos.

—Pues id —le digo sincera—, no importa. Querrá tener a tres famosos en sus instalaciones. Eso da caché —río.

—Estamos bien aquí —sonríe abiertamente. Acerca sus labios a mi oído—. Creo que a Logan le ha gustado Clara.

Le devuelvo la sonrisa. Estoy segura de que la atracción es mutua.

¿Cuántos habitantes tiene París? ¿Dos millones? ¿Cuántos garitos como este? ¿Qué posibilidad existe de que me lo encuentre aquí? El gesto sonriente

se me corta en décimas de segundo en cuanto giro la cara a mi izquierda y le veo.

Va impecablemente vestido. Unos vaqueros negros le caen a la cadera, una blusa blanca con los primeros botones desabrochados, dejando al descubierto su esbelto cuello y parte del poco vello que nace en su pecho. Y la camisa remangada a la altura del codo. Brutalmente sexy. Emanando masculinidad y sensualidad. Varias chicas se giran para admirarlo. A él y a su acompañante, Jean. Sé perfectamente cómo se sienten. Sé el efecto que causa en las mujeres su atractivo arrebatador. Agarro el brazo de Thomas y me doy la vuelta, escondiéndome detrás de su cuerpo. Álvaro camina seguro y decidido. Alison, la relaciones públicas que nos recibió, se acerca a él y le dice algo al oído. Éste le contesta con una corta frase y mira a Jean, quien sonríe. Vuelve a dirigirse a Alison y, a continuación, ésta se aleja. Gira su cabeza hasta donde nos encontramos y, como no puede ser de otra manera, sus penetrantes e indomables ojos negros encuentran los míos. Mierda. Me ha visto.

Joder.

Joder.

Joder.

Caza mi mirada y todo mi cuerpo reacciona. Su semblante es serio y tosco, todo lo contrario al de su amigo, que nos observa con una amplia y descarada sonrisa en la cara. Álvaro le dice algo y éste, sin cambiar el gesto, asiente con la cabeza. No sé si Clara se ha dado cuenta, no puedo apartar la mirada de él. Lo intento, pero me es imposible. Acorta la distancia que nos separa con paso decidido, pero a mí me parece que van demasiado lento. Todo a mi alrededor ha desaparecido e, incluso, la música ha dejado de sonar.

—Buenas noches —dice educado, dirigiéndose a todos, pero sin desconectar nuestras miradas. Puedo notar a Clara tensarse al otro lado de la mesa en cuanto oye esa voz.

—Hola, soy Thomas —se presenta, simpático, levantando la mano en su dirección, sin moverse de mi lado. Tras lo que me parece una eternidad, Álvaro se vuelve hacia él, estrechándola con decisión.

—Álvaro Llorens —¿sólo yo noto la tensión? Jean la rompe.

—Yo soy Jean —le ofrece la mano a Thomas y éste la acepta.

Terminamos con las presentaciones y Álvaro se disculpa, desapareciendo tras la misma puerta por la que Alison salió, seguido de Jean.  
¿Qué acaba de pasar?

## RESPUESTAS QUE DUELEN

No sé cómo tomarme la aparición de Álvaro en el club donde nos encontramos. Demasiada casualidad, si tenemos en cuenta todos los garitos de este tipo que tiene que haber en la ciudad. A Clara no le ha hecho mucha gracia (no mucha más que a mí, en realidad). Tiene ganas de matarlo. Podría aliarse con Sara y descuartizarlo entre las dos. Yo le daría el golpe final. Le clavaría una estaca en el corazón y lo dejaría igual de destrozado que él dejó el mío. Pero es tan guapo... y viene tan bien vestido... y huele tan bien... Sería una pena mancharlo de sangre...

Ya estoy desvariando. El alcohol y los nervios no son muy buenos compañeros. Si estando sobria no filtro, borracha mucho menos. Espero no volver a verlo hasta mañana por la mañana, después de una buena ducha que me espabile y tranquilice. No quiero meter la pata.

Nota mental (grabada a fuego): No decir (ni hacer) nada de lo que pueda arrepentirme.

Thomas, Michael y Logan se despiden de nosotras. Son más de las tres de la madrugada y mañana tienen grabación fuera de la ciudad. Se ofrecen a acompañarnos al hotel, pero a Clara y a mí no nos apetece marcharnos. Lo estamos pasando bien y no sabemos cuándo será la próxima vez que nos veamos. Aunque sopesamos la posibilidad de irnos a la cama, decidimos aprovechar la noche un poco más.

—¿Todo bien, señoritas? —Jean se detiene junto a nuestra mesa—. ¿Me concederían el honor de acompañarlas? —se sienta junto a Clara y frente a mí, después de que le obsequiéramos con dos enormes sonrisas.

—Tenemos que irnos —escucho a Álvaro a mi espalda.



—Siéntate, capullo. No tenemos prisa. Has jodido mis grandes planes para esta noche. No voy a permitir que me jodas otra vez.

Tras breves segundos, Álvaro se sienta junto a mí y la camarera, Margaret creo recordar, se acerca a nuestra mesa con cuatro copas ya preparadas en una bandeja color oro. Las deja sobre la mesa, delante de cada uno de nosotros y vuelve sobre sus pasos, después de obsequiar a Álvaro con una sensual sonrisa.

Jean coge su cerveza *Quilmes* y brinda en un gesto solitario, en dirección a Álvaro, con una expresión un tanto maliciosa. Éste no cambia su semblante serio y suelta un bufido. Poco después, Clara y Jean comienzan una conversación sobre arte contemporáneo, dejándonos completamente al margen. Si no supiera lo que mi amiga odia a la persona que está sentada a escasos centímetros de mi cuerpo, diría que lo ha hecho a propósito. No sabe nada de arte. Estudió económicas, por favor. Visita el MoMA y se cree experta.

—El verde te sienta genial —Álvaro se gira y me obsequia con una media sonrisa.

Si no fuera tan extraordinariamente atractivo, ahora no me estaría derritiendo debajo de la ropa, soñando con la posibilidad de terminar desnuda debajo de él.

«¿Te estás oyendo?».

Oh, mi subconsciente. Qué oportuno.

Es culpa del alcohol. Me defiendo.

Bebo un largo trago para intentar refrescarme.

—¿No has bebido demasiado?

Me encojo de hombros y dejo la copa sobre la mesa. Giro mi cuerpo para quedar completamente frente a él y le miro directamente a los ojos, achicándolos.

—Te odio. Lo sabes, ¿verdad? —llevaba años guardándomelo dentro. Pensando si algún día tendría la oportunidad de decírselo y de si me atrevería a hacérselo saber. No ha sido tan difícil como creía.

«No has sido tú, ha sido el alcohol». Pongo los ojos en blanco.

No puedo descifrar la expresión de su rostro al escuchar lo que mi yo descerebrado e inconsciente ebrio acaba de decir. Al cabo de un momento, Álvaro suelta una deliciosa carcajada.

—Vaya. Gracias por tu aplastante sinceridad —sonríe, levantando su copa en un brindis solitario y, a continuación, bebe—. Te lo agradezco. Duele, pero es... reconfortante.

Eso sí que no me lo esperaba. No se lo ha tomado tan mal.

—Me lo merezco —cambia el semblante y lo vuelve un poco más serio. Yo lo miro confundida. El alcohol está haciendo mella en mí—, que me odies —especifica—. Fui un estúpido, te eché de...

—¿Sabías que estaría aquí? —le corto y pregunto dando palos de ciego. Es imposible que lo supiera, ¿no?

—No, no esperaba encontrarte aquí —el semblante de su cara se vuelve todavía más serio—, pero no es casualidad que estés en este sitio —dice muy seguro de sí mismo.

No lo entiendo. Estoy realmente confundida. Mi cara delata mi estado. No tengo ni idea de qué ha querido decir con eso.

—Alejandro es el dueño de este club —aclara antes de beber otro trago de su cerveza—. Y conozco muy bien a mi hermano y sus artimañas para conseguir lo que quiere. El azar no ha tenido nada que ver.

Alejandro. Lo sé. No tengo que pensar mucho para recordar lo que fue capaz de hacer conmigo para ganar varios millones de euros. Qué deprimente.

Estoy borracha y mis pensamientos chocan inconexos unos con otros, hasta que una luz se enciende dentro de mi mente y todo cobra sentido.

El chico amable a la salida del bar, ofreciéndonos una oferta imposible de rechazar, el coche que nos ha traído hasta aquí (con más pinta de coche oficial que de taxi parisino), la relaciones públicas que nos habló en español, antes incluso de que abriéramos la boca, este reservado... lo bien que nos han tratado desde que llegamos. ¡El ofrecimiento a Thomas y a sus amigos para que cambiaran de local, alejándolos de nosotras!

El corazón me late tan fuerte dentro del pecho que creo que lo va a romper. El pulso acelerado, como un cronómetro en una cuenta atrás. El enfado que se está creando dentro de mí es tan potente como una bomba atómica estallando en medio del Pacífico. Una bruma negra se apodera de mi mente y el pensamiento racional desaparece. Me levanto como un resorte y con una única idea en la cabeza: matar al cabrón engreído enchaquetado.

Paso por encima de Álvaro, sin darme cuenta de que me ha cogido de la mano, hasta que me frena y no puedo seguir. Lo miro con ira.

—Suéltame.

—¿Adónde vas? —pregunta duro y convirtiendo su boca en una fina línea.

—A hacer una llamada —de un tirón, me suelto, encolerizada.

Entro como una exhalación en el ridículamente elegante aseo. Es innecesario y absurdo tener obras de arte de cincuenta mil pavos adornando un cuarto de baño. ¡Joder! Marco el número de teléfono antes de darme cuenta. No es que piense que me vaya a arrepentir, tengo muy clara cuál es mi intención en este momento. Todo lo contrario, tengo tantas ganas de gritarle que no puedo esperar más tiempo. ¡Me da igual que sean más de las tres de la mañana de un día entre semana!

Descuelga justo antes de que termine de sonar el primer tono. Me esperaba, es evidente. O, por lo menos, contaba con la posibilidad.

—Dani —escucho su voz... áspera y sexi.

Sólo con escucharlo, todo lo que tenía pensado decirle desaparece en un instante. Los pelos de mi piel se erizan, llevándome hasta otra dimensión.

Alejandro.

Lo escucho respirar tras la línea y puedo sentir sus manos acariciando mi piel, nuestros labios rozándose desesperados, su cuerpo de dios griego empujando dentro del mío... su olor... a limpio, a sexo salvaje...

«Detente».

Gracias.

Respiro hondo. Me recompongo. O, al menos, lo intento.

—No puedes hacer esto —escupo entre dientes—. ¡No puedes controlarme de esta manera! —grito más fuerte—. ¡Tú! ¡Tú lo has organizado todo! Este local es tuyo. Es otra trampa para ratones. ¡No sé cómo no me he dado cuenta antes! —escucho acelerarse el ritmo de su respiración al otro lado. Está cabreado, pero yo lo estoy muchísimo más.

Sigo.

—¡Déjame en paz! ¡Quiero seguir con mi vida! ¡Y tú no estás dentro de ella! Me utilizaste...

—Que no estemos juntos, no significa que no pueda cuidar de ti —dice áspero y seguro de sí mismo, convencido.

—¡No quiero que cuides de mí! ¡Quiero que desaparezcas para siempre! —comienzo a llorar. Ya estaba tardando—. Confié en ti. Me enamoré tan rápido de lo que creía que eras... que ahora... ahora ya no sé si existió o no. ¡No sé si lo que tuvimos fue real!

—¡Por supuesto que lo fue! —escucho el rechinar de las patas de la silla por el suelo.

—¿En serio? ¿De verdad lo crees? ¿Fue real lo que me contaste sobre la primera vez que nos vimos? ¿Te acercaste a mí porque sentiste una atracción indescriptible? ¿O porque me necesitabas para extorsionar a Fernando? —me duele tanto el corazón que me cuesta respirar.

—Dani —intenta cortarme, pero yo voy montada en un tren de mercancías a doscientos kilómetros por hora, con viento a favor y sin frenos.

—Te quería. Creí que jamás podría volver a querer a nadie...

—No hables en pasado —puedo sentir el dolor en sus palabras. Nuestras respiraciones se mezclan—. Dani, me equivoqué... Déjame explicarte...

—No tienes que explicar nada, no quiero escuchar excusas baratas— le corto—. Olvídate de mí, de nosotros. No tengo nada que ofrecerte. Tú lo destrozaste todo.

Y cuelgo.

Temblando, dejo el móvil sobre el lavabo y me agarro fuerte a él con las dos manos para no caerme de bruces al suelo. Me siento completamente exhausta, abatida y cansada.

—¿Te encuentras bien? —escucho a Clara a mi espalda.

Me incorporo y me giro. Niego con la cabeza y ella da un paso hacia adelante, estrechándome entre sus brazos. No, no me encuentro bien. Deseo desaparecer. Ahora pienso en Isabelle abducida por una nave extraterrestre y, más que alegría, lo que me causa es envidia. Me encantaría estar en su lugar. Camino de un planeta muy lejano, a miles de años luz de la Tierra. Lejos de Alejandro, lejos de Álvaro.

Alejada de los dos.

—Todo saldrá bien —susurra junto a mi oído.

No, nada saldrá bien. Me siento exhausta. Cansada, aburrida de luchar contra lo que siento por los dos. No puedo negar que mi cuerpo se siente atraído por el de Álvaro, como las abejas a la miel; y que amo a Alejandro de

una manera que duele. Estuvimos juntos hasta hace tres días. El amor no se apaga como una lámpara de salón, no tiene interruptor. Tras un minuto abrazadas y, después de tranquilizarme lo bastante como para dejar de llorar, nos separamos.

—Tardabas demasiado —no puede ocultar lo embriagada que está—.  
¿Ha ocurrido algo?

—Yo... Estamos aquí por él —me mira desorientada—. Este local es de Alejandro, no nos han confundido con famosas —especifico—. Él ha orquestado todo para poder tenerme controlada.

La cara de Clara es de completa estupefacción.

—Es de locos. Lo sé —me paso la mano por la frente, derrotada—. Es posible, incluso, que haya estado observándonos a través de las cámaras de seguridad durante toda la noche. No sería la primera vez.

Darme cuenta de ello me deprime y me turba. Desde que lo conocí, mi vida ha sido una farsa orquestada por él. Me han estado persiguiendo y fotografiando desde entonces, sin que me diera cuenta de nada, para presionar a mi hermano después. Que ahora me vigile a través de cámaras no hace otra cosa que confirmar lo que supe el primer día que lo conocí (cuando ni siquiera podía imaginar lo que me esperaba): apartarme de él es la decisión más acertada que puedo tomar.

—Tal vez sólo se preocupa por ti —dice Clara, intentando buscar una explicación. No salgo de mi asombro repentino. Me desconcierta. ¿Lo está defendiendo? Suelto un bufido.

—No lo defiendas. ¡Está completamente loco! No puede manipularme a su antojo. Es lo que ha estado haciendo desde que lo conocí —cojo el móvil, que aún descansaba en la encimera del lavabo donde lo dejé, y lo meto dentro del bolso—. Sólo quiero... desaparecer —la hago partícipe de mis deseos—, salir huyendo lejos de él y de Álvaro. Los odio a los dos. Me gustaría no tener que volver a verlos nunca. Es... difícil... —no consigo aguantar las lágrimas que pugnan por salir y rompo en un llanto demoledor—. Y estar aquí no lo hace más fácil. ¡Son hermanos! —suspiro e intento coger aire—. Ver a Álvaro todos los días, estar con él... en París. Fue lo que siempre deseamos. ¡Yo lo deseaba! Por mucho que me diga a mí misma que le perdoné hace mucho tiempo, es mentira. Jamás lograré comprender cómo pudo ser capaz de desaparecer sin más, sabiendo que acababa de perder un hijo suyo —rompo en sollozos. Clara se acerca a mí y vuelve a abrazarme.

Tras breves segundos, se separa.

—Dani —coge mi mano derecha y la levanta con cariño—. No lo hizo. Álvaro nunca supo nada. Fernando y yo decidimos no decírselo. Estoy casi segura de que ignora lo que sucedió.

¿Qué?

¿Qué?

¿Qué?

Estoy completamente atónita, patidifusa, aturdida. Un agujero negro se ha abierto bajo mis pies y me ha absorbido a una dimensión paralela donde todo es gris y se camina sobre arenas movedizas. No logro ver con claridad. ¡Claro que lo sabía! No puede ser de otra manera. Parpadeo repetidamente.

—Lo... lo sabía mucha gente —consigo balbucear—. Me llamaron compañeros de la universidad, preguntando por mi estado de salud—tengo náuseas.

—Supieron que estabas enferma. Te desmayaste por una anemia considerable. Eso fue lo que le dijimos a todo el mundo...—besa mis nudillos, intentando tranquilizarme y, a continuación, me mira fijamente, transmitiéndome valor—. Lo mismo que a Álvaro cuando llamó preocupado, tras enterarse. Quería ir a verte, pero no le dejé. Y... Fernando amenazó con matarlo si se acercaba a menos de un kilómetro de ti. No queríamos volver a darle la posibilidad de destrozarte una vez más. Creíamos... —cierra los ojos y los vuelve a abrir— que no aguantarías otra decepción y no confiábamos en que Álvaro no te fuera a dejar tirada otra vez. Tampoco estábamos seguros de que tú quisieras verle.

Una punzada de dolor me atraviesa el alma.

—La tarde que me desperté... —tengo un leve recuerdo.

—Era Álvaro con quien estaba hablando por teléfono —confirma mi idea.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —me siento traicionada. De un tirón suelto la mano que tenía agarrada.

—No creí que saberlo cambiaría nada. De todas formas...

—No lo hubiese hecho, pero le he odiado cada maldito día por aquello. No entendí cómo pudo engañarme con otra de aquella manera tan descarada, pero perder un hijo suyo... me cambió por dentro. Nunca he vuelto a ser la misma. Y que no se preocupara por mí... —sollozo—. ¡Me ha

estado comiendo por dentro durante más de cinco años!

—Lo siento. Pensamos que lo mejor era no volver a hablar de Álvaro jamás. Que pasaras página pronto era lo único que Fernando y yo deseábamos.

Salgo del baño como una exhalación y lo último que escucho, antes de cerrarse la puerta, es a Clara llamándome para que vuelva y la escuche. Voy directamente a nuestra mesa, donde se encuentran Álvaro y Jean charlando, aparentemente distendidos, pero puedo ver la cara de preocupación del culpable de parte de mi dolor. Cojo la copa que había dejado hace un rato sobre la mesa, un combinado de ginebra y tónica ridículamente caro (ahora todo empieza a tener sentido, incluso, la decoración, absurdamente elegante y perfecta), y me la bebo de un trago. Quedaba más de la mitad, pero lo necesitaba.

Escucho a Álvaro farfullar algo ininteligible, pero no me quedo a saber de qué se trata. En estos momentos, me dirijo decidida a la barra color oro, perfectamente pulida y con un haz de luz que sale del suelo, iluminando hasta el techo. Ahora no me parece tan bonito y encantador. Puedo sentir a Alejandro en cada rincón de este club para pijos esnobs.

Sólo quiero salir de aquí.

«Inconsciente, por lo que veo».

Exactamente.

—Un chupito de tequila —intento serenarme antes de pedirlo.

Margaret me sirve con rapidez. Con una destreza y agilidad dignas del mejor barman reconocido. Me lo bebo sin pestañear. La sal, el limón y el tequila. Una cosa detrás de otra. Sí, tal vez no sea la mejor idea que he tenido hoy (que han sido muchas), pero necesito olvidar y, sobre todo, conseguir que deje de doler. No conozco otra opción más rápida. Bueno, sí: tirarme a las vías del tren, pero no conozco esta ciudad y me temo que nadie querrá acompañarme. De todas formas, no quiero morir, sólo arrinconar la desazón y el cabreo. Sigo desvariando.

—Otro más —le digo a la camarera, dejando caer el vaso que acabo de verter en mi garganta sobre la barra.

Margaret me mira entre asombrada y confusa. Estoy segura de que no creía que fuera capaz de seguir bebiendo. No sabe si ponérmelos o no. Al fin

y al cabo, le han ordenado que nos conceda lo que pidamos, sin embargo, mi evidente estado de embriaguez le hace dudar durante unos segundos. Finalmente, llena un vaso delante de mí. Lo cojo, en cuanto termina de servirlo, y me lo llevo a la boca, justo después de brindar hacia la cámara de vigilancia que tengo justo enfrente. Va por ti. Lo trago. Sienta bien notar el ardor por la garganta, el calor llegar hasta el estómago y el cosquilleo en las extremidades. Oficialmente, estoy completamente borracha.

La miro esperando a que llene el vaso de nuevo. En ese momento, un camarero se acerca a ella y le comenta algo al oído. Margaret asiente con la cabeza. Clara se planta a mi lado y dice algo, mientras se toca el tabique de la nariz. Ni siquiera la miro. Ahora mismo pertenece al grupo de gente *non grata*, en el que están incluidos Álvaro, el-hombre-más-atractivo-de-la-Tierra, y Alejandro, puto-dios-griego-del-sexo-dominante-y-controlador. Tras unos segundos, la camarera, que debía servirme durante toda la noche, cierra la botella y la deja bajo la barra, donde no llego ni a verla.

—No puedo servirle más alcohol. Lo siento —se encoge, incómoda, de hombros. La miro inquisitiva—. Órdenes de arriba —y desaparece sin dar más explicación. No hace falta. Sé muy bien qué está pasando aquí. Comprobar que Alejandro sigue vigilando y controlando cada paso que doy me cabrea a niveles que no conocía. Agarro fuerte el canto de la barra para no caerme.

—Será mejor que nos vayamos —Clara tira de mi brazo. Me suelto de un tirón.

—Vete tú —me giro y veo a Álvaro acercarse a mí, con una evidente mueca de enfado. Empiezo a caminar hacia la pista de baile. La música es más alta conforme me alejo de la zona exclusiva, donde nos encontrábamos. La luz comienza a parpadear al ritmo de las canciones. Los cuerpos se balancean a mi alrededor. Paro en medio de la pista y comienzo a contonearme al ritmo de Lady Gaga. Tengo calor y estoy bastante mareada, pero no me importa. Alejandro quiere vigilarme y voy a darle un gran espectáculo.

Dos hombres comienzan a bailar a mi alrededor. No sé si son atractivos o no, ni siquiera les miro a la cara. El primero me agarra de la cintura y nos balanceamos al son de la música. El segundo se pega a mi trasero, demasiado cerca para dejar pasar el aire, y susurra algo junto a mi oído. No he escuchado qué. Segundos después, siento a los dos apartarse de



mí, a la vez. Abro los ojos y Álvaro y Jean tienen agarrados por el cuello a cada uno de ellos. Les dan un empujón y los dos bailarines, que tenía adosados al cuerpo, desaparecen entre la multitud.

Mis ojos se encuentran con los de Álvaro, que están completamente fuera de sus órbitas. Me giro e intento escapar de él. Antes de dar el segundo paso, me agarra de la cintura y me gira, pegándome peligrosamente a su cuerpo. Poso mis manos sobre su pecho e intento separarme. Siento su corazón palpitar fuerte bajo la ropa. Vuelvo a empujarlo, pero las fuerzas me abandonan, las piernas me empiezan a fallar y me mareo. Me agarra más fuerte de la cintura, hasta que me coge completamente en brazos.

—Nos vamos a casa —dice, saliendo a la calle. Me he perdido varios minutos, he debido desvanecerme.

—No quiero. Bájame —lloriqueo, sin alejar mis brazos de su cuello. Se detiene junto a la acera y comienzo a tiritar—. Tengo frío —los dientes me castañean. Me aprieta más contra su cuerpo. Sólo escucho el tráfico de los coches y el barullo de la gente en la puerta de la discoteca—. ¿Hay alguna estrella? —musito con los ojos cerrados—. Tal vez... no se hayan olvidado de mi deseo...

Un momento después, siento el confort y el calor del interior de un coche. Jean conduce y Clara va sentada a su lado. Intento moverme, sin embargo, algo me tiene inmovilizada. Me aparta el pelo de la frente.

Álvaro.

El roce de sus dedos me hace estremecer. Levanto la mirada y sus ojos negros me cautivan. Las luces de la noche de París se reflejan en ellos, haciéndolos brillar con intensidad. Es fascinante la facilidad con la que te puedes perder en ellos. Me atrapan y dejo de respirar. Levanto las manos y acaricio su mejilla con suavidad, tratando de no perderme un detalle, memorizando cada imperfección. Con los dedos, rozo su ceja partida, esa que convierte su belleza y la lleva más allá, haciéndole parecer malvado y salvaje. Cierra los ojos y los aprieta, como si mi tacto le causara dolor. Puedo sentir su respiración entrecortada sobre la mía.

Escucho a Clara decirle a Jean que la deje bajar, si no quiere que le vomite en el coche. Éste suelta un exabrupto y para, brusco, junto a la acera. Mi amiga abre la puerta y sale a que le dé el aire fresco de la noche. Jean la

sigue, maldiciendo. El movimiento del coche ha acercado más mi cara a la suya. Nuestros labios casi se rozan, pero ninguno de los dos hace nada. Sus brazos se aferran más fuerte alrededor de mi cuerpo, atrayéndome hacia el suyo, desesperado.

Tras unos minutos, nuestros amigos vuelven a subir al coche, arrancamos y comenzamos a movernos. Sé que no debo hacer lo que estoy haciendo, pero no puedo apartarme de él. Mis manos tienen vida propia y han decidido actuar por su cuenta. Le desabrocho un botón de la camisa y después otro. Álvaro cierra los ojos, conmocionado. No hace nada. No se mueve. No dice nada.

Quito otro botón... y luego otro. Su pecho, completamente al desnudo delante de mí, sube y baja al compás de su descontrolada respiración. Puedo sentir su calor. Introduzco mis manos por la camisa y lo acaricio despacio, sin prisas. Escucho salir de su boca un gruñido y veo que tuerce el gesto en una mueca de dolor. Abre los ojos y se encuentra directamente con los míos. Después, baja hasta mi boca. Tiene los labios entreabiertos y respira con dificultad. Paramos en algún sitio de esta enorme ciudad y Clara baja del coche. Se despide de mí, vuelve a disculparse y me dice que me llamará. No le contesto. Estoy enfadada con ella, pero no es por eso por lo que mi boca no se atreve a articular palabra.

El olor a humedad me hace reaccionar. Abro los ojos y lo primero que veo es la moqueta color rojo del ascensor del piso de Álvaro. He debido de perder el conocimiento otra vez. Éste me sigue teniendo agarrada por la cintura y apoyada contra su cuerpo. Escucho el timbre al llegar a la planta en la que está su apartamento y bajamos en ella. Creo que me pregunta si puedo caminar, pero, antes de que pueda contestar (no sé si he tardado demasiado), me coge en brazos y me dejo llevar.

Entramos en su piso y las obras de arte que adornan el salón me golpean sobre el pecho. Si todo esto lo hizo por mí, ¿por qué no vino a buscarme? Casi muero sin él. Me dejó destrozada. Me desgarró. Me deja sobre algo blando y cómodo, pero no le suelto el cuello. Siento su sonrisa sobre mí. Achino los ojos y pregunto:

—¿Me querías?

—Demasiado —cambia su semblante por uno mucho más serio.

Coge mis manos y me aparta de él. Agarra el bajo de mi blusa color menta y la levanta sobre mis hombros. Me quedo desnuda de cintura para arriba a un palmo de él. Sólo el sujetador esconde mis pechos. Puedo ver en sus ojos que se arrepiente de lo que acaba de hacer. Traga con dificultad. Intento levantar los brazos y tocarlo, pero están lánguidos y sin vida.

Con cuidado, me empuja hacia atrás y me tumba sobre la cama. Me quita un zapato y luego otro. Me desabotona el pantalón y, a continuación, baja la cremallera. Despacio, se deshace del vaquero, que termina tirado junto a mi camisa, dejándome sólo con la ropa interior. No recuerdo el conjunto que llevo puesto. Prefiero pensar que es sensual y atrevido. El corazón me va a salir por la boca y la piel me arde de anticipación. Se tumba sobre mi cuerpo, sin tocarme, manteniéndose separado con sus brazos colocados a cada lado de mi cabeza. Él está completamente vestido.

—¿Por qué lo hiciste, Álvaro? Yo...te amaba —suspiro—, pero tú... desapareciste... —consigo levantar los brazos y acariciarle el rostro—. Te quiero, nunca he podido dejar de hacerlo.

Consigo notar que contiene el aliento y sus ojos se clavan en los míos con una expresión de ardiente anhelo. La habitación se encuentra en semi penumbra, pero nuestros ojos se han acostumbrado a la oscuridad. La luz de la ciudad atraviesa la ventana, bañándonos en sensualidad. Cierro los ojos y gimo bajito. Puedo escuchar salir un gruñido de su boca y su aliento me roza la cara. Abro los ojos despacio. Un imperceptible gesto de dolor le atraviesa el rostro.

—Yo... te necesitaba —una lágrima solitaria cae por mi mejilla—. Murió, Álvaro... —sollozo—. Lo perdí. Nuestro bebé... Y tú no estabas... —hipo—. No te importó.

El gesto de dolor de su cara cambia por una mezcla entre confusión y estupor. Su rictus se vuelve tenso y lo último que veo, antes de desvanecerme, son dos lágrimas escapar de sus inmensos y maravillosos ojos negros. O fue de los míos... No estoy completamente segura.



## SENTIRLO

Arggg. Menudo dolor de cabeza. Me tapo completamente con la colcha y gruño para mis adentros. Una daga atraviesa mi sien. La ventana abierta de la habitación donde me encuentro no ayuda en absoluto. Saco la cabeza de mi escondrijo e intento abrir los ojos, pero es como si me taladraran el cerebro. ¡Por favor! Que alguien me dé un golpe en la cabeza y me deje inconsciente hasta que la resaca pase, dentro de... dos o tres días.

Recopilo todas las fuerzas que encuentro en mi interior (que no son muchas) y consigo sentarme con dificultad. Todo da vueltas a mi alrededor. La lámpara se mueve de un lado a otro, la cama se mece despacio, la puerta cambia de lugar... Miro hacia abajo y me encuentro completamente desnuda, sólo cubre mis partes más íntimas un conjunto de encaje rosa que Sara me regaló de *La Perla*, el cumpleaños pasado.

Me pongo de pie y cojo una camiseta del maletín. La introduzco por mi cabeza con dificultad y ordeno a mis pies que caminen hasta el cuarto de baño. No pienso en nada más. Mi mente no coordinará dos órdenes seguidas, se encuentra demasiado embotada. Entro en el baño y me siento sobre la taza del inodoro. Estoy tan desorientada que no sé ni qué hago aquí. Me levanto y lavo mi cara, apoyo los codos sobre la encimera del lavabo, intentando que el dolor disminuya, pero no cede. Puedo sentir los latidos del corazón en mis sienes. Levanto la mirada y el reflejo del espejo me asusta. Llevo el pelo completamente revuelto y enmarañado, las ojeras gris ceniza y los ojos inyectados en sangre. Abro el grifo de la ducha y me desvisto. Me sitúo bajo el chorro de agua caliente, dejando que ésta reavive cada centímetro de mi piel. Cierro los ojos y apoyo las manos sobre las baldosas.

¿Qué ocurrió anoche? Una oleada de pensamientos se atropellan. Trato de recordar y de poner en orden algunos de ellos. La cena con Clara, lo poco que comimos, el local donde nos tomamos las copas (impresionantemente bonito)... La compañía de Thomas y sus amigos...

De repente, me entran ganas de vomitar.  
Alejandro.

El club era de Alejandro. Me estaba controlando desde que llegué. Fuimos allí por él. Recuerdo la llamada telefónica y me entran ganas de llorar. Se atrevió a decirme que sólo estaba cuidando de mí. Espera... La llamada... Fue Álvaro quien me hizo ver que encontrarme en ese lugar no fue casualidad. Álvaro estuvo allí también. Me derrumbo sobre el frío suelo de la ducha y sólo tengo ganas de llorar. Me encojo sobre mí misma y rodeo las piernas con los brazos. Una neblina oscura se apodera de mi mente y gruño de dolor.

Ni siquiera sé qué hora es cuando decido salir de la ducha. No he mirado el reloj desde que me he levantado. Me envuelvo en una toalla y cruzo el pasillo, entrando en mi habitación. Me visto despacio, mis extremidades aún no se han recobrado del todo, y camino hasta la cocina con unos vaqueros y una camiseta blanca.

Me topo con un Álvaro diferente, nada tiene que ver con el hombre perfecto y sereno que me he encontrado cada mañana desde que volvió a aparecer en mi vida. Sigue estando increíblemente atractivo, pero lleva el pelo despeinado, los ojos rodeados de un surco de cansancio y una barba incipiente que lo convierten en el chico malo a la que todas adoramos en los años de universidad (yo lo adoré, y casi me cuesta la vida). Lleva ropa informal y cómoda, y el gesto de su cara denota desgana, frialdad y... una gran tristeza. Sé que ha reparado en mi presencia, pero nada en su semblante cambia ante mi llegada.

—Buenos días —musito, un poco amedrentada. Me ha impresionado verlo así.

—Son más de las doce —contesta con tono neutro, sin levantar la cara del periódico que lee, como cada mañana.

Mierda. Soy una completa imbécil. Además de una irresponsable por

lo que hice anoche. Vine a trabajar, no a cogerme la cogorza del siglo y levantarme a las doce de la mañana como si me hubieran partido la cabeza en dos.

—Lo... siento —me agarro a la encimera frente a él. No sé qué otra cosa puedo decir o hacer. Levanta la mirada y el hielo que muestra me deja sin aliento. Desde mi sitio escucho el rechinar de sus dientes—. He sido una irresponsable. ¿Por qué no me has despertado? —no es que sea su trabajo, pero podía haber hecho una excepción.

No tengo ni idea de a qué hora teníamos hoy la primera reunión o de qué se trataba. Espero no haber metido demasiado la pata. Ya sé que no es excusa, pero esto no me había ocurrido nunca. Para mí el trabajo siempre ha sido lo primero. Vuelve a centrar su atención en lo que estaba leyendo y no me contesta. Decido dejarle un poco de tiempo ante el monumental enfado que debe tener por mi total falta de respeto y profesionalidad, y me dirijo a la cafetera a servirme un poco de café. Abro el frigorífico y saco la leche. Al cerrarlo me percató de que Álvaro ha desaparecido.

Al cabo de un rato, vuelve vestido con un traje de chaqueta de tres piezas de corte italiano de color azul y el pelo perfectamente desaliñado. Se acaba de duchar, huele a gloria y a él. Se me corta la respiración nada más verlo. Su semblante sigue siendo serio y circunspecto. Se toca el pelo, intenta decir algo, pero calla y gira sobre sus talones, desapareciendo por el salón. Antes de que cruce la puerta de la calle, lo llamo. No sé la razón que me empuja a ello. Conecta nuestras miradas y achica los ojos en un gesto de claro dolor. No está enfadado, está dolido y no sé por qué. Intento recordar qué pasó anoche y no encuentro razón para ello. Lo último que recuerdo es mi conversación con Alejandro, después de eso... tres chupitos de tequila y todo se vuelve negro.

—Descansa. Esta noche tenemos una fiesta a la que no podemos faltar —dice frío y distante—. Te recogeré a las ocho.

Un pesado silencio se instala entre nosotros. Sé que quiere decir algo más, sin embargo, cruza el umbral y cierra la puerta después. De repente, siento mucho frío, como si la temperatura del piso hubiera bajado diez grados de golpe. Como si Álvaro y su calor me hubieran abandonado para siempre. Como si algo imperceptible a la vista se hubiera instalado entre nosotros, separándonos con un enorme acantilado de por medio.

Vuelvo a la cocina y recojo la taza de café. Todo está más vacío que antes. Paro en medio del salón y miro alrededor. Las obras de arte se amontonan unas con otras. Caigo de rodillas al suelo y rompo en un llanto demoledor. Tras varios minutos, me incorporo y camino hasta la habitación. El sonido del móvil retumba en mi cabeza como un taladro ensordecedor. Me siento en el borde de la cama y descuelgo pulsando el botón.

—Dani, ¿estás bien? —pregunta Sara con preocupación.

Vuelvo a empezar a llorar. Tapo mi cara, avergonzada, con la mano que no tengo ocupada, como si existiera la posibilidad de que alguien pudiera verme así.

—Me ha llamado Clara. Está preocupada. Me ha contado lo que ocurrió anoche.

Me encuentro un poco confundida.

—Estoy bien. Alejandro... no puede comportarse así, no puede controlar mi vida de esa manera.

—Cariño, no me refiero a eso —dice tiernamente. No la entiendo muy bien. No sé exactamente a qué se refiere—. Estoy preocupada...

—Me gustaría que estuvieras aquí —le corto—. No ha sido buena idea venir. Además, me estoy comportando como una irresponsable. Yo no soy así.

Puede que eso sea lo que más me molesta de todo. Que Alejandro y Álvaro tengan tanto poder sobre mi vida, hasta el límite de perder de vista lo que verdaderamente me importa: mi carrera profesional.

—Coge un avión hoy mismo y vuelve. No tienes que estar allí.

Sí que tengo. No voy a abandonar. No después de lo que ha ocurrido esta mañana.

—No puedo marcharme. No quiero hacerlo.

Esta conversación me recuerda (y todavía me cabrea más) que no he llamado al señor Vial pidiéndole una entrevista. ¡Joder! He debido perder completamente la cordura. No estoy centrada. Necesito unas vacaciones. En cuanto termine mi contrato y se traslade la exposición, me tumbo en una hamaca en las Islas Phi Phi a tomar el sol durante un mes seguido. Decidido.

—Está bien. De todas formas, nos vemos mañana.

Se me ha olvidado decirle que no vuelvo a Madrid hasta el lunes. No



le va a gustar.

—Ha habido un cambio de planes. Álvaro ha decidido que nos quedemos hasta principios de la semana que viene. Tenemos...

—Estás de coña... Álvaro no tiene que decidir nada por ti —está enfadada.

—Claro que sí. Es trabajo...

—¡Deja de decir eso! ¡No lo es! —chilla, atravesándome la sien.

Lleva razón, no sólo es trabajo. Estaría en un hotel si fuera así, no en casa de mi jefe, levantándome y desayunando con él. Recibiendo vestidos de diseño y *Manolos* como regalos para asistir a fiestas, agarrada de su brazo.

—Sara, confía en mí. No ocurrirá nada —intento tranquilizarla.

—Ya ha ocurrido, Dani. No va a salir bien.

—Tengo que colgar. Hablamos mañana.

—No se te ocurra...

Pulso el botón rojo antes de seguir escuchándola. Lleva razón, pero no voy a decírselo. Puedo imaginármela llamándome zorra ahora mismo. Debe estar en su descanso para comer, sentada en la mesa de un bar, gritándole al móvil, mientras las personas de alrededor la miran, asustadas. A ella le trae sin cuidado lo que los demás puedan pensar.

Antes de que se me pueda volver a olvidar, me levanto, busco en la cartera la tarjeta de visita que me dio el señor Vial y llamo a su secretaria. Una chica muy amable me dice que esperaba mi llamada y, tras ofrecirme varias opciones válidas después de comprobar la ocupada agenda de su jefe, me cita para mañana a las ocho de la mañana en el despacho de Leonard. Me da la dirección exacta, con exhaustivas indicaciones, y nos despedimos con cortesía. Después de colgar, me siento un poco mejor, pero sólo un poco. Tengo que centrarme en el trabajo y olvidarme de todo lo demás.

Por una vez hago caso a Álvaro y decido descansar. La cabeza sigue doliéndome como si me fuera a estallar, así que busco por todo el piso el botiquín donde deben estar los analgésicos. Necesito un ibuprofeno. Abro todos y cada uno de los armarios de la cocina, del cuarto de baño y del salón. No me atrevo a entrar en la habitación de Álvaro. No lo encuentro por ningún lado. Me pongo el abrigo y decido salir a buscar una farmacia. No tengo que dar demasiadas vueltas. Pregunto en una panadería al final de la calle y me indican dónde puedo encontrar la más cercana. Topo con el puesto del artista

callejero de ayer y le compro una de sus impresionantes obras de arte. La enrolla sobre sí misma y la rodea con una cuerda, con cuidado, haciendo un lazo doble al final. Pago por ella un precio irrisorio y me despido, deseándole un futuro prometedor. Se lo merece. Son realmente maravillosas.

Encuentro la farmacia y compro lo que necesito. No espero a llegar a casa para medicarme. Veo de lejos el restaurante *Chez Mari* y entro a saludar y a comprar una botella de agua. Los padres de Thomas salen a darme un cariñoso abrazo y me informan de que su hijo hoy está trabajando fuera de París. Recuerdo, entre la bruma que envuelve mis recuerdos de anoche, que dijo algo de que hoy trabajaba fuera de la ciudad. Me invitan, casi me obligan, a sentarme y probar la comida que han preparado para un día especial. Hoy es su aniversario de boda y, por ello, me sirven una tarta llamada Tarta Tatin de manzana. Por lo visto, es una de las recetas más famosas de Francia, pero ellos le dan un toque especial que guardan bajo secreto. Es una tarta al revés, con manzanas caramelizadas, azúcar y una masa que está exquisita.

Después de charlar durante más de dos horas, nos despedimos y salgo del local. Son casi las cinco de la tarde y no he descansado nada. El dolor de cabeza ha mejorado bastante y, afortunadamente, me siento mucho mejor. Miro al cielo y lo veo completamente cubierto de nubes negras, premonitorias de lo que está a punto de caer. Comienza a llover, justo cuando giro en la calle del piso de Álvaro y camino deprisa hasta entrar en el portal y cerrar la cancela de hierro de tres metros de altura.

Entro en el apartamento y me tiro en el sofá. Debería dormir un poco. Si esta noche tenemos que asistir a una fiesta por obligación, supongo que no será muy divertida. Estoy consiguiendo sumirme en un profundo sueño, cuando el timbre de la puerta comienza a sonar. Descuelgo el telefonillo y una empresa de envíos urgentes se presenta, dice mi nombre y me informa de que tiene algo para mí. En un primer momento, me sorprende recibir correo en esta dirección, después me digo a mí misma que será trabajo y que Berta habrá dado estas señas.

Abro la puerta y un chico muy joven me entrega un paquete no demasiado grande, después de firmar el recibí. No tiene remitente y la

persona que me lo ha entregado no posee ninguna otra información. Lo dejo sobre la mesa del salón y lo abro con cuidado. No se me ocurre quién lo puede haber enviado aquí y qué es lo que puede contener.

Me envuelve una repentina confusión. Veo la pulsera que me regalaron mis padres por mi dieciséis cumpleaños, justo tres meses antes de que fallecieran en aquel terrible accidente, dejándome completamente desolada y desorientada. La cojo y la aprieto dentro de la mano. Cierro los ojos y los bellos y sinceros ojos de mi madre me miran con amor, explicándome cuál es la razón de cada objeto que cuelga. Dos lágrimas solitarias caen por mis mejillas. Una reacción normal siempre que me acuerdo de ella.

Hace varios días que no la veía, no suelo quitármela, pero con tanto estrés no me he preocupado demasiado. Creí que la había dejado en Madrid, en el segundo cajón de la mesita de noche, donde la suelo guardar las pocas veces que me la he quitado. Veo una tarjeta escrita dentro de la caja. Conozco muy bien la letra. Es de Alejandro. La cojo con la misma mano con la que agarro fuerte la pulsera.

«Tal vez este recuerdo sea el único con el que puedo quedarme, pero sé que nunca me perdonarías que no te la devolviera. Quizás, algún día, ella... vuelva a mí. Te quiero. Alejandro».

Abro la mano y la observo con detenimiento. Un objeto que no había visto antes cuelga ahora de ella. Es una flor, una pequeña margarita para ser más exactos. La entrega de una flor puede simbolizar muchas cosas, entre ellas amor y perdón. Me llevo la mano a la boca y contengo un pequeño sollozo, reflejo de lo que siente mi corazón herido. Que sea una margarita me dice muchas cosas. Alejandro sabe cuánto adoro esas flores, el cariño que les tengo y todos los buenos recuerdos que me traen. Evocaciones de una infancia feliz, rodeada de mis abuelos, en brazos de mi padre y correteando por el campo las tardes largas de verano. De repente, una gran sensación de añoranza me recorre el cuerpo, erizando todos y cada uno de los vellos de mi piel. No me entristece recordarlos, sin embargo, no puedo evitar el sentimiento de melancolía que dilata mi corazón.

Se me cae el alma a los pies. Tengo que recordar respirar para no caer desfallecida al suelo por falta de oxígeno. No entiendo muy bien a qué viene esto. Debí dejarla en su casa olvidada al hacer la mudanza. Por eso hace varios días que no la veo. Cojo el teléfono, que dejé cargando en la habitación antes de salir, y le envío un mensaje de texto. Sé que no debería..., pero ahora mismo no distingo entre lo que está bien o está mal. Todo lo que ocurre a mi alrededor últimamente sobrevuela una fina línea que define lo lícito de lo que no lo es.

«Gracias por devolvérmela. Es muy importante para mí».

El mensaje era mucho más largo del que al final decido enviar. He borrado gran parte de él, no quiero alentarle a que luche por lo que teníamos, sin embargo, una parte de mí no puede evitar el deseo de que lo haga. La misma parte que me susurra al oído que fue cierto lo que tuvimos, que no pudo ser irreal, que me ama tanto como yo le amo a él, y la que descarta cualquier opción que no conlleve el perdón.

Temblando, cierro la aplicación y me doy cuenta de que tengo varios mensajes de *WhatsApp*. El primero es de Fernando: «Dani, no contestas a mis llamadas. Estoy preocupado. No sé nada de ti desde el sábado. Los niños tienen ganas de verte. Carmen quiere volver a pelar patatas contigo. ¡No se te vuelva a ocurrir dejarle un cuchillo otra vez! Llámame».

Sonrío. Esa niña es demasiado mayor para su edad. Me prometo no dejar pasar excesivo tiempo sin verlos. Le contesto que estoy bien y que volveré a verles en cuanto pueda. Le aclaro que estoy en París por trabajo y que volveré la semana próxima. Si supiera con quién he viajado y dónde me encuentro en estos momentos, cogería un avión y se presentaría aquí, cargado con varias granadas de mano y una recortada.

De repente, recuerdos de la noche pasada aparecen y desaparecen de mi mente, como el *flash* de una cámara de fotos. Pensar en Fernando me cabrea más conforme pasan los segundos, pero no llego a dilucidar por qué. Poco después, cuando leo lo que Clara me había escrito minutos antes, todo comienza a encajar.

«Te quiero, no te enfades conmigo. Fernando y yo sólo hicimos lo

que pensamos que era mejor. Siento no habértelo contado durante todos estos años. No creí que sirviera de nada recordar un momento tan duro para ti».

No sé muy bien de lo que está hablando. Veo que está conectada en estos momentos y le hago un breve comentario. Tiro el anzuelo: «Debiste decírmelo».

En menos de treinta segundos recibo contestación:«Lo siento, pero Álvaro te traicionó, después de abandonarte durante varios meses a la deriva. Yo estaba contigo. Lo viví junto a ti. No creo que hubiera cambiado nada si hubiera sabido que perdiste un hijo suyo».

Imágenes de la noche anterior aparecen como diapositivas ante mis ojos... La conversación con Clara en el cuarto de baño...El móvil suena y vibra en mi mano: «Además, ¡fue por su culpa! No te flageles más. Olvídate de él, Dani. Fernando y yo sólo hicimos lo que teníamos que hacer».

Caigo de culo sobre la cama y el móvil rueda por el colchón. Álvaro no sabía nada. Nunca supo que me dejó embarazada y que perdí el bebé... Con la mano derecha, agarro fuerte la colcha como si ésta fuera a salvarme de caer en el abismo del que creí haberme alejado lo suficiente como para no correr peligro. Con la izquierda, me palpo el pecho varias veces seguidas, tratando de volver a respirar. Lleno de oxígeno los pulmones. Exhalo aire con fuerza para evitar el llanto (otra vez), pero todos mis intentos por tranquilizarme se tornan inútiles, sobre todo, al sentir unas fuertes y grandes manos agarrar las mías y agacharse frente a mí. Abro los ojos compungida y me encuentro con la profundidad e inmensidad de los ojos de Álvaro. Rompo en un llanto demoledor y éste, arrodillado en el suelo entre mis piernas, me abraza, susurrándome palabras de ánimo al oído.

Entierro la cara en su cuello y le rodeo la espalda con los brazos, mientras él me acaricia el pelo y besa tiernamente mi sien. Pasamos así varios minutos hasta que consigo tranquilizarme y el llanto se convierte en un pausado gimoteo. Su olor me envuelve, deslizándose por cada centímetro de mí, adentrándose en cada recoveco. Separo mi pecho del suyo unos centímetros y levanto la cara para encontrarme con la suya. Sus ojos, ávidos de deseo, atrapan los míos, profundizando en ellos.

Rodea mi cara con las manos y con los pulgares me roza los labios, provocándome un leve cosquilleo que, tras varios segundos, se convierte en una carga eléctrica que conecta directamente con mis partes más íntimas. Su mirada, ahora, se balancea entre mis ojos y mis labios. Mi cuerpo reacciona involuntariamente y doy un pequeño gemido. La respiración de Álvaro se acelera considerablemente, ajustándose a la mía.

Me empuja lento hasta dejarme tumbada sobre la cama con su cuerpo entre mis piernas, sin aplastarme demasiado, pero sin separarse un ápice de mí. Se inclina hacia adelante y roza con sus labios mi mandíbula, mi cuello... hasta llegar a la clavícula y soltar un bufido. Puedo sentir su cuerpo tensarse. El mío me traiciona y se revuelve, buscando más fricción. Álvaro reacciona levantando la cara y mirándome de nuevo a los ojos. Sé lo que está preguntándome, sé lo que trata de decir. Quiere asegurarse de que no voy a arrepentirme si seguimos adelante con lo que está a punto de ocurrir.

Pasa una mano por debajo de mi camiseta y me acaricia el costado. La noto pasear por mi cuerpo y el calor que ésta le transmite. Cierro los ojos durante unos segundos, disfrutando del dulce y, a la vez, doloroso tacto. Mi cuerpo se estremece e, instintivamente, levanto la pelvis para pegarla más a la suya. Su miembro viril está completamente duro y dispuesto. La sensación que me produce saber que está tan excitado por mí es la misma que la de una droga corriendo por las venas.

—Dani... —su voz ronca y sexi dan el pistoletazo de salida a mi ya incontrolable deseo. Sigue pidiéndome permiso para seguir. Aún no se ha dado cuenta de que ya no puedo parar.

Levanto las manos, hasta ahora lánguidas y desmayadas, y comienzo a desabotonarle la camisa, sin prisa, pero sin pausa. Primero un botón y después otro, hasta tener su torso completamente desnudo encima del mío. Pongo las palmas de las manos sobre su pecho y bajo hasta la pernera del pantalón pausadamente, acariciando y disfrutando de cada centímetro de su fastuoso y tonificado torso. Es perfecto. Álvaro abre los ojos, que había cerrado para disfrutar de mi contacto, y suelta la bocanada de aire que tenía dentro tras haber estado conteniendo el aliento.

Lo que viene a continuación pasa muy rápido. Como si algo en él cambiara de repente y le soltaran los grilletes que lo tenían atado de pies y manos. Se incorpora y se sienta sobre sus rodillas. Se quita la camiseta y la chaqueta a la vez y puedo admirar su cuerpo semidesnudo. Es muy diferente a como lo recordaba. Mucho más grande, mucho más trabajado, mucho más curtido. Se inclina hacia delante y, rodeando mi espalda, me insta a que me incorpore y me siente frente a él. Agarra el bajo de mi camiseta y rápidamente la saca por mi cabeza. Sus ojos se posan directamente sobre mis senos. Los pezones erectos, apretados contra el encaje de mi sujetador blanco, rozan su pecho, pidiendo a gritos un poco más de atención. Álvaro se da cuenta de lo que necesito y se abalanza sobre mi cuello, creando un reguero de desesperados besos hasta llegar a ellos. Los lame sobre el encaje hasta que, con una mano, baja una de las copas y rodea un pezón con sus carnosos y suaves labios.

Gimo de placer. Todo mi cuerpo se estremece y mi boca se abre, buscando oxígeno. De repente, el latido de mi corazón se vuelve brusco y puedo sentir el zumbido sobre mis excitados labios que lloran anhelando los suyos. Levanto las manos, que tenía agarradas a su costado, introduciéndolas entre su pelo. Le aguanto la cabeza, que tiene enterrada entre mis pechos, y la levanto hasta tener su rostro a unos centímetros del mío. Nos miramos, mientras nuestras aceleradas respiraciones se mezclan y rebotan en las paredes de la habitación.

—Bésame... —lo atraigo más hacia mí y, justo cuando estamos a punto de fundirnos en un beso tan deseado, para brusco, quedándose a milímetros de mi boca. La confusión que siento, mezclada con el deseo y la pasión, me abruman—. Álvaro... —jadeo su nombre, mientras veo cómo aprieta los ojos acompañado de, lo que parece ser, una mueca de dolor. Vuelvo a tirar de él, pero es más fuerte que yo. Inclino la cabeza hacia un lado para unir mi boca a la suya, sin conseguirlo. Sus fuertes manos, agarradas a mi cadera, me lo impiden—. Bésame, por favor... —suspiro. Lo necesito. Le estoy suplicando, pero no me importa. Mi raciocinio ha subido al yate de lujo con mis yoes traicioneros y me saludan desde alta mar.

Aprieta más mi cintura con sus fuertes manos y jadeo por el dolor que se conecta directamente con mi libido, alterándome hasta hacerme tiritar.

Lo necesito.

De repente, me empuja, se levanta y se aparta. Posa los pies en el suelo y enreda los dedos entre su cabello. Mira al suelo y después a mí. Sus ojos se clavan en los míos, transmitiéndome demasiadas sensaciones. Casi todas ellas dolorosas y devastadoras. Tras varios segundos, se recupera y dice:

—Prepárate. Tenemos que estar en el hotel *Ritz* dentro de una hora — su rostro, sereno y extremadamente serio, me deja sin aliento. Está luchando contra lo que realmente desea. Estoy segura. Justo después, sale de la habitación, dejándome sola y excitada.

Mi pecho sube y baja, encendido, y mis muslos se aprietan contra sí, buscando fricción. Agarro fuerte la colcha con los codos sobre el colchón y echo la cabeza hacia atrás, intentando coger algo más de aire y calmarme. Me tiro bocarriba sobre la cama, suspiro varias veces seguidas y, durante más de cinco minutos, me quedo ensimismada mirando el techo, tratando de tranquilizarme (otra vez) y preguntándome qué coño acaba de pasar. No entiendo cómo me he dejado llevar de esa manera.

«Incluso has suplicado».

Arggg. Pero ¿qué he hecho?

No sé qué me cabrea más: haber perdido los papeles de esa manera tan humillante, o el rechazo de Álvaro después.

Me levanto de un salto y, sin darle tiempo a mi mente a pensar y volverme loca, cojo ropa interior y me dirijo al cuarto de baño. Necesito una ducha fría.

«Helada, mejor».

Joder.

Me tropiezo con su torso desnudo y mojado bajo el quicio de la puerta. Lleva el pelo húmedo y, de algunos mechones salvajes, caen varias gotas de agua hasta descansar sobre sus hombros. Me quedo hipnotizada durante el recorrido de una de ellas que baja sobre su torso hasta topar con la toalla blanca que lleva atada a la cintura, acentuando sus oblicuos y resaltando el moreno natural de su piel.

Retrocede un paso, dejándome espacio para entrar en el baño y, cuando lo hago, sale de él. Me giro para cerrar la puerta y me lo encuentro bajo la jamba, agarrando la madera con una mano, impidiéndome cerrarla.



Todos y cada uno de sus músculos se contraen y se relajan a la vez, denotando su nerviosismo. Levanta la mirada y la clava en la mía. Después de lo que me parece una eternidad y cuando creo que va a decir algo, da la vuelta y se va, cerrando la puerta tras él. De nuevo, me deja sola, confundida y alterada. Sara definiría mejor mi estado en este momento y sería mucho más explícita que yo. En su descripción, aparecería en la misma frase las palabras "caliente" y "perra". No sé si me explico.

La ducha fría no me sirve de mucho. Sigo con el calentón al salir, sin embargo, me ha devuelto la lucidez y mi yo sensato está orgulloso de sí mismo. No entiendo muy bien por qué. No ha sido él quien ha parado esta locura. No he sido yo. Si Álvaro hubiera querido, ahora mismo estaría debajo de él... o encima... o sobre cualquier superficie plana de esta casa con su cuerpo perfectamente musculado y sudoroso pegado al mío. Pongo, mentalmente, los ojos en blanco y me repito varias veces seguidas que por ahí no voy bien.

Salgo del baño y, afortunadamente, no me lo encuentro al salir. Me visto todo lo deprisa que puedo con lo más elegante que se aloja en mi maletín (vamos al *Ritz*) y salgo de la habitación con un pequeño problema. La cremallera de mi vestido negro de encaje, ajustado al cuerpo, de corte sirena y de mangas largas se ha quedado atascada justo al final de la espalda y no consigo terminar de subirla. De todas formas, me hubiera costado mucho trabajo cerrarlo sola, pero tenía la esperanza de poder hacerlo sin tener que pedirle ayuda a Álvaro. Otra vez.

Está de pie en el salón, mirando por la ventana, perdido en sus pensamientos, perfectamente vestido con un traje de chaqueta negro con pajarita del mismo color y camisa blanca. Tengo que tragar varias veces antes de comenzar a hablar. Es impresionante. Él lo es. El traje sólo resalta su innata belleza y masculinidad. Se da cuenta de mi presencia y se gira hasta quedar frente a mí. Varios metros nos separan, pero aún puedo sentir su pecho rozando la fina tela de mi sujetador y su labios acariciando mi pezón. Suelto un pequeño gemido que espero que no haya escuchado. No dice nada. Y yo tampoco. Después de un minuto, saca las manos de los bolsillos y camina decidido hacia la puerta.

—Espera —es un susurro, pero se gira y me mira—, necesito...

necesito tu ayuda —digo más alto, una vez recuperada del primer impacto que siempre causa en mí. Veo cómo traga con dificultad, justo antes de darme la vuelta y señalarle mi espalda descubierta—. ¿Te importa... subirme...? —pregunto con la cabeza vuelta, mirando hacia él. Lo piensa durante unos segundos y después se acerca a mí. Agarra la cremallera y tira suavemente de ella—. Está atascada —le informo cuando tira hacia arriba varias veces sin obtener el resultado deseado. Siento uno de sus dedos sobre mi espalda, introduciéndose bajo el vestido, y maniobrar para desengancharla. Me tapo la boca con la mano, tratando de no gemir. Escuchar su respiración alterada sobre mis hombros no me ayuda. Tras un último intento, la sube lentamente hasta llegar arriba, pero no me suelta. Baja las manos hasta mi cintura, posándolas sobre ella y, con suavidad, me da la vuelta, dejando mi cuerpo frente al suyo, a escasos centímetros de distancia. Sus ojos brillan de excitación, pero puedo ver algo más. Una mezcla de miedo e... ira. Sé que debería apartarme, mi yo sensato me lo grita al oído, pero algo se ha transformado dentro de mí al enterarme de que nunca supo lo de mi aborto. No entiendo muy bien porqué, es cierto que no cambia nada. Me traicionó de manera absurda y descarada. Fue ruin y perverso, sin embargo... ahora... Apoya su frente en la mía y cierra los ojos. Escucho los latidos de su corazón mezclarse con los míos.

—Lo...siento. Lo siento tanto... —murmura y gruñe de dolor con su boca a dos centímetros de la mía.

No sé muy bien a qué se refiere. He esperado mucho tiempo a que esas palabras salieran de su boca, aunque no hubieran cambiado lo que pasó, no lo hubiera odiado durante todos estos años. No tanto. Tal vez estoy equivocada y siente lo que ha pasado hace un rato, o lo que siente es haberme rechazado y dejado sola y excitada. Mi madre me dijo una vez, citando a Shakespeare, que la corriente del amor nunca es tranquila, pero yo no estoy de acuerdo con eso, el amor no debería doler tanto. Debería reconfortar y apaciguar. Darte la serenidad que necesitas. Cuando amas a alguien, te sientes plena, aunque ese alguien no te convenga, aunque ese alguien no te corresponda, aunque ese alguien te traicione y abandone, aunque ese alguien te utilice para conseguir ganar varios millones de euros... ¡Maldita sea!

Cierro los ojos y dos lágrimas ruedan por mis mejillas. El amor no debería ser así. No lo es. Alejandro nunca me quiso y Álvaro... creyó

quererme durante algunos años, pero después se dio cuenta de que no era así. Ya sabía que ambas cosas eran ciertas, pero pensarlas y darte cuenta de que realmente llevas razón, duele y lastima. Abro los ojos y me encuentro con los de Álvaro, que brillan sedientos. Se inclina hacia delante y, justo cuando sus labios van a posarse sobre los míos, agacho la cabeza y lo aparto varios centímetros, apoyando las manos en su torso.

—Llevas razón... Esto no es buena idea —digo, convencida y dolida. Tal vez necesito recordarle que hace una hora me rechazó.

Con su mano derecha, coge mi barbilla y la levanta, volviendo a atrapar mi mirada. Limpia mis solitarias lágrimas con el pulgar y tuerce la boca en la mueca más dulce que he visto jamás.

—Las malas ideas terminan siempre siendo las más divertidas —sonríe y yo imito su gesto. Vuelve a ser el Álvaro distraído y juguetón (y bipolar y frustrante)—. Vamos a pasarlo bien —me agarra de la mano y tira de mí.

Salimos del piso y no nos soltamos hasta que no entramos en una enorme limusina negra. Adrien nos da las buenas noches y me hace una pequeña reverencia a la vez que me abre la puerta.

—Está usted impresionante esta noche, señorita Sánchez —dice educado.

—Gracias —sonrío y entro en el coche.

Álvaro lo hace detrás de mí por la misma puerta, después de decirle algo al chófer. Éste asiente con la cabeza varias veces y da la vuelta hasta sentarse en el asiento del conductor. Arranca y se adentra con suavidad en el tráfico parisino.

## ACEPTACIÓN

Adrien detiene la limusina justo en la puerta del impresionante hotel del siglo XIX, situado a pocos metros del Louvre y la Ópera Garnier, detrás de varios coches de los que no acaban de salir personas que deben pertenecer a la alta sociedad parisina. Álvaro baja y me ofrece la mano para que la tome y salga tras él. Lo hago y le doy las gracias. Cierra la puerta y levanta el brazo, instándome a que lo rodee con el mío. Dudo durante un par de segundos, después sonrío y también lo hago. Deseo hacerlo, pero, además, quiero aprovechar esta tregua que me ha dado y que siga de tan buen humor. Durante el trayecto, ha intentado hacerme reír, se ha mostrado cómodo y despejado. Parece que algo le ha cambiado el humor con el que hoy había despertado.

Cruzamos el vestíbulo y una escalinata estilo Luis XV se abre ante nosotros. Entramos en un salón creado con mármoles de Carrara y mobiliario y decoración de finales del siglo XVII. Varias lámparas de araña cuelgan del techo pintado como si estuviéramos bajo un cielo abierto. De las paredes color beige cuelgan diferentes tapices y las elegantes cortinas caen fastuosas desde lo alto de las grandes ventanas.

—¿Impresionada? —pregunta sin apartarse de mí.

Asiento con la cabeza e intento cerrar la boca, mientras me brota un exabrupto, que, dicho en alta voz, estoy segura de que provocaría que la mitad de los presentes llamara a la policía y la otra mitad se desmayase (como la mujer del vestido negro y dorado que me mira como si fuera un pez globo en un estanque para tiburones blancos). Álvaro nota mi nerviosismo y se agacha junto a mi oído.

—Todo va a salir bien —sé que intenta tranquilizarme, pero su voz

ronca y sensual consigue el efecto contrario.

—¿Por qué... hemos venido? —desde que llegué todo ha sido una sorpresa y he ido improvisando. Álvaro se encoge de hombros imperceptiblemente y vuelve a mirar al frente. Agarro fuerte su muñeca con la mano que tengo sobre su brazo—. No me dejes sola —suplico en un suspiro.

—Jamás —posa su otra mano sobre la mía.

Sé que ha querido decir muchas cosas con eso, pero no es momento de pensar. Con no caerme y hacer el ridículo tengo suficiente. En eso me voy a centrar.

Un camarero nos ofrece una copa de champagne *Moët&Chandon*. Álvaro coge una y me la entrega en un gesto ceremonioso que acompaña de una sonrisa traviesa. La acepto y luego coge otra para él. La levanta en mi dirección.

—Porque no tropieces con el vestido y caigas de rodillas al suelo — brinda dramáticamente serio. Le doy un codazo en el costado y sonrío avergonzada. A veces se me olvida lo bien que me puede llegar a conocer. Sonríe travieso y me mira con un gesto cómplice—. Tranquila, no dejaré que eso ocurra. No otra vez —susurra para sí.

—Pensé que no vendrías —dice una voz femenina, cálida, pero estridente, a nuestro lado.

Álvaro nos gira a ambos hasta dejarnos frente a ella. Una mujer rubia, de unos veinticinco años, ataviada con un vestido rojo perfectamente ceñido a su cuerpo, de corte corazón que resalta sus pechos, le sonrío sensual. Ésta alarga la mano y le toca el pecho en un acto de completa intimidad que consigue hacerme sentir incómoda.

—Adeline —le saluda frío y distante. Nuestra nueva acompañante deja de sonreír y pasa su copa de champagne de una mano a otra, elegante. Después de varios segundos, se percata de mi presencia, levanta la barbilla y me mira indolente.

—Buenas noches —un hombre de smoking negro le ofrece la mano a Álvaro y éste la estrecha después de soltarme—. Señorita —agacha la cabeza y coge mi mano en un gesto que siempre me ha parecido de lo más absurdo. La besa y me sonrío. No me gusta cómo me hace sentir. Después sonrío a Álvaro—. Tal vez podamos vernos después, los cuatro... —la voz ha sonado

ronca, pero en absoluto sensual o sexi.

—No lo creo —le corta Álvaro, quien se ha puesto tenso y nervioso.

—Vaya, creí...

—Disculpádnos, tenemos que irnos —me coge de la mano y tira de mí. Corro, más que camino, a su lado hasta atravesar un arco y llegar a otra sala igual de exquisita que la anterior, pero mucho más amplia y con bastante más gente. Todos elegantemente vestidos y con una copa en la mano. Sonríen y charlan distendidos entre ellos.

—Álvaro, cariño, me alegro mucho de verte —una mujer muy atractiva de unos cincuenta años se acerca a él con los brazos abiertos. Se funden en un cariñoso abrazo.

—Hola Mónica —besa su mejilla—. Dijo Lucie que no vendrías.

—Esa niña no sabe ni en el día en el que vive. Trabajáis demasiado. ¿Dónde está ahora? Hace semanas que no la veo... —la señora para de hablar al percatarse de mi presencia—. ¿No me presentas a esta preciosidad? Pero ¿es que no te he enseñado modales?

—Mónica, ella es Daniel. Daniel, te presento a Mónica, una gran amiga. —Por su cara, entiendo que acaba de encajar las piezas. Sabe quien soy. Estoy segura.

—Hola mi niña. Encantada de conocerte —me da un corto abrazo.

Hablan durante un rato y es obvia la complicidad que existe entre ellos, son más que amigos, pero nada tortuoso ni sexual, más bien como madre e hijo. Es palpable el orgullo que ella siente por Álvaro, y viceversa.

—Me alegro de conocerte, por fin —me dice, mientras me da dos besos y se despide de nosotros.

A punto estoy de sugerir a Álvaro que me hable de Mónica y Lucie cuando otro hombre igual de bien acicalado que los demás, de pelo blanco y sonrisa perfecta, se acerca a nosotros.

—Álvaro, me alegra que hayas podido venir —estrechan las manos—. Tu padre dijo que estabas en España.

Siento su mano apretar fuerte la mía.

—Perdone mi mala educación —tiende la mano en mi dirección—. Soy Pedro Sanz, subdirector del hotel.

—Daniel Sánchez —le estrecho la mano también—, directora de la galería *D'Arte* de Madrid. Encantada de conocerle.

—El gusto es mío. Veo que mi sobrino tiene un gusto exquisito —

sonríe, mirando al interpelado, levanta la copa en su dirección y bebe. A continuación, se disculpa y gira sobre sus pasos. Antes de comenzar a caminar, se vuelve—. A tu padre le encantará saber que has venido —y desaparece entre la multitud.

Álvaro vuelve a apretarme la mano hasta que doy un pequeño gruñido de dolor. Me escucha y la suelta de inmediato. Se lleva la mano a la frente y se tapa la cara durante unos segundos. Su semblante serio y malhumorado no deja lugar a dudas de que algo le ha afectado de repente.

—Discúlpame un momento —dice sin ni siquiera mirarme, dejándome sola e incumpliendo su promesa.

Me pongo nerviosa sin saber qué hacer. Me encuentro en medio de una sala rodeada de gente que no conozco de nada y con la que creo no tener demasiado en común. Un simpático y elegante camarero, al que me sería imposible distinguir del resto si no llevara una bandeja en la mano, se acerca y me ofrece otra copa. La acepto gustosa y le doy las gracias. Justo antes de irse, lo paro con un gesto de la mano, me bebo la copa de un trago, la dejo vacía sobre el metal y cojo otra a continuación. Me mira con cara divertida y, sin decir una sola palabra, se va.

Álvaro ha desaparecido y no sé por qué ni dónde está. Después de pasar más de veinte minutos contando lágrimas de la lámpara del techo y beberme dos copas más de un delicioso *Moët&Chandon*, interpeleo a una camarera para que me indique dónde se ubica el baño más cercano.

Mientras me aseo y refresco un poco, caigo en la cuenta de algo: el director del hotel es tío de Álvaro y supongo que de Alejandro (aunque no sea de sangre). Cuatro años juntos y nunca supe nada de su vida. Era un tema casi tabú. Me parece increíble que ni siquiera supiera que tenía un hermano llamado Alejandro. Alguna vez me habló de una hermana pequeña, refiriéndose a ella cariñosamente y con melancolía. Estoy segura de que la echaba de menos. Abandono el increíble y refinado aseo, preguntándome si alguna vez conocí al verdadero Álvaro. Si todo lo que pasó entre nosotros no fue cosa de mi imaginación. Salgo de mi ensimismamiento al ver una cara conocida. Ésta se acerca con una sonrisa en el rostro.

—Señorita Sánchez —me coge la mano afectuoso y la aprieta—, me alegro mucho de verla.

—Buenas noches, señor Vial. Yo también me alegro de verle —le devuelvo la sonrisa y nos soltamos.

—¿Ha venido sola? —pregunta con una mueca pícaro en el rostro.

—Estoy con Álvaro, pero ha desaparecido, dejándome desamparada entre tiburones blancos y pirañas que esperan mi desmayo para mordirme directamente en el cuello. Me prometió que no lo haría, sin embargo, no me sorprende que rompa sus promesas. Hace mucho tiempo que aprendí que no puedo esperar nada de él. Exactamente, cuando le encontré tirándose a otra en una habitación de hotel la noche de nuestra graduación —vale, sólo he dicho las tres primeras palabras de la frase, pero lo demás lo he pensado, muy fuerte, en mi cabeza.

—Una pena —el brillo de sus ojos y su sonrisa traviesa no concuerda con lo que acaba de decir—. ¿Me deja invitarla a una copa?

—No creo que a tu mujer le parezca buena idea —escucho esa voz ronca y dura a mi lado. Agarra mi cintura, atrayéndome hacia él, posesivo, pero mira a Leonard. No puedo evitar que su tacto me tranquilice. ¿Dónde se había metido? Estoy muy enfadada con él.

«Acuérdate antes de suplicarle que te bese».

Eso no va a volver a pasar.

«Ya veremos».

¿Podrías olvidarte de mí durante un rato?

—No pensaba decírselo —le contesta Leonard divertido e interrumpiendo mi breve conversación con mi subconsciente. Álvaro no cambia su semblante serio—. Debo irme. Señorita Sánchez —se dirige a mí —, la espero mañana a las ocho —gira sobre sus immaculados zapatos negros y se va.

Álvaro suelta mi cintura, pero no se separa de mí. Atrapa mi mirada y la profundidad y el brillo de sus ojos me hacen temblar. Está cabreado.

—¿De qué habla? —no puede ocultar la tensión de su voz.

—Estoy buscando trabajo —digo, tratando de parecer segura. Levanto la mano y me aparto un pelo de la cara que se ha salido del recogido.

—Ya tienes un trabajo —aprieta los puños junto a su costado y se inclina imperceptiblemente hacia delante.

No puedo creer que siga siendo tan cabezota. Las personas cambian con el tiempo, maduran con la edad, o eso creía. Tal vez él no sea como los



demás. ¡Desde luego que no lo es! Me pareció ser bastante clara con él para con mis intenciones después del traslado de la exposición. Desaparecer. Alejarme de él. Alejarme de Alejandro.

—Álvaro —trato de convencerlo con sólo decir su nombre, pero el tosco gesto de su cara me asegura que eso no va a ocurrir—. Ya lo sabes. Necesito un nuevo trabajo para cuando finalice mi contrato laboral con la galería.

—Querrás decir conmigo —abre y cierra los puños, contrariado. Levanta una mano y después la baja a la vez que convierte su boca en una delgada línea.

—No... importa —agarro fuerte mi bolso negro de mano bajo el pecho, cojo aire y vuelvo a hablar después de soltarlo—. Trabajar para el señor Vial es una buena opción —no quiero entrar al trapo.

—Eso no va a ocurrir —está seguro de lo que dice.

—No puedes decidir por mí —susurro enfadada. Veo tensarse su mandíbula y luego me agarra de la muñeca con una mano. Tiro de ella, pero no consigo soltarme—. Tú y yo no tenemos nada. Nunca signifiqué nada para ti —me suelta como si mi contacto le quemara y puedo ver fuego a través de su mirada.

Respiro varias veces, repitiéndome mentalmente que no puedo salir corriendo de aquí y montar una escena. Estamos rodeados de gente. En ese momento, alguien nos interrumpe.

—Álvaro, me alegra mucho verte —un hombre, de unos cincuenta años, realmente atractivo, le saluda con cariño. Éste se tensa, hasta rozar los límites de lo tolerable, ante esa voz. Puedo escuchar el rechinar de sus dientes desde donde me encuentro, a un escaso metro de él.

—Papá —su voz es un gruñido de dolor. Aprieta la mandíbula y los puños junto a su costado. Todo cobra sentido. Son muy parecidos. Ahora que me fijo en los detalles, son casi exactamente como dos gotas de agua. Puedo imaginarme a Álvaro dentro de veinte o veinticinco años viéndolo a él. Sólo se diferencian en una cosa: no encuentro el brillo en los ojos del hombre de pelo castaño que tengo enfrente. Del brazo de éste cuelga una rubia de más o menos mi edad, pero mucho más alta y atractiva.

—¿Podemos hablar en privado? —pregunta. Ante la falta de respuesta de su hijo, insiste—. Sólo será un momento.

—Estoy acompañado —se excusa en mí. Vaya, antes no le ha

importado dejarme sola durante más de media hora. Su padre repara en mi presencia y se presenta, educado, haciendo lo mismo con su acompañante. Nos pide a las dos, por favor, que les dejemos solos unos minutos.

Lo de dejarles solos al principio no lo entendí, ya que estábamos rodeados de gente, después me di cuenta de que desaparecían tras una puerta que había a nuestro lado. A Álvaro le costó decidir acompañarlo, pero al final lo hizo. Sin embargo, algo me dijo que no le apetecía en absoluto tener que estar siquiera en la misma ciudad que él.

Salgo a un balcón y admiro los jardines. Cuidados y verdes. Una pareja ríe, apoyada en un árbol. Él le dice algo al oído y ella se ruboriza. Después de varios minutos, desaparecen entre unas columnas rodeadas de hiedra. Respiro hondo y la piel se me eriza. Las noches de noviembre en París son muy frías. Abrazo mi cuerpo, tratando de entrar en calor. No sé cuánto tiempo estoy ensimismada en mis pensamientos, cuando siento que alguien me cubre con una chaqueta los hombros. Ese olor... Sé perfectamente a quién pertenece. Le doy las gracias, apoyando mi cabeza en su hombro. Álvaro sigue tenso y malhumorado, pero siento cómo poco a poco consigue relajarse.

—Te pareces mucho a él —susurro, mirando al inmenso jardín que tenemos delante. No dice nada, sólo agacha la cabeza.

Me incorporo y giro mi cuerpo, intentando ver la expresión de su cara. Me gustaría saber cuál es su actual estado de ánimo. No lo consigo y decido que lo mejor es preguntarle.

—¿Estás... bien? —musito, tratando de que me mire a los ojos. Lo hace, y veo una dolorosa e inmensa tristeza en su mirada. Levanto las manos en un gesto cariñoso y le acaricio la cara. Le aparto un mechón de la frente y sonrío—. Dijiste que nos divertiríamos —le recuerdo.

—Dije muchas cosas... —levanta la barbilla y se gira para volver a mirar al frente—. Que no te dejaría sola... —susurra afligido—. Te prometí que no te tocaría... Que no intentaría nada... —vuelve a clavar sus ojos en los míos y me rodea el hombro con uno de sus brazos—. Que jamás te abandonaría. Te traicioné.

—Las promesas no son nada... Sólo palabras con una intención que muy pocas veces ocurre —me encojo de hombros—. Lo aprendí hace mucho tiempo —suelto de un tirón. Las tres copas de champagne (de más) que llevo

en el cuerpo me han soltado la lengua. Sé el daño que le he hecho con mis palabras, pero tiene que comprender lo que siento por él, lo que he sentido durante todos estos años. Dolor y rabia. Hace mucho que sus promesas dejaron de ser importantes para mí. Gira la cara, cierra los ojos y tuerce la boca en un gesto de verdadero dolor—. Lo... siento. No pretendía hacerte daño... Sólo... No quiero que te sientas mal por mí —intento disculparme por la brusquedad de mis palabras.

—Llevas razón —apoya su frente en la mía—. No te merezco —susurra sobre mi boca.

—No se trata de eso... Yo... —intento explicarme. Me gustaría decirle tantas cosas. Quisiera que entendiera cómo me sentí, por qué no puedo olvidar lo que me hizo, las consecuencias que tuvieron nuestros actos...

—Tú... eres perfecta y yo soy un verdadero imbécil —se aparta lo suficiente para que nuestras miradas se encuentren y sonreímos. Un instante después vuelve a ponerse serio—. Será mejor que nos vayamos —me ofrece la mano para que lo acompañe, pero comienzo a caminar sin él. Salimos del hotel y Adrien nos está esperando en la calle, con la puerta del coche abierta. Entramos y cruzamos la ciudad en el más absoluto silencio.

—Tus cambios de humor me... desesperan —mi intención era sólo pensarlo, pero parece ser que lo he dicho en voz alta. Está a mi lado, impertérrito. No dice nada, sólo mira a través de la ventana—. Creo que ya no tengo nada que hacer en París, será mejor que vuelva a Madrid —digo segura. No entiendo por qué quiere que me quede hasta el lunes próximo. No hay mucho más que cerrar en esta ciudad. Las obras de la galería habrán empezado hoy, pero de todas formas yo no me voy a encargar de eso. No es mi trabajo ser jefe de obra. Tal vez necesite que se lo aclare.

—¿Por qué has venido? —pregunta, mirándome a los ojos. ¿Qué? ¿A qué se refiere? ¿Por qué he ido a dónde? ¿A la fiesta? ¿A París?—. Respóndeme. ¿Por qué has venido? —alza la voz y ésta golpea fuerte mi pecho. Se acerca peligrosamente a mí. Pego mi espalda al asiento del coche, tratando de alejarme de él. La limusina se detiene junto a la acera y Adrien sale, dejándonos solos. Nuestras respiraciones se mezclan y suelto un gemido nervioso.

—Por favor... déjame salir —suplico alterada. No le tengo miedo, pero no quiero contestar a esa pregunta. No me va a gustar reconocer que una parte de mí deseaba que pasara algo entre los dos y, al menos, conseguir

averiguar qué es lo que pasó. Por qué Álvaro se perdió y yo lo perdí a él.

Tras varios segundos, abre la puerta y sale del coche. Me tranquilizo y lo sigo. Camino un paso por detrás hasta llegar a la cancela de su piso. La abre y me cede el paso, sin mirarme. Subimos en el ascensor, sumidos en un intenso silencio. La densa calma que suele preceder a la tempestad. No me apetece discutir con él. No nos llevará a nada. No tengo porqué.

Entramos en el piso y Álvaro se quita la chaqueta, dejándola caer, sobre el sofá, de cualquier manera. Desaparece tras la puerta de su habitación sin decir ni una palabra, mientras se quita la pajarita y se desabotona la camisa. Mejor, me digo. Camino hasta el dormitorio que ocupó estos días y, tras varios intentos, no consigo bajar la cremallera de mi vestido del todo. Se ha obstruido donde se atascó esta mañana. Mierda.

Lo pienso durante más de cinco minutos y decido salir a pedirle ayuda a Álvaro. Esto se está convirtiendo en una rutina muy peligrosa, pero no tengo otra opción. Eso, o duermo cubierta de varios metros de encaje negro. Está en su habitación, apoyado en la moderna cómoda blanca de espejos, con las manos agarrando la madera y la cabeza agachada, en un gesto de derrota.

—Te importaría... —digo vacilante. Álvaro levanta el mentón y mira en mi dirección. Agarra fuerte el mueble antes de incorporarse, soltar un bufido y caminar hacia mí. No llega a tocarme.

—¿Por qué? —pregunta desde el centro de la habitación.

No se refiere a por qué debe ayudarme a quitarme el vestido. Esa pregunta conlleva muchos miedos y disculpas, demasiado dolor y sufrimiento. Grandes verdades silenciosas y cuantiosas mentiras a voces. Me giro y decido ser sincera. Con él. Y conmigo.

—Creí ser capaz de averiguar lo que pasó. Pensé... ¡Llevo más de cinco años preguntándome qué es lo que hice mal! —grito—. Acostándome por la noche intentando desentrañar por qué me apartaste de tu vida. ¡¿Cómo fuiste capaz de engañarme de aquella manera?! —levanto las manos, espasmódicamente.

—¡Cállate! —me corta con un bramido.

—No —ahora va a escucharme—. Yo... ¡Te quería! Lo eras todo para mí... —las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas—. Hubiera

dado la vida por ti... Creí... —suelto un sollozo. Me agarro el pecho fuerte con la mano—. Creí que me amabas...

Camina rápido hasta mí. Con la mano derecha, me coge de la cintura y, con la izquierda, me agarra de la nuca, atrayéndome hacia él, fundiéndonos en un apasionado y ansioso beso. Le agarro del cuello y lo acerco más. Suelto un pequeño gemido. Introduzco los dedos entre su cabello y tiro de él. Su lengua se enreda con la mía en un intenso baile. Su sabor... a frutas y champagne, me embriaga. Se aparta un milímetro de mi boca y susurra sobre ella:

—Te amo. Nunca he dejado de quererte —sus palabras, que deberían inundarme de felicidad, son como un jarro de agua fría. Le empujo y lo aparto de mí.

—¿Por qué? —musito—. ¿Por qué lo hiciste, Álvaro? Yo te... Eras... —una lágrima cae por mi mejilla.

—¡Lo hice por ti! Yo... ¡No era bueno para ti! —sueno desesperado—. Creí que era lo mejor... Apartarte de mí era lo más sensato —mi gesto de completa confusión le insta a seguir—. Cuando fui a Barcelona... mi madre... se suicidó. Prefirió quitarse la vida antes que seguir al lado de mi padre. La engañó, la estuvo engañando durante años. Cuando se enteró... —para e introduce las dos manos entre sus cabellos—. Todos decían que yo era como él... Tú lo has dicho esta noche —levanta los brazos y los deja caer, derrotado. Estoy estupefacta. No puedo creerme lo que está diciendo.

—Me refería a que os parecís físicamente... —susurro, mirándome las manos. No sé si me ha escuchado, está muy alterado. Sigue hablando.

—No quería que nada te pasara. No quería que terminaras como ella. Volví a Madrid con la firme idea de dejarte, pero cuando te vi... supe que no podría hacerlo...

Todo empieza a cobrar sentido en mi mente. Con las palabras que escucho a continuación, mis sospechas se hacen realidad.

—Fui un cobarde... Hice lo posible para que fueras tú quien me dejara, pero nada de lo que hacía o decía parecía afectarte... Al menos, no lo suficiente.

—Porque... te amaba... más que a mi vida... —lo miro llorando compungida—. No quería perderte —no puede ser tan difícil de comprender. Vuelve a acercarse a mí y me abraza. Me envuelve entre sus brazos,

desesperado.

—Lo siento... No sabía cómo... No pude separarme de ti —susurra llorando en mi oído.

—Me engañaste... El día de la graduación... —le golpeo el pecho sin apartarlo—. ¿Cómo pudiste hacerme aquello? Te vi... estabas con... —lloro sobre su hombro.

—Perdóname. No pasó nada. Nunca me acosté con ella... Sólo quería que tú lo creyeras.

## VERDADES TARDÍAS

Estas últimas palabras me dejan de piedra. Todos mis yoes se desmayan (incluso los que veían el espectáculo desde el yate en alta mar) y mi llanto se hace más intenso y demoledor. Trato de apartarme de él, pero todos mis intentos son en vano. En realidad, nada cambia lo que hizo. Me hizo daño. A conciencia. No sé qué es peor: que, en un momento dado, se pudiera dejar llevar por el deseo y la pasión, o que me hiciera daño a sabiendas.

—¿Cómo... pudiste...? —consigo balbucear. Me corta, uniendo de nuevo nuestras bocas. En un primer momento, no reacciono, lo único que quiero es ahogarme en mi pena y llorar durante varios días seguidos. ¿Me está diciendo que no es cierto que me engañó con otra? Llevo creyéndolo durante más de cinco años, desde la noche de nuestra graduación. Es muy probable que eso fuera el detonante de mi aborto espontáneo. Me afectó de tal manera que mi cuerpo no pudo soportarlo. Hay estudios que dicen que es posible morir de amor y no me parece una idea tan descabellada.

Su boca sigue sobre la mía, besándome con ardor. Tras varios segundos, reacciono, volviéndolo a agarrar por la blusa que lleva desabrochada y atrayéndolo más hacia mí. Mi gesto le hace gemir y cierro los ojos. Nuestros besos se intensifican y los abro, encontrándome con las lágrimas que siguen rodando por sus mejillas. Se detiene y apoya la frente contra la mía. Nuestras respiraciones agitadas se mezclan entre sí.

—Yo... te amo —vuelve a clavarme su mirada—. Llevo años soñando con tenerte... Déjame... una última vez —suplica, desesperado—. Te... necesito.

—No... —musito.

—Tú también lo deseas —me regala dulces besos alrededor de los labios. Alterada, asiento con la cabeza. Vuelve a besarme y, sin separar

nuestras bocas, me empuja hasta que mis piernas chocan con la cama. Vuelve a separarse de mí unos centímetros y me clava sus ojos negros—. Dilo... dime que tú también me necesitas —su voz es un susurro ronco y sensual. Respiro hondo—. Dilo... —repite.

—Te... necesito —admito. No puedo negarlo. Nunca, jamás, he dejado de hacerlo.

Tira de mi cara con las manos que tiene entre mi pelo y mi nuca e introduce su lengua en mi boca, enredándola con la mía. Ansiosa, le desabrocho completamente la camisa y meto las manos, acariciando cada rincón de su morena piel. Los músculos de su espalda se contraen y se relajan después. Escucho un gemido escapar de sus labios. Me rodea con las manos y baja la cremallera del vestido hasta el final. La tela negra de encaje cae al suelo, dejándome desnuda. Sólo me cubre el cuerpo un conjunto de ropa interior negro, también de encaje, de sujetador de media copa, ensalzando mis pechos, y unas braguitas culote con transparencias, dejando entrever la piel. Álvaro se aparta lo suficiente para poder mirarme entera, mientras se muerde el labio inferior. Los ojos le brillan de pasión. Me sonrojo de inmediato y, al darse cuenta, tuerce el gesto en una sonrisa enternecida. Coloca uno de los mechones que se habían soltado detrás de la oreja y me da un suave beso en la mejilla.

—Te he echado tanto de menos...

Miles de recuerdos acuden a mi mente de golpe. Imágenes de nuestra primera vez se solapan unas con otras... Sus ojos... clavados en los míos... Cómo me hizo sentir... Sacudo la cabeza. Baja la mano derecha por mi espalda desnuda hasta dejarla en mi trasero, atrayéndome hasta él. Me espera excitado y dispuesto. Su pene erecto bajo el pantalón se clava en mi pelvis. Aún llevo los tacones puestos y la diferencia de altura no es excesiva.

Empuja mi cuerpo, despacio, hasta dejarme caer sobre la cama. Nuestras bocas no dejan de devorarse en ningún momento hasta que comienza a regar de besos cada centímetro de mi piel. Baja por el cuello y los hombros. Rodea con los labios un pezón sobre el tejido negro y lo muerde, haciéndome gritar. A continuación, me baja el sujetador, dejando mis pechos al aire. Sigue besando mi estómago y el interior de mis piernas, para terminar en mi monte de Venus. Gimo a la vez que escucho su agitada respiración.

Baja despacio mis bragas, las tira al suelo y me insta a que me



incorpore para desabrocharme el sujetador y dejarlo junto a todo lo demás. Estoy completamente desnuda. Él, sin embargo, aún lleva los pantalones del traje y la camisa blanca abierta, dejando entrever sus impresionantes abdominales. Vuelve a tumbarme y se arrodilla entre mis piernas, observándome despacio, tomándose su tiempo.

—Eres preciosa. Siempre lo has sido... —vuelve a unir nuestras bocas, pero esta vez el beso es cauteloso y lento—. Te he echado tanto de menos... Llevo años soñando con volver a tenerte así —susurra junto a mi oído, mientras se abre paso con los dedos sobre mis labios vaginales y me masajea el clítoris con parsimonia—. Con volver a sentirte.

Vuelvo a gemir en un grito ahogado cuando lo pellizca un par de veces y tira de él.

—Si quieres que pare, dílo ahora. Cuando esté dentro de ti, no podré hacerlo —susurra junto a mi oreja, poniéndome los vellos de punta.

—Álvaro —se me corta la respiración.

—Mi vida —busca mis labios y los encuentra.

—Yo... —mi respiración vuelve a cortarse cuando introduce un dedo en mi vagina.

—Shh, tranquila. Llevo mucho tiempo queriendo esto. Esperando paciente. Necesito hacerlo despacio... Comprender, y que lo hagas tú, que lo nuestro será eterno —me dice en tono sensual, consiguiendo casi llevarme al orgasmo a la vez que introduce otro dedo en mi interior.

Al momento siguiente, se separa, baja de la cama y se desnuda. Cuando está completamente sin ropa, puedo admirarlo en todo su esplendor. Se ha convertido en un hombre. Paseo mi mirada por todo su cuerpo hasta parar en su grueso y largo miembro viril. Está preparado y dispuesto. Tengo que tragar varias veces para que no se me reseque la garganta.

Vuelve a subirse a la cama y, como si algo hubiera cambiado dentro de él, se abalanza sobre mi boca de manera ferviente y desesperada. Sus manos vuelan sobre mi cuerpo y las mías sobre el suyo. Álvaro agarra mi cintura y nos gira sobre la cama, dejándome, al final, bajo su cuerpo. Me devora. Le pido que pare un momento, pero no me hace caso y sigue mareándome cada segundo que pasa.

—Álvaro... Más despacio... —susurro. Deja de besarme un momento. Posa su frente sobre la mía y cierra los ojos con fuerza. Nuestras respiraciones son lo único que se escucha en la habitación. Noto su aliento

sobre mis labios.

—Lo siento. Llevo deseándote demasiado tiempo. Me ha matado no poder tocarte... —musita entre gemidos. A continuación, soy yo la que busca su boca con la mía. Lo que comienza en un beso dulce termina en algo mucho más húmedo y morboso. El hombre que tengo encima de mí no puede más y coge su miembro, dejándolo en la entrada de mi vagina.

—Ponte... ponte un condón... —consigo balbucear a duras penas. Su lengua no me da tregua.

—No me pidas eso—su voz es un susurro salpicado de gotas de dolor. E, ignorando mi petición, se introduce dentro, despacio, sin prisas. Siento mi piel estirarse y amoldarse a él.

Gimo.

Él jadea y ruge.

Vuelvo a gemir una y mil veces.

Él vuelve a jadear y rugir una y mil veces.

Me llena por completo. Incorpora su cuerpo, apoyando las manos junto a mi cabeza y se adentra más. Grito, desesperada. Sale y vuelve a entrar. Cierro los ojos, tratando de no dejarme desbordar por el placer que me causa tenerlo dentro. Hace mucho tiempo que no lo sentía así. Creí que nunca más nuestros cuerpos se unirían de esta forma. No quiero que pare, pero mi yo sensato me advierte que no sé con quién ha estado durante todo este tiempo, ni si ha estado tomando precauciones.

—Ponte... un condón —repito, mirándolo ahora a los ojos.

—No —y vuelve a introducirse dentro de mí.

Chillo a la vez que ruge con fuerza. Levanto las manos e intento apartarlo. Digo en serio lo de utilizar preservativo, pero no consigo llevar a buen puerto mi empresa. Él está decidido a no parar. Agarra mis muñecas y las pone sobre mi cabeza, aguantándolas con una mano, mientras que, con la otra, se aferra fuerte a mis nalgas y comienza a girar con la cadera, dentro de mí.

—¿Lo... sientes?

—Por favor... Usemos protección —mi voz ha sido un susurro que no sé siquiera si llego a decir en voz alta.

Comienza a entrar y a salir fuerte y duro. Una y otra vez. Una y otra vez. La bruma se apodera de mi mente, el pensamiento racional me abandona y me doy por vencida. Me besa ardiente, pero, a la vez, tierno, mientras con

una mano masajea mi pecho derecho y pellizca el pezón.

Doy un pequeño grito de dolor.

Ruge.

Sigue con sus acometidas.

Nuestros gemidos rebotan en las paredes y lo inundan todo de deseo, pasión y desenfreno.

—Conmigo... eres todo... —su sensual voz me lleva hasta muchos años atrás, recordándome que con él descubrí el sexo y la sensualidad.

Automáticamente caigo en una espiral de sensaciones que me ahogan por completo. Grito sin poder controlarme y siento cómo Álvaro derrama su simiente, alargando mi dulce agonía. A continuación, cae sobre mi pecho y su respiración agitada junto a mi oído me hace reaccionar.

¿Qué cojones he hecho?

Los rayos de sol atraviesan la ventana, cegándome por completo. Me despierto rodeada por los fuertes y morenos brazos de Álvaro. Necesito ir al baño. Consigo escaparme y salir de la habitación a hurtadillas. Me dirijo después a mi habitación y, justo al entrar, comienza a sonar mi móvil. Es un mensaje de texto. Lo cojo y se me cae el alma a los pies al ver quién lo envía. Es Alejandro: «Respirarte. Verte. Amarte. Tenerte. Que me sonrías. No necesito más. Sólo a ti».

Escueto y conciso. A veces me parece mentira que un hombre como él se haya podido fijar en alguien como yo. La realidad me golpea la cara con fuerza. ¿Qué he hecho? Me siento sobre la cama, derrotada. Mil pensamientos y sensaciones me recorren entera.

¿En qué estaba pensando?

«No piensas, esa es la base de casi todos nuestros problemas».

Me tiro sobre la cama y me tapo la cara. Soy imbécil. Tonta redomada.

Son hermanos. Esto no puede salir bien. Ni siquiera sé lo que quiero. La noche que acabamos de pasar ha sido increíble, pero no borra nada. Ni lo que pasó, ni lo que me hizo ni, desde luego, lo que siento por Alejandro.

Me levanto con una idea clara en la cabeza: salir de aquí. Me visto todo lo deprisa que mis doloridas piernas me dejan y guardo mi ropa en la maleta. Cuando tengo recogidas mis cosas, salgo al salón y lo cruzo hasta la puerta, deseando escapar de aquí. Me voy a Madrid. Cogeré el primer avión que

salga para España y olvidaré todo lo que ha pasado las últimas horas.

«No te lo crees ni tú».

Por favor, ¿puedes callarte durante un tiempo? Necesito descansar.

—¿Huyes? —escucho la voz de Álvaro detrás de mí. Me giro y está con los brazos caídos junto a su torso desnudo. Un pantalón de pijama azul oscuro le cae, demasiado sensual, a la cadera.

Cierro la boca y suspiro.

«¿A qué esperas para irte?».

Déjame en paz, joder.

—¿Qué? —pregunta Álvaro, confundido. Parece que esto último lo he dicho en voz alta. Voy a volverme loca.

—Me voy. No tengo nada más que hacer aquí. Puedes despedirme si lo ves oportuno —intento parecer segura. No sé si lo consigo.

—Te largas sin más —está enfadado.

—Esto ha sido un error...

—¿Eso crees? —me corta. Aprieta los puños y da dos pasos hacia mí —. ¿Soy un maldito error?

Sí, un error que he cometido demasiadas veces.

—Álvaro, escucha, ha pasado demasiado tiempo. Yo... no estoy preparada para enfrentarme a esto. No estoy preparada para enfrentarme a ti.

—¿Es por él? —ruge.

No lo sé. No sólo por él. Es por ti. Por mí. Por los cinco años que he estado sin noticias de tu paradero. Por todo lo que pasó... Por todo lo que perdí.

—No... No sólo es por él.

—¿Le amas? —su boca se convierte en una fina línea y sus ojos negros brillan angustiados.

—Sí —digo sin dudar—. Es tu hermano... Esto no está bien.

—¿Quieres decirme que después de lo que ha pasado no sientes nada por mí? ¿De verdad crees que voy a creerme eso? —grita y se acerca peligrosamente a mí.

—¡Te quiero! ¡Nunca he dejarlo de hacerlo! —chillo sin controlarme —. Pero no vale con eso... Yo... Tú... No sabes lo que pasé cuando te fuiste —una lágrima cae por mi mejilla—. No sabes el calvario y el dolor de esos días...

—No voy a perderte otra vez —me agarra de la cadera y doy un paso

atrás.

—Álvaro, por favor, deja que me vaya. Es lo mejor...

Coge mi cintura y tapa mi boca con la suya, bailando sobre ella. No sé por qué, pero se lo permito. Se separa lo suficiente para poder hablar. Siento su aliento sobre mi boca. Mantiene nuestras frentes unidas.

—¿Qué pasó, Dani? ¿Por qué sigues resistiéndote? —suplica en un susurro.

—Lo perdí —las lágrimas brotan sin control—. Me hiciste daño, mi cuerpo no lo aguantó —no puedo callarme, las palabras salen de mi boca una detrás de otra—. Estaba embarazada, Álvaro. ¡Perdí nuestro bebé por tu culpa! —nos separamos unos centímetros.

No puedo descifrar su cara, pero, desde luego, no está sorprendido. Lo sabía. No puede ser. Nadie se lo dijo. No podía saberlo, ¿no? Se tira del pelo, desesperado. Me suelta y comienza a dar vueltas por la habitación, como un mono enjaulado. Tras varios segundos eternos, vuelve a parar frente a mí.

—Tú... lo sabías —musito sorprendida y enfadada—. Lo sabías, ¡y no hiciste nada! —le golpeo el pecho casi sin fuerzas, llorando e hipando. Me agarra las manos para que pare, dejándolas sobre su torso.

—Lo supe la otra noche. Lo dijiste entre frases inconexas estando borracha. No quería creerlo. Necesitaba volvértelo a escuchar —besa mi frente con cariño—. Perdóname —me abraza con fuerza. Me aferro a él como si fuera una balsa en medio del océano. Una botella de oxígeno sobre la cima del Everest. El único que pudiera salvarme en estos momentos—. Lo siento. Lo siento tanto. Yo... no quería... —me levanta la cara, agarrándome de la barbilla, y me da un beso tierno en los labios, mientras, con las manos, limpia las lágrimas que siguen rodando por mis mejillas. Me aparto despacio de él —. No te vayas. Pase lo que pase entre nosotros, no lo hagas.

—No me pidas eso. No puedo hacerlo. Si me quedara, no podría separarme de ti —me giro y agarro el asa de la maleta morada—. Sólo conseguiría que me volvieras a partir el corazón.

Coge mi muñeca en un último intento por convencerme.

—Sé que te hice daño, sé que me equivoqué. Nunca me perdonaré. Hice lo que hice porque creí que era lo mejor. A la larga, me agradecerías el haberte alejado de mí. He tardado mucho tiempo en darme cuenta de que no soy como él —se refiere a su padre. Desde luego que no es como él, pero nada puede arreglar todo lo que ha pasado entre nosotros. Nada hará desaparecer lo que siento por su hermano. Nada cambiará cinco años de

soledad—. Jamás volveré a hacer algo que te haga daño, lo prometo. Te quiero. Déjame amarte cada minuto, déjame darte todo lo que tengo. No soy nada sin ti. No tengo nada si no te tengo a mi lado —mira hacia los cuadros que tanto me inquietan desde que llegué—. Tú... tú eres todas ellas. Pintarte me ha servido para tenerte cerca.

De nada me sirven ahora sus promesas. Llegan demasiado tarde. Cinco años tarde. Han pasado muchas cosas entre tanto. Y una de ellas, la más importante, me aplasta el pecho. La culpabilidad me invade y me deprime. Alejandro y yo ya no estamos juntos, pero yo no soy así. Si se enterara de lo que acaba de pasar, le destrozaría. Tal vez soy tonta al pensar en su dolor después de todo lo que me ha hecho y todo lo que he sufrido por su culpa, sin embargo, mi corazón no puede dejar de amarlo de la noche a la mañana y no pretendo hacerle daño. Esto tiene que terminar aquí.

—Lo siento, pero no es suficiente.

Me suelto de su agarre y salgo del piso sin mirar atrás.

## HOGAR, DULCE HOGAR

Cruzo París sumida en mis pensamientos. El taxista no me pregunta por qué no puedo parar de llorar. Miro el reloj y marca más de las diez de la mañana. Caigo en la cuenta de que he perdido la cita con el señor Vial para un futuro puesto de trabajo. Me cabreo conmigo misma por ser tan irresponsable. Necesitaba ese trabajo, podía ser mi salvación. En ese momento, suena mi teléfono móvil y, sin pensarlo demasiado, contesto. Es la secretaria de Leonard. Amablemente, me dice que entiende que no haya podido asistir a la cita de las ocho y me informa de que puedo reunirme con él dentro de una hora. Me alegra saber que no está todo perdido. Tengo otra oportunidad de enderezar mi vida, conseguir un puesto de trabajo lejos de Madrid y distanciarme de todo. Me disculpo ante mi falta de seriedad y cuelgo. Con el sofocón, no le doy demasiadas vueltas a lo que ha querido decir cuando ha dicho que me entiende.

Le indico al taxista la nueva dirección a la que tenemos que dirigirnos y, en lo que dura el trayecto, me maquillo para no parecer una zombi que no duerme desde hace más de dos siglos. Eso de que los vampiros son más guapos que los humanos no tiene ni pies ni cabeza. La saga *Crepúsculo* ha hecho mucho daño. Me pinto los labios con *Ruby Woo* de *MAC* y me convengo de que se puede ser elegante con unos vaqueros, una camiseta blanca, una chaqueta negra y unas bailarinas. Tras varios minutos, decido cambiarme, al menos, los zapatos y, al bajar del taxi, abro la maleta y me coloco unos tacones negros de salón. Si tuviera los *Manolo* que Álvaro me regaló, me los pondría. Me harían sentir más segura y elegante, pero al hacer la maleta los dejé en la habitación, junto al vestido color champagne. No me ha parecido buena idea aceptar los regalos sin más, después de todo.

Entro en el antiguo edificio donde están las oficinas del señor Vial. Pregunto en la recepción por la ubicación de su despacho y me envían a la tercera planta. Es la última. Subo en el ascensor, un antiguo montacargas reformado, y me encuentro con una mesa de hierro *vintage* tras la que se sienta una mujer más joven que yo. Me indica que me están esperando dentro y que puedo pasar ya. Le doy las gracias y me despido de ella con un golpe de cabeza. Llamo a la puerta y espero a que me concedan paso. Leonard se levanta de su mesa y camina sonriente hasta llegar a mí y besarme en la mejilla.

—Creí que te lo habías pensado mejor.

—Siento no haber podido venir a las ocho y no avisar...

—No te preocupes. Álvaro ha llamado disculpándote y... ¿Te encuentras mejor? ¿Estás bien?

—Sí, sí. No ha sido nada —digo sin saber muy bien de qué estamos hablando, mientras caminamos hasta un rincón donde hay sofás de cuero blanco alrededor de una mesa baja.

—¿Quieres tomar algo?

—Agua, por favor.

La siguiente media hora la pasamos hablando sobre el proyecto que prepara en Barcelona en estos momentos. Mi incorporación no sería hasta después del día de Reyes. Para eso aún falta un mes y medio. Tendría tiempo de preparar el traslado a esa ciudad y dejar todo cerrado antes de irme de Madrid. Sopesamos todas las posibilidades laborales y dónde encajaría mejor. Me ofrece ser directora ejecutiva de una de sus filiales que se dedica a la compra y venta de arte por todo el mundo. Por un momento me quedo asombrada y no tengo palabras para agradecerle la confianza que deposita en mí.

—Tengo muy buenas referencias. Si Álvaro confía en ti es porque eres la mejor. Y entiendo su desacuerdo con tu decisión. Supongo que hay razones más profundas que las que me cuentas para que decidas trasladarte a Barcelona —sonríe agradable, pero no espera a que me sincere con él—. Tranquila, sé que no es de mi incumbencia. Le daré las gracias por dejarte escapar —cambia su sonrisa a una más pícaro.

La mayor parte del tiempo lo pasaría en Barcelona, pero tendría que viajar constantemente. La idea no me asusta, todo lo contrario, me entusiasma tanto que Leonard suelta una sonora carcajada. Me siento como una niña



pequeña con zapatos nuevos. Con varios pares de *Manolos* recién sacados de fábrica.

Nos despedimos con un abrazo y subo a otro taxi hasta el aeropuerto. Compro el billete para dentro de dos horas y, mientras espero, le envío un mensaje a Roberto, preguntándole si puede ir a recogerme al aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Cuando embarco, aún no ha contestado. No me preocupo. Cogeré otro taxi hasta casa. No me importa el dinero. Hoy no. Necesito llegar y descansar. El cuerpo y el alma.

Bajo del avión bastante más animada. Me siento reconfortada cerca de casa. Veo a lo lejos a Roberto, apoyado sobre una columna, con los brazos cruzados, buscándome entre la multitud. Entre nosotros se cruzan personas de lo más variopintas. Madres que reciben a sus hijos, parejas que llevan tiempo sin verse, amigos que se han echado mucho de menos... Y, entre ellos, yo. Una persona que sólo ha estado fuera del hogar tres días y vuelve pidiendo a gritos paz y consuelo. Después de varios segundos, repara en mí. Llego hasta él y enseguida se percata de mi cansancio.

—¿Estás bien? —me abraza y reconforta.

—Llévame a casa —me acomodo en su pecho. Rodea mis hombros con un brazo, mientras que, con el otro, se hace cargo de la maleta.

—Vamos.

Entramos en mi apartamento en silencio. No me ha hecho preguntas durante el trayecto en coche y se lo agradezco. Necesito descansar y pensar qué es lo que voy a hacer. Me disculpo ante Roberto y me escondo en mi habitación, sin ningún tipo de pudor. Éste me informa de que tiene una sesión de fotos a mediodía fuera de Madrid y que se tiene que ir, sin embargo, volverá por la tarde.

—Sara sabe que estás aquí. Vendrá lo antes posible —me da un beso en la mejilla y sale del piso, cerrando la puerta tras él.

Antes de que se me olvide, decido enviarle un mensaje a Álvaro, dándole las gracias por lo que sea que haya hecho para que Leonard me recibiera después de no asistir a la cita de las ocho.

«Me he reunido con el señor Vial. Gracias por interceder por mí. Te

estoy muy agradecida». A los pocos segundos recibo contestación: «Haría cualquier cosa por ti. Aunque eso signifique que te alejes de mí».

Tiro el móvil sobre la cama y, sin darme cuenta, me quedo completamente dormida, dándole vueltas a la cabeza y acariciando mi pulsera y, en concreto, la margarita de plata que Alejandro me regaló.

Despierta, dormilona. Susurran junto a mi oído. Abro los ojos y los iris de Sara me miran con ese brillo especial que siempre desprenden. Está sentada en el borde de la cama.

—*Bonjour, putain parisienne.*

Sonrío, la abrazo con fuerza y, sin poder remediarlo, comienzo a llorar.

—Perdona si te he ofendido —dice, divertida, sin hacer caso a mis lágrimas—. Yo también te he echado de menos. Vamos, no llores más, no ha podido ser tan malo.

Ha sido peor.

—Levántate. Te espero en la cocina. Necesitas un café.

Salgo de la cama y sigo a mi amiga por el corto pasillo hasta llegar a la cocina. Me siento en un taburete y bebo agua de una botella que pone ante mí.

—Gracias. No sé qué haría sin ti —dejo el envase vacío sobre la encimera—. ¿No vas a preguntarme qué hago aquí? ¿Por qué he salido corriendo de París?

Sirve los dos cafés en nuestras tazas de *Agatha Ruiz de la Prada*, la suya turquesa con una nube blanca y la mía amarilla con una margarita blanca en el centro. Las compramos en El Corte Inglés de Preciados, la semana después de conocernos. Me pone la mía delante.

—Sólo hay una razón para que huyas así de tu trabajo. Te conozco, eres la persona más responsable y comprometida que hay sobre la Tierra. No necesito que me cuentes lo que ha pasado, sólo quiero saber cuándo vuelve ese cabrón para ir a cortarle los huevos a cachos pequeños a la puerta de donde se hospede y darle de comer con ellos a los patos del Retiro —bebe un sorbo de su café como si acabara de decir que hoy es jueves y me toca a mí tirar la basura.

—También ha sido culpa mía —bajo la mirada avergonzada, mientras le doy vueltas a la taza.

—Por supuesto y también estoy muy cabreada contigo —cambia a modo reprimenda. Me toco las sienes. Lleva razón.

—Ponte a la cola —creo que soy la persona más odiada de todo Madrid. Me odia Álvaro, por haberlo dejado de esta forma; estoy segura de que me odia Alejandro, por haberme marchado a París y por salir huyendo de la fiesta en el Museo del Louvre el lunes por la noche; me odia Roberto, por no corresponderle (aunque las penas se las está quitando la loca que tengo enfrente); me odia Jose, por pasar de él y por ser la culpable de que le rompieran la nariz; me odia Fernando, por haberle hecho perder unos pocos millones; y, lo más importante, me odio a mí misma, por no ser capaz de manejar la situación de una vez por todas. Soy un desastre y nunca he sido así. Tengo que centrarme y coger las riendas de mi vida—. Lo siento —me disculpo, no sé ante quién—. No sé qué hacer. No sé qué es lo mejor...

—Cariño —me coge de la mano—, no tienes por qué saberlo. A veces las decisiones se toman a ciegas —una solitaria lágrima rueda por mi mejilla—. Y no tienes por qué martirizarte por no saber qué hacer, por equivocarte tantas veces como sean necesarias. Caer no es malo. De cada caída aprendemos algo. Lo importante es saber ponerse de pie y seguir adelante.

—No es justo —hipo y Sara me abraza.

—Nadie dice que lo sea —me besa la cabeza y, a continuación, se separa y me mira a los ojos—. ¿Qué quieres hacer?

—Olvidar.

—Para eso tengo la mejor receta.

Y sonreímos, porque las dos sabemos perfectamente a qué se refiere. En la receta, el ingrediente principal es ginebra en cantidades ingentes.

—Aquí tienes —Roberto se agacha y me acerca mi tercer gin-tonic. A continuación, se sienta a mi lado sobre la alfombra y apoya la espalda en la parte baja del sofá—. Creo que necesitamos unas vacaciones.

—Ni que lo digas —respondo, antes de beber un sorbo de mi copa.

—Secundo la moción —escuchamos a Sara que se encuentra tumbada bocarriba sobre el suelo de nuestro salón y a la que creíamos dormida, si no muerta.

—Podríamos escaparnos para tu cumpleaños —Roberto abre los ojos de par en par, piensa que ha tenido una gran idea.

—No puedo, tengo mucho trabajo. Mejor lo dejamos para Navidad —que probablemente esté en paro unas semanas. Esto me recuerda que aún no

le he dicho a Sara que voy a mudarme a Barcelona. No creo que le haga mucha gracia. No estoy preparada para tener esa charla todavía. Sara se levanta como si la hubieran enchufado a la corriente.

—Cariño, en dos semanas entras en la treintena. ¡Tenemos que celebrarlo a lo grande! —mueve los brazos espasmódicamente.

—Podemos hacer lo de todos los años —no tengo cuerpo ni ganas de hacer nada especial.

—Lo de todos los años lo estamos haciendo ahora, sólo falta el tequila —responde mi amiga, un poco enfadada por no apuntarme a sus planes—, y... Sofía. Por cierto, ¿por qué no ha venido?

—Tenía un sesión de fotos fuera de Madrid —nuestro amigo coge el mando a distancia y comienza a cambiar de canal—. La programación de las tres de la mañana es una mierda. ¿Por qué no tenéis tele por cable?

—Deja de quejarte, nenaza —Sara le quita el mando y apaga el aparato. Le ofrece el vaso vacío—. Échame una copa y te permito quedarte a dormir —apunta no muy amable. Lo coge y luego me mira mí.

—¿Quieres otra?

¿Y terminar durmiendo semidesnuda entre los dos?

—No, gracias —murmuro y me termino la bebida de un trago. Roberto desaparece tras la puerta de la cocina.

—Si no quieres perder la cabeza, no deberías beber tan rápido —mi amiga me conoce mejor que nadie.

—Dime la verdad, ¿nos acostamos los tres el domingo? —por favor, di que no.

—Ya te lo he dicho, dormimos juntos.

—Eres la única persona en la que confío, no me hagas perder eso —le digo más seria de lo que la situación lo merece.

—Empezamos a tontear los tres en el salón.

—Define "tontear".

—Bailamos y... nos besamos —me mira a los ojos, estudiando mi reacción.

—¿Y después? —pregunto temerosa, pero Roberto vuelve en ese momento, tropieza y la copa de balón de cristal cae al suelo, haciéndose pedazos. Un tropel de recuerdos aparecen en mi mente.

*Algo de cristal cae al suelo y el estruendo me hace levantar la vista y encontrarme con los labios de Sara dejando un reguero de húmedos besos en*

*dirección ascendente por mi brazo. Giro el cuello y Roberto está en trance, mirando la escena. Ni se ha dado cuenta de que la copa que mantenía en la mano ha caído al suelo y está rodeado de cristales rotos. Sara llega al cuello y succiona el lóbulo de mi oreja izquierda, me agarra de la cintura y comenzamos a bailar al ritmo de Maná y la sensual música de su canción "Hasta que te conocí". Contoneamos nuestras caderas, mis manos se posan sobre sus costados y bajan hasta posarse sobre el contorno de su torneado trasero. En ese momento, mi amiga (¡Mi amiga! ¡Estoy perdiendo definitivamente la cabeza!) me besa en los labios y yo, no sólo no la paro, sino que acompaso mi lengua a la suya, haciéndolas bailar a la vez que nuestros cuerpos. Tras unos breves segundos, Sara se aparta lo suficiente como para conectar su mirada con la de Roberto y hacerle una señal para que se acerque a nosotras. Éste lo hace y, despacio, comienza a acariciarme el cuello con la mano, mientras besa el de mi amiga. Sé lo que está pasando y no sé por qué no lo paro y pongo pies en polvorosa. Me aparto y los dos me miran expectantes.*

*—No puedo hacer esto —musito a dos centímetros de los labios de Sara y a cuatro de los de Roberto. Esto es una puta locura.*

*Mi amigo hace caso omiso de lo que acabo de decir y me besa. Primero despacio y, cuando ve que no le rechazo, aumenta la intensidad, me coge de las caderas y me empuja unos pasos hasta llegar al dormitorio, sin separar nuestras bocas. No dejo de repetirme que es por culpa del alcohol y por el enorme cabreo que tengo tras todo lo que acaba de pasar el fin de semana.*

*Mi mala amiga aparece detrás de nosotros y nos dice que esto no es buena idea. Vaya, ahora se da cuenta. No le hacemos caso y seguimos enredados el uno con el otro. Mi libido se ha despertado y le quito la camiseta con mucha prisa. Me quedo ensimismada con su moreno y tonificado torso. Roberto tira de mi camiseta, dejándome en ropa interior. Todo comienza a darme vueltas y, justo antes de perder la consciencia, caigo redonda sobre la cama. No recuerdo nada más.*

*—Me desmayé.*

*—Exactamente, señorita. Y se acabó la fiesta.*

*Le tiro el cojín que tengo más a mano y ella lo esquiva.*

*—Sólo hicimos el tonto. Jamás me acostaría contigo —se encoge de hombros.*

—Yo sí —especifica Roberto.

—Tú eres un perverso —le acusa la morena—. También te acuestas conmigo.

—Habló Santa Catalina.

Los tres nos echamos a reír.

Las siguientes dos horas las pasamos hablando de lo que haremos durante las Navidades hasta que caemos rendidos.

El sonido estridente de mi *iPhone* suena sin cesar. Intento apagarlo con la mano, pero no lo encuentro. Abro los ojos y la luz que entra por el ventanal de la terraza me ciega. No recuerdo cómo llegué a la cama anoche y parece ser que no bajé la persiana. Odio la luz de los primeros rayos de sol. No la soporto. Encuentro el móvil y lo descuelgo.

—Dani, menos mal que coges el teléfono. Han robado esta noche. Tienes que venir a la galería lo antes posible —grita Berta, muy nerviosa, a través de la línea.

—¿Qué ha pasado? —me levanto de la cama de un salto.

—No lo sé. He llamado al señor Llorens. Creí que estabas en París. Por favor, tienes que venir. La policía está aquí.

—Tranquilízate. Estaré allí en diez minutos.

## LO PRIMERO ES LO PRIMERO

Entro en la galería como un ciclón. No sé lo que llevo puesto ni me importa. Me he podido disfrazar de pirata y no lo notaría. Tengo los nervios a flor de piel. Un policía me para justo en la puerta.

—No puede pasar.

—Soy la directora —contesto demasiado altiva. Tendrá que disculparme. Soy novata en estos menesteres.

—Dani, menos mal que has venido —Berta se acerca hacia donde nos encontramos. La tez blanquecina de su rostro y el temblor de las manos denotan su estado de nerviosismo.

—Hola, soy el inspector Hidalgo —se presenta un hombre de unos treinta y cinco años. El antipático policía que me cortaba el paso se aleja de nosotros.

—Daniel... Daniel Sánchez, directora de la galería. ¿Qué ha ocurrido?

—Eso estamos intentando averiguar. ¿Quién tiene llaves de este sitio? ¿Cómo dice?

Ve mi cara de confusión.

—La persona que ha allanado la propiedad esta noche no ha forzado nada, ha entrado con llave y venía buscando algo en concreto. ¿Sabe qué podría ser?

—¿Qué se han llevado? —pregunto confusa.

—Tal vez usted pueda decírmelo.

No entiendo nada. ¿No saben lo que se han llevado? ¿Cómo se ha dado cuenta Berta de que han entrado si no hay nada forzado? El inspector Hidalgo comienza a caminar y Berta y yo le seguimos.

—La puerta estaba abierta cuando he llegado —me dice ésta en voz baja—. Creí que era el empleado de seguridad, pero, cuando he llegado hasta las oficinas, no había nadie y el despacho del señor Llorens estaba todo revuelto.

Compruebo esto último que me cuenta conforme llegamos al lugar. Todas las carpetas y documentos están esparcidos por el suelo, los cajones abiertos y la silla tirada al otro lado de la habitación. El inspector Hidalgo lleva razón. No se han llevado ni siquiera el cuadro que Álvaro tiene colgado en el despacho, *Smoker* de Wesselmann. Sin contar todas las obras de cada una de las salas.

—Como ve, buscaban algo. Necesitamos saber si lo han encontrado.

—No... no lo sé. Este despacho es de...

—Buenos días —escucho esa voz a nuestras espaldas. Mi cuerpo vuelve a temblar y esta vez no es de miedo—. Soy Álvaro Llorens, director ejecutivo de *D'Arte*—dice seguro y tranquilo. Levanta la mano y la estrecha con la del inspector de policía. Tras él está Isabelle, asquerosamente elegante y sofisticada.

La mandíbula me llega al suelo. ¿No estaba en París?

«Se ve que no».

Pongo los ojos en blanco.

—Señor Llorens, soy el inspector Hidalgo. Siento mucho lo que ha pasado. Intentaremos aclararlo lo antes posible.

—Estoy seguro de ello. Hablemos en mi despacho.

Pasa por mi lado y ni siquiera me mira. No me duele, sólo escuece un poco. Se adentra en el despacho y cierra la puerta tras él, dejándonos a Berta, Isabelle y a mí, fuera. Me toco las sienes e intento tranquilizarme. ¿Cómo ha llegado tan rápido? ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué hace ella aquí?

—Berta, necesito una copia del inventario. Llama a todos los artistas y tranquilízalos. No quiero que, si esto sale en la prensa, se convierta en un circo. Que nadie hable con nadie.

Mi ayudante asiente aún nerviosa y se sienta tras su mesa. Isabelle me mira displicente. Me olvido de que está aquí y voy hacia las salas a comprobar que todo está en su sitio. No han robado nada. ¿Quién ha podido



entrar y no llevarse ninguna de las obras de arte? Algunas son de un gran valor, con precios desorbitados. No es fácil vender en el mercado negro si no lo conoces. Está claro que quien ha entrado no estaba interesado en nada de lo que hay aquí. En nada que esté a la vista, desde luego. Vuelvo al despacho y Álvaro está en la puerta del suyo, despidiéndose del inspector.

—Le llamaré en cuanto sepamos algo —le tiende la mano y éste se la estrecha.

Me siento en mi mesa y me cojo la cabeza entre las manos. Me va a estallar. Las copas de anoche, el poco tiempo que he dormido, la manera de despertarme, el susto y la carrera que me he dado para llegar aquí... Todo hace que me retumben las sienes y me tiemblen las manos. El ruido de la puerta al cerrarse me hace levantar la cabeza. Nuestras miradas conectan al instante. Está de pie, tenso, pero tranquilo al mismo tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta reticente.

—¿Qué se han llevado?

—Nada importante.

—No me mientas.

—No lo hago.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—Puedo estar en muchos sitios a la vez —tuerce la boca en una media sonrisa.

—Me alegro de que todo esto te haga tanta gracia —me exaspera.

—No me la hace. ¿Estás bien? —insiste.

—No lo sé —dejo caer la espalda sobre el respaldo de la silla. Álvaro comienza a caminar, acortando nuestra distancia. Empiezo a notar que me falta el aire—. Necesito tiempo. No creí que te fuera a ver tan pronto.

—¿No quieres verme?

—Dame espacio. No sé cómo me siento con lo que ha pasado —me sincero.

—¿Vas a contárselo?

Debería.

—No lo sé —inspiro fuerte y me masajeo la frente.

—Tengo que volver a París —mira el reloj de su muñeca. Una buena noticia. Prefiero no tenerlo rondando por aquí durante algún tiempo—. Vamos a trasladar toda la exposición a un lugar más seguro.

—Pero has dicho que no se han llevado nada.

—Es complicado —se muerde el labio inferior—. Isabelle se encargará de todo. Puedes irte a casa y descansar.- Esconde algo. Puedo verlo en su mirada. Me levanto enfadada.

—Prefiero encargarme yo. Soy la responsable de la galería.

—Lo sé —dice seguro.

—¿Entonces? ¿Me vas a contar qué coño está ocurriendo?

—No puedo quedarme a discutir. Date unos días. El lunes te llamaré y te daré la nueva dirección. Volverás a trabajar el miércoles.

—No necesito unas vacaciones —bueno, sí, pero no las quiero—. ¿Por qué no me das la dirección ahora?

—Tengo que irme —hace caso omiso a mi pregunta. Se da la vuelta y camina hacia la puerta, dejándome con la palabra en la boca. Estoy muy cabreada.

—Álvaro —lo llamo y no sé por qué. Se gira en mi dirección, me mira y me pierdo en la profundidad de sus ojos negros. Logra apaciguarme. Durante unos segundos, no decimos nada. Después, desaparece de mi campo de visión.

Decido hacer caso a su orden y concluyo que lo mejor es irme a casa. Me levanto de la silla de oficina y algo llama mi atención. Bajo el lapicero de madera tallada, que compré en una escapada a Granada, hay un trozo de papel doblado con mi nombre en una esquina. Lo cojo, decidida, y lo abro sin pensar. Debe ser una nota de Berta. La sangre se me hiela en cuanto la leo: «No sabes para quién trabajas. Aléjate. Aún estás a tiempo».

¿Qué quiere decir? ¿Quién ha dejado esto aquí? ¿Debo dárselo a la policía? Con las manos temblorosas, meto la nota en el bolso. Ya pensaré más profundamente sobre lo que voy a hacer. Me voy a casa, tras despedirme de Berta y pedirle que haga exactamente lo mismo. Dejo a Isabelle con el personal de seguridad y varias personas que no había visto nunca antes, pero que ella parece conocer.

Es viernes y Sara llega a mediodía a casa. Le cuento todo lo ocurrido durante la mañana y se queda perpleja. Su sexto sentido le dice que se han llevado algo y que es más importante de lo que Álvaro admite y yo no puedo estar más de acuerdo. Le enseño la nota y pone el grito en el cielo.

—¿No tienes suficientes razones para no seguir trabajando para él?

—Hasta el miércoles no tengo que volver. Ya se me ocurrirá algo.

—No vamos a jugar a detectives por mucho que me apetezca —le encantan los acertijos—. Esto no me gusta —se pone seria.

—Hablaré con Álvaro. Le pediré explicaciones. Me las debe.

—Pero no tiene por qué dártelas. Lo siento, pero si ha tardado tanto en aparecer y durante todo este tiempo no se ha olvidado de ti, ¿qué ha estado haciendo que le ha impedido venir a buscarte? Algo no me cuadra.

—Creyó que era lo mejor.

«¿Lo estás defendiendo?».

Sara pone los ojos en blanco. Y mi subconsciente también.

—No me gusta —repite.

—Sólo me quedará un mes. Después, me despediré y... —me muerdo la lengua antes de decirle que me mudaré a Barcelona. Tengo que buscar el momento adecuado para contárselo.

—Está bien, pero prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo —hago la señal de juramento que hacía de pequeña con Fernando. Me beso los dedos repetidamente.

Le cuento que no sé dónde se trasladará la galería a partir de ahora y mantenemos una pequeña discusión en cuanto la hago partícipe de mi gran idea para este fin de semana: no hacer nada, descansar, leer y, tal vez, pintar. Esas son mis intenciones, la realidad... podría llegar a ser muy distinta.

Salgo de mi habitación ya de noche. La siesta se ha alargado mucho más de lo planeado. Me encuentro a Sara en el salón, en pijama de franela rosa con ositos panda. Se diferencia del mío sólo en el color, verde y blanco. Los compramos en el mercadillo de Fuencarral, el año pasado.

—¿Qué haces aquí? —me acomodo a su lado.

—Comer chocolate —responde con la boca llena. La miro inquisitiva. Se encoge de hombros—. No tengo ganas de salir —explica. No se lo cree ni ella, es viernes por la noche.

—Oye —le doy un pequeño puñetazo en el hombro—, estoy bien. No necesito una niñera. Sal a divertirte —le quito una onza y me la meto en la boca.

—No lo hago por ti —reclina la espalda sobre el sofá—. Vale, sí. No voy a abandonarte y dejar que te tires por el balcón o te ahogues en la bañera —coge el mando de la televisión y cambia de canal. Le tiro un cojín a la

cabeza. Qué graciosa.

—¡Ay! —emite una queja y el mando cae al suelo, sintonizando una nueva cadena. Las dos nos reímos mientras escuchamos el canal internacional de fondo—. ¡Eh! Lo has manchado de chocolate —señala la esponjosa tela—. Te toca a ti limpiarlo. Y no tiene cremallera. Estos cojines son un coñazo... —la dejo de escuchar cuando el presentador del programa de noticias veinticuatro horas pronuncia su nombre. La televisión capta toda mi atención. Sara se da cuenta y hace lo mismo.

«...*MKD*, el gran mastodonte, va a cerrar el año con unos ingresos de más de mil doscientos millones de euros. Cifra que mejorará al término de su ejercicio fiscal, lo que representa un incremento del 11% respecto a la facturación registrada el año anterior. En la nota de prensa que nos acaba de llegar, la compañía ha subrayado que el éxito obtenido ha sido gracias a su plan estratégico y niega que la compra de *CIRP* a bajo coste hace unas semanas haya tenido algo que ver...»

*CIRP*... Me suena mucho ese nombre... Vuelvo a prestar atención.

«...Con estas cifras, su presidente, creador y dueño de más del noventa por ciento de las acciones de la compañía, el señor Alejandro Fernández, en declaraciones recientes, ha explicado que los resultados se han obtenido en un entorno difícil y hostil para los negocios, donde la existencia de incertidumbres económicas y políticas combinadas con las turbulencias de los mercados emergentes y las complicadas políticas monetarias no ayudan a la expansión y creación de nuevos puestos de trabajo. Para ello, luchan invirtiendo en talento y nuevas tecnologías, apostando por la compra y ampliación de empresas jóvenes y competitivas como *CIRP*».

—Vaya, parece que quiere dar de comer al mundo —mi amiga mete otra onza de chocolate en su boca—. Con tantos millones podría... —deja de vocalizar por la comida. Yo dejo de escucharla, pensando de qué me suena tanto el nombre de esa empresa—. Podrías... hacer... me caso, estoy tratando de no... ahogarme —la miro mientras bebe agua y tose. Le doy unos golpecitos en la espalda hasta que se recupera.

—Perdona, estaba pensando... Es que conozco esa empresa... —respondo meditabunda. Sara coge el móvil, tras limpiarse la boca con el puño

del pijama—. ¿Qué haces? —pregunto sin obtener respuesta, mientras trastea con él. Después de breves segundos, mi amiga me acerca la pantalla del teléfono a la cara. Ha buscado en *Google* y los resultados no dejan lugar a dudas. Me quedo de piedra. Lo cojo y miro una página tras otra. Todas indican lo mismo. Veo fotos de mi hermano, algunas muy recientes, otras de cuando era joven y empezó a crearse un nombre en el agresivo mundo empresarial. *CIRP* es la primera sociedad que creó, aquella que tanto trabajo le costó levantar y a la que sé que le tenía un especial cariño y consideración. Uno de los artículos habla de las posibles razones de Fernando Sánchez para venderla y por qué no han trascendido los detalles del contrato de compraventa. Aunque no les extraña el secretismo que envuelve al trato, al estar el CEO Alejandro Fernández al otro lado del acuerdo. En otra web barajan la posibilidad de la falta de liquidez de mi hermano y la casi bancarrota en la que se halla. Este es el único motivo que encuentran para que casi regalara una empresa en auge, con nombre, más de cuatrocientos empleados y con una facturación anual de más de seiscientos millones de euros. Tras leer esto último, una solitaria lágrima cae por mi mejilla. A mí se me ocurre otra razón para que Fernando se viera obligado a venderla por mucho menos de su valor: yo.

—Lo siento cariño. Es un cabrón —sentencia, refiriéndose a Alejandro.

—No pasa nada —limpio la lágrima que resbala despacio por mi cara—. Quisiera saber por qué lo hizo.

—Por dinero. Cuando vives barajando esas cantidades, dejas de ver a las personas como seres humanos —me abraza y besa mi sien.

—No lo entiendo, creía que me quería. Había pensado... —suspiro y me trago las lágrimas que pugnan por salir.

—Sshh, vamos a relajarnos.

—No tengo ganas de beber —le corto y me separo un poco de ella.

—No me refería a eso. Hablo de kilos de comida china y una peli. Te dejo elegirla, pero, por favor, no me hagas ver otra vez *El diario de Noah*.

Una bandada de pájaros sobrevuela el lago donde Noah y Allie despiden abrazados este mundo para pasar juntos la eternidad.

—Nunca podré entender por qué se le da tanta importancia al primer amor. No creo que sea el más importante que se puede tener a lo largo de toda la vida—apunta Sara, mientras aparecen en el televisor los créditos al

finalizar la película—. Yo no tengo buen recuerdo de él —me mira y gimoteo—. ¿Cómo puedes llorar cada vez que la ves?

Me encojo de hombros y no hago caso a su pregunta.

—Tal vez no fue amor aunque a ti te lo pareciera —me sueno la nariz con una servilleta blanca con letras negras chinas. Venía en la cesta de la comida—. Algunas veces necesitamos ver las cosas desde la distancia para darnos cuenta de que no eran lo que creíamos.

—Llevas razón. Ese estúpido no reconocería el amor aunque lo tuviera delante —Sara escupe contra el imbécil de novio que tuvo durante el instituto.

—De todas formas, no creo que la película hable del primer amor, sino del amor en mayúsculas, ese que se te agarra a las entrañas, te aplasta el pecho y no te deja respirar. Que Allie elija a Noah y no a Lon Hammond para envejecer juntos es sólo casualidad. Da igual que sea el primero o el último.

—Suponiendo que el amor existe... ¿Por qué tiene que ser para siempre?

—No lo es... —suspiro—. ¿De verdad estamos teniendo esta conversación a las dos de la mañana? —me levanto y estiro las extremidades que se han quedado agarrotadas—. El azúcar te coloca casi más que el alcohol —sentencio.

—Has empezado tú, eligiendo la película —se defiende—. Yo hubiera preferido *A todo gas*. Me pone como una perra ver a Vin Diesel en el papel de Toretto, conduciendo el *Dodge Charger* negro de 1970.

Sonrío. No es una experta en coches, sin embargo, le encanta esa saga. Estuvo dos meses de luto cuando Paul Walker falleció en aquel trágico accidente. Todavía no se le puede recordar el tema. La alegría me dura un segundo... Lo que tardo en recordar a alguien que conduce como un loco y le encanta, y me pone a cien mientras lo hace. El mismo que extorsionó a mi hermano para arrebatarme *CIRP*, la empresa que creó desde la nada.

Alejandro... Te odio.

El sábado me levanto positiva. Me calzo las zapatillas de deporte, unas mallas negras y un cortavientos naranja y lila y salgo a correr por los alrededores. Le doy al *play* del *iPod* y "*Animals*" de Maroon 5 suena fuerte en mis oídos. Estoy decidida a cambiar algunos hábitos. ¡Estoy decidida a cambiar mi vida! Volver a hacer deporte es uno de los puntos claves;

alejarme de los hombres que no me convienen, otro. Voy a cuidar de mí, de mi cuerpo y de mi mente. La mañana acompaña a mi estado de ánimo. Aunque hace bastante frío, el sol luce en todo su esplendor y ni una nube cubre el azul intenso del cielo.

Vuelvo a casa sobre las diez de la mañana, después de haber sudado cinco kilómetros y haberme arrastrado otros tres. Mi cuerpo está en baja forma y lo he notado al instante. Después del segundo kilómetro, supe que algo no iba bien, pero no quise rendirme, así que seguí hasta que no pude más y caí rendida sobre un mullido césped. Bocarriba y exhalando grandes cantidades de oxígeno. Un simpático perrito lamiéndome la cara me hizo volver a la realidad.

Entro en casa con dos cafés en las manos, apago el *iPod* y "*Sugar*" deja de sonar. Me quito los cascos de los oídos y los dejo colgar sobre mis hombros. Escucho voces amortiguadas en la habitación de Sara. Voy hacia la cocina a coger una caja de galletas *Oreo*, cierro el mueble donde se encontraba y oigo la puerta del dormitorio abrirse. Joan llega hasta el salón y para en medio de éste. La conversación se hace mucho más nítida. Los puedo ver desde donde me encuentro. No me escondo, sin embargo, ellos no parecen darse cuenta de mi presencia.

—No me digas que me calme —dice un Joan nada tranquilo.

—Sólo quiero que lo entiendas —pide Sara, haciéndose la dura.

—¿Entender qué? ¿Que mi novia quiera tirarse a otras personas además de a mí? —el seguridad del club *Adara* levanta la voz, enfurecido.

—Nunca dije que lo nuestro fuera exclusivo.

—Perdona si quiero que mi pareja se acueste sólo conmigo.

—Yo no soy así.

—¿Y cómo eres? —se acerca a ella un paso y la reta con la mirada.

La tensión puede cortarse con un cuchillo.

—Nunca te he mentado. He sido sincera desde el principio.

—Dijiste que me querías.

—Y era cierto.

—¿Entonces...?

Un incómodo y largo silencio se instala entre ellos y envuelve la habitación. Y yo, haciendo alarde de mi torpeza e impertinencia, tropiezo con

la pata de una de las banquetas haciéndoles partícipes de mi presencia. Los dos miran hacia donde me encuentro. Ahora puedo apreciar más la cara de enfado de Joan, sin embargo no puede ocultar la decepción y el dolor que esconde tras la mirada.

—Será mejor que te vayas —le pide Sara más brusca de lo que me parece oportuno. Joan vuelve a mirarla y, tras una intensa milésima de segundo en la que le clava la mirada, se va, dando un portazo tras él.

Mi amiga me mira y me dice con un tono demasiado áspero y desagradable que no diga nada. Hago caso a su orden y, sin abrir la boca, levanto el brazo, le ofrezco el café que acabo de comprar, se acerca a mí, lo coge digna, gira sobre sus pies descalzos y desaparece tras la puerta de su habitación.

El sonido incesante del teléfono en el bolsillo de la chaqueta deportiva no me deja entretenerme y darle vueltas a lo que acabo de presenciar. Dejo el café y la caja de galletas sobre la encimera de la cocina y saco el móvil del cortavientos, sin embargo, deja de sonar antes de llegar a descolgar. Es Clara. Me dispongo a devolverle la llamada, pero recibo un mensaje de *WhatsApp* mientras lo hago.

«Estoy embarcando para Nueva York. Las reuniones no han ido como esperábamos y tenemos que volver a solucionar algunos problemillas. Espero poder viajar a Madrid en unos días. Te aviso cuando lo sepa. Necesito hablar contigo. Quiero contarte todo lo que pasó con Álvaro. No me odies. Te quiero. Cuídate (emoticonos besando con corazones)».

Le respondo: «Espero que no sea nada importante. Cuídate tú también. Yo también te quiero (emoticonos besando)».

No le hago referencia a lo que me acaba de decir de Álvaro. No tengo ni idea sobre lo que quiere contarme y no sé si quiero saberlo. Le haré partícipe de mi decisión en cuanto la vea. Ninguno de los dos hermanos volverán a formar parte de mi vida íntima.

Antes de arrepentirme, hago una llamada. Realmente me apetece verlo. Y tal vez pueda despejarme algunas dudas. Necesito saber ciertas cosas aunque no vayan a cambiar lo que siento. Marco su número de teléfono.





## CRUDEZAS

Después del café, cinco galletas *Oreo* y una ducha caliente, me visto con ropa cómoda, preparo una pequeña maleta y bajo el ascensor dispuesta y decidida a pasar un fin de semana revelador. Paro junto a la acera y miro el reloj. Espero que no tarde en llegar, se está levantando un viento frío muy desagradable. Cuando le he llamado, estaba reunido, sin embargo, me ha prometido que estaría aquí a las doce en punto, hora que marcan las manecillas del reloj.

No he querido irme sin hablar con Sara. Es mi familia y no me gusta ver cómo destroza su vida y aleja de ella a alguien que la quiere. He llamado a la puerta de su habitación y he entrado sin esperar su permiso. Me la he encontrado tumbada en la cama, leyendo un libro y escuchando música.

—Si vienes a darme la vara, ya puedes marcharte —ha dicho sin mirarme.

—¿Estás bien? —no me ha contestado y ha subido el volumen de la música—. Me voy. Necesito saber que no te vas a tirar por el balcón ni a ahogar en la bañera —he repetido sarcástica lo que ella dijo anoche—. Si quieres, me quedo —he apuntado sincera y esperado a que conteste. No lo ha hecho—. Te dejo pensar sola el fin de semana. Espero que te des cuenta de lo que realmente quieres y dejes de alejar de tu vida a las personas que te quieren y se preocupan por ti. Vas a terminar sola y rodeada de gatos, imbécil.

—Me gustan los gatos, idiota.

—Pero no estar sola, mema.

—Ya te tengo a ti, zorra —ha tirado el libro sobre la cama y me ha prestado más atención.

—No voy a estar aquí siempre —me mudo a Barcelona después del

día de Reyes, he pensado. Suspiro—. Me voy, volveré mañana —no he respondido a su cara de sorpresa y he salido de la habitación. Antes de cerrar la puerta y salir del piso, he escuchado que me preguntaba a voces que adónde iba. No he contestado. Sé que se preocupará, pero después le enviaré un mensaje. Mientras, que sufra un ratito.

Cierro la cremallera de la parka azul marino de *Minimum* que llevo a conjunto con un jersey básico de lana fina gris con hombros descubiertos y detalle de carreras, unos vaqueros y unas zapatillas *Converse* rojas. Hace frío y los dientes me castañean. Meto unos mechones de pelo detrás de la oreja derecha y vuelvo a mirar el reloj. Pasan diez minutos de las doce de la mañana. Me caliento las manos, rozándolas rápido unas con otras. Levanto la cabeza y un todoterreno negro con los cristales tintados se detiene delante de mí. Cojo aire, lleno los pulmones, espero unos segundos y lo expulso. El chófer baja del coche, lo rodea y abre la puerta trasera después de saludarme.

—Buenas tardes, señorita Sánchez.

—Hola, Héctor —sonrío y me acomodo en los asientos de cuero beige. Fernando está hablando por teléfono, pero aun así se acerca y me da un pequeño y silencioso beso en la mejilla.

Comenzamos a incorporarnos al tráfico y miro por la ventanilla. Mi hermano sigue dando órdenes a través de la línea. No entiendo muy bien sobre qué habla. Dejo pronto de prestarle atención. Tras unos largos minutos, cuelga y me mira.

—Perdona. Los fines de semana no existen para mí —mete el *smartphone* en el bolsillo de la chaqueta de su impoluto traje. Respira hondo—. Dame sólo una hora más y nos iremos a casa —sigue—. Me alegra que me llamas, los niños tienen muchas ganas de verte.

—Yo también los adoro —sonrío.

—¿Estás bien? —estoy un poco harta de que todos me pregunten lo mismo. Llevo años escuchándolo. Mi vida no ha sido fácil, pero siempre he demostrado que no soy una persona débil. Asiento con la cabeza—. Me gustaría hablar de algo contigo. Pronto será tu cumpleaños.

Sí, lo será, pero no sé por qué deberíamos hablar de ello. Cumpló treinta. Ni siquiera quiero celebrarlo.

—Señor, hemos llegado —el chófer nos informa.

—Tengo que irme. No tardaré demasiado —coge el maletín de cuero

negro que reposa sobre el asiento—. Puedes esperarme en el coche o Héctor te llevará a dónde le indiques.

—Tomaré un café.

Me despido de Héctor y cruzo los cuatro carriles de la avenida, jugándome la vida en cada uno de ellos. Tengo que pedir perdón varias veces a los conductores por mi falta de sensatez y sobrada valentía. Mi yo racional está muy enfadado conmigo. Confiaba en que estaba cambiando. Jamás, siempre tendré alma de kamikaze. Entro en una cafetería y me siento junto a un gran ventanal de cristal desde donde se ve toda la calle y al que le dan de lleno los rayos de sol del mediodía que calientan mi cuerpo. Me quito la parka azul, la cuelgo en el respaldo de la silla y me acomodo en el asiento. Una camarera, no muy simpática, se acerca y toma nota de mi pedido: una *Coca-Cola Zero* y un pincho de tortilla. Miro alrededor y me doy cuenta de lo encantador que es el establecimiento. Se halla rodeado de libros. Las estanterías de las paredes llegan del suelo al techo. Papel pintado de colores cubre las que están desnudas y grandes lámparas con materiales reciclados parece que cuelgan del cielo. Una de las esquinas las adorna una bicicleta celeste, convertida en macetero en el que crecen margaritas de varias tonalidades. Sonrío. Me encantan. Las sillas y mesas de madera son distintas todas unas de otras, formando un romántico rompecabezas de colores.

Agradezco a la chica que me trae lo que he pedido y le doy un gran trago a la bebida. Miro a través del cristal y puedo ser testigo del bullicio de esta avenida un sábado por la mañana. Un señor de corbata, con un café en la mano, evita a los demás peatones; un grupo de señoras mayores disfruta de la vida como sólo a esa edad se saborea, sabiendo qué es lo importante; varias chicas jóvenes de compras; otras en patines, seguidas por amigos en *skate*; abuelos y padres pasean a hijos y nietos; turistas perdidos que no saben muy bien dónde se encuentran ni adónde van; furgonetas de pedidos estacionan en doble fila; y vendedores ambulantes tratan de ganarse la vida cuando les dejan.

Pincho un trozo de tortilla y me lo llevo a la boca. Saco el móvil del bolso, mientras mastico y envío un mensaje a Roberto. Le informo de que paso fuera el fin de semana y le pido que vaya a casa a acompañar a Sara. Le veo en línea y me responde al momento con un «Ok, preciosa». Dejo el

teléfono sobre la mesa y vuelvo a mirar al exterior. Parpadeo varias veces por el incesante sol que me deslumbra y doy un sorbo a la *Coca-Cola*. Un coche de alta gama, que conozco muy bien, frena casi en medio de la calle, justo delante de la cafetería donde me encuentro. Me atraganto con la comida y comienzo a toser. No le he visto todavía, pero toda mi piel se eriza y el corazón comienza a latir con intensidad. Reacciones normales de mi traicionero cuerpo a su presencia. Trato de calmarme y limpio con una servilleta el trozo de patata que cae de mi boca. Una señora sentada junto a mi mesa me pregunta si me encuentro bien. Asiento con la cabeza sin contestarle. No puedo gesticular palabra ante lo que están viendo mis ojos. Alejandro sale del *BMW* Serie 7, que él mismo conduce, más guapo y atractivo que nunca. Lleva un traje negro con camisa también negra, sin corbata, con los últimos botones desabrochados. El pelo revuelto como si... (prefiero no pensarlo), las mejillas sonrojadas y los labios mullidos y carnosos. Su altura se impone ante el resto de los mortales que pasean junto a él. Cierra el coche, mira el reloj y camina hacia donde me encuentro.

Mierda. Mierda. Mierda.

No quiero que me vea así. No quiero que me vea de ninguna manera. Me agacho, en un intento por meter la cabeza bajo la mesa. La mujer que me acaba de preguntar por mi estado de ánimo, ahora me mira como si estuviera loca o se encontrara delante de un bicho raro al que encerrar por temor a que haga daño a alguien. Opto por taparme la cara con las manos. Lo sé, no soy muy original ni es una idea fantástica. Sin embargo, pasa de largo sin percatarse de mi pobre existencia. Entra en una floristería en la esquina de la calle y, tras unos minutos, sale con el ramo de flores más bonito que se pueda crear. No son margaritas blancas, pero es precioso. Me deprimó al instante. ¿Para quién serán? Joder. Ni se acuerda de mí. Ya ha encontrado a otra. Lo nuestro para él no fue real, no entiendo por qué algunas veces pienso lo contrario. Miro mi pulsera y le doy vueltas hasta encontrar la flor que me regaló. La acaricio despacio y el ánimo y positivismo con el que me había levantado esta mañana van desapareciendo poco a poco. Es contradictorio que me regalara la pulsera y no haya vuelto a tener noticias suyas.

«No tiene que importarte».

Mi subconsciente me recuerda que ya he tomado una decisión. ¿O no? Lo sé. Me contesto no muy convencida.

¡Mierda! ¡Otra vez!

Para en la puerta de la cafetería y entra en el establecimiento con el ramo de tulipanes rosas en la mano. Cojo una carta de la mesa contigua y me tapo la cara con ella. Espero que la idea no llegue tarde. La bajo lo suficiente para poder admirar su perfecto trasero junto a la barra. Habla con la camarera algo que no entiendo, ésta se aparta, Alejandro coge el teléfono, teclea algo en él y lo vuelve a meter en el bolsillo del pantalón del traje. Se gira un segundo y reacciono a tiempo para volver a cubrirme el rostro. Tras varios segundos, le miro de nuevo y sale por la puerta con una bolsa de papel en la mano que tiene libre. Tropieza con un grupo de chicas que no deben tener más de veinticinco años, les pide perdón educado, sin hacerles caso, y éstas sonrían y se sonrojan ante tal alarde de sexo y masculinidad. Os entiendo, empatizo con ellas a la vez que me pongo celosa. Abre la puerta del copiloto, deja las flores y la bolsa de papel sobre el sillón, se quita la chaqueta y la cuelga sobre el respaldo del asiento. Comienzo a babear cuando se remanga la camisa hasta los codos. Juraría que lo hace a cámara lenta. Observo cómo sus musculados brazos se pegan perfectamente a la tela y el color moreno de su piel casa con la tinta que la cubre. Es perfecto. Comienza a sonar por el hilo musical de la cafetería-librería "*Bendecida*" de Enrique Bunbury. Sube al coche y desaparece entre el tráfico igual que ha venido, de repente. Ha sido fugaz, pero intenso. Como nuestra relación. Soy patética.

Pago el aperitivo y pregunto si venden los libros que adornan las estanterías. Se disculpan y me informan de que están disponibles para que los clientes lean mientras toman algo en el establecimiento. Pregunto por una librería cercana y me indican una justo en la acera de enfrente. Así que vuelvo a jugarme la vida cruzando los cuatro carriles sin paso de peatones ni semáforo y entro en el local. El olor a papel, tinta, historias y madera se introduce por mis fosas nasales. Inspiro varias veces y cierro los ojos, dejando que cada partícula de mi cuerpo disfrute de ese olor tan especial.

Busco *El Principito* y *Donde viven los monstruos*. A mis sobrinos les encantarán, estoy segura. Pido que me los envuelvan, los pago y, con la bolsa en la mano, salgo a la calle. El trasiego de la avenida me golpea la cara y el ruido de las bocinas de los coches me hace pensar que algo ha ocurrido en medio de la carretera. Los cuatro carriles están ahora colapsados.

Comienzo a caminar, sin llegar a conseguir dar un paso. Una mano me agarra del codo, me gira, empuja mi cuerpo y me apoya contra la fachada de la librería. Contengo la respiración, tratando de que su olor no cale hondo en mí. No sirve de nada. Cierro los ojos, pero puedo notar el calor de su aliento sobre mis labios. Sus manos no me tocan, sin embargo, las siento muy cerca de mis costados.

—Mírame —ordena con voz tosca y sensual, pero le ignoro. Me da miedo que pueda leer a través de mis ojos lo que ha pasado en París con Álvaro. Al ver que no lo hago, coge mi barbilla con una mano y la levanta, conectando nuestras miradas. Estoy perdida. El mar sempiterno de los ojos de Alejandro me atrapa—. Te he olido en el café. Tu aroma es infinitamente más seductor que el del pan recién horneado.

No contesto. Me ha dejado sin palabras.

«Y sin bragas».

Qué fácil soy cuando se trata de él.

—No sabía cuándo volvería a tenerte así de cerca —sigue.

—Deja que me vaya —balbuceo—. Fernando está a punto de llegar —le aviso.

—Me importa una mierda tu hermano.

—Lo sé, lo demostraste robándole su empresa más querida —escupo dolida. Me atraviesa con la mirada y calla. Apoya sus grandes manos sobre mi cintura y aprieta con fuerza. Mi cuerpo se rebela y mi parte más íntima comienza a palpar. Respiro hondo y cierro los ojos—. Si no me sueltas, gritaré —digo muy poco convencida. En realidad, me gustaría gritar encima de él, o debajo o... donde él quiera.

—Ven conmigo —ruega, pegando su pelvis a la mía, completamente excitado.

—Hemos terminado —encuentro fuerzas donde no sabía que las tuviera, le empujo, lo aparto y me giro. Me coge por la cintura y pega su pecho a mi espalda.

—No voy a dejar que desaparezcas de mi vida —susurra junto a mi oído. Baja los labios hasta mis hombros, aparta el abrigo y me da un corto, pero intenso, beso sobre los hombros. Mi piel arde—. Nos veremos pronto.

—No lo creo.

Me suelta y salgo disparada sin mirar atrás. Si lo hago, caeré en sus redes. Redes de la perversión e infinitamente placenteras. En ellas, se puede

tener un orgasmo detrás de otro; en ellas, te espera Alejandro, completamente desnudo, dispuesto a hacerte feliz y a darte todo el placer que quieras...

«Por ahí no vamos bien».

Ni que lo digas.

Mi subconsciente y un claxon me sacan de mi ensimismamiento. Cruzo la calle, embotada de coches parados en fila, y me doy cuenta de cuál es el motivo de que los cuatros carriles se hayan convertido en un embudo del que está siendo difícil salir para los conductores: el coche de Alejandro está parado en medio de la calle, de cualquier manera, y un tráiler obstaculiza el poco espacio que queda. Miro hacia donde se encuentra, me clava la mirada un instante y después sube al *BMW*, haciendo caso omiso al follón que ha montado en una de las avenidas más concurridas de la ciudad. La policía aparece justo cuando el tráfico y los latidos de mi corazón vuelven a normalizarse.

La verja del chalet de Fernando se abre y entramos en la propiedad. Es inmensa. El terreno que lo rodea puede ser la mitad de un campo de fútbol. El chófer aparca el coche junto a la puerta y bajamos de él sin prisas. Héctor se hace cargo de mi maleta y se dispone a llevarla dentro, pero Fernando se despide de él hasta mañana y se encarga de mi pequeño equipaje. Entramos en la casa y, antes de cerrar la puerta, una niña, convertida en ciclón, corre hacia nosotros como alma que lleva el diablo.

—¡Papiiiiiiii! —salta sobre él y se tira a sus brazos. Fernando la abraza y la besa. Su pelito rubio rizado danza al compás de sus movimientos.

—Hola angelito. Mira quién ha venido a verte.

La niña se gira y levanta los brazos en mi dirección.

—Titaaaa —la cojo y me besa. Sonrío—. El *zatón Pedez* me ha *taido* una montaña de *chuchez*—gesticula con los brazos a la vez que sonrío y me doy cuenta de que le falta otro diente, esta vez de la hilera inferior—. A *Ozcad zólo ze* le ha caído uno. ¡Voy ganando yo! Y mami no me deja *pelaz patataz*. Ven, *vamoz* y le *decimoz* que *zí* que puedo —me saca otra sonrisa. Es increíble cómo cambia de un tema a otro sin parar. Miro a Fernando, quien también nos sonrío radiante, y caminamos hasta la cocina. Ana, su mujer, nos ve llegar. Sus ojos desprenden amor y dulzura.

—Hola, cariño. Dijiste que sólo tardarías un par de horas —reprende a su marido, justo antes de darle un cálido beso en los labios—. Hola, Dani.



Me alegro de volver a verte —nos damos un afectuoso abrazo.

—Tengo que dejaros. Estaré en el despacho —dice Fernando, mirándome—. Ven cuando puedas, tenemos que hablar sobre algo importante.

—Tita, *dizelo* —corta Carmen a su padre. Éste desaparece, dejándonos solas a las tres—. Dile a mami que *zoy mayod pada pelad patataz* —enfurruña el entrecejo, molesta.

—Lleva pidiéndomelo toda la semana. Va a volverme loca —contesta Ana resignada.

—Traigo un regalo para ti —la distraigo con éxito. La dejo en el suelo y observo la enorme sonrisa que cruza la cara de mi interesada sobrina.

—¿Qué *ez?* ¿Qué *ez?* ¿Qué *ez?* —pega saltitos entre pregunta y pregunta. Es puro nervio. Saco el libro de la bolsa, *El Principito*. Me agacho, poniéndome a su altura, y se lo doy. Nerviosa, rompe el papel en pocos segundos—. ¡Un libro, mami! —levanta el brazo, enseñándoselo—. Yo *zé* leer —dice ilusionada.

—Llama a Óscar. Traigo otro para él —le guiño un ojo a la pequeña.

—Él no *zabe* aún. *Todoz* dicen que le *cuezta maz* que a mí *apended* —la niña sabionda se cruza de brazos. Miro a mi cuñada con cara de circunstancia y ésta me devuelve el gesto.

—Ve a buscar a tu hermano. Dile que la tía Dani tiene un regalo para él —Carmen cruza el enorme salón corriendo, dando saltos y llamando a gritos a su gemelo.

—Es un manojito de nervios —apunto.

—No podemos hablar de nada delante de ella. Se entera de todo.

—Es una niña maravillosa... y muy lista.

—Y muy testaruda —termina mi cuñada. Las dos sonreímos. Sabemos perfectamente a quién ha salido.

Hablamos de mi trabajo y de su decisión de dejar su carrera profesional para cuidar de sus hijos y de su marido. No la critico, pero yo no sería capaz de abandonar nada por nadie y soy sincera con ella.

—Cuando amas de verdad, no sólo dejarías todo por esas personas. Serías capaz de dar tu vida por ellos. No importa nada más. Sólo su felicidad.

Sus palabras calan hondo en mí y me hacen recodar una parte de mi vida que me gustaría olvidar. Un día lo dejé todo por una persona. Por él, por Álvaro, dejé de ser yo para convertirme en otra persona. Dejé de ser yo para

desaparecer, mientras intentaba salvarlo a él. Sí, sé lo que es dejarlo todo por alguien. Y sé lo que es que esa persona te traicione y te abandone cuando más lo necesitas.

—¿Te encuentras bien?

¿Qué? Miro hacia arriba y me doy cuenta. Me he debido de perder en el laberinto de mis pensamientos y he dejado el grifo abierto. Lo cierro y sonrío. Oscar y Carmen entran en la cocina corriendo y discutiendo.

—¡He llegado yo *pimezo*! —grita triunfal mi sobrino.

—¡*Tampo*! Me *haz* empujado y no *haz* contado *hazta tez*. ¡*Teníaz* que *contaz hazta tez*! —responde, como un demonio, la niña.

—Tranquilizaos. No pasa nada —media su madre.

Los niños se retan con la mirada.

Me acerco a Óscar, le doy un beso en la mejilla y le entrego el libro envuelto en papel de diferentes colores.

—Él no *zabe leed*. ¡No *zabe* haced nada! —Carmen no deja de picar a su hermano. Éste coge el regalo y le replica:

—¡Te he ganado!

La niña empieza a llorar. Ana la coge en brazos, agarra a Óscar de los hombros y desaparece, pidiéndome disculpas. Va a tranquilizarlos al dormitorio. Cinco minutos después, mi sobrina aparece con dos velas de mocos asomando por la nariz. Se la limpia con la manga de la sudadera de *Mayoral* y con la lengua chupa el resto. No puedo hacer más que sonreír.

—He *pometido* que dejaba de *llozaz* si me dejaba vez una peli —me dice aún con el corazón un poco encogido. Se me parte el corazón verla así. Sé perfectamente qué película vamos a ver—. Me pido Ana, tú eres Fozen.

Llamo al despacho de Fernando y abro después de que me dé permiso. Me indica que pase con la mano, mientras ordena a alguien por teléfono que prepare documentación y reuniones para el lunes a primera hora. Me acomodo en la misma silla en la que me senté cuando me hizo partícipe de lo que realmente estaba ocurriendo con Alejandro, de por qué se había acercado a mí y qué es lo que pretendía. Puedo ver todas las fotos que me enseñó esparcidas sobre la mesa, como si estuviera ocurriendo en este momento.

—Dani... Dani... —Fernando me llama y vuelvo de mi mundo de dolor y fantasía. Le miro y sonrío—. No pensaba contarte nada... Ese era el

plan y así estaba establecido. Sin embargo... ha habido algunos problemas y no tengo más remedio. No te asustes ni te preocupes de nada —las palabras justas para asustarte y preocuparte—. Necesito que sepas algo —saca un sobre del cajón de la mesa y las manos me comienzan a temblar. La última vez que hizo ese gesto no fue para nada bueno. Lo deposita sobre la madera frente a mí—. Mamá y papá dejaron esto para ti.

## SIEMPRE HAY ALGO MÁS

La sangre se me hiela en las venas y el despacho de Fernando comienza a dar vueltas alrededor de mí. Me esperaba cualquier cosa menos esto. Inspiro y expiro, tratando de no marearme y caer redonda al suelo.

—Dani, tranquilízate —Fernando se acerca y me da la mano—. Necesito que firmes unos documentos para poder entregarte la última voluntad de nuestros padres.

Sigo sin entender nada.

—¿Qué... qué quieres decir? —consigo mascullar. Fernando se levanta, abre un mueble que parece ser un frigorífico escondido y me acerca una botella de agua fría.

—Bebe. Ahora te lo explico todo.

Después de cinco minutos, en los que sólo ha conseguido ponerme más nerviosa hablando sobre números e inversiones, le pido que me hable como a los niños pequeños porque no me estoy enterando de nada.

—Mamá y papá dejaron esto para ti al albacea de nuestra herencia. Yo me hice cargo en cuanto tuve la oportunidad. No puedo dártelo hasta el día de tu treinta cumpleaños, pero necesito que firmes varios documentos para tenerlo preparado para entonces.

Sigo sin entender nada.

—¿Y no vas a decirme qué es? —pregunto incrédula.

—Mamá y papá lo quisieron así. Lo sabrás dentro de dos semanas —me entrega la documentación y me dice dónde firmar. Lo hago, quiero terminar con esto pronto. Es duro admitirlo, pero recordarlos duele demasiado. Dejo el bolígrafo sobre la mesa y resoplo.

—Estoy orgulloso de ti. Ellos también lo estarían —Fernando me

mira y yo hago lo mismo. Trato de aguantar el llanto, pero un par de lágrimas brotan de mis ojos.

—Yo no estoy tan segura —bufo.

—Por supuesto que sí. Te has convertido en una gran mujer, independiente y trabajadora —se agacha frente a mí y une nuestras manos.

—Lo siento —digo sincera, desde lo más profundo de mi corazón. Veo la cara de confusión de mi hermano.

—No tienes por qué —seca una de mis lágrimas.

—Siento que perdieras *CIRP*... Fue por mi culpa —hipo. A él le cambia el semblante, aunque intenta ocultarlo.

—Tú no tuviste nada que ver —baja la mirada.

—Sabes que sí. Si no me hubiera dejado engañar por Alejandro...

—Dani, no ha sido culpa tuya. Lo ha sido de él. Es una mala persona que manipula a su antojo a las personas, juega con ellas, con sus vidas y su dinero. No me arrepiento de habérsela vendido. Jamás me hubiese perdonado que te hubiera pasado algo malo. Eres de las personas más importantes de mi vida, quiero que estés bien y que seas feliz.

Rompo en un llanto demoledor y lo abrazo. Un centenar de sentimientos encontrados explotan en mi interior. El recuerdo de mis padres, saber que estarían orgullosos de mí, escuchar que Fernando también lo está... Deshacerme del sentimiento de culpa por la pérdida de *CIRP* y, por supuesto, escuchar de la boca de otra persona, una persona que me importa y a la que admiro, que Alejandro no es la persona que yo creía que era y de la que me enamoré, sino más bien una especie de monstruo de las finanzas al que no le importa pasar por encima de la gente y aplastarlas como hormigas. Pero eso ya lo sabía.

—Hay algo más —se separa de mí para poder mirarme a los ojos. Me limpio las lágrimas con las mangas del chaleco gris de lana fina y me dispongo a escuchar lo que quiera decir. Mi yo valiente está sentado a mi lado—. Le he investigado. Estuvo involucrado en la muerte de un amigo.

No puedo ocultar mi cara de estupefacción.

—¿De qué... estás hablando?

—No pudieron imputarlo, pero, por favor, prométeme que no volverás a acercarte a él —me ruega—. Todo sucedió en circunstancias muy extrañas.

Asiento con la cabeza sin poder parar de llorar. Fernando vuelve a

abrazarme y me da un beso en la cabeza. Deja que me tranquilice un poco y dice:

—Vamos a comer. Ana ha preparado un postre muy especial.

Mi cuñada preparó tarta de *Nocilla* con galletas, nata y pasta brisa refrigerada. Tuve que pelearme con mis sobrinos por el último trozo. Gané yo, sin embargo, me salió caro. Tuve que prometerles que les llevaría un día al Parque Warner. Justo después de comer, le mandé un mensaje a Sara informándole de dónde me encontraba y que no tenía que preocuparse por mí. Me prometió que estaría bien y que no pasaría el día sola. Roberto y Sofía irían a casa sobre las siete.

La tarde del sábado la pasé jugando a la *Wii*, tirada sobre la alfombra de la habitación de juegos y tomando limonada. Dormí en una especie de tienda de campaña rosa y colchón de dos centímetros de grosor. Cuando me levanté el domingo por la mañana, parecía que la espalda me la habían partido en dos. Declinando la oferta de mi cuñada de un café con leche (a mi cuerpo no le apetece), desayuné zumo de naranja natural y bollos recién horneados. Les di las gracias por todo y me despedí de Ana y Fernando, prometiéndole a éste que cumpliría mi palabra y jamás volvería a acercarme a Alejandro. Le pedí a Héctor que me trajera de vuelta a la ciudad y ahora, cuando son las doce en punto de la mañana, subo en el ascensor de mi apartamento con energías renovadas y las ideas más claras que nunca. No volver a acercarme a Alejandro. Hablar con Álvaro sobre lo que está ocurriendo en la galería y dejar de trabajar para él lo antes posible. Mudarme a Barcelona después del día de Reyes y, lo más importante, hacer partícipe a Sara de mi decisión. Sé que le afectará y que no estará de acuerdo con ella, pero necesito que entienda que alejarme de esta ciudad durante un tiempo es la mejor decisión que puedo tomar.

Abro la puerta, decidida a hablar con ella, y lo que me encuentro es algo normal para un domingo por la mañana en este piso, sin embargo, mi relajado cuerpo y mi recién estrenado karma no se lo esperaban. Cuento en alta voz a tres personas desnudas. Sara tumbada sobre el sofá bocarriba, abierta de piernas, y una chica pelirroja haciéndole un cunnilingus. Roberto penetra a ésta última, agarrándola fuerte por la cintura. Mi amigo no ha perdido el tiempo. Cuando le envié el mensaje pidiéndole que cuidara de Sara

no era a esto a lo que me refería.

«No sé de qué te extrañas».

Ninguno de ellos advierte mi presencia. Sólo se escuchan jadeos y respiraciones alteradas. Me niego a darme la vuelta e irme. Esta también es mi casa. Cruzo el salón con la cabeza bien alta, ignorando al trío sexual que se lo monta a plena luz del día y me meto en mi habitación, dando un fuerte portazo. No sabría decir si se han dado cuenta de mi satírica rebeldía. No puede hacer esto. Mi amiga tiene que entender que las peripecias sexuales las debe hacer en la intimidad de su dormitorio. Donde yo no las pueda presenciar en cualquier momento del día o de la noche.

Deshago la maleta, coloco la ropa, pongo a cargar el móvil en la mesita de noche y salgo al descansillo a darme una ducha. El trío sexual sigue en el salón. No les veo, pero juraría que el vecino del primer piso también sabe que se lo están montando a cuatro metros de mí. Cuando salgo, mis amigos se han mudado al dormitorio de Sara y todo está más tranquilo. Me pongo ropa cómoda, un pantalón de chándal holgado gris y una sudadera extra grande de efecto marmolado con ojos triangulares de *Mini Cream*, y salgo al maravilloso balcón de mi habitación a que me dé el sol del mediodía en la cara.

El impertinente sonido del móvil me despierta de mi improvisada siesta. Me levanto e, inmediatamente, siento molestias en el cuello. Esas sillas de hierro son incomodísimas. Miro el reloj y me doy cuenta de que me he quedado dormida durante más de una hora. Son casi las tres y media de la tarde. Llego al lado de la cama y me siento sobre el mullido colchón. Cojo el móvil y lo descuelgo sin desconectar de la corriente. No conozco el número, pero no me extraña. Puede ser una llamada relacionada con el trabajo.

—¿Diga?

No contestan. Vuelvo a preguntar y sigo sin escuchar nada al otro lado de la línea. Miro la pantalla y la llamada sigue en curso.

—¿Diga? ¿Me escuchas? —tras varios segundos sin obtener respuesta, cuelgo. Se habrán equivocado. O ya volverán a llamar.

Me tiro de espaldas en la cama y las tripas comienzan a sonar.

Incorporo mi cuerpo demasiado rápido y siento un pequeño mareo. Me recupero, pongo los pies en el suelo y salgo del dormitorio, dirección a la cocina. Necesito algo de comer. Cuando entro, Roberto está cerrando el frigorífico, desnudo de cintura para arriba con una *Coca-Cola* en la mano. A veces se me olvida lo bueno que está. Nuestras miradas se encuentran y nota mi pequeño enfado. Agacha la cabeza en un gesto imperceptible, sin embargo, yo que le conozco, me doy cuenta del sentimiento de culpa que le atraviesa.

—Lo lamento —dice seguro, sentándose en uno de los taburetes.

—¿Qué lamentas? ¿Acostarte con mi amiga después de que te dijera que la cuidaras, o que lo hagáis sin pudor en un sitio dónde yo puedo verlo? —contesto enfadada. Abro el frigorífico, cojo una botella de agua, lo cierro molesta y me vuelvo hacia él. Le clavo la mirada.

—De lo segundo —tartamudea durante un segundo. Un momento después, se recompone y dice seguro—. ¿Qué más te da con quién me acueste?

—Me importa si es con Sara. ¡Me importa si es en el salón de mi casa! —levanto la voz— ¿Qué estáis haciendo? Os estáis equivocando.

—Tiene gracia que digas eso —se levanta resentido—. Tú no tienes ni puta idea de lo que te conviene, pero tienes la osadía de dar lecciones de moral a los que te rodean —escupe.

—Vete a la mierda —digo con rabia. Doy la vuelta sobre mí misma para salir de ahí, pero me coge de la muñeca, me pone frente a él y susurra en mi cara.

—No te vas a largar sin escucharme —noto su aliento sobre mi oído—. Asumes que todas tus decisiones son correctas y los demás estamos perdidos dejándonos llevar por la marea. Sin embargo... —rodea mi cintura con la otra mano y me atrae hacia él—, sabemos muy bien lo que queremos, a dónde pretendemos llegar y cómo conseguirlo —me besa el cuello y la mandíbula—. Acaso... ¿lo tienes claro tú? —sus labios rozan, susurrantes, la comisura de los míos—. ¿Tienes las respuestas a todas las preguntas? —me besa suave, esperando mi reacción. Estoy muy enfadada con él. Por lo que ha dicho y por lo que está haciendo ahora, pero no puedo parar y le agarro del cuello, atrayéndolo hacia mí. Me agarra de los muslos, me levanta y me deja sobre la encimera. Se acomoda entre mis piernas y nos besamos, libertinos. Después de unos segundos, Roberto se aparta, me mira y sonrío triunfal. Acaba de confirmarnos con hechos la mierda de teoría que acaba de exponer.



Esa que dice que no tengo ni puta idea de lo que quiero. La sangre hierve dentro de mis venas, de un salto me pongo de pie y, sin pensarlo dos veces, le arreo una enorme bofetada. Mi amigo se lleva la mano a la cara que se ha quedado girada unos grados a la derecha del golpe. Se masajea la mejilla y vuelve a mirarme.

—No vuelvas a hacer eso jamás —aviso molesta.

—¿Demostrarte que llevo razón?

—Creí que éramos amigos.

—Eso es lo que somos, ¿no? Amigos —escupe resentido.

—¿Qué está pasando aquí? —aparece Sara, recién duchada, bajo el quicio de la puerta de la cocina. Los dos la miramos enfadados. Giro sobre mis zapatillas de deporte y desafío a mi amiga, culpable de todo lo que está pasando ahora mismo, me digo. Me pongo frente a ella y la hago partícipe de mis pensamientos.

—¡Tú! ¡Tú tienes la culpa de todo esto! —grito en su cara.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¡Sois amigos, por favor! ¿Queréis dejar de hacer lo que estáis haciendo? —los señalo a ambos.

—Y, según tú... ¿qué estamos haciendo? —pone los brazos en jarras, retadora.

—Mira —la señalo—, yo no sabré qué quiero hacer con mi vida, pero no me tiro a mi mejor amigo cada vez que quiero huir de la persona que realmente amo por miedo a que me puedan lastimar...

—¡Lo llevas haciendo años! —levanta los brazos, clamando al cielo—. Huyes de cualquier tipo de sentimiento. ¡Antes de que las cosas se pongan serias, sales corriendo en dirección contraria! —grita. Lo que dice se clava en mi corazón y reabre heridas lejanas—. Llevas razón —me sorprende—, pero ¿sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? —me reta con la mirada y yo le respondo de la misma manera. Después de unos segundos, sigue—. Que yo soy fiel a mí misma y no me escondo tras una máscara, tratando de fingir alguien que no soy —termina.

La miro dolida. Lo que acaba de decir me lastima y me hierve. No sólo porque lleva razón y duele que te griten a voces las verdades de las que huyes, sino porque lo ha dicho ella y con la sola intención de hacerme daño. Sin embargo, no la culpo. Yo he intentado hacer lo mismo.

Salgo de la cocina antes de comenzar a llorar, cojo algo del dinero que guardo en una cajita de cristal del salón para ocasiones de emergencia y salgo del piso, acelerada. Ordeno a mis lágrimas que se mantengan detrás de los ojos y que no se les ocurra salir. Es una sorpresa, pero me hacen caso. A pesar del sofocón, mi estómago ruge, quejándose. Voy al bar de la esquina, ese en el que nos sentimos como en casa y que nos saca de muchos apuros gastronómicos, y me pido un montadito de jamón y queso y una *Coca-Cola*. Me siento en una mesa junto a la ventana desde donde puedo ver nuestro portal. No suelo ser muy observadora, mi yo despistado siempre se superpone a todo lo demás, sin embargo, me doy cuenta de que un coche blanco aparca justo en la acera de enfrente de nuestro edificio y nadie sale de él. Me parece extraño y presto más atención. Me fijo en la persona que se encuentra sentada tras el volante y no puedo evitar que me resulte familiar. Lo pienso durante unos segundos mientras me fijo en sus facciones, pero no consigo saber quién es o de qué lo puedo conocer. Se abre la puerta del portal y veo salir a Roberto. El misterioso hombre del coche le mira y esconde sus ojos tras unas modernas gafas de sol estilo aviador. Éste pulsa un botón de su móvil y se lo lleva a la oreja. Ojalá supiera leer los labios. Mi yo cotilla siempre ha querido aprender. Asiente con la cabeza, cuelga, arranca y se incorpora despacio al tráfico, siguiendo la misma dirección que lleva Roberto. Me convengo de que no me estoy volviendo loca. Que ese ser misterioso no tiene nada que ver conmigo y que no es tan raro que aparcara, hablara por teléfono y luego se marchara.

Doy un pequeño paseo por el barrio y vuelvo a casa. Sara se encuentra tumbada sobre el sofá, viendo la tele. Hago caso omiso a su presencia y me escondo en mi habitación. Son las siete de la tarde de un desastroso domingo de finales del mes de noviembre. Me tumbo sobre la cama y me tapo con el edredón hasta la cabeza. Ahora sí. Me permito llorar, resguardada por la soledad que me brinda un lugar seguro.

Sara lleva razón, pero duele que te lo digan tan claro. Ella sabe quién es y vive sin perjuicios y en consecuencia. Yo aún me estoy buscando, después de perderme hace ya algunos años. Creí encontrarme y saber dónde estaba cuando conocí a Alejandro y supo darme lo que necesitaba (aunque todo fuera mentira). Ese es el problema. Que deseo tanto dejar de tener miedo que no dejo de tenerlo. Deseo tanto dejar de auto compadecerme que no lo

consigo. Me quedo dormida sumida en mis pensamientos.

Toc, toc. Llaman a la puerta y abren. Saco la cabeza de mi escondrijo. Parpadeo varias veces y, después de unos breves segundos, enfoco la cara de Sara en medio de la habitación.

—¿Podemos hablar? —pregunta solícita.

Me siento sobre la cama y apoyo la espalda en el cabecero. Froto mis ojos con las manos y me recojo el pelo en una coleta con una goma negra que llevo casi siempre en la muñeca. Veo el corazón de la pulsera que mi madre me regaló y recuerdo una de sus frases al entregármela, hace casi catorce años: «No dudes de las personas que te aman. Recuerda que querrán lo mejor para ti y agradece que, aunque a veces duela, siempre te digan la verdad. El amor aparece y nos acompaña de diferentes maneras. Aprecia todas y cada una de ellas».

—Lo siento —Sara se sienta en el borde de la cama y me coge de la mano.

—No lo hagas. Llevas razón —la miro y me devuelve el gesto, conmovida—. No sé quién soy —sigo—. Soy yo la que va a la deriva... Creí haber encontrado un puerto seguro... —gimoteo—. Y volví a equivocarme.

—Tú no tienes la culpa de que Alejandro sea un malnacido — responde dura.

—No. Tengo la culpa de creer que él me puede salvar y en realidad... —una lágrima rueda por mi mejilla—, soy la única que puede hacerlo.

Sara la seca y me acaricia la piel, antes mojada, en un gesto de cariño. Nos abrazamos con ternura y afecto. Hablamos durante más de una hora hasta que decidimos salir a hacer la cena. Me pide perdón por el espectáculo pornográfico de esta mañana y me promete que no tendré que volver a presenciarlo. Le hago entender que no me importa lo que haga con su vida sexual, pero que es muy incómodo llegar a casa y encontrarme con esas escenas. Que, por favor, lo haga en la intimidad de su habitación, o donde yo no pueda verlo.

Preparamos arroz con pollo, verduras y salsa de soja. Cortamos cebolla, pimiento rojo, pimiento verde, pepino, apio, calabacín y zanahoria, y rehogamos en un *wok*. Hacemos lo mismo con el pollo cortado a tiras y lo

salpimentamos al gusto. Echamos medio vaso de salsa de soja sobre el sofrito y esperamos a que la carne cambie de color. Lo servimos junto a una montaña de arroz blanco que hemos cocido mientras cocinábamos lo demás. Lo comemos sentadas sobre la alfombra del salón, viendo un programa de variedades, en silencio. Sólo lo rompemos con alguna que otra sonrisa. Como siempre, los silencios entre nosotras no son incómodos ni inesperados. Nos recuerdan que somos familia y que no necesitamos mantener una conversación trascendental para entendernos.

El teléfono, el lunes por la mañana, suena demasiado temprano para estar disfrutando de unas mini impuestas vacaciones. Lo apago de un manotazo y sale rodando por la habitación. Me tapo la cabeza con la almohada y, maldita sea mi suerte, vuelve a sonar. Me levanto a regañadientes y me agacho a recogerlo en la esquina hasta la que ha llegado. Descuelgo.

—Buenos días, Dani —Berta saluda desde el otro lado, demasiado despierta y entusiasta. Miro el reloj, intrigada, y compruebo que son las ocho menos cuarto de la mañana—. Lamento tener que molestarte tan temprano —se disculpa—. El señor Llorens te ha estado llamando y no ha conseguido contactar contigo.

¿El señor Llorens? No recuerdo haber visto ninguna llamada perdida de Álvaro.

—Necesita que empieces a trabajar hoy mismo —¿Qué? Adiós a mis vacaciones.

«Qué pena. Con los grandes planes que nos esperaban. Bye, byeMaldivas», contesta irónico mi siempre presente subconsciente.

—Dani... ¿estás ahí? —me doy cuenta de que todavía no he dicho ni una palabra.

—Sí. Perdona. Aún estoy dormida.

—Oh, lo siento. No podía esperar. Álvaro necesita que estés en las nuevas oficinas dentro de una hora.

—Está bien, no te preocupes. ¿Dónde están?

—Te envió la dirección en un mensaje —se escucha un gran estruendo detrás de la línea.

—Berta, ¿estás bien? —pi pi pipi.

Miro la pantalla del teléfono, preocupada. Espero que no le haya

pasado nada. Intento llamarla, pero comunica constantemente. Me doy cuenta de que hay reflejadas tres llamadas perdidas de Álvaro. Todas realizadas desde las siete a las siete y media de la mañana. Debía de estar profundamente dormida.

Me doy una ducha rápida. Me pongo un vestido de manga larga y cuello alto con falda de cuero abierta en una pierna hasta el muslo y me recojo el pelo en una cola alta, después de despeinarme con cuidado. Pinto mis labios con el rojo intenso de *Ruby Woo* de *MAC*, los ojos con el *eyeliner* negro, sin entretenerme a sombrearlos, y un poco de colorete en los pómulos. Abro el armario y busco mi chaqueta jaspeada de lana de *New Look* que tengo guardada desde la primavera pasada, y un bolso negro. Meto en él la cartera, la agenda, las llaves, la barra de labios, un paquete de toallitas, otro de pañuelos de papel y el cepillo de dientes de viaje. Busco el móvil, que dejé sobre la cama, y abro la aplicación de *WhatsApp* para ver el mensaje de Berta indicándome la dirección donde, a partir de ahora, se ubicará la galería y nuestro nuevo puesto de trabajo.

Me quedo de piedra.

Esto no puede estar pasando.

Debe de ser una broma. Una muy pesada y de muy mal gusto.

«Mierda».

Mierda.

Mierda.

Leo otra vez: «Torre de Cristal. Piso 212».

## TORRES QUE LLEGAN AL CIELO

Levanto la cabeza y la imponente construcción que tengo ante mí se levanta majestuosa. Es el edificio más elegante y moderno de toda la ciudad. Meto las manos en los bolsillos del abrigo para que dejen de temblar y me digo a mí misma que puedo hacerlo. Me animo recordándome que soy una mujer madura y responsable, que vengo a hacer mi trabajo y nada ni nadie puede cambiar eso. Inspiro y expiro varias veces y el vaho sale de mi boca, mostrando que hace frío y que es hora de entrar y dejar mis miedos aparcados en la puerta. Las plantas aquí son enormes y muchas empresas se ubican en cada una de ellas. Tal vez la galería se encuentre alejada de *MKD* y del despacho de Alejandro. Tal vez esté en un universo paralelo. Tal vez no me lo encuentre ninguna mañana. Tal vez se haya mudado a otro país. Tal vez esto sea una pesadilla.

«Tal vez estés loca y lo estés imaginando todo».

No tendré tanta suerte.

Doy mi nombre al personal de seguridad y me dejan pasar sin hacerme ninguna pregunta inesperada ni poner pegas, como la última vez. Esa vez en la que dije que era la novia de Alejandro Fernández para que me dejaran entrar. Y no mentía. Me deprimó.

Subo en una de las lanzaderas que en menos de un minuto me lleva a mi destino. No ha parado en ninguna planta. Ha subido directa hasta aquí sólo conmigo de pasajera. Nada más abrirse las compuertas, me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Las letras *MKD*, grises y grandes, me saludan a mi llegada. Mierda. No estaba segura, pero tenía mis dudas. Toda la planta es suya. No la comparte con ninguna otra empresa. No sé de qué me sorprende. Es dueño y señor de todo lo que me rodea. Lo majestuoso y elegante del lugar me pone los pelos de punta. El suelo de mármol gris y el mobiliario de acero casan perfectamente con su propietario. Masculino y sensual. Me giro sobre mis *peep toes* de diez centímetros, rojos, a juego con mis labios, y

camino buscando a alguien que me ayude.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla? —me encuentro con la rubia número uno que me atendió hace apenas diez días.

—Buenos días, soy Daniel Sánchez. Estoy buscando a Álvaro Llorens —contesto educada.

—El señor Llorens le está esperando en su despacho. Acompáñeme —se levanta. Coge un *iPad* de última generación y un teléfono móvil, y camina delante de mí. Debe medir un metro ochenta. Lleva un vestido *nude* estrecho, con cuello barco, y unos zapatos de tacón del mismo color. El pelo, recogido en un sofisticado y elegante moño.

Afortunadamente, vamos en dirección opuesta al despacho de Alejandro. Dejamos atrás un largo pasillo acristalado por ambos lados desde donde se pueden apreciar las grandes salas contiguas. Paramos justo al final: un espacio abierto sin muebles, flanqueado por cuatro puertas. La rubia número uno llama a una de ellas y, tras escuchar un seguro «pasa», la abre, quedándose a un lado. Me indica que pase. Lo hago y ésta cierra tras de mí. Levanto la cabeza y me encuentro con su mirada. No muestra ningún estado de ánimo. Está sentado tras una gran mesa de metal al fondo del inmenso despacho.

—Buenos días —digo perdida y nerviosa. Se levanta y pulsa un botón.

—Victoria, trae un café solo y un capuchino con doble de azúcar —le habla al teléfono en voz alta sin desconectar nuestras miradas. Cuelga—. Espero que sigas tomando lo mismo —sigo sin descifrar su estado de ánimo.

—Sí —asiento con la cabeza, avergonzada. No entiendo qué me pasa —. Gracias.

—Siento acortar tu fin de semana. Espero que no tuvieras planes —rodea la mesa y se sienta sobre ésta, delante de mí. La chaqueta del impoluto traje azul oscuro que lleva se le pega al cuerpo como un guante.

—No te preocupes. He podido cancelar mi viaje relámpago a las Islas Phi Phi —ironizo. Sí, lo he dicho en voz alta. Mis grandes planes consistían en dormir y... dormir. Su mirada busca la mía. Sus ojos negros me atraviesan, pero los aparto, tratando de escapar de ellos. Se levanta como si se hubiera acordado de algo importante y acorta la distancia que nos separa. Vuelvo a mirarlo, suplicante. Quiero que pare.

—Acompáñame —mira el reloj—. Deben de estar a punto de llegar.

Sale del despacho y le sigo. Caminamos por el pasillo y giramos en uno

que encontramos a la derecha. Esto es un laberinto. No tuve la oportunidad de conocerlo la primera y única vez que estuve aquí. Esa vez que salí corriendo al conocer la noticia de que Marina de la Rosa era la prometida de Alejandro. Álvaro empuja una puerta de madera de doble hoja y ante nosotros se abre una enorme sala.

—Aquí almacenaremos las obras hasta que sean trasladadas a París — se gira y me mira. Ve mi cara de confusión—. No las expondremos por ahora. Te he llamado porque necesito que hables con algunos de los artistas. Tú los conoces en persona, te has relacionado asiduamente con ellos, sabes... tratarlos. Tienes que hacerles entender que esta es la mejor decisión. Déjales claro que la galería es mía. No les estamos pidiendo permiso. Si alguno de ellos no está de acuerdo, pueden rescindir el contrato y cortar toda relación con *D'Arte*. No tomaremos represalias.

—Puedes perder mucho dinero con esta decisión —digo segura de ello. No lo entiendo. No me hago a la idea de lo que está pasando.

—Aunque no lo creas, me importa una mierda el dinero —responde dolido. Sabe lo que ahora pienso de él—. Sólo me interesa la seguridad. *MKD* se hará cargo de ella a partir de ahora.

—Podías haber protegido con más empeño la galería. Contratar seguridad y cambiar los códigos. Incluso reemplazar el sistema de alarma por alguno más complejo. Esto no hacía falta —me atrevo a dar mi opinión. Aparta la mirada, la clava en el suelo, vuelve a prestarme atención y acorta un paso nuestra distancia.

—No es la seguridad de la exposición lo que me preocupa. Estoy confundida. Entonces, ¿qué le inquieta?

—Señor Llorens, la empresa de mudanzas ha llegado —interrumpe Victoria. La rubia secretaria número uno. Debe de ser la recepcionista. Pasa y deja los cafés sobre una mesa auxiliar, junto a la puerta.

—Está bien, que suban —le ordena y ésta desaparece, tras un gesto afirmativo de la cabeza—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Acompaña las obras hasta que estén todas almacenadas y etiquetadas. Victoria te ayudará. Berta debe estar a punto de llegar —camina otro paso hasta mí. Un escaso metro nos separa. Puedo notar cómo el ambiente cambia y se calienta justo antes de que vuelva a hablar—. Lo que pasó en París no significó nada para ti.

Levanto la mirada, buscando una explicación. Eso ha sido un golpe



bajo.

—No te atrevas a especular sobre mis sentimientos.

—¿Vas a decírselo? —pregunta susurrante. No contesto. Me pilla fuera de juego—. Nos odiaría a los dos —da otro paso en mi dirección—, pero podría soportarlo. Sería un precio justo por tenerte y que volvieras a ser mía. Estaría dispuesto a perder a mi hermano, si con eso te gano a ti.

—Alejandro no tiene nada que ver con lo nuestro. Te querría aunque él no existiera, pero también siento que no podría volver a confiar en ti. Nada es posible entre tú y yo, independientemente de cuánto ame a tu hermano.

—No me hables de imposibles. No sabes lo que me ha costado mantenerme alejado de ti durante todos estos años—calla de repente, como si hubiera dicho algo que no debiera—. Tengo que irme —cambia de tercio—. Victoria te enseñará los nuevos despachos. Puedes pedirle cualquier cosa. Tiene órdenes de que te atienda —desaparece tras la puerta, a gran velocidad.

Me tomo el café capuchino de un trago e indico a la empresa de mudanzas dónde tienen que dejar cada pieza. A las dos de la tarde aún no han terminado de subirlo todo. Ahora, el inmenso salón no parece tan grande. He dejado varios pasillos estrechos para poder llegar a cada obra sin necesidad de apartar nada. No sé si en algún momento vamos a necesitar alguna de ellas.

—Señora, este es el último paquete —me informa un señor, señalando lo que dos de sus compañeros llevan en brazos y depositan sobre el suelo. Se acerca a mí y me ofrece unos papeles—. Esto es para usted —los cojo—. Y necesito que firme aquí y aquí —leo el documento y firmo donde me indica. Los tres trabajadores desaparecen, dejándome completamente sola y rodeada de unas cien obras de arte perfectamente empaquetadas y etiquetadas. Todas ellas valoradas en varios millones de euros. Este edificio debe ser el más seguro de Madrid si Álvaro ha decidido almacenarlas aquí.

—Lo es —escucho su voz a mi espalda. Debía estar pensando en voz alta. Su olor, a menta, a champú, a limpio... a testosterona pura... me eriza todos los vellos de la piel y acelera mi corazón, calentando todo mi cuerpo. No lo puedo controlar. Dejé de intentarlo hace tiempo. Es una reacción automática a su presencia. Me giro y encuentro lo que esperaba. A un imponente Alejandro, a un dios griego vestido con un impresionante traje de chaqueta de dos piezas negro de *Armani*, con corbata del mismo color, sobre una camisa blanca de *Hermès*, perfectamente planchada y pegada a su piel. El

pelo moreno, estudiadamente despeinado y la barba de dos días, rodeando esos mullidos labios por lo que ya estoy perdiendo la razón.

«Y las bragas».

Joder. Y sólo llevo con él tres segundos, ¡y no he dicho ni una puta palabra!

—Estás preciosa —un atisbo de sonrisa asoma en sus labios.

Ignoro su comentario e intento salir de la habitación, pero, cuando paso por su lado, me agarra de la muñeca y me frena.

—Es difícil que escapes de mí aquí.

Le miro desafiante.

—Esto ha sido idea tuya —digo molesta. Sonríe abiertamente como respuesta. Me suelta y se pone frente a mí.

—Te dije que nos veríamos pronto —sigue—. Conseguiré que me escuches y me perdones. Conseguiré que te des cuenta de que no puedes vivir sin mí —se me cae el alma a los pies. Por dos cosas: sé que no puedo vivir sin él y, lo más importante, yo también tendría que pedirle perdón por acostarme con su hermano en París tres días después de nuestra ruptura y por no ser sincera con él desde el principio.

«No seas idiota. No le debes nada». Mi subconsciente se pone de mi parte por una vez en la vida. Cada día me asombra más.

—Eso no va a suceder —respondo segura—. No hay explicación para lo que hiciste.

Se acerca a mí y, sin tocarme, roza, con su boca, mi mandíbula. Ordeno a mi indomable cuerpo que se rebele y se aparte, pero, como siempre... ¡no me hace caso! Estoy muy enfadada con él.

—Podría tenerte aquí y ahora... Los dos lo sabemos... —susurra con voz áspera y sexi. Acaricia, con sus labios, los míos, sin llegar a besarme. Sí, es cierto, pero no voy a decírselo. Tras unos segundos, me aparto.

—¿Me quieres? —pregunto con miedo. No soportaría que dijera que no.

—Más que a nada —contesta sintiéndolo, pero confundido por mi pregunta.

—Pues acepta mi decisión. Fuiste tú el que me empujó y nos dejó donde estamos ahora. Si tengo que trabajar aquí, necesito que me prometas que me tratarás como a otra persona más y que no intentarás convencerme de nada —termino sin tartamudear. Me aplaudo con fuerza. Me siento orgullosa.

Da un paso, volviendo a acortar demasiado nuestras distancias. Levanto la mano y le paro. Le miro. ¿Se está divirtiendo?—. Tampoco puedes invadir mi espacio personal. Por favor... —sé que suena a súplica—, respeta mi decisión. Haz que esto no sea más complicado de lo que realmente es para mí.

Cambia su semblante a uno mucho más serio.

—¿Y crees que no lo será para mí? Tenerte tan cerca cada día y no poder acercarme a ti. No sabes lo que me estás pidiendo.

—Lo nuestro terminó. Trátame como la responsable de la exposición. Tener que vernos es sólo un daño colateral de las decisiones sin sentido de Álvaro.

Nos retamos durante unos segundos en los que no decimos nada.

—Está bien. Como quieras —se está resignando, o tratando de hacerlo—. Sólo nos unirá una relación profesional —se acerca a mí y me asusto, sin embargo, respiro tranquila cuando levanta el brazo, ofreciéndome la mano para que la estreche. Lo hago. Uno mi mano a la suya y una corriente eléctrica, la misma que me atravesó el día que nos presentó Fernando por primera vez, en la puerta de *The Paris*, recorre mi brazo. Trato de apartarlo, pero Alejandro me agarra fuerte, sabedor de lo que estoy sintiendo, y tira, acercando su cara a la mía—. Bienvenida a la empresa, señorita Sánchez. Espero que esté a la altura de mis expectativas —susurra junto a mi oreja. Se aparta para que pueda verle la cara—. Soy el jefe —sonríe. A continuación, me suelta y se va.

Me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración cuando comienzo a marearme. Inspiro fuerte, llenando mis pulmones de oxígeno, y me siento sobre una de las dos solitarias sillas que acompañan a la mesa auxiliar sobre la que Victoria dejó los cafés esta mañana. Recupero el aliento y salgo en busca de la rubia recepcionista. La encuentro en su sitio, tras el mostrador de la entrada. Le pido que me indique cuál será, a partir de ahora, mi despacho y me acompaña hasta él. Es la puerta de enfrente de la de Álvaro. La de Berta está justo al lado de la mía. Victoria abre con llave, me la entrega, posándola sobre la palma de mi mano, y se despide, dejándome sola.

El despacho es mucho más grande que el que tenía en la galería. Sin embargo, no es eso lo que me deja sin palabras. La pared izquierda no existe. Es un cristal desde el que se ve toda la ciudad. Es impresionante. Me acerco a él y lo toco. Me encanta este lugar. Creo que, a pesar de todo, me

acostumbraría fácilmente a trabajar aquí. Si fuera en otra planta, claro. Las paredes son blancas, a juego con el mobiliario del mismo color. Sólo el sillón de cuero rojo destaca sobre lo demás.

—Hola —me saludan desde la puerta. Me giro y veo a Berta bajo el quicio—. Esto es extraordinario. Va ser divertido trabajar aquí —sonríe, mientras camino hasta llegar a ella. Yo no lo definiría como divertido. No veo la hora de que acabe la larga agonía en la que estoy segura que se va a convertir trabajar tan cerca de “el jefe”. Bufo para mí.

—¿Dónde te habías metido? Me has tenido preocupada —me fijo en que trae el brazo envuelto en una mezcla de vendas y yeso, y colgado sobre un moderno cabestrillo azul eléctrico—. ¿Qué te ha pasado?

—Tuve un pequeño accidente mientras hablaba contigo. He estado en el hospital toda la mañana—levanta el brazo para que lo vea claro.

—¿Un accidente? ¿Estás bien?

—No ha sido nada. Un coche me embistió frente a la Puerta del Sol —dice como si nada.

—¿Qué? ¿Y el otro conductor está bien?

—No lo sé —se encoge de hombros—. Supongo que sí. Se largó sin esperar a la policía. Ni siquiera salió del coche.

—¿Se fue sin comprobar si te había pasado algo? —abro los ojos, asombrada. Asiente con la cabeza—. ¿Lo has denunciado a la policía?

—Claro que sí. Tranquilízate. Tienen todos los datos y mi seguro está al tanto de todo. Te agradezco la preocupación, pero sé cuidarme sola —termina, un poco molesta.

—Lo sé. Me has asustado —me disculpo—. ¿Has comido? —miro el reloj. Marca las tres y media de la tarde. Se me ha ido el santo al cielo.

—¿Desde cuándo dan de comer en urgencias? —sonríe—. Vamos, conozco un vietnamita muy cerca de aquí.

Vietnamita no, gracias. Ya relaté una vez lo mal que lo pasamos Clara y yo después de comer en un restaurante de ese tipo. No pienso volver a repetir experiencia.

Esperamos junto al mostrador de Victoria a que el ascensor lanzadera llegue a nuestra planta. Escuchamos el pitido que avisa de su llegada y nos despedimos de la rubia recepcionista con un educado «hasta luego» Ella nos sonríe, amable. Las puertas se abren y de ellas sale una sofisticada cara conocida.

¡Mierda! Definitivamente trabajar aquí no va a ser buena idea.

## TRES, MULTITUD

Controlo las ganas que tengo de empujarla, meterla en el ascensor y cortar con una radial los cables que lo sostienen. Sería una forma efectiva de no volver a verle la cara a Marina de la Rosa. Caer desde tanta altura seguro que tiene fuertes consecuencias negativas sobre su perfecta belleza. Está bien, no creo que sobreviviera, seamos realistas, pero tampoco sería capaz de asesinarla. Imaginarlo no le hace daño a nadie.

Pasa por nuestro lado, ignorándonos por completo, y se dirige directa al despacho de Alejandro. Veo cómo desaparece por el pasillo que lleva hasta él. Aparto la mirada, encontrándome con la de Victoria. Ésta me mira incómoda. Parece que está al tanto de la relación que me unió a su jefe o, al menos, tiene una acertada sospecha. No hace tanto tiempo que casi monto un numerito delante de ella y de la rubia y perfecta secretaria número dos, ex modelo de *Victoria's Secret*. A la que, por cierto, no he tenido el placer de saludar. (Es ironía, por si no se había notado).

¡Joder!

—Dani —me interpela Berta—, tengo hambre.

Sonrío. Subo al ascensor y bajamos charlando. Bueno, ella habla. Yo ni siquiera escucho. Asiento con la cabeza de vez en cuando. Eso es todo. Estoy tratando de controlarme y no imaginar qué deben estar haciendo Marina y Alejandro en estos momentos, solos en el despacho. Soy deprimente. Me daba de hostias hasta en el cielo de la boca. Acabo de rechazarlo, de dejarle claro que jamás volveremos a tener nada y ahora me martirizo por ello. Argg. Soy un completo desastre.

Cogemos un taxi y comemos en un bar de tapas no muy lejos del *skyline*. Patatas bravas, gambas con gabardina, calamares y bacalao. De postre, yo, buñuelos de viento, y Berta, barquillos. Terminamos pasadas las

cinco de la tarde. Volvemos a las nuevas oficinas, Victoria le enseña a Berta su nuevo despacho y se despide de nosotras hasta mañana. Su jornada laboral termina a las seis de la tarde.

—Se me olvidaba —gira sobre sus tacones *nude* de diez centímetros de altura y broche dorado sobre el tobillo—. Alejandro desea verla en su despacho antes de que se marche.

Se me cae el alma a los pies. Mierda. Joder.

Dejo a Berta en la puerta del ascensor y le pido que baje ella, más tarde lo haré yo. Si consigo salir con vida de la ratonera en la que estoy a punto de entrar.

«Conformémonos con que salgas con las bragas puestas».

Pongo los ojos en blanco. Mi subconsciente siempre confiando en mí y en mis bragas.

Respiro varias veces y me animo, quitándole importancia a la situación. Tengo que acostumbrarme, si no quiero morir de una angina de pecho antes de que llegue el fin de semana. La secretaria ya se ha marchado. Llamo a la puerta y, tras escuchar que me conceden el paso, la empujo y me adentro en la estancia. Nunca había estado aquí antes. No había llegado a entrar. Es inmensa. Desde ella se ve toda la ciudad, al igual que desde el que me han asignado, pero este es el doble de grande y majestuoso. Los muebles, de acero y cristal, casan perfectamente con la lámpara que cuelga del techo. A la derecha, una mesa de reuniones, acompañada de quince sillas, ocupan gran parte del espacio. A la izquierda, varios sofás de color blanco te invitan a que te tires sobre ellos. Mmm... Y Alejandro desnudo encima.

«Despierta».

Gracias.

—¿Qué desea? —pregunto profesional. Esa es la relación que nos unirá a partir de ahora, tal y como hemos hablado. Quiero imponer una cierta distancia entre nosotros. Me muerdo los labios para no preguntarle qué coño ha estado haciendo con Marina de la Rosa. Sonríe sensual como respuesta.

—Necesito que estudies esta documentación para mañana. Me acompañarás a una reunión.

La cojo y le echo un vistazo rápido. Estoy confundida.

—Yo no trabajo para ti —le desafío con la mirada.

—Vaya... Las formalidades han durado poco.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —me disculpo, avergonzada. Lleva razón. En cuanto me he alterado un poco, he perdido la cabeza. Camina hasta la ventana y mira a través de ella.

—*MKD* ha comprado el cincuenta y un por ciento de las acciones de *D'Arte*. Además del hecho de que soy el dueño de más del sesenta por ciento de las obras que custodias en estos momentos —gira la cabeza hacia mí y camina, desafiante, hasta donde me encuentro—. Yo creo que sí trabajas para mí —mete las manos en los bolsillos de su impecable traje—. Te espero a las ocho en punto en el vestíbulo del edificio. Pediría a Carlos que fuera a recogerte, pero no quiero que puedas confundir la relación profesional que nos une —atisbo, tras su imperturbable mirada, cuánto se divierte con esto.

—Está bien —me resigno—. ¿Algo más?

—Eso es todo. Puedes marcharte. No quiero que te lleves una mala impresión de mí. Me gusta tener contentos a mis trabajadores.

Me giro y camino hacia la puerta. Justo antes de cruzarla, su masculina voz me frena en seco.

—Señorita Sánchez —me llama. Vuelvo la cabeza y le miro—. Sea puntual. No me gustaría tener que despedirla en su segundo día. Que tenga una buena tarde.

Bajo en el ascensor, preguntándome qué he hecho tan mal en esta vida para que me trate así. Cuánto he podido cagarla para que el karma me la devuelva de esta manera. Enumero las cosas buenas y malas que tiene mi nueva situación laboral. Lo único positivo que encuentro es que está remunerada, pero tengo un dinerillo ahorrado, podría sobrevivir un par de meses con eso, si no gasto demasiado. Después me mudaré a Barcelona y comenzaré de nuevo. La idea desaparece de mi mente al instante. Necesito dinero para la mudanza. Tendré que alquilar un piso, pagar la fianza, tal vez comprar algún mueble, menaje del hogar... Mierda. Desecho el plan A. Tendré que poner en práctica el plan B: venir a trabajar cada día y no morir en el intento. Esto puede convertirse en una tormenta. Álvaro en el despacho de al lado, dándome órdenes; y Alejandro en la misma planta... haciendo exactamente lo mismo. Holocausto.

El martes el despertador suena a las siete menos cuarto de la mañana. He quedado con "mi jefe" en el vestíbulo de la Torre de Cristal a las ocho en punto. Temo las consecuencias que tendría llegar dos minutos tarde. O tal vez



sea la solución a la situación en la que me encuentro. Que tomara represalias contra mi persona y me pusiera de patitas en la calle.

«Recuerda. Necesitamos dinero».

Muy cierto.

Estuve hasta la una de la mañana leyendo la documentación que Alejandro me entregó. Vamos a reunirnos con *Sunny Day*, una recién creada empresa que busca financiación. He estado investigándola. Israel, Ángel y Cristina son tres jóvenes emprendedores que, tras finalizar sus estudios, deciden embarcarse en un proyecto prometedor. El diseño, creación, exportación y venta de unas juveniles, pero sofisticadas, gafas de sol.

Saco del armario una falda de tubo negra y una blusa blanca de manga larga. Repito la chaqueta jaspeada de *New Look* que me puse ayer y calzo mis pies con unos tacones de salón negros, con medias del mismo color. Los labios rojos con la barra *Ruby Woo* de *MAC*, y un maletín de piel negro, donde meto los documentos, la cartera y el móvil.

Llego al vestíbulo y compruebo la hora en el *smartphone*. Son las ocho menos dos minutos. Decirle al taxista que acelerara (y que lo hiciera) ha merecido la pena. Miro alrededor y el trasiego de gente no me deja ver demasiado. Camino hacia una esquina y me apoyo sobre una columna. Ese olor...

—Buenos días, señorita Sánchez —dice con voz ronca. Le miro de arriba a abajo y me cercioro de que tengo la boca cerrada. Un traje de dos piezas gris oscuro con blusa blanca y corbata negra se pega a su cuerpo como si fuera una segunda piel. A su lado, la rubia número dos. La modelo de *Victoria's Secret*. Su secretaria—. Vamos, llegamos tarde.

Le sigo, recogiendo mis bragas del suelo y repitiéndome una y otra vez que no me puedo tirar encima de él. Estaría feo, además de poco profesional. Sin olvidar que me utilizó vilmente por unos cuantos millones de euros. A veces me cuesta recordarlo ante tal alarde de masculinidad y belleza.

Entramos en la limusina negra y todos y cada uno de los vellos de mi piel reaccionan ante el olor y el recuerdo. Aquí nos acostamos por primera vez. Fue un acto pervertido y sensual. Depravado, pasional. Fue

extraordinario. Carlos cierra la puerta detrás de nosotros con demasiada fuerza y me saca de mi inesperado ensimismamiento. Arranca, introduciéndose en el tráfico lentamente. Alejandro está sentado frente a mí y la modelo de *Victoria's Secret*, a mi derecha.

—Natasha —la interpela Alejandro. Hala, ya tiene nombre—, llama a Michael. A las once le quiero en el despacho. Envía un correo a Álvaro y hazle llegar la documentación de *CREATURE*. ¡Que deje de joder! Y llama a *Temaka*, reserva para dos.

¿Con quién coño va a comer hoy?

«Tranquilízate, puede ser con cualquiera. Además, no nos importa».

Sí me importa.

«No».

Vale, lo que tú digas.

—¿A qué hora, señor?

—A las dos en punto.

Natasha toma nota de todas las indicaciones velozmente en el *iPad*, mientras Alejandro contesta a una llamada telefónica.

—Quiero un nuevo análisis de mercado para esta tarde. Las cifras de *MERCI* a pequeña escala y llama a Marcus, tal vez necesitemos asesoramiento jurídico especializado —cuelga el teléfono sin decir adiós. Me siento pequeña, no debería ser así, pero no puedo evitarlo. Desde que me dio los buenos días en el vestíbulo, no hemos vuelto a cruzar palabra. Tal y como le he pedido, me está tratando como a una más—. ¿Has preparado la reunión? —me pregunta seco. Asiento con la cabeza, pero su cara me indica que quiere comprobarlo.

—Tres jóvenes emprendedores, Israel, Ángel y Cristina, graduados en Empresariales, Diseño Gráfico y Bellas Artes respectivamente, necesitan financiación para el diseño, creación, exportación y venta de unas juveniles, pero sofisticadas, gafas de sol. Supongo que estudias invertir en el proyecto. Lo que no entiendo es qué hago yo aquí. Por qué me necesitas —suelto de un tirón, demostrándole que soy una profesional y he hecho los deberes. Vale, la última frase me la debería haber ahorrado. No está bien dudar de las decisiones del jefe.

—Los diseños están basados en arte Pop. Álvaro me ha dicho que es tu especialidad —¿Álvaro ha dicho eso?—. Quiero que seas sincera y me digas si tienen salida en el mercado actual o si pueden tenerla, qué cambios realizar

o posibles errores a los que podamos poner remedio —desea que el proyecto tenga éxito.

—Cristina —refiriéndome a una de las socias— se graduó Cum Laude en Bellas Artes por la Universidad de Barcelona, además de haber realizado un Máster de Mercado del Arte en UDIMA, estoy segura de que su criterio vale tanto como el mío —contesto, sabiendo de lo que hablo. La he investigado concienzudamente.

Mira el reloj que lleva en la muñeca, imperturbable, y después de nuevo a mí. Me clava la mirada. El azul de sus ojos se ha vuelto un poco más oscuro.

—¿Alguna cosa más que creas que deba saber? —suelta seco y cortante.

Niego con la cabeza y la agacho, acobardada. Puede que me haya pasado, pero ha pedido mi opinión y se la he dado.

La siguiente media hora la paso callada, pidiéndole a la tierra que no estoy pisando que me trague y me escupa en las Islas Phi Phi, pero, como siempre, mis plegarias no son escuchadas. Alejandro habla por teléfono y Natasha escribe en el *iPad* todo lo que su jefe le va indicando.

—No estamos preparados —dice a alguien al otro lado de la línea—. No quiero excusas. Jordan no tiene ni puta idea de lo que está haciendo —termina cabreado y cuelga—. Pospón el viaje a Múnich para la semana que viene —vuelve a dirigirse a Natasha—. Y llama a Verónica. La quiero de vuelta mañana mismo.

—Señor, hemos llegado —avisa Carlos.

Entramos en un antiguo edificio de piedra a las afueras de Madrid. Alejandro sigue dándole instrucciones a su secretaria. Yo camino unos pasos por detrás de ellos. Dejamos atrás unas salas vacías y llegamos a una estancia mucho más pequeña. Un muchacho, de no más de veinticinco años, se acerca a nosotros con paso firme. Detrás de él, un chico y una chica de más o menos la misma edad. El suelo es de madera oscura y nada adorna las paredes ni el techo. La luz natural entra por las ventanas.

—Buenos días, señor Fernández. Gracias por venir —le ofrece la mano y éste se la acepta—. Soy Ángel Molina. Ellos son mis socios: Cristina Soria e Israel Bueno.

Alejandro saluda a ambos con un gesto de cabeza. Su teléfono vuelve a sonar dentro de la chaqueta, lo coge y se aparta para hablar en la intimidad. Natasha y yo nos presentamos y mantenemos una breve conversación, mientras Alejandro despide a su interlocutor. Llega hasta nosotros.

—No tengo demasiado tiempo —informa a los jóvenes y asustados emprendedores.

—Por supuesto —dice Ángel, ocultando el nerviosismo.

Durante media hora nos explican el proyecto, la financiación que necesitan para un primer lanzamiento y en qué se basaría la campaña. Nos enseñan las instalaciones y los diferentes diseños de gafas para la próxima temporada. Me gustan sus ideas, pero no llego a entender por qué a Alejandro le interesa invertir en este negocio que acaba de despegar. Nos despedimos y salimos de allí. Subimos a la limusina y volvemos a Madrid. Miro por la ventanilla y observo el tráfico de las primeras horas de la mañana. Masivo y enloquecedor. Acaricio el cuero negro con las manos y su tacto me recuerda a otros tiempos. Tiempos en los que Alejandro me ordenaba desnudarme, rompía mis bragas...

—¿Qué te ha parecido? —pregunta, interrumpiendo mis pensamientos. Se lo agradezco en silencio.

—Interesante. Es una gran idea y los diseños son simplemente perfectos. Con una buena presentación en los medios y una campaña de marketing puedes ganar mucho dinero.

—Crees que eso es lo único que me importa.

Esta conversación me parece haberla tenido ya con otra persona.

—Perdona si me he equivocado contigo. No me parece que dirijas una ONG —contesto, olvidando que no es a Alex al que tengo delante, sino a mi jefe y dueño de medio Madrid. Natasha nos mira incómoda.

Alejandro tuerce la boca en un gesto duro y perverso. Podría darme miedo, en cambio, me excita por momentos. Respiro varias veces y trato de calmarme.

Llegamos al *skyline* y paramos junto a la acera. Carlos ayuda a Natasha a bajar del coche. Me levanto dispuesta a hacerlo detrás, pero Alejandro me coge de la muñeca y tira de mí. Acerca su cara a la mía.

—Por muchas ganas que tenga de follarte, sigo siendo tu jefe. Trátame como tal o te pondré de patitas en la puta calle —y su voz es un

susurro gutural y sensual, a la vez que amenazante. El corazón se me acelera y la agitada respiración me delata. El inmenso océano de sus ojos se vuelve un poco más oscuro y me suelta. Salgo del coche temblando y, como siempre que estoy cerca de él, no es de miedo.

Cuando las puertas del ascensor se abren, nos recibe Victoria.

—Buenos días, señor Fernández. Michael ha llamado. Está en un atasco. Tiene los documentos que pidió sobre la mesa y la señorita Marina de la Rosa le está esperando en su despacho.

Me sube la bilis hasta garganta. Trago y digo:

—Si no me necesita... —trato de que no note mi cabreo y desesperación.

«Y celos».

Y eso.

Giro sobre mis bonitos zapatos y me escondo, como un mono asustado y enfadado con el mundo, en mi despacho. Cierro de un portazo y me siento tras la mesa. No entiendo por qué su ex prometida tiene que pasearse, según parece, por aquí casi todos los días. No encuentro razón para ello. Me tiro del pelo, pataleo sobre la alfombra y tiro un puñado de lápices contra la pared. Voy al baño, me refresco y vuelvo, decidida a hacer mi trabajo. Llamo a todos los artistas para informarles del nuevo destino de las obras. Les hago partícipes del carácter extraordinario y provisional de la situación y todos, algunos más que otros, están convencidos y de acuerdo con la decisión que Álvaro ha tomado. Los cito durante esta semana para que vengan a firmar el nuevo acuerdo.

Mi estómago comienza a rugir y me doy cuenta de que no he comido nada en toda la mañana. A excepción del café que me tomé a las siete y media cuando me levanté. Escucho mi móvil sonar de fondo. Logro encontrarlo dentro de un bolsillo interior del bolso. Es Sara.

—¿Qué tal se ve el mundo desde el cielo? —pregunta alegre. Anoche le conté, mientras cenábamos, dónde había estado trabajando, dónde lo haría a partir de ahora y, lo que menos le gustó, con quiénes. Al principio, saber que me codearía con Alejandro y Álvaro en el mismo edificio y, más concretamente, en la misma planta, le hizo convertirse en Shrek, pero un Shrek muy, muy enfadado. Conseguí que se calmara después de prometerle,

por todos los *Manolo Blahnik* del mundo, que sería profesional y ninguna relación que no fuera laboral me volvería a unir a ellos. Que había aprendido de mis errores. Creo que no se lo creyó. No mucho más que yo. Lo justo y necesario.

—Pues... no creas que es para tanto —le resto importancia.

—Venga ya, lo único que veo yo durante el día es una sucia pecera.

—¿Aún vive Parrazo? —un pez que le regalé hace algunos meses.

Estuvo saliendo un fin de semana con un hombre que era clavadito a él. Me refiero al pez. Lo vi en la tienda y no pude resistirme a comprarlo. Nos reímos durante días. Le pusimos de nombre su apellido.

—Y no veas cómo come —reímos—. ¿Quedamos para almorzar?

Miro el reloj. Es la una y media de la tarde.

—Vale, pero no puedo entretenerme mucho.

—Nos vemos a las dos en *Vitorino*. Tengo que colgar, mi jefe anoche tampoco folló —pi pi pipi.

Me levanto, voy al baño, me retoco los labios y le pregunto a Berta si quiere acompañarnos a comer, pero no la encuentro por ningún lado. Camino hasta el ascensor, rezando al dios de los encontronazos fortuitos que no me la juegue y me deje salir del edificio sin ningún susto ni percance. Me escucha y lo hace. Llego hasta la calle sin encontrarme con Alejandro. Miro al cielo, totalmente despejado, y me coloco las gafas de sol. Respiro varias veces y comienzo a caminar. Algo llama mi atención y giro la cabeza. La limusina de Alejandro está aparcada en la puerta con el motor en marcha. Carlos, de pie junto a ella, me ve y me saluda con un educado gesto de la cabeza. Veo salir del vestíbulo a Alex hablando alterado por teléfono. Ordeno a mi oído fino que se ponga en guardia y escucho que se despide de alguien hasta dentro de diez minutos.

¡Mierda! Recuerdo que ordenó a Natasha reservar en *Temaka* para dos. Va a comer con alguien. Pero ¿con quién? Una idea cruza mi mente y llamo a Sara antes de que mi yo racional haga acto de presencia y logre convencerme de lo contrario.



## SÍRVETE TÚ MISMA

—No puedes haber llegado todavía —dice, acelerada, tras la línea. Se escucha el pitido de los coches de fondo.

—¿Te importa si vamos a otro sitio? Me han hablado muy bien de él.

—¿Dónde está?

—Un momento —dejo la llamada en espera y busco la dirección en *Google*—. Plaza de la Independencia, número 4.

—Voy a tardar un poco en llegar. Está bastante lejos.

—Te espero en la puerta.

Nos despedimos y camino hasta la parada de taxis. Le doy la dirección y, un rato después, estoy en una de las esquinas de la plaza, escondida tras las gafas de sol y una planta enorme. Varios viandantes me miran asustados. Puedo ocultarme tras un montón de hierba, pero no puedo esconder mi nerviosismo y la cara de susto que me acompaña. Veo bajar a Sara del taxi y llegar a la puerta del restaurante. Voy a su encuentro.

—¿*Temaka*? ¿Estás loca? —abre los ojos, enfatizando la palabra "loca".

—¿Tienes algún problema?

—Lo que no tengo es dinero para pagar la cuenta.

—Yo invito —paso por su lado y no paro—. Vamos, tengo hambre.

Entramos en el restaurante y miro nerviosa a ambos lados. El establecimiento es todo lujo y elegancia. Es uno de los sitios más originales y de moda de Madrid. Un camarero se acerca hasta nosotras.

—Buenas tardes, señoritas —sonríe—. ¿Tienen reserva?

—No —dice Sara.



—Sí —digo yo al unísono. El muchacho nos mira confundido.

—En realidad no, pero hemos quedado aquí con mi... novio, Alejandro Fernández —Sara me mira aún más confusa que el maître. Yo estoy esperando a que alguien llame por teléfono al restaurante dando un aviso de bomba y salir de aquí corriendo ahora que todavía me queda dignidad.

—El señor Fernández está en la última sala. Acompañenme, les llevaré con él —se gira para comenzar a caminar. Si las miradas matasen, Sara me estaría asesinando en estos momentos.

—Prefiero no molestarle —éste para y me mira. Vamos, tú puedes. Sigue con la historia. Me animo—. Sé que está reunido —sonríó con cara de no haber roto nunca un plato—. Te estaría muy agradecida si nos dieras una mesa aparte. Él también lo agradecerá.

Tras pensarlo durante unos segundos, contesta:

—Está bien. Podemos hacer una excepción.

Es lo que tiene el nombre de Alejandro Fernández. Te abre las puertas aunque tengan clave de seguridad. Caminamos detrás de él.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —susurra Sara en mi oído, enfadada. No contesto porque no lo sé.

Llegamos a una pequeña sala donde sólo hay una mesa con cuatro sillas. Paredes negras y plateadas a juego con el poco mobiliario. Mantel gris y cubertería de plata. Nos sentamos y pedimos la bebida: una botella de vino blanco.

—Voy a pedir lo más caro de la carta. Te lo mereces —avisa enfadada.

—Sólo quiero comprobar una cosa —me excuso.

—¿Que estás loca? —sonríe cínica—. Te puedes ahorrar mucho dinero si me preguntas a mí.

La ignoro y me levanto. Doy un sorbo al vino que acaban de servirnos y me animo a mí misma. Voy hacia una de las puertas que nos separan de los demás.

—¿Adónde vas ahora? —está perdiendo la paciencia.

—Vuelvo enseguida. Ve pidiendo tú —digo sin más explicaciones.

Salgo de donde nos encontramos y camino entre las mesas. Paso un par de distinguidos salones y llego al que creo que es el último. El corazón se

me acelera y comienzo a hiperventilar. No nací para espía secreto aunque mi yo cotilla crea que sí. Asomo la cabeza por detrás de una cortina y me encuentro con lo que me temía. Marina de la Rosa acaricia el brazo de Alejandro, mientras le susurra, melosa, cerca del oído. La cara de él no denota ninguna emoción. Parece más bien absorto en sus pensamientos. Giro sobre mis pasos y llego hasta nuestra mesa. Me siento enfadada.

—¿Has encontrado lo que venías a buscar? —pregunta, irónica, mi amiga, sabedora de que la respuesta a esa pregunta es “sí, y me ha dolido”, mientras introduce, con un tenedor, comida en su boca. La ignoro y me centro en mi plato.

—¿Qué has pedido? —observo la comida que tengo delante de mí.

—No tengo ni la más remota idea —se encoge de hombros a la vez que me mira sonriente—. Le he dicho que trajera lo más caro de la carta —coge su copa, la levanta en mi dirección, brinda a mi salud y, a continuación, bebe. Pincho con el tenedor y compruebo la explosión de sabores que se mezclan en mi boca. Cierro los ojos y disfruto de la exquisita comida. El dineral que va a costar el almuerzo al menos valdrá la pena—. No entiendo por qué te empeñas en hacerte daño. Has prometido que pasarías de él.

—Me será más fácil hacerlo si compruebo con mis propios ojos lo mentiroso y cínico que es —escupo dolida—. Ayer me dice que me ama y hoy tiene una cita con esa víbora...

—¿Ayer te dijo qué? Esa información la omitiste en nuestra conversación. Esa en la que me prometiste por todos los *Manolos* del mundo que mantendrías las distancias.

—¿Sabes qué? No importa.

—Claro que no importa. Nada de lo que haga ni diga cambiará nada. Ni para mal ni para bien. Te vendió. Te utilizó para extorsionar a Fernando. Que no se te olvide.

—Es imposible olvidarlo —levanto un poco el tono de voz—, pero yo... me acosté con su hermano en París... —bajo el volumen de voz conforme avanza la frase.

—No es una buena persona, Daniel —es la segunda que me lo dice en poco días.

Agacho la cabeza y terminamos de comer en silencio. No nos bebemos la botella de vino. Inusual y una pena, pero el estado de ánimo no está para fiestas y no es plan de llegar al trabajo borrachas. Yo no puedo

perder la cabeza y Sara podría agujerearle la boca a algún paciente. Pedimos la cuenta, pero, en lugar de eso, nos traen dos cafés. Un capuchino con doble de azúcar para mí y uno solo para Sara.

—¿Los has pedido tú? —pregunto y mi amiga niega con la cabeza.

¡Mierda! Creo que he sido descubierta.

—Disculpe —mi amiga interpela al camarero—, ¿podría traer un poco de más leche? —solicita ajena a mi desespero. Seguro que piensa que tengo lo que merezco.

—Y la cuenta —le recuerdo.

—No se preocupen, corre a cargo del señor Fernández —me informa. A continuación, mira a Sara—. Ahora mismo traigo lo que ha pedido —se despide con un gesto de cabeza y desaparece. Sara sonrío de oreja a oreja.

—¿Te estás riendo de mí?

—Te lo tienes merecido —lo sabía.

—Joder. Esto está abocado al desastre.

—Ya lo sé. Date cuenta y pon remedio.

«Dile que todo terminará cuando te vayas a vivir a Barcelona».

Callo a mi subconsciente y lo olvido. No es buen momento.

Llego a la oficina pasadas las cinco de la tarde. Quedan muy pocas personas en la planta. Me despido de Victoria, que recoge para marcharse a casa. Entro en mi despacho y Berta sigue sin aparecer. No la he visto en todo el día. Le envío un mensaje preguntándole qué ha ocurrido, que no ha aparecido por la oficina hoy, y envío un par de correos electrónicos antes de apagar las luces y cerrar la puerta. Meto las llaves en el bolso y me giro para comenzar a andar. Me choco con un torso duro y torneado. Su olor me electrifica la piel y tensa cada uno de mis músculos. Es impresionante. Mi pecho roza el suyo. Ninguno de los dos dice nada. Alejandro me empuja imperceptiblemente, pero mi cuerpo, que reacciona al suyo, se da cuenta y pega la espalda a la pared. Agacha la cabeza y puedo notar su cálida respiración sobre mis labios. Se está pasando.

—¿Qué... qué estás haciendo? —consigo balbucir. Levanta una mano y la posa suave, pero decidido, sobre mi cintura. La otra la lleva a mi cuello, acariciándolo hasta agarrar mi nuca y atraerme un poco más hacia él.

—Despedirme de mi "novia" como es debido —une nuestras bocas en un beso desenfrenado. No se entretiene en lamer mis labios como siempre hace. Introduce su lengua en mi boca, sin darme tiempo a reaccionar. Sin

poder controlar mi cuerpo, no lo rechazo y, aunque mis brazos yacen lánguidos junto a mis costados, mi boca lo devora por completo. Gimo y él sonrío, con sus labios pegados a los míos. Me doy cuenta de lo débil que soy. Le empujo.

—No vuelvas a hacerlo o te denunciaré por acoso —le amenazo.

—El camarero de *Temaka* estará encantado de testificar ante el juez que somos pareja. Además, te he pagado la comida —responde con un toque de desprecio en la voz. Yo estoy que me subo por las paredes. Enfadada, molesta conmigo misma, cabreada con él... y muy, muy, muy excitada. ¡Joder! Me recompongo.

—Eso no te da derecho a besarme.

—Te besaré donde y cuando quiera, no necesito pagar ni pedir permiso para ello —contesta seguro de lo que dice. Me clava la mirada y, tras unos segundos, se va.

—Te devolveré el dinero —le digo a su espalda. No sé si ha llegado a escucharme. Me ignora por completo.

Llego al apartamento después de las ocho de la tarde. Decidí que no tenía ganas de encerrarme en casa después de lo que acababa de ocurrir en la oficina y di un pequeño paseo. Sin saber cómo, llegué al Círculo de Bellas Artes y, antes de poder planteármelo, estaba en la azotea del edificio junto a la diosa de la sabiduría, Minerva. En principio no supe por qué había llegado hasta allí. Suelo visitar este sitio dos o tres veces al mes, pero nunca había subido hasta que Alejandro me trajo. Recuerdo cómo casi me pasó desapercibida la velada porque una palabra suya despertó recuerdos que trataba de olvidar. Recuerdos que nunca han desaparecido, sin embargo, mi mente los ha intentado mantener ocultos, escondidos entre las sombras de mis pensamientos.

Cerré los ojos y pude sentir los labios de Alejandro sobre los míos. Los rocé con las yemas de los dedos y admití que era la sensación más gratificante que mi cuerpo había experimentado jamás. Sus besos son como suspiros de un corazón que trata de decirle al mundo qué grande es el amor. Escuché un ruido junto a mí y giré la cabeza. La diosa Minerva pareció cobrar vida, me miró y, solemne, me aconsejó que escuchara a mi corazón. Agité la cabeza de lado a lado varias veces, sonreí y me dije a mí misma que tal vez me estaba volviendo un poco loca.

Recordé una frase que mi padre solía decir y que yo me había repetido

en circunstancias anteriores y pensé que tal vez, sólo tal vez, sería buena idea escuchar a Alejandro y poder perdonarle. Trasládame a Barcelona sin guardarle rencor a nadie. Empezaría por mí misma y lo conseguiría siendo sincera con él. Hace mucho tiempo que debí haberlo hecho y, aunque ahora tal vez no importe, comenzaré haciendo las cosas bien.

Roberto llega a casa sobre las nueve, con una botella de *Amatista*, un vino blanco que nos encanta. Hace varios días que no hablo con él, el mismo tiempo que hace que no veo su culo, al que saludé el domingo por la mañana cuando llegué a casa y me encontré el trío sexual en el salón. Abro la puerta y le encuentro tras ella, con la botella en la mano y arrodillado teatralmente sobre el suelo.

—El dálmata me haría el hombre más feliz del mundo si lograra perdonarme —dice, refiriéndose a mí y al pijama blanco con lunares negros que llevo puesto—. Soy un imbécil y no consigo hacer bien las cosas contigo. Por favor, no dejes de quererme —pone cara de pobre desvalido. Sonrío.

—No podría hacerlo jamás —alzo las manos—. Levanta del suelo, idiota.

Se pone de pie y nos abrazamos. Sara prepara un exquisito pescado al horno con patatas panaderas que comemos sentados sobre la alfombra del salón. Roberto termina con el plato el primero y se levanta a dejarlo en el lavavajillas. A la vuelta, trae una tarrina de yogur helado. Vuelve a sentarse a mi lado y comienza a comerlo a grandes cucharadas. Sara cambia de canal sin dejar ninguno de ellos sintonizado más de diez segundos. Me tiene un poco mareada. Un documental sobre pirañas de ríos; una película de tiburones alterados genéticamente con el cerebro de Einstein; una serie inglesa; otra americana; cómo cocinar sin aceite, en un canal local de cocina; dibujos demasiados sangrientos, en otro... Decide dejarlo sintonizado en una de las principales cadenas, donde un documental explica el horror del Holocausto nazi y de los campos de concentración, donde se asesinaron con crueldad a millones de personas.

—Necesito pedirte un favor... —me dice Roberto, ansioso. Se me pasan mil cosas por la cabeza en un segundo. No me ha gustado el tono de voz. Se le ve preocupado. Le miro sin decir nada.

—Ya te ha dicho cientos de veces que no piensa acostarse contigo —rompe el silencio Sara. Los dos la miramos.

—Joder, de verdad, eres una bocazas. No me refiero a eso —contesta

Roberto. Mi amiga sonrío, se levanta y desaparece tras la cocina. Roberto me mira y vuelvo a prestarle atención—. Necesito... Don *Palometidoporelculo* —se refiere a su jefe—, me ha vuelto a insistir. Me gustaría entrevistarte para la revista.

Respiro tranquila. Si era eso, no entiendo a qué viene tanto desasosiego. Es una buena noticia.

—Claro, cuando quieras, pero...

—Eso no es todo —me corta—. A ti y a Álvaro —estudia mi reacción—. A los dos... juntos. Sé que no querrás volver a verlo pero...

—No pasa nada, trabajo con él todos los días —acostumbrada a su compañía no es la definición correcta, pero su presencia ya no produce el mismo efecto en mí. Le explico los últimos acontecimientos. El traslado al *skyline* y que la exposición ya no está abierta al público. Tal vez se replantee la idea de la entrevista.

—No importa. Podemos darle otro enfoque. Hablaremos del éxito que ha tenido en tan poco tiempo y de su traslado a París. Daremos la dirección del futuro emplazamiento en la ciudad, animaremos a nuestros lectores a viajar y propondremos, a la vez, otras visitas. A mi jefe le encantará la idea. ¿Podríamos reunirnos esta semana? La intención de la revista es que el artículo se publique en el número de diciembre —Para eso quedan pocos días.

—Llamaré a Álvaro mañana a primera hora. Si está en la ciudad, no tendrá ningún inconveniente. Sólo espero que Alejandro no me tenga entretenida todo el día —digo más alto de lo que hubiese querido. Roberto pone cara de no entender de lo que estoy hablando y me apuro a explicarle que ahora es también mi jefe y me obliga a realizar trabajos para él. No le hace gracia la idea de que esté tan cerca de esa persona, con la que casi termina a puñetazos en un par de ocasiones, pero la noticia no le parece tan mala. Por un momento, había creído que había vuelto con él.

Me voy a la cama temprano. A las once estoy tapada hasta las cejas. Hace un frío que pela y está empezando a llover. El viento se cuele por la ventana, convirtiendo el silencio en constantes silbidos. Le echo un vistazo a las redes sociales, busco en *Google* la carta del restaurante *Temaka*, multiplico varias veces en la calculadora y, tras apuntar la obscena cantidad que tengo que sacar del cajero mañana para poder devolverle a Alejandro el

dinero de la comida, pongo el despertador a las ocho menos cuarto y apago la luz de la mesilla. Ya hablaré con Sara del dineral que me va a costar las huevas de pez volador, aguacate y espárrago triguero envuelto en crujiente de huevo liofilizado y pica-pica que ha comido como almuerzo. Mi plato no parecía tan sofisticado. Qué hija de la gran puta. Me duermo escuchando gemidos en la habitación de al lado. Esa que linda con la mía cuya pared parece papel cebolla.

El despertador suena demasiado temprano. Me encantaría poder quedarme un poco más tiempo envuelta, como una croqueta, bajo el edredón. Argg. Quiero dormir más, mucho más. Apago el dichoso ruido que sale del altavoz del móvil y me doy media vuelta, ignorándolo. No quiero levantarme. El día que me queda por delante puede llegar a ser desastroso. Primero, tengo que plantarle cara a Alejandro y devolverle el dinero. Después, tengo que llamar a Álvaro, hablar con él y programar la entrevista. Sólo pensar que me pueda encontrar con los dos en la misma habitación me pone enferma. ¡Enferma! ¿Y si llamo a la oficina y le digo a Berta que estoy con un virus estomacal y no puedo ir? Puedo llamar desde aquí a Álvaro por teléfono. No es una mala idea del todo. El único fallo es la imposibilidad de entregar el dinero a Alejandro. Podría enviarlo con un mensajero, pero no creo que lo aceptara. Me lo remitiría de vuelta de inmediato. Arggg. Vuelvo a quejarme. Me levanto, me ducho, me visto y llego hasta la cocina a prepararme un café.

—Hola —saluda Roberto. Rrrrr. Gruño como respuesta—. Buenos días para ti también. ¿Una mala noche?

—No tan buena como la vuestra —abro el frigorífico y retiro la cabeza. Algo huele a podrido.

—Puedes unirme cuando quieras —contesta sonriente. Lo atravieso con la mirada—. Está bien, es broma —bebe de su café. Enjuaga la taza, la mete en el lavavajillas y me da un beso en la mejilla—. Tengo que irme. Llámame en cuanto sepas algo y concretamos el día y la hora de la entrevista —se despide y yo asiento con la cabeza. Me preparo un café rápido, nada de capuchinos, y, cuando salgo del apartamento, Sara aún está dormida. Qué suerte tiene, su horario es de persona normal.

Llego a la planta 212 a las nueve menos cuarto de la mañana. Hubiera llegado mucho antes si el maleducado que ha sacado dinero en el cajero automático delante de mí no se hubiera entretenido a insultar a alguien a través del teléfono. Saludo a Victoria y me escondo en mi despacho. Eso es

exactamente lo que hago. Esconderme. Tal vez no me encuentre nadie. Tal vez, si me localizan, pueda chocar varias veces los maravillosos *Jimmy Choo*, inspirados en los zapatos de Dorothy en *El mago de Oz*, que llevo hoy a juego con el cinturón del vestido color hueso, sobre las rodillas y con cuello asimétrico, y aparezca un camino de baldosas amarillas que me lleve directo a casa. Más concretamente, al edredón que tanto me ha costado abandonar esta mañana. Me siento y enciendo el ordenador. Miro la hora y compruebo que no es temprano para llamar a Álvaro. Debe llevar varias horas despierto.

—*Bonjour?* —contesta la inconfundible voz de Isabelle.



*¿Ménage à trois? Ni loca.*

La idea de chocar los zapatos y que me lleven de vuelta a casa resuena en mi mente cada vez más alto. ¿Por qué Isabelle contesta el teléfono de Álvaro? No olvido que es su secretaria, pero estoy llamando a su móvil personal. Ése que siempre lleva en el bolsillo de la chaqueta.

—*Bonjour* —contesto, contrariada—. *Je voudrais parler avec Álvaro, s'il vous plaît.*

—Ahora mismo no puede contestar el teléfono —sigue en francés—. ¿Desea dejarle algún recado?

—Soy Daniel, necesito hablar con él.

—Perdona, no te había reconocido —se disculpa condescendiente, la muy jodida. Claro que me ha conocido—. Le diré que has llamado en cuanto salga de la ducha—dice como si nada. Lo ha hecho a propósito. Estoy segura de que sabe algo de lo que ocurre entre Álvaro y yo.

—Gracias. Es importante —cuelgo sin esperar más respuesta.

Llaman a la puerta.

—Buenos días —Berta abre, sonriente.

—Buenos días —me obligo a devolverle el gesto—. ¿Dónde te metiste ayer?

—Me fui a casa antes de que llegaras de la reunión con el señor Fernández. Estaba un poco mareada. Creo que el golpe me lastimó el cuello —se sienta en una de las sillas que tengo delante de mí, al otro lado de la mesa.

—¿Estás mejor? Puedes irte a casa si quieres.

—Oh, no te preocupes. Estoy bien. Sólo necesito un capuchino con doble de azúcar —se levanta—. ¿Te apetece?

—Te estaría muy agradecida —sonríe. Me vendría bien el azúcar y la cafeína para lo que tengo planeado hacer ahora. Plantarle cara y devolverle el

dinero al dios griego.

—Vuelvo enseguida —sale del despacho.

Miro el correo. Todos y cada uno de ellos. Elimino el *spam* y archivo la documentación importante. Compruebo las citas de esta mañana con varios artistas para renovar los contratos y llamo a la asesoría jurídica para recordarles que me los envíen antes de las doce. Bendita agenda electrónica. No recordaba que dos de ellos vendrían hoy por la mañana. Me tomo el café camino de la sala donde hemos almacenado las obras de arte. Quiero comprobar que todo sigue en su lugar. Nada más entrar en ella, suena el teléfono móvil que llevo en la otra mano. Es Álvaro. Descuelgo, resignada. No tengo muchas ganas de hablar con él.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días. Querías hablar conmigo —es claro y directo.

—La revista *Culturalte* quiere hacernos una entrevista. Darán publicidad a la exposición en París. Será una buena oportunidad para promocionar a los artistas.

—Espera —escucho cómo habla con alguien mientras me mantiene a la espera. Me doy cuenta de que es Isabelle la que contesta. Álvaro le pide un momento y ésta le dice que se dé prisa—. Está bien —vuelve conmigo—. Concierta una reunión cuando veas oportuno.

—¿Esta tarde te vendría bien? —supongo que a Roberto no le importa que lo avise con tan poca antelación. Conociéndolo, tiene la entrevista preparada desde la primera vez que me lo dijo.

—Imposible. A las cinco tenemos reunión con la junta. Tú también tienes que asistir.

¿Qué? Eso no suena bien, pero ¿qué voy a hacer? Me resigno.

—¿Mañana por la mañana tendrías algún inconveniente? Necesito confirmar con la revista.

—Perfecto. Tengo que colgar.

Lo hace antes de que concretemos la hora, pero supongo que si no me ha dicho nada, le dará relativamente igual. Llamo a Roberto y quedo con él a las diez aquí, en la Torre de Cristal. De todas formas, se lo confirmaré esta tarde, después de ver a Álvaro en la reunión de las cinco. Cierro la puerta con llave cuando salgo de allí. Me cuesta girar la cerradura por el temblor de mis manos. He decidido que es hora de presentarme en el despacho de Alejandro

y plantarle cara. Me paso por mi despacho a coger el dinero que he guardado en el bolso. Berta me informa de la reunión de esta tarde y le doy las gracias, sin explicarle que ya estoy al tanto. Cruzo varios pasillos y paso junto a Victoria, nos saludamos y sigo caminando, ordenando, como muchas otras veces, a mis pies que no paren y salgan corriendo en dirección opuesta hacia donde me he propuesto dirigirme.

—Señorita Sánchez —dice, profesional, Natasha.

—¿Puedo ver al señor Fernández?

Pulsa un botón en un pequeño aparato negro que cuelga de su oído derecho y espera.

—Señor Fernández, la señorita Sánchez desea verle —silencio—. Sí, señor —vuelve a darle a otro botón. Puede que al mismo—. Puede pasar —indica sin ni siquiera una pequeña mueca educada en el gesto. No le caigo bien. O tal vez trate así a todo el mundo.

Llamo a la puerta del despacho, espero a que me dé permiso y paso. Cierro la puerta detrás de mí. Antes de volver a darme la vuelta y mirarle a los ojos, me animo una y otra vez. Yo puedo hacerlo. Yo puedo hacerlo.

«Respira», me recuerda mi subconsciente.

Cojo aire y giro sobre mis *Jimmy Choo* rojos. Me encuentro con lo que me temía: un Alejandro imponente espera sentado tras su mesa. Su atractivo es indudable, pero ese traje negro de dos piezas, sin corbata y con camisa blanca, lo hace endiabladamente irresistible. La luz que entra por la pared de cristal baña la enormidad de sus impresionantes ojos azules.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Sánchez? —clava su mirada en la mía, a la vez que tuerce la boca en un gesto sensual y malicioso.

«No dejes que te afecte, no dejes que te afecte».

—Buenos días, señor Fernández. Vengo a devolverle esto —digo mientras camino, llego hasta su mesa y deposito el dinero sobre ella. Como respuesta recibo su cara de enfado—. No necesito que me pague el almuerzo. No quiero deberle nada —su semblante cambia y lo convierte en uno mucho más duro. Contengo el aliento. Me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —ruge a mi espalda. Freno en seco y el corazón comienza a acelerarse. Escucho que se levanta y camina hacia mí. Mi cuerpo se da la vuelta y se pone frente a él. Y, repito, ha sido mi jodido cuerpo, ¡no yo!—. Coge el maldito dinero —grita a sólo un par de pasos de mí. Niego con la cabeza.

—No juegues conmigo. Perderías —sisea, acertando un poco más

nuestra distancia.

—No estoy jugando. No necesito tu maldito dinero —contesto valiente, repitiendo lo que acaba de decir.

—Me pareció que eso es lo que precisamente hacías ayer en el restaurante —sus ojos azules son ahora negros como la noche—. Y sí necesitas este dinero.

Nos retamos con la mirada. Trato de no amilanarme y apartar la vista, sin embargo, lo hago. Prefiero eso a perderme en la profundidad de sus ojos. Alejandro da un paso en mi dirección y pega su cuerpo totalmente al mío. Me abre la mano, deposita los billetes dentro, la cierra y la aprieta. Me coge la barbilla, la levanta y conecta nuestras miradas. Puedo sentir el calor de su boca sobre la mía. Todo se ha vuelto más lento. Justo antes de llegar a besarme, susurra demasiado cerca.

—Será mejor que te vayas.

Asiento despacio varias veces, sin dejar de mirarle. Me suelta y da un paso atrás.

—Tengo una reunión dentro de dos minutos —dice claro y conciso. Parece que ha vuelto del planeta en el que yo aún me encuentro. Vuelvo a la Tierra y me doy cuenta de que me está echando. No aprendo. Soy una completa idiota.

Vuelvo a mi despacho con el dinero en la mano derecha y arrastrando mi dignidad con la izquierda. Atiendo al primer artista, Jason Lee. Un joven muy despierto y virtuoso. Su obra rompe totalmente con la representación clásica de los objetos, engañando al espectador. Lo que nos hace ver no es exactamente lo que está representado. Es criticado por muchos. Hay quien no entiende el arte computarizado y digital. Sin embargo, no se le puede quitar mérito, aunque algunos creen que es más una habilidad técnica que una manifestación artística. Yo opino que éstos son sólo una parte crítica que rechaza el movimiento por desconocimiento, y que la forma que tiene Lee de crear mundos alternativos es magistral y extraordinaria. Firma el contrato y nos despedimos.

A la una de la tarde Berta me avisa de que la segunda visita acaba de llegar. Sus palabras exactas son: «Hay un tío, que está como un queso, preguntando por ti. No tiene pinta de artista, más bien de cantante de Rock». Adam Smith mide un metro noventa, viste vaqueros desgastados, chaqueta de

cuero negra y el pelo revuelto de cualquier manera. Barba de varios días y unos ojos color caramelo que te atrapan. Debe tener unos treinta años... «Y mil trescientas mujeres a las que tirarse». Es inglés, vive en Madrid por temporadas, pero el estudio lo tiene en Londres. Su especialidad es el Realismo. Reproduce exactamente el tema que trata. Esta vez, todas sus pinturas son desnudos, algunos bastantes subidos de tono. Me doy cuenta, al instante, de que es un donjuán y trata de ligar conmigo desde el primer momento. Me despido de él en cuanto tengo la oportunidad. Lo tengo claro. No más líos en el trabajo. Bastantes tengo ya.

Salgo a comer con Berta. Esta vez llegamos caminando hasta un *gastrobar* y tapeamos algo rápido. A las cinco tenemos la reunión con la junta y me gustaría realizar un par de llamadas antes. Confirmando con los artistas de mañana las citas, imprimo los contratos y miro el reloj. Quedan dos minutos y no estoy segura de a dónde tenemos que ir. Salgo del despacho y Victoria está junto a Berta. Ha venido a acompañarnos. Es muy amable.

Subimos en el ascensor una planta y llegamos a lo que parece una copia de la anterior. También pertenece a *MKD* y, por consiguiente, a Alejandro. Entramos en una sala enorme. Una mesa de cristal, de unos cinco metros de largo, descansa solemne en el centro rodeada de... muchísimas sillas de cuero negro. La mitad están desocupadas, la otra mitad la ocupan diferentes personas a las que jamás he visto antes. Berta y yo nos acomodamos donde Victoria nos indica, al final de la sala, y aguardamos en silencio. Unos minutos después, entran Alejandro y Álvaro seguidos por Natasha e Isabelle, respectivamente. Son dos dioses del Olimpo... Y yo una pobre damisela perdida en el bosque, corriendo delante de lobos sedientos de sangre. La sala enmudece ante su llegada. Se sientan presidiendo la mesa con una secretaria a cada lado. Alejandro hace un gesto con la cabeza a alguien y éste comienza a hablar.

—Perdonad a todos por avisar con tan poco tiempo de antelación, pero es necesaria y urgente una puesta en común, dadas las circunstancias —escucho. Desde donde estoy, no veo quién habla—. Las cifras de *CREATURE* no están siendo las que se estimaban. El índice... —ahí me pierdo. Mi mente desconecta cuando el interlocutor se levanta y señala una pantalla ultra moderna en la que aparecen tablas de números y porcentajes. Ahora aun entiendo menos qué hacemos Berta y yo aquí. Mi consciencia vuelve cuando escucho un nombre conocido.

—He adquirido un compromiso con *D'Arte* y quiero que todos conozcáis a las responsables del éxito del proyecto —Alejandro mira hacia donde estamos y nos presenta. Le doy un pequeño codazo a Berta y nos levantamos de inmediato—. Ella es Daniel Sánchez, directora de la exposición, y su ayudante, Berta Ramírez —saludamos con un pequeño gesto de cabeza y, tras un par de saludos cordiales con nadie en especial, volvemos a sentarnos.

—Como sabéis —se levanta ahora Álvaro—, *MKD* ha adquirido la mayoría de las acciones de esta pequeña, pero fructífera, empresa —no es pequeña. Está siendo demasiado modesto—. Deseo que todos sigáis los criterios que tan afianzados llevamos adelante en nuestra organización. La inauguración de la nueva galería en París será el próximo siete de enero. Aprovecharemos la ocasión para celebrar el décimo aniversario de *MKD* —para y mira a su hermano—. En mi nombre y en el de Alejandro, están todos invitados —mientras dice esto último a todos los presentes, Alejandro me mira y me atrapa. Aparto la cabeza y me toco el pelo nerviosa. Para entonces no estaré aquí. Espero poder mudarme a Barcelona en Año Nuevo.

La siguiente hora es más aburrida que la anterior. Todos informan al “señor Fernández” del estado de las cuentas de las que son responsables y, de una forma más descarada que otra, cada uno de ellos termina el discurso haciéndole la cama. La reunión acaba pasadas las siete de la tarde. Me levanto de la silla, deseando salir de allí e irme al apartamento. En dos ocasiones he chocado los zapatos suplicando que me llevaran a casa, pero no ha surtido efecto. Camino detrás de Berta.

—Señorita Sánchez —me interpela Alejandro—. Quédese un momento —mierda. Berta me mira y se despide hasta mañana. Leo un adiós en sus labios. Espero de pie, junto a la puerta, a que se vayan todos. Las últimas en salir son Isabelle y Natasha. Me sorprendo al ver que Álvaro se queda en la estancia. Natasha cierra la puerta tras ella—. Siéntate —ordena Alejandro. Tomo asiento un par de sillas alejada de ellos. Me dan miedo. Me da miedo lo que puedan decir. Me da miedo lo que puedan pensar. Ya no importa, sin embargo, temo que Álvaro haya sido sincero con su hermano contándole nuestra historia y éste deje de verme como lo hace, con ese brillo en los ojos que diferencia a las personas que aman de las que no.

—Tenemos algo que proponerte. En realidad, no tienes opción —

sigue Álvaro. Sara estaría dando saltos de alegría, creyendo que lo que está a punto de pasar es que los dos dioses del Olimpo que tengo delante van a pedirme un trío sexual, una relación a tres o cualquier otra situación morbosa y erótica con la que disfrutar a niveles extrasensoriales. Yo, haciendo alarde de mi pesimismo y desazón, espero cualquier cosa menos eso. Y no quiero decir que desee hacer un *ménage à trois* con los dos impresionantes hombres que tengo delante, pero mi subconsciente me traiciona a veces. Es el único culpable.

—Necesitamos que firmes un contrato de confidencialidad. A partir de ahora nos acompañarás a reuniones importantes donde miles de puestos de trabajo y mucho dinero estarán en juego —Alejandro me entrega una carpeta azul. La abro y leo por encima.

¿Eso es todo? Me habían asustado.

El olor de Alex al acercarse penetra en mis fosas nasales y me eriza los vellos de la piel. Cierro los ojos instintivamente e inspiro. Cuando los abro, Álvaro tiene la mirada fija en mí. Sus ojos brillan y reflejan un intenso dolor. Se ha dado cuenta de la reacción de mi cuerpo a la presencia de su hermano. Firmo la documentación, me despido y voy a mi despacho. Recojo mis cosas y cierro con llave. Al salir, vislumbro luz en el de Álvaro y la puerta completamente abierta. Camino hasta allí y le veo tras la mesa, leyendo algo en la pantalla del ordenador.

—¿Podemos hablar un momento? —levanta la cabeza en mi dirección —. ¿Te viene bien la entrevista con la revista mañana a las diez?

—Está bien —contesta conciso. No quiere que esté aquí. Vuelve a prestar atención a la pantalla del ordenador, ignorando mi presencia. Capto la indirecta, giro sobre mis tacones y me dirijo a la puerta. Antes de salir, vuelvo a mirarle y digo:

—No le has dicho nada, ¿verdad? Alejandro no sabe que me mudaré a Barcelona en breve.

—Yo tampoco estaba seguro de ello —contesta imperturbable. Clava sus ojos en los míos.

—Es lo mejor...

—¿Lo mejor para quién? —me corta.

—Para los tres. A pesar de todo... —miro el suelo y luego de nuevo a él—, no quiero hacerle daño.

—Pero te da igual hacérmelo a mí —se levanta y acorta nuestras

distancias, sin desconectar las miradas.

—Para mí tampoco va a ser fácil dejarlo todo. Esta ciudad ha sido siempre mi hogar —él sabe lo que significa para mí alejarme del recuerdo de mis padres.

Suena el teléfono del despacho, interrumpiendo nuestra conversación. Me disculpo y me voy. Álvaro no intenta retenerme. Sabe que poco más tenemos que hablar. Bajo en el ascensor sola y en silencio. Son las ocho de la tarde y el edificio está casi vacío. Llego al vestíbulo y el personal de seguridad me saluda y me abre la puerta. Doy las buenas noches y me estremezco al sentir el frío de la noche. La limusina de Alejandro está aparcada junto a la puerta con el motor en marcha. Paro frente a ella y Carlos sale de la nada, dándome un susto de muerte.

—Buenas noches, señorita Sánchez. ¿Me permite acompañarla a casa? —pregunta educado.

—Hola, Carlos. No es necesario, cogeré el autobús —sonríe.

—Permítame que insista. Preferiría llevarla yo —exhorta.

—Gracias, pero no. Adiós, Carlos. Nos vemos mañana.

Se pone delante de mí, cortándome el paso.

—Lo siento, señorita Sánchez. Por favor, tengo que llevarla a casa —me mira resignado.

—No tienes por qué hacerlo. Alejandro y yo ya no estamos juntos.

—Lo sé, pero tengo órdenes estrictas de acompañarla esta noche.

Está bien. Doy mi brazo a torcer. No deseo que Carlos pierda su trabajo por mi culpa y hace un frío horrible, pero sólo ocurrirá esta vez. No puede controlar mi vida y vigilar cada paso que doy. Y creo que esto último es lo que intenta hacer. Entro en la limusina y la sangre se me congela cuando le veo sentado al otro lado. Este no era el plan. Me acomodo lejos de él y se da cuenta. Tuerce el gesto en una mueca divertida. Sabe que no salgo corriendo para no dejar desperdigada, sobre el asfalto, mi dignidad.

—Espero que no te importe compartir transporte. El metro a esta hora está demasiado concurrido —dice cínico. Estoy segura de que no ha viajado en metro jamás. No contesto, sin embargo, hago algo muchísimo mejor. Tengo una magnífica idea.

—No voy a casa —me dirijo a Carlos—. ¿Puedes llevarme a Malasaña? Calle La Palma —pregunto, llevando a cabo mi malvado plan.



El chófer mira a Alejandro a través del retrovisor, pidiendo su aprobación. Éste se la da, arranca y se adentra en el tráfico. Envío un mensaje a Roberto informándole de que voy a hacerle una visita y que me espere en la puerta del *Rock-Rox*. Me apetece tomar una copa. No hablamos durante el trayecto. Me dedico a admirar la ciudad de noche y me quedo embelesada. No me olvido de a quién tengo al lado, sin embargo, la majestuosidad de Madrid iluminada nunca deja de sorprenderme. El chófer avisa de que hemos llegado a mi destino. Agarro el bolso y me dispongo a salir. Justo antes de conseguirlo, Alejandro me coge de la muñeca.

—No empieces un juego que no puedas controlar. Puede ser muy peligroso —dice junto a mis labios. Noto su aliento sobre mí. Me tapo imaginariamente la boca y me obligo a no contestar. Me suelta y salgo del coche. Roberto me espera a sólo un par de metros de donde aún está aparcada la limusina. Me abraza y me da un beso en la mejilla. Puedo sentir la mirada de Alejandro taladrarme la espalda. Algo me dice que este juego me saldrá muy caro.

## NO PROMETAS

El *Rock-Rox* está repleto de gente. El lugar se halla en semi penumbra. La iluminación tenue se basa en diferentes luces de colores opacos. Las paredes de madera cubiertas de carteles de antiguas películas y conciertos. Es bastante grande, pero acogedor. Nos sentamos sobre unos taburetes al fondo de la barra, también de madera, junto a unos sofás de cuero burdeos. Una exuberante camarera se acerca a nosotros. Lleva todo el brazo izquierdo y parte del cuello tatuado, un corsé que deja sus pechos casi al descubierto, un pañuelo diadema en la cabeza y los labios y el *eyeliner* perfectamente pintados y delineados. Sonríe, cómplice, a Roberto.

—Por fin te dignas a venir a vernos —la guapa chica *pin-up* se incorpora hacia delante sobre la barra y le da dos besos a mi amigo, quien también se acerca a ella.

—Seguro que no me has echado de menos —responde secuaz.

—Más de lo que me gustaría —dice sensual. Se da cuenta de mi presencia y me saluda—. Hola, guapa.

—Daniel, ella es Lola. Trabaja aquí desde hace poco —nos sonreímos.

—Lo suficiente para saber qué vas a tomar. ¿Qué te pongo a ti? —me mira.

—Lo mismo que a él.

Con una rapidez y maestría dignas de un barman de Las Vegas, en segundos nos planta dos botellines de cerveza *Coronita* ante nosotros. Le damos las gracias y la vemos alejarse, contoneando el cuerpo, y sin dejar de mirar a Roberto.

—Te has acostado con ella —le acuso, dándole un codazo en el estómago. Se encoge de hombros, sonríe y se lleva la botella a la boca. Yo

también bebo. Dejo el botellín sobre la barra y le doy varias vueltas—. ¿Lo sigues haciendo?

—¿El qué? —pregunta confuso.

—Acostarte con ella —abro los ojos, declarando la obviedad de mi pregunta.

—De vez en cuando —dice como si nada.

—¿Sara lo sabe?

—¿Saber el qué? —se está desesperando. Bufo.

—Que te acuestas con las dos —doy otro sorbo a la cerveza.

—Es ella quien lo propone a veces —él también bebe. Roberto se da cuenta de mi incomodidad—. ¿Qué pasa? —sabe que no llego a entenderlo del todo.

—Nada... Es sólo que no podría mantener ese tipo de relación con un amigo. ¿Qué pasa cuando uno de los dos no quiera acostarse más con el otro?

—Pues no se acuestan más. No tiene por qué afectar a todo lo demás.

—¿Y si uno de los dos llega a sentir más? —pregunto, después de beber y terminar el botellín. Me arrepiento al instante de la pregunta. Los dos sabemos que siente algo por mí. Roberto me mira fijamente.

—Dani, no tiene que pasar nada. Y te puedo asegurar que mi amistad con Sara no se verá perjudicada pase lo que pase —contesta, obviando relativamente mi pregunta.

—Me preocupa que podáis haceros daño —Lola deja otra *Coronita* delante de mí y se lleva el botellín vacío. Le doy las gracias con una sonrisa.

—No entiendo por qué tendríamos que hacérselo —coge aire—. Escucha, sólo nos acostamos, es sexo, no es tan difícil de entender. Follamos cuando nos apetece. Si alguna vez el otro no quiere, dice no sin más. Es simple.

Lo que dice tiene mucho sentido y, de verdad, lo entiendo. Lo he hecho muchas veces. Me acuesto con hombres y, cuando no deseo hacerlo más (o no lo desean ellos), no nos llamamos y punto. Pero es diferente si esa persona es uno de tus mejores amigos. No me arriesgaría a poner en peligro la amistad.

—No soy imbécil. Lo entiendo, pero jamás me acostaría con mi mejor amigo.

Roberto sonrío triste, levanta el botellín y brinda, mirándome fijamente a los ojos.

—Estoy seguro de ello —bebe y yo le acompaño en el acto.

Lola nos sirve la cuarta ronda de cervezas y unos frutos secos. En circunstancias normales, el alcohol de cuatro *Coronitas* no me marearían, pero no como nada desde las tapas del mediodía y empiezo a creer que Roberto tiene un gemelo.

—No podría acostarme con dos personas a la vez... Lo veo... complicado. No me refiero a técnicamente... No sé si me explico... La teoría está clara y he visto muchas veces ejemplos en vivo y en directo... Tu culo lo tengo grabado en la mente—me clavo el dedo índice en mi sien. Divago ebria, como siempre—. Me refiero a que no aguantaría ver a mi pareja acostarse con nadie, sea hombre o mujer...

—No tienes por qué hacerlo con alguien importante —me corta.

—¿Tú compartirías a la persona que amas? —balbuceo al final. Me agarro al taburete que parece que comienza a dar vueltas. Vuelve a mirarme fijamente y no contesta.

—Deberías llevarla a casa —aconseja Lola.

—Sólo necesito comer algo —cojo un puñado de frutos secos y me los meto en la boca. Después, cruzo los brazos sobre la barra y dejo caer la cabeza encima.

—Sofía, ¿puedes venir a recoger a Dani? —creo que Roberto habla con nuestra amiga por teléfono. Tengo los ojos cerrados y tapados con los brazos—. Está bien, no te preocupes —silencio—. No puedo coger el coche, yo también he bebido —silencio—. Llamaré a Sara. Pasará la noche en casa —silencio.

Un silencio largo e intenso.

Me he quedado dormida.

Me despierto sobre el sofá de la casa de Roberto. Un riquísimo olor a tomate y queso se introduce por mis fosas nasales. Me incorporo y me siento. Abro los ojos y veo a mi amigo en la cocina.

—¿A qué huele?

—Hola, dormilona. Pizza casera. Espero que te guste. Lleva un poco de todo —la deja sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—No demasiado. Media hora. ¿Qué quieres beber? —vuelve a la cocina.

—Agua, por favor.

Vemos una serie de la tele por cable (él sí tiene) tumbados sobre su inmenso sofá beige y el sueño vuelve a apoderarse de mí. Siento cómo Roberto me coge en brazos y me lleva a la cama. Sé que su piso sólo consta de un dormitorio así que abro los ojos y compruebo lo que está a punto de hacer. Mi amigo sale de la habitación para dormir en el salón.

—Roberto —nos miramos—, no seas idiota. No vas a dormir en el sofá.

—No importa.

—Lo sé. Venga, ven. No seas tonto.

Sonríe, se cambia de camiseta y se acuesta a mi lado bocarriba. Le abrazo sin pudor.

—Gracias —suspiro junto a su cuello.

—No tienes por qué dárme las. No podía dejarte en el bar. Lola no ha permitido que durmieras sobre la barra.

Le doy un pequeño puñetazo en el costado. Su pecho se mueve bajo mi cabeza al compás de su risa.

—Gracias por quererme —digo sincera.

—Gracias por dejarme hacerlo—susurra y besa mi frente.

Roberto mira embobado hacia la Torre de Cristal. Tengo que sujetarle el café que hemos comprado para que no lo deje caer al suelo. El sol de las nueve y media de la mañana se refleja en sus gafas de aviador con cristales verde oscuro. El pelo castaño le cae sobre la frente y su boca dibuja una perfecta sonrisa de admiración. Lleva una cazadora de cuero negra, una camiseta del mismo color y unos vaqueros que cuestan más que mi sueldo de una semana. Lo sé, yo tengo unos *Jimmy Choo*, pero me costó sangre, sudor y lágrimas comprarlos. Varias chicas que pasan por nuestro lado se quedan embobadas, admirándolo. Está buenísimo. Una de ellas se fija en mí y sé que piensa que soy demasiado normal para estar con un hombre como él. Si conociera a Alejandro, se le volatilizarían las bragas.

—Tierra llamando a Marte, Tierra llamando a Marte —intento que Roberto vuelva a mí. Me mira—. Pareces recién llegado a la gran ciudad —bromeo.

—Nunca las había visto tan de cerca. Son impresionantes —mira de nuevo al cielo.

—Deberías sacar a ese culo más a pasear —digo alegre. Me mira y sonreímos. Roberto me rodea el cuello con el brazo y me atrae hacia él—. No

puedo creer que nunca hayas estado aquí.

—Terminemos con esto de una vez —se resigna. Sé que no le hace gracia entrevistar a Álvaro y la posibilidad de encontrarse con Alejandro.

Si antes lo pienso, antes ocurre. Éste está saliendo del edificio con Natasha, a un lado, y Marina de la Rosa, al otro. Nota mi presencia como yo noto la suya: al instante. Gira en nuestra dirección y me atraviesa con la mirada. Roberto se da cuenta y me atrae más hacia él en un gesto de protección. Alex camina seguro y distante y, cuando creo que va a pasar de largo, le dice algo a sus acompañantes, éstas desaparecen dentro de la limusina y para frente a nosotros.

—Llega tarde, señorita Sánchez —dice imperturbable. No mira a Roberto—. No me gusta la impuntualidad, ya debería saberlo.

Su olor a limpio, menta y jabón me envuelve de inmediato, no dejándome pensar con claridad.

—No tenemos que reunirnos con Álvaro hasta las diez —replico valiente. Para eso aún quedan veinte minutos. Se da cuenta de la familiaridad con la que le he tratado. Su semblante se hace más duro.

—Ahora también trabajas para mí. Que no vuelva a ocurrir.

—Me quedaré esta tarde un par de horas más si es necesario —intento arreglar el desaguado.

—Por supuesto que lo hará —dice, serio y malhumorado, y se va. Le vemos entrar en el coche y a Carlos cerrar detrás de él, justo después de decirle algo, confidente. Roberto me mira preocupado.

—No tienes por qué aguantar eso.

—Podré hacerlo durante unas cuantas semanas más. Después, todo acabará —pienso en voz alta. Un gravísimo error. Mi amigo me suelta y se aparta lo suficiente como para poder mirarme a los ojos.

—¿De qué estás hablando?

No pensaba decírselo hasta después de hablar con Sara, sin embargo, tal y como está la situación ahora mismo, decido contárselo.

—Me mudo a Barcelona a principios de año —digo de un tirón. Si lo pienso, tal vez me arrepienta. La cara de Roberto lo dice todo.

—¿De qué cojones estás hablando? —levanta la voz, nervioso.

—Sabes que iba a dejar el trabajo en la galería. Me han ofrecido una gran oportunidad en Barcelona. No la puedo dejar escapar.

—¡No me jodas! ¿Nos dejas? —cada vez está más enfadado.  
—¡No! Sería temporal y no me voy al fin del mundo. Podremos vernos de vez en cuando.  
—¿Sara lo sabe? —me corta.  
—Aún no le he dicho nada. Estoy buscando el momento oportuno.  
—Huyes, sales corriendo...  
—Puede, pero no tiene nada que ver con vosotros. Sois... mi familia.  
—Pero nosotros te perdemos. Tú no sabes manejar tus sentimientos y somos tus amigos los que salimos escaldados. ¡Crece, joder! Y descubre qué es lo que quieres, pero no te vayas a la otra punta del país por miedo a equivocarte.

Puede ver en mis ojos el fuego que ha crecido en mi interior. Me doy media vuelta y me voy. Roberto me coge del brazo y me pone frente a él.

—¿No te gusta escuchar las verdades a la cara?

—Puede que lleves razón —contesto, conteniendo las lágrimas—, pero soy honesta conmigo misma. Acepto que esta situación me supera y sólo quiero alejarme de todo durante un tiempo. Si de verdad fueras mi amigo, deberías apoyarme y comprenderme, aun sin compartir mi decisión. No criticarme constantemente. Irme de Madrid durante un tiempo es lo que quiero. No espero que lo entiendas, pero sí necesito un poco de comprensión por tu parte.

Nos retamos con la mirada. Varios transeúntes nos observan estupefactos. No deberíamos mantener esta conversación aquí, delante de mi puesto de trabajo. Tras unos segundos, tuerce la boca en una mueca arrepentida.

—¿Sabes qué? —miro la hora en la pantalla del móvil—. Casi son las diez, vamos a llegar tarde —giro sobre mis *peep toes nude*, que hacen juego con el vestido del mismo color y el abrigo beige, y entro en el edificio. Roberto lo hace detrás. Subimos en el ascensor en silencio. Él lo rompe.

—Lo siento —susurra junto a mi oído. Estamos rodeados de gente—. Llevas razón, te apoyaré en lo que decidas, pero no me puedes pedir que me alegre de que te mudes de ciudad. Es injusto.

—Lo necesito —le hago saber. Quiero que lo entienda.

—Lo sé. Sólo... dame tiempo para hacerme a la idea —sonríe, forzado. Yo le imito el gesto.

Por un momento, me hundo en un lodo marrón y pegajoso del que me parece difícil salir. Si Roberto se lo ha tomado así, no quiero imaginarme cómo le va a sentar la noticia a Sara. No pretendo hacerle daño. Tengo que hacerlo por mí. Después de unas incómodas presentaciones y cordiales saludos, comenzamos la entrevista. Roberto cambia a su yo más profesional, dejando a un lado las ganas que, probablemente, tiene de asesinar a Álvaro. Aunque no le conocía en persona, está al tanto de toda nuestra historia, de principio a fin. Y durante la hora y media que ha durado la reunión, he visto cómo se agarraba a la silla una docena de veces.

—Las expectativas son muy altas, si a eso es a lo que te refieres —contesta Álvaro a una pregunta indiscreta de Roberto—. La exposición se convertirá en itinerante y el próximo destino será Nueva York —tras estas palabras, le miro sorprendida. No tenía ni idea de que esa fuera la idea. ¿Nueva York? Me encantaría poder acompañarles. Lástima que no pueda hacerlo.

—¿Hay fecha estimada para ello?

—En abril inauguraremos en la Gran Manzana —asegura. Noto cómo se clavan las miradas y se retan. Tras unos segundos, Roberto se despide.

—Por mi parte, eso es todo. Si creéis que me he dejado algo importante, podéis decírmelo —cierra la carpeta y la mete en el maletín.

—No creo que haya más que decir —contesta Álvaro, cortante—. Gracias —se levanta—. Si necesitas cualquier cosa, llama a Daniel y te atenderá —le da la mano a mi amigo. Tras un segundo que se hace eterno, se sueltan—. Daniel, quédate. Necesito hablar contigo —me pide, profesional.

Salgo del despacho y despido a Roberto en la puerta. Le pido a Berta que lo acompañe de vuelta al ascensor y evitar que se pierda entre el laberinto de pasillos con pared de cristal. Me da un abrazo y me susurra al oído que tenga cuidado, que me cuide y que después le llame. Le prometo que lo haré y le veo desaparecer junto a mi ayudante. Respiro varias veces y cojo fuerzas para volver y escuchar lo que Álvaro tiene que decirme. Estar con él o con Alejandro sola en una habitación no es buena idea. En cuatro días me ha dado tiempo para darme cuenta de ello. Entro en la habitación y cierro la puerta tras de mí. Camino hasta la silla donde estaba sentada hasta hace un momento, rozando las manos una con otra, nerviosa. Paro junto a ella. Álvaro está de pie, llenando dos vasos de agua del mueble que está en la pared izquierda. Camina hasta mí con el agua en la mano.



—Siéntate —lo hago y deja el vaso sobre la mesa, delante de mí. Se sienta al otro lado. Comienza a hablar—. Ciro Conrado —es uno de los artistas que tiene contrato con la galería y uno de los más importantes del país —, expone esta noche una de sus obras más nuevas en la sala *El Águila*. Su agente nos ha invitado a la inauguración. No podemos negarnos. Es importante. Tenemos que conseguir que acepte añadir *Abstracdos* —debe referirse a la nueva obra—, a la exposición y que sea trasladada a París junto a las demás. Tiene magníficas críticas y todas las revistas internacionales están hablando de ella. La quiero en mi galería —termina, haciendo hincapié en la última frase.

—Tendrá un acuerdo por escrito con la sala en la que se encuentra ahora. No será fácil conseguir que rompa el acuerdo con ellos y acepte lo que estás proponiendo.

—Tendrá que hacerlo —dice pensativo. Vuelve a reparar en mí—. Prepara el nuevo contrato, lo firmará esta misma noche.

—No creo que...

—Te recogeré a las siete —me corta. Pienso en volver a replicar, pero el intenso negro de su mirada me dice que no lo haga—. Tómame la tarde libre.

Me levanto de la silla y camino hacia la puerta.

—Dani —su voz me frena. Me giro y le miro—, ¿dejarás que te invite a cenar? —pregunta medido. Está esperando una respuesta, pero no sé si debo aceptar. Mi yo racional me grita al oído que ni se me ocurra. Mi yo insensato y demente pega saltos, levantando los puños en señal de aprobación. Y yo, que estoy más loca que éste último, dejo que de mis labios salga un comedido sí—. Prométemelo —y, tras su imperturbable mirada, atisbo su sonrisa más pícaro y sensual. Sé que voy a arrepentirme de esto.

—Lo prometo.

## INAUGURACIONES Y GIN-TONICS

No vuelvo a ver a Álvaro ni a Alejandro en todo el día. Quiero decir, en toda la mañana, la tarde me la han dado libre y me lo he tomado al pie de la letra, ignorando la sugerencia de Alejandro en la que me ordenaba que esta tarde tendría que trabajar dos horas de más. Le pido a la asesoría jurídica que modifique el contrato de Conrado con las nuevas características, lo imprimo y lo guardo en una carpeta para llevármelo a casa.

Almuerzo con Berta de todas formas. Llegar al apartamento y cocinar no es buena idea. Terminaría haciéndome un bocadillo de cualquier cosa. Sara es la cocinera de nuestro hogar y está en el trabajo. A mí no se me da mal, pero no me gusta y lo evito. Vamos a un restaurante de comida china. Nos la sirven en unos cuencos de plástico y nos sentamos en un parque cercano, bajo el sol, a disfrutar del paisaje y del buen día que hace a pesar de ser finales de noviembre.

Entro en nuestro piso pasadas las cuatro y media de la tarde. Hace más frío aquí que en la calle. Pongo la calefacción y la programo para que se apague sola en dos horas. Dios me libre de dejarla encendida y que Sara se dé cuenta. Tengo en alta estima mi vida. El invierno pasado me despisté una vez y la batalla de Trafalgar fue una pelea de patio de colegio comparada con lo que se montó en esta diminuta casa. Llegué a temer por mi integridad física. Lo juro.

Me doy una ducha demasiado corta y envuelvo mi cuerpo con una diminuta toalla color beige. Me desenredo el cabello y unto crema sobre la piel de mi cara, masajeándola. Camino descalza hasta mi habitación y paro frente al armario, con las puertas abiertas, pensando en qué ponerme. Deshecho la primera idea: el vestido negro de encaje que me puse en París. El

mismo que llevaba justo antes de hacer el amor con Álvaro. Este pensamiento me estremece y todos y cada uno de los vellos de mi piel se erizan. Miles de recuerdos de esa noche cruzan mi mente. La razón por la que me dejó. Lo que odia a su padre. Que me sigue amando. Sus besos. Sus caricias... Cierro los ojos e inspiro fuerte. El corazón se me acelera y... suena el portero automático. Salgo de mi ensoñación y voy a preguntar quién es. Una empresa de envíos me responde que tiene un paquete para mí y abro sin darle más vueltas. Me doy cuenta de que estoy casi desnuda y me dirijo al dormitorio dando saltitos a cambiar la toalla por una bata que cubra algo más mi cuerpo.

El señor deja un par de cajas sobre la mesa baja del salón, firmo el recibo y nos despedimos. Me quedo de pie, mirándolas desde arriba. ¿Qué pueden ser? Últimamente, cada vez que recibo algo así, siempre me sorprende. Giro sobre mis pasos y voy a la cocina a beber un poco de agua. Dejo el vaso vacío en el fregadero y vuelvo al salón a mirar el remitente. De Álvaro. No tengo ni la menor idea de lo que pueden contener. Paso definitivamente de ellas y me voy a la habitación a peinarme y maquillarme. Tengo que decidir qué ponerme si no quiero llegar tarde.

Mmm... Sí. Una excusa más que convincente para huir de sorpresas que me pueden amargar el día. Que te vaya a entusiasmar y te guste no es condición *sine qua non* de un regalo. Me seco el pelo, lo ondulo con la plancha y me pongo la base de maquillaje, los polvos y el *eyeliner* negro. Vuelvo a ponerme frente al armario sin saber por cuál modelo decidirme esta noche.

—Holaaaa... ¿Hay alguien en casa? —escucho a Sara en el salón.

—Estoy aquí —grito. Tras dos segundos, lo que se tarda de una estancia a la otra, aparece bajo el vano de la puerta.

—¿Sales sin mí? —sonríe.

—Tengo una reunión de trabajo —y no me preguntes con quién.

—Mmm, no me gusta ese tono. ¿Adónde vas?

—A la inauguración de una exposición, y no sé qué ponerme.

—¿Es muy formal? —Asiento como contestación, sacando un vestido gris oscuro del ropero —. Ponte el negro largo de encaje —propone. No es buena idea.

—¿Qué te parece este? —le enseño el que tengo en la mano.

—Me gusta más el rojo—lo saca de la percha y me lo entrega —. Póntelo, a ver cómo te queda —sale de la habitación igual que ha entrado. Como una exhalación—. ¿Quieres un café?

—¡Vale!

Después de varios minutos, salgo de la habitación con el vestido que me ha aconsejado cubriendo mi cuerpo. Tiene buen ojo, siempre lo ha tenido. Me queda perfecto. En rojo de un terciopelo muy fino, con escote palabra de honor en forma de corazón y apertura hasta el muslo. Me encuentro a mi amiga sentada en el sofá, toqueteando las cajas que acaban de llegar.

—¿Qué es esto?

Me encojo de hombros. Ella levanta la mirada y me ve. Deja la caja que tiene agarrada sobre la mesa.

Se levanta y sonrío.

—¿Te gusta? —me miro de arriba a abajo.

—Ahora mismo me acostaría contigo.

—Qué imbécil eres.

—Estás preciosa.

—Gracias —me sonrojo. Desaparece de mi vista como un rayo y vuelve igual que se ha ido.

—Ponte esto —me ofrece unos zapatos de tacón, hermosísimos, negros con piedras de *Swarovski* adornando la parte de atrás.

—Son maravillosos, pero me estarán un poco grandes —me lamento. Sara vuelve a desaparecer y a aparecer en segundos y rellena la punta de los zapatos con un poco de algodón.

—Solucionado. Póntelos —lo hago y me quedo fascinada.

—¿Qué contienen las cajas?

—No tengo ni idea.

—El remitente es Álvaro —dice y espera mi reacción.

—Ajá —asiento.

—He supuesto que lo sabes —torna los ojos—. ¿Y? —se cruza de brazos—. ¿No las vas a abrir? —niego con la cabeza. Se adelanta y coge una, la más grande.

—No la abras —pido, pero antes de darme cuenta ya lo ha hecho. La cara de Sara se congela y la boca la abre tanto que la convierte en una perfecta o.

Yo también me quedo sorprendida. Es el *Armani* color champagne que me regaló en París. Sin abrir la pequeña, puedo imaginarme lo que contiene: los *Manolo Blahnik* a juego. Al suelo cae una nota. Me agacho y la leo: «El regalo más valioso de la vida es el amor que perdura toda la eternidad... Lo demás son detalles insignificantes que das esperando que la tristeza de tu

corazón se torne felicidad. Por favor, acéptalos. Son tuyos». Cierro los ojos y mascullo.

—¿Vas a aceptarlo? —pregunta Sara, confundida. Le entrego la nota y digo, mientras la lee.

—Me lo regaló en París...

—Eso no explica nada.

—Y lo de la caja pequeña son unos *Manolo*.

—¿Qué? —se tira sobre ella como un león cazaría a su presa. La abre, los saca y se los calza.

—Son... Son...

—Maravillosos. Como si todos los ángeles del cielo hubieran tocado una sinfonía y ésta se transformara en zapato —termino ceremoniosa.

—¡Mierda! Me quedan muy pequeños —lloriquea.

—Da igual, no voy a aceptarlos, ¿recuerdas?

Se los quita y me los da con cara de enfado. Los volvemos a guardar en sus cajas y las cerramos con cinta adhesiva.

—Es lo mejor —trato de convencerla. Qué rápido cambia de idea.

—Lo sé, pero es una pena. Me siento como si se hubiera muerto alguien.

Suena el portero y miro el reloj, sobresaltada. Son las siete en punto de la tarde. Sara se levanta y va a preguntar quién es. Vuelve con cara de mosqueo.

—Álvaro te espera abajo —se cruza de brazos y me mira inquisitiva.

—Ya te he dicho que es trabajo —me pinto los labios frente a un pequeño espejo que hay colgado de una pared del salón. Rojo, por supuesto. Del mismo color que el vestido.

—Haz lo que te plazca —me corta y desaparece tras la puerta de la habitación.

Me pongo sobre los hombros un abrigo de pelo sintético y diseño de *patchwork* negro y cojo la carpeta que he dejado sobre el mueble de la entrada y que contiene el nuevo contrato que Conrado debe firmar. Salgo del piso, cabizbaja. Entiendo que Sara se preocupe por mí, pero podría confiar en que si digo que no pasará nada, no pasará nada.

«Yo tampoco pondría la mano en el fuego por ti».

Pongo los ojos en blanco.

Salgo del edificio y un frío helado me cruza la cara. Agarro el abrigo y lo pego más a mi cuerpo, abrigándome. Levanto la cabeza y su mirada atrapa la mía, mientras habla con alguien por teléfono. Está espectacular. Parado de pie junto al coche. Con un esmoquin color negro, blusa blanca y pajarita negra. El pelo castaño cae sobre su frente y sus mullidos labios se mueven sensuales mientras, tras ellos, atisbo una pequeña sonrisa. Cuelga y viene a mi encuentro. No dice nada. Se detiene frente a mí, sin desconectar nuestras miradas. Siento que puede leer tan adentro...

—Hola —rompe el silencio, después de varios intensos segundos. Me quita los documentos.

—Hola —respondo pausada.

—Será mejor que nos vayamos, hace un poco de frío —se aparta y, con un leve gesto, me invita a que camine junto a él. Lo hago y llegamos al todoterreno negro con los cristales tintados. Me abre la puerta, ceremonioso, y entro en el coche, recogiendo el bajo del vestido. Musito un cortés «gracias».

—*Bonsoir, mademoiselle* —saluda Adrien desde el asiento delantero. Me sorprende. No esperaba encontrarlo aquí.

—Hola, Adrien. ¿Qué tal estás?

—Bien —sonríe—. Usted esta noche dejará a todos impresionados.

—Gracias.

Álvaro entra y ordena:

—Vámonos.

El chófer asiente con la cabeza, arranca y pone en marcha el coche en silencio. Así paso la mayor parte del tiempo, en un silencio que lo llena todo a la vez que deja mi corazón vacío. No me siento incómoda, pero me gustaría poder evitar este tipo de situaciones que me dejan una sensación de descontrol. Huele de maravilla y trato de evitar respirar, sin embargo, pronto me doy cuenta de que no es buena idea. El teléfono de Álvaro suena y éste lo atiende tras echar un rápido vistazo a la pantalla. Sonríe y saluda amistoso tras la línea en un perfecto francés que no hace otra cosa que aumentar el atractivo que siempre le acompaña y que trato de obviar. Pronto me doy cuenta de con quién charla distendido. Jean Dómine, dueño de la galería de París y amigo íntimo. Tan íntimo que creo que suele hacer tríos con él y con Isabelle. O eso es lo que me pareció. Cierro los ojos y los abro con brusquedad, tratando de evitar la imagen de ellos tres hechos un ovillo. No me gusta nada la idea. Ni esa ni ninguna otra que incluya a Álvaro con una

mujer, aunque sea egoísta por mi parte.

—... Da un abrazo a Lucie si hablas con ella. No me quedo del todo tranquilo —silencio—. De acuerdo. Nos vemos entonces —cuelga—. Jean te manda saludos —me saca de mi ensoñación. Sonrío y asiento. No he oído casi nada de la conversación. Me ahogaba de pena en mis lúgubres pensamientos, sin embargo, el nombre de Lucie lo he escuchado alto y claro, no es la primera vez que la nombra. Me encantaría saber quién es—. Intentaremos convencer a Ciro, saludaremos a todos y nos iremos a cenar — agacha levemente la cabeza, se masajea la sien y arruga el entrecejo.

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada olvidando los celos.

Levanta el mentón y me mira. Tuerce la boca en una media sonrisa y asiente.

—Sólo me duele un poco la cabeza.

Unos minutos después, llegamos a nuestro destino. Un edificio construido en los años 1912 a 1914, de estilo neomudéjar y que pertenecía a la antigua fábrica de cervezas *El Águila*. De ahí su nombre. Bajamos del coche y Álvaro me ofrece el brazo. Lo acepto y caminamos hasta llegar a la sala de exposiciones. Gente de la alta sociedad madrileña e importantes cargos políticos nos rodean. Álvaro comienza a saludar a todos ellos y me presenta, profesional. Trato de no beber demasiado. Prefiero estar sobria si tengo que cenar y pasar tiempo de ocio con el hombre alto y atractivo que tengo al lado, ahora mismo hablando con el representante del artista Ciro Conrado. Después de una charla banal y educada, nos lleva hasta una sala más pequeña, en la segunda planta, y mantenemos una conversación más privada con su representado. Tras media hora de negociaciones sin conseguir nada, me disculpo y me dirijo al baño. Las dos copas de champagne comienzan a hacer estragos en mi cuerpo.

Pregunto a un camarero y me indica donde se sitúa el aseo más cercano. Paseo por un largo pasillo decorado con pequeños cristales de espejo que forman figuras de animales y llego a mi destino. Por suerte, no hay gente esperando y entro en uno de los elegantes cubículos. Termino, me aseo, retoco el color de mis labios y vuelvo al salón donde Álvaro sigue reunido con Conrado. Cuando entro, observo a los dos dándose la mano. Me acerco y en cuanto llego, Ciro se despide, dejándonos solos.

—Hemos terminado, podemos irnos.

—¿Lo has conseguido? ¿Ha firmado el contrato? —pregunto

sorprendida. Álvaro me lo entrega, lo miro y veo la firma del artista plasmada sobre el papel. Levanto la mirada—. ¿Cómo lo has hecho?

Se encoge de hombros y camina hasta la puerta. La abre y, con un gesto de cabeza, me indica que salga. Volvemos al salón donde la gente charla animadamente con copas de champagne en la mano. Cruzamos la sala dirección a la salida.

—Dani, ¿qué haces aquí? —mi hermano se detiene frente a nosotros, cortándonos el paso. Me abraza con cariño y me da un beso en la mejilla. Me pongo nerviosa al instante. Álvaro se tensa a mi lado. Mierda.

—Hola, Fernando... ¿Qué...? —la mente se me queda en blanco. Se hace un bucle y se me olvida coordinar las palabras. Él y Álvaro nunca habían coincidido. No se conocen. Afortunadamente. Si se hubieran encontrado, Fernando ahora estaría en la cárcel, cumpliendo condena por asesinato.

—Hola —Álvaro toma las riendas de la situación. Por favor, es mi hermano, no le digas quién eres. Manchará el suelo con tu sangre—. Soy Álvaro Llorens, jefe de Daniel. Uno de los artistas expone en *D'Arte* —se dan la mano.

—Encantado de conocerle. Soy Fernando Sánchez, su hermano —se presenta cordial. Reacciono y miro a mi "jefe", suplicando en silencio que no diga nada.

—El placer es mío. Daniel me ha hablado mucho de ti.

Fernando le mira confundido. Sabe que no me gusta demasiado hablar de mi vida y mi familia con cualquiera. Después me atiende a mí.

—Dani, ¿estás bien? —me pregunta. La sangre ha dejado de correrme por las venas—. Estás pálida.

—Estoy bien —reacciono—. Un poco cansada. Ha sido un día muy largo.

—Será mejor que te vayas a casa.

—Fernando, Oscar Miles nos está esperando —le llama un hombre trajeado.

—Llámame —vuelve a besarme afectuoso—. Tengo que irme.

Asiento con la cabeza y me despido.

Abandonamos la sala *El Águila* con prisas y en silencio. No son ni las ocho y media de la tarde. Trato de mantener el ritmo de Álvaro, pero el susto aún no ha abandonado mi cuerpo. Adrien emplaza el coche frente al lugar



donde nos encontramos y me abre la puerta, saltándose el protocolo y la ceremonia que casi siempre acompaña a ese gesto.

—Buenas noches —dice una voz a nuestro lado. Su voz. Ronca, sensual, masculina. Todo los poros de mi piel gritan su nombre, recordándome a quién pertenezco realmente.

Giro mi cuerpo nerviosa por lo que me pueda encontrar, sin embargo, nada me prepara para lo que veo. Alejandro es impresionante. Su altura, su olor, la profundidad de sus ojos azules... su perfecto cuerpo cincelado... Se me corta la respiración y el pulso se me acelera a millones de revoluciones.

—Demasiado pronto para volver a casa —la dureza del comentario se refleja en su tono de voz.

—No tenemos nada más que hacer aquí —responde, en el mismo tono, su hermano. Parece enfadado. Ambos lo parecen.

Cuando creo que mi corazón está volviendo a latir con normalidad, Marina de la Rosa aparece de la nada y agarra a Alejandro del brazo. No puedo ocultar la decepción que expresa mi rostro. Trago con dificultad y me aferro disimuladamente a la puerta del coche.

—Cariño, vamos. Mi padre nos está esperando —llama la atención de Alex con esa voz chillona e insoportable. El calor de mis entrañas sube hasta mis mejillas, haciéndolas sonrojar. Siento que la mirada del dios griego del sexo, y que me trae por la calle de la amargura, busca la mía y la rehúyo. En cambio, en un gesto de total venganza, llamo la atención de Álvaro, le agarro del brazo y tiro de él.

—¿Podemos irnos ya? Tengo frío.

—Por supuesto —me sonrío. Después mira a su hermano, cambiando el semblante a uno mucho más serio—. Tenemos que irnos —me empuja levemente hacia dentro y cierra la puerta del coche detrás de mí. Veo a Alejandro decir algo a Marina y a ésta desaparecer dentro del edificio. Después, los dos hermanos mantienen una acalorada discusión. No escucho lo que dicen. El todoterreno está bien insonorizado y Adrien tiene la música a un volumen bajo, pero considerable. Tras unos minutos, Álvaro sube al coche por el lado contrario al mío y salimos de allí en silencio. Yo lo rompo.

—Por eso tenías prisa... No querías que nos viera juntos fuera del trabajo.

—Alejandro está empezando a sospechar que hay algo entre tú y yo.

—¿Te lo ha preguntado? —le corto nerviosa.

—No, pero es mi hermano. Le conozco muy bien —me clava la mirada —, y él me conoce a mí. Sabe muchas cosas, que ahora no te puedo contar, pero que le hacen pensar en la posibilidad de que no le esté siendo del todo sincero.

Esta última declaración me hace plantearme qué quiere decir, sin embargo, la imagen de Marina agarrada al brazo de Alejandro y tratándolo con la familiaridad con la que lo trata, guía mis pensamientos hacia otros derroteros. Como, por ejemplo, ¿qué hace aquí con ella? Una cosa es que se vean en la oficina por las mañanas, que coman juntos y sea educado y cordial con ella por los negocios que le unen a su padre. Otra muy distinta es que la lleve de su brazo a la inauguración de una exposición. Me deprimó de repente. Hizo lo mismo cuando inauguramos *D'Arte*. Marina, su prometida, le acompañó y después... Mierda... se acostó con ella o, al menos, lo intentó. Siempre le he creído cuando dijo que no logró hacerlo porque no podía dejar de pensar en mí. Esto último no me anima en absoluto. Nada lo hace.

—¿De verdad te preocupa que lo descubra? —digo abatida.

—Es mi hermano y, lo creas o no, no deseo hacerle daño. Al menos no deliberadamente.

Sus ojos negros brillan en la oscuridad y, tras ellos, veo que es totalmente sincero. Sé que dice la verdad, sin embargo, me deprime pensar que a veces es conveniente guardarse las cosas, no sacarlas a relucir. Súbitamente, algo me viene a la mente.

—Sabías que Fernando era mi hermano antes de presentártelo como tal, ¿verdad? —le miro—. ¿Cómo puedes saberlo?

Sólo obtengo el silencio como respuesta, sin embargo, no presiono para que me lo aclare. Álvaro parece cansado y el encuentro con Alejandro me ha agotado a mí también. La oscuridad de la noche nos envuelve y en los cristales se nota el contraste de temperatura con el exterior. Después de varios kilómetros, Adrien pone algo de música. Los acordes de BeeGees cantando "*How Deep Is Your Love*" llenan el silencio en el que nos encontramos. Me encanta esta canción. Cierro los ojos y me dejo llevar por la melodía. La letra cala muy dentro de mí. «Cuán profundo es tu amor». Uno las manos sobre mi regazo y entrelazo los dedos. Respiro hondo y trato de disfrutar del momento, sin embargo, siento la mirada de Álvaro acariciando mi piel. Él también

entiende perfectamente la letra. Como ya es por todos sabido, soy una cobarde, así que decido no volver a abrir los ojos hasta que no termina la canción. Cuando lo hago, el chófer está entrando en un parking subterráneo. Lo conozco. Aunque hacía mucho tiempo que no lo visitaba, jamás podré olvidar este sitio. No entiendo qué hacemos aquí.

## LA PRIMERA VEZ

Miro nerviosa por la ventana y después, automáticamente, a Álvaro, buscando una explicación. Me pide cautela con la mirada y no, no estoy dispuesta a contenerme.

—¿Qué coño hacemos aquí? —pierdo los papeles delante de Adrien.

—Sólo vamos a cenar —responde serio. El chófer aparca en una de las plazas de la familia y sale, dejándonos solos.

—Llévame a casa.

—Prometiste que cenarías conmigo.

—No creí que fuera aquí.

—¿Qué importa el sitio? —¡claro que importa!, le digo con la mirada—. Antes no rompías tus promesas —cambia de táctica y me ataca con dureza.

—Tú lo hiciste y no te importó —contraataco. Si quiere guerra, la tendrá—. Prometiste amarme y cuidarme, pero... hiciste todo lo contrario.

—Creí que dejarte era lo mejor para ti. Fui un cobarde...

—Lo fuiste, pero... ¿sabes qué? No importa. Quiero irme a casa —insisto. Nuestras miradas se entrelazan y se retan.

Tras un largo silencio en el que ninguno dice nada:

—¿Nunca has soñado con despertar un día, años atrás, y poder cambiar tu mayor error del pasado? —comienza a hablar—. Poder subsanar el daño causado, hacerlo desaparecer o, incluso, ponerte en el lugar de esa persona y que todo el mal recaiga sobre ti. A veces actuamos sin pensar que nuestras decisiones causan efectos y que no todos pueden ser positivos. Aunque intentemos... Aunque tratemos de hacer lo mejor, no siempre lo conseguimos —silencio—. Borrarlo todo, que ni el eco de su posible

existencia suene en el universo, no dejar huella que pueda recordar que una vez te equivocaste tanto que cambiaste la vida de alguien —silencio más largo. Trago saliva—. Me equivoqué... pero, créeme, lo estoy pagando con creces. Sólo quiero cenar contigo. No te pido que me quieras. No te pido que pases la noche entre mis brazos. No mendigaré un beso siquiera. Sólo... dame la oportunidad de pasar algún tiempo a tu lado. Concédeme el honor de volver, al menos, a ser tu amigo.

Entramos en el ático de lujo y un tropel de recuerdos aparece en mi mente en forma de diapositiva de película antigua. Está igual que siempre. No ha cambiado nada. La misma decoración inspirada en el París de los cincuenta. Grandes ventanales en las paredes que dan a la calle. Toda la decoración en tonos grises y blancos. Sigue siendo precioso.

Sí, me ha convencido para subir a su ático de lujo. Ese es el que vivimos nuestra historia de amor. Ese que fue testigo de tantos y tantos inolvidables momentos. Ese en el que hicimos el amor por primera vez. El mismo en el que le esperé durante días cuando desapareció. Ese en el que, ahora lo sé, vivió también Alejandro en su juventud. Estas paredes han sido testigo tanto de mi felicidad más plena como de mi desesperación más mundana. He derramado muchas lágrimas bajo este techo, esperando una explicación que ha tardado años en llegar.

Respiro y trato de tranquilizarme. Agacho los hombros y comienzo a quitarme el abrigo. Álvaro lo agarra con suavidad y tira de él rozándome con la yema de los dedos mi sensible piel. Cierro los ojos y me agito. Las palabras que he escuchado de su boca en el coche me han cambiado de cierta forma. Algo se ha despertado en mí. Muchas veces he querido cambiar el pasado. La forma de hacer las cosas, o hacerlas sin más. Poder revivir momentos... La última vez que vi a mi padre, una conversación con mi madre, decirles que les quiero una vez más. Todo el mundo merece una segunda oportunidad. Subsana los errores cometidos o trata de minimizar los daños son buenas opciones. Merece mi respeto por ello, sin embargo, no cambiará nada.

Me encuentro parada en medio del salón. Álvaro, a mi lado, pregunta.  
—¿Qué quieres tomar?

«Un gin-tonic, por favor», pide a gritos mi subconsciente. Le paro los pies de inmediato.

—Agua —le miro y sonrío—. Gracias.

Deja mi abrigo sobre un perchero que hay al otro lado del salón, el piso tiene una temperatura perfecta, y desaparece tras la puerta de la cocina. Delante de mí observo una pequeña mesa completamente preparada para dos personas, situada junto a uno de los ventanales, esos que llegan del suelo al techo y desde donde se puede ver toda la ciudad. Vuelve a impresionarme. La luminosidad de Madrid resplandece bajo el cielo y las pequeñas nubes que cubren esta noche la ciudad se iluminan, haciéndolo todo más espectacular.

Álvaro vuelve con una botella de agua bajo el brazo y dos platos, uno en cada mano. Se ha quitado la pajarita y ha dejado parte de su moreno pecho al descubierto al desabrocharse algunos botones de la camisa. Aún no me he movido del sitio. Los pies se han pegado al suelo como imanes al hierro forjado.

—Perdona por mi falta de profesionalidad —dice mirando los platos—. Soy un completo desastre como camarero.

Consigo moverme y voy a su encuentro. Le quito uno de ellos y me hago cargo de él antes de que caiga al suelo.

—Gracias —sonríe—. Siéntate.

Lo hago y, no sé por qué, me relajo. Puede que esto no haya sido tan mala idea. La cena consta de tartaletas de queso, tomate seco y beicon, y pequeños *croissants* de salmón ahumado.

—Tenía un vino blanco guardado para la ocasión —dice antes de introducir en su boca el tenedor. Mis ojos se quedan maravillados con el movimiento de sus mullidos labios—. Aún estamos a tiempo —tuerce la boca en una sensual y traviesa sonrisa.

—Mejor no —le devuelvo el gesto, pero la mía es una sonrisa normal, sin un ápice de travesura o segundas intenciones.

—No te has puesto el vestido de *Armani* ni los *Manolo Blahnik* que te he enviado...

—No debiste hacerlo —le corto, molesta.

—Son tuyos. Es un regalo —inquire.

—Voy a devolverlos.

—Volveré a enviártelos.

Durante una milésima de segundo, la temperatura baja diez grados.

—¿Has cocinado tú? —cambio de tema, no vamos a llegar a ningún

sitio. Los devolveré y no tendrá más remedio que aceptarlo.

—Sigo sin ser buen cocinero —asegura. Con su respuesta me da la razón. Los dos pensamos que no es momento de discutir por eso—. Un catering a domicilio lo ha preparado todo. ¿Quieres el número de teléfono, o tú sí que has dado clases de cocina? —bromea.

—No me he convertido en una experta, pero he aprendido mucho de Sara. Tampoco es una gran chef, sin embargo, todo lo que cocina está exquisito.

—¿Desde cuándo os conocéis? —bebe un poco de agua. Yo le imito, de nuevo. Dejo la copa sobre el mantel plateado que cubre la mesa, respiro y decido ser sincera.

—La conocí unas semanas después de que te marcharas. Todo mi mundo había desaparecido. Tú desapareciste —digo sin tartamudear. Me traicionó, tal vez no de la forma que he creído durante más de cinco años, pero lo hizo—, Clara se marchó a Italia, Fernando siempre estaba viajando y... perdí a mi bebé.

—Lo siento tanto —lamenta. Apoya el cubierto sobre el plato y suspira.

—Que me dejaras como lo hiciste, me dolió. Tú eras todo lo que para mí tenía sentido. Tú le dabas forma a lo que me rodeaba... Pero... Enterarme de que acababa de perder un bebé, me desgarró por dentro. Fue un punto de inflexión. Supe que nada volvería a ser igual, sin embargo, algo dentro de mí se encendió y entendí que no podía seguir así. Tenía que perdonarte y seguir adelante.

—Entiendo que aún no lo hayas hecho. No me lo merezco.

—Sara me encontró cuando más perdida estaba —sigo hablando sin hacer caso a lo que acaba de decir—. Me ayudó a dar cada día un paso más hacia mi recuperación. Me entendió y estuvo a mi lado desde el día en que nos conocimos. No me hizo preguntas ni reproches. Supo darme lo que necesitaba. Atención, cariño y amor. Después, entendí que ella también lo buscaba y ansiaba. Somos almas gemelas, es mi hermana.

—Me odia.

—Te mentiría si dijera que no es así.

Tras unos segundos, sonreímos. Y es sincero. Álvaro se levanta en busca del postre: ¡*Brownie* de leche condensada y *Nocilla*! Abro los ojos de par en par. Meto uno de ellos en mi boca, cierro los ojos y gimo de placer. Lo degusto despacio. ¡Qué rico! Cuando abro los ojos, me encuentro con que una gran sonrisa cruza la cara de Álvaro.

—Algunas cosas no cambian nunca.

La siguiente hora hablamos de trabajo y de cosas banales. Firmamos un pacto tácito y silencioso en el que los dos llegamos al acuerdo de relajarnos y no entrar en temas que puedan alterarnos y romper la tranquilidad y la paz en la que ahora nos encontramos. Nos sentamos en el sofá y no puedo evitar recordar que en él me quedé dormida entre sus brazos, después de que me ayudara con el trabajo de Técnica Medieval, cuando apenas nos conocíamos. Son incontables los besos que nos hemos dado tirados sobre él. Millones la cantidad de veces que este sofá ha sido testigo de nuestro amor, de sus "te quiero" y de los míos.

—Tengo que pedirte un último favor —dice, justo después de que terminemos una conversación sobre Arte Abstracto. La discusión se ha basado en la percepción que cada uno de nosotros tiene de diferentes obras de este tipo. Es curioso cómo cada uno capta de forma dispar lo que una misma imagen trata de decir. Es lo que lo hace grande y magnífico. Los sentidos dejan de actuar como lo hacen normalmente y excluyen lo concreto, alejando el aspecto exterior de la realidad. Nada está definido. Tu mente, dependiendo de tus vivencias, circunstancias y creencias, capta la obra de una forma u otra. Terminamos discutiendo sobre lo que llega a nosotros de la conocida obra de Joan Miró, *Mujer, pájaro y estrella*. A mí me provoca empatía y felicidad. Álvaro no termina de entenderla.

—Creo que es hora de regresar a casa —pienso que será lo mejor.

—Te llevaré pronto. Sólo dame dos minutos más.

Dos minutos. Nada malo puede pasar en ciento veinte segundos. Asiento y sonrío. Álvaro se levanta y me ofrece la mano. La acepto y camino junto a él sin soltarnos. Subimos en el ascensor y salimos a la terraza. Es inmensa. La luz que sale de las pequeñas bombillas que cuelgan por todos lados no consigue que la oscuridad de la noche se imponga a todo lo demás. El mismo frío helado de antes recorre mi cuerpo. Me suelto de su agarre y me abrazo. Álvaro abre un armario que hay a nuestra derecha y de él saca una manta color ciruela con la que envuelve mi cuerpo y me masajea los brazos, ayudándome a entrar en calor. Todo muy romántico, pero yo parezco una croqueta.

—Lo siento, se me pasó que podría hacer frío —sonríe.

—No sólo hace frío —digo castañeando los dientes—. Está a punto de



nevar.

—Se te está congelando la nariz —dice, señalándola. Debo tenerla colorada. Amplió la sonrisa, sin embargo, se me corta cuando se acerca y la besa. Es un beso corto y natural, pero me afecta y él se ha dado cuenta. Vuelve a coger mi mano, tira de mí y me lleva hasta el centro de la terraza. Saca una especie de mando a distancia del bolsillo y pulsa un botón. Un segundo después, todas las luces se apagan y parpadeo, adaptando las pupilas a la oscuridad—. Mira —susurra cerca de mi oído. Una estrella fugaz cruza el cielo, veloz—. Sé que jamás conseguiré que vuelvas a verme como antes, pero lograré o haré lo que esté en mi mano para que recuerdes lo maravilloso que se percibe el cielo desde este lugar —y sé que no se refiere al ático, ni a su terraza, ni a la altura a la que nos encontramos. Se refiere a su lado. A cómo sería la vida si decidiera vivirla junto a él.

Pasamos los siguientes minutos contemplando la inmensidad del universo. Aun así no me siento pequeña e insignificante. El hombre que tengo al lado impide que eso ocurra. De pronto, otra estrella cruza el cielo y el corazón, como ya es costumbre, se me parte en dos. Uno de los recuerdos más felices de mi vida viene a mi mente. Una noche... Una lluvia de estrellas... Un deseo sin cumplir. Cierro los ojos y mil imágenes se mezclan en mi cabeza. Son un rompecabezas que llevo tratando de ordenar durante demasiado tiempo.

—Esta noche brillas tanto o más que las estrellas —musita. Gira la cabeza en mi dirección y yo hago lo mismo. Nuestras miradas se encuentran. Me rodea la cintura con una mano mientras que con la otra me acaricia el mentón—. Es absurdo creer que puedas perdonarme, pero mi corazón jamás se cansará de luchar contra la tristeza que intenta invadirlo todo. Algo dentro de mí me dice que no deje de pelear por lo único en el mundo que merece la pena. Sólo tú consigues hacerme feliz y nunca dejaré de intentarlo —su mirada baja hasta mi boca y le noto acercarse poco a poco a mí. Siento su respiración sobre la mía. Ambas cada vez más irregulares. Para justo antes de besarme y vuelve a mirarme a los ojos. Los suyos, oscuros como el azabache, penetran en los míos y no puedo evitar estremecerme. Tras un par de segundos, une nuestras bocas que comienzan a moverse en una danza sensual y tranquila. Mi corazón se acelera y, sobre el silencio de la noche, sólo se escuchan nuestros suspiros. Álvaro tira de mi cuerpo y nos mete en el ascensor sin separarnos ni un ápice. Me quita la manta que me tenía maniatada y ésta cae al suelo. Vuelve a empujarme, esta vez más brusco, y

me pega contra el cristal. Levanto las manos y le rodeo el cuello, atrayéndolo hacia mí. El tren se ha puesto en marcha y no encuentro la forma de frenarlo.

Mete la mano por debajo de la raja de la falda que me llega hasta el muslo, después de acariciarme despacio y con deleite la parte alta de la pierna. Toda mi piel se electrifica. Gimo. Sonríe sobre mis labios ante mi estado de excitación. Sigue besándome, mientras masajea mis glúteos y aprieta las caderas. Enredo la pierna que el vestido deja al aire alrededor de su cuerpo y él la acaricia de arriba a abajo, transmitiéndome toda su fogosidad.

El ascensor llega al ático, salimos de él sin separarnos y Álvaro me estrella contra el aparador. Me sube en él y se acomoda entre mis piernas. Riega de besos mi cuello hasta llegar a uno de mis pechos y enredo mis dedos en su pelo. De repente, mi yo racional aparece de la nada, gritándome que qué coño estoy haciendo.

—Para, para... —gimo, al sentir cómo muerde un pezón sobre la ropa—. Para —repito. Le empujo suavemente. Sigue besando ahora la clavícula.

—No irás a decirme que eres virgen otra vez—dice, con la respiración alterada, recordando nuestra primera vez en este mismo lugar, sobre este mueble. Se aparta y me mira sensual y sexi—. Fue la mejor noche de mi vida. Casi exploto de placer al escuchar, de tu temblorosa boca, que no esperase mucho de ti —en la estancia sólo se escuchan nuestras respiraciones alteradas. Después de escuchar sus palabras, la bruma se apodera de mi mente. Mete las manos bajo mi vestido, sin desconectar nuestras miradas. Llega hasta mi ropa interior y la baja con deleite. Gimo. Álvaro me mira serio—. Y me lo diste todo —vuelve a unir nuestras bocas que chocan sin control. Enredo las piernas alrededor de su cintura, me levanta entre sus brazos y me lleva a la habitación. Mi yo racional ha desaparecido tan pronto como llegó. Y, ahora que lo pienso, mi subconsciente debe estar de vacaciones.

Paramos junto a la cama y comienzo a desabotonarle la camisa. Él baja mi cremallera y deja caer el vestido al suelo. Lo único que cubre mi cuerpo es un sujetador de media copa de encaje rojo que realza mis pechos y los zapatos negros de tacón. Sus ojos me recorren de arriba a abajo. Agarra mi cintura con fuerza y me pega a él. Le quito la chaqueta y la camisa, mientras nuestras miradas se entrelazan. Sus ojos brillan tanto como los míos. Sube las manos hasta mis hombros y después llegan a la trabilla de mi

sujetador. Lo desabrocha y éste se reúne con todo lo demás que yace en el suelo.

—Hueles como deben oler las cosas que me gustan —musita, mientras me acaricia el cuello con la nariz. Empuja mi cuerpo, dejándolo en horizontal sobre la cama. Él se queda de pie. Se quita el pantalón del traje y después los bóxers *Diesel*, dejándome observar todo su definido y espléndido cuerpo desnudo. Me detengo en su boca. La tuerce en un gesto depravado y se muerde el labio inferior. Da un paso en mi dirección, se sube a la cama y se tumba sobre mí, con los brazos a cada lado de mi cabeza, sin dejar caer su cuerpo sobre el mío—. Si supieras lo que me haces... —susurra sobre mis labios. Enredo los dedos entre sus cabellos, agarro y tiro hacia mí. Le beso con deleite. Tras unos segundos, el beso se hace mucho más intenso, nuestras respiraciones se desatan y escucho su corazón latir desbocado cerca del mío. Me abre las piernas con ayuda de las suyas, se agarra la polla y me penetra despacio, llenando mi interior. Cierro los ojos y arqueo el cuerpo de placer.

Jadeo.

Jadea.

Huele a sexo y a él.

—Ponte un condón —digo entre gemidos.

—No renunciaré a sentirte así... —nos miramos. Sale despacio y vuelve a entrar. Grito. Él gruñe y hace lo mismo. Me penetra con más fuerza, pero sin acelerar el ritmo.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

Me agarra la nuca con una mano, mientras que la otra se aferra a mi cadera. Me muerde el labio inferior y tira de él. Grito. Une nuestras frentes y deja la boca abierta pegada a la mía. Entra y sale. Sin prisas. Entra y sale. Pausadamente. Baja hasta mis pezones, los mordisquea y los lame. Primero el derecho y después el izquierdo. Vuelve a subir hasta mi cuello y me embiste con fuerza. Grito. Me agarra el cuello con la mano, mientras masajea mis labios con el dedo pulgar. Lo muerdo y sonrío.

—No puedo dejar de mirarte... —sale—. Eres preciosa —entra.

Mis gemidos son cada vez más acelerados e incontrolados. Un torbellino de placer sube desde mis pies, pasando por cada célula de mi cuerpo. Álvaro se da cuenta y comienza a penetrarme con más fuerza. Levanto las piernas y rodeo con ellas su cintura. Elevo la pelvis, tratando de acelerar el final. Necesito correrme. Mete una mano entre nosotros y me masajea el clítoris sin parar de embestirme. Esta vez más duro y rápido. Grito y le hago partícipe de lo que está a punto de ocurrir. Un huracán de sensaciones explota en mi estómago, llegando a cada rincón, inundándome de goce y placer. Los músculos se tensan y destensan a continuación. Álvaro arquea la espalda a la vez que grita sin pudor. Sus jadeos se mezclan con los míos, mientras se derrama, caliente, en mi interior. Tras unos segundos, deja caer su cuerpo exhausto sobre el mío.

Me despierto de repente y sudando. El corazón me golpea fuerte el pecho. Me siento sobre la cama, aturdida. Todo está oscuro. Acabo de tener una pesadilla. Un sueño perturbador a la vez que húmedo y placentero. En él Álvaro me hacía el amor durante casi dos horas. Tras varios segundos, mis pupilas se adaptan a la poca luz de la habitación y me doy cuenta de dónde me encuentro. Agarro las sábanas nerviosa y las levanto. Descubro que estoy completamente desnuda. Una pausada respiración, la suya, llama mi atención. Miro en su dirección y le veo. Álvaro duerme plácido junto a mí. La sábana sólo cubre parte de su pelvis y una pierna, dejando al descubierto la mayor parte de su fastuoso cuerpo. Lo admiro con deleite. Sus piernas torneadas, sus oblicuos, unos abdominales definidos, un pecho perfecto. Unos labios mullidos y delineados, la boca entreabierta y el pelo castaño, cayéndole indomable sobre la frente. Un adonis. Alargo la mano y le acaricio suave el pecho y el estómago. Sube y baja al compás de su respiración. Ésta se escucha sobre todo lo demás. El silencio inunda la estancia. Todo en ella me resulta familiar. Se remueve y aparto la mano.

—Nena... —susurra y se incorpora—, ¿estás bien? —me regala una pequeña sonrisa.

Asiento con la cabeza y contengo las lágrimas. Tira de mí, nos recostamos y me abraza. Pega su pecho a mi espalda y me da un suave beso en el hombro. Cierro los ojos y respiro hondo. Espero a que su respiración se ralentice y dejo de comedirme. No puedo aguantarlo más. Dejo que las

lágrimas rueden por mis mejillas. Todo ha sido consentido, los dos hemos querido y ha sido natural y delicioso, sin embargo, yo sólo puedo pensar en él... En Alejandro.

## FORMAS DE METER LA PATA

Abro los ojos y tengo que volver a cerrarlos por la inmensa luz que entra por el ventanal. Arrgg. Alguien ha corrido las cortinas. Sé perfectamente donde he amanecido y con quien. Giro sobre mi cuerpo y, poco a poco, consigo abrirlos sin llegar a deslumbrarme. Descubro que me encuentro sola. Me tapo con la sábana completamente y grito para mí. Mierda. Soy una completa descerebrada. Pataleo y me riño por ser tan irresponsable y tener tan poca fuerza de voluntad. El perro de Pavlov, una eminencia a mi lado.

«A ver cómo sales de esta. No le puedes echar la culpa al alcohol». Mi subconsciente despierta de su letargo o vuelve de donde quiera que se encontrase. Es fácil echar balones fuera cuando tú no estuviste cerca para avisar de la insensatez que estaba a punto de cometer. Me defiendo.

Me incorporo y me siento al filo de la cama. El suelo está caliente y la calefacción mantiene la estancia a una temperatura muy agradable. Me pongo de pie y camino, envuelta en la sábana blanca, hasta el baño de la *suite*. Un tropel de recuerdos, casi todos malos, aparece en mi mente y uno de ellos se superpone a todos los demás. Álvaro llorando en una esquina, completamente perdido. Meneo la cabeza y trato de centrarme en cosas más banales. Me lavo la cara y los dientes con el cepillo de Álvaro y vuelvo a la habitación. Lo encuentro de pie junto a la cama, dejando una bolsa sobre ella. Levanta la mirada y me observa serio. Lleva el pelo mojado y un pantalón *Armani*, gris oscuro, con una camisa blanca con los primeros botones sin abrochar. Nos miramos sin decir nada. Ninguno de los dos sabemos cómo actuar ni qué es lo que va a pasar ahora.

—Ropa limpia —la señala—. Es tuya. La dejaste aquí la última vez — eso fue hace más de cinco años. Ve mi cara de sorpresa—. Hay muchas más cosas. Las guardé todas en el armario de la habitación de invitados —sonríe, melancólico—. No pude deshacerme de ellas. —Me acerco hasta donde la ha dejado y su olor me envuelve de inmediato. Estoy desnuda bajo la sábana que me cubre. Abro la bolsa, tratando de no temblar, y encuentro ropa cómoda y unas deportivas. Las saco—. Supongo que sigues calzando el mismo número —trata de distender el ambiente.

—Gracias. Voy a darme una ducha —desaparezco en el cuarto de baño sin nada más que decir.

Salgo veinte minutos después. Me iría sin despedirme, pero no creo que ninguno de los dos lo merezca. Entro en la cocina. Álvaro está de espaldas, mirando absorto por la ventana, con un café humeante entre las manos.

—Tengo que irme —musito, un poco avergonzada. Se gira en mi dirección. Sus ojos negros se clavan en los míos.

—Te he preparado café —lo señala delante de mí, sobre la encimera.

—Gracias, pero no quiero llegar tarde al trabajo.

—A tu jefe no le importará —¿A cuál de ellos? Ironizo. Camina en mi dirección y dejo de respirar. Quiero que pare. Lo hace. Coge la taza y me la ofrece—. Te doy diez minutos para que te lo tomes. Te lo descontaré del sueldo —bromea. Lo acepto y lo cojo. Le doy un sorbo y un pequeño suspiro de placer se escapa de entre mis labios. Álvaro lo escucha y sonríe. Soplo, disimulando, y de un par de tragos termino con él—. Vamos, te llevo a casa. Necesitas cambiarte. Sería raro que aparecieras así por *MKD* —señala el pantalón de chándal y la sudadera gris que llevo de uniforme.

—Prefiero coger un taxi.

—No encontrarás uno libre en esta avenida a estas horas —coge las llaves y sale de la cocina. Yo salgo detrás de él.

El trayecto lo hacemos en silencio. Me dedico a mirar por la ventana y contar las gotas de lluvia que resbalan por el cristal. Una pequeña tormenta ha aparecido de la nada. La ciudad está colapsada y tardamos en cruzarla más de lo habitual. Llegamos a la calle donde se ubica mi apartamento y acerca el todoterreno a la acera. Abro la puerta y me dispongo a salir. Álvaro me coge de la muñeca y tira hacia él. Nos miramos.

—No sé qué esperar a pesar de lo que pasó anoche. Mentiría si te dijera

que significó lo mismo para mí que para ti. No fue otro polvo más, entre nosotros nunca lo será, sin embargo, sé a qué atenerme. No te estoy pidiendo nada que no puedas darme. Sólo... no me alejes de ti.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Su olor lo inunda todo. Le sonrío y salgo del coche sin decir ni una sola palabra. No estoy segura de cuánto significó para él, pero a mí no me pasaron desapercibidas todas las sensaciones que sentí. Sin embargo, prefiero callarme a decir algo de lo que después me pueda arrepentir. Y no sería capaz de admitirlo. Ni a él. Ni a mí.

Entro en nuestro piso pasadas las nueve de la mañana. Voy a volver a llegar tarde. Ya debería estar en la oficina y aún tengo que cambiarme de ropa. Sé que mi jefe está al tanto de la hora a la que voy a llegar, ya que me acaba de dejar en la puerta, después de haberme follado, sin embargo, no puedo obviar el hecho de que a mi "otro jefe" no le gusta la impuntualidad y que, para él, la jornada laboral comienza antes de las ocho de la mañana.

—Un poco tarde para llegar a casa, ¿no crees? ¿O debería decir temprano? —escucho la voz de Sara dentro de la cocina. Otro problema. Giro en su dirección y me mira ceñuda, sentada en un taburete, con un café en una mano y el móvil en la otra. Debí tener presente que esto podría ocurrir. Intento decir algo. Mi amiga levanta la mano, me corta y se incorpora—. No trates de excusarte. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir.

—No iba a hacerlo. Sé que no tengo disculpa —digo abatida de pie en medio del salón. Sara deja la taza sobre la encimera y camina hasta su habitación. Pasa por mi lado, enfadada, sin ni siquiera mirarme. La sigo hasta colocarme bajo el quicio de la puerta. Se está vistiendo—. Soy idiota.

—No sabes cuánto —se sube unos vaqueros dando saltitos.

—No lo puedo evitar... Con ellos... —digo refiriéndome a Álvaro y Alejandro—. Sé que la culpa es mía, pero...

—No digas estupideces. Una vez es un error, dos una elección. Si vas a mentirme... prefiero que no digas nada —se cierra la chaqueta y sale del dormitorio, dándome un pequeño empujón. Coge el bolso de la mesa del salón, se lo cuelga y camina hasta la puerta.

—¿Por qué estás tan enfadada? —grito—. La que está destrozando su vida soy yo —se gira y me atraviesa con la mirada.

—¿Y se supone que los demás tenemos que ser testigo de ello sin que nos afecte? ¿Sin hacer nada!? ¿Dejamos que te suicides?



—¿Crees que yo quiero esto?  
—No haces nada por evitarlo —nunca me había hablado así.  
—¡No puedo! —grito y levanto las manos, desesperada.  
—Esto es el colmo. No sólo me engañas a mí. ¡También te engañas a ti misma! —me señala—. Claro que puedes. ¡No quieres! Es más fácil dejar que el mar te lleve a la deriva que luchar contra la corriente —chilla.  
—¿Piensas que soy una cobarde? ¡Estoy cansada de luchar! ¡Llevo haciéndolo toda la vida!  
—No me das pena. Tienes algo que mucha gente no tiene: libertad de elección.  
—¿Tuve elección cuando murieron mis padres? —la corto—. ¿Tuve elección cuando Álvaro me traicionó? ¿La tuve cuando perdí a mi bebé?  
—Reacciona. ¡Eso pasó hace años! Dejar atrás el pasado es lo primero que debes hacer si quieres ser feliz algún día... —calla y se toca la sien. Vuele a levantar la cabeza y a mirarme—. No podemos manejar lo que pasa a nuestro alrededor —sigue bajando el tono de voz—, pero todos tenemos la capacidad de elegir cómo reaccionar ante diferentes hechos —termina y el silencio se instala entre nosotras—. No me hagas creer que no puedes evitar muchas cosas de las que están pasando —abre la puerta—. Tengo que irme. Haz lo que te dé la gana —escupe justo antes de desaparecer.

Llego al piso 212 de la Torre de Cristal a las diez menos diez de la mañana. Después de que Sara saliera del piso dando un portazo, hice acopio de todas mis fuerzas para vestirme. Tardé quince minutos en convencerme de que venir a trabajar era lo más sensato, aunque de lo único de lo que tenía ganas era de acostarme y taparme la cabeza con el edredón durante un mes. De nada vale arrepentirse ahora, pero no puedo evitar sentirme mal por lo que ha pasado. Soy una descerebrada y un completo desastre.

—Buenos días, Dani —saluda Victoria al verme pasar. No me había dado cuenta de su presencia. Voy absorta en mis pensamientos—. ¡Me encanta ese vestido! ¿De dónde es?

—Eh... —reacciono—. De *Boohoo* —a mí también me gusta, su estampado floral, blanco y rojo, sobre el fondo negro me animan y alegran, pero no lo he elegido por eso, aunque sea lo que necesite. Ha sido casualidad. Lo primero que he cogido del armario. No estaba atenta a lo que hacía. Caigo

en la cuenta y miro hacia abajo. A saber qué zapatos me he podido calzar. Respiro tranquila al comprobar que he elegido las botas negras de terciopelo hasta la rodilla—. Cuando quieras, te lo presto.

—¿De verdad? —dice sorprendida—. ¡Gracias! Lo tendré en cuenta —me sonrío y le devuelvo el gesto.

Camino hasta mi despacho, casi sin darme cuenta de lo que sucede alrededor. Los despachos están llenos de gente, puedo verlo a través del cristal que todos ellos poseen como pared. Muchos ejecutivos pasan por mi lado con prisas y acelerados. Algunos están enfadados, otros expresan temor. Hay más ruido del habitual. El trasiego de personas para un lado o para otro me hacen sospechar que algo no va bien. Veo la puerta de Berta abierta y entro.

—¿Sucede algo? —pregunto perpleja. Mi ayudante levanta la cabeza y me mira.

—No estoy muy segura. El señor Fernández y Álvaro han discutido esta mañana. Las voces se escuchaban desde aquí.

—¿Sabes por qué? —comienzo a temblar y el alma se me cae a los pies. ¿Es posible que sepa lo que ha pasado? ¿Habrá sido Álvaro capaz de decírselo? Berta me mira con cara de confusión. Como si fuera su trabajo enterarse de algo así, o estuviera haciendo algo mal por no poder contestar a mi pregunta. El tono no ha debido ser el adecuado.

—No... —dice confusa.

—Está bien, no te preocupes —me sudan las manos—. ¿Está Álvaro en su despacho?

—No creo. Salió como alma que lleva el diablo después de la discusión. Dijo que sabía que esto tenía que ocurrir. Eso sí lo oí.

Joder. Esto no pinta bien.

«Tú solita te lo has buscado».

Eres parte de mí. Digo yo que alguna culpa tendrás.

Dejo el bolso y el abrigo, negro de piel sintética, en el perchero, me siento detrás de mi mesa y enciendo el ordenador. Mientras espero a que reaccione, compruebo el contestador. Ningún mensaje guardado. Introduzco la contraseña y abro el correo. Borro el *spam*, leo los importantes y confirmo las citas de esta mañana con los artistas. Después, caigo rendida sobre la

mesa. Media hora es lo que ha tardado mi mente en darse por vencida. No voy a ignorar lo que está pasando. Me rindo y mi imaginación cobra vida, repasando a gran velocidad lo que puede ocurrir si Alejandro está al tanto de todo lo que hay entre Álvaro y yo, y, lo que es más importante, cómo se debe sentir al respecto. Soy una cobarde, Sara lleva razón. Una lágrima rueda por mi mejilla al darme cuenta de que debí ser sincera con él hace mucho tiempo. Aunque él tampoco hiciera bien las cosas, debí haber sido yo quien se lo dijera.

Toc, toc. Llaman a la puerta. Seco mi mejilla con el dorso de la mano y cojo aire.

—Adelante.

Victoria entra con un café en la mano. No me había fijado antes, pero ella también va guapísima esta mañana. Un vestido de gasa rojo le cae hasta la rodilla y unos zapatos negros con tacón de unos diez centímetros alargan sus piernas y realzan su figura. Lleva la melena rubia recogida en un sofisticado moño.

—¿Qué tal llevas la mañana? —sonríe—. No tienes buena cara, creo que esto te sentará bien —sonríó agradecida. Lo cojo y lo huelo—. Capuchino con doble de azúcar. Berta me ha dicho cómo tomas el café.

—Gracias.

—No hay de qué. Parte de mi trabajo es conocerlos y saber qué necesitáis en cada momento para estar bien. Ya sabes... La productividad y eso —sonríó y bebo—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —cambia drásticamente el tono de voz. Oh, oh. Algo me dice que no me va a gustar. Asiento resignada y la invito con la cabeza y con un gesto de la mano a que tome asiento en una de las dos sillas que tengo delante de mí—. Sé que... has estado... estás... que ha habido algo entre Alej... el señor Fernández y tú —tartamudea. No sabe cómo salir del embrollo en el que acaba de meterse ella solita.

—Está bien —me froto la frente—. ¿Qué quieres saber?

—Sé que no es asunto mío —mueve las manos, nerviosa—. Esta mañana Alejandro y Álvaro han discutido como nunca antes lo habían hecho. Llevo trabajando aquí tres años y les conozco a los dos desde el día que llegué. No suelen comportarse de esa manera... No es normal en ellos. Si te lo digo es porque... porque tu nombre sonó en más de una ocasión.

Me hundo en un lodo marrón y viscoso sin remediarlo. Me ahogo. El

despacho se hace pequeño y me falta el aire. Agarro el filo de la mesa y aprieto. Temía que llegara este día.

—¿Escuchaste... algo más? —no creo que se ofenda por mi pregunta. Ella sola se ha delatado como una cotilla redomada. No la culpo. Eso se lleva en la sangre o no.

—No. Sólo voces y algún que otro golpe. Álvaro se fue y Alejandro salió de la oficina hecho una furia. Le gritó a todos y encargó informes a cada uno de los departamentos y agentes para esta tarde. Ha convocado una reunión de la junta hoy, viernes, a las seis. Está todo el mundo muy estresado...

—Dices que conociste a Álvaro hace tres años —la corto. Caigo en la cuenta de algo. Me mira confundida—. Dices que conoces a Alejandro y a Álvaro desde hace tres años —repito.

—Sí...

—¿Trabajabas aquí con él? ¿Con los dos?

—Siempre he trabajado para el señor Fernández. Álvaro venía muy a menudo.

Me pongo nerviosa y me levanto.

—¿Cómo de a menudo? —acreciento el tono de voz, alterada.

—No... no lo sé —contesta Victoria, amedrentada—. No estoy segura... Nunca pasaba mucho tiempo entre sus visitas. Eso sí, no se quedaba demasiado tiempo. Un par de días quizá... y se iba.

—¿Sabes a dónde iba? —rodeo la mesa y paro frente a ella.

—Viajaba mucho... Vivía en París...

Me doy cuenta de que le tiembla un poco la voz. La he asustado con mis formas. Cuando estoy nerviosa, pierdo los papeles. Por todos es sabido.

—Está bien, perdona. Siento haberte hablado así. Estoy un poco nerviosa —tomo asiento a su lado.

—No te preocupes, todos lo estamos esta mañana.

—Lo digo de verdad. No me lo tomes en cuenta. No está siendo la mejor mañana de mi vida —sonríe, tratando de que me entienda y estrechando lazos de amistad.

—Todos podemos tener un mal día —me coge la mano y la aprieta, dándome consuelo. Un acto reflejo premonitorio de lo que iba a pasar o, mejor dicho, de la información que me tiene que dar—. Dani, si te he preguntado esto es porque... Alejandro quiere verte —tiro de mi mano para

evitar que se dé cuenta de que comienzo a temblar—. Te está esperando en su despacho y... está muy alterado. Ve preparada para todo. Como te he dicho, nunca lo había visto así.

Trago con dificultad. Acaba de confirmar mis temores.

—Gracias, no será para tanto —disimulo, tratando de quitarle importancia al asunto. Me levanto. Victoria hace lo mismo.

—Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que decírmelo —me coge las manos—. Supongo que todo es más complicado de lo que imagino, pero si te sirve de algo, nunca lo había visto así... A ninguno de los dos —da énfasis a esto último. Está claro que sabe mucho más de lo que creo.

No contesto. Victoria me da una palmada en el hombro y se va, cerrando la puerta tras de sí. Caigo abatida sobre la silla. Apoyo los brazos en la mesa y dejo caer la cabeza entre ellos. Le agradezco que venga a avisarme de que el lobo feroz me espera en la cueva para comerme despacito. No tengo ni medianamente claro si saberlo mejora la situación. Cabe la posibilidad de que me dé un infarto cruzando el bosque y tenga que venir a salvarme el leñador. Y no veo ninguno por aquí cerca. Suena el teléfono fijo y pulso el altavoz.

—Dani, hay reunión de la junta a las seis —informa mi ayudante—. Acaba de llegar la circular. Tienes el orden del día en el correo corporativo.

—Gracias, Berta —cuelgo.

Miro el reloj y suspiro. Son las once y dos minutos de la mañana. Una hora como cualquier otra para demostrarme que soy valiente y capaz de enfrentarme a las cosas como una persona adulta. Es hora de ser sincera, aunque eso signifique perder a Alejandro para siempre.

## LA HORA

Voy al cuarto de baño a refrescarme un poco. Observo mi reflejo en el espejo y me doy cuenta de que estoy hecha un desastre. El maquillaje corrido por debajo de los ojos acrecienta las ojeras que esta mañana he intentado ocultar y el pelo enmarañado me hace parecer recién salida de una montaña rusa. Abro el mini neceser que siempre llevo conmigo y me retoco. Me pinto los labios y, con un pequeño peine, me desenredo el cabello que, precisamente hoy, he decidido dejar suelto. Me miro en el espejo y sonrío triste. Hoy moriré, pero con las botas puestas. Vuelvo al despacho, guardo el kit de emergencia en el segundo cajón de la mesa y comienzo a caminar en dirección a la cueva del lobo.

El trasiego de ejecutivos y ayudantes asustados sigue siendo frenético. A uno de ellos le he visto llorar en una esquina, otro ni siquiera es capaz de teclear en el teléfono móvil. Paso por recepción y Victoria me anima con una sonrisa afable y condescendiente. La saludo con un golpe de cabeza, sin detenerme, si lo hago, saldré corriendo a esconderme en el ascensor que está junto a su mostrador. Sigo caminando por el pasillo que da al despacho de Alejandro. Veo a Natasha tras su mesa hablando por teléfono, exaltada. En cuanto se da cuenta de mi presencia, se despide de la persona con la que habla de manera brusca y maleducada, se levanta y se dirige a mí de la misma forma grosera y estúpida.

—Llegas tarde —¿me riñe?

—No era mi intención... —no es que trate de disculparme ante ella, pero es la secretaria de Alejandro...

—Ahora tendrás que esperar —me corta—. El señor Fernández es un hombre muy ocupado. Siéntate —sale del mostrador—. Voy a informar de tu llegada —termina sin mirarme.

Lo veo todo a cámara lenta. Natasha llama a la puerta de Alejandro y después la abre despacio. Se pierde en el interior y, tras lo que me parece una eternidad, vuelve a salir. Camina en mi dirección y la veo hacerse más grande conforme se acerca. Me levanto cuando está a un paso de mí.

—Te atenderá ahora —dice insolente.

Ordeno a mis temblorosas piernas que comiencen a caminar y, paso a paso, llego hasta la puerta que me espera entreabierta. Doy un pequeño toquecito y, tras escuchar un rudo "pasa", la empujo y... Caperucita entra en la cueva del lobo.

Estaciono mis nervios en medio de la inmensa sala y levanto la cabeza, que hasta ahora llevaba agachada. En un instante, mi mirada se encuentra con la suya. El inmenso azul del océano se ha tornado gris metálico a pesar de la descomunal luz que entra por el gran ventanal. Le huelo desde aquí... a limpio, a jabón de menta... a perder la cabeza y la razón... a sexo, a hogar, a hundirme en su pecho... Me deprimó. La habitación se hace grande y yo pequeña. Está sentado tras la mesa. Lleva un traje de dos piezas, azul oscuro liso, a juego con la corbata, y una camisa azul claro que se ajusta perfectamente a su torso. Los brazos torneados bajo las mangas de la chaqueta, el pelo negro que cae sobre su frente, la mandíbula apretada y sus enormes manos... Todo, absolutamente todo, me atrae irremediabilmente hacia él. Me aproximo a un metro de la mesa.

—Buenos días, ¿quería verme? —musito.

«Buena táctica. Hacerte la inocente».

—Siéntate —ruge. Lo hago. Él se levanta y mira por la ventana, con las manos metidas en los bolsillos. Su presencia impone. Su altura, en estos momentos, me aterra. Estoy tan nerviosa que no sé qué hacer con las manos. Tras unos minutos muy largos, vuelve a hablar—. No consiento que mis empleados no acaten mis órdenes —se gira y clava su mirada en mí—. No sé qué te hace pensar que tú puedes hacer lo que te venga en ganas —ladra. ¿Qué? Estoy confundida—. Ayer te tomaste la tarde libre —camina seguro en mi dirección, acortando nuestras distancias—, y hoy vuelves a llegar dos horas tarde. Me importa una mierda las licencias que se tome Álvaro. Trabajas para mí y las decisiones las tomo yo. No se te ocurra volver a probarme o te pondré de patitas en la puta calle. ¿Lo has entendido? No doy segundas oportunidades y contigo estoy teniendo mucha paciencia. La

próxima vez, no te molestes en venir —me espeta a medio metro de mí.

—Lleva razón, pero... —no se me ocurre nada que decir. ¿Por tan nimio motivo me ha hecho venir aquí? ¡No es posible!

—Levántate —ordena ceñudo. Lo hago—. ¿Me has entendido? —repite rudo.

—Sí —asiento con la cabeza—. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—La próxima vez hablarás con Recursos Humanos —amenaza. Nos retamos con la mirada. Me giro y me dispongo a salir—. No he dicho que puedas marcharte —ruge a mi espalda. Freno en seco—. No he terminado contigo.

Todas las células de mi cuerpo empiezan a temblar. Las manos me sudan y el corazón me late a alta velocidad. Me giro y atrapa mi mirada. Ha sacado las manos de los bolsillos y sus piernas aguantan su perfecto cuerpo en señal de ataque.

—Ven aquí —dictamina en el mismo tono. Voy a su encuentro—. ¿A qué coño estás jugando? —ve mi cara de confusión—. ¿Qué cojones hacías ayer con Álvaro? Me dio la impresión de que, más que una reunión de trabajo, era una jodida cita.

—Yo no... —imposible coordinar una frase.

—No juegues conmigo, Dani. Ya te he dicho que perderías.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. No acudiste solo a la fiesta —por fin consigo soltar una frase sin tartamudear. Normalmente me envalentono cuando tengo armas que arrojar a la cara.

—Marina es una amiga.

—Álvaro también.

—Álvaro es tu jefe. ¿También...?

—No es de tu incumbencia —le corto antes de que pueda terminar la frase. No quiero saber lo que iba a decir—. ¿Puedo irme ya? —sus ojos brillan encolerizados. Con un casi imperceptible gesto, me da permiso para salir y giro sobre mis botas de terciopelo negro.

—No hemos acabado —sentencia el lobo, justo antes de que Caperucita abandone la cueva un poco asustada, pero de una pieza.

No lo sabe. Al menos eso parece. Esta mañana debieron discutir sobre mis ausencias, o la impuntualidad de estos últimos días. Aunque siempre lo he hecho con consentimiento de Álvaro, o porque él me lo ha ordenado. Me



da la impresión de que su cabreo y mal humor tiene algo que ver con no poder controlarme y por sospechar que su hermano está tratando de acercarse a mí de una forma impensable para él.

Me tiro, literalmente, sobre el sillón de mi despacho, derrotada, abatida por lo que acaba de ocurrir. Cierro los ojos y en lo único que puedo pensar es en lo mal que estoy haciendo las cosas. La situación me supera, pero no es excusa. Hacer daño a las personas no está bien, no es lo correcto y va en contra de todas las enseñanzas que mis padres me inculcaron. Me toco la pulsera que mi madre me regaló y acaricio la flor. Alejandro no se merece que le haga esto. No estamos juntos, pero a pesar de eso, nuestra historia no ha terminado. Los dos lo sabemos y, por ello, estoy segura de que jamás me perdonará lo que está ocurriendo con Álvaro. No ser sincera trae consecuencias. Lo aprendí hace mucho y juré decir siempre la verdad, por mucho que doliera. Sin embargo, últimamente me salto a la torera todos los preceptos que me autoimpuse cuando peor estaba. Todo esto... está consiguiendo que no me reconozca.

—¿Estás bien? —pregunta Berta desde la puerta. Niego con la cabeza.

—Un poco cansada —me justifico—. ¿Puedes traerme un poco de agua?

Tras varios minutos, mi ayudante se acerca a mí con un vaso en la mano.

—No he encontrado hielo. Todo está un poco revuelto desde esta mañana —me lo ofrece y bebo—. ¿Comemos juntas?

—No puedo —me excuso. Voy a llamar a Sara para disculparme. Se lo debo. Además, no soporto estar enfadada con ella. Tal y como está yendo el día, sentirla lejos es lo que menos necesito. Ella es y ha sido durante mucho tiempo mi puerto seguro. Sé que siempre la tendré, pero, de todas formas, le debo una disculpa. Hay cosas que no puedo controlar. Voy a poner remedio a lo que sí está a mi alcance.

Me quedo sola en el despacho y la llamo. Contesta al tercer tono.

—Espero que no llames para soltar idioteces.

—¿Comemos juntas?

—Si pagas tú, sí.

—La última vez pagué yo —le recuerdo la cuenta de *Temaka*.

—Eso no es del todo cierto —lleva razón. Se hizo cargo mi “novio”.

—¿En *Vitorino* a las dos? No llegues tarde, no puedo entretenerme demasiado. Tengo una reunión muy importante a las seis.

—Yo tengo una ortodoncia complicada a las tres y media. Seré puntual —se escuchan voces tras la línea—. Te dejo, mi jefe sigue mal follado.

Me doy cuenta de que son las doce pasadas. Uno de los artistas tiene que estar a punto de llegar. Me levanto y camino hasta la sala de reuniones donde lo cité. Cuando llegó, ya está allí. Victoria le está ofreciendo algo de beber. Le doy las gracias y me despido de ella. Hablamos durante un rato, firma el nuevo contrato y nos despedimos. Manuela Roca es una artista con un futuro prometedor que sabe esperar su momento. Confía en nosotros y en la capacidad de *D'Arte* para llevarlo a la cima. Es muy joven. Veintiún años, pero, al hablar con ella, te das cuenta de todo lo que ha vivido y de lo comprometida que está con su trabajo.

A la una y media despido a Paul See. Un pintor inglés con muchos años de experiencia en este mundo. Cojo los contratos, apago la luz y me dispongo a salir cuando le encuentro frente a mí. Álvaro me mira, indescifrable. Ninguno de los dos dice nada. Durante un largo minuto, estamos así. Espero que hable, pero desaparece sin abrir la boca.

Archivo la documentación, me pongo el abrigo, cojo el bolso y me poso frente al ascensor. Victoria no está en su puesto. Ha debido de salir a comer. Me doy cuenta de que todo el mundo ha desaparecido y la planta al completo se halla en un tranquilo silencio. Miro el reloj y compruebo que llego tarde. Marca las dos en punto. Envío un mensaje a Sara disculpándome y avisándole de que vaya pidiendo ella. Me contesta al instante con una de sus morbosas salidas de tono. Sonríe. Absorta en la pantalla de mi *iPhone 6* no me doy cuenta de quiénes se encuentran a mi lado. Suena el timbre que avisa de la llegada del ascensor y entro, cerrando las aplicaciones y sonriendo aún por el escabroso mensaje de Sara. Me giro, preparándome para darle al botón de la planta baja y sus olores, de ambos, se introducen por mis fosas nasales, inundando cada rincón. Levanto la cabeza y me doy cuenta de que Alejandro y Álvaro entran a continuación. Agacho la mirada mientras pasa

uno a cada lado, situándose detrás de mí. Noto que Alejandro da un paso hacia delante y alarga la mano, rozándome con ella el hombro. Siento su pecho sobre mi espalda.

—¿Planta baja? —dice demasiado cerca de mi oído. Y juro que suena a sexo, a besos húmedos y a mordiscos. He podido sentir su aliento sobre mi piel. Asiento con la cabeza, nerviosa. Álvaro está a veinte centímetros de nuestro lado.

El móvil vuelve a sonar, salvándome de morir ahogada. ¿Es mi imaginación o de verdad el ascensor se está quedando sin aire? Lo miro. Es Sara: «He vuelto a pedir lo más caro de la carta. Tienes suerte de que en *Vitorino* no sirvan platos de ciento veinte euros». Vuelvo a sonreír. Eso es lo que costó el suyo. Las huevas de pez volador, aguacate y espárrago triguero envuelto en crujiente de huevo liofilizado y pica-pica. Aunque al final no pagué la cuenta yo, se la tengo guardada. La intención es lo que cuenta y ella se pasó. Le contesto diciéndole que no se le ocurra pedir otra cosa de beber que no sea un vaso de agua del grifo. Me la devuelve llamándome zorra agarrada y otras cosas mucho más hirientes. Sin poder controlarlo, suelto una pequeña carcajada. Siento a Alejandro carraspear detrás de mí y a Álvaro moverse nervioso. La lanzadera en la que estamos suele tardar un suspiro en recorrer todos los pisos, sin embargo, esta vez el trayecto parece eterno. Suena el timbre en la planta baja y las puertas se abren delante de mí. Me dispongo a salir cuando Alejandro me agarra de la muñeca y tira hacia él. Álvaro sale del ascensor, ceñudo, no sin antes clavar una mirada de reproche en la mía.

—Me encanta escucharte sonreír —susurra sobre mi mejilla—, aunque me muera de celos porque no sea por mí —me suelta y sale. Se gira y me mira—. No llegue tarde a la reunión, no me gustaría tener que despedirla —dice, cambiando el tono a uno profesional y protocolario.

Llego a *Vitorino* a las dos y veinte de la tarde. Sara está sentada en la mesa que siempre ocupamos cuando venimos aquí. Las estrellas del rock que cuelgan de las paredes me dan la bienvenida y saludo a Bunbury en blanco y negro. Paso entre dos pequeñas mesas donde varios jóvenes discuten sobre fútbol. Me disculpo para poder llegar a mi destino y uno de ellos se levanta, amable, para hacerme sitio. Le doy las gracias y llego hasta Sara.

—Te he pedido un vaso de agua del grifo —lo señala delante de mí

—. Con hielo, por supuesto —dice, mientras bebe de su copa de vino tinto. Cojo el vaso y me lo bebo de un trago. Estaba sedienta. El rato en el ascensor me ha dejado la boca seca.

—No deberías beber si tienes una ortodoncia dentro de una hora —le aconsejo. Levanto la mano, llamando al camarero.

—Tranquila. Podría hacerlo con los ojos cerrados —la deja sobre la mesa. La miro inquisitiva—. Sólo será esta —levanta las manos.

—¿Sí, señorita? —dice el camarero a mi lado.

—Una copa de vino tinto —pido.

—¿Les traigo ya la comida? —mira a Sara.

—Sí, por favor. Tenemos prisa.

El camarero asiente, dejándonos solas.

—Lo siento —me disculpo.

—Yo también. No pienso que seas cobarde.

—Lo sé, pero... llevas razón. No estoy manejando bien la situación. Se me está yendo de las manos. Esta mañana creí que Alejandro se había enterado de todo y... se me cayó el alma a los pies. No quiero hacerle daño —tampoco me gustó la sensación que tuve al pensar que lo había perdido para siempre.

—No es que me importe lo que les pase. Por mí como si se mueren de una gonorrea—da otro sorbo de su copa. El camarero deja los platos delante de nosotras. Pollo chileno para mí y sopa de cebolla para ella—. Esta noche salimos y lo olvidamos todo.

—Me parece una magnífica idea.

—Como todas las que se me ocurren.

—Roberto no estaría de acuerdo con esa afirmación —me río.

—Roberto es demasiado quejica. No fue para tanto. Además, la culpa fue suya. Tiene una piel demasiado sensible —rompemos en carcajadas.

Una tarde de invierno, hace poco más de un año, Roberto nos llamó para que hablásemos con Cinta (la esteticista de la que nos habíamos hecho amigas y a la que frecuentábamos con asiduidad). Tenía una sesión de fotos muy importante para una marca de bañadores bastante conocida y le habían avisado con muy poco tiempo de antelación. Cinta no tenía citas disponibles. Nos fue imposible convencerla para que encontrase un hueco para nuestro amigo. Sara tuvo la oportuna ocurrencia de que le podíamos hacer la cera nosotras. No sé por qué no se me pasó por la cabeza que podría salir mal.

Aunque lo hubiera pensado, nunca habría imaginado lo que realmente ocurrió. No calculamos la temperatura de la cera y le dejamos el pecho hecho una pena. Rojo, morado, naranja... Aún recuerdo los chillidos de perro atropellado mientras tirábamos con fuerza de la tela. Pobre. Tuve pesadillas durante varias noches. No pudo hacer las fotos, pero la empresa lo entendió y esperó a que se recuperara.

Hablamos durante un rato más. Terminamos de comernos el postre y nos despedimos en la puerta, después de pagar la cuenta con mi tarjeta.

—Recuerda, a las nueve nos recoge Roberto —me da un corto beso en la mejilla y sale despavorida—. Te abrazaría si no tuviera tanta prisa —grita justo antes de desaparecer dentro de un taxi.

La tarde pasa despacio. Hablo con Roberto por mensajes sobre la entrevista. Saldrá en el próximo número, el lunes de la semana que viene. Le envío cierta información por e-mail. Algunas fotos de las obras, los artistas y la galería. Reviso el correo y le echo un vistazo al orden del día de la reunión de la junta. Será un auténtico aburrimento. No entiendo por qué este departamento tiene que asistir. Estar aquí es provisional.

—¿Estás preparada? —Berta viene a recogerme. Apago el ordenador, cojo el abrigo y el bolso, y cierro la puerta. Subimos por las escaleras una planta, repletas de gente. Creo que nos dirigimos todos al mismo lugar. Entramos en la sala y cada cual ocupa su sitio. Nos sentamos donde la última vez y Victoria se acerca a ofrecernos algo de beber. Le pedimos un poco de agua y se va—. He comido con ella hoy. Es muy simpática —Berta hace referencia a Victoria. No le contesto porque en este momento Alejandro entra en la inmensa estancia donde nos encontramos y el murmullo desaparece. Su presencia lo inunda todo. Espesa el ambiente y puedo oler desde aquí la masculinidad y el sexo que emana de cada poro de su piel. Natasha se dirige a él y, antes de llegar a la mesa, le dice algo demasiado cerca del oído. O eso es lo que me parece a mí. Le arrancaría el perfecto moño que lleva en la cabeza. Puedo verme tirando con fuerza de él y ella chillando, agarrándose al pomo de la puerta, mientras todos los presentes aplauden. Meneo la cabeza, tengo mucha imaginación. Mierda. Unos segundos después, Álvaro aparece en mi campo de visión y clava su mirada en la mía. Aprieta la mandíbula y achica los ojos. Sabe perfectamente en qué estaba centrada y en quién.

La reunión no dura demasiado, pero ha sido, como esperaba,

aburridísima. Me he tenido que dar un par de pellizcos para no quedarme dormida y me han dejado marcas en el brazo. Alejandro da por terminado el encuentro de departamentos a las siete y diez de la tarde. Me he dado cuenta rápidamente de que no íbamos a estar mucho tiempo aquí sentados. Mi "jefe" no ha dejado hablar a nadie, en cuanto empezaban a hacerlo, los callaba con alguna pregunta difícil de contestar.

Ahora sólo se escuchan murmullos y las patas de las sillas rechinar sobre el suelo. Berta y yo salimos de la sala, detrás de dos elegantes ejecutivas. Alejandro y Álvaro abandonaron el lugar los primeros. Parecían tener prisa. La marabunta de gente que aguarda junto al ascensor sobrepasa lo imaginable. Decidimos bajar por las escaleras hasta nuestra planta y esperar allí unos minutos hasta que se desaloje el edificio. Después, lo abandonaremos nosotras. Nos sentamos junto al mostrador de Victoria que se encuentra vacío y charlamos distendidas. Hablamos de lo que hará cuando finalice su contrato con *D'Arte*, justo después de las vacaciones de Navidad y de la ilusión que le haría poder mudarse a París con la exposición. Le prometo que hablaré con Álvaro y que haré lo que pueda. No lo digo por cumplir. Si yo voy a irme, sería magnífico que Berta aprovechara la oportunidad. Nadie lo hará mejor que ella. Conoce a los artistas, a la empresa y la forma de trabajar.

—Señoritas... —Alejandro saluda frente a nosotras. Le siguen un par de ejecutivos del departamento de Recursos Humanos. Les he visto hablar durante la reunión—. ¿No piensan irse a casa hoy?

Berta habla ante mi silencio.

—Estamos esperando a que el ascensor se desaloje un poco —explica. Alejandro camina hasta la lanzadera, introduce una especie de llave redonda en una ranura circular y tras unos segundos el ascensor se abre vacío ante nosotros. Nos mira.

—¿Bajan?

Berta y yo nos levantamos y entramos en él. Nuestro "jefe" lo hace después, seguidos de los hombres con trajes aburridos. Puedo sentirlo de pie justo detrás de mí. Se adelanta para dar al botón de bajada y doy un pequeño salto reflejo al pensar que pueda rozarme como esta mañana. Esta vez no me toca. Y no me equivoco cuando pienso que lo ha hecho a propósito. Ante mi reacción, tuerce la boca en una lasciva y superior sonrisa. Uno de los

ejecutivos le hace un comentario y éste le contesta.

—¿Haces algo especial este fin de semana? —pregunta Berta, obviando que nuestro jefe está justo al lado de nosotras.

—No estoy segura —casi murmuro. Lo que me apetece es dormir y dormir—. Tal vez me vaya fuera hasta el domingo —me hago la interesante. Noto el tacto de sus dedos acariciando suavemente mi muñeca. Miro a través del espejo y le observo hablar con sus acompañantes. Todos los vellos de mi piel se erizan y una llama abrasadora sube hasta mi garganta cuando la rodea con la mano y la aprieta, tirando hacia él. Es casi imperceptible para los que nos rodean, pero todo mi cuerpo está pegado sutilmente al suyo.

La lanzadera llega a la planta baja y me suelta a la vez que suena el timbre, anunciando el final del trayecto. Alejandro se despide formal y educado antes de desaparecer dentro de la limusina. Berta y yo salimos a la calle y el persistente frío se introduce en mis huesos, al instante.

Cojo un taxi y vuelvo a casa. En la radio del coche suena la canción "Me cuesta tanto olvidarte" de Mecano. Está sintonizada la frecuencia de *Kiss FM*. Cierro los ojos, dejo caer la cabeza sobre el respaldo y comienzo a cantarla bajito. Tras unos párrafos, siento el teléfono vibrar en el bolso. Lo cojo y veo en la pantalla que es un mensaje de *WhatsApp* de Álvaro. Introduzco la contraseña, abro la aplicación y leo. La música sigue sonando.

«Cojo un avión en diez minutos. Estaré fuera del país todo el fin de semana. Me gustaría que habláramos de lo ocurrido. No me pasa desapercibido cómo miras a Alejandro, sin embargo, también sé cómo me miras a mí y lo que te hago sentir. No trates de engañarme. Tu piel responde a mis caricias como siempre lo ha hecho. Te quiero. No puedo luchar contra eso. Concédeme, por lo menos, la oportunidad de hablar contigo».

Una lágrima rueda por mi mejilla, sin poder remediarlo. Lleva razón, no puedo obviar lo que siento por él. Lo que siempre he sentido. Me limpio con el dorso de la mano la cara y lleno mis pulmones de aire. Le contesto: «Nos debemos eso, ¿no? Nos vemos cuando vuelvas.»

Lo envío y guardo el *iPhone* en el bolso. Yo tampoco puedo luchar contra mis sentimientos. Tengo que ser sincera conmigo misma y después

serlo con él. Creer que había perdido a Alejandro para siempre esta mañana, cuando di por hecho que Álvaro había hablado con él, me ha abierto los ojos y me ha hecho ver las cosas más claras. Desde otra perspectiva. Debo definir esto que nos ocurre. Los tres lo merecemos. Hablaré con Álvaro. Le quiero y no creo que eso vaya a cambiar nunca. Y abriré mi corazón a Alejandro, desnudaré mi alma para él. Lo más probable es que nunca más quiera saber nada de mí, sin embargo, estoy decidida. No más mentiras. No más secretos. Dejaré que él también se explique y tal vez, sólo tal vez, así podamos tener una nueva oportunidad.

Roberto llama a nuestra puerta pasadas las nueve de la tarde. Sofía le acompaña con un vestido negro corto, de tirantes muy finos, y unos tacones negros que le hacen parecer una diosa del Olimpo. La melena rubia le cae por los hombros y enmarca su preciosa y fina cara.

Yo he optado por un vestido color *nude* ajustado, con escote delantero y cuello *halter* de *Missguided*, unas botas de ante, estrechas y por encima de las rodillas, de *Kick It Off*, y mi chaqueta *biker*, de cuero negra, preferida. Sara cubre su cuerpo con un mini vestido rojo, escotado y de encaje, de *LoveTriangle*, con unas sandalias de tacón negras de charol y un abrigo estilo *Ultimate Cocoon* de *Asos*.

Bajamos los cuatro en el ascensor y, como siempre, nos retocamos los labios. Esta vez utilizo el color borgoña oscuro de *MAC*. Siento que le estoy siendo infiel al rojo intenso de *Ruby Woo*, pero, por mucho que lo adore, no me conjuntaba en absoluto.

—Estás espectacular —susurra Roberto en mi oído. Hace que me sienta incómoda. Se está acostando con mi amiga, después de haberseme declarado. A ella esto último no parece importarle, ni a él tampoco. Sé que para ellos el sexo es sólo sexo, pero para mí no y quiero que lo comprendan.

—Gracias —le miro un segundo y meto el lápiz de labios en el *clutch* negro con dibujo de manos unidas, de *Disney*—. ¿Te llegaron las fotos?

Asiente como respuesta. El ascensor se abre y salimos a la calle. Roberto va a buscar su todoterreno, que ha aparcado más abajo, mientras nosotras esperamos en la puerta de mi edificio. Sara habla por teléfono con alguien del trabajo y, por su tono de voz, comprendo que no me gustaría ser



la persona al otro lado de la línea.

—Dani —me llama Sofía y su tono condescendiente me pone nerviosa—. Tengo que contarte algo...

El sonido del claxon del coche nos avisa de que Roberto nos está esperando aparcado en doble fila, entorpeciendo el tráfico. Caminamos todo lo deprisa que los tacones nos dejan y entramos en el coche.

—¿Podéis ser más rápidas? Entrad antes de que nos maten.

—No me jodas, tronco. Cállate o te asesino yo con el tacón de doce centímetros —Sara se sienta junto a él—. ¿No tienes amigos?

Sofía y yo nos reímos.

—Eso mismo me pregunto yo cada día. No sé cómo os aguanto. Os bajo y os vais andando —nos dice a todas. Las tres nos abalanzamos sobre él y le abrazamos. Da un volantazo y casi chocamos contra una farola—. ¿Estáis locas?

Volvemos cada una a nuestros asientos, nos ponemos el cinturón de seguridad y Sara, que está sentada delante, empieza a toquetear la radio, buscando algo de música decente.

—¿Es posible escuchar buena música en este coche?

—*Deep Purple* es uno de los mejores grupos de rock de la Historia.

—Sí, de la época del hombre de Neandertal.

—Se llama cultura musical.

—Se llama muerte por aburrimiento.

Roberto pone los ojos en blanco y deja a nuestra amiga por imposible.

—He reservado en *The Paris* —cambia de tema.

Escuchar ese nombre me pone nerviosa. En ese restaurante, Fernando me presentó a Alejandro, aunque no era la primera vez que nos veíamos. Cierro los ojos y me digo a mí misma que eso no significa que vaya a estar allí. Hay cientos de restaurantes pijos como ese por todo Madrid. Quiero hablar con él, ser sincera, pero esta noche no es el momento. Necesito pensar y darme tiempo. Olvidar, por una hora, todo lo que me rodea y ver las cosas con perspectiva dentro de un par de días. Bajamos del coche y recuerdo que Sofía ha estado a punto de decirme algo y el claxon nos interrumpió.

—¿Qué querías decirme? —pregunto, mientras cruzamos la carretera. Veo cómo Roberto le hace un casi imperceptible gesto con la cara. Les miro a

ambos cada vez más alterada—. ¿Qué ocurre?

—Nada, vamos a pasarlo bien —Roberto me coge del brazo y tira de mí, pero yo no me muevo del sitio.

—No me moveré hasta que me digáis qué coño está pasando.

Roberto me suelta y me mira serio.

—Ayer salí con unos amigos después del desfile. Alejandro estaba cenando en *La Lola* con una mujer —dice, resignada, Sofía. Se me cae el alma a los pies. Lo que sospechaba. Después de la exposición de la sala *El Águila*, llevó a cenar a Marina—. Lo siento. Creí que debía decírtelo —se disculpa.

—No importa, no estamos juntos —y yo, mientras, me estaba tirando a Álvaro. Comienzo a caminar, sin embargo, me tiemblan hasta los dedos de los pies. Su frase: «No empieces a jugar porque perderías», resuena a voces en mi cabeza una y otra vez.

«No puedes echarle nada en cara. Te estabas follando a Álvaro».

Mi subconsciente repite lo que ya he dicho yo, arrollador y cruel. Pero lleva razón, no tengo derecho a enfadarme ni a echarle nada en cara. Entramos en el restaurante, Sara nos está esperando en la barra.

—¿Dónde os habíais metido?

Ninguno contestamos a su pregunta. Pedimos cuatro copas de vino, mientras esperamos a que nos den una mesa.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Roberto, poniéndose a mi lado y rodeándome la cintura. Asiento y doy un sorbo al vino tinto. Después de discutir sobre música durante más de media hora, el camarero nos acompaña a una mesa para cuatro. Nos sentamos y pedimos la comida.

—El mejor grupo de la Historia es Héroes del Silencio —dice Roberto y yo apoyo su opinión.

—Las letras no tienen ni pies ni cabeza. ¿Me podéis decir sobre qué versa "*La chispa adecuada*"? —Sara sigue en sus trece, tomando represalias contra el *rock and roll*.

—Eres una obtusa. Es una de las mejores baladas de la historia de la música española. Habla del amor y del desengaño —apunto, consternada.

—Bah. Esos no sabían ni lo que cantaban.

Le huelo antes, incluso, de llegar a verle. Giro la vista hacia la

izquierda y su presencia me da una bofetada. Está apartando la silla a su esbelta y sofisticada acompañante, mientras le sonrío. Me quiero morir.

## DESPUÉS DE QUERER MORIRME

Agacho la cabeza y Sara se da cuenta del cambio en mi estado de ánimo. Mira a nuestro alrededor y no tiene que preguntar qué me pasa. Roberto y Sofía captan lo que sucede también al instante.

—Es un cabrón —dice Sara.

—Déjalo. No me voy a sentir mejor por eso —me siento peor. Con la mirada le recuerdo que yo estoy siendo una hija de la gran puta. Así lo diría ella.

—Pero no deja de serlo —contesta de todas formas.

—Joder. ¡Qué bueno está! Me recuerda a Henry Cavill —Sofía piensa en voz alta, ajena a toda la situación. Sara le da un manotazo en el brazo por su comentario y casi tira la copa de vino que sostiene en la mano.

—No era necesaria la puntualización —le regaña.

—¡Pero es totalmente cierta! —replica la rubia, un poco mareada. La morena voltea los ojos, indicándole que no es buen momento—. Lo siento —dice, arrepentida, mirándome ahora a mí.

—No importa. Estoy bien —susurro, tratando de parecer segura.

—No es la misma mujer de ayer, Dani —Sofía me coge la mano y la aprieta. Lo sé. A ésta no la conozco de nada. Está jugando. Y fuerte.

—¿Quieres que nos vayamos? Finjo que me está dando un infarto y nos largamos sin pagar ni el vino y, cuando pasemos por su lado, le escupo en el carísimo traje que lleva —propone Sara.

—No voy a salir corriendo.

—Esa es mi chica —mi medio hermana levanta la copa y los tres la seguimos.

—Por una noche espectacular —brinda Roberto. Terminó con el vino de un trago y vuelvo a llenarla.

El camarero nos trae la comida e intento ignorar al dios griego del sexo,

del que estoy profundamente enamorada y que cena con otra mujer tres mesas más allá. Afortunadamente, no se ha percatado de nuestra presencia y lo agradezco, pero, como soy una kamikaze, no puedo dejar de mirarle. Hablan entretenidos y ella sonríe más a menudo de lo que me gustaría. Él parece preocupado. Está serio, le conozco y, aunque se encuentra cómodo con la compañía, no se siente tranquilo. Pero nadie lo diría. Emanada seguridad. Está guapísimo. Lleva un traje de chaqueta negro con camisa blanca, sin corbata y desabotonada en el cuello. La chaqueta cuelga de la silla y la camisa se pega a la piel, dejando entrever su fornido y escultural cuerpo.

—No te martirices —Sara me saca de mi ensoñación—. No es tan guapo —miente, descaradamente, intentando hacerme sentir mejor.

—Necesito ir al baño.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Sólo necesito despejarme un poco.

Me levanto y decido dar un rodeo para no encontrarme con ellos. La jugada me sale bien. Consigo pasar desapercibida entre la gente y llegar al aseo sin ningún percance (tipo tropezar con el camarero, tirar la bandeja al suelo y llamar la atención de manera exagerada de todo el restaurante y, en especial, de él). Lo he visto en muchas películas. Esas cosas pasan.

Termino de refrescarme y salgo al pasillo que separa el baño de las salas. Paro en seco al recordar lo que sentí la primera vez (que recordaba) haber visto a Alejandro. Fue en este mismo lugar. Me dejé la barra de labios en el baño y él me cogió del codo y me la entregó. La misma sensación electrificante me recorre el cuerpo y cierro los ojos. Me dejo caer de la pared, tratando de tranquilizarme. Una palabra me hace volver de golpe a la realidad.

—Dani —esa voz ronca, a menos de un metro de mí, consigue que me tambalee. Abro los ojos y lo tengo frente a frente. Está guapísimo. Su supremacía me recorre el cuerpo con tan sólo mirarme. Podría hacer conmigo lo que quisiera. Afortunadamente, no lo sabe. O espero que no lo sepa. Hago caso omiso a mi cuerpo traidor y lo obligo a que camine. Cuando paso por su lado, me agarra de la muñeca—. ¿Qué haces aquí?

No contesto. Y no puedo evitar que mis ojos se queden clavados en sus mullidos labios. Debería haberme llamado Alicia, últimamente me identifico mucho con ella. Caigo por la madriguera más veces de las que me gustaría.

—Creí que te ibas fuera el fin de semana... —dice, con voz ronca y sensual, mientras acaricia mi muñeca y gira la pulsera que siempre me acompaña, comprobando que llevo la flor que me regaló. Lo sabe muy bien, le he visto fijarse durante estos días. Tiro del brazo y me suelto.

—Y no te gusta perder el tiempo —me descubro, más dolida de lo que me gustaría.

—No es lo que piensas.

—Nunca lo es.

«No tienes derecho a echarle nada en cara».

Cállate.

Me agarra de la cintura y me atrae hacia él. Intento soltarme, pero es en vano. El poder que ejerce sobre mí hace que me sienta pequeña e insignificante a su lado. Huele tan bien...

—Están siendo los días más largos y frustrantes de mi vida. Tenerte tan cerca y no poder follarte... No sabes lo que me haces.

—Por lo visto nada que no te pueda hacer otra. Suéltame.

Pero hace todo lo contrario. Pega más su cuerpo al mío y susurra sobre mis labios. Puedo notar su aliento sobre mí.

—No sabes lo que te echo de menos —susurra con la voz más sensual y ronca que he escuchado nunca. Todo mi cuerpo se electrifica. Y yo también a él, aunque pueda parecer todo lo contrario. Estaba decidida a dejar que se explicara, a explicarme y dejar abierta la posibilidad de otra oportunidad, pero después de esto... no sé qué pensar. Le empujo y lo aparto lo suficiente como para poder verle la cara. Está consternado y enfadado, aprieta la mandíbula y compruebo que trata de controlarse.

—Dani, ¿estás bien? —dice Roberto a mi espalda.

—Tú —ladra Alejandro, enfadado.

—Déjala en paz.

—No es de tu incumbencia —me da miedo el tono de su voz.

—Por supuesto que lo es. Eres un maldito cabrón...

Alejandro se abalanza sobre él, pero consigo agarrarle en el último momento. Puedo notar su corazón acelerado bajo el pecho y la respiración entrecortada sobre mi mejilla.

—¿Piensas romperle la nariz a todos mis amigos? —no me hace caso

—. Por favor —le suplico—, no montéis una escena aquí —les pido a ambos, pero mirando a Alejandro, quien no aparta su amenazante mirada de Roberto—. Mírame —le pido solícita. Lo hace—. No tienes derecho a hacer esto. Lo perdiste cuando me utilizaste por unos cuantos millones.

«Olvidado... Ya...».

No puedo descifrar el semblante de su cara. Juro que pensaba perdonarle y hacer borrón y cuenta nueva, al menos por mi parte, pero no soporto que se comporte así, como si yo fuera suya, creyéndose con derecho a tratar a golpes a todos mis amigos.

—Roberto tiene razón. Déjanos en paz —le agarro del brazo y le insto a que salgamos de allí.

Llegamos a la mesa, consternados. Con una sola mirada, Sara entiende qué ha podido pasar en el baño y a quién me he encontrado. Pocos minutos después, observo a Alejandro sentándose junto a su acompañante. Está serio, pero intenta seguirle la conversación a la mujer que tiene frente a él. Yo sólo tengo ganas de arrancarme la piel a tiras y que el dolor físico enmascare el de mi alma. Nuestras miradas conectan en un par de ocasiones, pero la retiro antes de que pueda atraparme con ella.

Terminamos con la tercera botella de vino y salimos del restaurante. Alejandro y su amiga abandonaron el lugar hace más de media hora, poco después del encuentro en el pasillo del baño. Se lo agradecí al dios de la tranquilidad cuando los vi levantarse. Sin embargo, empecé a maldecir justo después, cuando mis ojos se posaron en la mano de ella agarrando, con intimidad, el brazo de él. Argg.

—¿A dónde quieren ir las señoritas? —pregunta Roberto, mientras se incorpora al tráfico nocturno madrileño—. Conozco un nuevo garito...

—Al club *Adara* —le corto antes de que diga el nombre.

—Dani, no es necesario... —dice Sara desde el asiento trasero. Me he sentado de copiloto después de una larga y tediosa conversación sobre qué música íbamos a escuchar.

—Sí lo es. De todas formas, esa mujer no tiene pinta de haber pisado una discoteca en su vida —seguro que en estos momentos Alejandro le está arrancando la ropa interior de *La Perla*. Puta vida.

—¿Estás segura? —pregunta Roberto.

No.

—Sí.

Mi amigo me mira y me aprieta la rodilla izquierda con la mano, después de cambiar de marcha.

—Podemos ir a otro sitio.

—He dicho que no —no quiero esconderme y dejar de ir a los lugares que siempre he frecuentado. Si él está haciendo su vida, yo también pienso hacer la mía.

«La has estado haciendo, Daniel Sánchez Duarte», me recuerda mi subconsciente.

—Pues lo dicho. Al club *Adara* —Sara da una palmada—. Busca un cajero. Me he quedado sin dinero —le da una colleja a Roberto.

—¡Ay! ¿Pretendes que nos matemos?

—Y pon música —ignora la pregunta—. Algo bueno. No el "Color Morado Oscuro" ese.

Nuestro resignado amigo pone los ojos en blanco y no le contesta. Toquetea los botones de la radio y sube el volumen. Suena "*Bang My Head*" de David Guetta y Sia. Nos ponemos a cantar y a bailar como si nos fuera la vida en ello. Las cinco o seis copas de vino que corren por mis venas me ayudan a olvidar lo que acaba de pasar.

Entramos en el club sin esperar la enorme cola. Como siempre, Joan, en cuanto nos ha visto, ha abierto la cadena de la entrada VIP y nos ha acompañado hasta el reservado que parece ser nuestro. Esto me ha cabreado bastante, he vuelto a sentirme vigilada y controlada. ¡Mierda, joder!

Gema, la camarera que siempre nos atiende y que le pone ojitos a Roberto, deja nuestras copas sobre la mesa antes de pedir las. Sabe exactamente qué tomamos cada uno. Miro a mi izquierda y Joan discute con Sara. No escucho lo que dicen, pero gritan muy acalorados. Tras unos instantes de tensión, se besan apasionados. Centro mi atención en Roberto y su cara me indica que no le importa lo más mínimo. Se da cuenta de lo que pienso.

—El sexo es sólo sexo. Sólo lo pasamos bien un par de veces —me



aclara. Soy demasiado transparente. Me cabreo conmigo misma.

Cuando los tortolitos terminan de besarse, me acerco a Joan.

—¿Está Alejandro en el local?

—No ha llegado.

La respuesta me incita a preguntar si lo que quiere decir es que tiene que llegar. Si vendrá esta noche a joderme la fiesta o no, pero me callo. No quiero ponerle en un aprieto. No sé lo que sabe. Desconozco las órdenes que le han dado y su opinión real sobre mí. Vuelvo junto a Roberto y Sofía y me termino el gin-tonic de un trago. Ella me mira con los ojos como platos.

—Tenía sed —me encojo de hombros.

—Ya veo —da un toquecito confidente en mi hombro con el suyo.

A los pocos segundos, la camarera me trae otra copa y aprovecha para darle un repaso a Roberto. No entiendo por qué pasa de ella. Es muy atractiva, no muy alta, pero tiene un cuerpo perfecto y una cara preciosa.

—No es mi tipo —me dice mi amigo.

—¡Deja de leerme la mente! —grito en su oído, a la vez que me mareo. Me agarro a sus hombros y él me atrae hacia sí por la cintura—. No te he dado las gracias por lo de antes —sonrío. Salvó a Caperucita de las garras del lobo.

—No hace falta. Somos amigos, haría cualquier cosa por ti —me da un breve beso en la mejilla—. Vamos a bailar —gira mi cuerpo varias veces seguidas y caemos arremolinados sobre el sofá de cuero blanco que está a nuestro lado, riendo a carcajadas.

Sara y Sofía bailan junto a la ventana del balcón desde donde se ve toda la sala.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí revolcados sin mí? —Sara tira de mi brazo, poniéndome de pie—. Vamos a la pista de baile. ¡Mimeticémonos con el ambiente!

En realidad, creo que ha dicho «*ninetecimonos con el ambiente*», pero no puedo asegurarlo, no tengo muy claro quién está más borracha de las dos.

Bajamos las escaleras agarrados de las manos para no caernos. Puedo asegurar que Roberto casi me lleva en brazos. Paramos en el centro de la sala. Las luces rebotan en las paredes al compás de la música. Suena "*Adventure Of A Life time*" de Coldplay. Me termino la que debe ser mi tercera copa y la

dejo sobre la barra más cercana a nosotros. Antes de girarme, siento unas manos agarrar mi cintura y una voz susurrarme al oído.

—No me lo puedo creer.

Yo tampoco. Jose me mira con cara de felicidad absoluta.

—Hola, Joseee —alargo demasiado la última letra, delatando mi estado de embriaguez.

—Estás... guapísima —sonríe, intentando parecer sexi sin conseguirlo. No entiendo por qué antes me lo parecía.

—Gracias. ¿Qué tal tu nariz? —pregunto dando toquecitos sobre ella con un dedo. Estoy bastante mareada.

—No fue para tanto —le quita importancia. Claro que lo fue, pero creo que el golpe más fuerte se lo llevó su ego.

—Me alegro de verte —trato de despedirme de él, pero me agarra del codo.

—¿Tienes prisa?

—Me están esperando —mentira cochina. No creo que mis borrachos amigos me echen demasiado de menos. Tal vez Roberto. A Sara y a Sofía las he dejado bailando con dos maromos de impresión.

—No me mientas —y lo dice ronroneando como los gatos. Lo juro.

—No voy a follar contigo en el baño. ¡*Never!* —vale, oficialmente estoy muy perjudicada. Lo digo segura de mí misma, sin embargo, Jose no pilla la directa, porque me atrae más hacia él, pegando su boca a mi mejilla.

—¿Estás segura de eso?

Sí. O lo estaba hasta este momento. Veo a Alejandro caminar hasta la barra VIP que está a nuestro lado, muy cerca de su acompañante a la que agarra sutilmente por el bajo de la espalda mientras le habla demasiado cerca del oído. Es un instante. A veces sólo se necesita un segundo para tomar una decisión descabellada de la que sabes que terminarás arrepintiéndote, pero es tal el fuego que siento en el pecho cuando nuestras miradas se encuentran y no hace nada por separarse de ella que me equivoco una vez más. Agarro la cara de Jose con ambas manos y le atraigo hacia mí, perdiendo mi cabeza en su cuello. No le beso, pero de lejos puede parecer que es eso exactamente lo que estoy haciendo. Cuando nos separamos, busco a Alejandro con la mirada. Ya me estaba esperando, el azul cielo de sus ojos es ahora mismo tan negro como la oscuridad del universo. Si quiere jugar, jugaremos.

—Vamos a mi casa —propone el monitor de gimnasio, asombrado. No esperaba esta reacción.

—No es buena idea —contesto, mientras observo cómo Alejandro acaricia la cara de su acompañante y le aparta un mechón de pelo, dejándolo tras su oreja. Le dice algo al oído, ella asiente a la vez que sonrío y desaparecen por las escaleras.

«Estupendo, Dani. Tú solita te lo has buscado. Le has cabreado. Y nadie juega con el maldito cabrón enchaquetado. Se va a follar a la rubia en el despacho. Buena jugada». Me va a estallar la cabeza.

—Espérame fuera. Voy a buscar el coche —Jose vuelve a insistir. Él bebe en contadas ocasiones, el alcohol engorda y su estricta dieta no se lo permite. Conclusión: puede conducir.

—He dicho que no —le aparto y me voy al baño. Tengo ganas de vomitar.

Me siento sobre la taza del váter y me llamo imbécil cientos de veces. Soy gilipollas. Me levanto la falda y me recuerdo la ropa interior que llevo puesta: un conjunto de *La Perla* de encaje negro que deja muy poco a la imaginación. Lástima que nadie vaya a verlo.

«Ni a arrancarlo». ¡Joder! Me hundo en la miseria.

Alejandro se estará follando a otra en estos instantes justo encima de donde me encuentro. Voy a impedirlo. Eso es. Voy a subir y a decirle que no me puede hacer esto. Hoy es uno de esos días en los que me siento valiente. Salgo del baño atropelladamente y tropiezo con Sara antes de salir.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —balbucea, agarrándose a la pared para no caerse. No contesto—. ¿Estás bien?

—Tengo que hacer algo —salgo del aseo.

—¿He de preocuparme? ¡No hagas nada que no haría yo! —grita mi amiga detrás de mí.

Cruzar la discoteca se convierte en una yincana. Codazos, empujones, patadas... Sólo me falta revolcarme por el barro y tirarme por una tirolina mientras grito a lo Tarzán. Cuando llego a las escaleras, deben haber pasado más de diez minutos desde que salí del baño y, al menos, veinte desde que decidí que la mejor forma de terminar la noche era cabreando a Alejandro,

dándole más razones para follarse a otra. Conclusión: debe de estar terminando de fornicar con la rubia. Argg. ¿Por qué hago esto? ¿Por qué quiero verlo?

«Porque no piensas».

No puedo pensar, estoy borracha.

«Eso, hoy le puedes echar la culpa de tu inconsciencia al alcohol».

Te crees mejor, ¿no?

«Tú sabrás».

Bebo en nuestro reservado un poco de agua fresca cuando me doy cuenta de que las conversaciones conmigo misma llegan a ser demasiado largas y preocupantes. Cualquiera diría que estoy como una chota.

«Lo estás».

Si no te callas, empezaré a creerlo.

Me armo de valor y subo a la última planta a encontrarme con lo que más temo. Sin embargo, una voz no deja de decirme que tal vez necesite verlo para dar carpetazo a Alejandro y comenzar mi nueva vida. Sí, eso es justo lo que necesito.

Camino por el oscuro pasillo flanqueado por puertas a ambos lados. Me arengo mientras intento concentrarme en llegar donde deseo. Me planto en la puerta del despacho de Alejandro y empujo la madera. No está cerrada, sólo entornada. Entro sin llamar. La primera regla para encontrar a alguien in fraganti es no avisar de tu llegada. Es de manual. La cabeza me da vueltas, no sé si por los gin-tonics o por los nervios. Puede que sea una mezcla de los dos. Me adentro un paso en la habitación y, antes de darme cuenta, unas manos, sus manos, tiran de mí y me pegan a su pecho. No me da oportunidad de reaccionar, une sus labios a los míos de manera urgente y desesperada.

—Has tardado demasiado —susurra ronco, sin dejar de besarme.

## PERDIÉNDOME EN ÉL

Me aferro a sus hombros y le atraigo más hacia mí. Él suelta mi cara y baja sus manos por mi espalda hasta llegar a mis nalgas. Las aprieta y suelto un pequeño gemido. Siento cómo sonrío. Me tiene donde sabe que puede tenerme. Entregada entre sus brazos. Me empuja, vehemente, sin dejar de besarme y me insta a que le rodee con mis piernas.

—Sabías que vendría —consigo decir entre suspiros. Me sienta sobre la mesa de su despacho.

—Creí que sabías con quien jugabas —me arranca las bragas de un tirón, a la vez que gruñe con fuerza.

—Me estabas esperando... —grito por el dolor que el elástico hace en mi piel.

—Llevo haciéndolo toda la vida —me muerde el cuello—. No lo supe hasta que te conocí.

Le desabrocho la chaqueta, mientras él me levanta lo suficiente para tirar del bajo de mi vestido y quitármelo por la cabeza. Se queda mirando mi cuerpo semidesnudo.

—No aguanto que otros te toquen. Los mataría... —crea un reguero de besos desde mis labios hasta terminar sobre mis pechos.

—¿Quién es esa mujer? —pregunto sin pensarlo demasiado.

—Nadie —se deshace de mi sujetador en un segundo y rodea con su lengua mi pezón izquierdo, mientras pellizca, con los dedos, el derecho.

—Anoche... —gimo—, cenaste con Marina... —enredo las manos entre su pelo y tiro, levantándole la cabeza para poder calibrar su reacción. Me mira consternado—. ¿Ocurrió algo entre vosotros? —trato de acompañar mi respiración y centrarme en lo importante.

«Reza a algún dios para que no te haga la misma pregunta».

Sigue sin contestar y eso me alerta al instante. Le cojo de los hombros e

intento apartarlo.

—No es lo que piensas.

—Ha sido tu prometida... —no termino la estructura de la frase porque cubre mi boca con la suya, haciendo que me olvide hasta de mi nombre.

Empuja mi cuerpo totalmente desnudo (a excepción de mis botas de tacón de ante hasta las rodillas) sobre la mesa y pego la espalda al frío cristal. Me estremezco. Él sigue completamente vestido. Me abre las piernas y se deleita observando cómo mi sexo reacciona a sus caricias. Agacha la cabeza perdiéndose en mí y siento su lengua sobre mi ya hinchado clítoris, lo lame y sopla y, justo después, lo muerde y tira de él. Arqueo la espalda de placer a la vez que suelto un fuerte grito. Vuelve a hacerlo, pero esta vez introduce un dedo, haciendo círculos con el mismo. Luego, saquea el espacio húmedo con dos y sube por mi cuerpo, llenándome de besos hasta llegar a mis labios. Su boca sabe a sexo, sabe a mí, a lo nuestro, a nosotros.

—Tú... Sólo existes tú —dice con voz áspera y sexi.

—Yo... —musito extasiada. Masajea mis pechos con la mano que no tiene dentro de mí y mis jadeos, más constantes y sonoros, le hacen saber que estoy a punto de tener un espectacular orgasmo.

—Lo siento..., siento cómo te humedeces más, cómo tu sexo se contrae... —susurra junto a mi oreja—. ¿Quieres correrte, Dani?

—Por favor... —suplico, sin ningún atisbo de vergüenza. Estoy tan excitada que no sería capaz de parar aunque toda la discoteca entrara por las puertas y empezaran a aplaudir y a jalear.

De repente, saca los dedos de mí y se aleja unos pasos. Le miro abrumada. Se está abotonando la camisa. ¿Qué coño está haciendo?

«No quieras saberlo».

—¿Qué estás haciendo? —sí que quiero.

—La próxima vez que vayas a besar a otro, piensa antes en las consecuencias que pueden tener tus actos.

¿Qué?

«¿Qué?

¿Qué?

¿Qué?».

Estoy desnuda sobre una mesa de madera y cristal. Totalmente excitada, a punto de explotar y muy, muy cabreada. Me levanto digna, me

pongo el vestido sin mirarle y camino hacia la salida. No sabe con quién está jugando.

«Eso, tú cabréalo más, a ver qué se le ocurre ahora».

—Tal vez Jose o Roberto quieran terminar lo que tú has empezado — me he vuelto loca, lo sé. No lo haría jamás, sólo quiero hacerle daño.

—Tal vez haga con Verónica o Marina lo que pensaba hacer contigo — me la devuelve, mientras mete la camisa por la pernera del pantalón de su impoluto traje. Me planto en seco. Toda la sangre que corría por mis venas se ha congelado al escuchar sus palabras. Me giro y le miro a los ojos.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

Claro que sería capaz de hacerlo.

«Si no lo ha hecho ya».

—Tú lo has querido —vuelvo a girar sobre mis preciadas botas y me dirijo a la salida, dispuesta a hacer una gran locura de la que me arrepentiré antes de terminarla. Pero no consigo girar el pomo de la puerta. Alejandro tira de mis hombros, me da la vuelta y me atrapa entre su cuerpo y la pared. Vuelve a besarme con una pasión desmedida que llega a hacerme daño. Me coge en brazos y me lleva a la pared de cristal desde donde se ve toda la sala. Pega mi espalda a ella y me muerde el labio inferior, haciéndolo sangrar. Me da la vuelta y son ahora mis pechos los que chocan contra el frío cristal, aplastándome contra él con su rígido cuerpo.

—¿Ves a toda esa gente? —entrelaza sus manos con las mías y las apoya en la transparente pared a la altura de mi cabeza. Asiento—. Ninguna volverá a tocarte jamás —susurra sensual, pero seguro, junto a mi oído—. ¿Sabes por qué? —sólo se escuchan nuestras respiraciones sobre el silencio y el leve zumbido de la música—. Porque eres mía —y esto último lo dice bajo un sonido gutural, pero amenazante. Tira de mi espalda con fuerza y grito—. Pon las manos sobre el cristal —ordena. Me agacho hacia delante y lo hago. Él coge con rudeza el bajo de mi vestido y lo sube hasta mi cintura, dejándome las nalgas al aire. Puedo escuchar acelerarse su respiración. Comienza a masajearlas con un ritmo lento y enloquecedor. A continuación, me da un cachete con una fuerza considerable, tirándome hacia el cristal. El dolor me traspasa, llegando hasta mi sexo, haciéndolo palpitar—. ¿De quién eres, Dani? —ruge. Da otro cachete y yo grito de placer—. Dilo —ordena—. ¿A quién perteneces?

—A ti... —gimo—. Soy tuya.

Gruñe a la vez que baja la cremallera de su pantalón y se introduce en mí de una fuerte estocada.

—Follarte es lo mejor.

Jadea. Grito de dolor. Y placer. Y desesperación. Y anhelo. Un sinfín de emociones explotan en mi interior, gritándome cuánto le he echado de menos.

—Alejandro...

Agarra fuerte mis caderas, clavando los dedos en mi piel y sigue entrando y saliendo, llegando hasta lo más profundo. Cierro los ojos, tratando de canalizar todo lo que está pasando.

—Abre los ojos —dictamina.

Y lo hago al instante. La gente baila mientras Alejandro se pierde en mí a un ritmo enloquecedor, partiéndome en dos. Pega su pecho a mi espalda y, con una mano, comienza a masajearme el clítoris. Entra y sale. Entra y sale. No puedo aguantar mucho más y le hago partícipe de ello.

—Me voy a correr.

—Cuando yo te lo diga —sale de mí y me da la vuelta. Agarra mis nalgas con sus grandes manos, me levanta, rodeo su cintura con mis piernas y vuelve a penetrarme sin compasión, pegando mi espalda al frío cristal.

Sigue con sus acometidas y mi boca busca desesperadamente la suya. La aparta justo antes de que choquen. Está enfadado. La arruga de su frente me indica el gran cabreo que aún tiene. Yo también estoy muy enfadada con él.

«Ya veo».

Al momento siguiente, me tumba sobre el suelo sin desconectar nuestros cuerpos y casi lloro, suplicándole que me deje correrme.

—Por favor...

—No —se arrodilla frente a mí y sigue con sus estocadas, levantándome un palmo del suelo. No puedo más. Alargo la mano e intento masajearme el clítoris. Necesito correrme, necesito hacerlo ya. Creo que voy a arder por combustión espontánea si no lo hago ahora mismo.



Atrapa mi mano antes de conseguir tocarme y tuerce el gesto de la cara por uno más duro si cabe. Me pone la mano sobre la cabeza y vuelve a tumbarse sobre mí, aplastando mi cuerpo con el suyo. Comienza a entrar y a salir más fuerte y rápido. Creo que voy a enloquecer, estoy a punto del desmayo.

—¿No aguantas más? —me embiste con una fuerte estocada que hace que el cuerpo se deslice por el suelo varios palmos—. ¿Quieres correrte?

¿De verdad me lo pregunta?

Vuelve a hacer lo mismo. Entra y sale sin compasión. Comienzo a llorar, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas, mezclándose con el sudor de mi frente.

—Esto es lo que me has hecho sentir durante toda la semana —me suelta las manos y me rodea con ellas la cara, secándome las lágrimas con los pulgares—. Córrete, preciosa, córrete para mí —mete una mano entre los dos y me masajea el clítoris, mientras acelera las estocadas. A continuación, exploto en un orgasmo devastador que arrasa todo a su paso. Cierro los ojos y todo da vueltas alrededor. Si no estuviera tumbada en el suelo, creo que caería de bruces sobre él. Alejandro gruñe mientras se derrama dentro de mí. Siento su calor y la humedad de su semen llenándome entera.

Jadeantes y extasiados, se incorpora, sale de mí y me lleva con él. Se sienta en el suelo, apoyando la espalda en el cristal y me posa a horcajas sobre sus piernas, rodeando su cintura. Mi cuerpo lánguido es fácil de manejar. Le abrazo y le beso el cuello.

—Te voy a llevar a casa —está demasiado seguro de lo que dice.

—Esto no arregla nada —espero que me entienda. Le miro a los ojos y me encuentro con el océano inundándolo todo. De repente, me levanta unos centímetros con una mano, agarrando mi cintura y vuelve a dejarme caer sobre su miembro, que de nuevo está totalmente erecto. Gimo cuando me empala completamente.

—Tal vez... esto logre convencerte —sonríe, seguro. Comienzo a moverme, pero me para, agarrándome de la cintura—. ¿Vas a venir a casa conmigo? —trato de balancearme de nuevo, pero me lo impide a la vez que sonríe.

—Sí... me voy contigo —al mismo infierno si me lo pidieras. Jadeo, casi suplico. Afloja su agarre y consigo moverme. Jadea.

—A casa —vuelve a apretarme las caderas y me da una fuerte estocada. Grito.

—Tu casa —salgo y vuelvo a entrar en él. Ambos gruñimos de placer.

—Ya lo discutiremos después —me agarra del pelo y comienza a besarme, desesperado. Yo emprendo un desenfrenado baile sobre él. Mis pechos bambolean rozando su torso desnudo, haciendo que mis pezones se tornen duros como el diamante. Alejandro coge uno de ellos y lo aprieta con fuerza. Grito de placer y le muerdo el labio inferior.

—Me has hecho... daño —le digo entre jadeos.

—No escucho quejas —se levanta conmigo encima y me tira sobre el sofá de cuero que hay al fondo de la habitación. En ese momento, llaman a la puerta. Alejandro no se detiene. Entra y sale de mí sin compasión.

—Alejandro, abre. Necesito hablar contigo —se escucha una voz femenina detrás de la madera.

—¿No... vas a abrir? —musito, como puedo, en su oído.

—Nadie va a... alejarme de ti en estos momentos —me enviste— Si quieres que abra, tendrá que ser con mi polla dentro —la saca hasta dejar sólo el glande en mi cavidad y vuelve a penetrarme con fiereza.

—No pares —suplico sin vergüenza.

—No pensaba hacerlo.

Y no lo hace. Después de varios orgasmos, caigo desfallecida sobre su pecho. Su sudor y el mío se mezclan y toda la habitación huele a sexo. El sexo más enloquecedor que he tenido hasta ahora. Han debido de pasar más de tres horas desde que entré aquí. Giro la cabeza, aún respirando con dificultad, y veo, sobre un gran monitor, que son más de las cinco de la mañana. Han pasado cuatro horas desde que subí a encontrármelo con la rubia y poder olvidarlo para siempre. Meeccc. Error. No podía estar más equivocada. Me estaba esperando a mí. Me besa la sien sacándome de mi ensoñación.

—Es tarde. Nos vamos —se mueve dentro de mí y gimo. No voy a discutir con él. No tengo fuerzas para eso. Ni siquiera creo que pueda caminar.

—Tengo que avisar a Sara —caigo en la cuenta. Levanto la cara y le miro a los ojos. Es lo más maravilloso que he visto jamás. Es impresionantemente atractivo. El sudor le perla la frente y tiene el pelo completamente alborotado. Yo, en cambio, me imagino hecha un adefesio.

—No te preocupes. Joan se encargará de ella y de tus amigos —me besa la comisura de los labios—. Eres preciosa —sonríe, es increíble cómo es capaz de decir justo lo que necesito escuchar—. Jamás me cansaré de follarte.

Se levanta, sale de mí y me pone de pie sobre el suelo. Me tambaleo. Él sonrío triunfal. Me sienta sobre la mesa y ordena:

—No te muevas de ahí. Voy a vestirme y nos iremos.

Lo hace despacio. Cuidándome y mimándome. Como si yo fuera lo único que le importara en esta vida. Cuando termina, me da un beso en la frente y me pregunta si estoy bien. Asiento con la cabeza.

—Necesito una ducha —digo exhausta.

—Los dos la necesitamos. Lo haremos en casa. Y, justo después, te meteré en la cama.

En ese momento, vuelven a llamar a la puerta. Alejandro le da a un botón que hay bajo la mesa y la abre desde donde estamos. Escucho un *clic* y Joan aparece tras ella. Se adentra unos pasos, pero no sabe qué hacer.

—Di lo que sea, Joan —le ordena, impaciente. Tiene ganas de que nos vayamos, y yo también.

—Verónica se ha marchado... bastante... alterada. Necesitaba hablar contigo. Dijo que era muy importante. Estaba... muy nerviosa —miro a Alejandro, pero él no cambia su semblante. No le ha afectado lo más mínimo lo que ha dicho y tampoco le ha importado que yo lo haya escuchado—. Me ha pedido que te recuerde que mañana habéis quedado para comer a las dos de la tarde en el *Ten con Ten*.

Mis ojos se salen de las órbitas.

—Gracias Joan. Dile a Sara que Dani se viene conmigo y encárgate de que lleguen todos sanos y salvos a casa —sé lo difícil que debe ser para él ser amable con Roberto. Joan asiente con la cabeza, se da la vuelta y desaparece por donde ha venido. Yo estoy que echo humo y si no he salido corriendo es porque... ¡No puedo! Me ha dejado totalmente extenuada.

—Tranquilízate —dice con un tono condescendiente que me saca más de mis casillas.

—No me digas que me tranquilice. Has quedado para comer mañana con una mujer.

—Son negocios. Verónica es la gerente del club, te he hablado de ella —lo dice como si estuviera regañando a una niña pequeña.

—Da igual lo que sea. Quiere acostarse contigo —le reprocho. Se toca la frente y encuentro el silencio como respuesta—. Ya lo ha hecho —qué tonta soy—. Os habéis acostado.

—Fue antes de conocerte. No tienes de qué preocuparte.

Es fácil decirlo. Habría que verlo a él si fuera al revés. Le rompería la nariz sin titubear. Resoplo. Me bajo de la mesa y cruzo los brazos. Me acerco a él, me abraza y me besa la mejilla. No le devuelvo las caricias.

—Creí que habíamos hecho las paces —susurra, rozando con su nariz mi cuello.

—Sólo hemos follado. Lo has repetido varias veces —intento que no me entretenga con sus dotes de distracción.

—Hemos hecho el amor, siempre lo hacemos, pero el sexo vainilla no me va —me lame el cuello, mientras mete una mano bajo mi falda y aprieta fuerte mi nalga izquierda. Gimo. Noto cómo vuelve a estar completamente empalmado. No entiendo de dónde saca las fuerzas—. Creo que a ti tampoco.

—Nunca... me has preguntado —se me entrecorta la respiración al notar sus dedos entre mi sexo.

—Mmm... No ha hecho falta... —mete un dedo en mi vagina que vuelve a estar completamente empapada—. Me vuelve completamente loco que siempre estés mojada para mí.

Y tú me vuelves loca a mí.. Me da otro orgasmo. Allí de pie. Abrazados. No tarda ni cinco minutos en hacerme tocar el cielo. Me ruborizo. No me avergüenza exponerme tanto ante él, sin embargo, que conozca mi cuerpo mejor que yo y pueda llevarme al límite tan rápido y en tan poco tiempo me abochorna bastante. Me lleva a casa. A su casa. No me voy a ir a vivir con él. No tan rápido. No voy a cometer el mismo error dos veces.

—Alejandro, tenemos que hablar —susurro extasiada y adormilada con sus fuertes y tatuados brazos rodeando mi cuerpo lánguido que yace sobre la cama. He perdido la cuenta de los orgasmos que me ha dado esta noche.

—Mañana —ronronea sobre mi oreja y toda mi piel se eriza. Tiene muchas cosas que explicarme aún. Tenemos muchas cosas que aclarar.

Muchísimas.

No sé si le va a gustar todo lo que le tengo que confesar.

Abro los ojos, exaltada. Sus manos rodean mi cintura con fuerza como si temiera que desapareciera. Tengo calor. Aún no ha salido el sol y no sé a qué hora nos quedamos dormidos. No recuerdo mucho después de caer rendida tras el orgasmo que me dio cuando llegamos a su ático de lujo. Justo después de ducharnos. Estoy completamente tumbada sobre Alejandro y su polla descansa aún dentro de mí. Me muevo e intento levantarme, pero no consigo deshacerme de su abrazo. Gruñe dormido y me aprieta más fuerte contra él. Vuelvo a revolverme y gimo bajito al sentir cómo vuelve a armarse dentro de mí.

—Quieres matarme —su voz es ronca y sensual. Tiene los ojos cerrados. Admiro sus fastuosas facciones. Su pelo revuelto y la media sonrisa que adorna su cara. Es... perfecto. Es... Alejandro.

—¡Eh! —me hago la ofendida—. Sólo quiero ir al baño.

—De eso nada —se mueve, haciéndome gemir—. Termina lo que has empezado —abre los ojos y la inmensidad de un océano azul me atrapa. Intenta besarme y me aparto. Abre los ojos, ofendido.

—Quiero lavarme los dientes —me explico.

—Me gusta tu sabor —acerca su boca a la mía y vuelvo a apartarme.

Me mira.

Le miro.

De repente, se levanta conmigo encima y, sin salir de mí, consigue empalarme por completo. Grito. Comienza a caminar y nos lleva hasta el baño, entre risas y gruñidos.

—¿Qué haces? —le rodeo el cuello con los brazos.

—Voy a lavarte los dientes para poder volver a follarte hasta que no te sientas las piernas.

Ah, es eso.

—Ya no me las siento. Y... creo que ya me estás follando.

—Después de lo que quiero hacerte, no podrás caminar.

Enardezco ante lo que me promete. Me sienta sobre la encimera del lavabo. Echa pasta en el cepillo de dientes y se mueve dentro de mí, consiguiendo que abra la boca. Lo introduce en ella y limpia cada rincón. Llena un vaso de agua y me lo acerca. Bebo y me enjuago rápido. Mientras lo hago, vuelve a moverse y me obligo a escupir el agua en el lavabo para poder

ahogar un grito. Su sonrisa lasciva me derrite.

—¿Puedo besarte ya?

Antes de que termine de hacer la pregunta, le devoro. Busco con mi boca la suya e introduzco la lengua, embriagándome con su sabor.

—Mmm... Menta y tú —se aparta un breve segundo y agarra mis nalgas con fuerza y las aprieta, entrando y saliendo sin compasión. Tras varios minutos, sale completamente, me pone de pie sobre el frío suelo y me da la vuelta. Ahora puedo vernos reflejados a los dos en el espejo. Proyectamos una imagen de gran intimidad—. Agárrate al mármol —ordena, mientras empuja mi espalda para que me agache. Lo hago y grito, tras sentir de nuevo su verga dentro de mí. Comienza un ritmo enloquecedor. Sale y vuelve a entrar. Las piernas me tiemblan y tengo que dejarme caer sobre el mármol para seguir en pie. Me agarra fuerte de las caderas y sigue empalándome una y otra vez—. Te he soñado cada noche... durante toda mi vida—entra y sale—. Me vuelves loco —vuelve a entrar y a salir—. Mírame.

Atrapa mi mirada en el reflejo del espejo y sigue con sus acometidas. El pelo revuelto le cae sobre la frente y me deleito con su belleza. Sus carnosos labios entreabiertos suspiran y dejan escapar jadeos inconexos. Se muerde el labio inferior y me penetra con más fuerza.

Jadeo. Cada poro de mi piel le recibe, agradecido.

Voy a correrme. No puedo aguantar más.

Grito sin poder controlarme, estremeciéndome. Siento cómo se deja ir a la vez y su fuerte gruñido retumba en las paredes del baño. Su espalda cae sobre la mía y nuestras desacompañadas respiraciones se mezclan entre sí, intentando serenarse una a la otra.

La imagen del espejo es estremecedora. Su mirada me tiene atrapada, pero, aunque no pueda apartar mi mirada de la suya, no se me escapa ningún detalle de alrededor. Nuestros cuerpos sudorosos y desnudos; el suyo, todopoderoso, sobre el mío, frágil y delgado; el vapor que chorrea por los bordes del cristal del espejo; su frente perlada; su labio, aún jadeante, sonrosado e hinchado; mi cara colorada; y los ojos brillantes.

—Vamos, necesitamos otra ducha —dice, tras varios minutos, mientras besa mi cuello y el lóbulo de mi oreja izquierda. Sale de mí y puedo sentir

toda su simiente caliente, resbalando fuera de mi cuerpo.

Me visto con la misma ropa que llevaba anoche. No tengo bragas, las rompíó, como siempre. Tengo que hablar con él y sugerirle que deje de hacerlo. Me estoy quedando sin ropa interior. Me anoto en la agenda mental pasarme a comprar lencería antes de que mis reservas se agoten. Me hago una cola alta con el pelo húmedo y me pongo las botas de ante marrón hasta las rodillas. No es el *look* adecuado para un sábado por la mañana. Necesito ir a casa y cambiarme de ropa.

Entro en la cocina y Alejandro está sentado en uno de los taburetes, leyendo el periódico. Lleva una camiseta blanca *Dolce&Gabbana* y unos vaqueros *Earnest Sewn Custom Fit* que le sientan de muerte. Claudia está haciendo el desayuno. No sé qué hora es. Me siento a su lado y mi presencia le hace levantar la cabeza y mirarme.

—Buenos días —hago una mueca de dolor por las agujetas post-sexo que me ha dejado y, el muy perverso, sonrío abiertamente, haciéndome saber que le encanta la idea de ser el culpable de que, efectivamente, no pueda casi caminar.

—Buenos días, señora. ¿Qué le apetece desayunar? —pregunta Claudia, siempre amable.

—Café, por favor.

—¿Te ocurre algo? —me pregunta Alex con una expresión bastante maliciosa. Me ruborizo al instante. No tiene vergüenza.

—Estoy bien —suelto un bufido. Él sonrío. Se acerca a mí y me besa el cuello, justo debajo de la oreja, mientras sus manos masajean mis muslos. Me pongo tensa, Claudia está a dos metros de nosotros y puede vernos si se gira un centímetro.

—¿Exhausta? —susurra, haciéndome cosquillas y yo contengo el aliento. Niego con la cabeza. Vuelve a darme un beso, esta vez cerca de la comisura de la boca, y se aparta—. Come —vuelve a coger el periódico, mientras la buena de Claudia deja dos tostadas delante de mí, mirándome con una sonrisa complacida. Acabo con el plato en muy poco tiempo. Levanto la mirada y Alejandro me observa, divertido—. Tenías hambre.

Me encojo de hombros, mientras me limpio la boca con una servilleta.

—Necesito ir a casa —por favor, di que sí.

—Tenemos cosas que hacer —responde sin hacer caso a lo que acabo



de decir y sigue leyendo el periódico. Me exaspera.

—Sí, lo primero es ir a mi casa. Necesito cambiarme de ropa — enfatizo, tratando de que lo entienda. Vuelve a ignorarme, se levanta y sale de la cocina. Imito su gesto y voy tras él. Estoy cruzando el inmenso salón, pretendiendo alcanzarlo, cuando llaman al timbre de la puerta.

—Es para ti —dice sin volverse y desapareciendo tras el pasillo que da a las habitaciones. Resoplo y me giro desesperada.

Abro la puerta y Sara está tras ella, ataviada con un chándal *Adidas* azul marino y el pelo recogido en una cola alta, bastante deshecha. Lleva una bolsa de deporte colgada de un hombro. ¿Al gimnasio un sábado por la mañana?

—¿Qué haces aquí? —pregunto, totalmente contrariada. El hecho de que haya venido a casa de Alejandro, después de todo lo que ha pasado, me parece raro, que se haya levantado a las... Tiro de su muñeca y miro la hora en su reloj... Diez de la mañana un sábado de resaca raya lo imposible.

—Eso mismo llevo preguntándome yo todo el camino —pasa por mi lado, entra y se detiene en medio del vestíbulo—. Entiendo perfectamente que te rindas a él tan fácilmente, sus dotes de convicción son extraordinarias. Sonrío. Lo sé. Un momento. Transformo el semblante. Espero que con ella haya utilizado tácticas muy diferentes a las que emplea conmigo—. Cambia esa cara, no me ha convencido a base de polvos —joder. Tengo que aprender a poner cara de póker—. Me ha llamado por teléfono. ¡A las nueve de la mañana! —levanta las manos clamando al cielo—. ¿Ese hombre no duerme? Es sábado. Ahora mismo, yo —se apunta con el dedo—, debería estar follando, no obedeciendo sus órdenes —deja la bolsa sobre el suelo. Aún no sé qué hace aquí—. Tu ropa. Espero que por lo menos tú estés aprovechando la mañana.

—¿Te ha sacado de la cama para que me trajeras ropa? —estoy asombrada, a la vez que confundida.

—Llevas un conjunto cómodo de vaqueros y otro un poco más arreglado. Me ha pedido que te trajera algo elegante. Ha dicho que ibais a salir a comer. He metido también ropa interior —camina hacia la puerta—. Por cierto, estás bajo mínimos. He mirado en el cesto de la ropa sucia y tampoco he encontrado nada. No sé qué haces con las bragas —Yo sí. Él me las rompe. Me da un beso en la mejilla y se despide—. Tengo que irme. Con suerte, mi compañía no ha abandonado la cama todavía.

Está habladora para ser tan temprano.  
—¿Quién te espera en la cama?

Se encoge de hombros y me dice adiós con la mano, mientras me da la espalda y desaparece tras la gran puerta de madera maciza de dos hojas. Respiro hondo. Cojo la bolsa y voy a la habitación. La dejo sobre la cama, me descalzo y me dirijo en busca de quien ha orquestado todo esto. Le encuentro en su despacho. Normal preguntarse por qué no hemos hablado profundamente del hecho de que me utilizó para extorsionar a mi hermano para arrebatarme *CIRP*, una empresa muy importante para él, pero la respuesta es muy sencilla. Él no ha sacado el tema y, aunque me molesta bastante, he de reconocer que me da un pánico tremendo enfrentarme a nuestros secretos. Tiene que darme muchas explicaciones todavía, sin embargo, quiero estar preparada para poder ser sincera con él y encontrar la manera de que me perdone. No le va gustar nada saber que me he acostado con su hermano, del que estuve totalmente enamorada durante más de cuatro años y al que nunca he podido olvidar del todo.

Está sentado tras su mesa, hablando por teléfono y concentrado en la pantalla del *Mac*. Aún así, cuando siente mi presencia, levanta la cabeza y sonríe. Se echa hacia atrás en su sillón y, con un gesto, me invita a que me acerque. Lo hago, pero no me siento sobre su regazo, aunque es lo que él pretende y lo que yo deseo. Tenemos que hablar de muchas cosas y no puedo dejar que me distraiga con sexo pervertido. Su cara de pícaro me dice que sabe lo que estoy haciendo.

—Sara me ha traído ropa —estoy simple esta mañana—. Quiero decir, que me ha traído ropa porque tú —subrayo—, se lo has ordenado. No quiero saber qué le has dicho para convencerla de que viniera un sábado por la mañana —sonríe abiertamente. Tiene una sonrisa perfecta.

—Todo el mundo tiene un precio —no cambia su semblante divertido.

—¿Le has ofrecido dinero? ¿Y lo ha aceptado? —me quedo boquiabierta. Ya me encargaré de ella. Se levanta y se acerca a mí. Se sienta sobre el filo de la mesa, poniéndose a mi altura, me coge por la cintura, tira, la rodea con sus brazos y me pega a él. Su olor, a limpio, a recién duchado, me envuelve de inmediato.

—Es mucho más simple que eso —me besa el cuello y me

estremezco. Suspiro—. Carlos la ha traído hasta aquí y la ha llevado de vuelta —sube hasta la comisura de mis labios y los mordisquea. Eso no explica nada. Lame mi labio inferior y después el superior. A continuación, introduce la lengua en mi boca y yo suelto un gemido a la vez que doy un saltito de emoción. Él sonríe, satisfecho. Sólo son las diez y media de la mañana y ya me estoy derritiendo entre sus manos. Qué cabrón—. Mmm... No llevas ropa interior —doy un pequeño respingo cuando aprieta mis nalgas con fuerza—. Deja de distraerme, tengo que trabajar —ronronea, mientras me muerde los labios. ¿Distraerlo? ¿Yo a él? No conoce la vergüenza.

—Tenemos que hablar —no me apetece en absoluto, sin embargo, sé que es lo correcto.

—Ahora no puedo, necesito hacer unas llamadas —termina de rozar nuestros labios y se despide con un último beso.

—Deja de romperme las bragas —recuerdo en voz alta—. Voy a tener que salir a la calle sin ellas —no le hace gracia mi broma. Me separo del todo y gruñe, pero deja que lo haga. Sonrío y, a continuación, pongo cara de compasión—. Podría irme a casa mientras trabajas —sugiero, sin tener la más mínima esperanza de que eso ocurra.

—Señorita, ¿quiere escapar de mí? —tuerce la boca en un gesto divertido. No voy a ir a ninguna parte. Me vuelvo y camino hacia la puerta—. ¿Qué vas a hacer? —pregunta. Dormir, está claro. Me encojo de hombros y no contesto—. A las dos salimos a comer —dice antes de que abandone la habitación. Me giro con una sonrisa ilusionada. Le miro desde la distancia que nos separa.

—¿Dónde piensas llevarme? —ladeo la cabeza. Se pone de pie y admiro su porte. Creo que nunca dejaré de babear al mirarle.

—Al *Ten con Ten*. Tengo una reunión de negocios —todo mi júbilo desaparece y una angustia repentina me envuelve. Lo dijo anoche. Tiene una cita con Verónica, la gerente del club. No pienso ir. Espero que lo entienda.

«Sabes que no va a ser así».

Pues tiene que serlo.

—No voy a ir —digo categórica. Se tensa al instante.

«Vas a ir y... lo sabes», me dice mi subconsciente disfrazado de Julio Iglesias. Pongo los ojos en blanco.

—Saldremos a las dos —¿ha escuchado lo que le acabo de decir?

—¿Para qué quieres que vaya? —arqueo los brazos y los apoyo sobre

mi cintura.

—¿Por qué no quieres acompañarme? —da un paso hacia delante. Su altura impone bastante.

—Me aburriría —intento convencerle. Además de no tener ganas de sentarme en una mesa con una persona que se ha acostado contigo.

—Ven —ordena rudo.

—No —niego con la cabeza.

—Ven —repite. Y su tono indica que no tiene a la suerte. Niego con la cabeza. Nos miramos, retándonos. Puedo ganar, me repito una y otra vez. Sale corriendo hacia mí y me coge fuera de juego. No reacciono. Su perfecta sonrisa, que he admirado durante el segundo que ha tardado en llegar hasta mí, cogermme y dejarme encima de sus hombros, me ha dejado noqueada.

—¡Estás loco! No voy a dejar que me convencas a base de polvos —chillo, citando las tan acertadas palabras de Sara, dando patadas y palmeando su espalda con las manos—. ¡Bájame!

Llegamos a la habitación y me tira de espaldas sobre el colchón. No puedo parar de reír. Está de muy buen humor. Le observo de pie, junto a la cama.

—Quítate las bragas si no quieres que te las rompa —ordena sonriendo a sabiendas que no llevo nada porque... ¡ya las rompió anoche! Se está desabrochando el botón de los vaqueros.

—¡No llevo! ¡Te has propuesto dejarme sin ropa interior!

—Cierto —y lo dice con la cara más sensual que nadie jamás verá. Se baja los pantalones, se los quita, los aleja de una patada y se tira encima de mí. Todo sus músculos se estiran y contraen con los movimientos de su cuerpo. Me doy cuenta de que tampoco lleva ropa interior.

—¡Tú tampoco llevas nada! —estoy muerta de la risa.

—Igualdad de condiciones —y me besa. Fuerte, mordiéndome, haciéndome daño. Y, un momento después, me empala sin compasión.

Chillo.

Jadea.

Y... me convenció.

«Pero eso ya lo sabíamos las dos».

Pasamos la Puerta de Alcalá y la plaza de Colón poco antes de las

dos. Alejandro lleva hablando por teléfono todo el trayecto. Parece estar muy ocupado hoy. No hemos vuelto a hablar en toda la mañana y parece que el humor le ha cambiado bastante. Le he pedido a Carlos que pusiera algo de música para distraerme, pero está tan bajita que casi no puedo escuchar quien canta. Giramos en la calle Ayala y el chófer nos deja en la puerta del restaurante. Alejandro, sin apartar el teléfono de su oreja en ningún momento, baja, rodea el coche y me abre la puerta. Podría haberlo hecho yo, pero me he distraído pensando en qué coño hago aquí y rumiando mis penas.

Me da la mano y caminamos hasta la puerta. Cuelga el teléfono y se lo mete en el bolsillo interior de la chaqueta. Lleva un traje gris oscuro de *Armani* con camisa blanca. Yo parezco un ogro a su lado. Voy ataviada con un vestido azul marino de manga larga, cuello barco y falda de vuelo. Menos mal que Sara ha sabido elegir los zapatos. Unos salón *Chloe de Faith* rojos. Paro antes de entrar. Alejandro lo hace a mi lado y me mira confundido.

—No sé qué hago aquí —le hago partícipe de mis dudas.

—Eres mi mujer. Quiero tenerte a mi lado.

La mandíbula me llega al suelo. ¿Su mujer? Hago oídos sordos a lo último que ha dicho. Hicimos las paces anoche. No sabría decir cuánto va a durar esto.

—Está claro que estás muy ocupado esta mañana. Yo podría irme a casa y... —comienzo a dudar. «No le mires a los ojos», me aconseja mi yo inteligente. Resoplo—. Podemos vernos esta noche.

Agarra mi mano, tira de ella y me hace entrar en el restaurante.

«Casi le convences», pincha mi subconsciente.

No tengo sus dotes.

«Él tiene muchos años de experiencia», le replico.

Pongo los ojos en blanco. Mi yo interior es cruel e inhumano.

El *Ten con Ten* es un placer para la vista y, por supuesto, para el gusto. Su cocina asturiana de calidad y asequible lo hace un sitio de referencia en la ciudad. No es la primera vez que vengo. Lo visité con Jose una vez. Este pensamiento me lo callo. No sería del agrado del cabrón enchaquetado escucharlo. Le llamo así porque me tiene cabreada. Muy cabreada.

«Más cabreadas vamos a salir de aquí». Y mi subconsciente nunca se

equivoca.

## NO ES UN BUEN MOMENTO

Nos saludan la gran barra rectangular que el restaurante tiene en la entrada y los diferentes olores que se introducen por las fosas nasales, estimulando dispares sensaciones en el cerebro. Pan recién hecho, canela, mango, anchoas... El barman baila con diferentes tipos de vasos, preparando unos cócteles exquisitos. Frente a ella, unas mesas altas, donde la gente alterna, bebe y prueba la variedad de platos que ofrece la carta. El lugar es impresionante. Bonito a rabiar. Con diferentes zonas y ambientes. ¡Tiene biblioteca! Me encanta este sitio. Estaría ilusionadísima si no supiera por qué estamos aquí y con quién nos vamos a encontrar. Bufo para mí.

El maître se acerca a nosotros y saluda al señor Alejandro Fernández (espero que se pille la ironía). Mi estado de ánimo no mejora lo más mínimo. No sé con quién estoy más enfadada. Si con él, por traerme a esta comida con Verónica, o conmigo, por ser tan fácil de convencer. El encargado nos acompaña a una mesa rectangular cubierta con un mantel blanco y perfectamente preparada. Copas y cubiertos para cada tipo de bebida y comida, respectivamente. Nunca he sabido utilizarlos correctamente. Siempre espero a que mi acompañante coja el indicado y yo le imito. De todas formas, prefiero esto a los palillos chinos. Una vez la lié muy mucho con ellos. Clara fue testigo de aquello. Todavía me echa en cara que destrozara la chaqueta de cachemir que le regaló su abuela.

Los sillones del salón son acolchados, rojos y azules. Las paredes, cerúleas, repletas de libros y de madera cortada en forma de leña, le dan al lugar un aire divertido envuelto, al mismo tiempo, en un ambiente cómodo y elegante. Nos situamos al fondo de la sala, alejados, casi estamos solos. Al acercarnos, un hombre, de unos cuarenta años, alto y moreno, se levanta a la

vez que, estoy segura, Verónica. Es rubia, alta, delgada y muy guapa. Ya la odiaba, pero ahora que la veo de cerca, la odio un poco más. Alejandro me aprieta la mano y noto cómo se tensa. No entiendo nada. Él también está contrariado.

—Osvaldo —saluda Alejandro. No esperaba encontrarle aquí, estoy segura. Me suelta y le da la mano. Osvaldo... Sara se divertiría mucho haciendo rimas con ese nombre—. Te presento a Daniel, mi mujer —y dale con “mi mujer”. Nos saludamos con un apretón de manos.

—Encantada de conocerle —respondo educada.

—¡Oh, Alex! No me dijiste que fuera tan guapa —dice Verónica, demasiado entusiasmada. Se acerca a mí y me da dos besos, sin llegar a tocarme las mejillas realmente.

Alex me ofrece la silla que tengo junto a mí. Me siento y él lo hace a mi lado. Nuestros acompañantes se acomodan frente a nosotros, uno al lado del otro. Un camarero muy amable se acerca a nuestra mesa a tomar nota de la bebida. Pido agua. Me apetece un vino, pero Alejandro no estaría de acuerdo con mi elección y no tengo ganas de discutir. No sé cuál es su problema, pero el ambiente relajado y divertido que esta mañana nos rodeaba a los dos ha desaparecido por completo.

—Tenemos que hablar —susurra Verónica a Alejandro, incorporándose un poco y acercándose a él—. ¿Me acompañas un momento?

—Ahora no —y su tono no admite discusión.

—Qué terco eres —musita de nuevo, sin embargo, yo logro escucharla. Noto la complicidad y confianza que hay entre ellos. No entiendo por qué, pero no me gusta.

—La comida aquí es magnífica. El arroz frito con zamburiñas está exquisito —Osvaldo quizá también se ha dado cuenta de la situación y de lo incómodo del momento para mí e intenta distraerme. Caigo en la cuenta de que me ha puesto en bandeja la posibilidad de llamar la atención de mi dios del sexo, aunque sólo sea un momento. Lleva pasando de mí demasiado tiempo.

—Lo sé, pero prefiero el *risotto* de sémola con trufa. Y soy fiel a los crepes rellenos de *Nocilla*. Me los pediría de primer plato si no estuviera fuera de lugar —sonríe a Osvaldo. Sí, conozco la carta.

—Pues hazlo. Alguien como tú debería poder hacer siempre lo que quisiera —me devuelve la sonrisa—. Yo me pediría la *Isla Flotante*, pero no



me lo puedo permitir.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunta Alejandro, agachándose hacia mí. Asiento con la cabeza, sin darle demasiada importancia—. ¿Con quién? —ha picado. Por muy complicado que sea su carácter, en el fondo es igual de simple que todos los hombres.

—Con Jose —ése al que le rompiste la nariz. Le miro a los ojos y me cercioro del golpe de efecto. Nuestras miradas conectan. Tocado y hundido. ¿Te molesta? Pues yo estoy aquí sentada viendo cómo susurras con una persona con la que te has acostado. ¡Y no le parto la nariz!

«Aunque ganas no te falten».

Exacto.

—Me he enterado de que has adquirido *CIRP* —dice Osvaldo, mientras pone la servilleta sobre su regazo, rompiendo el hilo de mis pensamientos. Alejandro y yo le miramos—. Si es cierto lo que se rumorea, has hecho el negocio del año. Me gustaría saber cuál ha sido el secreto para poder hacerte con ella a un precio tan irrisorio.

Acaba de sacar un tema peliagudo que Alejandro y yo aún no hemos aclarado. Trago con dificultad. Los fantasmas que había encerrados en el armario pugnan por salir. Alejandro se tensa un poco más y noto lo incómodo que está. Un instante después, se recompone y toma las riendas de la situación.

—Secretos de alcoba —sonríe forzado, sin disimular que, con la broma, le está diciendo que se calle la puta boca. Cambia de tema—. Sé para lo que estamos aquí, lo que no entiendo —mira ahora a Verónica—, es por qué. Creí que ya lo habíamos hablado.

—Lo hemos hablado, pero la decisión la has tomado tú solo —vaya, eso me suena. Me estoy poniendo más celosa por momentos.

—Estudia antes lo que te ofrezco —Osvaldo saca un papel blanco del bolsillo de su chaqueta, doblado por la mitad, y lo deja en el centro de la mesa frente a Alejandro—, después hablamos de las condiciones.

—No me interesa —dice categórico y enfadado.

—Ni siquiera has mirado la cantidad que hay escrita —señala sutilmente hacia lo que acaba de dejar sobre el mantel—. Es mucho más de lo que vale.

—¿Y por qué quieres comprar algo por encima de su valor? —pregunta irónico—. No está en venta.

El camarero vuelve hasta nuestra mesa, interrumpiendo la conversación, toma nota de la comida y se va. No he pedido los crepes de *Nocilla*, no me parecía correcto, aunque ganas no me han faltado. Me he decidido por una de las sugerencias de la carta: ensalada templada de bacalao. Alejandro ha elegido la musaca de berenjenas, y Verónica ha optado por lo mismo, alabando el gusto tan exquisito que tiene. He puesto los ojos en blanco. Creo que nadie se ha dado cuenta.

—Alejandro, piénsalo. Es una buena oportunidad —pide Verónica, solícita. Alex le mira y su iris se ha agrandado tanto que ocupa toda la esfera de sus ojos, convirtiéndolos en negro intenso. Está muy cabreado, pero lo que más me apena es su gesto de disgusto.

—No tendrás otra igual —asegura nuestro acompañante.

Un hombre rapado y trajeado se acerca a nuestra mesa y le dice algo en el oído a Osvaldo. Lleva un teléfono móvil en su mano izquierda. Éste asiente con la cabeza y se justifica ante nosotros.

—Disculpad, tengo que atender una llamada. Os doy tiempo para pensarlo. Mi oferta seguirá en pie durante la próxima media hora—se levanta y se va, desapareciendo tras una de las puertas.

—No entiendo por qué haces esto. Néstor jamás vendería el club —ladra mi hombre a la gerente rubia.

—Néstor está muerto —Verónica se envalentona y se hace el silencio. Siento ahora más que nunca que no debería estar aquí.

—Disculpad, necesito ir al baño —lo normal sería que Alejandro me ladrara y me dijera (sólo él sabe el por qué de esa manía) que no me alejara de él, sin embargo, esta vez no dice nada y eso me alerta. Este tema le afecta y me gustaría poder saber cómo ayudarlo.

Me levanto y camino en dirección al baño, pero me doy cuenta de que me he dejado el bolso sobre la mesa y vuelvo a recogerlo. Freno en seco cuando los escucho discutir. Ya conocéis casi todos mis dones, ser una cotilla redomada está entre los primeros puestos. Me escondo, disimuladamente, tras una columna.

—¿Cómo se te ocurre hacerme esta encerrona?

—He intentado hablar contigo. Anoche volví al club a hacerte partícipe de todo y ni siquiera me abriste la puerta. Estabas muy ocupado

con... ella —hace un gesto con la mano que, unido a su tono de desprecio, no me gusta nada. Alejandro parece no darse cuenta.

—Podías haberlo comentado anoche durante la cena —escupe—. Néstor no se merece que hagas esto. Te quería.

—Y yo le quería a él. Ese no es el tema.

—No, el tema es que le traicionamos en vida y tú quieres traicionarle ahora de nuevo. No se merece...

—No se merecía morir... pero no está aquí.

—Eso ha sido un golpe bajo, no te pega ni a ti —aprieta los puños sobre la mesa—. Fue un accidente.

—No olvides que yo estaba allí —y lo dice con una maldad envenenada. Puedo ver tensarse la mandíbula de Alex. Le he visto mucho más alterado otras veces, pero noto cómo intenta controlarse. Lo consigue a duras penas.

—Si lo que quieres es deshacerte de él... —dice, refiriéndose al club. Puedo oír el rechinar de sus dientes—. Compraré tu parte. Dime cuánto necesitas.

—No necesito nada. No es cuestión de dinero —se instala el silencio entre los dos—. Me he ido estas semanas porque necesitaba alejarme de... todo. Estoy enamorada de ti.

Me empiezan a temblar los tobillos, las rodillas, las caderas, los hombros, los codos, las manos...

—No digas estupideces —responde Alex, malhumorado.

—Para ser un respetado hombre de negocios, eres muy ingenuo —sonríe sin ganas—. Te amo desde hace mucho tiempo... Néstor se había dado cuenta. Por eso aquella noche...

A mi hombre le cambia el semblante, antes serio y malhumorado, por uno mucho más enfadado. Está colérico y logra contenerse con dificultad. Coge el teléfono, que aprieta con fuerza, pulsa un par de botones y se lo acerca a la oreja, cortando a Verónica.

—Necesito toda la documentación referente a las acciones de Verónica del club... —silencio—. Sí, preparado para el lunes a primera hora... —silencio largo—. Quinientos mil euros. De acuerdo. Todo sobre mi mesa a las ocho de la mañana. Llama a Michael para que esté presente —de nuevo silencio—. No, no es necesario —y cuelga.

—Quinientos mil es demasiado para un quince por ciento —está sorprendida y enfadada.

—Ya te lo he dicho. Ese club para mí no tiene precio.

—No. Ese es el precio que tiene alejarme de ti y limpiar tu conciencia.

En ese momento, me doy cuenta de que una reunión de cuatro mujeres, sentadas alrededor de una mesa a tres centímetros de donde me he escondido, me están mirando, divertidas y condescendientes. Les devuelvo el gesto y pongo cara de circunstancia. Me han pillado. Deben tener unos treinta y pocos años. Una de ellas, con el pelo castaño claro y largo, los ojos verdes y el tatuaje de una mariposa en el hombro, me sonrío y dice, confidente:

—Tranquila, todas hemos pasado por eso alguna vez —le devuelvo el gesto con vergüenza.

—No está bien desconfiar de tu marido —habla otra de ellas. Esta lleva también tinta sobre su piel: una mujer leyendo un libro sentada sobre una luna creciente a todo color. Consigue que se me corte la sonrisa que su amiga me había logrado sacar.

—Estoy de acuerdo con ella. Si te quiere, la pondrá en su lugar —dice la más morena y bajita.

—Y si no la pone, te encargas tú. A él se la cortas y a ella le quemas todos los pares de zapatos —vuelve a hablar la primera. El comentario me recuerda mucho a Sara. Me doy cuenta de que también tiene varias estrellas tatuadas en el antebrazo izquierdo.

—Yo iría y le cortarías el rollo... —intenta hablar la que hasta ahora callaba. Tiene unos ojos marrones enormes.

—Tú estarías llorando y saliendo por la puerta, gritando que por qué todo te tiene que pasar a ti —le corta la del brazo tatuado, un poco brusca. También lleva una enredadera de flores que llega hasta su muñeca. La morena pone los ojos en blanco y se cruza de brazos, enojada.

Cuando me giro, Osvaldo está sentado de nuevo en la mesa y el ambiente se ha vuelto menos tenso. Me despido de mis nuevas amigas, disculpándome por la lamentable imagen que estoy dando y las dejo debatiendo sobre el amor, la confianza y la traición. Me siento y Alejandro me mira amenazante. Me está diciendo que he tardado demasiado y que no voy a volver a irme a ninguna parte. Está enfadado, sin embargo yo lo estoy

muchísimo más. El camarero deja la comida ante nosotros y lo llamo para decirle que se ha debido equivocar.

—Perdone, pero esto no es lo que he pedido —le indico, amable.

—Crepes rellenos de *Nocilla* —mira el plato para comprobarlo. Luego vuelve a mirarme a mí—. Está bien, señora. No me he equivocado, pero, si lo prefiere, puedo cambiárselo por otra cosa.

—No es necesario —ruge, cortante, Alejandro al camarero, pero atravesando con la mirada a la persona de cuarenta años que tiene frente a él y que está intentando comprar el club *Adara*. El chico, de camisa blanca y chaquetilla negra, desaparece angustiado.

—Debería tener lo que quisiera. Yo se lo daría —le responde Osvaldo sin amilanarse, con una sonrisa provocadora en los labios. Lo ha debido pedir él cuando se ha levantado a atender la llamada de teléfono.

—Veo que no temes por tu vida —contesta Alex, sin cambiar ni un ápice su severo semblante. Habla en serio. Nuestro acompañante le sonrío cínico.

—Me consta que eres capaz de hacerlo —¿qué quiere decir con eso? Muchas preguntas me cruzan la mente. Osvaldo coge la servilleta blanca con bordados que había vuelto a posar sobre su regazo, la tira encima de la mesa y se incorpora hacia delante, amenazante—. El orgulloso Alejandro Fernández no se vende por cuatro millones y medio de euros —escupe. ¿Ha dicho cuatro millones y medio de euros? ¿Eso es lo que quiere pagar por el club? Me parece algo excesivo. Vale que es uno de los sitios de moda del país, pero no deja de ser una discoteca. Es grande, está bien situada, es impresionantemente elegante y tiene una clientela selecta a la que no le importa pagar mucho dinero por una copa. Me convengo de que esas razones son suficientes para que Osvaldo esté dispuesto a pagar esa cantidad—. No le parece suficiente —escupe, airado.

—*Adara* no está en venta. Y si lo estuviera, no dejaría que alguien como tú la convirtiera en un club de carretera —está a nada de levantarse y partirle la cara. Se pone en pie, pero hace otra cosa. Me coge de la mano y tira de mí. No ha comido nada y yo dejo el plato a la mitad. Me limpio la *Nocilla* que me cae por un lado del labio inferior con la servilleta de tela blanca bordada y me pongo de pie—. Ha sido un placer compartir con vosotros el almuerzo del sábado —dice rudo e irónico—, pero nos vamos.

Mira a Verónica.

—El lunes a las ocho en mi despacho. Tendrás lo que quieres —da la vuelta y nos alejamos un paso. Frena y yo con él. Se vuelve y comunica a la que, hasta ahora, era la gerente del club *Adara*—: Sé que tienes otras razones para hacer esto —hace un casi imperceptible gesto con la cabeza señalando a Osvaldo—. Te traerá problemas —le avisa y nos vamos.

Salgo del restaurante, literalmente, arrastrada por Alejandro. Me tenía agarrada tan fuerte de la mano que creo que la sangre ha dejado de correr por ella. El sol me deslumbra y cierro los ojos, intentando que no me ciegue del todo. Me cubro la cara con la mano que tengo libre y a lo lejos veo a Carlos de pie junto a la limusina. Nos acercamos a él a grandes zancadas. Mi hombre no entiende que no puedo caminar tan rápido como él con estos zapatos, además de que mis piernas no son tan largas como las suyas. Una pareja de ancianos que pasa por la calle nos mira asustados. Puede parecer que me está raptando. Estoy empezando a cabrearme.

Llegamos junto al chófer y éste nos saluda educado como siempre, a la vez que abre la puerta para que entremos detrás. Hago acopio de todas mis fuerzas y freno en seco un metro antes de llegar. Logro parar la apisonadora de cinco mil kilos en la que se había convertido Alejandro. Se gira y me mira. Está cabreado, la confusión cruza su rostro, pero el semblante que resalta sobre los demás es el de cansancio. De ninguna manera le gustaría que ahora mismo le llevase la contraria.

—No es un buen momento —está enfadado, pero a la vez se le ve agotado. Para mí tampoco lo es.

—No voy a subir al coche —digo decidida. Estoy harta de que me trate así. He venido en contra de mi voluntad, lleva pasando de mí desde que volvió a trabajar al despacho esta mañana, después de convencerme, a base de sexo, de que esta comida era buena idea, y ahora me saca a rastras del local. Lo que yo piense y opine no le importa nada, ¡Nada! Suelto nuestras manos y me cruzo de brazos.

—No empieces. No estoy de humor —se toca la sien con la mano derecha, mientras la otra la tiene en jarra sobre su cintura. ¿Que no está de humor? Yo tampoco.

—Me voy a casa —digo decidida, pero no me muevo. Alejandro se tensa ante mis palabras, se pone rígido y deja caer los brazos junto a sus costados. Carlos ha desaparecido dentro, dejándonos intimidad.

—Sube al coche —repite. Niego con la cabeza—. Sube. Al. Puto. Coche —ruge bajito. Todos y cada uno de los poros de mi piel se erizan, y no de miedo. ¡Maldita sea! No controlo mi cuerpo ni mis emociones cuando se trata de él. Lo odio.

—Alejandro, me voy a ir a casa —repito calmada, intentando que lo entienda—. Llevas media mañana pasando de mí. No me necesitas. No entiendo por qué me has traído —empiezo a perder la sosegada voz con la que había empezado a hablar—. ¡Me has sacado a rastras del local! ¡No puedes tratarme así cuando te venga en gana! ¡No puedes tratarme así nunca! —termino levantando la voz más de lo que quería en un principio. Ahora soy yo la que tiene los brazos en jarra. Apoya una mano sobre el capó y, con la otra, abre un poco más la puerta.

—Entra —es imposible hablar con él. Nos miramos. Nos retamos. No voy a rendirme—. Entra en el puto coche ahora o...

—¿O qué? —me envalentono—. ¿O me obligarás a hacerlo? —me estoy volviendo loca.

«Ya me había dado cuenta».

La culpa la tiene él. Me excuso.

Seguimos retándonos. Sus ojos se clavan en los míos, llegando a todos y cada uno de los rincones de mi piel. Ardo entera, pero no voy a rendirme.

—¿Piensas meterme a rastras?

En ese momento, me doy cuenta de que lo hará si es necesario. Tuerce la boca en una dura sonrisa que me desarmaría si no estuviera tan decidida a dejarle claro que no puede hacer conmigo lo que quiera cuando le venga en gana. Me giro y comienzo a caminar. No llego a dar dos pasos cuando me coge por la cintura, me levanta y me pone sobre sus hombros. Chillo del susto y le grito que me suelte. Me tira dentro de los asientos traseros del coche y entra detrás de mí. Se sienta a mi lado, pero yo me levanto muy cabreada, me acomodo lo más alejada que puedo de él en el asiento de enfrente y me cruzo de brazos, exasperada.

—Ponte el cinturón —dictamina. Me hace gracia que se preocupe por mi seguridad física cuando la mental la está destrozando por momentos.

—Estás loco —gruño bajito, sin embargo, lo hago—. Esto es un secuestro —le miro enrabieta. Él me devuelve la mirada, cabreado.

El coche comienza a moverse, incorporándose al tráfico madrileño poco a poco. Miro por la ventana y veo el trasiego de la ciudad al mediodía. Puedo notar que me está atravesando con la mirada. Se quita el cinturón que se había puesto, a la vez que me ordenaba que me lo pusiera yo, se levanta y se acerca despacio a mí. Conecta nuestras miradas. Creo que he dejado de respirar. Le veo apretar la mandíbula, al mismo tiempo que se desabrocha la chaqueta y se abre los botones de la camisa. Mi corazón ha pasado de cero a cien en décimas de segundo.

—Me has metido aquí en contra de mi voluntad —insisto, pero él hace caso omiso a mi comentario.

—Quítate las bragas si no quieres que las rompa —ordena con voz áspera y sexi. ¿Qué? Realmente ha perdido la cabeza. Por muchas cosas, pero sobre todo porque Carlos está conduciendo a un escaso metro de nosotros y el cristal ahumado, que a veces nos separa, está completamente bajado. Me está entrando el pánico. Además, no quiero estar aquí, no quiero estar cerca de él ahora.

—No vas a arreglar esto con un polvo fantástico que me haga olvidar hasta de cómo me llamo —me cruzo de brazos. Se sienta a mi lado, pero su cuerpo no roza el mío.

—Carlos —interpela al conductor—, cierra la mampara y da vueltas hasta que te lo diga.

—Sí, señor .

Conforme el cristal se va levantando con un leve ruido, mi corazón bombea sangre con fuerza hacia todas mis extremidades. No puedo controlar la respiración y Alejandro se da cuenta. Hace demasiado calor. Estamos solos.

—No voy a follar contigo —intento no tartamudear, pero no sé si lo consigo. Alejandro no dice nada. Posa la mano derecha sobre la desnudez de mi rodilla izquierda y cierro los ojos al notar la reacción de mi cuerpo a tan pequeño gesto. La masajea con cautela y, a continuación, sube despacio, haciendo círculos con los dedos, acariciando mis sensibles muslos. Sigue por debajo de la falda y llega hasta mi ropa interior donde se detiene, justo después de que se me escape un pequeño gemido.

—Quítate el cinturón y levántate —susurra junto a mi oído. Lo hago. No tengo ni que pelearme con mi subconsciente. Los dos estamos de acuerdo.



Cuando se trata de él, y de sexo con él, todo el pensamiento racional me abandona—. Quítate las bragas —también lo hago. Me encuentro de pie, un poco agachada, acatando sus órdenes, mientras Alejandro me mira desde su asiento. Tiro la ropa interior sobre el sillón a su lado, la coge y se la mete en el bolsillo. Vuelve a mirarme con semblante inalterable—. Date la vuelta, arrodíllate sobre el sillón y agárrate al pasamanos del techo —todo mi cuerpo tiembla de excitación. Cuando estoy en la posición en la que ha decidido ponerme, se levanta, se pone detrás y mete la mano entre mis piernas. Las acaricia de abajo a arriba un par de veces, las suficientes para que yo empiece a jadear. En una de las veces que llega a arriba, para, toca mi sexo despacio y, tras unos breves segundos, introduce un dedo dentro de mí sin problemas—. Para no querer que te folle, estás demasiado húmeda y complaciente—y su voz en mi oído es un sonido gutural electrificante que me abre todos los poros de la piel. Sigue jugando con su magistral dedo dentro de mí y comienzo a moverme buscando más placer—. Dilo —musita, mientras riega de besos mi espalda en dirección ascendente hasta el cuello. Gimo de placer—. No te follaré hasta que no me lo pidas por favor —introduce otro dedo y ahora son dos los que llenan mi interior. Me suelto del pasamanos, buscando una mejor posición—. No te sueltes —vuelvo a agarrarme y gruño—. ¿Quieres correrte? ¿Quieres sentirme dentro de ti?

—Sí... —no lo puedo negar.

—Pues dilo. Suplícalo —será cabrón.

—Por favor... —para y saca un poco los dedos que bailaban hasta ahora dentro de mí—. Quiero que me folles... Ahora —suplico. Aleja la mano del todo. Escucho cómo se desabrocha el pantalón y se arrodilla sobre el cuero del sillón detrás de mí.

—Agárrate fuerte y no te sueltes —dice, categórico y rudo, mientras me empala con fuerza y me agarra de la cintura.

De su boca sale un potente gruñido de satisfacción al sentir cómo mi vagina envuelve su polla y la aprieta alrededor. Yo jadeo al abrigar su gran miembro en mi espacio y sentir el calor que éste transfiere. Todo el espacio se hace mucho más pequeño y los cristales comienzan a empañarse. Abro los ojos, que había cerrado durante unos segundos para aspirar el placer que consigue darme, y observo la ciudad, a través de la ventana, que tengo delante de mí. Son las tres y media de la tarde y la gente sale de los restaurantes sonriendo y satisfechos, entran y salen de las tiendas y los

centros comerciales, pasean a sus perros, caminan junto a sus hijos y amigos... mientras el puto dios del sexo me folla sin compasión a tan sólo unos metros de ellos.

Entra y sale sin piedad. En una de las embestidas, grito sin poder aguantar por la sensación de plenitud que siento dentro de mí. Los dos gemimos al unísono y nuestras respiraciones se unen en un baile totalmente desacompañado y acelerado. Tras unos minutos, una de las manos deja huérfana mi cadera para acompañar a mi clítoris y prestarle atención.

Jadeo. Suspiro.

Jadea. Suspira.

Jadeamos. Suspiramos.

Comienza a formar círculos sobre él y sólo necesita treinta segundos y dos palabras para hacerme caer en picado y explotar:

—Córrete. Ahora —y sus palabras son órdenes para mí. Alejandro comienza a bombear más fuerte y más rápido y se derrama dentro de mí. Como siempre, está caliente y húmedo y vuelve a derretirme por dentro, alargando mi placer. Tras unos segundos, caigo exhausta sobre el sillón de cuero. Alejandro se sube la cremallera, se cierra el botón del pantalón, se sienta junto a mí y me baja el vestido. Le dejo hacer. Me siento agotada y cierro los ojos, los párpados me pesan una barbaridad. Alex me rodea con su brazo y me atrae hacia él. Noto su respiración acompañarse y ralentizarse a cada minuto que pasa.

—Si no piensas devolverme las bragas, es lo mismo que romperlas —musito sin moverme ni abrir los ojos, descansando mi cabeza sobre su fuerte torso. Siento que sonrío, pero no dice nada—. Te odio, pero te quiero mucho más —creo que digo al final. Es lo último que recuerdo. Después de eso, me quedo totalmente dormida.

Siento un calor acogedor por todo el cuerpo que me envuelve, sin embargo, noto que, desde algún punto del lugar donde me encuentro, el calor emana con mucha más potencia. Respiro profundamente y una mezcla de olores penetra en mis fosas nasales. Huele a miel y a leña. A dulces caseros y a café. A hogar. Aún no he abierto los ojos. Me siento confusa y atolondrada. A gusto en mi lugar. Donde siempre he debido estar. Un ruido lejano hace

que me despierte un poco más y mi estado de semi inconsciencia sube un grado, haciendo más real todo lo que me rodea y el lugar donde me encuentro. No es mi casa, ni la de Alejandro.

## QUIERO LLEVARTE

Mmm... Mi cuerpo lo cubre una manta color café. Lo siento relajado y tranquilo. Tardo varios segundos en darme cuenta de que el lugar donde me encuentro me suena mucho. Recuerdo haber estado aquí antes. Parpadeo varias veces y, sin moverme ni un ápice, vislumbro el color del fuego del fogón a unos metros de mí. La estancia es grande, pero la chimenea lo es mucho más. Esa es la fuente de calor que seguro le ha dado color a mis mejillas. Inspiro y lleno mis pulmones de aire caliente a la vez que cierro los ojos. Una voz al otro lado del salón me reactiva y los abro en un instante.

—Averigua quién ha sido —masculla Alejandro al teléfono, que tiene agarrado con una mano, mientras que la otra la mantiene apoyada sobre el mármol que rodea la chimenea. Sobre él descansa en orden una pila de libros antiguos de varios tonos oscuros—. No quiero ni un fallo más —está haciendo un tremendo esfuerzo por no gritar. Agacha la cabeza y se pasa la mano por el cabello. Repite el gesto un par de veces, la última vez agarra varios mechones entre sus dedos y tira. No lo parece, pero le conozco, está preocupado e intranquilo. Tras un largo silencio, sigue hablando—. Estoy seguro de que ha tenido algo que ver. Llama a Álvaro y que vuelva de Milán un par de días antes. El miércoles por la mañana os quiero a los dos en mi despacho —el silencio que viene a continuación me deja tiempo para pensar. Álvaro dijo que estaría fuera del país—. ¡Me importa una mierda lo que piense mi hermano! —sigue. Esta vez ha levantado un poco el tono de voz y se vuelve en mi dirección a mirarme, supongo que a comprobar que sigo dormida. Yo cierro los ojos para hacerle creer que es así. El ritmo cardíaco se me acelera e intento no moverme para que no lo note. Escucho sus pasos acercándose a mí—. Averigua si ha tenido algo que ver. Y ten mucho cuidado... Si algo sale mal... no me lo perdonaría nunca —y cuelga. Suspira

varias veces y tira el teléfono móvil sobre el sofá que hay junto al que yo me encuentro tumbada. Escucho de nuevo sus pasos, esta vez se alejan de mí y se pierden en otra habitación. Abro los ojos y le veo en la cocina, bebiendo de una botella de agua. Termina, la baja y la deja sobre la encimera. Abre el frigorífico, coge otra fría y vuelve hasta donde me encuentro con ésta en la mano. Se arrodilla a mi lado. Por supuesto, he reanudado “mi profundo sueño”—. Cariño... —susurra, después de besarme la frente. Creo que es la primera vez que me llama así—. Preciosa... despierta —noto sus dedos acariciando mi frente. Me aparta un mechón de pelo de la cara. Abro despacio los ojos como la mejor actriz que haya conocido Hollywood y sonrío despacio—. Hola —dice bajito, acompañando el saludo con una sonrisa amable y afectuosa—. Has dormido durante más de cuatro horas.

—¿Dónde... dónde estamos?

—En la casa de Valdemanco —sigue acariciando mi cara con mimo—. ¿Quieres agua? —me enseña la botella que tiene en la mano. Asiento y me incorporo, sentándome en el sofá. Abre el tapón antes de dármele. Me la acerca a la boca y yo la cojo, relevándolo en la labor. Me sonrío mientras sacio mi sed. Me la bebo entera. Me mira divertido, se inclina hacia delante y con su boca busca la mía. Salgo a su encuentro y nos unimos en un beso tranquilo, suave... pero húmedo e intenso. Su aroma me envuelve y, ahora más que nunca, me siento en casa. Tras algunos minutos, se aparta y gruño, quejándome—. ¿Quieres ver una película? —pregunta, familiar.

—¿Qué hora es? Me gustaría llamar a Sara —es sábado noche. Me levanto y me tambaleo, me he erguido demasiado deprisa. Alejandro me coge por la cintura para estabilizarme y me pega a él. Levanto la mirada y me encuentro con la suya.

—Creí que querrías hablar, tengo muchas cosas que explicarte —la sonrisa ha abandonado su rostro.

Mierda. ¿Ha llegado el momento? No quiero. Ya me siento bastante culpable por lo que ha pasado para que ahora sea él quien quiera darme explicaciones a mí. Soy yo la que tengo que sincerarme y decirle lo que ha pasado con Álvaro en París.

«Y en Madrid».

No se me ha olvidado.

Trato de calmarme y que no note que he comenzado a temblar.

—Estoy muy cansada. ¿Podemos dejarlo para mañana? —pido solicita.

—Quiero ser sincero contigo —se me rompe el corazón. Yo quiero ser sincera con él, sin embargo, algo me dice que, después de saber lo que le tengo que contar, todo cambiará entre nosotros.

—Lo sé... Y yo... —quiero serlo contigo, pero no lo digo, me corta antes.

—Esta bien. Vamos a ver esa película. Mañana podremos hablar —vuelve a unir nuestros labios y espero que no note que el corazón está a punto de salirse por la boca.

Me indica dónde se ubica la habitación en la que pasaremos la noche y dónde puedo encontrar una de sus camisetas para ponérmela como pijama. El dormitorio no es muy grande y en medio tiene una cama enorme de madera oscura con dosel de dos metros de ancha. La cubre una colcha beige. Me siento sobre ella y me hundo en el colchón. Introduzco la contraseña en el móvil y llamo a Sara. Son las nueve de la noche. Descuelga después del tercer tono.

—Hola, zorra. ¿Cuántas veces te ha convencido hoy para hacer algo en contra de tu voluntad? —puedo verla sonreír tras la línea.

—Unas cuantas... —sonríó yo también.

—Chica con suerte. ¿Dónde estás?

—En Valdemanco. En la casa a la que me trajo en nuestra primera cita.

—Además de dios del sexo, romántico. ¿Qué más puedes pedir?

Que sea comprensivo conmigo y entienda que lo que ha ocurrido con Álvaro no significa nada para mí. Pero sé que no va a ser así, entre otras cosas porque sí que significó.

—Parece que te cae mejor...

—Voy a darle otra oportunidad. Si la caga, le mataré mientras duerme —sé que lo dice en serio. Lo que no sé es por qué ha decidido que sea así.

—Sara...

—¿Qué pasa, cariño? —noto preocupación en su voz.

—Tengo que decírselo —quiero, de verdad, ser sincera con él.

—Lo sé, espero que lo comprenda.

—No lo hará —agacho la cabeza y, con los pies, doy toquecitos sobre la alfombra color pajiza que tengo bajo ellos.

—Dani... Lo entenderá.

—Jamás me perdonará —lo sé. Nos conocemos hace poco más de un

mes, pero sé lo suficiente sobre él para ser consciente de que las cosas cambiarán entre nosotros.

—No puedo prometerte que lo hará, pero no comiences con él con mentiras de por medio. No es buena idea.

—Lo sé... Lo haré... —suspiro—. Pronto.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana —probablemente cuando se lo diga, me eche de aquí a patadas. Me deprimó.

—Tenemos que hablar sobre tu cumpleaños —cambia de tema, tratando de animarme. Yo no tengo muchas ganas de fiesta y, después de nuestra charla, tendré aún menos.

—¿Podemos no celebrarlo este año?

—¿Estás loca? Ignoraré que me has hecho esa sugerencia. ¡Cumple treinta! Y cumplir años siempre es motivo de celebración.

Tiene razón, así que claudico.

—Esta bien, mañana por la noche hablamos.

—Prepararé chupitos y algo de comida —dice entusiasmada.

—Vale, hasta mañana —me despido.

—Te quiero.

—Y yo a ti —colgamos a la vez.

Justo antes de dejar el móvil sobre la mesita de noche, me doy cuenta de que tengo un mensaje de *WhatsApp*. Abro la aplicación y leo. Es de Clara: «Acabo de llegar a Madrid. El vuelo se retrasó varias horas. Siempre igual (caritas rojas de enfado). ¿Nos vemos mañana? Tenemos mucho de qué hablar. Me gustaría contarte muchas cosas. Espero que entiendas lo que hice y sepas perdonarme. Estoy en casa de Juan Carlos. Aún no sé cuánto me quedará. Te quiero».

Tiro el teléfono sobre la cama sin contestarle. No me apetece pensar en Álvaro. Me asquea esta situación. Soy una mala persona, me estoy convirtiendo en alguien que odio. ¿Y Clara aún tiene cosas que contarme? No estoy segura de querer saber más. Álvaro no sabía que me dejó embarazada. Yo siempre había pensado lo contrario, que me había abandonado sabiendo cómo me encontraba. Destrozada. ¿Cambiará algo lo que pueda decirme? No lo creo. Dejo de darle vueltas. Cambio el chip. Es fácil para mí. Años de

práctica.

Abro el armario, cojo una camiseta blanca de mangas cortas, me desnudo y me la meto por la cabeza. Me doy cuenta de que no llevo bragas. Se las guardó en el bolsillo de los pantalones, justo antes de empalarme con fuerza en la limusina. Resoplo, salgo de la habitación y me quedo clavada en el suelo con la imagen que tengo delante de mí. Alejandro se encuentra de pie junto a la chimenea, lleva el torso desnudo y sólo cubre su cuerpo un pantalón de pijama negro que cae sobre sus caderas, dejando que el reflejo de las llamas coloreen su perfecto cuerpo cincelado y dibujado con tinta bajo la piel. Trago con dificultad. Tras varios segundos, se da cuenta de mi presencia, me mira y sonrío.

—¿Estás lista?

No contesto. Mi mente nada perdida entre una neblina tan espesa como la que Stephen King describe en su novela. Es compacta y terrorífica a la vez. Podría perderme en ella con facilidad. Reacciono cuando camina hacia mí, acortando nuestras distancias.

—¿Puedes devolverme mis bragas? —es más una sugerencia que una pregunta, aunque no estoy segura de cómo ha sonado. No me encuentro en condiciones de coordinar cerebro-boca. Niega con la cabeza en una expresión muy, muy traviesa. Bufo.

—Por favor —suplico. Suplico mucho cuando estoy con él.

«Me he dado cuenta». Ahí está mi subconsciente, más despierto que nunca.

Pongo los ojos en blanco.

Llega hasta a mí, posa sus manos sobre mi cintura, después las baja despacio y las mete bajo la camiseta que me llega a los muslos. Acaricia mi piel y me estremezco.

—Ya te lo he dicho, no quiero obstrucciones innecesarias.

—Pero ¿sabes que robarlas es igual que romperlas? —sonrío. Todas las preocupaciones se han perdido entre la neblina de la que acabo de salir. Se encoge de hombros.

—Te las pondrás cuando no estés conmigo. Mientras estemos juntos, no quiero que las lleves —debe estar de broma.

—¿Nunca? —le sigo el juego.



—Nunca —sonríe juguetón. Creo que me va a besar, pero, en vez de eso, se aparta, une nuestras manos y me acompaña hasta el sofá—. Siéntate. Voy a por algo de comer y veremos la película.

—¿Qué peli vamos a ver? —como opte por una de acción, estaré dormida antes de los créditos de presentación.

Desaparece tras la puerta de la cocina, sin contestarme. Me acomodo sobre el sofá y mi dios vuelve a aparecer con uvas, salmón y queso en una bandeja. Es lo que cenamos la primera vez que estuvimos aquí. Sonríe para mí. Se sienta a mi lado, coge el mando del televisor y trastea con él. Me doy cuenta de que comienza *El Diario de Noah*. Le miro sorprendida. Es mi película preferida. Me devuelve la mirada con una sonrisa.

—La he visto tres veces durante esta semana, dijiste que es tu favorita —se explica. Me tiro sobre él y le abrazo. Le pillo por sorpresa y suelta una sonora carcajada. Riego de besos su cara compulsivamente—. Te agradezco la emoción, pero sólo es una película —me besa, sonríe sobre mis labios y después atrapa mi boca entre sus dientes y la muerde. Gimo. No, no sólo es una película. Yo lo sé. Y él lo sabe. Significa mucho más.

*—Quiero llevarte a un sitio especial —ronronea sobre mi oído. Estoy tumbada sobre el colchón de mi cama, pero me parece más blando de lo normal. Es como si no reconociera el lugar. Como si me hubiera equivocado de habitación. No conozco las cortinas, ni la lámpara... ni el gran armario de madera de roble que tengo frente a mis ojos. Caigo en la cuenta de que me encuentro en casa de mis abuelos. En el pueblo. Hace calor, debe ser julio o agosto—. Iremos este fin de semana —sigue la voz que me promete tranquilidad. No puedo distinguir su rostro, no hay oscuridad, sin embargo, no acierto a dilucidar sus facciones. Esa voz... Su voz. Intento moverme, pero una fuerza me lo impide—. Tengo algo importante que decirte, te tendré secuestrada dos días. Tú, yo... y nada más.*

*Comienzo a temblar. Me es muy difícil contenerme. El corazón se me acelera y consigo romper el cordón con el que parecía que tenía atadas las manos. Busco ese rostro con los dedos y palpo suave una incipiente barba y unos labios carnosos y suaves que sonríen y reaccionan con mi contacto. Me tranquilizo. Le conozco. El olor que se introduce ahora por mis fosas nasales me grita que es él. Ése por el que me despierto cada mañana sonriendo. Por el que floto, más que camino, durante el día. Ése que me hace soñar y volar.*

*Que me hace querer más de la vida, esperar más de todo. Álvaro. Sonríe.*

*—Nena, ¿eres tú? —escucho detrás de mí. Giro la cabeza y éste me mira, de pie junto a la puerta. Se me corta la respiración y me asusto. ¿Quién está en la cama junto a mí? Vuelvo a girarme y una cara que me aterriza se carcajea sin pudor. Me suena mucho, creo haberla visto antes en alguna ocasión. La cama comienza a dar vueltas como un trompo gigante y me agarro a las sábanas para no caerme por el precipicio en el que se ha convertido la habitación. El suelo ha desaparecido.*

*—Dani, agárrate —una tercera persona me ofrece su mano desde lo alto y, sin dudarlo, la agarro con fuerza. Él es quien me puede salvar. La cama cae bajo mis pies y yo grito, aferrándome al brazo que me tiene cogida con ímpetu. Un agujero negro de varios pársecs de profundidad se abre bajo mi cuerpo. Levanto la cara y los ojos de Alejandro conectan con los míos—. ¿Crees que sería capaz de soltarte?—pregunta y yo contengo el aliento. Su evidente cara de desprecio me pone en guardia en milésimas de segundo. Algo no va bien—. Confiaba en ti. ¿Por qué él? Jamás podré perdonarte —y me suelta de su agarre, dejándome caer a las oscuras y frías profundidades.*

No puedo respirar. Me levanto sobresaltada, sudando y temblando. El corazón me late tan fuerte que parece querer fugarse del pecho. Me agarro la garganta y toso repetidas veces. Acabo de tener una pesadilla. Una que me ha dejado sin aliento. Miro alrededor y compruebo que estoy sola. Inspecciono el lugar y me doy cuenta de dónde me encuentro. No es mi casa, ni mi cama, ni mi dormitorio. ¿Dónde está Alejandro?

Fugaces imágenes luminosas con distintas tonalidades atraviesan mi mente y una luz más intensa que resalta sobre las demás se apodera poco a poco de toda mi atención. Es aquí. Es esta casa. Este es el lugar al que Álvaro tenía planeado traerme justo el fin de semana que le perdí para siempre. Ese fatídico día en el que desapareció. Viajó a Barcelona por la muerte de su madre y nunca volvió a ser el mismo. Esta casa es de la familia. Alejandro lo dijo la primera vez que salimos formalmente. Venía aquí con sus padres y sus hermanos.

Comienzo a ahogarme, necesito beber agua. Me levanto y, como puedo, coordino ambas piernas para que se muevan hacia delante una detrás de la otra. Consigo llegar al baño y abrir el grifo. Me miro en el espejo y no me gusta la persona que me encuentro enfrente. La madre de Alejandro

murió, dijo que sólo volvió a España una vez, por la muerte de su madre. El recuerdo de que son hermanos jamás desaparece de mi mente, ésta me lo recuerda cada vez que tiene ocasión, sin embargo, yo lucho por evitar el momento en que todo esto se tenga que aclarar. Soy una cobarde. Lo reconozco. Me da tanto miedo perderle que prefiero no enfrentarme a todo lo que está por llegar. Optar por evitar el problema no es la solución, sólo necesito tiempo para contarle todo de una forma que lo pueda entender.

Me meto en la ducha y me refresco. Espero que el agua me aclare la mente y las ideas. Después de media hora me doy cuenta de que nada hará que Alejandro me perdone. Lo nuestro está sentenciado. Comienzo a llorar sin poder remediarlo. Una plancha de hierro aplasta mi dolorido corazón y la sangre se me congela. Tiene que entenderme. Tiene que hacerlo. Yo he podido perdonarlo a él. Él tendrá que hacer lo mismo.

## ACLARACIONES INNECESARIAS

La casa de Valdemanco no es muy grande. En pocos minutos me doy cuenta de que me encuentro sola. Me he vestido con la ropa que llevaba ayer y he bajado al salón. En la cocina hay café recién hecho y me sirvo una taza. No tengo hambre, pero necesito llenar mi maltrecho estómago con algo sólido, así que me como una galletita de una caja que encuentro sobre la encimera. Cojo el teléfono y llamo a Alejandro varias veces sin obtener respuesta. Me parece raro, sin embargo, no le doy demasiadas vueltas. Habrá salido a tomar el aire. Cuelgo y miro el reloj que ocupa media pantalla. Son las diez de la mañana. Meto la taza en el lavavajillas y observo otra enjuagada y depositada bocabajo en la parte superior del electrodoméstico. Es la única vajilla que me encuentro. Vuelvo a la habitación y, sobre una silla estilo Art Deco, forrada con una tela beige con flores de varios colores cálidos y situada en una esquina, observo mi bolsa de deporte, la misma que Sara llevó ayer sábado a casa de Alex con mi ropa. No entiendo cómo ha llegado aquí. Abro la cremallera y saco algo de ropa cómoda. Una sudadera extra grande color *nude* de *Warehouse* y unos vaqueros rotos muy desgastados por el uso continuado que les he dado durante más de cinco años. Me calzo mis *Adidas* blancas con rayas plateadas y recojo mi desordenado pelo en una cola alta e informal.

Cruzo la casa, abro la puerta de la calle y una brisa fría me despierta del todo. Observo sorprendida lo que me rodea. Me encuentro de pie en un gran porche de madera que rodea por completo la casa. Frente a mí se extiende una llanura inmensa rodeada de grandes y frondosos árboles. El color de sus

hojas me indica que no están en todo su esplendor, sin embargo, no me imagino ninguna imagen más bella. Detrás, a lo lejos, en el infinito, se levanta una pared de piedras, formando una gran muralla natural. Una montaña de kilómetros rodea todo el lugar. Las nubes cubren sólo la mitad y la oscuridad le da un halo de romanticismo a la estampa. Giro la cabeza y algo llama mi atención. Camino hasta el lado opuesto de donde me encuentro, mientras me cubro la cabeza con la capucha de mi sudadera. Hace bastante frío.

A lo lejos, y muchos metros más cerca del nivel del mar, distingo numerosas casas blancas con tejados rojizos, unas al lado de otras. Debe ser el pueblo de Valdemanco. Se ve precioso desde aquí. Bajo los siete escalones que separan el porche de un sendero que nace a tan sólo unos metros de la casa y comienzo a caminar por él. Huele a arena mojada, hierba fresca y flores salvajes. Cuando me doy cuenta, me he alejado bastante de la cabaña de madera. Miro hacia atrás y no la veo. La he debido perder de vista hace rato. Un ruido me sobresalta. Giro la cabeza y algo se mueve tras los arbustos. Hago acopio de todo mi valor —un tres en una escala del uno al diez— y me acerco con cautela. Vuelvo a escuchar algo extraño, como si alguien caminara sobre hojas secas. Me pongo muy nerviosa. Por no decir que me estoy cagada de miedo.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto con voz temblorosa, sin obtener respuesta.

«No creo que un asesino te fuera a contestar».

Contengo la respiración y atravieso los arbustos, buscando de dónde viene el ruido. Pego un brinco hacia delante cuando alguien o algo me empuja por la espalda y caigo de rodillas al suelo. Todo sucede en una milésima de segundo. Cojo una piedra con la mano derecha y me incorporo, lista para darle un golpe a mi atacante. De repente, un bulto negro vuelve a moverse detrás de mí, pego la espalda a un árbol y, justo antes de tirar la piedra sobre la cabeza de quien me increpa, me doy cuenta de que son dos cabras que han debido separarse del rebaño. Suelto el aire que había contenido y dejo caer la piedra junto a mis pies. Una risa nerviosa agita espasmódicamente mi cuerpo. Tras varios minutos, me despido de los dos animales perdidos, que sólo trataban de comer algo de hierba fresca, y vuelvo por el sendero sobre mis pasos. Junto a mis pisadas, observo un par de otra persona. Son grandes y anchas. Sin duda, no son de mujer. Pueden ser de

Alejandro, pero no las vi cuando pasé, hace una hora, la primera vez. Paro y miro a mi alrededor. No consigo ver demasiado con la arboleda, sin embargo, distingo un espacio vacío a mi izquierda y me acerco para poder avistar qué hay detrás. A unos trescientos metros de distancia me parece advertir un coche negro con una persona dentro, pero no puedo asegurarlo. Achico los ojos, tratando de distinguir mejor lo que tengo delante. No sirve de nada. Vuelvo a escuchar otro ruido a mi espalda y me giro a saludar a mis dos amigas, las cabras, pero no están. No hay nadie. Levanto la mirada y me parece ver a alguien, vestido de negro, cruzar el sendero perpendicularmente. La sangre deja de correr por mis brazos y se entumecen. Ordeno a mis piernas que caminen y mi sentido común me grita que comience a correr. Lo haría si pudiera, pero me he puesto tan nerviosa que no logro coordinar. Trato de no tropezar y vuelvo la cabeza sin pararme. Me parece ver a alguien a lo lejos. Después de mucho esfuerzo, empiezo a correr y escucho que ese paso aligera detrás de mí. Es fácil distinguir las pisadas sobre las hojas secas que han caído de los árboles durante estos días. Diviso la casa a lo lejos y me animo a seguir. Me quedan pocos metros para ponerme a salvo. Ahora sólo escucho mi respiración, agitada y desacompañada. Tengo calor, a pesar del viento helado que se ha levantado, y puedo sentir caer las gotas de sudor por mi cara. Justo antes de subir los siete escalones de madera de la casa, alguien me agarra del brazo y hala. Contengo un grito ahogado asustada y tiro con fuerza tratando de zafarme del agarre.

—Eh, ¿qué pasa? —escucho a Alejandro junto a mí. Levanto la mirada y me encuentro con la suya—. ¿Qué ocurre? —le noto preocupado. Mi cuerpo se relaja.

—Eh... Nada. ¿Has salido a correr? —pregunto lo obvio. Lleva unas zapatillas *Nike* y un pantalón de chándal gris que hace juego con la camiseta completamente mojada que se pega a su perfecto torso. Madre mía lo requetebueno que está. El sudor también le perla la frente—. ¿Venías por el sendero detrás de mí? —lo más probable es que fuera él y no un asesino que intenta matarme.

—No. He ido hacia el norte. Me gusta ir campo a través. Te he visto correr hacia la casa. Parecías asustada —dice preocupado.

—Estoy bien... Un par de cabras... —me abraza y me callo. Hundo la cabeza en su pecho y todo el miedo desaparece. Es curioso cómo alguien te puede hacer llegar a sentir. A salvo. En casa. Donde nada ni nadie puede hacerte daño. Ni siquiera tú.

—¿Te han asustado un par de animalitos? —entrelaza nuestras miradas y me sonrío cálido. Olvido lo ocurrido y no le cuento nada. La sensación de que alguien me perseguía no desaparece del todo, pero decido no parecer una loca contándole idioteces y paranoias. No voy a arriesgarme a ello. Serían imaginaciones mías, o tal vez alguien del pueblo que también ha salido a correr esta mañana. No es descabellado—. Vamos, necesitamos una ducha.

El agua caliente vuelve a caer por mi piel, relajando cada músculo de mi cuerpo. Esta vez, acompañada por el hombre más atractivo, guapo y perfecto que existe sobre la faz de la Tierra. Las siguientes dos horas las paso entre sus fuertes y tatuados brazos. No se me ocurre un lugar mejor donde pasar cada minuto del resto de mi vida.

—¿Cómo ha llegado mi bolsa de deporte aquí? —pregunto, mientras introduzco en mi boca un trozo de espinaca con el tenedor. Alejandro me mira, pero no contesta. Está sentado frente a mí en la mesa baja del salón, sobre unos cojines arrojados en el suelo de cualquier manera. El fuego de la chimenea nos rodea de calor y lo hace todo increíblemente perfecto—. ¿Cómo ha llegado mi ropa aquí? —inquiero.

—Carlos la trajo esta mañana —deja el tenedor sobre el plato y bebe un sorbo de su copa de vino.

—¿Siempre hace lo que le ordenas sin rechistar?

—Para eso le pago —dice como si fuera obvio.

—¿No tiene días libres? —hoy es domingo y se habrá tenido que levantar muy temprano.

—Estar siempre disponible forma parte de su trabajo —se levanta—. ¿Quieres más vino?

—No creo que sea buena idea, me gustaría llegar a Madrid sobria —tengo muchas cosas que hablar con Clara. Eso me recuerda que debo llamarla y quedar con ella.

—Nos quedaremos aquí hasta el lunes —desaparece tras la cocina sin darme opción a réplica. Vuelve con una botella de vino rosado: *Trapiche Malbec*, riquísimo y fácil de beber. Ya lo había probado. Una vez. Hace muchísimo tiempo. Se sienta y llena las copas, ceremonioso.

—No puedo quedarme —contraataco sin tener esperanzas de que me entienda. Muy pocas veces me hace caso ni cuenta conmigo para tomar decisiones. Es como hablar con la pared. ¿Y razonar con él? Un cuento chino.

—Por supuesto que puedes —está empezando a molestarse.

—Mañana tengo que estar en la oficina muy temprano —me excuso.

—Soy el jefe —llena las copas—, y te doy el día libre.

—No quiero desatender mi trabajo —inquiero sobre cada palabra. Recuerdo muy bien el rapapolvo por llegar tarde dos días. Me mira serio, advirtiéndome que no vaya por ahí—. Tengo citas concertadas. Álvaro no está...

—Álvaro no tiene nada que decir aquí —me corta. Clava su mirada en la mía—. Ya se lo he dejado claro. ¿Necesitas que te lo aclare a ti?

Mierda. Recuerdo la discusión que tuvieron ayer.

«Justo después de que te acostaras con él».

No volverá a pasar.

«Ya veremos».

Argg. Pongo cara de circunstancia.

—Alejandro —trato de sonar segura—, necesito volver hoy. Tengo cosas que hacer —no contesta. Comienzo a enfadarme—. ¿Me estás escuchando?

—Puedes hacerlo mañana —suena cansado—. No volveré a perderte —dice para sí, como si no supiera que lo ha dicho en voz alta.

—¿Piensas tenerme aquí secuestrada? —suelto el tenedor y levanto las manos, exasperada.

—Si es necesario, sí —me atraviesa con la mirada. Y lo dice como si nada más importara. ¡Como si no estuviera loco! Como si fuera normal tenerme aquí encerrada. Buff. Algunas veces es insoportable. Se comporta como un neandertal, es irracional. Me desespera. Me levanto como un resorte y cruzo el salón enfadada.

—¿A dónde vas? —¿de verdad me lo pregunta?

—Lejos de ti —aclaro su duda.

Me escondo en el dormitorio y cierro la puerta con el pestillo, justo después de dar un portazo con ella. Doy una patada al aire y grito. Algunas veces es insoportable. Me siento sobre la cama y cojo el móvil de la mesita de noche. Empiezo a escribir a Sara, sin embargo, me doy cuenta de que necesito hablar con ella. Escuchar su voz, ser consciente de su locura siempre me centra. Es curioso.

—¿Qué haces desperdiciando el tiempo, zorra?

—Pero ¿qué dices loca?



—Que me llames sólo significa dos cosas: que habéis discutido y que no tienes su polla en tu boca.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué haces tú? —cambio el blanco de nuestra conversación.

—Yo la he sacado para poder hablar contigo. Espero que haya un buen motivo.

—No volveré a casa hoy. Alejandro me tiene secuestrada —gimoteo.

—No me das ninguna pena. ¿Te tiene atada a la cama? Imposible, no podrías haber llamado por teléfono si las manos... Aunque si...—baraja posibilidades ella sola.

—Escucha —la callo—. Clara está en Madrid. Mañana nos acompañará en la cena.

—¡Estupendo! Tengo muchas ganas de verla —sé que lo dice de corazón. Se han hecho muy buenas amigas. Ya se sabe... Juntas contra el enemigo. Las penas unen mucho y las guerras mucho más. Yo no estoy segura de compartir la ilusión por estar con ella. Sé que tiene cosas que contarme y que la mayoría no me van a gustar. Mierda de amistad sincera. ¿No es mejor callarse que sacar la ropa sucia a relucir? No contarle todo no es mentir, es guardar cosas que tal vez sea mejor no sacar a la luz. A nadie le importa ya lo que Clara tenga que decir sobre mi relación o no relación con Álvaro durante todos estos años. Olvidar. Eso es lo que quiero.

—Nos vemos mañana —me despido.

—Espera, so puta. No te guardes los detalles para ti. Cuéntame si el secuestro está siendo tan satisfactorio como me imagino. ¿Te está sodomizando?

—Voy a colgar —aviso riéndome.

—Oh, venga ya. Dame mecha para encender una buena hoguera.

—¡Tú no necesitas encender nada! ¿A quién tienes en tu cama?

—Te lo digo si me cuentas cómo la tiene.

—Estás mal de la cabeza —cuelgo y sonrío.

Es lo que necesitaba. Ojalá encontrara la forma de tomarme la vida como lo hace ella. Sin darle importancia a las cosas que no la tienen y preocuparme sólo por lo que merece la pena. Escribo a Clara: «No puedo quedar hoy. No estoy en Madrid. Te llamo mañana y cenamos en casa. Sara se alegrará de verte». Lo envío. Y, antes de cerrar la aplicación, mis dedos se mueven ágiles sobre el teclado de nuevo. Es un mensaje corto: «¿Recuerdas a

Marco, el de los dos palmos? Pues se queda corto». Me contesta en segundos: «¡Lo sabía! ¡Lo que te debió doler el culo!».

Me río a carcajadas sobre la cama y giro sobre mí misma. Espero unos minutos y, al no obtener respuesta de Clara, cierro la aplicación de *WhatsApp*. Dejo el teléfono junto a la lamparita y abrazo la almohada. Cierro los ojos y me tapo la cara con el antebrazo izquierdo. La dura realidad se cierne sobre mí. Es imposible. Alejandro es imposible. ¿Cómo puede cargarse la comida tan maravillosa que estábamos teniendo?

—Dani —escucho su voz después de que golpee la puerta con los nudillos un par de veces—. Dani, abre.

Llevo diez minutos tumbada sobre el colchón. Tratando de poner en orden mis pensamientos. No puedo alargar más la agonía, tengo que decirle a Alex qué relación me une a su hermano, lo que aún siento por él y qué ha ocurrido... dos veces. Le voy a destrozar, lo sé porque yo lo he sufrido y sé cuánto puede doler. Sólo espero que lo entienda y que, algún día, me perdone.

—Abre o tiro la puerta abajo —cambia el tono por uno mucho más rudo y enfadado.

Me levanto y camino hasta la puerta. Llego a ella, suspiro, cojo fuerzas y la abro. Le encuentro frente a mí. Su semblante es de derrota, pero pronto cambia por uno más sereno. Entrelaza nuestras miradas, tira de mis muñecas y me abraza. Durante más de un minuto, ninguno dice nada. Quiero disfrutar de su presencia, de su olor, de su forma de mirarme. Quiero sentirle cerca, su cuerpo y su alma. Estoy segura de que, cuando sepa lo ocurrido con Álvaro, todo cambiará. Tal vez no quiera saber nunca nada más de mí.

A continuación, me agarra de la muñeca, tira para sí y me envuelve entre sus brazos. Yo me dejo acunar y me relajo. Es automático. Él es ahora mi puerto seguro. El fuego de la chimenea se refleja en los cristales de las ventanas y su calor inunda cada rincón de la habitación. El sol se pone tras la montaña y la oscuridad, poco a poco, se adueña de todo. Tiro de la manta hacia arriba, la temperatura ha bajado varios grados durante la última media hora. Exactamente desde que Alejandro se levantó a atender una llamada de teléfono y se encerró en uno de los dormitorios de arriba. Me encuentro en un

estado de duermevela que no me deja escuchar nada, sólo el repiquetear del fuego. Vuelvo la atención sobre el libro que he cogido de la pequeña biblioteca instalada en un rincón del salón e intento centrarme y comenzar de nuevo a leer la obra por excelencia del Premio Nobel Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*.

Escucho pasos en el piso de arriba y después los mismos bajando la escalera con celeridad. Alejandro pasa por mi lado y se dirige a la puerta. Justo antes de llegar, dan un par de golpes en la madera. Mi dios del sexo abre, sale y cierra detrás de él. No he podido ver quién estaba al otro lado. Me levanto y me dirijo a una ventana. Me asomo a ella y puedo reconocer la cara, es conocida: Marcus, quien me parece que es su chico de los recados. No escucho lo que hablan. Mi yo cotilla se lamenta con un chocolate humeante en una mano y galletas caseras en la otra. Abro un poco el cristal y un frío helado entra por la ranura. Si conseguir escuchar qué dicen significa congelarme la mejilla, después la calentaré junto a la chimenea.

—No me digas que no es posible. Aumenta la seguridad —ordena Alex.

—Está hecho, pero hemos rastreado cada carretera. No han podido llegar hasta aquí.

—Cuatro hombres. Uno en cada extremo de la propiedad. Volveremos mañana por la mañana. Te quiero aquí antes de las once para que lo revises todo. No puede haber errores.

—De acuerdo —le da algo en la mano—. Espero que sea de su agrado —miro frente a ellos y un *Range Rover Evoque* blanco con los cristales tintados está aparcado junto a la casa.

—Nos vemos mañana —le despide, Alejandro. Marcus se sube a un coche negro y desaparece entre la oscuridad del camino. Alejandro no se ha movido de su sitio. Mira a algo o a alguien unos metros más allá. Mete la mano en el bolsillo del chándal y saca su móvil. Marca un número de teléfono y se lo lleva a la oreja—. No voy a discutir contigo —silencio—. Estoy fuera de la ciudad (...). No es de tu incumbencia (...). Creo que hoy han estado cerca (...). ¡Claro que no! (...). He aumentado la seguridad. No estará sola, pero créeme, si le ocurre algo... —se toca compulsivamente el cabello. Pasa un largo silencio—. Envíame el teléfono. Nos vemos el martes —cuelga y mira el móvil, preocupado. Después de unos segundos, vuelve a toquetear los botones y se lo lleva de nuevo a la oreja—. Llama a Verónica,

cambia la reunión para la una de la tarde. (...). Quinientos mil euros.

Termina la llamada y, con el *smartphone* en la mano, camina un par de pasos hacia adelante, parando al filo del porche. Mira hacia ambos lados durante varios segundos y se gira para entrar en la casa. Doy un pequeño respingo y salgo corriendo a tirarme sobre el sofá y taparme con la manta. No me da tiempo a cerrar la ventana. Alejandro entra en la casa, justo después de colocarme en la posición fingida. Su mirada indescifrable se clava en la mía. Tras varios segundos, su semblante cambia a uno más amable y complaciente.

—Creí que estabas dormida —para en medio del salón.

—Me has despertado —miento. Últimamente lo hago mucho.

Sin decir nada más, camina hasta un pequeño mueble, lo abre, saca algo de su pantalón, lo introduce en un puerto usb y pulsa algunos botones. Se gira y me mira. Por los altavoces del hilo musical comienza a sonar "*The Reason*" de Hoobastank. Doug Robb comienza a cantar en inglés y la letra cala hondo en mi corazón, avisándome de que es la hora de la verdad. Alejandro sabe que puedo entender perfectamente lo que dice:

*No soy perfecto.*

*Hay muchas cosas que desearía no haber hecho,  
pero sigo aprendiendo.*

*Nunca tuve intención de hacerte esas cosas,  
así que antes de irme tengo que decírtelo,  
sólo quiero que lo sepas.*

*He encontrado una razón*

*para cambiar lo que solía ser.*

*Una razón para volver a empezar  
y la razón eres tú.*

—Tenemos que hablar —dice sin moverse.

Asiento con la cabeza no muy convencida, pero sé que es inevitable. Las manos me comienzan a temblar y trato de esconderlas debajo de la manta. Respiro varias veces y trato de tranquilizarme. Me convengo de que lo mejor es ser sinceros el uno con el otro. Una relación no puede basarse en mentiras y engaños. Alejandro comienza a caminar hasta donde me encuentro y me despierta de mi ensimismamiento. Encojo las piernas y se sienta a mi lado. La canción sigue escuchándose de fondo.

*Siento haberte hecho daño,  
es algo con lo que cada día debo vivir.  
Y todo el dolor que te causé,  
desearía poder quitártelo,  
y ser el que seque todas tus lágrimas.  
Es por eso por lo que necesito que me escuches.*

## PASO UNO: DECIR LA VERDAD

Las llamas de la chimenea se reflejan ahora en sus pupilas, convirtiendo el negro en un amarillo intenso que se mezcla con el azul, recordando a un atardecer en la playa. Desconecta nuestras miradas y agacha la cabeza, atendiendo a sus manos. A continuación, las levanta, introduciéndolas entre su cabello, y cerrando los ojos. Suelta un pequeño bufido confirmando mis sospechas. Está tan nervioso como yo.

—No sé por dónde empezar —me mira y sonrío triste. Respira hondo y cruza las manos, dejándolas sobre sus rodillas. Reflexiona antes de seguir—. Nunca me había importado nadie que no fuera mi familia. Mi padre murió cuando yo era sólo un niño y mi madre volvió a casarse. Aunque era muy pequeño, pronto comprendí que eso era lo que ella necesitaba para ser feliz otra vez. Recuerdo perfectamente la primera vez que volví a verla sonreír. Después llegó Álvaro... Todo era perfecto. Mi niñez transcurrió feliz, la rememoro con cariño. Noelia nació cuando yo ya tenía diez años, no se me olvida el primer día que la trajeron a casa... Al cabo del tiempo fui testigo de cómo mi madre volvía a perder la sonrisa. Marcos dejó de cuidarla, la desatendió... —coge aire y después lo suelta—. La engañó. Y, aunque era fuerte, no lo superó. Decidió quitarse la vida y abandonarnos a todos. Crecí sin creer en el amor. Los dos hombres que mi madre había amado la habían abandonado de una forma u otra —me coge una mano y la aprieta—. Me refugié en mis negocios. Y lo sigo haciendo. No voy a engañarte, estar a mi lado puede resultar estresante. Intento hacer las cosas bien, pero no siempre lo consigo. Contigo fue nefasto desde el principio. Sé que la culpa es únicamente mía... Sólo te pido que me entiendas —aparto la mano y me suelto de su agarre. Me rodeo, con los brazos, la rodilla. Se da cuenta de mi actuación. Él cree que es rechazo. En realidad, es culpabilidad. Sigue—. Conocía los negocios de Fernando desde hacía tiempo. Llevaba varios meses

detrás de *CIRP*. Rechazaba todas las ofertas, así que traté de negociar la compra-venta de otra de sus sociedades. Estaba pasando por un mal momento y necesitaba una gran inversión. Cientos de puestos de trabajo estaban en juego y sabía que si le daba una solución me debería un gran favor. Me agradeció lo que hice, pero seguía sin estar dispuesto a desprenderse de *CIRP*... —se levanta nervioso y camina de un lado a otro—. Yo la necesitaba para controlar el sector... —clava su mirada en la mía—. Así que encargué que le investigaran. No estaba dispuesto a utilizar a sus hijos... Aunque no lo creas, no soy un monstruo...

—Así que decidiste utilizarme a mí —le corto. Aparto la manta y me pongo de pie.

—El plan sólo era llegar a ti y que nos hicieran fotos juntos. Tal vez... —duda sobre lo que va a decir—, fuera más efectivo si estuviéramos en actitud cariñosa... —me cambia la cara y se da cuenta—. Déjame terminar — pide. Aprieto los puños junto a mis costados—. Te seguimos. Fui al club *Adara* con la sola intención de llevar a cabo lo planeado. Era fácil: conocerte, que nos hicieran unas fotos en distintas circunstancias y dejarte sin más — vuelvo a sentarme sobre el sofá, derrotada. Pongo la cabeza entre las piernas. No entiendo por qué me está afectando tanto, sabía que había sido así. Escucharlo de sus labios duele—. No podría decirte que todo cambió con el tiempo al conocerte. La primera vez que te vi... Antes de acercarme, supe que eras diferente. Lo que sentí... no me había pasado nunca. Aun así me dije que podría hacerlo. Sólo eran negocios... —levanto la cabeza y le miro. Se arrodilla delante de mí—. Lo eran hasta que te conocí —me coge las manos y yo las suelto—. No lo había planeado así... No te mentí cuando te dije que me enamoré nada más verte. Al principio no supe lo que era. Darme cuenta de ello fue difícil para mí.

Comienzo a llorar. Alejandro limpia mis lágrimas con el dorso de las manos.

—Nunca jamás te hubiera hecho daño... Traté de no seguir adelante con el plan...

—Desapareciste... —susurro. Recuerdo que estuvo varios días sin dar señales de vida. Desde la primera vez que estuvimos aquí hasta el día de la inauguración de la exposición.

—Intenté alejarme de ti... —me besa las mejillas suave y despacio. Hipo. No puedo parar de llorar—. Sshh. Lo siento. Lo siento tanto... — susurra, rozando con su nariz la mía.

Se equivocó, pero todos nos equivocamos, ¿no? Es humano. Igual que yo. Meter la pata forma parte de la vida, de nosotros mismos, del proceso de aprendizaje. Una forma de entender a los demás. Jamás olvidaré una tarde de primavera, jugaba con mi hermano y unos niños en el parque del Retiro. Fue la primera vez que mi madre me dijo que no hiciera a nadie lo que no quisiera que me hicieran a mí (regla de oro de mi progenitora... y de Kant). Un par de niños, uno más o menos de mi edad y otro un poco más mayor, me estuvieron dando la tabarra toda la tarde. Fernando trató de defenderme, pero a la edad de ocho años, poco podía hacer. Harta de aguantar empujones, no me lo pensé dos veces y tiré al más pequeño a un estanque. Creí que su madre me reñiría, pero lejos de hacerlo, le echó la charla a él. Y mi madre habló conmigo sobre el Imperativo Categórico de Kant (aunque de una forma fácil de entender, sólo tenía cinco años). Siempre he creído que llevaba razón, pero no me arrepiento del chapuzón que le provoqué a aquél pequeño demonio. En fin. Que aunque trato de centrarme en lo importante y en la posibilidad de no darle la importancia que sé que en realidad tiene, mi mente no para de dar vueltas al hecho de que callarme se asemeja mucho a mentirle. Todos mis yoes gritan a la vez, cada uno de ellos razonando de una forma diferente. Mi yo culpable se superpone a todos los demás. Se sitúa delante de ellos con una pancarta en la que escribe con letras mayúsculas que es hora de ser sincera. Mi yo insensato le da un empujón, haciendo que el cartel ruede por el suelo haciéndose añicos y se me olvide lo que acaba de aconsejarme. Le quiero tanto que me aterra que no vuelva a mirarme con la intensidad que lo hace ahora.

—Yo también lo siento... —consigo murmurar. Pego mi frente a la suya. Después de unos segundos, nuestras bocas se acercan despacio. Siento su aliento sobre el mío. Nos besamos pausadamente. Sin prisas. Enredando nuestras lenguas, entreteniéndonos en saborearnos. Mueve la cabeza de lado a lado. Me agarra la nuca con ambas manos y me retira el pelo de la cara.

—Tu locura me volvió loco. Te amo tanto... Estas dos últimas semanas han sido un calvario para mí —me acaricia el cuello. Yo también le amo. Y merece que le diga la verdad. Sin embargo, mi yo cobarde se hace cargo de la situación y me hace callar. Rompo en un llanto demoledor. Mi pecho sube y baja sin control. Alejandro me abraza fuerte y me levanta—. Sshh... —trata de calmarme. Agarra mis muslos, tira hacia arriba y me insta a que le rodee la



cintura con mis piernas. Lo hago y me lleva en brazos a la habitación. Me deja de pie junto a la cama y me mira. Vuelve a secarme las lágrimas y me besa despacio a continuación. Me tranquilizo y dejo de llorar—. Eres especial —acaricia mis hombros y mis brazos. Cuando llega abajo, mete las manos por dentro de mi ropa y roza mis costados con la punta de los dedos. Coge el bajo de la sudadera y la saca por encima de mi cabeza. La tira al suelo. Me mira con deleite y sonríe cariñoso. Levanto los brazos y hago lo mismo con su chaleco. Contemplo su perfecto torso con devoción y lo beso... sin prisas. Recorriendo cada rincón. Él suspira mientras lo hago. Le rodeo y llego a su espalda. Acaricio el ángel alado y después le abrazo. Arrimo mi pecho desnudo a su espalda y aprieto fuerte. Siento el calor de su piel sobre la mía. Me agarra las muñecas, que tengo sobre su estómago, se gira y se pone frente a mí. Se sienta en la cama, tira de mi cintura y me acerca a él. Enredo los dedos en su cabello que tengo a la altura del pecho, mientras él me besa alrededor del ombligo. Mi respiración se acelera. Mete las manos por la pernera de mi pantalón y lo baja hasta deshacerse de él—. Llevas ropa interior —tuerce la boca en una sensual y caliente sonrisa capaz de deshelar los polos—. Te gusta desobedecerme —su voz es un sonido gutural que me cala el alma. Agarra mis bragas y tira fuerte.

—No las... —gimo—, rompas —pido demasiado tarde. Me reta con la mirada, con una de esas miradas que dicen "mira lo malo que soy y lo bien que me lo paso" y las tira al montón de ropa que yace sobre el suelo a nuestro lado.

Yo me derrito un poco más. Soy como un bombón helado bajo un sol abrasador. Baja la vista hacia mi sexo y comienza a masajear mis nalgas a un ritmo enloquecedor. Sube y baja por toda la longitud de mis piernas, sin llegar a tocar el centro de mi deseo. Atiende ahora a mis glúteos, haciendo círculos sobre ellos y apretando fuerte después. Jadeo. Me atrae hacia él y me besa sobre el pubis. Lo lame y, con sus manos, me insta a que abra las piernas. Lo hago, dejando acceso pleno a mi sexo. Lame sobre él y gimo de placer. Mi corazón se ha desbocado y, cogiendo su cabeza, lo atraigo más hacia mí. Succiona el clítoris y luego lo muerde. En la habitación sólo se escuchan jadeos y gritos. Introduce un dedo en mi mojada vagina que se contrae de placer. Comienza un baile enloquecedor dentro de ella, mientras no deja de lamerme y morderme cada rincón. Tras unos minutos, todo se nubla, cierro los ojos y exploto de goce. Todas y cada una de mis

terminaciones nerviosas se tensan y destensan a la vez. Grito y jadeo. Cuando vuelvo del universo paralelo al que me ha llevado en muy poco tiempo, le miro y, como si me fuera la vida en ello, me agacho, tiro del pantalón, lo bajo, me siento a horcajadas sobre él, le agarro la suave polla con la mano derecha y la introduzco dentro de mí. Bajo y la llevo hasta lo más profundo de mi ser. Alejandro suelta un brusco jadeo. Yo grito de locura. Necesitaba sentirla dentro de mí. Es suave a la vez que dura y contundente. Comienzo a moverme. Alejandro me agarra del pelo y une nuestras bocas. Enreda su lengua en la mía. Me muerde el labio inferior y tira. Gimo. Se levanta sin salir de mí. Nos gira y me empuja contra la pared. Pega mi espalda a ésta y me empala sin compasión. Una y otra vez. Una y otra vez.

Entra y sale.

Entra y sale.

Jadea.

—¿Te gusta que te folle? —se introduce fuerte en mí. Grito. Repite la operación.

—¡Sí! —me agarro a sus hombros y echo la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos.

—Mírame —ordena. Lo hago y me besa sin compasión. Llega a hacerme daño. Vuelve a cogerme en volandas. Me tira en la cama y él lo hace sobre mí. Sigue entrando y saliendo sin parar. Rápido. Fuerte. Duro. Mis jadeos, cada vez más rápidos, son sonidos premonitorios de lo que está a punto de pasar—. Córrete —gime—. Ahora.

Lo hago. Mis músculos vuelven a contraerse y las células de mi cuerpo se derriten de placer. Siento cómo se derrama, caliente, dentro de mí. Gruñe. Jadea. Tras varios segundos, pega su pecho al mío y le siento moverse al compás de su agitada respiración.

Quiero más.

Necesito más.

Tras varios minutos en esta posición, Alejandro se remueve y siento su miembro de nuevo erecto, llenándome toda, preparado.

—Podría comenzar de nuevo —dice junto a mi oreja.

—Por favor —suplico entre respiraciones cortadas.

Siento su sonrisa a la vez que se mueve despacio, haciendo círculos con las caderas. A continuación, sale y se tira a mi lado, atrayéndome hacia él. Me besa despacio. Con deleite. Recreándose en cada movimiento. Seduciéndome. Mi cuerpo vuelve a encenderse. Me pongo encima de su cuerpo y agarro la polla, introduciéndola dentro otra vez. Su sonrisa de niño malo y perverso me pone a cien.

—Podemos esperar —dice. Me mueve y ahoga un jadeo—. O mejor te follo de nuevo —se mueve ahora él, empalándome por enésima vez. Se incorpora, sentándose sobre la cama, y vuelve a apoderarse de mi boca, mientras yo cabalgo encima de él.

Me despierto rodeada de sus musculados y tatuados brazos. Le miro con devoción y admiro despacio sus facciones. Mi mejilla, apoyada sobre su pecho sube y baja al compás de su pausada respiración. Le acaricio el torso y se remueve. Gruñe levemente y para. Me incorporo un poco, lo suficiente para poder besarle el estómago. Su calor mantiene la temperatura de mi cuerpo en muchos grados centígrados. Huele a sexo perverso y a amor.

—Dime que no eres un sueño —ronronea. Sonríe y bajo despacio hasta su miembro viril. Lo lamo y lo introduzco en mi boca. Antes de llegar a succionar ya está completamente erecto para mí. Chupo el glande con regodeo, sabe a él. Lo vuelvo a meter completamente en mi boca—. Ah... Así —me agarra el pelo y me guía. Bufa. Continúo llenándome de Alejandro, de su olor, de su sabor... Sus jadeos inundan la habitación y se introducen por mis oídos, llevándome a otra dimensión—. Para... para... —gime, tirando de mi cabeza—, o me correré en tu boca.

Me parece una magnífica idea. Es lo que deseo. Lo ansío con todas mis ganas, así que sigo chupando y succionando hasta que siento su semen derramarse entre mis labios. Trago hasta la última gota y le miro con lascivia.

Me siento guarra y sucia, pero el sexo bien hecho debe ser así, ¿no?

Eso ha estado muy bien.

Cenamos unos sándwiches de pavo y mayonesa sobre el sofá. Por los altavoces suena "*With or Without You*" de U2. Hemos hablado un poco más sobre su familia. Noelia vendrá pronto a visitarle. He intentado obviar el tema "Álvaro". Estoy tan asustada que no me atrevo ni a decir su nombre delante de él. Algunas veces me mira con tanta intensidad que me parece que pueda

leer dentro de mí. Hemos hablado de mi familia y de lo sola que me sentí cuando murieron mis padres. Me ha dicho que entiende lo difícil que debió ser para una adolescente perder a su padre y a su madre a la vez. Me ha abrazado y me ha besado la sien. Sus labios carnosos y calientes se han pegado a mi frente y toda yo he reaccionado como siempre lo hago a sus caricias, por mínimas que sean. He suspirado y me he dicho a mí misma y a mis hormonas de niña de quince años que se controlasen. No he saltado sobre él por vergüenza. Por vergüenza y pudor. Por vergüenza, pudor y porque en ese momento tenía toda la boca llena de mayonesa. Hubiera sido muy poco erótico. Aunque mejor pensado... tal vez no. Ufff. Siempre que estoy cerca de él sólo pienso en quedarme desnuda y dejarlo desnudo a él. Estoy a punto de terminar el último bocado cuando caigo en la cuenta de algo.

—¿Quién es Néstor? —no es mi intención arruinar el ambiente que nos rodea, pero necesito aclarar un par de cosas antes de seguir adelante con esto.

«Aclarar "sus" cosas. Tú piensas guardártelas todas». Mi subconsciente me da una bofetada de realidad. Le cambia el semblante con mi pregunta. Recuerdo lo que dijo Fernando sobre que estuvo involucrado en la muerte de un amigo, y Verónica volvió a hacer referencia al tema durante la comida del día de ayer en el *Ten con Ten*. Estoy segura de que hay una explicación para ello, por eso no le he dado demasiadas vueltas. Sé que Alejandro no es un asesino. Sin embargo, el largo silencio que está dando como respuesta y que se ha instalado, frío, entre nosotros me hace dudar de lo que realmente puede pasar. Ahora, más que nunca, necesito que me lo aclare. Pero es una necesidad confusa. ¿Sabéis de esa curiosidad que te reconcome, pero que sabes que es mejor no aclarar? Esa que estás segura que no te traerá nada bueno. La misma que mató al gato. ¿Sí? Pues esa. Hay una gran parte de mí que me grita, micrófono en mano, que mejor ignorante que muerta y enterrada. La otra parte, la más minoritaria y kamikaze, me dice que es preferible morir de pie que vivir arrodillada. Así que aquí estoy, a punto de tirarme a la piscina a sabiendas de que lo más seguro es que no tenga agua, ni una gota.

—Os escuché a ti y a Verónica hablar sobre él durante la comida. Sé que falleció... —Alejandro se incorpora y se pone de pie. Es tan alto que desde aquí, sentada, me parece demasiado.

—¿Por qué lo quieres saber? —se revuelve el pelo. Eso mismo me pregunto yo. ¿Por qué lo quiero saber? ¿Cambiará algo lo que diga? ¿Podré

dejar de quererlo? Tal vez ni siquiera saber que es un asesino pueda cambiar lo que siento por él. Sin embargo, estoy dispuesta a enfrentarme a ello. Lo quiero saber porque... porque sí. Porque quiero amarlo como es, o dejar de hacerlo para siempre. Porque no me da miedo darme cuenta de que tal vez ni eso importe.

—Porque sé que era importante para ti —me levanto. Él comienza a dar vueltas por la habitación. Pasan varios segundos hasta que se da cuenta de que tiene que decir algo.

—Lo era, pero no quiero hablar sobre él —pide solícito y se detiene frente a mí. En su tono de voz he podido leer muchas cosas. Tantas que no sabría por dónde empezar. Tiene miedo. Mucho. Y no estoy segura de qué. Dolor, el brillo de sus ojos lo delata. Y algo que nunca había existido entre nosotros hasta ahora: incomodidad. Pero paso por alto esto último. Lo que más asoma entre sus increíbles ojos azules es un gran y tortuoso tormento. Tan grande que consigue pararme el corazón.

—Lo siento, tal vez no sea de mi incumbencia —retrocedo. No estoy segura si por pena o por miedo. Un miedo aterrador a todo lo que puede conllevar que me conteste y que sea sincero. Me levanto y cojo los platos, tratando de quitarle importancia al asunto—. No debería haber preguntado —paso por su lado y me para. Envuelve con una mano mi muñeca mientras que, con la otra, coge los platos y los vuelve a dejar sobre la mesa. Estoy segura de que se ha dado cuenta del temblor de mi cuerpo. Me rodea con sus brazos y me mira desde arriba. Estoy descalza y no le llego ni a los hombros.

—No es eso. Puedes preguntar lo que quieras —intenta decir seguro, pero suena a resignado.

—Pero no vas a contestarme.

—Prefiero no arriesgarme.

Mis ojos le preguntan que por qué no quiere arriesgarse y qué es lo que está en juego. Coge aire, llena los pulmones y cierra los ojos. Después, suelta el aire despacio mientras busca algo en mí.

— No quiero perderte.

—Eso no ocurrirá jamás.

—No te irás, pero no volverás a mirarme como lo haces.

—¿Cómo te miro?

—Como si el mundo empezara y acabara conmigo.

Lo ha clavado. Es exactamente así como me siento. Cuando estoy con él, no existe nada más. Y cuando no estoy... nada tiene sentido. Sólo... me dejo llevar. Sin embargo, no tengo claro que me convenga que esté tan seguro de lo que significa para mí. Pero es así, yo soy un libro abierto que, por más que me lo niegue, él sabe leer a la perfección. Le abrazo fuerte y apoyo mi cabeza sobre su torneado pecho. Inhalo fuerte y todos y cada uno de los vellos de mi piel se erizan. Alejandro introduce una mano entre mi pelo, mientras que la otra sigue agarrada a mi cintura como si eso le fuera a salvar la vida. O como te agarras a algo que no quieres perder. Me besa la cabeza con una dulzura y calidez que me asustan.

—No creo que nada de lo que me puedas contar pueda cambiar lo que siento por ti —simple y llanamente. Le doy la razón. Él es mi mundo y todo gira a partir de donde esté.

—Tengo miedo —esconde su cabeza en mi cuello. Y esta declaración me deja estupefacta. Mide un metro noventa y su musculatura en envidiable. Además de ser un respetado hombre de negocios acostumbrado a lidiar con las más duras y rocambolescas situaciones. ¿Tiene miedo? ¿De qué?

—Pues ya somos dos —confieso. Se retira y me mira. Una pregunta que no se atreve a hacer se esconde tras el temblor de sus labios—. No te tengo miedo a ti —la respondo. Escucho salir de entre sus labios un pequeño suspiro—. Tengo miedo a estropearlo todo. De no estar haciendo bien las cosas contigo.

—Yo no las he hecho mejor.

—Pero tú estás siendo sincero. Yo no... —me corta, buscando mi boca con la suya. Besa mi labio inferior, entreteniéndose con él. Después, hace lo mismo con el superior y nuestras lenguas se enredan entre ellas. Está tratando de decirme muchas cosas. La mayoría de ellas tristes y melancólicas. Parece un beso de despedida. De esos que se dan en el aeropuerto cuando sabes que tardarás meses en volver a ver a la persona que quieres, o que se va tan lejos y por tanto tiempo que tal vez ni siquiera volváis a saludaros por la calle algún día. Tras unos minutos, se separa sin dejar de abrazarme.

—Néstor era mi mejor amigo. Yo le maté.

## PASO DOS: ASIMILARLA

Muchas veces he tenido ganas de que me tragara la tierra o de morir y resucitar en una hamaca en las Islas Phi Phi. Supongo que todo el mundo ha sentido esas ganas horribles de estar en otro lado alguna vez. De cerrar los ojos y, al abrirlos, aparecer lejos de donde realmente te encuentras y de con quien te encuentras. No es difícil de imaginar. Una vez suspendí un examen y el profesor llamó a mi padre. Cuando llegó a casa de hablar con él, me escondí bajo la cama y empecé a llorar como si eso fuera a disuadir a mi progenitor de castigarme de por vida. Estaba segura de que tardaría en volver a sentir el sol sobre mi cara. Siempre he sido muy buena estudiante, así que no se lo esperaba. Y yo no supe qué me dolía más, si su cara de enfado o de decepción. Esa fue la primera vez en mi vida que sentí ese sentimiento de querer salir corriendo, de necesitar estar en otra parte y no escuchar todo lo que me tenía que decir. Ese sentimiento. El mismo que te obliga a hacerte la valiente y a coger el toro por los cuernos. Pues eso mismo voy a hacer en este momento, tirar hacia delante. La única diferencia es que no es ese sentimiento el que me acompaña. No quiero correr ni esconderme. Prefiero quedarme junto a él y conocerle de todas las maneras posibles. Deseo enfrentarme a mis miedos y, cada vez estoy más segura, a los suyos.

Las cosas no siempre son lo que parecen, todo el mundo necesita el beneficio de la duda. Todo el mundo merece ser escuchado y yo estoy dispuesta a ello, aunque en estos momentos me tiemble hasta el elástico del tanga y el nudo de la garganta no me deje tragar. Me suelto de su abrazo y me alejo medio paso. No lo hago por miedo, aunque es lo que pueda parecer. Desde luego, él piensa que es exactamente por eso. El color ha desaparecido de sus mejillas y aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—No... —intento explicarle que no le creo. Le conozco lo suficiente

como para saber que debe haber una explicación para lo que pasó. Me suelta del todo, gira sobre sus pies descalzos ciento ochenta grados y desconecta nuestras miradas. Agacha la cabeza y se toca el pelo. Apoyo las palmas de mis manos sobre su espalda y vuelve a separarse. No quiere que le toque. Me hace sentir desolada—. No te creo... —hablo segura. Da media vuelta y clava su mirada en la mía.

—Deberías. No soy bueno para ti —y lo dice totalmente convencido. A la expresión de su cara le acompañan sus gestos. Levanta la mano para darle más énfasis y se aleja varios pasos. Puedo notar bajar la temperatura de la habitación varios grados.

—Cuéntamelo. Quiero saberlo.

—No sabes lo que dices.

—Sé que no eres un asesino.

—Tú no sabes nada —y esta última frase la escupe más dolido que otra cosa.

—Cuéntamelo —alzo un poco la voz.

—No.

—¿Por qué no quieres hacerlo?

—Porque en realidad tú no quieres saberlo.

—¿Crees que no seré capaz de soportarlo? —esto último lo digo con mi cara casi pegada a la suya. Puedo notar su agitada respiración sobre la mía.

—Creo que no estás preparada para saber quién soy en realidad... —deja caer los brazos junto a sus costados, en un gesto de derrota—. Y soy yo quien no será capaz de soportar... no tenerte —clava su mirada en la mía. Levanta la mano derecha, envuelve mi muñeca con ella y tira hacia sí. Con la izquierda, me rodea la nuca y pega tanto nuestras bocas que se rozan sin llegar a tocarse—. Me volvería loco no poder besarte, no poder olerte —inhala, pasando la nariz contra mi cuello—, no poder acariciarte —deja de agarrar mi muñeca y baja hasta mis caderas y los muslos—, no poder follarte —su voz se ha convertido en un chorro de lava que siento vertida sobre mi piel. Sube la mano hasta el vértice de mis pantalones y baja ahora por dentro de la ropa. Me acaricia el clítoris que se encuentra ya totalmente hinchado—. Mmm... —ronronea buscando mi boca—. No podría vivir sin esto.

Me besa, pero no es un beso cualquiera. Es desesperado e impaciente. Junta su boca contra la mía, primero los labios, después las lenguas, saliva e,



incluso, dientes. Introduce un dedo en mí y gimo. Levanto los brazos, hasta ahora lánguidos y dormidos, y rodeo su cuello con ellos, agarrándome como si me fuera a caer, como si existiera la posibilidad de desmayarme de placer. Tras unos minutos, introduce otro dedo y ahora son dos los que se mueven dentro de mí. De mis labios sólo salen jadeos inconexos. Si buscaba callarme, lo ha conseguido. No podría coordinar dos palabras seguidas.

—¿Quieres correrte?

Niego con la cabeza.

—Con tu polla dentro de mí —parece que sí. Que podía coordinar algo más de dos palabras. Y dicho y hecho. En milésimas de segundo, Alejandro se ha deshecho de mi ropa, me ha tumbado sobre el suelo, se ha bajado los pantalones y se ha introducido en mí de una fuerte estocada. Tengo que cerrar los ojos con fuerza y tratar de calmarme para no dejarme llevar de inmediato.

—Mírame —lo hago. Comienza a entrar y a salir, desesperado—. ¿Te gusta que te folle así? —entra duro. Asiento, desesperada.

—¡Sí! —sale despacio.

—¿Serías capaz de vivir sin esto? —vuelve a entrar. Hasta el fondo. Sin piedad. Grito al sentir una enorme punzada de placer.

—No podría vivir sin ti —añado.

El sexo con él es placentero, morboso, húmedo, electrizante..., pero nada comparado con tenerle a ÉL. A su todo y su nada. A Alejandro, con sus defectos y sus virtudes. Con sus miedos, su añoranza y su melancolía. Le quiero cuando ríe, cuando se enfada, cuando me devora e, incluso, cuando me grita.

Sabe exactamente qué he querido decir con esta última frase. Me mira, para y... se vuelve loco. Me devora la boca hasta el punto de que duele y comienza a entrar y a salir de manera desbocada. Un rugido escapa de entre sus labios que aprieta sobre los míos. Sobre la habitación sólo se escuchan nuestros jadeos y el chocar de las caderas. Todo da vueltas a mi alrededor. Me agarro fuerte a sus hombros y grito.

—Córrete, preciosa —susurra junto a mi oído sin parar de moverse—. Córrete para mí.

Un ruido me despierta de golpe. Abro los ojos, exaltada, y la oscuridad de la habitación es la única compañía que encuentro. La luz de la luna entra por las ranuras de la persiana medio bajada, atravesando el fino

cortinaje. Miro hacia un lado y compruebo lo que mi cuerpo ya sabía: Alejandro no duerme a mi lado. Si fuera así, me tendría asida fuerte por la cintura. Siempre es así. Él besa y abraza como si no hubiera un mañana, incluso, cuando está dormido. No hace nada a medias. No deja nada al azar. No dice nada que en realidad no sienta. Giro sobre mi cuerpo, buscando su calor, y su olor me trastoca, llevándome durante unos segundos a un mundo donde todo es perfecto entre nosotros y no existe nada que nos pueda separar. Ni sus secretos ni los míos. ¡Dios! Mis secretos. Esos que guardo con cautela a veces, esos que escondo por el terror a que sea él quien salga corriendo lejos de mí.

Escucho otro fuerte ruido. El sonido rebota en las paredes del pasillo, llegando a mis oídos, anunciando que algo no va bien. Me destapo y salgo de la cama. Introduzco por mi cabeza su camiseta, que yacía en el suelo, y, sin ropa interior y descalza, bajo las escaleras, buscando su procedencia. Veo luz en la cocina y camino hasta allí. Paro bajo el quicio de la puerta. Me encuentro con un Alejandro vencido, agarrado a la encimera cabizbajo, imitando la imagen del ángel alado tatuado en su espalda que tengo a la altura de los ojos. Se exhibe ante mí desnudo de cintura para arriba, sólo un pantalón de pijama color azul oscuro cae de sus caderas. Levanta la cabeza y me mira. Puedo decir, sin ningún atisbo de duda, que se siente perdido. Ni su metro noventa de altura puede esconder al niño que ahora mismo me mira desorientado. Y lo que más deseo en estos momentos es ser la brújula que le guíe. Quiero ser su puerto seguro. Camino hacia él. Sólo quiero envolverle entre mis brazos y decirle que todo va a salir bien. Alejandro se yergue, asustado, y da un paso atrás. Me paro en seco y le pregunto, sin palabras, qué puedo hacer para salvarle, como él me salvó a mí.

¿Su reacción? Salir despavorido hacia el salón. Ni siquiera me mira cuando pasa rozando con su brazo el mío. Le sigo y advierto su sombra alargada dispersa por el suelo al calor de la chimenea. No pienso darme por vencida, así que me aproximo de nuevo a él sin pararme a pensar que tal vez ahora no sea lo que necesite.

—No te acerques —jamás pensé que diría eso. Gira sobre sí mismo y sus ojos buscan en la semi penumbra los míos. Sólo nos alumbran las llamaradas del fuego que él mismo ha debido avivar—. ¿Quieres saber la verdad? ¿Quieres que sea del todo sincero? —no está enfadado. Ni un atisbo

de agresividad ni resquemor acompaña a sus palabras. Es algo mucho peor. Se ha dado por vencido. Quiere iniciar una batalla sabiendo que va a perder, con ella, la guerra. Asiento casi imperceptible con la cabeza. Estoy segura de lo que quiero. Y es a él. Todo o nada. Ya lo he dicho—. Conocí a Néstor en la universidad. Los dos cursábamos tercero cuando un día, por casualidad, fuimos testigos de una pelea en la puerta de nuestra facultad. Nos acercamos y nos dimos cuenta de que un chico pegaba a una chica sin piedad. Ninguno de los dos tuvo que pensar qué hacer. No nos conocíamos de nada, sin embargo, no tuvimos dudas al respecto. Cogimos al tío por los hombros y le pedimos educadamente que se marchara. No lo hizo, así que nos encargamos de que no volviera a tocar jamás a la que parecía ser su novia. No sólo no lo hizo, sino que desapareció y no le volvimos a ver. Era un tío mucho más mayor, con mujer e hijos, asustado porque la chica amenazó con irse de la lengua y contar a su familia lo cabrón que podía llegar a ser. De todo eso nos enteramos después. Esa chica era Verónica y nos hicimos tan amigos que antes de que terminara el curso ya vivíamos juntos los tres —para y tuerce la cara en un gesto de dolor—. Tardamos muy poco tiempo en darnos cuenta de todas las cosas que teníamos en común. Los dos éramos de Barcelona. Nos gustaba el deporte, las motos... y el mismo tipo de chicas —sonríe nostálgico, a la vez que apesadumbrado—. Tardé en darme cuenta de que se había colado por Verónica. Tanto que me acosté con ella al finalizar un día de fiesta. Habíamos salido de casa ya muy borrachos. Nos bebimos una botella de tequila entre los tres. Fuimos al piso de unos amigos donde el juego de la botella era lo más inofensivo a lo que se podía jugar. Fui al baño dando tumbos y me encontré en una esquina a Néstor besando a dos chicas a la vez. Sonreí y... no recuerdo mucho más. Al menos, hasta varias horas después. Desperté en mi habitación con Vero desnuda sobre mí. Había amanecido y el dolor de cabeza no me dejaba ni pensar. Escuché un ruido y me concentré en adivinar de dónde procedía. Néstor estaba en la puerta, mirándonos con rabia y consternación. Salí detrás de él y le paré en el salón. No fue una charla amable, pero la amistad que nos unía desde hacía casi dos años nos hizo entender que no podíamos echarla a perder por algo que yo ni siquiera recordaba. Me confesó que la quería, que estaba completamente enamorado de ella y yo le prometí, después de disculparme de todas las formas que conocía, que no volvería a pasar y que sólo había sido una noche de sexo. Todo volvió a su cauce. Verónica no se enteró de nada y, aunque ella sí recordaba lo que había pasado entre nosotros, no volvió a hacer mención. Se

dio cuenta, más pronto que tarde, que, si quería tenernos a los dos, debía dejar pasar aquello. Empezaron a salir y yo me alegré por ellos. Tras finalizar el quinto año de la licenciatura, me fui del país y ellos siguieron con sus vidas aquí. A Verónica aún le quedaban un par de años y Néstor no la dejaría sola bajo ningún concepto. Así que me marché —se arremolina el pelo con una mano, mientras que con la otra se restriega la frente—. Creamos varias empresas juntos. El club *Adara* fue la primera de ellas, aunque antes se llamaba *Utopía*—la conozco. Claro. Lo recuerdo perfectamente. Pasaba por allí con mis amigos cuando apenas rondaba los dieciocho años. Nunca conseguimos entrar por mucho que lo intentáramos. El seguridad de la puerta nos dijo una vez, con cara de "soy imbécil, lo sé, pero me enorgullezco de serlo", que con la cara de paletos que teníamos, jamás atravesaríamos esas puertas. Ni esas ni ninguna que se les parecieran—. Otra es *La Bella Vie* en París —sigue—. Supongo que la recordarás, no hace tanto que estuviste allí.

Sí, tengo esa noche clavada en mi memoria. Demasiados recuerdos que no consigo clasificar. Casi todos momentos malos que desearía olvidar si pudiera.

—Volví en cuanto finalizó el máster y terminé de formarme. Me dediqué a otros asuntos, mientras Néstor y Verónica se hacían cargo de los clubs. Se convirtió en mi hermano. Siempre estuvo a mi lado. Cuando murió mi madre... se encontraba de viaje de negocios en Dubái. Jamás se perdonó no poder acompañarme. Verónica sí lo hizo... ¿Y sabes cómo le pagué yo que fuera mi mejor amigo durante años? Volví a acostarme con su mujer. No sé cómo pasó ni por qué. Jamás entenderé cómo fuimos capaces de hacer aquello. Yo intenté evitarla, pero... fue imposible. No trato de justificarme, nadie me obligó a follármela en un rincón —y esto último lo dice con un sonido gutural que le araña la garganta—. No me preguntes por qué lo hice, o por qué volvió a ocurrir. Poco después de morir mi madre, perdí la fe en el amor y no creía que Néstor estuviera realmente enamorado de ella... Además, en el fondo, deseaba hacerle ver que lo que tenían no era real. Un día... —traga con dificultad—. Habíamos viajado en moto hasta Jerez. Llegamos cansados un viernes por la tarde y decidimos tomárnoslo con calma hasta el día siguiente. Compramos unas botellas de alcohol y nos las bebimos en la casa que habíamos alquilado. Los tres, como siempre —suspira apesadumbrado—. Por aquel entonces, Verónica y yo ya teníamos abiertas las puertas del infierno... con pases VIPS para quemarnos en él. Néstor se

envalentonó y me retó a una carrera nocturna. Cada uno en su moto. Por supuesto, me negué, rotundo. Le dije cosas como que estaba perdiendo la cabeza. Le acusé de querer arrastrarme a una muerte segura y él se rió —mira al infinito y levanta el labio levemente—. Me contestó que me quería, que más que amigos éramos hermanos y que nunca haría nada que pudiera hacerme daño... —puedo ver cómo aguanta las lágrimas que pugnan por salir—, que antes preferiría hacérselo él.

—Alejan... —doy un paso en su dirección. Sólo quiero consolarle.

—¡No...! —levanta la mano para que pare—. Lo llevé a la cama casi en brazos y lo arrojé. Yo no menos borracho que él. Cuando volví al salón, Verónica me esperaba en un rincón. Me agarró la mano y... —menea la cabeza—. Cuando me di cuenta, estaba empujando dentro de ella en un pequeño cuarto de baño que había bajo la escalera. Néstor debió escucharnos y... nos encontró. A partir de ahí, todo ocurrió muy rápido. Le partí la nariz y el pómulo, él me astilló varias costillas y me dejó un ojo morado. Cogió la moto, retándome a que no tenía cojones de seguirle. Me dijo cosas perversas que no me gusta recordar. No le contesté a ninguna de ellas, me merecía lo que me decía y más. Si le hice daño físicamente... fue tratando de defenderme. Arrancó la moto y salió del jardín. No pude hacer otra cosa que seguirle. Sólo me hizo falta escuchar el rugir de los tubos de escape para saber que algo iba a pasar. Traté de pararle, intenté que frenara. Ponerme delante e interrumpirle el paso... —coge aire con fuerza y, tras varios eternos segundos, lo suelta—. Sólo sirvió para que frenara bruscamente y las ruedas se bloquearan, parando la moto en seco... —es posible que una lágrima esté rodando por su mejilla izquierda. Es eso o el reflejo del brillo de sus ojos sobre la piel coloreado por el naranja de las llamas de la chimenea—. No le dio tiempo a reaccionar, un camión que venía de frente dio un volantazo y...

—No fue culpa tuya.

—Cuando llegó la policía... no supe qué decir. Querían acusarme de homicidio imprudente. Con el tiempo... todo se aclaró. Al menos, para el resto del mundo —levanta los ojos y me mira. Quiere que sepa la verdad. La verdad que él conoce—. Yo sé que le maté. Fue culpa mía que cogiera la moto en ese estado, fue culpa mía... Yo me follé a su mujer.

Decir que no me afecta lo que acaba de contar sería faltar a la verdad. Tengo sentimientos y puedo llegar a ser muy empática. Trato de imaginarme lo que pasó, ponerme en situación e intentar entender cómo se pudo sentir.

Conozco el sentimiento de pérdida. Puede ser devastador. Y si encima te crees culpable de ello... Me hago una idea de lo que sintió. Y lo digo con conocimiento de causa. Cuando mis padres murieron en aquel accidente, me costó varios años convencerme de que no fue culpa mía, o de que no tuve nada que ver. Una tarde lluviosa de finales de marzo, les llamé por si podían recogerme a las afueras de Madrid. Perdí el tren y ellos pasaban cerca de donde me encontraba. Volvían de un largo viaje. Eran pasadas las ocho de la tarde cuando un tráiler sin luces de gálibo se cruzó en la carretera, truncando sus vidas y la mía.

Corro hacia él y le abrazo. Rodeo completamente su cintura y mis manos se rozan sobre su espalda. Apoyo la cabeza en su pecho. No ha tratado de pararme, no ha dicho nada. Sus brazos siguen lánguidos junto a sus costados. No me toca. Juraría que casi no respira. Levanto el mentón y le miro. Sus ojos brillantes se clavan en los míos. Después de varios segundos, reacciona e introduce los dedos entre mi cabello.

—¿Has escuchado lo que he dicho?

Asiento con la cabeza. Claro que lo he escuchado. Nunca he estado tan atenta a algo. Puede que no hiciera muchas cosas bien, pero desde luego él no mató a Néstor.

—Tú no le mataste —musito, tras repetirlo en mi cabeza sin cesar.

—No soy buena persona. Ya has visto lo que soy capaz de hacer —me suelta y me deja desolada. Agarra el mármol de la chimenea y pierde la mirada en las llamas—. ¡Me tiraba a la mujer de mi mejor amigo! ¿Eso no te dice nada? —levanta el tono de voz. Quiere asustarme, pero no lo va a conseguir.

—¿Qué quieres que diga? —trato de no perder los nervios—. Eso fue hace años. Todos cometemos errores.

«Muy cierto. ¿Cuándo te vas a sincerar tú?». Habla mi subconsciente y sube el pan.

—Cuando alguien muere por ese error...

—Él bebió, él decidió coger la moto... No te culpes por algo que no podías controlar.

—¡Claro que podía!

—¿Quieres seguir enfadado por ello el resto de tu vida? Sentirte

culpable no arreglará nada. No te diré que hiciste bien las cosas. La jodiste... —cojo aire—, pero no dejes que te consuma. No dejes que termine con todo lo demás.

—Hay días que creo que merezco morir por ello —se sienta sobre una especie de diván pequeñito al lado de la chimenea, agacha la cabeza y se revuelve el pelo con sus largos dedos. Me acerco y me arrodillo delante de él. Rodeo sus manos con las mías y le insto a que me mire. El naranja y amarillo de las llamas han convertido el color de sus ojos en los más bonitos atardeceres—. ¿Ya no recuerdas lo que te hice? Te utilicé... —tira y termina con el contacto de nuestras manos.

—No intentes separarme de ti. No te tengo miedo.

—Pues deberías.

## PASO TRES: QUERER SIN CONDICIONES

Nunca le he tenido miedo. Ni siquiera cuando supe que me utilizaba para extorsionar a Fernando. En el fondo, siempre he sabido que jamás me haría daño. No sé explicarlo, es como una de esas verdades universales, lógica aplastante. Al menos, no lo haría deliberadamente. No podemos controlar todo lo que sucede a nuestro alrededor ni cómo van a actuar el resto de las personas, pero sí está en nuestras manos tomar ciertas decisiones. Aunque muchas veces nos equivoquemos y nuestro error no tenga solución. Lo nuestro sí lo tiene y no voy a dejar que me convenza de lo contrario. Desde que le conocí, una abrumadora verdad universal se instaló en mi vida: viviría la vida a medias si no la vivo junto a él.

—No lo hagas, Alejandro. No se te ocurra decirme, después de todo, que lo nuestro no puede ser.

Le miro y no le reconozco. Hablar de este tema le ha afectado tanto que se ha convertido en otra persona. Está derrotado, cansado... perdido. Como un niño extraviado entre la multitud. Se levanta y yo le imito. Camina un paso hacia delante mientras yo lo hago hacia atrás.

—Eso es lo peor de todo —clava su mirada en la mía—. Que aunque sé que no soy bueno para ti, no podría dejarte marchar nunca —y su voz es un gruñido de dolor.

—No quiero que lo hagas —susurro aliviada.

—No te merezco —levanta la mano derecha y me acaricia el cuello con la palma. Me agarra de la nuca e introduce los dedos entre mi cabello. Tira hacia sí y busca con sus labios los míos. Me besa suave. Primero, el labio inferior y después se entretiene en el superior. Tras varios segundos, nuestras lenguas se enredan enloquecidas. Suelto un pequeño gemido y Alejandro



reacciona agarrándome de las caderas e instándome a que rodee su cintura con mis piernas. Lo hago a la vez que me agarro a sus hombros. No me lleva a la cama, no se dirige a la habitación. Se arrodilla sobre el suelo y me tumba con la espalda apoyada sobre la alfombra. Comienza un reguero de besos desde mi mejilla, bajando por la garganta, el cuello y los hombros. Me levanta la camiseta y se queda admirando mi cuerpo completamente desnudo. Sus ojos brillan como dos faros en la oscuridad. Besa mi estómago y sube hasta mis pechos. Mi respiración agitada se escucha por encima del repiquetear de la chimenea. Las llamas bañan nuestros cuerpos semidesnudos. Muerde uno de mis pezones y grito. Después, lo lame sanándolo y me turbo de placer. Hace lo mismo con el otro y me acaricia el torso con ambas manos, mientras yo hago lo mismo con sus pectorales. Me incorporo y le beso. Mi boca se abalanza sobre la suya como si llevara años anhelándola. Lo empujo hacia atrás y ahora es él quien descansa tumbado sobre la alfombra. Me siento a horcajadas sobre su cintura y lo admiro con deleite. Sus ojos, su pelo, sus mullidos labios, su perfecto torso cincelado, sus torneados brazos, sus grandes manos... Vuelvo a precipitarme sobre él y le muerdo el labio. Emite una pequeña queja que repercute directamente sobre la parte más ardiente de mí. A continuación, sonrío travieso y el corazón se me para. Lo he visto muchas veces sonreír así, no es el hecho de que lo haga lo que me pone al borde del precipicio, es darme cuenta de que mi Alex, Alejandro Fernández, el hombre imponente, malhumorado, dominante y controlador que había desaparecido durante las últimas horas, acaba de volver arrollador. Se incorpora conmigo encima como si no le costase nada. Me deja de nuevo sobre la suave alfombra, abre mis piernas y me mira.

—Siempre serás mía —y lo dice con tanto sentimiento que mi reacción es contener el aliento.

—Soy tuya. Siempre.

Crea una línea de besos desde mi tobillo hasta llegar al vértice de mis muslos. Rodea el monte de Venus y sopla sobre mi clítoris, sin llegar a tocarlo. Me estremezco. Después, lo lame despacio, sin prisas, saboreándolo. Gimo y me retuerzo. Me agarra las rodillas y abre las piernas todo lo que puede. Observa el centro de mi deseo, gritando por él. Introduce un dedo en mí sin problemas y lo mueve despacio. Primero, haciendo círculos; después, de dentro a fuera. Cuando me quiero dar cuenta, se ha bajado los pantalones de pijama que aún llevaba puestos, se ha cogido la polla y la está

introduciendo en mí. Grito. Mi vagina se expande poco a poco para acogerla entera. Su miembro resbala dentro de mí hasta topar con el fondo. Un grito ahogado sale de mi garganta y cierro los ojos.

—Mírame —obedezco y lo hago. Me agarra fuerte de las caderas y comienza a entrar y a salir sin compasión. Todo me da vueltas. Agarro fuerte la alfombra con ambas manos.

Entra y sale.

Entra y sale.

Grito.

—¿Te gusta lo que te hago? —entra—. ¿Y si lo hacemos así? —sale de mí y me siento abandonada, pero el sentimiento no dura mucho. Me gira sobre mi cuerpo, me pone a cuatro patas y vuelve a penetrarme con esa fuerza arrolladora que te deja sin aliento. Agarra fuerte mis caderas y noto el suelo clavarse en mis rodillas que, estoicas, aguantan todo el peso de mi cuerpo y parte del suyo. Un fuerte quejido se escapa de entre mis labios—. ¿No aguantas? ¿Es demasiado?

—¡No! No pares... —suelto el aire que tenía contenido en mis pulmones. Entra, llegando hasta el fondo y sale sin sacar el glande del todo. Huele a sexo y a él. Agarro con las manos el pelo de la alfombra y aprieto, tratando de contener el grito, pero es en vano. Un sonido desgarrador sale de mis entrañas, rebotando en las paredes de la habitación. De repente, sale de mí y noto su mano derecha deslizarse entre mis húmedos labios vaginales. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no correrme en el acto. Retira la mano y la siento ahora en la entrada de mi trasero. Me pongo tensa y Alejandro lo nota al momento.

—Sshh... ¿Ya no recuerdas cuánto te gustó? —susurra, sensual, junto a mi oído. El calor de su pecho se pega a mi espalda y me tranquilizo. Por supuesto que me acuerdo. Fue el orgasmo más devastador que había sentido hasta el momento. Y es mucho decir. Con él todos los orgasmos son espectaculares. Con la yema de los dedos da vueltas alrededor de la entrada hasta que introduce, poco a poco, uno. Gimo e, inconscientemente, aprieto las nalgas—. Relájate y disfruta —saca el dedo y roza con el glande mi piel que se estremece. Tras varios segundos, para en la entrada y empuja hasta meter la mitad—. Qué estrecha estás —ruge.

—Para —se queda quieto y espera a que diga algo. Cojo aire,

preparándome para recibirlo del todo—. Ahora, muévete.

Adelanta las caderas y siento el músculo abrirse para dejarlo pasar. Un dolor fino me recorre entera y contengo de nuevo la respiración. Alejandro pasa su mano derecha entre mis resbaladizos labios vaginales e introduce uno de sus largos dedos en mí.

—¡Ah! —gimo. Noto su sonrisa de satisfacción junto a mi oído.

—Dios, no sabes cómo me pones... Te follaría hasta que saliera el sol.

«¡Pues hazlo!».

—Noto cómo te contraes.

Asiento con la cabeza, no puedo coordinar palabras. Mi mente y todo mi cuerpo están concentrados, tratando de canalizar el placer que le está dando el suyo. Comienza a mover las caderas y entra y sale despacio. Hace lo mismo con el dedo que resbala sin ningún tipo de esfuerzo por mi lubricada y dilatada vagina.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

Su pecho resbala sobre mi espalda y su cadera choca con mi trasero una y otra vez. Una y otra vez. Es demoledor. Un placer indescriptible recorre mi columna vertebral. Aprieto los dientes y un gruñido desgarrador sale de mi garganta, anunciando lo que está a punto de ocurrir. Alejandro se da cuenta y retira el dedo de dentro de mí, posa la palma de la mano sobre mi estómago e incorpora mi cuerpo. Su pecho sigue pegado a mi espalda. En esta postura le siento tan dentro de mí que duele, sin embargo, el dolor sólo dura milésimas de segundo, convirtiéndose en un infinito y devastador placer. Masajea con sus manos mis pechos, pellizcando los pezones y acariciándolos después. Baja la mano derecha hasta mi clítoris, lo aprieta y tira de él. Grito, jadeo, gimo. Giro la cabeza y le ruego que me bese. Enredamos nuestras lenguas en un baile loco, desesperado y sexual. Labio, boca, dientes, saliva... Mientras sigue entrando y saliendo sin parar.

—No puedo... más —gimo.

—Córrete. Córrete para mí —jadea.

—Sólo para ti.

Me siento con cuidado en el *Range Rover Evoque* que Marcus dejó aparcado en la puerta anoche. Me duelen todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo. Algunos ni siquiera sabía que existían y, no voy a mentir, el del culo es uno de ellos. La noche fue épica, una de las que se cuentan en las películas. Vale, películas porno y eróticas, de esas en las que hay mucha lengua, sudor, jadeos y líquidos que se mezclan, pero de las que van acompañadas de una gran historia de amor. Donde al final los enamorados se besan y se declaran fidelidad eterna. Al menos yo lo siento así. Sí, fue sexo, sexo pervertido y duro, pero había mucho más, grandes cosas que nos dijimos en silencio.

Comienza a llover y el cielo se convierte en un inmenso lienzo teñido de diferentes tonalidades de grises. Pongo la calefacción del coche y me caliento las manos. Froto una con la otra y me las llevo a la boca, tratando de que los dedos congelados me dejen de doler. Toqueteo la radio y me fijo en el reloj de la pantalla del salpicadero. Son las diez de la mañana de un lunes un par de semanas antes de Navidad. Miro hacia la puerta de la casa y Alejandro se impone sobre el porche, cerrando la puerta. Está guapísimo. Lleva unos vaqueros desgastados con un chaleco de lana gris, de cuello alto, y un abrigo azul marino, de paño. El pelo negro le cae, indomable, sobre la frente. Todo mi cuerpo se estremece al verle caminar. Puedo olerlo desde aquí. Es todo sexo y masculinidad. Testosterona en cantidades ingentes. Cierro los ojos y aprieto los muslos. Pensar en lo de anoche... Uf, me pone muy retozona. Rozo con la yema de los dedos mis labios y suspiro pensando en lo que ocurrió justo antes de caer desfallecidos en el suelo de la bañera. Me arrodillé bajo la ducha, el agua caía sobre mi espalda, y sin miramientos ni esperas me metió la polla en la boca. Tardó muy poco en correrse, y eso que ya lo había hecho antes dos veces. Una vez en mi trasero y otra sobre mis pechos.

El sonido de la puerta del coche al cerrarse me despierta de mi erótico y pervertido ensimismamiento. Doy un pequeño respingo y le miro. Alejandro se acomoda en el asiento del piloto con rapidez. La lluvia ha mojado su cabello y algunas gotas caen sobre su frente. Se arremolina el pelo con los dedos, mientras de entre sus labios se escapa su precipitada y corta respiración. Me quedo embobada con el gesto, sensual y morboso, como todo en él. Me mira y sonrío. Lo veo todo a cámara lenta. No descarto la posibilidad de salir ardiendo por combustión espontánea. Agarra fuerte el

volante con la mano izquierda, mientras que con la derecha introduce la llave y arranca. Pone en funcionamiento el limpiaparabrisas y vuelve a girar hacia mí. Debo haberme quedado embobada.

—Ponte el cinturón, nena —es curioso cómo una palabra puede cambiar y transformarse en la boca de la persona adecuada. Dejar de doler y sonar como fue una vez hace ya mucho, tierna y familiar. Soy consciente de que él puede hacerlo todo posible. Cambiar sensaciones aprehendidas en el tiempo, borrar recuerdos que te laceran y comen por dentro, y abrirte en cuerpo y alma a él. Miro por el espejo retrovisor mientras me abrocho el cinturón y me doy cuenta de que dos coches negros nos siguen de escolta a una distancia prudencial. Vuelvo a mirarle sin saber por qué cuatro hombres nos acompañan en el trayecto—. No te preocupes, no pasa nada —asegura mientras conduce con agilidad.

—Si no pasara nada, no llevaríamos guardaespaldas —murmuro. Estoy tan cansada que no podría ni discutir con él.

—No le caigo bien a mucha gente. Prefiero que sea así, no voy a arriesgarme contigo —explica. Me extraña que lo haga, pero se lo agradezco.

La tormenta empieza a apretar y la lluvia cae en tromba sobre el coche. Vuelvo a mirar por la ventana y me entretengo observando las gotas cayendo y rodando por el cristal. Estoy demasiado cansada como para darle vueltas a la cabeza. Ha sido un fin de semana agotador. En todos los sentidos. Mi cuerpo y mi mente me piden a gritos unos días de descanso. Del trabajo, de Álvaro, de todo. También de él. Siento los párpados pesados y un cosquilleo tranquilizador que me recorre entera. En breve tiempo paso de estar despierta a un estado de duermevela y semi inconsciencia. A lo lejos, en la radio, escucho los acordes de "*I Want To Know What The Love Is*" de Foreigner y no puedo hacer otra cosa que sonreír. A mi madre le encantaba esta canción. La ponía constantemente en su habitación. Recuerdo entrar una vez para pedirle, por favor, que cambiara el CD o bajara el volumen porque era imposible concentrarse y entender la Biología y me encontré a mis padres bailando descalzos y abrazados sobre la alfombra del dormitorio. No los quise molestar. Aquella estampa se quedó clavada en mi retina para siempre. Mi madre sonreía, mientras mi padre le acariciaba la espalda. Cerré la puerta, me metí en mi habitación y nunca volví a intentar que mi madre apagara la música que escuchaba. Normalmente, las cosas que nos hacen inmensamente felices son pequeñas e insignificantes. La música, para ella, era una de esas

cosas y me prometí que nunca la privaría de ninguna posibilidad de sonreír.

—¿Qué le has dicho a Sara? —recupero un poco la conciencia y le pregunto a Alejandro qué le ha prometido a mi amiga, o con qué la ha comprado para convencerla el sábado de que me llevara ropa al ático y para, lo que es más importante e inverosímil, ponerla de parte de él. No contesta y yo no insisto. Me sumerjo en un profundo sueño durante todo el trayecto.

—Despierta —susurra Alejandro junto a mi oído. Abro los ojos y lo encuentro sentado a mi lado, con el cinturón sin abrochar y el cuerpo girado hacia mí. Me pierdo en la magnitud de sus ojos azules. Sonríe sin moverme. Él hace lo mismo—. Creo que no dormiste demasiado anoche —susurra, provocador.

—Tú tampoco lo hiciste y no te veo dormir por los rincones. ¿Cómo lo haces?

—Alguien tenía que conducir —tuerce la boca en una sensual y traviesa sonrisa que le ilumina el rostro. Le doy un pequeño golpe en el hombro. Se acerca buscando mis labios y los encuentra abiertos, listos y preparados. Nos besamos despacio, mientras acaricia mi mejilla con la yema de los dedos—. Tómame el día libre —siento su aliento mezclarse con el mío. Me besa.

—No creo que deba. Tal vez al jefe no le siente muy bien que haga pellas otra vez —le beso.

—Yo le convenceré —me muerde el labio inferior. Suspiro.

—Es bastante testarudo, no creo que sirva de nada hablar con él —sonríe sobre su boca.

—Estoy seguro de que se dejaría persuadir por ti —susurra sin parar de besarme, mientras me masajea los muslos por la cara interna hasta llegar casi a tocar la zona más erógena de mi cuerpo. Gimo y agranda la sonrisa que no desaparece de su rostro.

¿Hola? ¿Los bomberos?

Se retira de repente, dejándome en un estado de excitación considerable. Estudio seriamente la posibilidad de salir del coche y dejar que la lluvia apague el fuego que Alejandro ha encendido dentro de mí. A falta de bomberos, buenas son tormentas. ¿O no era así? En fin. Mi cerebro está casi desintegrado. La mitad de mis neuronas se han derretido o muerto en el fragor de la batalla; la otra mitad aplaude, pidiendo más guerra. Parece que no han tenido suficiente con lo de este fin de semana. Y no digo que no esté

de acuerdo con ellas. Yo y todos mis yoes, que esperan con un gin-tonic en la mano a que empiece una nueva fiesta.

—Vamos. Tengo una reunión dentro de una hora.

Lo recuerdo. Si no me equivoco, le va a comprar a Verónica su parte del club por medio millón de euros. Un precio desorbitado. Él lo sabe y yo lo sé. Lo que me cuesta entender es por qué. Vale que Néstor era su mejor amigo, vale que Verónica era la mujer de éste, además de ser su amiga. Vale que la culpabilidad le obliga a cuidar de ella, pero ¿quinientos mil euros? Es demasiado.

—Verónica está enamorada de ti. Siempre lo ha estado —la temperatura del interior del coche baja en picado. El calentón ha escapado por las ranuras del aire acondicionado.

—No voy a hablar ahora de eso —agarra el volante con las manos y pierde la mirada en el fondo de la calle—. Te recojo a las siete y nos vamos a casa—da la conversación por finalizada.

—No voy a ir a ningún sitio. Tengo cosas que hacer —abro la puerta y me dispongo a salir del coche. Alejandro me rodea la muñeca con la mano y tira, impidiendo que abandone el *Range Rover*.

—No tengo ganas de discutir —sigue.

—Yo tampoco.

—Después nos vemos.

—Ya te he dicho que no puedo.

Clava su mirada en la mía y me reta. Si le dejo decidir sin contar conmigo, yo sola me pondré en una situación muy difícil y delicada. Además, si no puedo, no puedo. Sin más. No tengo por qué dar explicaciones.

«De todas formas, no las das».

Buenos días, saludo a mi subconsciente.

Se masajea la sien y suspira.

—Está bien. Te recogeré después de cenar.

—Nos vemos mañana —sentencio. Intento de nuevo, en vano, salir del coche.

—¿Se puede saber qué cojones ocurre? —levanta la voz.

—¿Por qué tiene que ocurrir algo? —elevo el tono hasta el suyo. Caigo en la cuenta de lo que le pasa. Cree que lo estoy evitando y estoy segura de saber por qué. Piensa que trato de poner tierra de por medio por lo que me ha

contado este fin de semana—. Alejandro. No... no pasa nada —le envuelvo el cuello con los brazos y me siento a horcajadas sobre él—. No voy a alejarme de ti. Sólo... he quedado hoy con una vieja amiga —me besa brevemente y junto nuestras frentes.

—Lo siento... —cierra los ojos y roza nuestros labios, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Te quiero. ¿Lo entiendes? Nada de lo que me has dicho, o me puedas decir, va a cambiar eso —sonríó y me acompaña en el gesto—. Me voy, vas a llegar tarde.

Me bajo de su regazo, cojo el bolso y salgo del coche. Cierro de un portazo y corro bajo la lluvia los siete metros que me separan de mi portal. Justo antes de llegar, una mano tira de mí. Su calor vuelve a rodearme a pesar del frío viento que cruza la calle. Me agarra fuerte del cuello y me besa como siempre lo hace, como si no hubiera un mañana.

—Yo también te quiero.



## EMPATÍA

Subo a casa flotando. No me doy cuenta de que mis vecinos del quinto, una pareja de viejecitos a los que adoro, me miran sonrientes mientras entro en el ascensor. Su perro me lame el agua de los zapatos y, al contrario que otras veces, le dejo hacer sin rechistar. Introduzco la llave en la cerradura, giro y... ¡Sorpresa! Sara está tirada sobre el suelo, bocarriba, con las piernas abiertas, y un tío agachado con la cabeza enterrada entre ellas. Me resigno. Agarro fuerte el asa de la bolsa de deporte que uno de los *Men in Black* de Alejandro me ha ofrecido en la puerta, justo después del beso de película número tres mil quinientos veintitrés, y cruzo el salón con la cabeza muy alta. Como era de esperar, no se percatan de mi llegada. No puedo evitar girarme al darme cuenta de algo. Ese culo lo he visto yo antes en alguna parte... ¡Es el culo digno de odas y premios internacionales! Vaya, Sara repitiendo hombre. Algo está cambiando y hasta ahora no me he dado cuenta. Con Roberto se acuesta asiduamente porque además son íntimos amigos. Y con Joan lo hace (o lo hacía) porque creía que había algo más. Y he ahí el quid de la cuestión. ¿Quién es éste para que Sara se digne a dedicarle más tiempo del que ella estima prudencialmente conveniente? Me tiro sobre la cama. Caigo literalmente en redondo sobre ella. Me hago un ovillo y tiro de la manta que hay a los pies. Dormir. Eso es lo que necesito.

—Despierta —susurran junto a mi oído. Abro los ojos y lo encuentro tumbado a mi lado, con el pelo revuelto y el cuerpo girado hacia mí. Me pierdo en la magnitud de sus ojos azules. Sonríe sin moverme. Él hace lo mismo—. Creo que no dormiste demasiado anoche —murmura provocador.

—Tú tampoco lo hiciste y no te veo dormir por los rincones. ¿Cómo lo haces?

—No creas que no me está costando tenerte satisfecha —tuerce la

*boca en una sensual y provocadora sonrisa que le ilumina el rostro. Le doy un pequeño golpe en el hombro—. Afortunadamente, tengo ayuda.*

*¿Ayuda? No sé a qué se refiere. Salgo de dudas al instante. Unas manos conocidas me rodean la cintura y me atraen hacia él, pegando mi espalda a su pecho. El dueño de éstas comienza a besarme el cuello, despacio. Inhalo fuerte y no tengo que volver la cabeza para saber quién es. Álvaro está tumbado a mi lado, completamente desnudo, acariciándome, con sus grandes manos, todo el cuerpo. Levanto la mirada y me encuentro con la de Alejandro que brilla con intensidad. Acerca sus labios a los míos y me besa, mientras masajea mis pechos con deleite. Tengo uno a cada lado. Cuatro manos me tocan, mientras dos bocas me lamen, sacándome gemidos roncós de placer.*

*—¿Esto es lo que quieres? ¿Tenemos a los dos? —susurra uno de ellos. No llego a saber quién.*

*—Sí... —jadeo.*

*Todo desaparece, la habitación comienza a dar vueltas y sólo siento sus cuerpos rozándose contra el mío. Piernas, brazos, manos, bocas, dientes... gemidos, jadeos, saliva... gritos.*

*De repente, escucho un gran estruendo y despierto alterada con la respiración desacompasada. Menos mal, era un sueño. Pienso. Miro alrededor y Alejandro y Álvaro se encuentran de pie junto a la cama. Uno a cada lado. Vestidos con trajes de Armani y Hubo Boss respectivamente. Comienzan a carcajearse exageradamente y los veo desaparecer como la niebla cuando se disipa. Rompo en un llanto demoledor al darme cuenta de que los he perdido a los dos.*

Despierto cubierta por una fina capa de sudor y con el corazón saltando dentro del pecho. Me siento sobre la cama y me agarro fuerte a la manta que me cubre medio cuerpo. La aparto y me levanto. Necesito una ducha que me limpie el cuerpo y la mente. Abro el grifo y dejo salir el agua más fría de lo que acostumbro. Me coloco bajo la ducha y cierro los ojos, tratando de entender lo que mi subconsciente ha querido decirme mientras dormía. Es fácil de averiguar, pero le doy vueltas al asunto huyendo de lo que en realidad ya sé. No estoy haciendo las cosas bien. Para colmo, Alejandro se está sincerando conmigo, abriéndose a mí. ¿Y cómo le pago yo? Engañándole de una forma ruin y rastrera. Podría decirme que cuando me he acostado con Álvaro no estaba con él, pero sólo sería una forma de enmascarar la verdad.

¿Y cuál es la verdad? Que merezco arder en el infierno, entrar en él como Dante, pero sin guía.

Es difícil poner límites a una relación. Cuando estábamos juntos y cuando no. No estoy segura de que lo hayamos dejado en algún momento. Es cierto que me marché de su casa hace dos semanas dejándole claro que no quería volver a saber nada de él. Sin embargo, no fue consecuente con mi decisión y siempre nos hemos estado buscando los dos. ¿Cuándo termina algo definitivamente? ¿Es posible acabar con una relación que comienza de nuevo dos días después? No estoy muy segura de que, en esas cuarenta y ocho horas, no nos perteneciéramos. Puedo barajar mil teorías, casi todas ellas terminarían dándome la razón porque cuando quieres engañarte es fácil hacerlo, sólo tienes que convencerte de que lo que piensas es la verdad suprema y no darle más vueltas de las que sabes que merecen, pero me estaría engañando a mí misma. Y no es lo que quiero. Puede que haya huido de los sentimientos y de los hombres durante todos estos años, pero siempre he sido fiel a lo que quería, a la verdad y a lo que creía que estaba bien. «No le hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti» es la frase que he llevado por bandera durante mucho tiempo y ahora me estoy cagando en ella. Tal vez no sea la forma más elegante de decirlo, lo podría adornar con frases educadas que podrían dar a entender lo mismo, pero no tan claro.

No, no quiero entrar en el infierno de Dante y sé lo que tengo que hacer para encontrarme las puertas cerradas. Purgar mis culpas y arrepentirme de mis pecados. Lo que viene a ser: ser sincera con Alejandro, con Álvaro y conmigo misma. Perderlos a los dos es un castigo muy probable y que no dudo que no merezca. Sin embargo, es algo que tengo que hacer más pronto que tarde. En realidad, ya estoy tardando demasiado. Si me hubiera sido fiel desde el principio no me encontraría en esta situación ahora.  
*Mea culpa.*

Cuando mi piel ya no aguanta más la baja temperatura del agua, cierro el grifo, salgo de la ducha y rodeo mi cuerpo con una toalla. El pelo me cae sobre los hombros. Observo mi reflejo en el espejo y no puedo evitar preguntarme qué ve Alejandro en mí. Tal vez que me quiera sólo sea un espejismo, como cuando te ves reflejado en un lago cristalino, tocas el agua y unas leves hondas desdibujan y borran lo que creías que eras. Nada es

realmente como lo vemos. Todos distorsionamos la realidad a nuestro antojo. La moldeamos según nuestro convencimiento, según lo que nos convenga. La mayor parte de lo que pensamos y vivimos es una fantasía. Nuestra mente crea una ilusión y nos aferramos a ella. ¿Me estaré aferrando yo a algo que no tiene sentido? Una cosa está clara: si no le digo la verdad, no podré vivir tranquila. Lo nuestro podría salir bien, sí, pero ¿de qué manera? Algún día podría salir a relucir mi relación con Álvaro y todo se iría al traste. Y eso podría ser dentro de muchos años, cuando mi corazón dejara de estar preparado para superar su pérdida. No es que ahora lo esté, pero tendrá que estarlo.

Salgo de mi dormitorio después de las siete de la tarde. No me he colocado el pijama porque no quiero escuchar a Sara diciendo que parece que estoy enferma, pero era lo que me apetecía. Así que he optado por unas mallas negras y una sudadera *Nike* gris, de hombros caídos. Como calzado, unas *New Balance* negras de la última colección, regalo de Fernando de mi veintinueve cumpleaños, hace casi exactamente un año. Entro en la cocina y Sara está, literalmente, peleándose con la cafetera. Me siento en uno de los taburetes para ver quién gana el primer asalto. Tras unos minutos de «joder», «mierda» y «me cago en la puta», suelto una risita y mi amiga se da cuenta de mi presencia. Gira en mi dirección y se pilla el dedo con la tapa del electrodoméstico. Cafetera malvada, 1. Sara, la loca, 0.

—Podías ayudarme en vez de estar ahí sentada.

—No quiero interrumpir.

—¿Te hace mucha gracia? Joder. Necesito un café.

Vuelve sobre la cafetera y, después de dos o tres golpes, consigue hacerla funcionar.

—¡Sí! —grita como si España hubiera marcado un gol en la final de un Mundial de fútbol. Con alzamiento de brazos y salto incluido. Es una yonqui de la cafeína.

—¿Quieres uno? —yo también mato por un café, da igual la hora, pero no me apetece en estos momentos.

—No, gracias.

Sara abre los ojos, me toca la frente y después me toma el pulso con su pulgar sobre mi muñeca.

—Enferma no estás. ¿Qué te pasa entonces?

—¿Por qué me tiene que pasar algo?

—Rechazas un café. Es como si Obélix no quisiera jabalíes, o...  
poción mágica.

—O Popeye espinacas. No seas pesada. No me apetece. Ya está —  
cojo una caja de galletas *Oreo* y comienzo a atiborrarme como lo haría el  
monstruo de las galletas. En ese momento, el dueño del culo digno de  
premios internacionales entra en la cocina y besa a Sara en la boca. Ésta se  
deja hacer sin devolverle el gesto.

—¿Tú quieres café? —le pregunta de mala gana y demasiado  
agresiva.

—Si me lo vas a tirar a la cara, no —contesta, simpático, el chico. No  
me cae mal del todo. Me mira.

—Hola, soy Mike. Creo que nos conocemos.

Sí, te conozco. A ti y a tu torneado culo. No lo olvidaré jamás. Mike  
es muy atractivo, no nos vamos a engañar. Y calza grande y gorda. Lo he  
podido comprobar con estos dos ojitos que los genes de mi madre me  
regalaron. Sonríó como respuesta.

—Déjala en paz —dice Sara poniéndole el café delante, sobre la  
encimera—. Bébetelo rápido que tengo prisa.

—Si no quieres que esté aquí, ¿por qué me lo has ofrecido?

—Porque mi madre me educó muy bien. Soy una señorita.

—Mmm... Tengo dudas al respecto —sonríe, provocador.

—Si quieres, te las resuelvo de una hostia.

—No te pongas así. Me gusta que no lo seas —responde sin acritud.  
La agarra de la cintura y la pone entre sus piernas. Le besa el cuello y ésta  
gime.

—Sabéis que estoy aquí, ¿no? —es imposible que me hayan olvidado  
tan deprisa. Sara se separa con una sonrisilla en los labios que no me pasa  
desapercibida. ¿Qué coño está pasando aquí?

—Puedes unirte si quieres —me invita Mike, antes de darle un sorbo  
al café. ¡Qué manía de ofrecerme sexo en grupo!

—¿No tienes cosas que hacer? No sé... Sacar al perro, visitar a tu  
abuela... Cascártela en la ducha... —Sara baraja ideas.

—¿Cascármela? ¡La tengo en carne viva! No he parado de follarte  
desde el viernes por la noche.

¿Qué? ¿Con este espécimen es con quien ha estado todo el fin de  
semana? Espera. Hoy es lunes. ¿Sara acostándose cuatro días seguidos con el  
mismo chico? ¿Es esa una de las señales que indican que el fin del mundo se

acerca? La miro y me doy cuenta de su cara de circunstancia y de que me rehúye con el gesto.

—Vete —dice malhumorada.

—Qué borde eres —se levanta—. Dame un beso.

—Vete ya —inquieta.

Mike, sin hacer caso, se acerca, rodea su cintura con una mano, la nuca con la otra, la atrae hacia él y le da un beso de película X. Mi amiga se rinde a él desde un primer momento. Me encojo de hombros y sigo comiendo galletas como si fueran palomitas y me encontrara en una sala de cine erótico, sentada en una de las primeras filas. Después de varios minutos y de que Mike haya introducido la mano por debajo de la camiseta de mi amiga, dirección ascendente, en busca de uno de sus pechos, decido que ya he tenido suficiente. Carraspeo. Sonríen, sin apartarse el uno del otro, y yo no termino de salir de mi asombro. Una química inexplicable rodea a ambos. Mike da dos besos cortos a Sara y se despide.

—Está bien, me voy. Sé cuando sobro.

¿En serio? Tengo la sensación de que la que sobro soy yo. Me dice un educado «Hasta pronto» cuando pasa por mi lado y le veo coger la chaqueta que colgaba sobre el respaldo de una silla, muy bien colocada. Vuelve a despedirse de las dos con un sensual gesto de cabeza y cierra la puerta tras él. Me giro en dirección a mi amiga, pidiendo explicaciones. No me las da. Coge las tazas de café y las enjuaga bajo el grifo. Se agacha y las introduce en el lavavajillas.

—No lo voy a dejar pasar.

Suspira y me mira.

—No sé a qué te refieres.

—¡Por supuesto que lo sabes! —agito la caja de galletas esperando que quede alguna—. Hoy es lunes, no has ido a trabajar.

—No me encontraba bien. Te has comido la caja de galletas.

—No me cambies de tema. ¿Qué era eso?

—"Eso" es el último tío que me he tirado.

—Que puede ser el último, estoy segura.

—No digas gilipolleces.

—Había química. ¡Hasta yo misma la he notado!

—¿Qué vas a notar tú? Tu dios del sexo te tiene idiotizada, pero no te culpo, si la tiene como la trompa de un elefante...

—¿Por qué eres tan bruta?

—¿Falto a la verdad?

Niego con la cabeza, sonriendo.

—Pues entonces, ¿qué más da cómo lo diga?

Me tumbo sobre el sofá y, de varios toquecitos, me quito los zapatos. Me arrullo con una manta y pienso en lo que echo de menos la chimenea que me ha dado calor durante todo el fin de semana.

«La chimenea. Ya».

Sonrío y recuerdo todas las veces que Alejandro me ha hecho suya durante los últimos días. Sin embargo, el gesto me dura poco, no se me olvida que estoy decidida a purgar mis pecados. Lo único que tengo que decidir es cuándo. Suena el timbre del portero y, antes de levantarme a comprobar quién es, Sara se me adelanta, abre sin preguntar si es un ladrón, un asesino o un vendedor de consoladores a domicilio (no lo digo al azar, nos ha visitado alguna vez) y vuelve a su habitación sin decir «esta boca es mía».

Tras varios minutos, lo que tarda el ascensor en subir a nuestra planta, llaman a la puerta. Me relajo y espero a que mi amiga vaya a abrir (por si es el vendedor de consoladores y me dice que los puedo probar sin problemas. Sí, me lo dijo). Como nadie abre, vuelven a llamar. Me levanto resignada (ya había cogido postura) y giro el pomo, tirando de la madera, sin esperarme quién hay detrás. Se me había olvidado completamente. Sara va a tener razón y mi dios griego del sexo me está idiotizando por momentos.

Clara me abraza fuerte, después de saludar con un enérgico «Hola». La rodeo con mis brazos y la imito. Su olor me retrotrae a mucho tiempo atrás. Huele a tardes de estudio, a humo de cachimba, a chocolate caliente, a comida precocinada, a risas sobre el sofá teorizando sobre la felicidad. Qué ilusas. La felicidad es todo menos teoría, pero por aquellos entonces aún creíamos que cambiar el mundo estaba en nuestras manos y que para conseguirlo sólo teníamos que querer hacerlo. También huele a confianza, a pizza quemada, a goma de borrar, a *donuts* americanos, a leche caliente... A largas noches entre apuntes, a incertidumbre, a libros nuevos... A libertad. A creerte dueña de ti y de tus actos, a estar segura de diferenciar entre el bien el mal.

—Te he echado de menos —susurra con su boca pegada a mi oído.

—Y yo a ti. Me alegro mucho de que estés aquí.

Nos miramos y sonreímos de verdad. No miento cuando digo que me alegra tenerla aquí. Es Clara. La quiero tanto como a la loca con la que vivo. Supongo que no interfiere en mis sentimientos lo que me tenga que decir sobre Álvaro. Si lo dice ella, podré soportarlo. Es mi amiga. Sólo quiere lo mejor para mí.

—Creí que te habías perdido —escuchamos a Sara a nuestra espalda.

Nos giramos hacia ella y ésta camina, fundiéndose en un cariñoso abrazo con Clara.

—Te agradezco que hayas venido. La estamos perdiendo —bromea, refiriéndose a mí.

—Qué gilipollas eres.

—Me alegra comprobar que no ha cambiado nada —interfiere Clara.

—No te creas. A ésta le han petado el culo.

Pongo los ojos en blanco y levanto las manos, clamando al cielo. Señor, dame fuerzas para no ahogarla en el váter. Las dos convulsionan en carcajadas y yo, tras sopesar seriamente si asesinarla o darle un abrazo, me uno a ellas. Las quiero, son mi familia más cercana y, aunque completamente diferentes, podría decirse que las dos están locas. Cada una a su manera, pero locas al fin y al cabo. Y sí, lo sé. Yo no es que esté muy cuerda últimamente.

—¿Un gin-tonic? —Sara saca tres copas de balón de uno de los muebles de la cocina.

—¿No es mejor que cenemos algo antes?

—¿Desde cuándo te has vuelto tan aguafiestas?

—¿Y tú tan zorra?

—Yo prefiero una copa de vino —interviene Clara, recordándome que suele ser la que nivela la balanza entre mi compi de piso y yo. Sara nos mira, torna los ojos, guarda las copas de balón y saca tres más pequeñas. Abre una botella de vino blanco y nos sirve, ceremoniosa.

—Y, dinos, ¿qué te trae por aquí?

Tal vez, y sólo tal vez, la respuesta a esa pregunta no me guste.



## NUNCA SE VA DEL TODO

Nos sentamos sobre la alfombra del salón, copas en mano. Clara me recrimina que lleva toda la tarde llamándome al móvil sin obtener ningún tipo de respuesta. Si no es por Sara, no estaría aquí. Me disculpo y pienso dónde he dejado el teléfono, al que no veo desde esta mañana. Sin embargo, no lo busco. No tengo ganas de que nadie ose perturbar mi relativa tranquilidad. Pedimos pizza y, mientras esperamos el pedido, terminamos con la primera botella de vino entre risas y anécdotas de la última vez que nos vimos. Hace ya cinco meses. Era mediados del mes de julio y un calor de justicia caía sobre Madrid. Llegué a creer que el asfalto de la carretera se derretiría bajo mis pies. Llevaba poco tiempo trabajando en el galería y no me pude pillar vacaciones, así que pasamos el fin de semana en la piscina de Juan Carlos, aprovechando que, aunque ya no sale con Clara, sigue perdidamente enamorado de ella y siempre es bienvenida. Y nosotras, como sus amigas que somos, también. Le pregunto que dónde se está quedando a dormir y me dice que la empresa le pagaba un hotel, pero que Juan Carlos la recogió en el aeropuerto y la llevó a su casa. Comienza a darme rocambolescas y tediosas explicaciones sobre que sólo son amigos, que los amigos se ayudan y que si se ha vuelto a acostar con él es porque ambos se han dado cuenta de que sólo es sexo y está segura de que no le va a hacer daño. Sara y yo asentimos con la cabeza mientras habla, dándole la razón en todo. No la lleva, pero no voy a discutir. Ese chico sigue enamorado de ella. Lo encontré una vez en el centro comercial de Las Rozas y sólo tuve que ver cómo le brillaban los ojos mientras me contaba que se había tragado dieciséis horas de avión en un fin de semana para verla. Si Clara no ve que eso es amor, es que es tonta de remate. Ella se engaña diciéndose que es su mejor amigo, que cuando dejaron la relación, quedó algo mucho más importante: la familiaridad y el respeto.

Que follen de vez en cuando no lo ve relevante.

—¿Te quedas hoy a dormir? —pregunto sabiendo la respuesta.

—No puedo. Mañana tengo una reunión muy importante. Juan Carlos pasará a buscarme cuando se lo diga.

Juan Carlos vive a cuarenta y cinco minutos en coche de nuestro diminuto piso y sabe que no le llamará antes de las dos de la mañana. He aquí la prueba fehaciente que corrobora mi teoría. Clara nos cuenta en qué proyecto está inmersa ahora, pero yo pierdo el hilo de la conversación después de una frase en la que nombra su viaje a París. Mierda. Ése es el que nos encontramos por casualidad. Ése es el que me acosté con Álvaro sin pensar. En el que perdí la poca razón que me quedaba. Argg. Claro que lo pensé. Esa fantasía ha seguido conmigo siempre, durante todos estos años. Soñaba que nos reencontrábamos y que mi mente se formateaba y viviríamos felices para siempre. Me acosté con él porque quise hacerlo y mentiría si dijera que no fue como esperaba porque fue exactamente así. Tierno, placentero, íntimo y muy emotivo. Ese es el problema de lo que ocurrió, que no sólo fue sexo y los dos lo sabemos. Entre nosotros nunca lo será.

Sara interrumpe el rumbo de mis pensamientos al dejar otra botella de vino sobre la mesa de cristal. Declino su ofrecimiento de llenarme la copa y me tumbo sobre el sofá. Sólo me he bebido cuatro dedos de vino y todo gira a mi alrededor. Si el *pizzero* no aparece en breve, me como otra caja de galletas *Oreo*. Sara y Clara comienzan una disputa sobre quién sería capaz de beber más tequila sin vomitar. Yo lo tengo claro, sería Sara. Las he visto trincarse a las dos una botella de *Patrón* y no morir en el intento, sin embargo, Clara tuvo que ir al médico. La llevamos en brazos a la puerta del Hospital Universitario de Madrid y dos enfermeros la cogieron, relevándonos. Yo me asusté un poco, ellas no tanto. Sara intentó ligar con el taxista. El pobre hombre nos prometió no cobrarnos la carrera si no vomitábamos ninguna dentro del coche. La cara de susto no se le quitó durante todo el trayecto. Sólo respiró tranquilo una vez que nos bajamos. No dejé de atizar guantazos a Clara para que no se quedase dormida. Nadie me había dicho que lo hiciera, lo había visto en las películas. Creía que si cerraba los ojos, no los volvería a abrir nunca.

Piiii, piii. El portero me despierta y abro los ojos. Casi me había

quedado dormida. Me incorporo y me siento en el sofá, pero sigo en un estado de duermevela que no me deja enterarme de mucho de lo que pasa a mi alrededor. Me froto los ojos y trato de despertarme. Debe ser el repartidor de comida a domicilio. Levanto la mirada y veo, junto a los pies descalzos de Sara, otro par, calzando unos mocasines negros de *Gucci*. Por un momento, mi yo más ingenuo piensa en lo bien que visten los *pizzeros* últimamente, pero mi subconsciente, ese que siempre se cree superior a mí y a todos mis yoes, le da una colleja con intención de que espabile. Sigo el recorrido en dirección ascendente y observo unos pantalones de traje gris oscuro, cinturón de piel, camisa blanca, corbata negra..., labios carnosos, mandíbula cuadrada..., pelo revuelto..., ojos azules.

Trago con dificultad. Es sexo por los cuatro costados y su cara de enfadado y de «qué malo soy y lo bien que me lo paso siéndolo» conecta directamente con la parte más íntima de mi cuerpo. Aprieto las caderas, tratando de calmarme. Todo ha desaparecido alrededor. No me doy cuenta de la cara de estar en Babia que se le ha quedado a Clara, y de que se lo está comiendo con los ojos, ni de la sonrisa de Sara (riéndose de mí porque todavía no he dicho nada). Alejandro me mira impertérrito desde lo alto, mientras yo consigo, a duras penas, seguir respirando. Lleva el abrigo perfectamente doblado colgado de su brazo derecho. El teléfono móvil en la mano izquierda y, del pelo mojado, le caen algunas gotitas sobre los hombros. Madre mía. Puedo sentir su pecho palpitar desde aquí. Aprieta la mandíbula y rechina los dientes.

—¿Podemos hablar en privado? —su voz... tosca... es como un latigazo sobre mi piel, pero de esos de placer, de los que te dan una vez y pides más. De los que duelen al principio y después se convierten en gritos, jadeos y orgasmos. Asiento con la cabeza no sin antes cerrar la boca y conseguir levantarme. ¡Bien por ti, Dani! Me animo. Has reaccionado. Camino hacia mi cuarto (tengo que dar cuatro pasos) y Alejandro, putodiosdelsexo, me sigue un metro detrás. Entramos y cierro la puerta. Deja el abrigo sobre la cama y gira los mocasines en mi dirección. Estoy con el cuerpo semi apoyado en la madera y... ¡Sorpresa! ¡Aún no he dicho nada! Idiotizada no, lo siguiente.

—¿Dónde cojones estabas? —ladra. ¿Qué?—. No contestas a mis llamadas. Llevo todo el puto día llamándote.

Agrandando los ojos confusa. Vale que no he hecho mucho caso al móvil hoy, me he pasado parte de la tarde dormitando, pero ¿esto? ¿A qué viene esto? No es para tanto. Le dije que estaría en casa, que había quedado con una vieja amiga. No tengo por qué darle más explicaciones, tiene que confiar en mí. En eso se basa una relación, ¿no? En la confianza y en el respeto mutuos. «Ejem, ejem». Mi subconsciente interrumpe mi perorata interior, recordándome que soy yo la que tal vez no esté sentando bien las bases de la relación.

—¿Qué coño te pasa? —si la cosa va de decir palabrotas, yo me sé unas cuantas—. Te dije que había quedado con una vieja amiga. ¿Qué creías que estaría haciendo?

No contesta. Su reacción es bien distinta a seguir enfadado. O lo sigue estando, pero lo demuestra de una forma muy extraña. Porque camina hasta mí a grandes zancadas, me agarra de la cintura y del cuello y me atrae hacia él, buscando con rabia mi boca. Me besa, me muerde... Nuestras lenguas se enredan. El encuentro es tan intenso que incluso me hace daño. Gimo cuando siento un pinchazo sobre el labio inferior y siento el sabor metálico de la sangre mezclándose con nuestros besos. Sólo se escuchan nuestras respiraciones alteradas y el agua caer sobre el asfalto de la ciudad. Para de devorarme y apoya su frente sobre la mía. Noto el calor de su aliento sobre mis labios y su olor me envuelve, almidonándolo todo.

—Creí... que te había pasado algo —dice entre cortos jadeos sin separarse ni un ápice.

—Creíste que me lo había pensado mejor —lo agarro de la camisa y pego nuestros labios. Le beso. Un beso corto, pero apasionado—. Estás esperando a que reaccione después de lo que me has contado sobre Néstor y... su mujer —prefiero no decir su nombre—, y lo que no entiendes es que ya lo he hecho. No pasa nada. Lo comprendo. Por favor, confía en mí.

Confía en mí. Y esa frase lleva tanto detrás, tantas connotaciones, tantas súplicas, tantos ruegos, tantas esperanzas... Tantas MENTIRAS. Se me corta la respiración y una lágrima escapa de mis ojos. Alejandro la limpia con los labios y dejo de respirar durante unos segundos. No conozco ninguna relación basada en mentiras que salga bien. Bueno, conozco muchas parejas que son infieles y hacen su vida como si nada. Si no se entera nadie, es como si no hubiera ocurrido. “*Palante* como los de Alicante”. ¿Y es eso una

mentira? Supongo que sí. Ser infiel a tu pareja es mezquino y despreciable. Da igual la forma, la circunstancia o los matices y colores con los que quieras pintar la situación. No está bien y punto. Puedes destrozar a una persona. Yo lo viví hace algunos años con Álvaro y aún busco porqués sin encontrarlos. Técnicamente, no he sido infiel a Alejandro, pero ¿qué más da si en ese preciso instante estábamos juntos o no? ¿Dónde está el límite entre lo aceptable y lo que no? Puedo darme mil explicaciones y convencerme de que lo que he hecho no está tan mal, engañarme a mí misma como le estoy haciendo a él, pero sé que esto, tarde o temprano, me estallará en la cara. ¿Y por qué no soy sincera si no hay otra forma de hacerlo? Muy fácil. Me he dado cuenta, aunque siempre lo he sabido, de que jamás me perdonará y, lo que es más importante, el daño que le puedo hacer.

—Confío en ti —y esto me termina de dar el golpe de gracia. Un leñazo mortal. Rompo en un llanto demoledor y entierro la cara entre su pecho. Le abrazo con ganas y él trata de calmarme, besándome la sien.

Me lavo la cara y salgo del baño. Entro de nuevo en la habitación y Alejandro se ha quitado también la chaqueta y la corbata que ha dejado sobre la cómoda. Está sentándose en el filo de la cama. Me acerco y lo hago yo sobre él, rodeando con mis piernas su cintura y el cuello con mis manos. Me sonrío, pero no es una sonrisa cualquiera. Con ella se podría iluminar Nueva York en Navidad.

—¿Sabes? Nadie me había hecho sentir así.

—Así, ¿cómo?

—Vulnerable, nervioso... Feliz —busca con su boca la mía y me da un corto beso—. Eres la cosa más bonita que he visto en mi vida

Le diría que él también lo es, pero no es así. No es bonito. Es guapo a rabiarse, atractivo, morbosos, masculino, caballero... Folla como lo haría un dios, besa como hay que dar los besos, te agarra sin contención...

—Tú también me gustas —digo juguetona.

—¿Te gusto? —siento su sonrisa, mientras me acaricia con los labios el cuello. Lo besa y lo lame. Introduce las manos por debajo de la camiseta, abrasando con la palma toda la piel que toca. Mi espalda, los costados, el pecho. Gimo—. ¿Crees que a tus amigas les importará que te tenga entretenida durante un rato?

—Depende.

—¿De qué?

—De si me tratas bien o no.

—Pienso arrancarte la ropa, ponerte a cuatro patas sobre el suelo y follarte hasta que supliques que pare porque ya no puedes más —susurra, sensual y con voz grave, junto a mi oído—, pero no pararé. ¿Sabes por qué?

Niego con la cabeza a la vez que un jadeo se escapa de entre mis labios.

—Porque no me canso de ti, nunca lo haré. Y después de eso querré más —me pellizca un pezón y contengo la respiración—. Cuando te corras la segunda vez, te tumbaré sobre la cama. Te comeré entera. Me encanta tu sabor, dulce y tierno, como tú. Introduciré la lengua entre tus labios —mete una de sus manos dentro de mis braguitas y comienza a masajearme el clítoris —, los lameré, chuparé y morderé la zona más sensible —a la vez que lo dice me pellizca sobre la misma. Grito y doy un pequeño respingo—. Noto lo que te hago sentir. Estás húmeda y resbaladiza —sigue masajeadome. Jadeo sobre su boca. Trato de besarle, pero se aparta—. El corazón te late desbocado y una fina cinta de sudor te cubre la frente. ¿Quieres correrte? —asiento—. Me encanta que lo hagas. Cuando termine de lamerte te volveré a follar sobre la cama y después contra la pared —introduce un dedo en mí y contengo la respiración—. ¿Te parece bien? ¿Crees que a tus amigas les importará?

Me importa una puta mierda lo que mis amigas crean que es lo mejor para mí. Como si quieren entrar y ver el espectáculo. Yo sólo quiero que haga todo lo que ha dicho que haría. Podría entrar el FBI corriendo detrás de un asesino que se ha colado en nuestra casa, o la banda filarmónica de Londres al completo. Me daría exactamente igual. ¡Yo lo que quiero es que me sodomice y no tenga cuidado a la hora de empezar! Introduce otro dedo dentro de mí y... Lo hizo, me puso a cuatro patas, me folló en el suelo, en la cama y contra la pared. Lamió y besó cada rincón de mi cuerpo y perdí la cuenta de la cantidad de orgasmos que me regaló. Besos, jadeos, gritos contenidos, lengua, saliva, calor, pellizcos, tirones de pelo, nuestros fluidos mezclándose. Más jadeos, más gemidos... y muchas, muchas palabras que no nos dijimos en voz alta, pero que sabíamos que estaban ahí. Cuando conseguí salir del trance al que me había llevado, Alejandro me miraba vestido y sonriendo, de pie, delante de mí. Se agachó, me dio un corto beso y se despidió hasta mañana a las ocho en la oficina. Le dije que a esas horas tan

intempestivas no estaban puestas ni las calles y que debería ser más flexible con el horario de sus trabajadores.

—Te quiero.

—Y yo —balbuceé.

Y aquí estoy, dándome una ducha sentada sobre el suelo porque no puedo mantenerme de pie. La media hora que he estado agachada aguantando mi peso y sus embestidas, mientras me empalaba sin compasión, me ha dejado las rodillas bastante maltrechas. No es que me queje, ha valido la pena el dolor que voy a tener mañana por todo el cuerpo. Un ibuprofeno y andando.

—La pizza se te ha enfriado —dice Sara con retintín—, pero no te preocupes, a mí me habéis puesto caliente como la freidora de un churrero —sigue dejando ver su avanzado estado de embriaguez. ¿Cuánto tiempo hemos estado ahí adentro?

—Perdona si hemos molestado a la reina. Ni que nos hubieras encontrado follando como animales en celo en medio del salón —espero que note la ironía.

—A mí no me importaría, que quede claro —se encoge de hombros y bebe un sorbo de su copa. Me siento junto a ellas en el sofá.

—Yo tendría mis reparos, pero no me importaría ver a ese espécimen desnudo —deja caer, como si nada, Clara, a mi lado. No está tan borracha como Sara—. Por cierto, supongo que has arreglado los problemas con Alejandro. No me lo imaginaba así.

—Así, ¿cómo?

—Tannnn —alarga la palabra exageradamente—, guapooooo. A ver, sé de quién es hermano, no podría ser de otra manera. Pero, en realidad, no se parece en nada a Álvaro. Son tan distintos...

«Como la noche y el día». O tal vez no. Al fin y al cabo, son hermanos.

—Yo me los tiraba a los dos. Y a la vez.

Le doy un codazo a Sara por su salida de tono y nos reímos.

—¿Alguien quiere otra copa?

Clara y yo levantamos la mano. Suena "*Looking For Paradise*" de Alejandro Sanz.

—Y dime, entonces, ¿has decidido darle otra oportunidad a Alejandro? —me pregunta mi antigua amiga, mientras Sara trastea en la cocina. Asiento con la cabeza—. ¿Sabe lo vuestro? —la miro. Sé a qué se refiere, pero no digo nada—. ¿Sabe lo que hubo entre su hermano y tú?

«Lo que hubo y lo que hay».

Mierda.

Clara no está al tanto de los nuevos acontecimientos. La última vez que nos vimos, yo iba en la parte de atrás de un coche con Álvaro aguantándome el cuerpo, mientras ella charlaba con Jean Dómine que conducía. Las dos llevábamos un pedo considerable. Tanto que yo perdí la cabeza y ella casi vomita en el coche del francés, al que sólo le faltó echarla a patadas de él. A un tío le puedes hacer de todo, incluso, mearle en la cara, pero no se te ocurra potar en su coche, llenarlo de barro con los tacones o comer pipas en él.

—No —niego con la cabeza. Sara llega con tres gin-tonics en la mano y se tira literalmente entre nosotras.

—¿Por qué no se lo dices? Seguro que lo entenderá.

—No te creas. Te faltan datos para poder opinar —miro a mi amiga y compañera de piso con cara de «y a ti qué te pasa». Clara se levanta y pone los brazos en jarras.

—¿Qué quiere decir? ¿Ha pasado algo entre Álvaro y tú?

—Querrás decir que cuántas veces ha pasado —vuelve a intervenir la bocazas.

—¿Quieres callarte? —la asesino con la mirada.

—Pues no, mira. Comienza a ser sincera con tus amigas. Después hazlo con el resto del mundo.

Me agarro la cabeza entre las manos y aguanto las ganas de vomitar. Aún no he bebido (a excepción de las dos copas de vino que tomé justo antes de que Alejandro llegara y me regalara la maratón de sexo), pero se me está revolviendo el estómago y algo me dice que terminaré de rodillas frente al inodoro. Cojo fuerzas y le cuento a Clara toda la historia. De principio a fin. Cómo terminó el viaje de trabajo a París. Cómo salí huyendo de allí, de lo que hice y de lo que me hizo sentir. Admito ante ellas (y ante mí misma) que he perdonado a Alejandro porque no me imagino la vida sin él y que no me



atrevo a ser sincera porque sé que le perderé. Con voz temblorosa, reconozco lo que volvió a ocurrir hace unos días, que volví a acostarme con Álvaro y que, aunque estoy segura de que lo hice porque quise y porque me apetecía, me pesa como una losa que me obligan a llevar como castigo. Repito en voz alta una y otra vez que amo a Alejandro y que no estábamos juntos cuando ocurrió. Que me odio por haberlo hecho, de todas formas, y termino la frase con un «soy una gilipollas integral.» y lloriqueando por los rincones. Les cuento el derroche de sinceridad que ha tenido conmigo este fin de semana. El accidente de moto de Néstor, la implicación de Alejandro y (aunque lo pienso varias veces) las hago partícipe de la historia al completo. Me refiero a que mi dios del sexo se tiraba a la novia de su amigo. Que por eso él se siente tan culpable de lo que pasó.

—Vaya historia más bizarra —Sara saca un cigarro de un cajón y lo enciende. La miro con reprobación—. Sólo uno. Hace mucho tiempo que no fumo —lo enciende y le da una calada que le debe llegar hasta el culo. Comienza a toser. Clara y yo nos reímos.

—Dame una calada —lo cojo y me lo llevo a la boca. Me mareo antes de exhalar el humo. Le ofrezco a Clara que niega con la cabeza.

Sigo parloteando (ya no puedo parar, aunque quisiera) y, trazando derroteros peligrosos, expurgo demasiado en el tiempo hasta llegar a sitios donde no me encuentro a gusto y que me gustaría olvidar. Comienzo a echar sapos y culebras por la boca y lo más bonito que digo de Álvaro es que fue el tío que me desvirgó y, aunque nunca me he arrepentido, le deseé la muerte durante mucho tiempo por abandonarme. Me pongo sensible y recuerdo una tarde de lluvia en casa viendo una peli. Me hizo el amor despacio sobre el sofá. Me dijo cosas como que le había salvado la vida. Que yo era su otra mitad. Que a veces se despertaba creyendo que no era real y que besarme era todo lo que necesitaba. No me pasa desapercibida la mirada que se echan las dos cuando las hago partícipe del dolor que aún siento porque desapareciera durante más de cinco años y no se preocupara por mí. Se supone que me quería. Estuvimos cuatro años juntos. Cuatro años de «te quiero», «te amo, nena» y de incontables «no sé qué sería de mi vida sin ti». Termino de un trago con la segunda copa y sigo escupiendo fuego del que fue, durante mucho tiempo, la única persona que había amado en la vida. Y con esta frase quiero decir varias cosas. Lo amé en mayúsculas y luces de neón, pero ahora

ese sentimiento ya no es exclusivo de él. Alejandro ha entrado tan brutalmente en mi vida que lo amo de una manera que hasta a mí, a veces, me cuesta comprender.

—Odio lo que hizo. Al principio, no lo comprendí. Después, pude darme cuenta. Fue un cobarde. Lo que hizo no tiene nombre, fue ruin...

—Álvaro siempre ha estado pendiente de ti. Nunca se fue del todo. Se me cae el vaso al suelo y miro a Clara, desorientada.

## EL JEFE SIEMPRE LLEVA RAZÓN

¿Perdona? ¿Qué coño estás diciendo? ¿Puedes repetir lo que has dicho? ¿Que Álvaro nunca se fue del todo? Pues que me diga dónde ha estado porque yo no he tenido noticias de él hasta hace unas semanas.

—Álvaro siempre ha estado pendiente de ti. Nunca se fue del todo —vuelve a decirlo, o tal vez es mi cabeza que lo repite una y otra vez. «Álvaro siempre ha estado pendiente de ti. Nunca se fue del todo».

—¿Qué coño quieres decir?

—Dani, tranquilízate. Debí decírtelo hace mucho tiempo. Tal vez desde el principio, pero yo vi cómo te dejó. Lo hubiera matado si hubiese tenido la oportunidad.

—¿De qué cojones estás hablando? —inquiero. Me levanto, nerviosa.

—Siéntate, por favor, y escúchame antes de ponerte a gritar.

—¡Yo no estoy gritando! —está bien. Sí lo hago.

—Vamos a serenarnos y a escuchar lo que Clara tenga que decir —Sara me coge del brazo y me sienta de nuevo sobre el sofá.

—Como ya sabes, Álvaro me llamó cuando todavía estabas en el hospital. Nunca le dijimos lo que realmente te ocurría, ni a él ni a nadie, pero no creo que se tragara del todo lo de la “anemia considerable” —esto último lo entrecomilla con un gesto de las manos—. Siguió llamándome. Incluso cuando me fui del país. Nunca pasaron más de dos semanas sin que lo hiciera. Al principio, sólo quería saber si te encontrabas bien y si te habías recuperado. Con el tiempo... pasó a preocuparse por todo, de tu día a día. De si tenías trabajo, si te faltaba algo, si salías con alguien. Algunas veces decía cosas... No sé, me daba la sensación de que sabía más que yo de ti, como si hablara contigo. Estaba al tanto de dónde desayunabas, de a qué gimnasio ibas... Le pregunté varias veces cómo sabía todas esas cosas y me contaba historias sobre que teníais amigos en común, que se había encontrado con un compañero de clase que seguía en contacto contigo... No le di demasiada

importancia. Una noche me llamó y pude notar en su voz una considerable preocupación. Fue el día que el ciclista te atropelló y te rompiste la muñeca. Yo aún no sabía nada y él ya tenía todos los datos. No pudo negarme que viajaba mucho a Madrid y que, cuando podía, se dedicaba a observarte en la distancia... —sigue hablando, sin embargo, yo ahora sólo siento un leve murmullo, como cuando estás dormida en tu habitación y escuchas al vecino hablar con alguien. ¿Qué me está contando? Me siento como fuera del cuerpo. Como si flotara y la que está sentada con cara de espanto sobre el sofá no fuera yo—. Sin embargo, no podía hacer otra cosa —vuelvo a prestar atención—. Le hice prometer que nunca se acercaría a ti. A cambio, yo tampoco diría nada. Nuestras conversaciones no duraban demasiado. No me cae bien y él lo sabe. Al principio, le colgaba antes, incluso, de empezar a hablar. Con el tiempo, comprendí que era más fácil responder a sus preguntas que huir de él. Se puede llegar a poner muy pesado. En París comprendí por qué llevaba más de un mes sin llamar. Había roto su promesa. Se había acercado a ti.

Trato de ordenar todo lo que acaba de decir. Recuerdo el encuentro de París. Álvaro y yo nos habíamos reunido con dos insulsos abogados y, para evitar quedarme dormida escuchando lo que decían, fui al baño. Al salir, me encontré con Clara en el pasillo y Álvaro apareció poco después. Flashes del momento aparecen en mi mente como diapositivas antiguas que han perdido un poco el color. Clara le miraba con cara de reprobación. Y Álvaro... No me lo puedo creer. ¿Han estado hablando durante todo este tiempo? Caigo en la cuenta de algo: la de veces que me ha parecido verlo por las calles de Madrid. La de veces que he llegado a casa temblando, creyendo que estaba loca. Que perdería la cabeza si seguía viendo su fantasma por todos lados. Y no eran imaginaciones mías. Era real. Ha estado aquí durante todo este tiempo. Pero ¿por qué? Él me alejó. Él se marchó a perseguir nuestro sueño. Fue él quien se dio por vencido y no luchó por lo que teníamos. Yo sólo me dejé llevar y le odié.

—No he vuelto a hablar con él. Quiero decir, que yo jamás le he llamado. Excepto una vez... —me mira, arrepentida, esperando mi reacción—. Llevabas varios meses sin encontrar trabajo...

—¿Qué vas a decir?

—Lo siento. Sólo quería que fueras feliz. Él buscaba una directora para su galería y yo no imaginaba ninguna mejor.

—¿Me estás diciendo que has sabido de Álvaro durante todos estos

años y no me has dicho nada? ¿Me estás diciendo que no me dejó tirada sin más?

—Lo que ha dicho no cambia lo que hizo —interviene Sara—. Se preocupó por ti, ¿y qué? No estuvo cuando más le necesitabas. No lo hagamos bueno cuando en realidad no lo es. Llamaba de vez en cuando... ¿Qué clase de hombre no lucha por la mujer que ama?

—Tú... ¿también lo sabías?

—Ella no tenía ni idea —la defiende, Clara.

—¡Cállate! —grito—. ¿Tú sabías lo que estaba pasando? —insto a mi amiga a que me conteste.

—No, pero si hubiera sido así, no te hubiese dicho nada. Te conocí hecha una mierda. No creo ni que fueras persona. No me hagas creer que Álvaro es bueno para ti porque no es así. Nada hubiera sido diferente de haberlo sabido.

Enredo el pelo entre las manos y vuelvo a levantarme. Camino por la habitación de un lado a otro, nerviosa. Necesito otra copa. Desaparezco tras la puerta de la cocina y me sirvo. Cuando llego al salón, mis “amigas” me esperan en silencio. Es raro que se encuentren en esta situación. Normalmente no hay quien las calle.

—¿Álvaro sabía a quién contrataba como directora de la galería?

Clara asiente, dubitativa. No duda de que eso sea así, está más que claro que ella le sugirió que me ayudara, duda de cuál va a ser mi reacción. No grito, no chilló, no lloro, no me enfado. Me bebo el gin-tonic de un trago y lo dejo, ceremoniosa, sobre la mesa.

—Lo siento. Traté de ignorarle durante mucho tiempo, pero puede llegar a ser muy persuasivo —agacha la cabeza, arrepentida.

—Eso no es culpa de ella —interrumpe Sara, demasiado enérgica, defendiéndola. Como si hubiera caído en la cuenta de algo—. Debe ser genético. Alejandro ha conseguido muchas cosas de mí y no sabría explicarte cómo.

El despertador suena a las siete y maldigo una y mil veces, acordándome de la hora a la que nos acostamos. Después de nuestra esclarecedora charla sobre lo que mi amiga Clara ha estado haciendo durante todos estos años a mis espaldas, lloramos como niñas pequeñas, mientras nos

abrazamos y nos declaramos amor incondicional e infinito. No dudo que no exista entre nosotras todos los sentimientos que afloraron entre tanta noticia bomba y desdicha, pero la botella de ginebra *Bombay Sapphire* que nos tomamos ayudó bastante y facilitó que abriéramos el corazón de aquella manera. Ensalzando el sentimiento de amistad, el salón se inundó de frases como «no podría dejar de quererte», «nadie en el mundo te querrá tanto como yo» o «daría mi vida por ti si fuera necesario».

Juan Carlos recogió a Clara sobre las tres de la mañana. Tengo un leve recuerdo de cómo la cogió en brazos y la sacó de nuestra ratonera. La aguantó con las manos con relativa facilidad para lo poco corpulento que es. No es excesivamente alto y no está muy fuerte, pero tiene un cuerpo grácil y definido que no pasa desapercibido. Es moreno con ojos caramelo, aunque creo que estos datos no influyen en lo fácil que fue para él cargar con Clara que debe pesar al menos cincuenta y cinco kilos. Yo no puedo ni con tres. A veces, vacío el bolso buscando la piedra que hace que parezca que se me va a descolgar el hombro. Sin embargo, nunca encuentro nada fuera de lugar. Todo es necesario. Escucho la repetición del despertador y lo apago de mala gana. Aún es de noche y los primeros rayos de sol ni se intuyen a través de las ranuras de la ventana. Pero por qué, "zeñó", por qué.

Me doy una ducha rápida, me maquillo y paro frente al armario sin saber qué ponerme. Opto por una falda sastre, de corte limpio, color berenjena, unas medias de liga negra y una blusa de seda del mismo color, de manga larga y abotonada hasta el cuello. Calzo unos botines de tacón con abertura en cremallera en la parte de atrás, del mismo color. Recojo el pelo en una coleta alta y me abrigo con la chaqueta *biker* de cuero desgastado. Un pañuelo, a juego con la falda, me rodea el cuello.

Saludo a Victoria nada más salir del ascensor. Son las ocho y diez de la mañana cuando cruzo la puerta de mi despacho. Supongo que nadie notará mi pequeño retraso. Abro el correo y tiro el *spam*. Leo por encima lo que me parece importante y, mientras lo hago, entra uno en el servidor. Clico sobre él y leo:

De Álvaro Llorens: «Buenos días, señorita Sánchez. La espero en la sala de reuniones a las doce en punto de la mañana. Tenemos un tema urgente que tratar. Sea puntual».

Como si no lo fuera siempre. Digo en voz alta. Una sonrisa irónica me cruza la cara. Buenos días, Dani. Bienvenida al mundo real. Ese es el que los días transcurren bajo el mismo techo en el que se encuentran los dos hombres que te traen por el camino de la más feliz de las amarguras.

«Las del sexo y la perversión».

Pongo los ojos en blanco.

—Buenos días, Dani. Te traigo un café —me interrumpe Berta. Lo deja sobre mi mesa y se sienta enfrente. Lo cojo y bebo. Un gemidito de placer se escapa de entre mis labios.

—Gracias —no me ha dado tiempo a desayunar.

—De nada. ¿Qué tal el fin de semana?

Ufff... No sabría ni por dónde empezar.

—Genial —acorto la respuesta.

—¿Se puede? —escuchamos a Victoria desde la puerta. Le hago un gesto con la mano y ésta llega hasta donde nos encontramos. Se sienta junto a Berta. En la silla que queda libre—. Venía a darte las gracias por presentarme a Raúl. Es un cielo —sonríe a mi ayudante. Me he perdido algo.

—Él habla maravillas de ti. Me ha dicho que lo pasasteis muy bien juntos.

—Fue genial. Hemos quedado el miércoles para ir al Museo del Prado.

—¿Puedo saber de qué habláis?

—El sábado quedamos para tomar algo y, por casualidad, nos encontramos con mi primo Raúl. Los presenté y parece que han congeniado bastante —y esto último lo dice dándole un tonito irónico.

Victoria vuelve a darle las gracias y se va, argumentando que tiene mucho trabajo y que al jefe no le gusta que se ausente durante mucho tiempo de su puesto. Yo creo que escapa de las preguntas bastante atrevidas que empieza a hacerle la prima del que parece que va a ser su próximo amante. Reprendo a mi ayudante por ser tan directa y metomentodo. Parloteamos durante el rato que tardamos en tomarnos el café. Repasamos la agenda del día y me recuerda que hay que llamar todavía a un par de artistas que son reacios a firmar el nuevo contrato. Nos despedimos y quedamos dentro de media hora en el almacén para revisar un par de obras que no deben estar bien numeradas. La mañana pasa rápido. Repasamos el inventario y encontramos el error. Debe ser informático. Tras comprobar que todo sigue

en orden, cierro la puerta con llave y, trasteando con el móvil en la mano, me topo con un torso duro que me frena en seco. Su olor me envuelve y todos mis miedos salen de su escondrijo y me saludan.

—Buenos días —y mientras lo dice, mis ojos no pueden apartarse de sus mullidos labios—. ¿Tienes prisa?

—Ho... hola, señor Llorens —tartamudeo—. No esperaba verle hasta dentro de... —nunca—, una hora.

—Ya veo —con la punta de la lengua lame, casi imperceptiblemente, su labio inferior. Después, lo muerde—. ¿Podrías acompañarme un segundo?

La verdad es que preferiría no hacerlo, pero eres mi jefe. A ver cómo cojones me niego.

—Claro.

Le rezo a todos los santos que conozco (que no son muchos) para que lo que me tenga que decir no tenga absolutamente nada que ver con nosotros. Entramos en su despacho y cierra la puerta. Tras unos segundos, ya noto que me falta el aire. Me planto en medio de la estancia y él lo hace delante de mí.

—Creo que deberíamos hablar de lo que pasó —ahí, directo y sin anestesia. No parece que rezar sirva de algo. Tal vez haya sido porque del *Ave María* sólo recordaba la mitad.

—Entiendo que deberíamos hablar, pero, por ahora, prefiero dejarlo estar —contesto, valiente. No me reconozco, no he tartamudeado. No he titubeado en mi respuesta. En otro momento, me hubiera dejado llevar sin disentir. Me cuesta mucho decir que no. Me pasa en todos los ámbitos de mi vida. Durante mucho tiempo, me he dejado llevar por las circunstancias, sin pararme a pensar en lo que quiero yo. Es hora de volver a coger las riendas de mi vida. Siempre me han dado envidia las personas que persiguen sus sueños hasta el final. Que se aferran a lo que quieren y no lo dejan escapar. Es el momento de ser sincera de verdad con Álvaro. De dejarle claro que lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido un error y que no volverá a pasar.

—Dani... —susurra despacio. Puedo sentir todo lo que quiere decir. Mi nombre suena a música entre sus labios. Que no quiera seguir cometiendo errores, no significa que mi cuerpo no reaccione a su presencia.

—Encontraremos el momento.

Isabelle entra en la estancia sin llamar y yo aprovecho para salir de allí. No intenta detenerme. Su secretaria comienza a hablar en francés y éste



le contesta en el mismo idioma. Cierro la puerta y respiro profundamente. Me encuentro a Victoria frente a mí.

—Iba a buscarte. El señor Fernández quiere verte en su despacho.

Veo a Natasha tras su mesa antes de entrar en la estancia y ésta se levanta para recibirme.

—Buenos días, señorita Sánchez. Pase, el señor Fernández la está esperando —saluda, demasiado simpática. ¿Me lo ha parecido a mí o la estirada hoy se ha levantado vomitando flores?

Sonrío levemente y la saludo con un golpe de cabeza. Doy dos toques sobre la madera de la puerta y, tras escuchar un decidido «pasa», la empujo y me adentro en la guarida del lobo. Pero esta vez estoy deseando que me coma, que se aproveche de mí y que tome de mi cuerpo lo que desee. Aun así me hago la inocente y recatada. Camino unos pasos y me detengo para mirarle. Está sentado tras su mesa. Imponente, guapo, atractivo. Verle siempre tiene un golpe de efecto en mi cuerpo que me deja sin respiración, pero hoy por la mañana todo lo que causa en mí se multiplica por dos. Su pelo negro, sus impresionantes ojos azules, su mandíbula cuadrada, su cuerpo moreno y musculado. Tengo que darle la razón a Sofía cuando lo compara con Henry Cavill, el actor que hace de Superman en las últimas películas. Tiene un cierto parecido, pero, además, me mira como si pudiera salvarme la vida. Y no está muy equivocado. Sonrío cohibida ante tal alarde de masculinidad y en lo único que puedo pensar es en su lengua recorriéndome entera, llegando a todos los rincones de mi piel. Siempre me ha gustado el sexo, sin embargo, nunca lo he sentido así de esta manera, como algo primario, instintivo, necesario para vivir. Con él, todo ha cambiado. Necesito tocarle y que me toque. Tenerle cerca, sentir su calor, notar cómo me llena. Hacerle llegar a lo más alto y dejarle caer. Que se deje llevar y entregarle mi cuerpo para que haga lo que quiera.

—Buenos días, señorita Sánchez —y su voz es un sonido ronco y sensual que conecta con mi zona más íntima. Aprieto los muslos, tratando de calmar la punzada de dolor que ha comenzado ahí abajo, y el muy cabrón sonrío, sabedor de lo que me hace sentir. Intento ignorarle.

—Buenos días, señor Fernández —y hago hincapié en lo de señor—. ¿Qué puedo hacer por usted?—pregunto, tratando de sonar profesional, pero

con un tono sensual y travieso.

—¿Puedo pedir lo que quiera? —tuerce la boca en una juguetona sonrisa. Se aparta un poco de la mesa y se acomoda en la silla, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Claro, usted es el jefe. Puede hacer conmigo lo que desee —lo sé, no tengo vergüenza. Con él lo pierdo todo. Hasta la cabeza.

—Se me ocurren muchas cosas que podría hacer por mí. Y todas ellas terminan conmigo empujando dentro de usted —tengo que tragar saliva varias veces para que no se me reseque la boca. Se da cuenta de mi actual estado de excitación y, con un leve gesto de cabeza, me insta a que me acerque. Camino temblorosa hasta situarme frente a él. Gira su silla para dejarme entre sus piernas. Mete una mano bajo mi falda y me masajea el muslo, haciendo círculos con la palma. Cierro los ojos y contengo el aire—. Pero me interesa más saber qué puedo hacer yo por ti —sube la mano y me toca el sexo por encima de mis braguitas de encaje negro—. El trato era que no llevaras ropa interior —¿Qué? ¿Está loco? ¿En la oficina? Gimo cuando mete la mano dentro de ellas y masajea el clítoris con parsimonia. De repente, se levanta. Con la otra mano me agarra de la cintura y susurra junto a mi oído —: Dímelo, Dani. Dime qué es lo que quieres. Te daré todo, si me dejas — me mira a los ojos y me desarma.

—A ti —musito con la respiración agitada—. Bésame, por favor.

Y su boca busca, desesperada, la mía. Me muerde los labios, los lame e introduce la lengua, enredándola con la mía. Le envuelvo el cuello con mis manos y lo atraigo más hacia mí. Rompe las braguitas con la mano con la que me estaba masajeando el clítoris, nos gira, me sienta sobre la mesa y se acomoda entre mis piernas. Acaricia con los dedos mis labios vaginales, humedeciéndolos, y, a continuación, muy rápido, introduce uno en la vagina. Doy un pequeño grito que ahoga pegando más sus labios a los míos. Lo siguiente sucede todo muy rápido. Se desabrocha los pantalones, se agarra el miembro viril y lo introduce de una estocada en mí. Grito, pero no llega a escucharse porque me tapa la boca con la mano. Enredo mis piernas alrededor de su cintura y me dejo llevar. Entra y sale tan fuerte que casi duele. Y digo casi porque el placer que consigue darme no tiene nombre ni explicación. Entra y sale.

Entra y sale.

—Mi vida...

Vuelve a entrar y a salir.

—Córrete, preciosa —entra—. Quiero sentir cómo te contraes por mí —sale—. Déjame sentirte.

Y mi cuerpo, que lo único que desea es explotar, lo hace, mientras Alejandro sigue bombeando fuerte dentro de él. Entra y sale. Entra y sale. Y tras una última y fuerte estocada, se corre escandalosamente, humedeciendo cada rincón de mi cuerpo. Por dentro y por fuera. Me besa varias veces más y saca su poderoso miembro erguido, despacio, tratando de no manchar demasiado. Me levanto cuando se aparta y, con la palma de la mano, trato que quitar las arrugas a la falda.

—Natasha va a saber lo que hemos estado haciendo aquí dentro.

—Me importa una mierda lo que piense Natasha —y este comentario me anima. Se abrocha el pantalón y vuelve a abrazarme—. ¿Sabes? Llevo pensando en follarte toda la mañana. No puedo concentrarme en nada más.

—Si sólo te interesa mi cuerpo... —simulo estar dolida.

—Te quiero toda. Me gusta tu sonrisa, tu forma de moverte, la manera de parpadear cuando estás nerviosa, tus gruñidos al despertarte por las mañanas, tu olor... a fresas y a café. Escuchar tus gemidos junto a mi oído. Sentir cómo te corres en mi mano, en mi boca, con mi polla dentro...

Gimo de nuevo, delatando que vuelvo a estar en la casilla de salida. Lista y preparada para ir de oca en oca y que se me tire cuando vea que toca. (Muajaja, lo sé. Estoy perdiendo la cabeza). Él y sólo él tiene la culpa. Me vuelve a rodear con sus fuertes brazos y me pega a su cuerpo, después de abrocharse el pantalón y alisarse la camisa. Nos miramos y sonrío.

—Te quiero, nena —me da un corto, pero húmedo, beso.

Le abrazo fuerte y entierro mi cara entre su pecho, aspiro su olor y cierro los ojos. Me traslado, durante unos instantes, a un mundo donde la felicidad es el único sentimiento que me acompaña. Y digo durante unos instantes porque alguien ha entrado en el despacho sin llamar. ¿Os han despertado alguna vez con un cubo de agua fría? Pues exactamente así es como me siento después de escuchar su voz a tres metros de donde nos encontramos Alejandro y yo abrazados.

—Espero no interrumpir nada.

Y aunque aún tengo los ojos cerrados, el tono con el que Álvaro ha

hablado me da una pequeña idea del gesto de su cara.

## PARA ESO, NUNCA ES BUEN MOMENTO

No es fácil para mí imaginar la situación en la que nos encontramos. Mis brazos rodean la cintura de Alejandro y mi cuerpo sigue pegado, totalmente acoplado, al suyo. Siento su respiración sobre mi mejilla y sus fuertes manos agarrando mi cintura. Sigo con los ojos cerrados. Tengo la esperanza de que sigamos solos y Álvaro no haya entrado en la estancia, interrumpiendo mi paz. Lo sé, puedo llegar a ser bastante egoísta, pero yo no lo veo así. No es egoísmo, sino todo lo contrario: abnegación. En lo más profundo de mi ser, desearía no tener que elegir y sé que no podría hacer desaparecer a ninguno de ellos, y... ¿tenerlos a los dos? Una utopía. Un gran plan de muy difícil realización. Según Sara, un gran plan con el que tocar el cielo doblemente todos los días. Tal vez ella podría hacerlo realidad.

No, no deseo que Álvaro sufra y preferiría que no nos hubiera visto en esta situación, sin embargo, no tengo más remedio que salir de la madriguera en la que he convertido de manera fortuita el pecho de Alejandro y enfrentarme a lo que me espera. Abro los ojos y maldigo el momento en que lo hago. Sus ojos, negros como el azabache, se clavan en los míos sin tratar de disimular la decepción. Y su voz... su voz me desgarrar por dentro.

—Espero no interrumpir nada.

—Podrías llamar antes de entrar. Estoy harto de tus jodidas manías — responde Alejandro, sin ningún tipo de acritud. Más bien todo lo contrario. Su tono denota armonía y complicidad. Nos separamos unos centímetros.

—Perdone su señoría. No he querido molestar — intenta disimular su estado de ánimo.

—Pues lo has hecho. Llama a partir de ahora.

—¿Ordena usted algo más?

—Deja de mirarle las piernas a mi mujer.

—Llegamos tarde a la reunión —contesta Álvaro, obviando esto último. Alejandro me mira y me da un corto beso.

—Tenemos que irnos —susurra con sus labios sobre los míos. Puedo notar la mirada de Álvaro clavándose sobre nosotros—. Intentaré llegar temprano a casa. Claudia dejará preparada la cena —se despide con un último y demasiado largo beso.

Puedo deshilachar y estudiar minuciosamente lo que acaba de pasar y lo que Álvaro ha debido sentir, pero no tengo tiempo de hacerlo. Para ser totalmente sincera, tampoco ganas. Es difícil entenderme, no lo hago ni yo. Me siento mal y culpable a partes iguales, pero voy a hacer caso a mi corazón aunque eso signifique luchar contra lo que está bien o socialmente aceptado. No, no voy a proponer hacer una pareja de tres (suena mal sólo con decirlo) ni me los voy a tirar por separado. Aunque estoy segura de que Sara aplaudiría la idea.

Paso por mi despacho, recojo mis cosas y me dirijo con paso firme a la sala de reuniones. Me siento al final y me centro en seguir en mis trece y no llorar. Por mucho que me diga a mí misma que lo que hago es ser fiel a lo que deseo, mi yo más sentido no pierde de vista que mi corazón sigue bombeando fuerte con tan sólo escuchar su voz. La hora y media que dura el suplicio (para mí está siendo como si me clavaran alfileres chinos) la paso abstraída, tratando de imaginar que me encuentro en un sitio mejor. Poneos en mi lugar: los dos hombres que más he querido en mi vida y con los que tengo, o he tenido, serias relaciones, se encuentran, uno al lado del otro, a pocos metros de mí, dando órdenes a diestro y siniestro. A ninguno de los dos les pasa desapercibida mi presencia. Uno me mira con lascivia y cierta posesión, se acaba de correr dentro de mí y aún siento su semen caliente y húmedo en mi interior. El otro me echa miradas perdidas de decepción y amargura. Así que intento imaginar que me encuentro en una playa, a muchos kilómetros de aquí, tumbada sobre una hamaca y con un daiquiri en la mano, pero lo único que consigo es hundirme en el sillón en el que estoy sentada. No me gusta esta situación. No me agrada mentir como lo estoy haciendo.

Salgo a comer con Berta y Victoria. Nos sentamos en un *gastrobar*

que hay no muy lejos de las torres y me cuentan con más detalles lo que han hecho el fin de semana. Parece que se han hecho buenas amigas. Salieron el sábado a comer y ver museos y en uno de ellos se encontraron a Raúl, primo de Berta. Congenió muy rápido con Victoria y han quedado en verse de nuevo esta semana. El chico en cuestión tiene veintinueve años, trabaja de director comercial en una multinacional y, esto último me sorprende, tiene tres hijos de una relación anterior. No es algo que se hable en la primera cita, pero Berta es la tía de esas tres criaturitas y se le llena la boca hablando de ellos. El tema nos lleva a uno más profundo: la necesidad o no de tener hijos, el instinto maternal y la presión de la sociedad para y por la procreación. Muy pocos anuncios, por no decir ninguno, anuncian familias sin hijos. La perfecta familia feliz, como mínimo, tiene dos hijos (que, por cierto, son rubios, guapísimos y con ojos azules). Berta, que es bastante más joven que yo, no ha sentido nunca el instinto maternal. Supongo que eso tampoco lo hace la edad. Conozco a gente que con quince años ya sabían que les gustaría tener tres hijos y que no tenerlos supondría un trauma bastante difícil de superar. Yo nunca he querido pensar demasiado en ese tema. Me trae recuerdos muy dolorosos que quisiera olvidar. Supongo que seré madre algún día, pero no le doy vueltas al asunto. Me toco la barriga en un acto reflejo que no controlo. Pierdo la mirada en el bar y no me doy cuenta de quiénes están entrando por las puertas y acomodándose junto a la barra. Ellos tampoco se percatan de nuestra presencia.

—Deja de beber, Berta, que los jefes están vigilando.

—Sólo veo refrescos sobre la mesa. De todas formas, no creo ni que nos hayan visto.

La palabra jefes me hace reaccionar y les presto más atención.

—No entiendo cómo, siendo hermanos, puedan ser tan diferentes. Nadie diría que esos dos llevan la misma sangre —comenta Victoria.

—Son hijos de diferente padre —consigo, sin desearlo, que las dos me presten toda la atención. Berta se sorprende, Victoria no puede esconder que algo sabía.

—A mí siempre me ha desorientado lo de los apellidos. Supongo que por eso siempre lo he sabido.

Es lógico que piense que cada uno lleva el apellido de su padre, pero no es así. Álvaro se lo cambió hace tiempo y por eso no supe que era él el

dueño de la galería *D'Arte* para la que comenzaba a trabajar.

—Llorens es el apellido de su madre —digo más para mí que para ellas, pero llegan a escucharme.

—Lo sé, conozco a su padre. El señor Sanz es un tío bastante rancio.

—¿Viene por aquí?

—De vez en cuando, pero siempre para reunirse con Alejandro. Muy pocas veces ha coincidido con Álvaro. Al menos, desde que yo trabajo aquí. Creo que no se llevan muy bien. La madre murió hace ya algunos años. Supongo que eso lo sabes.

Asiento con la cabeza y desvío la mirada hacia mis manos. Por supuesto que lo sé. Ese hecho cambió sus vidas y la mía para siempre.

—Disculpadme, necesito ir al baño.

Me levanto y zigzagueo entre las pequeñas mesas, tratando de pasar desapercibida. No levanto la mirada del suelo ni siquiera al bajar las pequeñas escaleras que llevan a los baños. Cuando bajo del último escalón y piso tierra firme, me encuentro con unas piernas trajeadas cortándome el paso. Subo la vista y su mirada se clava en la mía. Trago con dificultad. Álvaro de pie frente a mí, oliendo a todas esas cosas del pasado que una vez me hicieron muy feliz.

—Volvéis a estar juntos.

—No es momento ni lugar para hablar sobre eso.

—¿Y cuándo lo será? ¿No significó nada para ti? Lo que hicimos...

—Lo que hicimos estuvo mal. Quiero a Alejandro y si se enterara de lo nuestro...

—¿De qué exactamente temes que se entere? De que nos hemos acostado dos veces, o de que realmente sigues enamorada de mí.

—No sabes lo que estás diciendo —trato de caminar, pero me corta el paso—. Déjame pasar.

—¿Lo sabes tú? ¿Puedes explicarme qué cojones estás haciendo?

—No sé a qué te refieres.

—Por supuesto que lo sabes. Nos acostamos juntos, y no fue follar, por mucho que quieras hacérmelo creer. Nunca lo será. Pensé...

—Pensar está sobrevalorado.

—Por eso tú no lo estás haciendo. Mejor dejarte llevar por el momento y follarte a los dos, según te convenga.



Le cruzo la cara de un guantazo. Se lo estaba buscando y lo sabe, no le pilla de sorpresa mi reacción. Entiendo que esté dolido, enfadado e, incluso, indignado, pero nada le da derecho a tratarme así, como a una cualquiera que lo único que quiere es beneficiarse a los dos, jugar con ellos y aprovecharse de la situación. Me conoce lo suficiente para saber que jamás haría eso. Tal vez no esté llevando el tema con la diligencia que debiera, pero lo último que deseo y busco es hacerles daño.

—No vuelvas a hablarme así en la vida —escupo, dolorida y decepcionada. Nunca creí que Álvaro, aquel muchacho del que me enamoré, pudiera tratarme con el desprecio y el desdén con los que lo acaba de hacer.

Giro sobre mis pasos e intento volver a subir las escaleras. Álvaro me para cuando estoy sobre el segundo escalón y me gira, dejándome frente a él. Nuestros labios y ojos permanecen ahora a la misma altura.

—Perdóname. Cuando os he visto esta mañana... he perdido la razón. Sé que no tengo derecho a pedirte nada...

—No, no lo tienes.

—¿Y qué crees que debo hacer? —susurra, demasiado cerca de mis labios—. ¿Darme por vencido y alejarme? —asiento no muy convencida. Soy una hija de la gran perra—. Lo haría. Estaría dispuesto a dejarte marchar si no supiera que eso no es lo que quieres —sigue y siento su aliento mezclándose con el mío—. Dime que desaparezca de tu vida y lo haré. No volverás a verme.

No, eso no es lo que quiero. Sólo con pensar en volver a perderle se me parte el alma y el corazón. Me estoy volviendo completamente loca. Afortunadamente, no tengo que decírselo, una camarera con mucha prisa y con una caja en la mano pasa por nuestro lado, pidiendo perdón, y nos saca de la burbuja donde nos encontrábamos. Escapo de allí, escaleras arriba, y llego hasta la mesa donde Victoria y Berta me esperan con el postre sobre ella. Les pido que esperemos a que nuestros jefes se vayan para salir nosotras después y aceptan mi petición sin hacer más preguntas. Lo agradezco en silencio. Bastante mareada me tienen mis sentimientos como para explicar al resto del mundo por qué huyo de ellos.

La tarde la paso entre correos y fotocopias. Archivo documentación nueva que llega de los representantes de los artistas y la preparo para el

traslado. Vale, me escondo en la habitación donde hemos almacenado las obras para que nadie me encuentre. Y con nadie me estoy refiriendo a Álvaro y a Alejandro. Sí, también estoy tratando de esquivar a mi dios del sexo. Necesito pensar y con él es imposible hacerlo. Me nubla la vista y la razón. Y si trato de centrarme en algo, me dispersa con técnicas sexuales demasiado depuradas. La de experiencias que habrá tenido a lo largo de su vida para conseguir llevarme con esa facilidad al orgasmo más devastador, una y otra vez. Mierda. Me estoy muriendo de celos.

Me siento sobre la moqueta de la habitación y apoyo la espalda en la pared. *iPad* en mano, se me ocurre buscar información sobre el accidente en moto de Néstor. No trato de encontrar algo escabroso que implique a Alejandro en su muerte. Creo ciegamente en lo que me ha contado. Más bien, mi yo cotilla desea ponerle cara a esa persona que un día tanto significó para él. Sin embargo, es inevitable que, al introducir sus nombres en *Google*, aparezcan más de mil entradas hablando sobre el tema. Mucha prensa sensacionalista quiso sacar tajada del tema y otra, bastante más seria, trató el tema con la mesura y prudencia que la situación merecía. Abro uno de los artículos y lo leo sin pestañear. El resumen es bastante simple: se comprobó que Néstor llevaba un alto grado de alcohol en sangre e iba demasiado rápido. Descartan la implicación de Alejandro en el suceso, pero le investigan y multan por circular bajo los efectos del alcohol. Nada llama mi atención. Me froto los ojos y parpadeo varias veces. Un gran cansancio va apoderándose de cada célula de mi cuerpo y todas las extremidades me comienzan a pesar. Nada más.

—Está aquí.

Una neblina espesa me rodea y me muevo. Escucho voces amortiguadas a lo lejos, cada vez más cerca, pero estoy tan a gusto donde quiera que me encuentre que no hago demasiado caso a quien me está llamando. Una voz. Varias voces. Todas masculinas, o eso me parecen.

—En el almacén. Aquí —repite una voz sosegada a mi lado o sobre mí. Permanezco desorientada—. ¿Estás bien?

Consigo levantar los pesados párpados y enfoco unos ojos marrones muy grandes, mirándome con preocupación. Alguien le empuja, apartándole a un lado. Alejandro se agacha y me coge en brazos. No puedo definir el

semblante de su cara. Si digo que me parece asustado no sería fiel a la realidad. Ni siquiera me acercaría. La descripción más exacta sería algo así "como cuando de niño te pierdes en un parque de atracciones y te olvidas hasta de cómo te llamas".

—¿Qué te ha pasado? —su voz... es un susurro temeroso y desorientado. No entiendo nada. Sólo me he quedado dormida. No sé cómo ni por qué. Nunca me había pasado antes, pero el sueño me inundó de imprevisto y se apoderó de mí tan rápido que no me dio tiempo a contenerlo. Me acomodo en su pecho y le acaricio la cara. Todavía no he despertado del todo.

—Sólo... me había quedado dormida.

—Joder. Casi me da un puto infarto —apoya su frente sobre la mía.

Álvaro aparece por la puerta a grandes zancadas y respirando trabajosamente. Como si llevara media hora corriendo, dándole vueltas a la manzana. Para en seco cuando nos ve y en sus ojos veo una mezcla de sentimientos. Parece dolido a la vez que aliviado. Como si vernos juntos le lacerara el corazón y lo rajara a tiras, pero, en este preciso instante, se alegrara de vernos ahí, donde estamos.

—¿Está bien? —pregunta, poniendo los brazos en jarras. Alejandro no contesta, me deja sobre una silla y, tras susurrarme que no me mueva de ahí, desaparece tras la puerta. Todos le siguen, incluido Álvaro que me mira turbado. En ese momento, Berta llega hasta mí. No sabría decir si lleva aquí todo el tiempo o acaba de llegar.

—¿Por qué tanto alboroto?

—No te encontrábamos por ninguna parte. Creí que te habías marchado a casa, pero tu bolso estaba sobre tu mesa. Son las siete y media de la tarde.

—Me... me he quedado dormida —respondo confusa.

Vaya, pues sí que el sueño ha sido largo y profundo. Llevo más de tres horas sobando sobre una preciosa moqueta, que, aun siendo moderna y preciosa, no es del todo cómoda, no deja de ser suelo.

—¿Dónde cojones estabais? —escuchamos rugir a Alejandro a nadie en concreto.

—¿Quién la ha perdido de vista? —esta vez el que grita es Álvaro. Uno de los armarios empotrados comienza a dar explicaciones y dejo de

escucharle para prestar atención a Berta.

—¿Estás bien? Quiero decir...

—Sí, estoy bien —apoyo un codo sobre la mesa.

—Alejandro se ha vuelto loco y Álvaro...

—No ha pasado nada —la corto.

—Dani, nunca me he metido en tus asuntos, pero... ¿sabes lo que estás haciendo?

Por supuesto que no.

Me agarro la cabeza y masajeo la sien con los dedos.

En ese momento, Alejandro entra en la estancia y llega hasta donde me encuentro.

—¿Puedes caminar?

¿Qué clase de pregunta es esa? Miro hacia abajo comprobando que aún tengo las dos piernas. ¿Por qué cree que cabe la posibilidad de que no pueda hacerlo? ¡Sólo me he quedado dormida! Me pongo de pie, mostrándole que hasta ahora no he olvidado cómo se hace y él me agarra de la mano y tira de mí.

—Berta, trae el bolso de la señorita Sánchez —le ordena. Me mira ahora a mí—. Nos vamos a casa.

Llego a su casa dormida entre sus brazos. Sí, yo tampoco entiendo cómo puedo seguir teniendo sueño si llevo sobando toda la tarde. No le busco la explicación porque no la voy a encontrar. Alejandro me deja sobre el inmenso sofá y escucho decirle a Claudia que es muy tarde, que ya debería haberse ido. Ésta le contesta que estaba preocupada, que me esperaba mucho más temprano. Intento abrir los ojos para despedirme de ella, pero los párpados me pesan demasiado. Al momento siguiente, vuelvo a perderme entre la oscuridad de un sueño placentero. Después de no sé cuánto tiempo, vuelvo a despertarme. Veo a Alejandro pasar con el teléfono en la mano. Se lo lleva a la oreja y escucho lo que mi estado de semi inconsciencia me permite (que es mucho, dadas mis depuradas técnicas de espionaje).

—¿Quién cojones ha sido? No me interesan tus putas explicaciones. No doy segundas oportunidades. Averigua quién ha cometido el error... —pausa—. No quiero excusas. No sirven para nada —pausa más larga—. ¡Me importa una mierda que no haya pasado nada! —vocifera. Lllaman a la puerta—. Te llamo luego —y cuelga. Escucho sus pasos alejándose del salón, llegar

al vestíbulo, la madera tornándose y, de nuevo, los pasos un poco más cerca de mí, pero no como antes—. Álvaro, no es un buen momento —suenan cansado.

—Sólo dame los malditos documentos y me iré.

Tras unos segundos, en los que lo imagino tocándose el pelo compulsivamente, suspira y desaparece por el pasillo que llega hasta su despacho.

—Dani, ¿estás bien? —Álvaro se arrodilla a mi lado. Abro los ojos, agotada. Asiento, nerviosa.

—Sí. Por favor, levántate —ruego.

—Sólo dime que estás bien.

—Estoy bien.

—Necesitaba verte.

—No puedes hacer esto. No... no podemos hacerle eso.

—Creí que te había pasado algo...

Escuchamos a Alejandro acercarse por el pasillo y Álvaro se levanta, volviendo a su posición. Esa en la que finge no mantener conmigo ninguna otra relación que no sea laboral. Yo cierro los ojos, negando la situación.

—¿Sigue dormida?

—Sí, lleva así desde que llegamos.

—Que se tome unos días de descanso.

—Lo hará —dice con voz de "por supuesto que lo hará. Ya está decidido".

—Alejandro... no pasará nada. Está todo controlado.

—Más te vale.

## GRANDES HISTORIAS DE AMOR

Es miércoles por la mañana, pero por la mañana de verdad. Aún no ha salido el sol. Es raro que me despierte tan temprano sin que nadie ni nada lo haga por mí. A veces pienso que algún día necesitaré un terremoto de magnitud siete en la escala de Richter para levantarme sin antes dar mil vueltas en la cama y maldecir una y mil veces en modo "pero por qué yo, señor". No, hoy no es así. Dormí tanto ayer durante el día que descansé para una semana. Después de que se marchara Álvaro, volví a quedarme dormida. Sólo recuerdo a Alejandro susurrarme al oído, de rodillas a mi lado, aconsejándome que debía comer algo. Le contesté un escueto «quiero dormir» y... hasta ahora.

Es demasiado temprano. El sol no ha hecho acto de presencia y la habitación sólo la alumbra la luz de las farolas de la ciudad que toman forma a través de las ranuras de la persiana. No me hace falta darme la vuelta para comprobar que estoy sola en la cama. Si no fuera así, sentiría su calor pegado a mi cuerpo, sus brazos rodearme la cintura y su olor... a menta y a limpio, envolverme entera. No, Alejandro no duerme a mi lado. Desde que nos conocimos no ha sido de otra forma. Siempre me he despertado con su pecho muy cerca del mío.

Giro sobre mi cuerpo, absorbiendo el aroma que desprende su parte de la almohada. Me reconforta y me calma. La abrazo y pienso en la posibilidad de que tal vez sea la última vez que despierte entre sus sábanas. Ese miedo siempre me atenaza. Siempre está ahí, escondido. Sale a la luz de vez en cuando, pero, cuando aparece, lo hace con fuerza, arrollándolo todo. Las imágenes del día de ayer aparecen en mi mente como salidas de la nada. Álvaro entró en el despacho de Alejandro y nos descubrió abrazados. Me

costó abrir los ojos, no quería encontrarme con lo que me encontré: un Álvaro desconcertado y dolido. Días antes nos habíamos acostado juntos (otra vez) y ambos sabíamos que no fue sólo sexo. A veces pienso que fue todo menos eso. No quiero hacerle daño. No soy una mala persona que busca venganza por lo que me hizo hace ya demasiado tiempo. Sólo quiero tener una oportunidad al lado de Alejandro y sé que eso conlleva mi silencio y el suyo. Es posible que Sara lleve razón y me haya convertido en una persona cobarde, que huye de hacer el bien por egoísmo y bienestar propio.

Una vez, hace ya muchos años, salí de una tienda, aburrida de esperar a que mi padre se decidiera sobre qué libro comprar. No debía de tener más de siete años. Vi un perrito en medio de la carretera a punto de ser atropellado y no lo pensé dos veces. Salí corriendo entre los coches, camiones y motos que circulaban a gran velocidad, lo cogí en brazos y volví de nuevo hasta la acera. Un hombre mayor, con muchas arrugas en la cara, bigote blanco, una gorra gris oscura y un bastón (no sabría explicar por qué recuerdo tantos detalles de él) se acercó a mí, se agachó y me dijo que había tenido mucho valor para ser tan pequeña, pero que a veces es mejor ser un cobarde asustado y vivo, que un valiente muerto y enterrado. Me dio un golpecito en la cabeza y se fue diciendo que ya la vida me enseñaría. Mi padre llegó un momento después, alertado por los vecinos del barrio y el claxon y los frenazos de los coches. Después de chillarme y desgañitarse desesperado, me dijo que no podía volver a hacer eso, que había estado a punto de morir atropellada y que, si me pasaba algo, él se moriría. Y que si no se moría, mi madre lo mataría de todas formas. Me abrazó y me besó. Escuché decir a una mujer que los niños no ven el peligro, que por eso son tan audaces y valientes. Recuerdo pensar que no estaba de acuerdo con ella. Estaba muerta de miedo. Cuando mi padre me dejó sobre el suelo, todavía temblaba y no rompí a llorar por vergüenza y por no asustar más al perrito que tenía en brazos. Ese día aprendí que el miedo no convierte la valentía en desidia.

—Papi, sólo quería salvar al perrito.

—Lo sé, cariño, pero te podía haber pasado algo grave a ti.

Nos fuimos a casa con el cachorrito en brazos. Lo llamamos Valiente y formó parte de la familia durante siete años. Por azar del destino o causalidades de la vida, una mañana de verano se escapó de casa y lo atropelló un camión. Yo salí detrás de él y, sin volver a medir las

consecuencias, me tiré a la carretera a intentar salvarlo. Desde un principio, supe que al camionero no le iba a dar tiempo a frenar, pero me dio igual. Valiente salió corriendo en dirección opuesta a mí, el camionero giró el volante para no atropellarme y... Enterramos a nuestro fiel amigo esa misma tarde. No, nunca he sido una cobarde. El miedo nunca me ha paralizado ni me ha impedido hacer lo que debía. ¿Por qué ahora era incapaz de hacer las cosas bien? ¿Porque yo no saldría bien parada? ¿Hasta ese punto me había convertido en una egoísta?

Me levanto de la cama y camino hasta la cocina. Me encanta sentir la calefacción instalada bajo la madera en la planta de los pies. Alejandro está aún sin arreglar, sólo un pantalón de pijama azul oscuro cae demasiado en sus caderas y una camiseta blanca de mangas cortas se pega a su torneado y perfecto torso. Estupefacta, como siempre ante su presencia, lo admiro bajo el vano de la puerta. Es sexo, ardiente y placentero. Está perdido en la nada, con la vista en ningún punto fijo, pensativo... con un café en la mano. Me acerco hasta él y le abrazo desde la espalda. No se asusta ni lo pillo desprevenido. Se gira y me pone frente a él. Con sus manos, rodea mi cara y me da un corto beso en los labios.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

—No puedo dormir más. Ayer descansé para una semana —ronroneo, mientras riega de besos mi cuello.

—Hueles a ti —acaricia con su nariz la parte de atrás de mis orejas—. A deseos, a toda una vida.

—Alejandro...

—¿Mmm? —sube hasta mi mandíbula y después me muerde el labio inferior, tirando de él.

—Me gustaría decirte algo...

Me levanta en volandas, me sienta sobre la encimera, se acomoda entre mis piernas y me besa como siempre, como si no hubiera un mañana. Acaricia mis muslos de arriba a abajo. Y yo paso de cero a cien en milésimas de segundo. Mi cuerpo reacciona así a sus caricias. Se enciende. Alejandro sabe perfectamente prender la mecha de la dinamita. Alargar la espera y hacerme explotar. Mete las manos entre mis braguitas y mi cuerpo, tira y escucho rasgarse la tela sobre mi piel.

—Tienes que dejar de hacer eso —sugiero entre suspiros.



—Tienes que dejar de ponértelas —muerde ahora mi labio superior. Suelto un pequeño gemido. Se baja el pantalón lo suficiente para sacar el pene y, de una estocada, lo introduce en mí. Así, sin preguntar, sin preliminares. De golpe. Me abro para hacerle hueco y la siento en cada rincón, estirando mi sensible piel. Su grito y el mío se funden y rebota en las paredes de la cocina, convirtiendo en música el silencio que nos envolvía.

—Para, para... —pido, tratando de amoldarme a su gordura. Lo hace e introduce violentamente aire en sus pulmones—. Ahora, muévete.

Me agarra de la cintura y empuja sin salir antes ni un ápice. Me agarro a sus hombros, echo el cuello hacia atrás y grito.

—Va a ser rápido, preciosa. Llevo toda la noche pensando en estar dentro de ti —susurra, ronco, junto a mi oreja. Sale y vuelve a entrar—. Tócate. Quiero que te corras conmigo.

Introduzco una mano entre los dos, la llevo entre mis pliegues y masajeo en círculos sobre mi hinchado clítoris. Alejandro vuelve a entrar y a salir brusco. Una y otra vez. Una y otra vez. Al sonido de nuestras respiraciones, gemidos y gritos, se une el chocar de su pelvis contra la mía.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale.

—Follarte es lo mejor... —entra—, de esta... —sale—, jodida vida... ¡Cariño, córrete! ¡No puedo... más! —y me embiste sin cesar y con mucha fuerza. Lo hago. Mis gritos rebotan en los caros azulejos de la cocina y caigo en una espiral de sensaciones que me transportan a otra dimensión durante los segundos que dura el inmenso placer de sentir explotar todas las células de mi piel.

Cuando terminamos de ducharnos, Alejandro me pide que vuelva a acostarme y discutimos sobre si debo ir o no a trabajar. Bueno, yo discuto. Él sólo suspira, mientras cubre su cuerpo con un traje de tres piezas *Armani*, gris marengo. Tengo que pellizcarme varias veces el brazo para convencerme de que no es un sueño. No se puede ser tan jodidamente perfecto. Puto dios griego del sexo.

—Estoy bien. No tengo por qué quedarme aquí.

—No vas a ir a ningún sitio —se abotona la camisa y se hace el nudo de la corbata.

—Vale, pero me voy a mi casa.

—Esta es tu casa.

—No lo es.

Clava su mirada en la mía y sé exactamente lo que quiere decir con ella: pórtate bien y no me llesves la contraria. Pataleo mentalmente, me enfurruño y me cruzo de brazos. Reacciono mandándolo a la mierda y saliendo de la habitación. Entro en el baño, me visto y camino al vestíbulo.

—¿Dónde cojones crees que vas?

—Abre la puerta. Me voy a casa —no he intentado salir, pero sé a ciencia cierta que está cerrada con llave. Se toma muchas molestias para que no escape de aquí. Algunas veces me pregunto si de verdad se cree con derecho a tenerme encerrada. Es delito retener a alguien en contra de su voluntad.

«Voluntad tienes poca». Buenos días. Saludo a mi subconsciente.

—Quédate aquí hoy.

—¿Por qué? —pregunto, esperando a que meee a mi lado y marque territorio. A veces es un neandertal, no lo entiendo.

—Porque yo te lo pido —aplaca el tono de voz y me hace dudar. Se acerca hasta mí y me coge la mano—. Hazlo por mí. Esta noche te llevaré a tu casa si quieres —me acaricia con la otra mano el cuello.

—Está bien, pero después me llevarás a mi apartamento. Tengo cosas que hacer —doy mi brazo a torcer y me convengo de que esta vez no ha ganado la guerra él, pero, no sé por qué, tengo la sensación de que, como siempre, ha hecho conmigo lo que ha querido.

Paso la mañana escuchando música y leyendo libros de los más de mil que tiene en la biblioteca. Me siento sobre su sillón y leo unos párrafos de *Hamlet*. Shakespeare no es mi autor favorito, pero ¡cuánta verdad refleja en sus palabras! «La locura acierta a veces cuando el juicio y la cordura no dan frutos». Esta frase me cala y le soy vueltas toda la mañana, mientras sobo sobre el sofá escuchando la discografía completa de The Corrs que encuentro, casi escondida, dentro de un armario. Sí, también he estado cotilleando. Culpable de todos los cargos. Sigo pensando en la acertada frase esperando

que mi locura, dueña de las decisiones que últimamente tomo, sepa lo que hace y no se equivoque demasiado. En mi caso, no es que el juicio y la cordura no den frutos, es que viven en vacaciones permanentes. Lo más probable es que se hallen junto a mi yo racional y mi yo cuerdo sobre un yate, bebiendo mojitos. Y ahí estoy, en un limbo de pensamientos todo el día, hasta que vuelvo a quedarme, inexplicablemente, dormida.

Claudia me despierta a la hora de almorzar y, para no hacerle el feo, me siento en la mesa y como lo que ha preparado. De bien nacido es ser agradecido. O algo así. En fin. Que no puedo faltarle de esa forma. Lleva mucho rato en la cocina. Cuando termino, le doy las gracias y me voy al salón. Enciendo la tele y, durante más de media hora, cambio de canal. Cojo el teléfono y llamo a Sara. Debe estar llegando a la clínica después del descanso de la comida.

—Llamo para que puedas dormir tranquila. Sigo viva —ironizo, dada su poca preocupación. Ayer no aparecí por casa y ni me ha llamado.

—Vaya, y yo que creí que podría quedarme con todos tus zapatos.

—¡Ni se te ocurra! Cuando me muera quiero que los entierren conmigo.

—Pero si siempre dices que te incineren. Que no quieres que te coman los gusanos. ¡Sería una pena quemarlos! Eres injusta —lloriquea, la muy dramática.

—Llevas razón. Puedes quedártelos. Pero si te mueres tú antes, me quedo con toda tu ropa. Incluido ese vestido de satén rojo de *Valentino*.

—Ah, no. Con ese quiero que me abran las puertas del cielo.

—No creo que en el cielo se lleve ese color.

—Yo lo pondré de moda.

—Sí, ya. “Hola, San Pedro, ¡qué pasa tío! ¿Nos tomamos unas birras?”.

Tras un breve silencio... rompemos en carcajadas.

—Qué idiota eres. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy en casa de Alejandro.

—Lo sé, me llamó anoche. ¿Vais a vivir juntos otra vez?

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loca?

—No me parecería mal.

—Tienes que contarme por qué has cambiado de opinión sobre él. Antes no lo podías ni ver.

—Mñe... —me la imagino encogiendo los hombros y comiéndose una uña—. El viernes es tu cumpleaños.

Mierda, esperaba que lo olvidara, o que lo dejara pasar. No tengo ganas de hacer nada este año.

—Podrías...

—¡Ni lo digas! Hay que celebrarlo. Si no quieres lo de todos los años, haremos otra cosa.

Me resigno.

—Está bien, pero nada especial. Salimos y nos tomamos una par de copas. Algo tranquilo.

—Tranquilo —repite—. Te lo prometo.

Desde que nos conocemos, celebramos los cumpleaños en casa con Sofía y Roberto. Incluso los de ella. Dice que cualquier día se puede salir por ahí y cogerse una buena cogorza, pero que ese día es para estar con los amigos, con esas personas que forman parte importante de tu vida. Sin embargo, este año no me apetece hartarme de tequila y terminar vomitando, sentada junto al váter. Supongo que salir a cenar es una buena opción, lo que no sé es cómo encajar a Alejandro en todo esto. No voy a decidir entre él y Roberto en este asunto y por todos es sabido que no se llevan demasiado bien. Así que lo mejor es tomar algo en un sitio abierto, una zona común y neutral, rodeados de más gente.

Alejandro llega temprano a casa y, tras otra breve discusión, le hago entender que necesito ir a la mía. No es coser y cantar convencerle de ello, pero, al final, da su brazo a torcer y entre «no lo entiendo», «vas a terminar con mi paciencia» y «no sé por qué te hago caso» me lleva a mi diminuto piso casi sin rechistar. Y digo casi porque no para de murmurar estas pequeñas frases durante todo el camino.

Sara llama al restaurante chino de la esquina y, en menos de diez minutos (contados por el reloj), aparece el repartidor con nuestra "comida" metida en cajitas de cartón dentro de una bolsa. Y he entrecomillado comida porque no me explico cómo se puede hervir arroz en menos de veinte minutos, o cocinar pollo agridulce en dos. Lo mejor es no pensar en ello y centrarte en lo rico que está. Despedimos al chico oriental con el pertinente

"glacias" y nos sentamos en el suelo, palillos en mano. Nunca se me han dado bien estos chismes, pero me niego a que se me resistan. Enrollo los tallarines y me los llevo a la boca, no sin antes perder uno o dos en el camino. Sara sonríe y me limpia la barbilla con una servilleta.

—Pareces un cerdito feliz.

—¿Me estás llamando guarra?

—No. Sólo digo que comes como una cerda.

Nos reímos.

—Oye, ¿vas a decirme ya por cuánto le ha salido el soborno a Alejandro?

—No creas que me ha pagado mucho. No sé negociar —hace un puchero—. Ni siquiera me ha dado para comprar un par de zapatos.

Abro los ojos de par en par. Me mira y sonríe.

—Mira que eres idiota. ¿De verdad me crees capaz de poner precio a mi cariño por ti? Te quiero demasiado como para aceptar a alguien en tu vida que no lo merece por unos pocos euros.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué ahora sí y antes no?

—Se portó como un capullo. Se equivocó —se encoge de hombros. Eso lo sabía hasta yo—. Me cae bien. Veo cómo te mira, como si nada más importara. Y lo digo en serio. Me gustaría que alguien alguna vez me mirara así —pierde la vista en el fondo de la habitación. Vuelve a mí—. ¿Qué más da? Tú lo has perdonado y yo tengo que aceptarlo. No lo he hecho yo, has sido tú.

Terminamos de cenar, recogemos la mesa y nos tumbamos, como gusanos enredados, sobre el sofá. Su pierna sobre la mía, mi cara sobre su pecho y su brazo rodeando mi cintura. Es la única forma de que ninguna de las dos se caiga del sofá, como ya ha ocurrido otras veces. Me quedo dormida en la escena en la que Charlie le declara a Maverick su amor. *Top Gun* es una gran película. No es casualidad que cierre los ojos en estos momentos. Llevo esperándolo desde que le dimos al *play*. Creo que es la segunda mejor escena de declaración de amor de la Historia. Maverick sale enfadado de una de sus clases teóricas de vuelo porque la profesora, con la que se acuesta, no ha defendido la maniobra que realizó y le desacredita en medio de todos los demás pilotos. Ella le sigue, enfadada, en su coche.  l para la moto y se encuentran. Éste le pregunta a voces qué es lo que ve mal en su forma de reaccionar en el aire y ella, después de halagar sus atributos y destrezas en los

mandos del avión, le declara su amor: «Veo verdadera maestría en tu forma de volar, pero no podía decirlo en público. Temía que todos me descubrieran y no quiero que nadie sepa que me he enamorado de ti», (escucho un "ooohhhh" en mi cabeza. Qué "potito"). Se funden en un ansiado y morboso beso y hacen el amor. Pero, como ya he dicho, es la segunda mejor escena del mundo. La primera es cuando Noah y Allie salen del lago empapados y ésta le pregunta por qué nunca volvió a saber de él. Éste le dice que le escribió trescientas sesenta y cinco cartas, cada día durante un año, sin obtener ningún tipo de respuesta. Ella grita que se acabó y Noah le contesta que jamás ha acabado. Y sí, se besan. Y sí, hacen el amor. Toda pelea y/o declaración debe terminar con los cuerpos fundiéndose en uno. No me imagino ningún final mejor. De la escena, claro. Las películas son muy largas, la vida mucho más. Me despiertan los sollozos de Sara por la muerte de Goose, amigo del protagonista. La miro y sonrío. Siempre es igual.

—Vamos a la cama —me siento sobre el sillón.

—Pero ¿por qué tiene que morir? ¿Por qué?

Sonrío y me levanto. Le escucho sonarse la nariz.

No le recrimino que sea tan dramática ni que lllore a moco tendido por una escena que ha visto mil veces porque yo soy exactamente igual y haría lo mismo. Así que la levanto, apago la televisión y la acompaño al dormitorio.

—¿Llorarías si me muriera?

—¿Has fumado maría mientras estaba dormida?

—Claro que no —me da un guantazo en el hombro—. Hablo en serio. Yo sí lo haría.

—Anda, duérmete. Creo que el pollo agridulce no te sienta muy bien.

Me voy a mi habitación, después de jurarle y perjurarle que, por supuesto, que lloraría, y de prometerle, con la mano en el corazón, que la enterraría con el vestido rojo de *Valentino*. Cojo el teléfono móvil para poner el despertador y veo varios mensajes de *WhatsApp*.

Alejandro: «Siento ser tan gilipollas». El mensaje es de hace veinte minutos.

Le veo en línea y contesto.

Yo: «El primer paso es reconocerlo».

Alejandro: «Aún estás despierta».

Yo: «Todavía no he aprendido a escribir mientras duermo...».

Alejandro: «Te crees muy graciosa. Te daría un par de azotes».

Yo: «Dejaría que me los dieras».

Alejandro: «Si vivieras conmigo, podría hacerlo todas las noches».

Otra vez con lo mismo, no me voy a ir a vivir con él tan rápido. No voy a cometer dos veces la misma locura.

Yo: «Lo hacemos todos los días... varias veces».

Alejandro: «¿Es una queja?».

Yo: «En absoluto».

Alejandro: «Menos mal. Porque no me canso de ti. ¿Por qué hablamos por mensajes de mierda? Yo quiero tenerte aquí. Ahora».

Yo: «Has empezado tú. Y es tarde. Mañana curro muy temprano. Mi jefe no tiene piedad».

Alejandro: «Tu jefe debe pasar un calvario todos los días. Tenerte en la oficina y no poder tocarte...».

Yo: «No te creas. No se corta demasiado».

Alejandro: «Duerme, nena. Te quiero».

Yo: «Te quiero».

Cierro la aplicación con una sonrisa en los labios, pero me dura muy poco. Lo que tardo en recordar que tenía más mensajes entrantes y sabía de quién eran.

Álvaro: «Sé que no es mi estilo escribirte por *WhatsApp*. Y menos tratándose de trabajo, pero es lo más rápido y estaba seguro de que lo leerías. Nos vemos mañana a las ocho y media en la sala de reuniones. Leonard Vial viene a visitarnos. Alejandro también estará presente. Son... negocios, no tienes de qué preocuparte. Pensé que debía decírtelo».

Joder. Mierda. Y todo eso.

Si Alejandro se entera de que mi intención es mudarme a Barcelona, se muere de un infarto y tres anginas de pecho. Porque mi intención sigue siendo esa, ¿no?

«Tú eres la loca bipolar. Así que tú sabrás».

## SALVADA POR LA CAMPANA

El jueves llego a la oficina temprano. No son ni las ocho. Todo está desierto y los únicos de la planta somos el seguridad gruñón, el chico simpático de la limpieza y yo. Se escucha en solitario el repiquetear de mis tacones y los suspiros que salen de mi temblorosa boca. Además de la aspiradora y de una emisora de radio en una de las salas de reuniones. Nunca antes había escuchado música estando aquí

No he dormido demasiado. Cabe la posibilidad de que Alejandro se entere del acuerdo que ya tengo firmado con Leonard Vial para mudarme a Barcelona y trabajar para él. Eso, unido al llanto de Sara hasta altas horas de la madrugada, me ha puesto de los nervios. Camino en dirección contraria a mi despacho, buscando un segundo de tranquilidad, antes de que llegue la marabunta de personas que se congrega aquí cada día. Mis intenciones son honestas. Hablar con Alejandro, que ya debe estar dirigiendo su imperio, y explicarle que había negociado con el señor Vial trasladarme a Barcelona después del día de Reyes, pero que mis planes han cambiado y no deseo ni quiero alejarme de él. Natasha no está en su mesa, así que paso de largo y llamo a la puerta de mi dios griego del sexo. Nadie contesta. Vuelvo a llamar. Insisto una tercera vez sin obtener respuesta. Intento abrirla (lo sé, no pienso), pero está cerrada con llave.

—El señor Fernández aún no ha llegado —escucho al seguridad gruñón, con voz grave.

—Eh... Vale, gracias —espero a que se vaya para tratar de abrirla otra vez, pero no lo hace. Me mira con el ceño fruncido—. Sí, ya me voy —musito.

Entro en mi despacho y dejo el bolso sobre la mesa. ¿Dónde se habrá



metido? Me parece raro que precisamente hoy, que tenemos una reunión dentro de pocos minutos, aún no haya llegado. Mi mente comienza a dar vueltas, buscando una explicación. Imagino de todo. Desde que ha tenido un accidente con el coche hasta que no ha dormido en su casa, sino envuelto entre sábanas de seda roja y largas piernas que no son las mías. Ordeno a mis pensamientos que se detengan con un *stop* mental muy grande y me siento detrás de la mesa, sobre el sillón de piel.

—Álvaro y el señor Fernández la esperan en la sala de reuniones — dice Isabelle bajo el vano de la puerta que he dejado abierta. No sé cuándo ha llegado ni cuánto tiempo lleva aquí. ¿Vienen los tres juntos? Rocambolescas imágenes de ellos desnudos sobre una cama, de pie... y contra la pared... y bajo la ducha... (cien veces mierda) aparecen en mi mente con colores vivos y a todo volumen. Me estoy volviendo loca.

—Buenos días —tuerzo la boca en una sonrisa irónica, recordándole que es una maleducada que ni siquiera ha saludado—. Iré en seguida.

Me levanto, cojo el bolso y, sin poder controlar mis nervios, camino hasta la cueva de los lobos. En plural. Pido permiso para entrar aun estando la puerta totalmente abierta. Espero a que me den paso y me acerco hasta donde se encuentran ya reunidos. Me he vestido tal y como me sentía: de negro y blanco. Porque hoy nada puede ser de otro color. Pero, tratando de sentirme segura de mí misma, he optado por un vestido negro pegado al cuerpo, sin ser demasiado estrecho, a la altura de las rodillas y una chaqueta americana, también negra, con los puños vueltos blancos. Por supuesto, calzo unos tacones de diez centímetros de altura. Alejandro preside la mesa, Álvaro está sentado a su derecha y Leonard Vial a su izquierda, frente a éste último. Se levantan todos a la vez para recibirme.

—Buenos días. Siento llegar tarde —son las ocho y media de la mañana, pero me da la sensación de que ya han empezado.

—Leonard, ella es Daniel Sánchez... —nos presenta Alejandro—. Señorita Sánchez, el señor Vial...

—Nos conocemos —Leonard da un paso en mi dirección y me da dos (nada profesionales) besos. Alejandro le clava la mirada y puedo escuchar el rechinar de sus dientes desde aquí.

—Los presenté en París —Álvaro parece darse cuenta de la situación y de mis ganas de vomitar y me echa una mano.

—Un placer volver a verla. Mi secretaria la llamará...

—Seguro que tienes prisa. Comencemos o perderás el avión —Álvaro vuelve a salvarme.

La reunión versa sobre acuerdos que tiene una de las sociedades de Alejandro con la empresa más rentable del señor Vial. Ésta se dedica a la compraventa de arte. Tardo muy poco en darme cuenta de que es la misma empresa para la que trabajaría en el caso de decidir mudarme a Barcelona. Tardo bastante más en dilucidar por qué he sido convocada a la reunión. La galería *D'Arte*, de la que sigo siendo directora, va a firmar un acuerdo a tres bandas con la sociedad de Alejandro y la del señor Vial. Quieren mi opinión al respecto y yo, que sé muy bien cuál es mi papel aquí, le doy el visto bueno a la operación. Les agradezco que cuenten conmigo para tomar la decisión, pero soy consciente de que eso no está entre mis quehaceres laborales.

—Si estamos todos de acuerdo... Tengo muchas cosas que hacer — Alejandro se levanta y da por terminada la reunión.

—Gracias por todo —Leonard estrecha la mano con éste—. Siempre es un placer hacer negocios con los dos —se dirige ahora a Álvaro—. Me alegra volver a verte. Quisiera hablar contigo en privado. Cosas personales — sonrío a éste, pero me guiña un ojo a mí.

—Señorita Sánchez, acompáñeme a mi despacho —ordena, rudo, Alejandro.

Asiento con la cabeza y me despido del señor Vial con un escueto «Hasta pronto». No estoy muy segura. No quiero darle pie a que conteste alguna frase desafortunada y destape el pastel. Un pastel con dos metros de nata y relleno de dinamita que pronto me explotará en la cara. Tic, tac, tic, tac. Puedo escuchar las manecillas de la bomba adosada a los tres kilos de carga. Corro por los pasillos detrás de Alejandro. Me cuesta seguirle con estos tacones. Victoria me mira, preguntándome qué pasa.

—No tengo ni idea —le hago saber con un movimiento de boca.

La cara del señor debe ser un poema para que Victoria me haya preguntado eso. Vale, es un poco cotilla, pero no da puntada sin hilo, así que comienzo a preocuparme. Me llevo un dedo a la boca y muerdo una uña. Meto un mechón de pelo tras la oreja y llegamos a la sala donde se encuentra, siempre atenta y expectante, Natasha.

—Señor Fernández, ha llamado la señorita De la Rosa...

—Ahora no —Alejandro la corta de muy malas maneras. Apostaría a que, cuando entremos, irá al baño a hacer caquita. Perdón por la expresión.

Entra, espera a que también lo haga yo, agarrando el pomo de la puerta, y, cuando me he adentrado dos pasos, la cierra de un portazo, dándome un pequeño susto. Pasa por mi lado, se sitúa frente a mí y se toca compulsivamente el pelo. Me siento como viendo una película de terror: esperando a que algo malo suceda, agarrada a la manta, mientras se escucha la musiquita alargando el terror (chan chan, chan chan, chan chan). Sabes que va a suceder, pero no estás segura de qué. Tal vez el malo esté escondido tras la puerta, puede que el fantasma de su víctima lo espere bajo la cama... Eso precisamente me sucede últimamente. Me encuentro a la espera de que algo terrorífico ocurra y acabe con el bienestar y la felicidad de mi vida.

—¿Se puede saber qué cojones ha sido eso?

¿Qué? ¿Qué ha sido qué?

—No...

Vuelve a tocarse el pelo, mientras camina de un lado a otro como un mono enjaulado.

—Dani, no quiero perder los nervios contigo —¿qué coño quiere decir con eso?—. He visto cómo te mira. Estoy tratando de encontrar una explicación plausible a por qué te ha guiñado un ojo.

—Estás siendo un poco obtuso y exagerado.

—Estoy seguro de que no.

—Alejandro...

—Joder —se tapa la cara con las manos—. Eres tú. Tú haces que pierda la cabeza —me mira arrepentido. Me acerco a él y le acaricio la cara con las manos.

—Escúchame...

Pone las tuyas sobre las mías.

—No, escúchame tú. Sé que algunas veces soy un poco... Contigo no pienso. Actúo. Nunca imaginé que podría sentirme así, perdido aunque haya encontrado un lugar en el que querer estar para siempre. Donde todas las preguntas tienen respuestas; donde dormir vuelve a ser un placer; donde tú sonrías y me amas; donde gimes y te humedeces por mí. Tú eres ese lugar. Mi lugar. Y a veces... —cierra los ojos y los abre—. A veces me da la

sensación de que todo es un espejismo. Que un día me despertaré y te habrás escurrido entre mis manos —me da un pico y sigue hablando—. Nunca he temido tanto a algo... ni a nadie. Me das miedo, Dani. Lo que me haces sentir... lo que mi cuerpo siente a tu lado... —une sus labios con los míos, rozándolos de lado a lado. Pega nuestras frentes—. Me atemoriza tanto que me bloquea. Me convierte en otra persona.

—No sé si lo que me dices es bueno o malo —sonríó triste y él me acompaña en el gesto—. No quiero que seas otra persona. Te quiero a ti, sólo a ti. Una vez me perdí... y sólo tú lograste encontrarme. Me enseñaste que en la vida todos tenemos nuestro sitio. Como tú dices... un lugar. Y tú también eres el mío —le beso—. Soy tuya. Siempre.

—Lo que siento por ti, muchas veces no me deja respirar.

—Se llama amor. Y lo sentimos los dos.

Alejandro... Mi puerto seguro.

El resto de la mañana la paso entre papeles y obras de arte. Me encanta acompañarme de ellas y cómo huelen. A historia, a sabiduría. Sara me llama sobre la una de la tarde para comer. Ha quedado con Sofía al mediodía. La rubia ha prometido invitarnos. Se siente culpable porque últimamente nos tiene un poco abandonadas.

—Vente. Dice que va a invitar. He sugerido quedar en *Temaka* —se parte de la risa con la idea. Y yo la acompaño. ¡Qué hija de puta! Le hago saber lo que pienso de ella y me contesta muy segura—: Joder, deja que suelte pasta por una vez. Además, le sobran los euros.

Me gustaría estar allí cuando vea que le han cobrado cien euros por un plato de pasta con huevo, pero declino la oferta y les deseo que lo pasen bien. He encontrado otro problema con los albaranes de las obras almacenadas y no estaré tranquila hasta solucionarlo. Cuando cuelgo, Sara aún está echando espumarajos por la boca, llamándome hija de perra, mala amiga y deseándome que un pez globo me pique mientras me folla una sirena. Esto último no lo entiendo muy bien. Me río por sus salidas de tono y bajo a un restaurante cercano a comprar una ensalada César que, por cierto, me encantan. Veo a Alejandro y a Álvaro saliendo de la torre y entrando en una limusina negra que les espera junto a la acera. Carlos les abre la puerta, ceremonioso, y les saluda con un golpe de cabeza y una sonrisa. Me encuentro a Victoria y a Berta saliendo también para comer. Me convencen

de que las acompañe y, haciendo alarde de lo facilona que soy, meto la ensalada en el bolso y las sigo hasta el *gastrobar* al que últimamente somos asiduas.

—Alejandro y Álvaro han vuelto a discutir —Victoria no tarda en cotillear. Aún no nos han traído lo que hemos pedido—, pero esta vez no tenía nada que ver contigo. Han salido juntos a comer. A *Temaka*. Yo misma hice la reserva ayer.

Vaya, tal vez se encuentren con Sara y Sofía. Aunque pensándolo bien, no creo que les den una mesa.

—Marina “la sosa” ha estado hoy aquí. Si es más estirada, se rompe.

El comentario me hace gracia, pero no llego a sonreír. Sólo hay una razón para que esa arpía chillona visite la torre. Y esa razón tiene nombre y apellidos. Alejandro Fernández. Mi novio. Y éste no me ha dicho ni ha hecho referencia a que su ex prometida hoy haya tenido que venir. Argg. No digo nada, pero me muerdo por dentro. Me muerdo los carrillos para no chillar de coraje y desazón.

«Respira».

Eso hago.

La tarde la paso terminando de ultimar detalles para el traslado. Berta me ayuda con el trabajo y, entre risas, le digo que Victoria me cae bien, pero que es un poco metomentodo.

—Está aburrida —contesta sonriendo—. Necesita salir más.

—Raúl podría animarla un poco.

—Seguro que lo hará —y a la frase le da un tono picante, a la vez que, con las dos manos, hace un gesto indicando que el rabo le mide metro y medio.

—No seas guarra. Es tu primo —le doy un codazo y me parto de la risa. Nuestras carcajadas seguro que se escuchan desde la planta cincuenta.

—Me alegra ver que mi personal trabaja contento —escuchamos a Alejandro desde la puerta. Ha parecido un poco rudo al decirlo, pero yo sé que está feliz y ha sido sin acritud. Sin embargo, Berta no lo ha sentido así. Se levanta nerviosa, se le corta la sonrisa, convirtiéndose en una mueca de miedo y dolor que me hace mucha gracia, y, disculpándose, abandona la sala, dejándonos solos. Me pongo de pie e intento mantenerme seria y hablar con tono de reprimenda.

—¿Por qué la asustas así? Pobrecita.

Alejandro se acerca a mí y me abraza. Esconde la cara en el hueco de mi cuello, acariciándolo con la nariz.

—Vámonos a casa. Necesito desnudarte y hundirme en ti.

Y dice necesito, que difiere mucho de querer.

Se hunde en mí varias veces y a distintas intensidades. Son las diez de la noche cuando vuelvo del mundo paralelo al que suele llevarme. Un mundo de fantasía, de luz y de color (como dice la canción), donde los orgasmos son el principio y el final de cada día. Cenamos sopa de cangrejo y lasaña de salmón que Claudia ha dejado preparada. Recogemos la mesa entre los dos y nos tumbamos en el sofá a escuchar un poco de música. Va hasta el equipo y saca de él el CD de The Corrs. Me mira interrogativo.

—Estaba por ahí. Lo he estado escuchando.

Lo observa durante unos segundos y lo vuelve a poner. Le da al *play* y los acordes de la banda comienzan a sonar. Alejandro se sienta a mi lado y me abraza mientras suena "*Dreams*". Le oigo suspirar, me incorporo, me siento a horcajas sobre él y le rodeo el cuello con los brazos. Le doy un corto beso y le pregunto si se encuentra bien.

—Hace mucho que no los escuchaba. Era el grupo preferido de mi madre.

Eso explica por qué encontré el disco casi escondido. Dentro de un armario, debajo de un montón de libros. Pensé que ni siquiera se escucharía. Además, estaba bastante rayado. Sin embargo, cuando lo puse me dio la sensación de que llevaba esperando mucho tiempo a que alguien le diera la oportunidad de volver a sonar. Le abrazo y escuchamos varias canciones más. Alejandro me acaricia la espalda, mientras yo hago lo mismo con sus brazos.

—Háblame de ella.

Tras un breve silencio, comienza a hablar.

—Era... perfecta. Aún puedo olerla. Siempre nos despertaba con un beso en la mejilla. A veces me recuerdas mucho a ella, igual de guapa. Así... tan bonita. Tan adorable. Decía que nos quería tanto que si un día el sol se apagaba, nosotros iluminaríamos sus días —sonríe, triste—. Le encantaba jugar con nosotros. Era una de esas personas enamoradas de su vida, de sus hijos, de su marido... de todo lo que le rodeaba. Creía en las personas y se

enorgullecía de ello.

—Me habría encantado conocerla.

—Estoy seguro de que a ella también —me acaricia la frente y el mentón—. Era positiva, por eso... no me explico cómo pudo ocurrir aquello. Entró en una profunda depresión y, tras descubrir que el padre de Álvaro la engañaba, se suicidó —y un gesto de dolor le atraviesa la cara—. Nunca entendí cómo pudo hacerlo, no pensar en nosotros... en lo que le quedaba por vivir.

—Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo. Tomó una decisión que nos destrozó a todos. Al principio, la odié por ello, después comprendí que cada uno es dueño de su vida y que tomar decisiones forma parte de esto —hace un gesto con la mano—. Álvaro cambió cuando sucedió aquello. Culpa a Marcos de todo y no soporta la idea de parecerse a él. Le costó mucho superarlo... Por aquella época salía con una chica de la que estaba totalmente enamorado. Entre lágrimas me dijo que la iba a dejar, que no le jodería la vida así a una persona. Le aconsejé que no lo hiciera, que el amor en mayúsculas sólo aparece una vez, pero no me hizo caso y la dejó. Creo que aún no la ha olvidado.

Me cuesta tragar, las mejillas me arden y el corazón bombea desbocado. Me suena mucho la historia, tanto que protagonizo parte de ella. Tengo ganas de decirle que yo soy esa chica, pero, como soy una cobarde, me muerdo los labios, cierro la boca y no lo hago.

—Alguna vez le he preguntado si ha vuelto a saber de ella, pero cambia de tema sin contestar. Aún le duele hasta escuchar su nombre. Puedo verlo en su cara. Lo entiendo. ¿Sabes? Un amor así nunca se olvida. Si tú te marcharas... iría a buscarte donde te encontraras. La luz de mis días. Mi lugar.

Nos fundimos en un beso y yo espero que no note lo nerviosa que estoy. Tras unos segundos, su saliva y su calor consiguen apaciguarme. Le abrazo y, entre susurros, volvemos a decirnos cuánto nos amamos.

## CUMPLEAÑOS PARTE 1: CUMPLO AÑOS FELIZ

El despertador suena a las siete y media de la mañana. Lo apago de un manotazo, pero, diez minutos después, vuelve a sonar. Debería estar prohibido levantarse tan temprano. Lloriqueo, pataleo, me abrazo a la almohada y me olvido de que tengo que estar en la oficina dentro de una hora. Hay una reunión programada con el representante de Conrado, que no tengo ni idea de lo que quiere hablar conmigo. De nuevo y, por tercera vez, escucho la repetición del móvil que se introduce en mis oídos con inquina. ¿Ya han pasado otros diez minutos? No puede ser, si acabo de cerrar los ojos. Por qué me haces esto, "zeñó", por qué.

«Arriba. A quien madruga, *Dior* le ayuda».

Hoy es mi cumpleaños. Hace exactamente treinta años, a las doce y diez de la mañana, nací, tras un parto complicado. Mi madre siempre lo recordó con dulzura, pero temió por su vida y la mía. Sé que muchas personas lo viven como un día especial. Para mí dejó de ser una fiesta hace ya mucho tiempo. Tras la muerte de mis padres, se me quitaron las ganas de celebrar nada. ¿Celebrar que seguía viviendo? Me llegué a sentir mal por seguir haciéndolo. Tardé años en ser feliz sin sentirme culpable. Fue Álvaro quien me enseñó que la vida seguía y que la mejor forma de honrarlos era VIVIENDO, en mayúsculas. Así que sí, lo celebro, si con celebrar se entiende coger la cogerza del año en mi casa con mis mejores amigos.

Alejandro entra en la estancia, completamente vestido, y es entonces cuando me despierto del todo. ¡Joder, cómo se puede ser tan perfecto y tener esa cara a esta hora de la mañana! Lleva un traje de dos piezas, azul oscuro,



con una corbata del mismo color sobre una camisa azul, mucho más clara, que hace juego con sus ojos. Babeo. Quítatelo todo nene y vuelve conmigo a la cama, pienso. Se agacha y me da un beso en los labios. Dejo que lo haga aunque la idea no me hace gracia del todo. Nota mi reticencia y frunce el ceño.

—Aún no me he lavado los dientes.

—Me encanta tu sabor —se abrocha el nudo de la corbata—. Levántate, tengo una sorpresa para ti.

—No me gustan las sorpresas —él me ha dado muchas y muy pocas han sido de mi agrado. Vale, soy un poco injusta con este comentario. A ver si me explico... Un ejemplo: dicen que cuando tienes un hijo pasas mucho dolor y sufrimiento. Las hormonas, el parto, el cambio de vida..., pero que vuelves a tener otro porque todo lo malo lo olvidas y sólo recuerdas el amor, el cariño, las sonrisas, lo que te hace sentir su primera palabra... Yo no soy así. Yo suelo recordar lo malo y olvidar lo bueno. Así que enumero las sorpresas que me ha dado:

1. Presentarme a su hermano, quien resultó ser mi primer amor.
2. Soltar la bomba de que nos íbamos a casar sin ni siquiera preguntarme antes.
3. Descubrir que se acercó a mí por motivos equivocados. Concretamente, me utilizó para extorsionar a Fernando.

La lista podría seguir, pero la voy a dejar aquí porque me estoy cabreando por momentos y no deseo estropearme la mañana.

—Esta sí. Vamos, te espero en el salón.

Y yo espero que lleve razón. Llego a la gran sala con los ojos aún pegados y el pelo revuelto. Debo ser algo así como un espantapájaros deshilachado. No veo nada, sólo la sonrisa de Alejandro iluminando la sala.

—¿Cuándo pensabas decirme que hoy es tu cumpleaños? —levanto las cejas y se me escapa un corto «ups...».

—¿Cómo lo sabes? —seguro que se encontró ayer con Sara en el restaurante y hablaron.

—Tengo acceso a todos tus datos. No he tenido que investigar demasiado.

—Lo siento. Pensaba decírtelo... —de verdad. Claro que iba a hacerlo. Es que se me ha ido completamente el santo al cielo.

Metete las manos en los bolsillos y saca una pequeña cajita de terciopelo azul eléctrico. Las rodillas me comienzan a temblar y me espero lo peor. Por favor, que no se agache. Por favor, que no se agache. Lo último que quiero en estos momentos es una pedida de mano. No me voy a casar con él por mucho que mi yo cuento de hadas esté escupiendo purpurina y gritando a los cuatro vientos un rotundo e insensato «Siiiiiiií.» La hago callar a manotazos y la obligo a sentarse en un sofá. Ahí, calladita. A veces, mis pensamientos son tan nítidos que me llegan a asustar. No, no quiero casarme con él, tal y como están las cosas. Siento que el castillo de naipes en el que he convertido mi vida puede derrumbarse en cualquier momento, pero, además, me horroriza pensar que en mi pedida de mano vaya con un pantalón de pijama cuatro tallas más grandes y los pelos alborotados a lo Tina Turner en sus mejores tiempos. Con todos mis respetos a esta gran mujer. Alejandro ve mi cara de susto y se acerca a mí, sonriendo complacido.

—Tranquila, sólo es un regalo. Deja de mirarme como si fuera el apocalipsis.

Trago saliva y carraspeo. Me levanta el mentón, instándome a que le mire. Puedo vislumbrar muchas cosas a través del azul infinito de sus ojos. Todas me calman y me llenan.

—Quiero decirte tantas cosas... Todo ha cambiado desde que te conocí. Todo lo veo de diferente manera. Cada momento, cada minuto que paso lejos de ti lo hago echándote de menos. Me he dado cuenta de todo lo que poseo y he aprendido a valorarlo de verdad, pero en el centro de todo estás tú. Con tu sonrisa de caramelo y tus ojitos verdes y risueños. Nunca he sentido nada como mío hasta que te encontré y me di cuenta de que eres lo que siempre he querido ser. La otra mitad de alguien. Un lugar al que regresar. Como ya te he dicho, mi lugar —me da la cajita y, con manos temblorosas, consigo abrirla. Es una casita plana, pequeñita, de oro blanco, para colgar en mi pulsera de recuerdos. Tiene dos ventanas, una puerta y una chimenea perfectamente talladas. Es preciosa. La cojo entre mis manos mientras un par de lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Quiero que cuando la mires sientas que tienes un hogar. Un lugar al que volver siempre que lo necesites. No me importa lo que pase, cuantas veces discutamos ni lo que puedas llegar a pensar —me envuelve entre sus brazos y yo apoyo la cabeza en su pecho. Escucho su corazón, acelerado—, estaré aquí. Siempre. Déjame ser tu lugar.

Después de besarnos sin llegar a nada más durante más de veinte minutos, me lleva a la cocina y vuelve a sorprenderme con el desayuno. Claudia ha preparado tortitas con *Nocilla* caliente y nata. La guinda del pastel. Me doy una ducha rápida, me recojo el pelo en una cola alta y me visto con un pantalón de traje negro, fruncido en los tobillos, blusa blanca, cerrada hasta el cuello, y chaqueta con solapa gris muy oscuro. Mientras espero a que Alejandro termine de hablar por teléfono en el despacho, leo los mensajes de *WhatsApp* que me han enviado.

Sara. A las 00:01. Es un audio: «Cumpleaaaaños feliiiiiz, cumpleaaaaños feliiiiiz, te deseo yo solaaaaaa, cumpleaños feliiiiiz. Te quiero zorra con suerte, pero no te perdono que me tengas taaaan abandonada. Lo olvido si me cuentas las guarradas que te hace ese dios griego con el que te acuestas toooooo las noches —recalca todas—. ¿Te la ha vuelto a meter por el culo? Quiero detalles escabrosos. Con pelos y señales».

Roberto. A las 00:11: «¡¡Feliz cumpleaños!! ¡Bienvenida a los treinta!, una edad maravillosa para VIVIR. Te quiero, ya lo sabes. Espero que nunca lo olvides. Algunas veces pienso que eres demasiado importante en mi vida. Luego me doy cuenta de que yo también lo soy en la tuya y sólo puedo agradecer la suerte que tengo. Te quiero pequeña».

Clara. A las 00:14: «¡Loca! Ya tienes treinta. ¡Felicidades! No se me da muy bien hacer esto. No se me ocurre ninguna frase cursi. Llevo pensando cómo felicitarte media hora y he terminado partiéndome el culo sola. Juan Carlos me mira con cara de susto. No puedo parar de reír recordando aquella vez, hace exactamente ocho años, cuando se nos ocurrió celebrar tu cumpleaños en la *Tasca de Paco*, bebiendo mistela a chupitos. La media de edad del local era de sesenta años. Te caíste de la silla y se te levantó la falda hasta la cintura. Un hombre mayor se atragantó con un pepinillo y tuvieron que hacerle el boca a boca mientras tú vomitabas en sus pies y yo trataba de no escupirle en la cara. Grandes momentos. Te quiero. Nos vemos mañana».

El pobre hombre se salvó porque uno de los señores era un médico jubilado que supo reaccionar y hacerle perfectamente la reanimación cardiovascular. "Zusto" el que nos llevamos nosotras. Casi matamos a un

pobre hombre que lo único que hacía era tomar chatos de vino con los amigos. Me imaginé los titulares de la prensa: «Hombre mayor muere atragantado por un pepinillo por culpa de unas bragas de encaje rojo que dejaban más piel al descubierto que la que tapaban». Lo sé, demasiado largo. No soy periodista. Terminamos las dos llorando, abrazadas a él, con el rímel corrido y ensuciándole la camisa de cuadros pequeñitos de carmín. Se fue de allí murmurando que ahora su señora creería que había estado con otra mujer. Terminó con: «Maldita juventud la de ahora».

Sonrío con ganas, recordando la situación, y escucho a Alejandro llegar hasta donde me encuentro. Me da un beso en los labios, corto, pero intenso, como es él, y me dice que le encanta verme sonreír. Guardo el móvil en el bolso y salgo del ático de lujo pensando en que todo, a su lado, puede hacerse realidad.

La reunión con el representante de Conrado transcurre como me esperaba. Aburrida. Solicita modificar algunas cláusulas del acuerdo. Concretamente, la que termina con el símbolo del euro. No cerramos nada, necesito comentarlo con Álvaro, quien, por lo visto, está fuera de la ciudad. De todas formas, salgo de allí de muy buen humor. No creo que haya nada que pueda cambiar mi estado de ánimo después de la declaración de amor de esta mañana. Camino hacia mi despacho tocando la casita que Alejandro me ha regalado por mi cumpleaños. Hemos venido juntos a trabajar. Por el camino, le he comentado que esta noche lo celebraríamos en algún bar de copas. Lo he puesto sobre aviso de que Roberto también asistirá. Es mi amigo y no pienso elegir entre los dos. Ambos tienen un lugar en mi corazón. Esto último no se lo he dicho. Ya me ha parecido bastante raro que no se pusiera a gritar después de comentarle que tendrán que verse las caras esta noche. No ha dicho absolutamente nada. Lo he dejado estar. Mi neandertal está aprendiendo a comportarse como un hombre del siglo XXI. Al bajar del coche, le pedí que me soltara la mano, pero, haciendo caso omiso a mi petición, me agarró más fuerte y me pegó a él. (Está bien, le falta un poco para llegar a ser un hombre de la Nueva Era). No entendió, aunque se lo expliqué, que prefiero que no se corra la voz en la torre de que estamos juntos. No me importa lo que piense la gente sobre mí, nunca me ha importado. Me llamarán trepa o barajarán la idea de que la chupo de vicio. No es por los comentarios desafortunados que puedan hacer. No quiero que

se corra la voz porque prefiero seguir siendo Dani y que me traten como siempre lo han hecho desde que trabajo aquí. De tú a tú. Como una compañera más, que es lo que soy. Ser la novia del súper jefe puede parecer la bomba, pero estoy segura de que no lo es. El seguridad simpático del vestíbulo del edificio siempre me ha saludado con una sonrisa. Hoy, cuando me ha visto de la mano del señor Fernández, le ha saludado a él y a mí me ha hecho una reverencia con la cabeza. Tendré que hablar con él. En el ascensor todos nos miraban. He tratado de soltarme, pero lo ha hecho peor y me ha llamado cariño (con cara de sádico divertido) delante de unas veinte personas, casi todas hombres. Ahí, marcando territorio. Creo que me ha meado parte de la pierna izquierda. Victoria, cuando nos ha visto, ha abierto tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas. Y eso que ella está al tanto de nuestra relación, pero no esperaba encontrarnos así, agarrados de la mano y despidiéndonos con un beso. La he visto al pasar y todavía tiene la boca abierta. En fin. Que si alguien en el edificio aún no lo sabía, o sólo sospechaba (por varios problemillas que hemos tenido) que mantengo una relación con Alejandro Fernández, ahora ya no tienen ningún tipo de dudas. Un par de ejecutivos me miran cuando cojo la última esquina antes de llegar a mi despacho. Tengo la sensación de llevar en la cabeza una diadema con corazones, plumas y luces encendidas. Les saludo con un «Hola» y ellos sonrían y me dan los buenos días. Disimulan que tienen cosas que hablar y siguen a lo suyo, pero, cuando paso de largo, noto sus ojos clavados en mi espalda. Maldito Alejandro.

—Buenos días, Dani —saluda Berta—. Ha llamado tu hermano. Dice que te pongas en contacto con él lo antes posible. Es importante.

Me siento tras la mesa y marco su número.

—Buenos días, Dani.

—Hola, Fernando. ¿Querías hablar conmigo?

—Quería felicitarte. Cumplir años es importante —esa frase también la decía nuestra madre. Sonríó al escucharla.

—Gracias.

—Eh, necesito hablar contigo. No sé si lo recuerdas. ¿Puedes pasarte por mi despacho a lo largo de la mañana?

—Sí, supongo que sí —contesto, repasando mentalmente la agenda del día de hoy.

—Ven cuando quieras. Me he tomado el día libre.

—¿Pasas tus días libres en la oficina?

Le escucho sonreír.

—Es complicado. Sólo me quedo en casa cuando tengo vacaciones.  
No me he explicado bien. Es... una mañana tranquila.

—De acuerdo. Estaré allí dentro de una hora.

—Enviaré a Héctor a recogerte.

—No te preocupes. Pillaré un taxi.

—No entiendo por qué no te compras un coche.

—Son caros y no estoy segura de acordarme de cómo se conduce — hace años que no lo hago. La última vez fue con Álvaro. Me dejó su adorado coche y casi le da un infarto cuando le grité, a noventa por hora, que no recordaba dónde estaba el freno. Y era cierto. Se me olvidó por completo. Los nervios. Cuando conseguí pararlo, después de chocar “levemente” contra una farola (él dirá que me la llevé por delante), salió de él y besó el suelo. Me gritó que estaba loca, pero que la culpa la tenía él por no pensar mejor las cosas y no medir las consecuencias. Fue un visionario. Sí, no las midió. Pero fue años después cuando su falta de medida nos cambió la vida a los dos.

Hago un par de llamadas y respondo algunos correos antes de ponerme la chaqueta y el abrigo. Me despido de Berta hasta la hora de comer y bajo en la lanzadera hasta el vestíbulo. Tal vez sean imaginaciones mías, pero me siento como se debía sentir Copito de Nieve en el zoo de Barcelona: vigilado y angustiado. Cientos de pares de ojos me miran, o eso es lo que me parece. Bien. Primer día de presentación oficial en el curro y ya me he convertido en Elsa de *Frozen*: repudiada y vilipendiada. Vale, me estoy comparando con la protagonista de unos dibujos animados. Mi sobrina Carmen tiene la culpa. Me hace ver la película tres de las cinco veces que voy a visitarla. Salgo a la calle y el sol me deslumbra por completo. Parpadeo varias veces hasta que mis pupilas casi se pierden en el verde grisáceo de mis ojos. Veo la silueta de un hombre con gorra llegar hasta mí. No consigo distinguir de quién se trata hasta que no comienza a hablar.

—Buenos días, señorita Sánchez. ¿La llevo a alguna parte? —dice Carlos, educado.

—Buenos días, Carlos. No, gracias. Cogeré un taxi.

—Lo sé, pero prefiero...

—Sí, ya... Vale —no dejo que termine la frase. No voy a ponerme a discutir con él otra vez. Ni tampoco quiero escuchar el discurso de que su jefe

se enfadaría mucho si me dejara por Madrid sola. Como si no lo llevara haciendo toda la vida. Alejandro es así de intenso. Para todo. Y tengo que aceptarlo tal y como es.

«Su intensidad en la cama te encanta».

Yes.

Me abre la puerta, ceremonioso, y entro en el coche sin rechistar. Al menos no es la limusina. Me parece demasiado excesiva y excéntrica. «Eh, mira el coche que tengo. La chorra es igual de grande». Prefiero el todoterreno, aunque siempre he pensado que, para la ciudad, lo mejor es un coche pequeñito y manejable, pero no hacedme demasiado caso, no conduzco desde el año dos d.C. Nos adentramos en el tráfico sin prisas y, mientras dejamos atrás las torres, comienza a llover. Escucho la lluvia golpear el cristal hasta que la voz de Adam Levine inunda cada rincón. Me encanta esta canción. Comienzo a tararear "*Don't Wanna Know*" y, por el espejo retrovisor, veo a Carlos sonreír. Es una de esas sonrisas de padre orgulloso de que su hijo haya encontrado su camino y sea feliz. Pierdo la mirada en la ciudad y me doy cuenta de que la Navidad ya está aquí. Las luces, los adornos, gente con una cantidad indecente de bolsas en las manos... Hace mucho que esta época me dejó de gustar, estoy segura de que no hace falta que recuerde por qué. El móvil vibra dentro de mi bolso.

Sofía. Hoy a las 11:03: «Ains, ¡mi niña! No me he olvidado de ti. Llevo metida en una nave industrial muerta de frío y en ropa interior más de cuatro horas. Tranquila, estoy bien. Una sesión de fotos. Felicidades, preciosa. No tengo demasiado tiempo. Esta noche te canto el cumpleaños feliz en todos los idiomas que sé. Te quiero. Muuac».

Le contesto: «Gracias, loqui. No me había asustado. Ya he tenido que recogerte antes en polígonos industriales y te he encontrado con mucha menos ropa de la que llevas ahora. No recuerdo que te quejaras. Yo también te quiero, pero te querré más si este año te saltas el momento en que decides que sabes hablar portugués. No tienes ni idea. Siento ser yo quien te lo diga. Nos vemos esta noche».

Entro en la oficina de Fernando con esa sensación de desasosiego que te corta la respiración. La misma que te crea un hueco en la boca del esófago,

provocando en todo tu cuerpo un vacío inmenso. No estoy muy segura de lo que va a pasar. Mis padres dejaron para mí algo antes de morir y Fernando se ha hecho cargo de ello durante todos estos años. Poco más. No dio detalles cuando me hizo firmar los documentos, ni yo leí nada de lo que contenían. No tenía cuerpo ni ganas.

Sorpresas... Qué harta estoy de ellas.



## CUMPLEAÑOS PARTE 2: REÍR O LLORAR

Me recibe la secretaria de mi hermano. Debo parecer un perrillo asustado porque no me pregunta si quiero tomar algo, sino que sus palabras exactas son: «¿Te apetece una tila?». La acepto sin rechistar. Tal vez sea lo que necesito para apaciguar los nervios, sin embargo, lo que, en realidad, he querido contestar es otra cosa muy diferente: «¡Mejor traiga usted un chupito de cianuro!». Pero no la he querido asustar. Y tampoco tengo tantas ganas de morirme. Lo que arreglaría mi estado de ánimo sería una botella de ginebra de cuatro litros.

Nota mental: emborracharme esta noche hasta perder la consciencia.

Me siento en uno de los sillones por expreso consejo de Cristina, que también se ha dado cuenta del temblor de mis piernas. Me bebo la tila, esperando que Fernando salga de una reunión. Me da tiempo a pensar de todo. Estoy a punto de salir corriendo cuando mi hermano sale de su despacho acompañado de un hombre y una mujer. Los despide y se acerca a mí. Me levanto y me da un abrazo. No dos besos, que sería lo normal en él. Ese detalle catapultaba mi nerviosismo a niveles que desconocía. Cuando se trata de mis padres me cuesta mucho controlar las reacciones de mi cuerpo.

—Feliz cumpleaños —sonríe. Se gira y le sigo—. No me pases llamadas —le dice a Cristina. Ésta asiente y me regala una mueca complaciente. Antes de cerrar la puerta ya me falta el aire. Fernando se da cuenta y abre un poco una de las ventanas. Una brisa fresca me acaricia el rostro. Se lo agradezco en silencio, pero no sirve de nada. El corazón me va a salir del pecho—. Siéntate —me invita. Creo que piensa que estoy a punto del desmayo. Y no se equivoca tanto. Lo hago.

—Me voy a morir de un infarto.  
—Tranquila. Es un regalo. Nunca son malos.

No sabría yo qué decir sobre eso. Una vez me regalaron un kit de maquillaje y casi se me cae la piel de la cara a tiras, por no decir que estuve diez días con una conjuntivitis que por poco me deja ciega. Malditos amigos invisibles. Nunca supe quién fue. Saca dos sobres de uno de los cajones de su imponente mesa. El despacho no es tan impresionante como los de la torre. Moderno, pero demasiado presuntuoso y exagerado. Los deja sobre el cristal y clava su mirada en mí. O eso me parece, yo no dejo de observar lo que tengo delante. Se sienta y toma aire. Su gesto me recuerda que yo también tengo que respirar.

—Creo que no es necesario que te explique nada. Ella lo hará.

«Ella lo hará». No sé muy bien por qué, pero sé exactamente a quién se refiere. Trago con dificultad y las lágrimas, hasta ahora detrás de mis ojos, salen a borbotones, rodando por mis sonrosadas y acaloradas mejillas. Fernando alarga el brazo, coge el sobre más pequeño y me lo ofrece. Tardo en reaccionar. Pasan minutos hasta que consigo hacer acopio de toda mi valentía y desterrar el miedo que me tiene paralizada. Lo agarro entre los dedos y, serán imaginaciones mías, pero su olor a suavizante, a pastel recién hecho, a perfume, a amor incondicional, se introducen por cada poro de mi piel y saturan mi alma. Cierro los ojos y respiro. Acaricio el papel y rompo en un llanto demoledor al darme cuenta de que ella también lo tuvo entre sus manos. Fernando no dice nada. Me deja tiempo para asimilar todo lo que está sucediendo. Entiende lo que significa para mí. No es un llanto de dolor. Hacía mucho que no regaba mis mejillas con lágrimas de felicidad. Lo huelo y lo pego a mi pecho, abrazándolo. Puedo sentirla muy cerca. Me animo y, después de aplacar el impulso de gritar, abro los ojos y leo: «De mamá». Pierdo un poco el hilo de mis pensamientos, mientras abro el sobre y saco de él una carta escrita de su puño y letra. Jamás olvidaré sus inconfundibles trazos. Largos, elegantes, pero sencillos.

*«Mi amor, mi niña, mi todo, mi corazón.*

*No entiendo muy bien por qué tu padre ha insistido tanto en que escriba esta carta. Él, siempre previsor, pensando en todo, quiere que te diga lo mucho que te quiero. Yo no veo la razón para ello, ya que cada día busco*

*y encuentro la oportunidad de hacerlo de todas las maneras que se me ocurren.*

*Según me ha contado, la idea es guardarla hasta el día de tu treinta cumpleaños. Piensa que no es una edad como otra cualquiera, sino el paso de la juventud a la madurez. Dice que pasarás de ser una niña a convertirte en una mujer. Yo no estoy del todo de acuerdo, quiero y espero que no dejes nunca de ser una niña. Lucha para que no desaparezca esa parte de ti que me enamora cada día, porque los niños tienen los mejores sueños y creen que cualquier cosa puede hacerse realidad. Así que, mi niña, tú nunca dejes de soñar.*

*Tengo tantas ganas de verte crecer como miedo de que lo hagas. Para mí, siempre serás mi pequeña. Ese ángel rubio que apareció en mi vida, llenando cada rincón de alegría. Cuando nacisteis, todo en mi vida cambió. Las noches se hicieron más cortas, los días tremendamente largos y no había cabida para nada más. Hasta el tiempo desapareció. Nada volvió a ser igual. Mi vida cambió, sí, pero a mejor.*

*Cuando leas esto, espero que hayan sucedido muchas cosas. Espero que hayas aprendido de tus equivocaciones, espero que te hayas levantado después de cada caída, que hayas cometido cientos de errores, que hayas reído y llorado, que hayas amado...de cualquier forma. El amor puede aparecer y mutar de mil maneras diferentes. Deseo que vivas muchas experiencias y que aprendas de todas y cada una de ellas. Espero millones de cosas, pero todo se resume en algo muy simple: que seas FELIZ.*

*Y espero que lo sigas siendo a partir de ahora. No podré estar siempre a tu lado ni podré evitar lo que el destino tenga escrito para ti, pero aprende a sacar jugo a cada situación, a cada experiencia y sigue adelante. Yo estaré aquí para apoyarte si me necesitas.*

*Busca tu propia felicidad. A veces hay que perseguirla. Y haz feliz a los que te rodean. Una sonrisa no cuesta nada y puede valer mucho. Habrá ocasiones en las que te sentirás perdida... Vive mientras encuentras lo que necesitas para rellenar los huecos que faltan. Todos tenemos un lugar en el mundo. Encuentra el tuyo y aférrate a él. No te preocupes demasiado, sabrás distinguirlo cuando lo veas. Te darás cuenta de que todo tiene sentido, de que las piezas encajan y de que cada minuto de lo que has vivido ha sido para llevarte hasta donde estás. A tu lugar.*

*Feliz cumpleaños, mi pequeña estrella.*

*Mamá»*

No sé cuánto tiempo pasa hasta que dejo de llorar. Fernando me deja sola, entendiendo que necesito espacio e intimidad para despedirme de ella, de mi dolor y de todas las cosas que hubieran sido diferentes en mi vida si ellos, mis padres, aún estuvieran aquí. Leo la carta cien veces más. Me parece escucharla a mi lado. Su calor se ha apoderado de la habitación. Mi hermano entra de nuevo en el despacho y se sienta en el sillón que tengo al lado. Deja un vaso de agua sobre la mesa y me aprieta la mano. No dice nada, sólo espera paciente a que termine de encontrarme y perdone, por fin, a mis padres por dejarme sola demasiado pronto.

—Eres muy valiente.

Mi subconsciente no está de acuerdo con eso, pero sabe que no es buen momento para hacer acto de presencia.

—Gracias.

—No me las des. Ha sido ella —sonríe, conmovido. Vuelvo a mirar la carta y la acaricio.

—Es como si estuviera aquí.

—Lo está. Dentro de ti y de mí.

—Siempre los he culpado. De dejarnos solos. ¿Sabes? Hasta ahora no me he dado cuenta de lo enfadada que estaba. Lo siento. Sé que también debió ser difícil para ti. Perderlos... Hacerte cargo de mí...

—Nunca fuiste una carga, Dani. Eres muy importante para mí.

Nos fundimos en un abrazo sincero. Y así es como mi hermano y yo hacemos las paces. Llevaba enfadada con el mundo entero demasiado tiempo.

—Tengo otra cosa para ti —se aparta y coge el sobre grande. Me lo entrega y lo abro. Demasiados documentos para conseguir enterarme de algo en el estado que aún me encuentro. Además, las lágrimas no me dejan distinguir ni centrarme en nada en concreto. Las letras y los números son borrones sobre el papel. Fernando ve mi cara de desconcierto—. Papá y mamá dejaron esto para ti como regalo de tu treinta cumpleaños —me quita el sobre de las manos y pasa los folios hasta que encuentra lo que busca. Me lo acerca y trato de centrarme en lo que uno de sus dedos señala.

Madre. Del. Amor. Hermoso.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

¿CUÁNTO?

Parpadeo varias veces, tratando de enfocar mejor. Debe de haber un error. Alguien se ha equivocado al poner los ceros. Nunca nos faltó de nada, pero, hasta donde recuerdo, nuestros padres no eran los Rockefeller.

—No hay ningún error —dice seguro y tranquilo, sabedor de lo que me cruza por la mente.

—No lo entiendo —susurro perdida en un mundo donde los euros se cuentan en miles.

—Cuando fallecieron, yo me hice cargo de la herencia. El albacea me informó de todos y cada uno de los activos y pasivos que contenía el testamento. La cantidad era mucho más pequeña, pero, cuando empecé a hacer negocios y me fue bien, también invertí lo que te dejaron a ti. Me aseguré de no perder cuando lo hacía con tu dinero. Por eso la cantidad no es demasiado grande. Lo hacía sobre seguro.

No entiendo lo que quiere decir cuando dice que la cantidad no es demasiado grande. Jamás había visto tantos ceros juntos.

—¿Cuánto era...?

—Veinte mil euros.

Vaya, pues sí que han crecido.

—No quiero tanto dinero. No lo necesito.

—No vamos a discutir por esto. Es tuyo. Haz lo que quieras con él. Dónalo a una ONG, da la vuelta al mundo, o sigue invirtiendo y multiplícalo por cien, pero no tienes opción. Aceptarlo es tu deber.

¿La vuelta al mundo? ¿Cuántas vueltas tendría que dar para gastarlo todo?

Llego a la Torre de Cristal sumida en mis pensamientos. Ni siquiera recuerdo el camino de vuelta. Después de llamar a su abogado y escucharle parlotear durante más de media hora, firmé unos cuantos de miles de documentos y me despedí de Fernando con un abrazo. Subí al coche de Carlos, que llevaba esperándome allí todo el rato, y tras hacerme jurar que me encuentro bien, arrancó y me dejó a mi aire. Creo que Alejandro llamó y estuvo hablando con él por el manos libres, sin embargo, no sabría decir sobre qué versó la conversación. Seguía absorta e impactada por todo lo que acababa de pasar. Sólo capté la última frase que dijo bajo un susurro ronco. Creo que fue cómo lo dijo lo que me hizo reaccionar.

—Tráela de vuelta a mí —y sonó desesperado.

Volví a leer la carta y me di cuenta de todo lo que quiere decir mi madre en cuatro escuetos párrafos. Saboreé cada palabra, sin embargo, una llamó poderosamente mi atención: «Busca tu lugar. Sabrás que lo has encontrado cuando lo veas. Todo encajará» ¿Es posible que mi madre llevara razón y el destino ya estuviera escrito? No puede ser casualidad. Las lágrimas comienzan a salir por mis mejillas, pero es un llanto tranquilizador, de felicidad, de saber con certeza que has encontrado tu hogar. Tu sitio en el mundo. El lugar al que aferrarte y donde pasar el resto de tus días.

Mi lugar.

Él.

Salgo del ascensor en la planta 212 y corro por los pasillos, segura de hacia dónde dirigirme. Sin dudas. Con esperanza. Paso de largo a Victoria, ignoro a Natasha tratando de detenerme. Abro la puerta del despacho de Alejandro sin llamar y me tiro sobre sus brazos. Me rodea con ellos sin dudar, fuerte y decidido. La última pieza termina de encajar. Él es lo que faltaba. Lo es todo. Cada momento. Cada decisión. Cada circunstancia me ha llevado a donde me encuentro ahora. Me besa las mejillas, me acaricia el cabello y susurra junto a mi oído que todo saldrá bien, mientras lloro sobre su regazo.

A las dos salgo a comer con Berta y Victoria. Nos sentamos en la que parece ser nuestra mesa del *gastrobar* al que ya somos asiduas y pedimos la comida. Ellas parlotean mientras yo sigo envuelta en una espiral de pensamientos. Acaricio la pulsera que mi madre me regaló y paro en cada objeto que cuelga. «Mi pequeña estrella». Palpo el objeto. La luz a la que siempre se ha referido. Aunque todo se oscurezca, siempre habrá una estrella brillando en el cielo, mostrándome el camino. Recuerdo que muchas veces me llamaba así, y, justo después, me besaba y me daba las gracias por existir. Mi madre era una gran mujer que sabía tratar a todos con un cariño especial, siempre sabía qué decir en cada momento y conocía cuándo había que callar. Ella me enseñó a saborear los silencios y los momentos de soledad. Junto a la estrella, la flor que me envió Alejandro a casa de Álvaro en París. Una flor, símbolo del perdón. Así lo entendí yo. El perdón que yo necesito ahora. Expiarme de toda culpa y encontrar la absolución, pero ¿cuál es la mejor

manera de conseguirlo? Alguna religión, no pocas veces, ha aceptado dinero a cambio de expiación y olvido de ciertos pecados. En algunos cultos antiguos se practicaba el sacrificio animal. En la cultura hebrea, la expiación se hacía por medio de la sangre de una víctima humana como símbolo del cambio de una vida ajena por el perdón divino. Barajo todas las posibles opciones, pero ninguna me convence. No podría matar a nadie, soy fiel amante de los animales y, aunque ahora parece que me sobra dinero, no es Dios quien tiene que perdonarme, es Alejandro, y de eso tiene las cuentas bancarias llenas. Soy consciente de que la forma de conseguir el perdón es ser sincera y, simplemente, pedirlo. Por último, acaricio el corazón, el antifaz y... la casita que me ha regalado esta mañana. Sonrío mientras asimilo todo lo que significa. Me estremezco al recordar cómo mi madre y Alejandro han podido coincidir tanto en sus palabras. Sabias, certeras, completas. Todo resumido en nada. En sensaciones, sentimientos. En saberte y reconocerte al lado de alguien. Ensancha la sonrisa.

—Dani, no nos estás escuchando. Llevas toda la comida en Babia —me reprocha Victoria con su voz cantarina.

—Eh... —vuelvo del más allá—. Perdonadme chicas, tengo muchas cosas en la cabeza. ¿De qué hablabais?

—Os decía que esta mañana he escuchado a Natasha hablar con Marina "la sosa" y estoy segura de que tramaban algo —hablar con ella es como ver *Sálvame*. Vaya... otra vez ha estado aquí esa arpía y yo sin enterarme—. No he entendido demasiado, pero nunca se han aguantado. ¿Y ahora son amigas? Algo huele muy mal... Y Manuel, el de los trajes feos de Recursos Humanos, se acaba de separar. Su mujer es prima de una prima de una amiga. La engañaba con el niño. Sí, no me he equivocado de género —mueve las cejas de arriba abajo. De repente, cae en la cuenta de algo—. ¡Dani! ¡Felicidades! Hoy es tu cumpleaños—me da un corto, pero exagerado, abrazo. Ni siquiera pregunto cómo se ha enterado. Si sabe todo lo que ocurre en nuestra planta y cincuenta más abajo, es fácil que averigüe una simple fecha.

—Gracias.

—¿Por qué no nos lo habías dicho? —me pregunta Berta, mientras me abraza también y me da un cariñoso beso en la mejilla—. Felicidades, jefa.

—Lo siento. Estoy más allá que acá —si os contara todo lo que me pasa... ¿Victoria lo soltaría a gritos por la oficina? No lo creo. Estoy segura de que sabe más de lo que reconoce de mi relación con Álvaro. Ni me

imagino cómo se habrá enterado ni de qué en concreto, pero no le pasa desapercibido lo que ocurre entre nosotros dos. Por supuesto, Berta tampoco es tonta, sin embargo, demostrando una profesionalidad envidiable y una prudencia infinita, nunca se ha referido a ello.

—Por cierto, esta noche vamos a cenar por ahí. No es una celebración formal ni nada de eso. Un par de amigos y yo, pero me encantaría que vinierais.

—Estaría bien, pero no puedo. Raúl y yo vamos a salir.

—Yo he alquilado una casa en la sierra. Lo siento, Dani. Me encantaría acompañarte, pero no puedo dejar colgados a mis amigos.

—Oh, vale. No os preocupéis. La semana que viene podemos salir un día a tomar algo.

—¡Buena idea! Por cierto, pronto será la gran fiesta de Navidad de la empresa. ¿Tenéis ya el modelito preparado o vais a compraros algo? Podemos quedar uno de estos días y nos vamos de *shopping*. Será divertido. La primera dama no puede asistir de cualquier manera —creo que se refiere a mí. Berta y yo nos miramos desconcertadas. No sabemos a qué se refiere. Victoria, que es muy perspicaz y está entrenada para estos menesteres, se da cuenta al instante de nuestras caras de confusión—. ¡Oh! ¡No sabéis de qué hablo! *MKD* prepara cada año una gran fiesta —gesticula con las manos—, para todos sus empleados. Nunca es en el mismo sitio y cada Navidad es una temática diferente. Se lo curran bastante, la verdad. El año pasado viajamos en el tiempo unos pocos siglos atrás. Este año no sé sobre qué tratará... —para, pensativa. Se lleva un dedo a la boca y mira al infinito—, pero me puedo enterar... —¡claro que se puede enterar! ¡De eso y del secreto de los ingredientes de la *Coca-Cola*!

Me voy a casa antes de las cinco. No es porque sea viernes y además cumpla años, Sara me ha obligado a llegar a casa pronto para, según palabras textuales, depilarnos a conciencia porque esta noche las dos follamos. Por separado, que quede claro. Entro y mi amiga duerme sobre el sofá con más culo fuera que dentro de los cojines. Lo hago sin pensarlo demasiado. Cierro la puerta de un fuerte golpe y, del susto, la hago caer al suelo. Cuando se da cuenta de lo que ha pasado y mis carcajadas llegan a sus oídos, se levanta digna, murmurando exabruptos por la boca.

—Serás hija de puta —dicho esto, ella también se echa a reír—. Me las pagarás.



Nos tomamos un café y la pongo al día de todo lo que me ha pasado en la mañana de hoy. De las declaraciones de Alejandro, de la carta de mi madre, de la sensación de plenitud que he descubierto dentro de mí, de perdonar, de estar segura de querer expiar mis pecados. De la certeza de ser sincera. Me abro a ella y admito que Alejandro es todo lo que he buscado siempre, que no necesito nada más y reconozco sentir miedo de lo que pueda pasar.

—Lo entenderá —me anima, la que considero mi hermana. Se levanta, desaparece tras la puerta de la cocina con las tazas de café vacías, una en cada mano, y vuelve con dos copas de vino tinto. Son las seis y media de la tarde de un viernes del mes de diciembre, llueve un poco, hace bastante frío y las calles de Madrid ya presumen engalanadas con las luces y los adornos de Navidad. Respiro profundamente y Sara se sienta a mi lado. Me ofrece mi copa y levanta la suya, invitándome a hacer lo mismo—. Porque cumplas muchos más —brindamos y nos las bebemos de un trago. Es la tradición.

Cambiamos un poco de tercio y discutimos sobre ropa, moda y diseñadores. Ella, defensora acérrima de Karl Lagerfeld, defiende el estilo rompedor y atrevido del alemán. Entre risas le digo que me regale el *Valentino* rojo que cuelga de su armario, ese con el que quiere que la entierren, ya que yo lo valoro mucho más.

—Eh, ese es El Vestido —y lo dice con voz grave, como si estuviera anunciando el título de una película.

—El día que tenga un vestidor repleto de *Valentinos* no te dejaré ninguno. No es muy de tu estilo —digo con desdén.

—El día que puedas comprarte tantos *Valentinos* como para llenar un vestidor, me tatuaré un pene en la frente. Hasta ahora, seguimos siendo pobres.

Su frase me recuerda algo que había olvidado por completo. Después de todo lo que mi corazón ha sentido hoy, de todo lo que he descubierto sobre mí misma, no me he acordado de lo abultada que se halla mi cuenta corriente ahora. Me levanto, abro el bolso, saco el sobre grande y se lo ofrezco a Sara. Ésta lo mira confundida. Le digo que lo abra. Que es un regalo especial. Algo que mis padres dejaron para mí junto a la carta de la que ya le he hablado como presente de mi treinta cumpleaños. Lo abre, lo mira, lo vuelve a mirar. Abre los ojos de par en par.

—¡Leche puta!

—El pene en la frente, ¿de qué tamaño lo quieres?

## CUMPLEAÑOS PARTE 3: ¡SORPRESA!

Su cara es un poema. Como ya se sabe, me encanta soltar las cosas sin más. El careto que se les queda es digno de fotografiar para inmortalizarlo. A mí no me gustan las sorpresas, pero ¿darlas? Eso ya es otra historia. Sara tarda más en reaccionar que yo. La veo contar los ceros una y otra vez, no son tantos como para estar dos minutos comprobando si te has equivocado o no. Se toca la frente, se acerca la hoja a los ojos, la retira, la vuelve a acercar. Viendo que no piensa decir nada, cojo las copas de vino vacías que hemos dejado sobre la mesa, voy a la cocina, las lleno hasta la mitad y camino de nuevo, hasta sentarme a su lado en el suelo, y se la ofrezco para que beba. La coge sin hacerme demasiado caso y se la bebe de un trago largo. Sonrío.

—¡¡¿Cuatro millones de euros?! ¿Tu padre quién era? ¿Hugh Hefner?

Rompo en carcajadas, mientras mi amiga me mira como si hubiera visto un pulpo verde de cinco cabezas o... como ella diría, un tío con dos rabos como dos misiles. Me imagino a mi padre rodeado de conejitas de *Playboy* y, no entiendo muy bien por qué, me parto de la risa. Siempre fue un poco hippie, lo escuché defender el sexo libre y la libertad de las mujeres. Pero... no estoy muy segura de que se parecieran en nada. Personas humanas. Punto. Le tiro un cojín y lo caza al vuelo. Parece que ya ha reaccionado.

—¿No puedes compararlo con...? ¡Yo que sé! ¿Bill Gates? O... ¿Con Amancio Ortega?

—Hugh seguro que fue mucho más feliz.

Nos miramos y llenamos la habitación de carcajadas, de esas que te redimen, de las que liberan el cuerpo y el alma. Cuando conseguimos parar, tengo que limpiarme la cara de lágrimas. Hacía mucho que no recordaba

reírme así y me resulta difícil comprender que sea en este momento. Hablar de mis padres siempre me había afligido. Trataba de evitar el tema por el dolor que me causaba. Es un gran cambio poder recordarles sin que el corazón me explote de pena. Me incorporo y me agarro la cintura, me duele tanto o más que la mandíbula de tanto reírme. La última vez que me ocurrió me había fumado, a medias con Roberto, un cigarro de marihuana.

—No lo quiero —me mira confusa—. El dinero. Nunca lo he necesitado. Tal vez lo done a una ONG.

—Estás loca.

—¿Qué hago con... esa burrada de euros? En serio, no sería feliz con tanto, sabiendo que hay gente con tan poco. No sé... Tengo que pensarlo.

—Tengo una Fundación de Zapatos Solitarios. Podrías dármelo a mí. Mis pies descalzos te lo agradecerían.

—Eres imbécil —sonreímos.

—¡Las ocho ya! —mira el reloj y grita asustada.

—¿Dónde vamos a cenar?

—A un sitio —dice mientras se levanta. Su contestación me alerta.

—¿A qué sitio?

—Uno tranquilo.

—¿No me lo puedes decir?

—Deja que te sorprenda con algo, ¿no?

—Llama a tu amigo Alejandro —recalco la palabra amigo—, y dile donde cenaremos —me ignora y desaparece tras la puerta de la habitación—. ¡No quiero sorpresas! —grito a su espalda. Vuelve en seguida con un paquete en la mano.

—Felicidades, hermana —me lo ofrece y sonrío. Lo cojo y, sin abrirlo, trato de averiguar qué es—. Ahora que eres millonaria no te hará tanta ilusión...

La corto, dándole un abrazo de oso.

—No me importa lo que contenga. Mi regalo eres tú.

Tras varios segundos, nos soltamos y nos miramos con cariño.

—Venga, ábrelo —la veo limpiar, disimuladamente, una lágrima que se ha escapado de sus ojos. No le gusta que la vean llorar.

Pierdo la paciencia rápido y abro el papel a girones. Tiro de un lado, después del otro y vuelvo a tirar. Los pedazos rotos los dejo caer sobre la

alfombra del salón, donde nos encontramos. Abro la caja y me siento de culo sobre el sofá. Me tapo la boca y, de entre los dedos, se me escapa un tembloroso «¡Oh, dios mío!» Son unos *Christian Louboutin* color *nude*, con pinchos y tachuelas plateadas en cada punta y, por supuesto, suela roja, *rojamequieromorirdegusto*. Lo saco y la luz de la mesilla se refleja en el zapato, dándole el brillo que, aunque no le hace falta, lo hace todavía más impresionante. Esto cuesta un pastizal.

—No puedo aceptarlo. ¿Cuánto te han costado?

—Esa pregunta es de muy mala educación —sonríe.

—Estás loca. Devuélvelos —cojo la caja y se la acerco, mirando hacia otro lado, dramáticamente.

—No lo haría aunque pudiera. Que no puedo. Vamos, pruébatelos. Estoy deseando vértelos puestos —me anima con las manos a que lo haga. Giro sobre mis pies descalzos para perderme en mi dormitorio—. Me parece una gran idea —me vuelvo para mirarla, confundida—, que quieras ayudar a gente que realmente lo necesita.

Salgo de mi habitación a las nueve y media. Sara lleva pegándose gritos desde hace media hora. Parece un poco nerviosa. Que si vamos a llegar tarde, que si me estoy cambiando de cara, que si la voy a matar de un infarto, que como tarde lo mismo en correrme que en vestirme Alejandro debe tener mucho aguante... Ella sí que va a conseguir que me dé un ictus si no deja de meterme prisa. La raya del ojo me la he tenido que hacer cinco veces y el *eyeliner* es de larga duración. Me está costando la vida poder borrarlo con toallitas desmaquillantes. Tengo los ojos como dos tomates maduros.

—¿Podrías decirme qué te pasa?

Mi amiga se queda perpleja cuando me ve. Me miro de arriba a abajo, comprobando que todo está en su sitio. Espero que esa cara sea porque le gusta cómo me queda el vestido. Es negro, corto y falda de medio vuelo de encaje. Un top de lentejuelas y tachuelas plateadas de tirantas, pegado a él. Medias transparentes y, por supuesto, calzo los *Louboutin* que ella me ha regalado.

—¡Eres una diosa!

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

La jodida va perfecta, como siempre. Es natural en ella ser elegante y

sexi al mismo tiempo. La veo levantarse así cada mañana. Su vestido es corto y plateado, con escote corazón. Unos zapatos negros a juego con las medias y los pendientes.

—La que se puede liar esta noche —la escucho murmurar, mientras nos ponemos los abrigos.

—¿Qué?

—Lo bien que lo vamos a pasar esta noche —sonríe y, la conozco, ha forzado el gesto.

Salimos del portal y la brisa de la noche me hace estremecer. Comienzo a caminar calle abajo hasta la parada de taxis más cercana. Sara me llama, pulsa lo que me parece un híbrido entre unas llaves y un mando a distancia pequeño y las luces de un coche negro aparcado delante de nosotras parpadean a la vez que escuchamos el clic, clic. La miro, confundida.

—Roberto me ha dejado el coche.

Imposible. Im-po-si-ble. Roberto no le deja el coche a nadie. Una noche de fin de año se emborrachó tanto que no podía ni dar dos pasos sin caerse. Sofía, que no había bebido porque estaba con un tratamiento muy fuerte para unas anginas, se ofreció a hacerse cargo. Nos llevó cuatro horas convencerle de que no ocurriría nada. Cuando nos subimos al todoterreno casi se le había pasado la cogorza. Y digo casi porque aún no era capaz de coordinar tres palabras seguidas. Otra media hora nos costó meter su cuerpo de metro noventa y noventa kilos en el asiento trasero.

—Le voy a hacer una foto y se la voy a enviar a *Vogue*. No lo volverán a contratar jamás —Sara se carcajeaba a pulmón abierto, mientras le limpiaba las babas, con una servilleta de papel que había sacado de un cajoncito en una de las puertas.

Roberto murmuró durante todo el trayecto de vuelta a casa que si le pasaba algo a su "Negro", nos mataba a todas de una en una. Estuvimos dos años recordándole cómo llamaba al coche y riéndonos de él. Deberían premiarle por lo que nos aguanta. Sara camina hasta el coche y yo paro detrás.

—Dime la verdad, no sabe que lo tienes.

—Claro que sí. ¿Por quién me tomas? —finge estar dolida—. Nos lo ha ofrecido él. La predicción meteorológica pronosticó una gran tormenta. Si me

resfrío, no podré chupársela, podría ahogarme —se taponan la nariz con los dedos y la voz sale muy nasal. Le doy con el bolso en el hombro y nos reímos de nuevo.

—¿Recuerdas cómo se conduce? —pregunto, mientras subimos al coche.

—Esto es como montar en bici, nunca se olvida —claro que se olvida, que me lo digan a mí. Comienzo a ponerme nerviosa cuando Sara no sabe ni dónde meter la llave. Encuentra el lugar exacto y arranca.

—¡Es automático! —grita asustada. Pego un respingo en el asiento y me doy con el espejo retrovisor en la frente. La miro mientras me acaricio el chichón—. No tiene marchas —agita las manos.

—Déjalo. Cojamos un taxi —será lo mejor. La veo trastear con el móvil. Supongo que está llamando a Radio Taxi, pero, después de varios segundos, no lo hace—. ¿Qué estás haciendo?

—Buscando un tutorial en *YouTube* —¿qué?

—¡¿Pretendes llevarme en un coche por las calles de Madrid después de aprender a conducirlo viendo un puto tutorial en *YouTube*?! Pero... ¡¿¿¿te has vuelto completamente loca??!! —grito, mientras trato de salir de allí. La jodida puerta está cerrada con el bloqueo automático. Sara rompe en enormes y compulsivas carcajadas. El móvil se le cae sobre el regazo y golpea el volante repetidas veces. Después de varios minutos, se tranquiliza y para—. Abre la puta puerta.

—Tendrías que verte la cara —sigue riendo. No entiendo nada. Toquetea lo que supongo es la palanca de cambios y sale grácil del aparcamiento. Abro los ojos de par en par y le doy un puñetazo en el hombro.

—Sí que eres una jodida zorra.

—«¡Sacadme de aquí! ¡Está loca! ¡Soy muy joven para morir!» —simula mi voz y vuelve a reírse.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has pensado.

—Casi me muero de un infarto —me echo a reír con la mano en el pecho.

—Te la debía. Tengo el culo amoratado —Sara me acompaña.

—*Touché*.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto después de ver donde hemos aparcado el coche.

—Recoger a tu novio. A mí qué me cuentas —coge el teléfono del

hueco junto a los dos sillones donde lo dejó y teclea con dedos ágiles y rápidos. Después de varios segundos, vuelve a hablar—. Quiere que subamos. No sé qué mierdas sobre que acaba de llegar de una reunión.

—Podemos esperarlo en el coche. Hace frío.

—Tú puedes hacer lo que quieras. Yo necesito mear y paso de congelarme el culo —se desabrocha el cinturón y sale del coche. La imito y camino detrás todo lo rápido que me dejan mis maravillosos zapatos. Entramos en el ascensor y subimos al ático, deprisa, aunque a Sara le está pareciendo eterno. Se abren las puertas y salimos—. Menos mal. Un segundo más y meo dentro.

Caminamos una al lado de la otra un par de pasos hasta llegar a la gran puerta de madera.

—Rápido. No aguanto más.

—No tengo llaves.

—¡Empuja, coño!

Lo hago. Torno una de las hojas e, inexplicablemente, se abre. El vestíbulo está bastante poco iluminado para como me lo encuentro siempre. Sara me empuja hacia delante y casi llego al inmenso salón a trompicones.

—¡¡Sorpresa!! —gritan un montón de personas delante de mí. Demasiadas.

Tierra, trágame.

Todos me miran y sonrían. Unos más que otros. Cada uno con una sonrisa diferente que ahora no me voy a poner a descifrar. Sofía y Roberto, a la izquierda; Clara al lado de éste, agarrada a su brazo; Álvaro (sí, Álvaro) junto a Berta; y Alejandro, que en estos momentos camina hacia mí con un brillo especial en los ojos. No sé dónde meterme. Me gustaría salir corriendo. Este no era el plan. No es esto en lo que habíamos quedado. Miro a Sara con cara de espanto.

—Dijiste algo tranquilo —se encoge de hombros y se aleja como si nada (la muy perra). Para frente a Alejandro, lo besa en la mejilla y le da las gracias por conseguirle mesa en *Temaka*.

Mi dios griego me rodea con los brazos y me da uno de sus besos. De esos que te dejan sin resuello. Tardo en reaccionar, pero, tras varios segundos, lo imito en el gesto y me cuelgo de su cuello. Después mataré a mi



mierda—de—amiga, haciéndole el harakiri. Alejandro me deja en el suelo, un poco mareada. Tiene ese golpe de efecto en mí. Es intenso, para lo bueno y para lo malo. Me acerco hacia donde se encuentran todos charlando distendidos. Les saludo uno a uno. Sofía me rodea la cintura con fuerza; Roberto me da dos besos y un pequeño abrazo; Clara me besa, me abraza y me da un par de vueltas.

—Yo también perdería la cabeza por él. Además de guapo, es muy agradable y simpático —susurra en mi oído, refiriéndose a Alejandro.

Le doy dos besos a Berta y un golpe en la espalda.

—Me has mentido —le reprocho, divertida.

—Sara me hizo jurar por el pene de Nacho Vidal que no diría nada — sí, es una frase típica de ella, pero estoy segura de que Berta ha cambiado pene por polla. O por rabo.

—Me alegra tenerte aquí.

No puedo evitar saludar a Álvaro. Le doy dos besos de cortesía y las gracias por venir. Una hora después, no me puedo creer que la noche vaya tan bien. Suena música de discoteca por los altavoces. Zara Larsson, Coldplay, Taylor Swift, Alessia Cara y The Weeknd, entre otros. Roberto no cruza una palabra con Alejandro, pero no puedo culparle, sólo agradecerle que haya aceptado venir. Me imagino que no es de su agrado estar aquí. Clara habla divertida con Berta, sentadas en el salón. Me apostaría el cuello a que le está contando batallitas de nuestra época de estudiantes. Sólo espero que, entre frase y frase, no se le escape el nombre de Álvaro, ya que formó parte de ella. De momento, no me pongo nerviosa. Nadie ha bebido tanto como para perder los papeles.

«Todavía».

Mi subconsciente no podía faltar a un evento tan especial. Ironizo. También cumple años, pero parece que lo hace de dos en dos y tiene sesenta. Es una vieja gruñona y corta rollos. Alejandro y Álvaro están de pie en la cocina con dos cervezas en las manos. Hablan sobre algo que los tiene muy ocupados. Ríen cómplices y yo me siento como una mierda. Llevo tanto tiempo pensando en mí, en lo que es mejor para mí, que no he caído en la cuenta de algo: son hermanos y no deseo separarles. Cabe la posibilidad de que, por mi culpa, puedan llegar a odiarse. Además de cobarde, me estoy comportando como una puta egoísta.

—¿No te lo pasas bien? —Sara llega a mi lado y me ofrece una copa de vino.

—¿Qué hace Álvaro aquí? —la cojo y la llevo a mis labios, mientras no dejo de mirarles.

—Lo siento. Ayer nos los encontramos en *Temaka* y Sofía le invitó. No pude decirle que no. No sabía cómo explicar que...

—Vale —la corto—. Lo pillo. Espero que controles la situación.

—No ocurrirá nada. Te lo prometo.

Diez minutos después, llaman a la puerta y una corte de cinco personas vestidas de camareros se dispersan por la cocina y el salón. La cena la servirá una empresa de catering a domicilio. La mejor, por supuesto. Cucharitas de cebiche de pescado, *bruschetta* de queso con higos, *bruschetta* de pimiento y queso *ricotta*, vasitos de ensalada *caprese*, mini quiche de champignono, mini pizzas de *prosciutto*, queso de cabra y cebolla caramelizada, bocadillos de melón y jamón serrano. Y de postre, fresas cubiertas de chocolate y crepes de *Nocilla* con nata. Alejandro se da cuenta de mi cara golosa y, desde lejos, me guiña un ojo cómplice, mientras gesticula con la boca: «Todo». Le sonrío y lo saboreo, mientras me mira feliz y complacido. Los simpáticos camareros recogen antes de marcharse, limpian tan a fondo que parece que no hubieran estado aquí. Voy al baño un momento y, cuando vuelvo, observo la situación. Todos parecen pasarlo bien. Sara sale de la cocina con una bandeja repleta de copas de champán y las reparte de uno en uno. Con unas espasmódicas señas, nos indica que nos acerquemos a ella, levanta la copa y comienza a hablar.

—Podría decir muchas cosas sobre esta gran mujer... que cada día me da las gracias por salvarle la vida. Lo que no sabe es que ella hizo exactamente lo mismo por mí. Nada sería igual si no la hubiera encontrado a ella. Es el eje de mi vida. Me centra y me estabiliza. Cuando no me encuentro, ella lo hace por mí. La quiero tanto que me la comería. Te mereces lo mejor. No te conformes con menos. ¡Feliz cumpleaños! —bebe y todos la imitamos, entre sonrisas. Me abraza y tira al suelo lo que ha quedado de líquido en mi copa. No me puedo creer que no haya incluido en el mini discurso ninguna de sus grandes frases donde el mensaje principal es que follemos o chupemos algún rabo. Se retira de mí y vuelve a levantar la copa en señal de brindis—. Y ahora, bebed hasta olvidaros de vuestro nombre y terminad la noche follando como conejos. Bukkakeeeeeee —grita.

Ya decía yo... Ese discurso tan cursi no le pegaba nada.

Todo el salón rompe en carcajadas y Alejandro me rodea por la espalda y me besa el cuello. Todo está bien. Todo está tranquilo.

«La calma que precede a la tempestad».

Y ahí está...

## CUMPLEAÑOS PARTE 4: TIC, TAC, TIC, TAC

¿Conocéis esa sensación de falsa calma? De sentir, aun sin entender por qué, que algo va mal. De saber que una bomba duerme paciente muy cerca de ti y que, sin estar activada, cualquier movimiento puede hacerla explotar. Esa sensación..., la misma que enrarece el ambiente, te produce ansiedad y te incomoda sin explicación. Me ocurrió cuando murieron mis padres. Me llevé todo el día sin poder respirar, pensando que algo no iba bien. Y no es porque parezca que algo puede pasar ahora. La noche transcurre sin incidentes y todos parecen pasarlo bien. En una esquina del salón, Berta y Álvaro hablan sobre arte. Sofía y Sara bailan, bastante desinhibidas, descalzas sobre la mullida alfombra, junto al sofá. Les he contado cuatro copas a cada una, no es que yo lleve muchas menos. Clara sale despavorida hacia el baño, diciéndole a estas dos que no aguanta más y chillando algo así como «me meo, me meo, me meo». Alejandro se perdió hace un rato en su despacho, después de disculparse y darme uno de sus besos. Le agradezco enormemente que nos haya acogido a todos en su casa. Algo me dice que nunca había dejado entrar a tanta gente aquí. Lo considera un santuario en el que esconderse y aislarse del mundanal ruido.

Me bebo el tercer gin-tonic que a estas horas agarro en la mano. Cambié el vino por algo más fuerte en cuanto recogieron la cena. Yo y todos. No soy la única inconsciente de la fiesta. Mal de muchos, consuelo de tontos. En esas estamos. Camino hasta la cocina a servirme el cuarto. Tal vez el alcohol calme mis nervios. Soy consciente de que no es la solución a mis problemas, mejor mantener el sentido intacto y en alerta por lo que pueda pasar. Cabeza fría. Berta me para justo antes de entrar. Se despide de mí con dos besos hasta el lunes y deja la fiesta a eso de las dos y media de la madrugada. La acompaño hasta el ascensor y vuelvo al ático de lujo sin

variar mi destino: un *peazo* de gin-tonic. Me encuentro a Roberto sacando hielo del congelador y echándolo en una cubitera de cristal con asa de metal. Nos miramos.

—Hola, caballero de hermosa armadura —llego hasta él y le doy un beso en la mejilla. Dejo mi copa al lado de la suya—. Un gin-tonic, por favor.

—Tu novio ya podría haber contratado a un par de camareros para que sirvieran las copas —dice sin bromear—. No creo que su desahogada economía se viera afectada por ello —vierte la ginebra en mi vaso después del hielo.

—No seas injusto con él, lo está haciendo muy bien —choco mi cadera contra la suya.

—Para mí tampoco está siendo fácil estar aquí como si nada.

—Lo sé. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Sigue sin gustarme.

—Pero me tiene que gustar a mí, ¿no? —trato de relajar el ambiente.

—Dani... —se toca la sien—. No digo que sea mala persona. Digo... Sólo... Sé que no es bueno para ti.

—Sé que piensas que no es buena persona.

—Te mintió, te utilizó. Tal vez tú estés dispuesta a olvidarlo, pero yo no puedo.

—Me quiere, Roberto. Lo que tenemos..., sé que es de verdad. Todos cometemos errores.

—Sólo quiero que seas feliz.

—Lo soy. Él hace que sea así.

Toma aire hasta llenar completamente los pulmones, lo expulsa lentamente y me mira.

—Está bien. Supongo que tengo que agradecerle que no te traslades a Barcelona —sonríe triste y espera a que yo diga algo, pero no lo hago. No me voy a trasladar de ciudad, ahora no. O sí. No lo sé. Es una buena oportunidad, tengo que barajar muy bien las opciones y pensar seriamente qué hacer. Barcelona no está tan lejos, menos de una hora en avión y poco más en tren. No seríamos los únicos en el mundo en mantener una relación a distancia. No puedo olvidar mi carrera profesional y renunciar a mis sueños como si nada —. ¡No me jodas! ¡Sigues pensando en dejarnos plantados!

—Aún no lo he decidido, pero... no voy a dejaros de ninguna forma. Es una buena oportunidad.

—¿Le has dicho a Sara que la dejas sola? ¿Se lo has dicho? —grita con

las manos levantadas.

—Quieres hacer el favor de escucharme...

—¿Qué tendrías que decirme? —pregunta mi amiga de pie, con los ojos vidriosos por el alcohol, bajo el vano de la puerta. Mierda. Mierda. Mil veces mierda.

—Díselo. Dile que te vas a vivir a la otra punta del país —lo asesino con la mirada.

—No te pongas tan melodramático. Marruecos pilla bastante lejos de aquí —digo un poco achispada.

—¿De qué coño estáis hablando? —deja su copa vacía sobre la encimera con demasiado ímpetu.

—Iba a decírtelo...

—Sí, justo antes de salir por la puerta arrastrando la maleta —corta Roberto.

—¿Quieres callarte de una vez? —digo demasiado alto—. Quería decírtelo, estaba buscando el momento correcto. Tal vez... —masajeo mi sien—. Me han ofrecido una buena oportunidad laboral en Barcelona. Estoy barajando las opciones...

—No hablas en serio —sus mejillas, antes sonrosadas, se tornan de un color blanquecino.

—Es un buen trabajo.

—Ya tienes un trabajo.

—Sabes que no puedo seguir en la galería.

—¡Pues busca otro!

—¡Eso hago!

—¡A quinientos jodidos kilómetros!

—Tengo que pensar en mí...

—Es lo único que haces —escupe, airada. Suspiro y trato de no tomarme en serio lo que acaba de decir. Todos hemos bebido demasiado.

—Escúchame. Barcelona no está tan lejos. Vendré de vez en cuando. Y tú también podrías ir. Piénsalo. No sería tan difícil.

No sé qué me duele más, si su semblante descorazonador, o el silencio que se apodera de la estancia. Espero que diga algo, pero no lo hace. Prefiero que me grite a esto. Es raro que mi alocada e impetuosa amiga no tenga nada más que decir. Roberto rompe el silencio. Y, a partir de aquí, todo cae en picado.

—¿Es por dinero? ¿Es eso?

—No te preocupes. Le han caído del cielo varios millones de euros —y lo dice con una inquina desmesurada.

Se me corta la respiración y las lágrimas comienzan a salir a borbotones. No me puedo creer lo que ha dicho ni cómo lo ha dicho. La sangre se me congela en las venas y una ira desconocida sube por mi estómago, pasa por la garganta hasta instalarse y arde en mi boca. Doy un paso hacia delante.

—¡Eres una jodida zorra! Dices que me quieres, pero no puedes alegrarte por mí cuando me pasa algo bueno. ¡Estoy harta! ¡Harta de ti y de tus inseguridades! ¡Que tú no tengas valor para arriesgarte y dejar la mierda de trabajo en la clínica no significa que yo no pueda hacerlo! No quiero ser como tú. No quiero levantarme el resto de mis días para hacer algo que no me llena, esconderme por miedo a fracasar, pensando qué podría haber pasado si le hubiera echado ovarios a la vida. ¡Huyes de todo! Has sacado a Joan de tu vida por miedo a que te haga daño, huyes de retos profesionales...

—Qué hipócrita eres. Cómo tienes la desfachatez de decirme eso. Puede que me falten ovarios para muchas cosas —grita de ira—, pero ¿sabes qué? ¡Yo no abandono a mis amigos! Tú eres la que tiene miedo. Te aterroriza pensar que lo de Alejandro pueda terminar mal y vuelvas a hundirte. Lo has dicho millones de veces. Prefieres nadar en una balsa de aceite que navegar en un mar de tempestades. Abre los ojos, Dani. Lo que vas a hacer es huir de él.

—Yo no huyo de nada. ¡Ya no!

—¡Claro que sí! Piensa cuál es la razón por la que lo haces.

—No sabes lo que dices —susurro, dolida.

—¡Me da igual! Haz con tu vida de mierda lo que te plazca. ¿Quieres irte a vivir a Barcelona? ¡Vete!

—Chicas, ¿podéis dejar de gritar? —Clara entra en la cocina—. Es el cumpleaños de Dani, no pelearos, por favor.

—Tu amiga—le dice Sara, mordaz—, ha decidido dejarlo todo y cambiar de ciudad.

—Ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

—Clara, la defensora de las causas perdidas —sonríe, sarcástica.

—¿De qué estáis hablando? —y ahí está. El tic, tac. La bomba a punto de estallar. Giro hacia ese rugido tosco y enfadado y le veo a él. Alejandro ha hecho la pregunta a todos, pero me mira a mí. Su cara es una mezcla de

enfado, desconcierto y confusión. Tiene la mandíbula apretada y los ojos achinados, perfilando el iris azul convertido en gris oscuro—. ¿De qué están hablando? —esta vez la pregunta la escupe de la boca convertida en fuego y el calor de las llamas llega hasta mí. Me quedo paralizada. No sería tan difícil decirle la verdad. Explicarle la propuesta, hacerle entender que tengo que pensar y meditar sobre ello. Trato de vocalizar. Le ordeno a mi cerebro que diga algo. No hace falta que sea inteligente e ingenioso. Sólo que emita sonidos y los convierta en palabras. No puede ser tan difícil, lo hace cada día.

—Tú novia se va a vivir a Barcelona —Sara se envalentona.

—¿Quieres dejar de comportarte como si tuvieras quince años? —le grito, apretando los puños.

—¿Crees que tú tienes muchos más?

—¡Parad! —interviene Clara. Nos quedamos en silencio y la tensión que inunda la estancia se vuelve todavía más espesa, casi irrespirable—. Salgamos de aquí —invita a todos a que nos dejen solos.

Me parece verles abandonar la cocina a cámara lenta. Me doy cuenta de que Álvaro está de pie junto a Sofía bajo el vano de la puerta. No puedo descifrar su mirada. Impertérrito. Desde luego, no expresa sorpresa. Él estaba al tanto del tema. Es más, intercedió por mí y me ayudó a conseguir el trabajo. Supongo que no hay que ser muy listo para saber que ni a mis amigos ni a mi novio le iba a hacer gracia que me trasladara a otra ciudad.

—Alejandro... —susurro cuando estamos solos. Doy un paso en su dirección y paro. Su mirada se clava en la mía como puñales en el pecho.

—Dime que no te has planteado siquiera la posibilidad. Ahora no.

—Es una oportunidad única...

—¿Cuándo cojones pensabas decírmelo?

Agacho la cabeza y busco en las baldosas del suelo como si se me hubiera perdido algo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Levanto la mirada, infundiéndome valor.

—Hace unas semanas. Fue en París. No estábamos juntos. Pensé que sería la mejor forma de alejarme de ti.

—Pero las cosas han cambiado y sigues queriéndote marchar —su voz es un alarido de dolor que sólo yo sé reconocer.

—Las condiciones laborales son inmejorables. Barcelona no está tan lejos. Podríamos vernos a menudo. Viajar forma parte de tu día a día.

—Dime qué te ofrece y multiplicaré la oferta por cien. Además, tú no



necesitas trabajar —escupe furioso.

—No se trata de dinero —y ahora mucho menos—. Se trata de mi vida, de mí, de lo que siempre quise ser. No puedes pedirme que renuncie a todo y abandone mis sueños por ti.

El color de sus ojos pasa ahora a un negro intenso, mezclado con el brillo del acero. Le escucho el rechinar de los dientes y, a continuación, su cara se convierte en una gran mueca de desconcierto y decepción.

—Sería demasiado. No soy lo suficiente importante como para anteponerme a un trabajo que, por otro lado, puedes encontrar aquí — responde sarcástico. Se detiene y veo en sus ojos que se arrepiente de lo que acaba de decir. Se revuelve el pelo, nervioso, y sigue—. Entiendo que quieras crecer profesionalmente y te admiro por ello, pero no concibo cómo siquiera te planteas sacarme de tu vida. Creía que lo nuestro era especial. Tú eres mi sueño. Tú eres mi lugar.

Rompo a llorar y me tapo la cara con las manos.

—Lo siento... Yo...

—No voy a intentar convencerte de nada —el tono de su voz cala en mi corazón—. Si estás conmigo es porque no concibes que sea de otra forma. Si no estás segura, prefiero que seas sincera —gira sobre sí mismo y camina hacia la puerta. Salgo corriendo, le agarro de un brazo y lo paro.

—No dudo de lo que siento por ti. Dudo de que lo nuestro pueda funcionar.

—Lo haría si los dos quisiéramos que fuera así, pero algo en ti no nos deja avanzar. Hasta que no decidas resolverlo, dudo que llegues a ser feliz algún día.

Dicho esto, tira de su brazo, sale de la cocina y me deja totalmente perdida y desorientada. Un llanto desgarrador sale de mi garganta y, avergonzada por todo lo que acaba de pasar, me siento sobre el suelo con la espalda apoyada en los cajones de la isla de la cocina. Me encojo y me agarro las manos, rodeando mis piernas.

Llorar. Eso es lo que hago durante más de media hora. Parece que todos han decidido darme espacio para pensar.

Pensar. Mi mente viaja por cada palabra, por cada momento, por cada

situación. Desgrana las conversaciones, buscando una respuesta. Una solución. Soy egoísta. Tengo miedo. Sara lleva razón y sólo estoy pensando en mí. ¿O no es así? Supongo que velar por mi felicidad no me convierte en una mala persona, pero ¿puede llevar razón y huyo por miedo a que Alejandro pueda destruir mi maltrecho corazón? Me cuesta creer que sea así. Alejarme de su voz, del tacto de sus manos y del efecto que su presencia tiene en mí no sería fácil. Renunciar a todo por miedo a que no pueda funcionar no dice nada bueno de mí, pero no es tan simple. Es terror, me perturba fracasar de nuevo. Caer en el abismo y ahogarme como ya hice una vez.

Desaparecer. Hace mucho que dejé de ser yo para ser más otra persona y casi desaparecí. Ahora, después de esta última semana, he tenido tiempo de darme cuenta de que Alejandro podría volver a hacer que eso ocurriera. Cuando me enteré de que me había utilizado para extorsionar a Fernando, me dolió, pero sé, y estoy segura de ello, que esta vez me sería mucho más difícil de superar. Estos días han sido demasiado intensos y profundos para los dos. Nos hemos dado cuenta de que el amor que nos profesamos podría hacernos tan felices como desgraciados.

Gestionar. Buscar una solución y resolver los problemas. Conseguir que nuestros sentimientos no acaben con nosotros, sino todo lo contrario. Adaptarlos y saber manejarlos.

Aprender. Entender que no dejas de crecer hasta que te mueres, aunque eso ocurra dentro de cincuenta años. Y que cada día es un nuevo reto, una oportunidad de hacer las cosas bien y cambiar lo que creas oportuno. Desechar lo que no te hace feliz y te resta. Aprender. Sujetarte sólo a lo que te suma y te hace más sabio.

Alejandro me ha enseñado muchas cosas durante todo este tiempo. A amar de una forma madura es una de ellas. Lo nuestro es pasional, sexo en estado puro, pero repleto de sabiduría y responsabilidad. Al menos, por su parte. Yo estoy perdida en una espiral de miedos inconfesables que, como dice él, no nos deja avanzar. ¿Es posible estar segura de donde quieres estar, pero equivocarte tanto que dejas de reconocer el lugar? Sigo llorando. Entre hipos y gemidos no escucho que alguien entra en la estancia y se sienta junto

a mí. Noto su calor a mi lado.

—Hola —le miro, limpiándome una lágrima—. Feliz cumpleaños —Álvaro sonríe, amable.

—Gracias —desconecto nuestras miradas y miro al suelo—, pero no está siendo un cumpleaños muy feliz que digamos.

—Vamos —me da un toque en el hombro con el suyo—, los has tenido peores. En este todavía no has pasado dos horas con la cabeza sobre la taza del váter —levanto la cabeza y sonrío ampliamente. Le imito en el gesto. Sé perfectamente a qué cumpleaños se refiere. El año que a Clara se le ocurrió celebrarlo probando diferentes tipos de comidas. «¡Tenemos que conocer mundo! Y como somos pobres y no podemos viajar —dijo, dramática—, lo haremos a través de la gastronomía. ¡El cumpleaños del mundo!». Dar la vuelta al mundo en pocas horas le sentó fatal a nuestro estómago. Tanto que estuvimos haciendo turnos para vomitar en el único baño de nuestro piso.

—Creí que no te habías dado cuenta —abro los ojos asombrada y divertida, sin perder el semblante triste de mi rostro. Parece que no disimulé muy bien esa noche.

—Por supuesto que sí, me tuvisteis una hora esperando en la puerta. Casi muero congelado, pero mereció la pena... Recuerdo muy bien lo que pasó después sobre el sofá...

Le lanzo una mirada de reproche.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. ¿Estás bien? —susurra con su brazo rozando el mío cambiando de tema. Niego con la cabeza.

—Soy imbécil. No hago nada a derechas.

—No seas tan dura contigo misma. Te encuentras en una posición difícil.

—Es culpa mía. Últimamente no me reconozco. Miento a todo el mundo y a muchos os hago cómplices de mis mentiras. Te agradezco que me ayudes a que Alejandro no se enterara de mi decisión en la reunión con Leonard —sonrío triste. No sé qué hubiera sido mejor.

—Si lo has decidido ya... Deberías ser sincera con él. Del todo —sé a qué se refiere con esto último.

—No sé cómo hacerlo. Ya has visto cómo se ha puesto con esto. Me aterroriza pensar cómo va a reaccionar si se entera de lo nuestro.

—Tendrá que entenderlo.

—¿Tú lo entenderías?

—A mí todavía me cuesta no morirme cuando os veo juntos —clava su

mirada en la mía y después la baja hasta mis labios.

—No empieces, por favor —murmuro, sin ningún tipo de acritud. No me quedan fuerzas ni ganas para discutir con otra persona.

—En realidad, no terminó, mis sentimientos por ti nunca desaparecieron. Y aunque entiendo que la jodí, dame tiempo para aprender a alejarme de ti —musita muy cerca de mis labios. Agacho la cabeza y me tapo la cara con el antebrazo. Después de un tiempo prudencial, la levanto.

—Son unos recuerdos maravillosos. Lo que tuvimos... Pero son sólo eso, recuerdos —Álvaro tuerce la boca en un gesto de dolor. Se impulsa, poniéndose de pie. De repente, lo noto muy nervioso. Me levanto y me pongo a su altura.

—Un recuerdo. Eso es lo que soy para ti... ¿Eso es lo que somos?

—Un recuerdo maravilloso, de esos que siempre se lleva en el corazón, pero nada más. Tú decidiste acabar con todo. Da igual la razón. Me apartaste de tu vida y elegiste por los dos. No preguntaste lo que yo quería. Me obligaste a buscar otro camino. He pasado tantos años perdida que creí que jamás lo encontraría, pero ahora... Por fin sé dónde quiero estar.

—Si estuviera seguro de eso, te dejaría. Me apartaría y no volverías a verme. Sólo quiero que seas feliz. Daría mi vida por ti.

—¿Y por qué estás haciendo esto? ¿Qué haces aquí? —pregunto, levantando el tono de voz. Sabe que no sólo me refiero a que no debería haber venido a mi cumpleaños. Mi pregunta es mucho más profunda. ¿Por qué ha vuelto a mi vida?

—Porque tú eres lo que quiero. Tú. ¡Siempre has sido tú!

—Estás siendo bastante egoísta —contesto cada vez más enfadada—. Crees que puedes desaparecer de mi vida y volver a ella cuando te dé la gana. Podías haberme elegido cuando las cosas se pusieron feas, pero no. ¡Decidiste salir corriendo y dejarme sola! No me mientas, por favor. No podría volver a soportarlo.

—No te miento. Me fui para salvarte, si no volví fue porque no tuve otra opción.

—Gracias por pensar en mí —respondo sardónica—. Y acertaste, me salvaste de ti. He tardado años en darme cuenta, pero, por fin, lo he visto claro. No eres lo que deseo, no eres el hombre de mi vida.

Le hago daño con mis últimas palabras. Dichas con esa intención.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Estás segura? —vuelve a acercarse

peligrosamente a mí—. ¿Qué pediste, Dani?

En un primer momento no entiendo qué quiere decir. Le miro confundida y desorientada.

—¿Cuál fue tu deseo?

Instantes después, un tropel de recuerdos se apoderan de cada rincón de mi mente. Los muebles de la cocina, las sillas, las paredes... todo se vuelve borroso hasta que el piso desaparece y viajo ocho años atrás.

*"De repente, estamos en la azotea de su edificio. Abrazados, tumbados sobre varias mantas en el suelo y mirando al cielo, ilusionados.*

*—Mira, Dani. Piensa un deseo —señala al universo.*

*Cierro los ojos y sonrío. La mayor lluvia de estrellas del siglo está a punto de caer sobre nosotros.*

*—¡Ya! —los abro, sonriendo.*

*—Tienes mucha suerte. Espero que hayas aprovechado tu deseo. La ciencia dice que si consigues pedirlo con la primera estrella que cae, se cumplirá sin ningún tipo de dudas —río y lo miro fascinada—. No me mires así, está científicamente demostrado. Te lo prometo. ¿Qué? ¿No me crees?"*

—¿Cuál fue tu deseo? —vuelve a preguntar, trayéndome, de repente, al presente. Él. Mi deseo fue él. Era él. En mayúsculas, en grande. Para siempre. Esa noche me di cuenta de lo mucho que le quería. Recuerdo que pensé que no podría amar a nadie así. Con esa fuerza que lo arrasa todo. Con cada estrella que cayó, pedí una y otra vez que pasáramos el resto de la vida juntos.

—Álvaro... —suplico. No estoy muy segura de qué.

—Te quiero. Siempre serás tú, nunca habrá ninguna más.

—Yo también te quiero —digo, mientras las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas a borbotones. No miento cuando lo digo, pero me he dado cuenta de que es un amor de juventud, de los que te calan hondo y nunca te abandonan. De los que guardas en el corazón con cariño, pero nada más. Fue mi primer amor y lo recordaré como tal. Sin embargo, el amor de mi vida, ese que es para siempre e inmortal, tiene otro nombre.

Camina, acortando la poca distancia que nos separa, me rodea la cintura con los brazos, me pega a él y noto el calor de su aliento sobre mis labios.

—Yo también pedí un deseo —susurra—. Que fueras feliz. Si es él

quien puede conseguirlo..., tendré que aprender a dejarte ir.

Busca con su boca la mía. Unimos los labios en un beso suave, tranquilo, nada desesperado. Nos estamos despidiendo. Nos decimos adiós de la mejor manera que sabemos. Con amor. Recordando lo que una vez significamos el uno para el otro, pero que, por azares del destino, se estropeó. Aceptando que, aun sin dejar de querernos, la vida nos tiene preparados otros derroteros. Y que, si sabemos reconducir nuestra relación actual a una que no nos haga daño a ninguno de los dos, podremos conseguir ser amigos algún día.

La presencia de Alejandro es como un huracán que arrasa todo a su paso. Da igual que sea en una reunión informal, una junta de esas en las que consigue que grandes ejecutivos encorsetados se meen encima, o saliendo del baño con sólo unos bóxers cubriendo su maravilloso y trabajado cuerpo. No importa donde se encuentre. Su presencia se hace notar y no es cosa mía, aunque todo mi ser sea más receptivo y reaccione antes a todo lo que le concierne a él que el resto del mundo. Por eso jamás entenderé cómo no lo sentí llegar. Cómo no me percaté de que entraba en la cocina mientras Álvaro y yo nos despedíamos y dejábamos marchar un sentimiento que había sido sólo nuestro durante demasiados años.

El tic, tac de la bomba deja de sonar y ahora sí que explota volándolo todo en mil pedazos. Todo. Incluso mi corazón.

—Qué cojones... —gruñe en un alarido de dolor. Se mueve rápido. No consigo reaccionar. Agarra a Álvaro del cuello, lo aparta de mí y lo levanta como si no pesara nada. Me asusto y me quedo paralizada—. ¿Qué mierda hacéis? —grita—. ¿Me puedes explicar qué haces besando a mi mujer? —lo zarandea mientras el otro se deja hacer sin defenderse y sé exactamente por qué no lo hace. Me siento como él. La culpabilidad me aplasta el pecho.

Alejandro lo tira hacia atrás y le da un puñetazo. Álvaro gira la cara y se lleva las manos a la nariz. Está sangrando. Vuelve a acercarse a él y le golpea, esta vez en el estómago. El otro se retuerce de dolor y, tras llenar los pulmones de aire y coger fuerzas, se abalanza sobre Alejandro, tirándolo contra la pared. El sonido de la espalda de éste chocando contra las baldosas me hace reaccionar. Las lágrimas salen a borbotones de mis ojos, rodando por mis mejillas de manera descontrolada. No puedo respirar. Grito

despavorida pidiendo ayuda, mientras los dos hermanos siguen engarzados en la pelea.

—¡Roberto! ¡Sara! ¡Ayudadme! —consigo decir entre hipos y gemidos—. Parad, por favor —suplico a los dos.

Álvaro agarra a su hermano por la cintura y lo empuja hasta el otro lado de donde estamos, empotrándolo contra un mueble de cristal que estalla en pedazos. Alejandro se recompone y reacciona dándole otro puñetazo, esta vez en el costado.

Sara es la primera en llegar, acompañada de Sofía. Cruzan la puerta y paran en medio de la cocina. Me miran desconcertadas. Roberto entra a grandes zancadas y se cuela entre ellas. Sin pensarlo dos veces, trata de agarrar a Alejandro por los hombros para separarle, pero éste, con una maniobra ágil, se lo quita de encima. Clara aparece con la misma cara de susto que tienen todos y va hasta Álvaro. Lo agarra de la cintura y trata de apartarlo. Sofía y Sara la ayudan y, a duras penas, consiguen aguantarlo, mientras Roberto coge a Alejandro del cuello.

—Eres un "mierdas" —sisea Alex a dos palmos de la cara de su hermano pequeño—. Lo has buscado desde el principio. Sospechaba lo que intentabas cuando te la llevaste a París, pero me negaba a aceptarlo. Eres mi hermano. ¡Joder!

—¿La quieres? Pues lucha por ella. Tú no eres diferente a mí —grita Álvaro, mientras la sangre le gotea por la barbilla.

—Yo jamás te haría esto. ¡Siempre he cuidado de ti!

Álvaro tira de su brazo y se libera. Da un paso al frente, pero, antes de llegar hasta Alejandro, se contiene, se da la vuelta y sale de la cocina sin decir nada. Escuchamos la puerta de salida del ático cerrarse de un fuerte golpe unos segundos después. Roberto suelta a mi dios convertido en hombre y éste se incorpora completamente, recuperando su metro noventa de estatura. Observo su pecho agitarse bajo la camiseta y las gotas de sangre salpicadas por toda la ropa. Le miro a los ojos y me encuentro con una oscuridad infinita, sin final. Es como el universo. Un desierto de estrellas que jamás se encontrarán. Trato de buscar con mi mirada la suya, pero no encuentro nada al otro lado, sólo odio, dolor y, lo que más me desgarró el alma, decepción. Desconecta nuestras miradas y sale de la habitación.

—Marchaos —dice sin ningún tipo de entonación, mientras desaparece de nuestra vista.

Me agarro a la encimera justo antes de caer. La cabeza me da vueltas y casi no distingo a un metro de mí por las lágrimas acumuladas en los ojos. Sara y Sofía salen de la cocina y Roberto llega hasta mí. Me agarra de las muñecas y me pone frente a él.

—Vámonos a casa.

—Idos sin mí. Necesito hablar con él.

—No es buena idea, Dani.

—Marchaos —me suelto y seco las lágrimas con el dorso de las manos. Mi amigo se lo piensa el tiempo justo para darse cuenta de que no me iré, diga lo que diga, no lo haré. Se frota la frente, resopla y vuelve a mirarme.

—Llámame si necesitas que te recoja.

Asiento con la cabeza y le doy un beso en la mejilla. Vuelve a decirme que lo llame, justo antes de despedirse de mí con un abrazo y devolverme el cariñoso beso.

Me quedo sola en la moderna cocina y escucho a mis amigos abandonando la casa, dejándonos a Alejandro y a mí completamente solos en el gran ático. Respiro hondo y cierro los ojos.

No es la primera vez que los veo en esta situación, ya viví algo parecido con ellos en la terraza del Museo del Louvre en París, y digo parecido porque lo que ha ocurrido hace un momento es mucho más intenso y dañino. Ver la cara de odio con la que se miraban y comprender que yo soy la culpable de todo, me hace ver la realidad de pronto con una inusual nitidez. Tengo que dejar de llorar y pensar en desaparecer. Gestionar lo que venga a partir de ahora de la mejor forma que sepa y aprender a vivir sola, lejos de los dos. Porque a veces lo que queremos no es lo que nos conviene y aferrarnos a algo por la sola razón del miedo a lo desconocido es una enorme equivocación. Estoy segura de dónde quiero estar. No es esa la cuestión ni lo que provoca que ahora me esté diluyendo entre las sombras. Lo es el que él no me sienta ya como su hogar y, tal y como me ha mirado hace sólo un momento, yo sí que he dejado de ser su lugar.



El lugar.

Y... desaparecí.

## Epílogo

Siempre me he creído un hombre seguro de mí mismo, que sabe lo que quiere y va a por ello. Sin dudas y sin importar lo que cueste o a quien me lleve por delante. Toda decisión que tomamos tiene consecuencias, las acepto como daños colaterales y necesarios y no le doy demasiadas vueltas. Siempre he sido así, no sabría especificar en qué momento me convertí en lo que soy ahora, o si alguna vez he llegado a ser de otra manera.

No conservo muchos recuerdos de mi padre, yo era muy pequeño cuando murió, pero la imagen que guardo de él en mi mente es sentado junto a mí en la alfombra, jugando a un juego infantil que se basa en introducir piezas con formas diferentes por sus respectivos agujeros. No es un recuerdo muy nítido. Tal vez sólo sea una imagen creada por lo que mi madre me ha contado durante años, ya que las personas carecen de reminiscencias de los primeros años de vida. O eso dicen. El momento en el que la mente es capaz de fijar recuerdos y recordarlos con posteridad no deja de ser una incógnita y puede variar de una persona a otra. Yo no debía de tener más de dos años cuando esto ocurrió, una edad sin duda prematura para el recuerdo, así que no sabría decir si es real o ficticio. Sea lo que sea, estoy seguro de que ocurrió. Y no es la imagen en sí lo que ha influido en mi personalidad al crecer, lo es la

manera en que mi madre me decía que había que ser perseverante. Que todo lo que merece la pena cuesta horrores conseguirlo. Y nunca le he dado demasiada importancia hasta ahora. La constancia me ha acompañado siempre, como una conducta aprendida. Jamás me he parado a pensar por qué soy así y no de otra manera. Mi padre no se levantó del suelo hasta que terminé de encajar todas las piezas en su sitio. No recuerdo qué me dijo en ese momento, ni siquiera recuerdo su voz si no es a través de unos altavoces en alguna cinta de vídeo antigua, pero ese momento concreto ha influido en todos los demás, ayudándome a no cesar en mis intentos por conseguir lo que siempre he deseado, a no darme por vencido y luchar. Pelear con uñas y dientes hasta el final, hasta ganar.

Por eso, cuando la vi por primera vez, no tuve duda de que sería mía, de que un día, tarde o temprano, la tendría. No me siento orgulloso de cómo lo hice ni de las herramientas que utilicé para tenerla a mi lado, sin embargo, no sé hacer las cosas de otra manera y no me arrepiento de ello. No soy de grandes palabras ni gestos de película. Y, por supuesto, no pienso en las consecuencias, como ya he dicho. Visualizo lo que quiero y voy a por ello. Equivocándome en las formas muchas de las veces, pero jamás me había importado el daño causado... hasta ahora.

Los negocios son negocios y, aunque el dinero no es lo único que me importa, sería engañarme si dijera que me he convertido en el CEO que soy pujando a la baja y buscando ayudar al prójimo. Durante los primeros años en este mundo, sólo quería multiplicar lo que tenía y seguir creciendo, y estas intenciones no cambian ahora, pero sé diferenciar el valor del dinero con el valor de todo lo demás. *CIRP* era una empresa importante en el sector de las telecomunicaciones y si quería acabar con la competencia, tenía que hacerme dueño de ella. Sin embargo, Fernando Sánchez no estaba dispuesto a deshacerse de su "niña pequeña" tan fácilmente. Después de intentarlo de todas las maneras posibles, negociar durante más de dos meses y ofrecerle más dinero de lo que valía, me vi obligado a utilizar técnicas muy poco ortodoxas para algunos y muy rastreras para otros. Sea como sea, no puedo decir que me sienta satisfecho con las decisiones que tomé y cómo actué para, como me habían enseñado, conseguir lo que deseaba.

Fui al club *Adara* esa noche buscando a Daniel Sánchez Duarte, hermana pequeña de Fernando Sánchez Duarte. Un metro setenta, ojos claros, de complexión delgada, pelo castaño y veintinueve años. Soltera, sin hijos y

nunca había estado casada. Licenciada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, Máster en Arte, Museos y Gestión del Patrimonio Histórico y directora de la galería que, casualmente, mi hermano había adquirido en una compraventa un tanto turbulenta seis meses antes. Y conozco en qué se convirtió negociar las condiciones porque fue *MKD* quien se hizo cargo de todo. Álvaro nunca se interesó por la compra ni por la empresa en sí. Hasta ese momento ni siquiera había aparecido por la galería a conocer a sus trabajadores, a los que contrató mediante una empresa externa. Me hice con todo el edificio. Así fue como conseguí cerrar aquel trato. Mi hermano la quería y yo se la di. Así había sido siempre. Recuerdo una vez, hace más de veinticinco años, que, una tarde, el balón se le coló en la casa de nuestros vecinos y éstos no estaban para devolvérselo. Cuando le encontré, lloraba desde hacía más de media hora. No tuve dudas al respecto, salté la valla y me jugué la vida con el único propósito de que a mi hermano pequeño le desapareciera el sofocón. No aguantaba verle llorar. Dos perros negros, que sabía que tenían, corrieron detrás de mí como si fuera una salchicha de metro y medio de largo y cuarenta kilos de peso. No me importó. Mi hermano pequeño siempre ha sido lo más importante para mí, junto con Noelia, a la que cada día echo de menos.

No me fue fácil volver al club. Lo mantengo por motivos sentimentales y fueron tantos los momentos vividos al lado de Néstor allí que me es muy difícil pasar tiempo en ese lugar. La busqué entre la multitud. *Adara*, como siempre, tenía el aforo completo y no me fue fácil encontrarla entre los cientos de cuerpos en movimiento al compás de la música. Las luces iban y venían y cambiaban de color constantemente. Sin embargo, algo llamó mi atención, no sabría explicar el qué. Tal vez fue su sonrisa, el sensual movimiento de sus caderas, la luz que desprendía... Su desinhibición. Me acerqué a ella como las abejas a la miel. Sin pensarlo. Bajé las escaleras con una sola idea en la cabeza: hacer mi trabajo, que nos vieran juntos y tener material con el que presionar a Fernando Sánchez, pero cuando la tuve delante... una presión desconocida se instaló en mi pecho y un cosquilleo subió del estómago hasta la garganta sin dejarme respirar. Fue su olor... Ahora lo sé. Conectó directamente con todas mis células activándolas como si fueran un reactor nuclear a punto de explotar. Durante días, estuve tratando de convencerme de que sólo era algo que tenía que hacer. Que estar con ella era más una obligación que un placer y que lo que me hacía sentir no era real. Después, cuando me di cuenta de que intentar controlar los sentimientos que

me creaba no era suficiente para no querer hacerla mía, me alejé de ella, tratando de arreglar la situación. Pretendí, y no es por defenderme ni dirigir hacia otro la culpabilidad que me sigue pesando a día de hoy, convencer al resto de los implicados de que no quería seguir con el plan, pero sólo yo soy responsable de lo que pasó, ya que, al fin y al cabo, ellos sólo cumplen las órdenes que yo les doy. Podía haber terminado con todo, pero no lo hice. El deseo de estar a su lado y tenerla cerca pudo con todo lo demás.

Recuerdo la desesperación que sentí al leer la nota que dejó sobre la encimera de la cocina hace unas semanas. Iba a reunirse con su hermano para comer. Fue la primera vez que sentí que el corazón se me quebraba, pude percibirlo expandiéndose dentro de mi pecho, reflejándose en una punzada de dolor. Llamé a Marcus, culpándole de la situación. Era responsabilidad suya tenerla vigilada, en la sombra, en todo momento. Marcus es una de esas personas que hacen las cosas bien, sin errores, sin equivocaciones. Mi persona de confianza, a la que le puedes pedir cualquier cosa y confiar ciegamente en que lo hará de una forma u otra y sin fallar. Por eso no entendí qué es lo que había ocurrido. No lo pensé y fui tras ella. De nada sirvió, Fernando le habló sobre quién soy realmente. Una persona sin escrúpulos, alguien que no merece tenerla de ninguna manera. Como siempre me habían enseñado, traté de recuperarla. Esperé, desesperado, junto a su edificio a que llegara y, como imaginaba, no quiso saber nada de mí. Me emborraché. No soy una persona de esas que beben hasta perder el sentido, pero me sentía tan perdido que no sabía qué otra cosa hacer. Cuando vino a recoger sus cosas y tuve que volver a verla marchar, el corazón volvió a resquebrajarse un poco más y otra punzada me cruzó el pecho. Perdí el sentido, rompí todo lo que tenía a mano y convertí mi casa en un desguace destartado. Hice añicos todo lo que encontré a mi paso. Me despertó la visita de Álvaro, el domingo por la noche. Aún no entiendo cómo entró en el que, se supone, es el edificio más seguro de toda la ciudad.

—Tenemos que hablar —dijo. Y su tono, tratando de sonar seguro, no lo fue. Le conozco. Otras personas no podrían diferenciar el casi imperceptible temblor en sus cuerdas vocales y en su labio inferior. Nadie que no fuera yo lo vería. Le miré, saqué la cabeza de entre mis manos y la levanté en su dirección. Un inmenso dolor me cruzó la sien y tuve que volver a aguantarla. No logro recordar cuántas botellas de burbon me bebí.

—No es un buen momento —conseguí decir con la boca pastosa y

bastante mareado. Creo que no se podría llamar resaca porque, en realidad, bastante alcohol corría aún por mis venas.

—Supongo que no... Has sobrevivido a un huracán —comentó, refiriéndose al campo de batalla en el que había convertido el salón de mi casa.

—Te agradecería que me dejaras solo —pedí de no muy buenas maneras. Me dolía la cabeza y no tenía ganas de pensar. Sólo de volver a emborracharme.

—¿Es por ella? ¿Qué ha pasado?

—Lo que tenía que pasar —contesté por inercia. Es fácil hablar con él, siempre lo he hecho. Sin embargo, mis ganas de olvidarlo todo preferían que me callara y lo dejara pasar.

—¿Cómo se ha enterado?

—Fernando se lo dijo. No entiendo cómo pensé que esto podía salir bien —tomé impulso y me levanté. Me agarré a la mesa tratando de no caerme al suelo. Mi cuerpo se tambaleaba de un lado a otro y el suelo se movía bajo mis pies. Fui al mueble trastabillando y lo abrí, cogiendo a tientas otra botella de burbon. La abrí, tiré el tapón al suelo y me la llevé a la boca.

—Beber no solucionará nada —hice caso omiso a lo que dijo y le di un trago largo.

—Gracias por la información —bebí otra vez—. ¿Qué quieres?

Percibí que dudaba. Conozco esa cara. De no saber qué hacer. La primera vez que la vi fue cuando, con su inseparable balón de fútbol, partió un jarrón del salón que, según mi madre, debía costar lo que costaría el sol si estuviera a la venta. Una barbaridad. Mamá le preguntó si había sido él y fui testigo de cómo se debatía entre decir la verdad y soportar las consecuencias que su acción iba a conllevar, o mentir y salir indemne de la situación. Optó por decir la verdad y estuvo un mes castigado sin salir a la calle después del colegio. Esa cara tenía, de pie en mi salón, entre muebles y cuadros rotos. Se debatía entre decir la verdad o esconderse tras ella.

—Mañana vuelvo a París.

—Eso no es ninguna novedad.

—Daniel se viene conmigo.

La noticia tuvo un golpe de efecto sobre mí. No sabía por qué, pero algo me decía que no sólo se alejaba físicamente de mí. Ayudaría también a que fuera de otra manera. Cogí la botella que tenía en la mano y la estampé contra la pared. Los cristales saltaron disparados en todas direcciones y el

líquido ambarino se derramó lentamente hasta llegar al suelo. Un fuerte olor a alcohol llenó la habitación. No fue que se la llevara a París, no fue cómo lo dijo, fue que no se inmutara ante mi violenta reacción lo que hizo que saltaran todas mis alarmas y me pusiera en estado de alerta.

—¿Por qué?

—No sé a qué te refieres. Trabaja para mí.

Y llevaba razón. No tenía por qué dudar de sus intenciones. Además, es mi hermano y pondría mi vida en sus manos sin pensarlo. Sé que el cuidaría de mi bienestar como yo he cuidado del suyo siempre. Sin embargo, el ardor en mi garganta no me dejaba respirar. Fui a la cocina y me bebí, de un trago, una botella de agua fría. Álvaro me siguió hasta allí.

—Os llevaréis mi avión.

—Tenemos dos billetes en vuelo comercial.

—El jet estará preparado a primera hora. Si le pasa algo... —y no tuve que especificar que no me estaba refiriendo al avión—, no vuelvas a Madrid.

Me metí en el dormitorio de invitados y cerré la puerta. Supongo que Álvaro abandonó el piso poco después. No salí a comprobarlo. Tampoco dormí demasiado aquella noche. Ni ésta ni las siguientes. Algo no me cuadraba. Ahora, viéndolo todo desde otra perspectiva, ampliando el campo de visión y teniendo todos los datos, no entiendo cómo no me di cuenta de lo que pasaba. Las pistas eran como migas de pan que te llevan a la casita de chocolate. El amor atonta y te embelesa. No encuentro ninguna otra explicación razonable para no atar cabos desde el primer momento. Los vi en París, vi cómo la miraba en la fiesta del Museo del Louvre. Me di cuenta de cómo la trataba. Le importaba demasiado y la pelea en la terraza esa noche me demostró que para él no era una trabajadora más. Llegué a pensar que, tal vez, le gustaba, pero hasta me sentí mal por cavilar aquello, por barajar la posibilidad de que mi hermano se pudiera interponer entre ella y yo. Ahora me he dado cuenta de quién es verdaderamente el intruso.

Cuando Sara me llamó para celebrar el cumpleaños de Dani, ofrecí mi casa de corazón. Quería acercarme a ella, conocer a sus amigos y tratar de que ellos me conocieran a mí. Sería una buena forma de pedir perdón y de que me dieran otra oportunidad. Sabía a ciencia cierta que no era de la devoción de ninguno de ellos. Y no dudo de que lleven razón. La cagué de manera desproporcionada. La noche comenzó mejor de lo que esperaba. Me sentía bastante incómodo con tanta gente desconocida en casa, pero eran

parte de Dani y yo quería que me aceptaran en su círculo y entrar en la pequeña familia que conformaban. Me ilusioné como un quinceañero preparando la sorpresa. Quería que fuera especial, que recordara aquel día.

Enterarme de que estudiaba la posibilidad de mudarse a Barcelona no me sentó nada bien, hacerlo a través de otra persona acrecentó mi cabreo. Ella siempre pide sinceridad y no demostró tenerla conmigo. Me cabreé. Tal vez mi reacción fue desmesurada. Le grité, le dije cosas que no sentía. No lo recuerdo muy bien porque mi estado de ansiedad me enervó hasta límites exagerados. Creo que fue algo así como que no la quería a mi lado si ella no estaba dispuesta a querer estar. Sé que puede sonar mal esto que voy a decir, pero sería capaz de atarla a la cama para mantenerla junto a mí.

Me fui enfadado y me encerré en el despacho, esperando a que la fiesta llegara a su fin y todo el mundo se marchara. Para mí había terminado. Estaba muy cabreado. No concebía que Dani se alejara de mí. Si quieres a alguien, deseas estar a su lado. Así creía que había sido siempre. Después de una hora meditando sobre la situación, me di cuenta de que había sido irracional y que me había dejado llevar por mis impulsos más primitivos. Yo te quiero. Soy tu dueño. Mío. Aquí. Conmigo. Ahora. Totalmente desmedido y cromañón. Me había comportado como un imbécil, un auténtico gilipollas que, si no cambiaba su forma de ser, perdería a la mujer de su vida, tarde o temprano. Ella, siempre independiente, tal vez necesitaba un espacio que yo había acaparado demasiado pronto y por completo.

Salí del despacho con una idea clara: conseguir que me perdonara y buscar una solución que nos llenara a los dos, pero que terminara con nosotros juntos, al fin y al cabo. No vi a nadie en el salón. Seguí el ruido del murmullo hasta la terraza y los encontré a todos, menos a Álvaro y a Dani, dándole caladas a un cigarrillo. Les dejé sin decir nada y caminé hasta la cocina. Lo que vi cuando entré... No sé cómo explicarlo. Fue como si la tierra se hundiera bajo mis pies. Sólo lo había sentido una vez, seis años atrás. Estaba estudiando un Máster en Australia y me llamaron para darme la peor noticia posible: mi madre acababa de morir. Al principio, me costó entenderlo. No estaba enferma, se encontraba bien. Me destrozó del todo darme cuenta de que no había perdido la vida en un accidente. No. Ella había decidido dejarnos huérfanos a todos. Ella tomó la decisión, no fue el destino el que nos la arrebató. Ese día lloré como no recordaba. De la muerte de mi



padre casi no tenía recuerdos, era tan pequeño que no entendí lo que significaba perder a alguien para siempre hasta mucho después. Llegué justo a la hora del funeral, tuve que viajar desde la otra punta del mundo para despedirme de ella. Las horas en el avión fueron las más largas y duras de mi vida. Traté de recomponerme y cuidar de mis hermanos. Sólo me permití llorar en el funeral. La tierra hundiéndose bajo mis pies y el corazón partiéndose en mi pecho de una manera física. Eso sentí en el momento en que vi a mi hermano y a mi novia besándose de pie en mi cocina.

—Qué cojones... —conseguí decir y no me encontré en la voz. Intenté contar hasta diez y no perder los nervios, pero de nada sirvieron las veces que me repetí que habría una explicación, sobre todo porque sabía que no la había. Al menos, no una en la que ganáramos los tres. Le agarré del cuello, lo zarandeé—. ¿Qué mierda hacéis? ¿Me puedes explicar qué haces besando a mi mujer? —me volví loco. Álvaro no hacía nada por defenderse y yo sólo tenía ganas de matarle. Le di un puñetazo y casi le rompí la nariz. Mi hermano reaccionó después de algunos golpes. Dani pidió ayuda a gritos y, entre todos, lograron separarnos.

Los eché de casa de muy malas maneras. Perdí el juicio, me asusté, me descolocó no reconocer las sensaciones que experimentaba. Muchas sensaciones y ninguna buena. Desesperación. Locura. Enfado. Estaba molesto. Indignado. Colérico. Iracundo. Me miré las manos cuando llegué de nuevo a mi despacho y casi no era capaz de contar los diez dedos. Los nudillos de la mano derecha teñidos de sangre y el corazón latiendo fuera del pecho, desbocado. Me acerqué a mi robusta mesa y, embravecido, tiré todo lo que había sobre ella. No sé cuánto tiempo estuve solo en aquella habitación tratando de no perder del todo los nervios y matar a mi hermano. En la pelea dijo algo así como que yo no era diferente a él. Claro que lo era. Jamás podría hacerle una cosa así.

—Alejandro... —su voz sólo consiguió que todas las heridas se hicieran más grandes. Desangrándome por dentro. Ni siquiera me giré para mirarla a la cara. No podía—. ¿Estás... bien? —apreté los puños. No quería que me viera llorar, sin embargo, era de lo único que tenía ganas—. Yo no... —la escuché sollozar—. Necesito que me entiendas.

—Ahórrate los «no es lo que parecía» —escupí desde mis entrañas.

—Mírame, por favor —hice acopio de todas mis fuerzas y giré mi cuerpo, poniéndome frente a ella—. No quiero mentirte más. Es exactamente

lo que parecía, pero no es tan simple...

—¡Os estabais besando en mi puta casa! —vociferé, encolerizado—. ¡En mi jodida cocina! ¡Yo creo que es más simple de lo que quieras hacerme creer! —me arrepentí de gritarle así nada más terminar de hablar. Estoy seguro de que la asusté, pero el torbellino de sensaciones no me dejaba pensar más allá de lo que tenía que hacer para no cometer una locura. Respirar y poco más.

—Álvaro y yo nos conocemos desde hace casi diez años. Él es el hombre del que te he hablado alguna vez. El que me abandonó...

—Tú... —todo encajó de repente. Las piezas del puzle se movieron solas por mi cabeza, buscando cada lugar. Todas las situaciones, los pequeños gestos, las miradas... Todo me había dado pistas suficientes para averiguarlo por mí mismo, pero yo no había querido verlo. Era ella. La chica de la que Álvaro se enamoró en la universidad y que nunca había conseguido olvidar. Bellas Artes. Los dos la estudiaron en la misma promoción. No era tan difícil pensar que se pudieran conocer. Ciego, había estado completamente ciego. Tan preocupado pensando que Dani pudiera descubrir mi engaño como lo hizo, tan distraído tratando de recuperarla, que no había visto lo que tenía delante de mis propios ojos. Delante de mí. En colores vivos, sombreado y con luces de neón. Dani era ella. La chica que Álvaro abandonó por miedo a hacerle daño, por miedo a que tuviera el mismo final que nuestra madre. Ella era la razón por la que volvía cada poco tiempo a Madrid. Yo sabía que seguía preocupándose por ella, pero esto... No sé por qué nunca me dijo de quién se trataba. Le dolía tanto hablar del tema que dejó de decir su nombre antes, incluso, de dejarla. Yo nunca lo había escuchado y no lo había preguntado. Nombrarla le dolía, hablar sobre los días de universidad se convirtió en un calvario, así que silenció su nombre y acalló los recuerdos.

—Cuando volvió a mi vida, nosotros ya nos habíamos conocido. Me había enamorado de ti.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería... pero no encontraba el momento. Cada vez que lo intentaba, ocurría algo entre nosotros y lo posponía.

—Has tenido muchas oportunidades. Yo he sido sincero contigo. Te he abierto mi corazón. No me hagas creer que quisiste, pero no pudiste —apreté los puños junto a mis costados.

—Nunca he querido engañarte. Me daba miedo tu reacción.

—¿Ha ocurrido algo más entre vosotros? —no necesité que contestara para confirmarlo. Su cara me lo dijo todo—. ¡Vete! —un huracán se estaba formando dentro de mí. Apreté la mandíbula para no seguir gritando—. Vete.

—Alejandro, por favor. Hablemos. Te quiero. Esto no cambia nada... Sólo... Amé a Álvaro durante mucho tiempo. Necesitaba despedirme de él.

—Te has acostado con él... —y sentí cada palabra. Fue un alarido de dolor—. ¡Vete, joder! —grité, desesperado.

—Lo siento. Tienes que perdonarme. Mírame. Sin ti estoy perdida. No sabría qué hacer. Déjame contártelo todo. Tú eres mi hogar. Mi lugar.

Las últimas frases las sentí como caminar sobre afilados cristales.

—¿Perdida? ¿Tú? Ahora mismo logro recordar quién soy a duras penas. Me has fallado, me has faltado... No te reconozco. No eres quien imaginé.

—Sigo siendo yo. La que se enamoró de ti la primera vez que te vio, la que sonrío cuando la abrazas de madrugada, la que se vuelve loca con tu sabor, la que sueña con tus besos aun estando despierta, la que se siente protegida a tu lado.

Puede que no estuviera siendo racional. Puede que me equivocara una vez más, pero sus palabras se clavaban en mi corazón como espinas. Soy un hombre posesivo. No me enorgullezco de ello, pero es así. Verla besando a Álvaro... Necesitaba tiempo, necesitaba pensar. No sé cuánto tiempo necesitaré para borrar esa imagen de mi cabeza. Se había acostado con él.

—No estás siendo justo conmigo ni con lo nuestro —siguió—. Merezco tu perdón. Al menos, algo de comprensión por tu parte. ¡Me utilizaste...! ¿Por qué tendría que volver a confiar en ti? Pero lo hice. ¿Sabes por qué? Porque me di cuenta de que todos cometemos errores y merecemos una segunda oportunidad. Yo te la di. Lo nuestro es demasiado importante como para rendirse sin más.

Tal vez Daniel llevara razón, estoy seguro de que sí, pero yo necesitaba que se fuera. Dejar de verla y de tenerla tan cerca me serviría para pensar con más claridad.

—Vete. No lo pongas más difícil. Ahora no vamos a arreglar nada —inspiré fuerte, llenando el pecho de aire y lo solté—. No sé si alguna vez podremos tener otra oportunidad —terminé, sincero. Me conozco. Estoy

seguro de que a mi orgullo le costará olvidar y superar.

—No digas eso —sollozó entre lágrimas. Juro que sólo tuve ganas de acercarme, secar sus lágrimas y besarla en la mejilla, prometiéndole que todo se arreglaría, que buscaríamos una solución, pero no lo hice. Prometer algo, sabiendo que sería imposible de cumplir, nunca es buena idea. La decepción que sentía no desaparecería de la noche a la mañana. Tal vez no se iría jamás.

Ella se fue.

Y yo... me perdí.

Y aquí estoy ahora. Sentado en mi despacho desde las ocho de la mañana tras el peor fin de semana que recuerdo en años, tratando de dirigir un imperio que me ha dejado de importar, agarrado a la mesa con todas mis fuerzas, intentando no salir corriendo en su busca para decirle cuánto la amo, rodearla con mis brazos y no soltarla más. Y no sé muy bien por qué no lo hago. Dani es lo que deseo, es lo que siempre he buscado sin saberlo. Nunca ha entrado en mis planes compartir con otra persona el resto de mis días, me gusta la soledad, pero, desde que la conozco, no concibo el futuro de otra forma que no sea con ella, caminando de la mano. Incluso, aunque antes nunca lo había pensado, creando nuestra propia familia. Teniendo hijos. Envejeciendo a su lado.

Orgullo. Mal consejero. No me deja actuar como me dicta el corazón, como realmente quisiera. Me gustaría decirle que puedo olvidarlo todo, que la perdono como ella lo hizo conmigo, pero que no es ésa la razón por la que lo hago. Es porque la amo. Porque aceptar los errores de la otra persona forma parte de aceptar también los tuyos. De admitir y reconocer que no somos perfectos. Ni ella ni yo. Nadie lo es. Y que superar las pruebas que la vida pone en nuestro camino nos hará crecer como personas y como pareja. Pero las cosas no son tan fáciles. Y yo aún no he aprendido a perdonar.

Álvaro vino a verme el sábado por la tarde para intentar arreglar las cosas y sólo las empeoró. No deseo recordar la conversación. No es grato admitir que me dolía hasta mirarle. Nos dijimos cosas horribles que dos hermanos no deberían decirse jamás. Lo eché del ático justo antes de que mis ganas de matarle sobrepasaran el límite de lo tolerable y nos enzarzáramos en otra pelea en la que yo pudiera volver a partirle la nariz o él supiera

golpearme justamente sobre las costillas astilladas el día anterior.

Suena el teléfono fijo y pulso el botón del manos libres, cabreado.

—Señor, su avión estará preparado dentro de una hora —la voz de Natasha me recuerda que tengo que viajar a Múnich. Llevo dos semanas posponiéndolo—. Ramón de la Rosa le espera en el aeropuerto. Su chófer le aguarda abajo.

—Gracias —cuelgo y me pongo de pie. Voy hasta el armario y cojo la chaqueta y el abrigo. Me los pongo mediante actos reflejos. Mecánicamente. Sin pensar demasiado. Me despido de mi secretaria y le doy las últimas instrucciones. Bajo en el ascensor, afortunadamente, solo. Salgo del edificio y la brisa fría de la mañana me despierta lo suficiente para hacerme reaccionar.

Soy el CEO Alejandro Fernández Llorens, muchos puestos de trabajo y familias dependen de mí, de mis decisiones y de mis actos. Tengo que olvidar lo que ha pasado y centrarme en lo importante. Ahora lo único que me importa es que las reuniones en Múnich salgan como espero y que la fusión no se haga eterna y nos cree problemas. Podría perder mucho si esto no sale bien. Todos podríamos perder.

Miro a un lado y a otro, no sé si esperando encontrarla. Camino hasta el coche y Carlos me da los buenos días, mientras me abre la puerta. Le respondo con una sonrisa forzada, reír es lo último que me apetece, y tomo asiento en la parte de atrás, justo cuando comienzan a caer unas gotas de lluvia sobre el cristal. Compruebo la hora en el *Rólex* que rodea mi muñeca izquierda. Son exactamente las 9:31 horas cuando mi chófer deja atrás la Torre de Cristal.

\*\*\*

El domingo me levanté a las doce de la mañana. Recordaba muy poco del fin de semana. Lo había pasado llorando y rumiando mis penas dentro de mi habitación. No escuché a Sara rondar por el piso en esos dos días. Creo que ni siquiera el viernes durmió allí. Nuestra casa es pequeña, una caja de cerillas reconvertida en un lugar habitable, y puedo asegurar que estuve sola.

No la llamé para preguntarle dónde se había metido. Suponía que se escondía en casa de Roberto, esperando a que se le pasara el enfado y enfrentarse a mí con los nervios más aplacados. Y había tomado la decisión correcta. Yo no tenía fuerzas para la charla que nos esperaba. El viernes salí de casa de Alejandro con el alma a los pies. Desolada. Sentía que después de él, como dice Alejandro Sanz, después de él no habría nada. ¿Por qué me curó el corazón herido, si hoy me dejaba de nuevo el corazón "partío"? Escuché esa canción una y otra vez en el *iPod* durante todo el fin de semana, convirtiéndose en el himno que me ayudaría a aprender a odiarle y así, con el tiempo, dejar de quererle como le quiero. Porque me curó y después me volvió a partir en dos. Ayudar a olvidarle. ¿A quién quería engañar?

No comí, no bebí, no dormí. Traté de no dejarme llevar por la desolación y de no ahogarme entre mis penas. De vez en cuando, iba al baño a vomitar. Lloraba hasta que no podía más y me quedaba medio dormida en un estado de semiinconsciencia. Y vuelta a empezar. Ya conocía esa espiral de acciones y no llevan a nada bueno. Así que el domingo por la tarde decidí hacer acopio de todas mis fuerzas, me obligué a darme una ducha y comer algo. En esas estaba cuando la puerta de la calle se abrió. Sara entró y dejó una pequeña bolsa en el salón. No recordaba que se hubiera pasado a recoger nada. O quizá no me había dado cuenta.

—Hola —dijo, tocándose la frente y retirándose el pelo, despacio. Me miró a los ojos, arrepentida, y yo hice exactamente lo mismo.

—Hola. Me alegro de que estés aquí —respondí, totalmente sincera. La había echado mucho de menos. Salí de la cocina y paré frente a ella.

—Lo siento. Lo que dije... no lo sentía. No...

—Lo sé —la frené antes de que volviera a recordar todas las cosas que nos habíamos dicho el día de mi cumpleaños en la cocina de Alejandro—. Yo tampoco pienso esas cosas sobre ti.

—Estaba enfadada. Me cuesta imaginar que te mudes a otra ciudad.

—Podremos vernos a menudo. Vendré siempre que pueda. Además, no me iré hasta dentro de un mes.

—Es en serio. Lo tienes decidido —una mueca de dolor y decepción cruzó su rostro, pero no leí ningún tipo de acritud o reproche en sus palabras. Asentí sin dejar de mirarla—. Está bien, lo entiendo.

—Ahora más que nunca necesito alejarme de aquí. De todo. Durante un tiempo.

—Prométeme que volverás —susurró con la voz entrecortada por la emoción. Una lágrima comenzó a rodar por su sonrosada mejilla. Caminé hasta ella y la abracé. Yo tampoco quería irme, pero no encontraba otra solución. Cambiar y crecer profesionalmente. En eso me iba a centrar a partir de ahora.

—Claro que volveré —lloré yo también junto a su oído.

Y aquí estoy ahora, mirando mi reflejo en el espejo del cuarto de baño de nuestro diminuto piso, el lunes a las ocho de la mañana, tratando de inventar una excusa para no tener que aparecer por la oficina. Ni siquiera tendría que mentir, en realidad no me encuentro bien. Llevo todo el fin de semana con el estómago revuelto y no he conseguido que mi cuerpo tolere otra cosa que no sea agua y unas pocas manzanas. Me animo una y otra vez y me digo que es lo mejor. Responsabilidad. Eso necesito para afrontar todo lo que viene ahora. Me visto con un pantalón de traje negro y una chaqueta gris. Camisa blanca y zapatos de tacón rojos. El pelo suelto, un poco ondulado, y los labios a juego con los tacones. Cojo un taxi hasta el *skyline*. Estoy un poco mareada y además llego bastante tarde. Evitar un encontronazo con cualquiera de los jefes es una prioridad ahora, llegar con retraso no es buena idea. La suerte que me acompaña últimamente (ironía a espuertas) hace acto de presencia y comienza a llover justo al bajar del taxi. Karma, gracias por acordarte de mí y no abandonarme (más ironía).

Saco el teléfono del bolso y miro la pantalla. Son las 9:32 de la mañana cuando entro en el vestíbulo de la Torre de Cristal y saludo al vigilante de seguridad. A esta hora el *hall* es un hervidero de personas trajeadas que entran y salen con prisas, hablando por teléfono o concentrados en algún tipo de *iPad*. Miro a mi alrededor, nerviosa. Me gustaría desaparecer, sin embargo, sé que esa no es la solución. Me repito una y otra vez, mientras subo en el ascensor, que enfrentarme a lo que la vida me tenga preparado es lo mejor. Afortunadamente, no veo a Alejandro ni a Álvaro en todo el día. Victoria nos informa, con todo lujo de detalles, durante la comida, que Alejandro estará en Múnich toda la semana y que Álvaro ha viajado a París. Lo agradezco. No sabría cómo comportarme delante de ninguno de los dos.

De vuelta a casa, llego a pensar en no volver al trabajo. Ahora dinero

no me va a faltar, sin embargo, me doy cuenta de que me presento en *MKD* esa mañana por motivos mucho más complicados. Es una forma de decirle al mundo que no va a poder conmigo. Que he aprendido, crecido y no voy a ahogarme en el agujero negro al que una vez caí y del que tanto me costó salir. Levantarme cada día e ir a la Torre de Cristal se convertirá en una declaración de intenciones. Subo al piso y llego al baño justo a tiempo de vomitar la comida dentro de la taza del váter. Los tallarines a la parmesana no me han sentado bien. Llego a mi dormitorio a duras penas, y eso que sólo lo separan tres metros del aseo. Caigo en la cama, bastante mareada, y una idea cruza mi mente dejándome sin respiración. Ya me había sentido así hacía algunos años atrás. ¿Podría ser posible? Claro que puede ser. Lo aprendí a los doce años, cuando mi padre me encerró en una habitación y me habló de lo que significaba hacerse mayor. Y no dijo nada sobre pagar la hipoteca ni sobre los horarios laborales que tendría que cumplir ni las responsabilidades en general. Se centró en un tema en concreto. Casi muero de la vergüenza aquella tarde.

Me levanto de la cama y me dirijo al cuarto de baño. Abro temblorosa el mueble que cuelga de una esquina de la pared y busco la prueba de embarazo que Sara compró hace casi un año, creyendo que estaba embarazada. El período le bajó justo antes de que la abriéramos. Ella quería tirarlo y no tener que recordar ese mal trago cada vez que lo viera. Le dije que yo me encargaría y lo guardé detrás de unos botes de crema protectora. No sé por qué lo hice, nunca creí que lo pudiera necesitar. Respiro hondo varias veces con la prueba en la mano. Todo va a salir bien. Pase lo que pase. Independientemente del resultado. Lo dejo sobre el lavabo y lo miro durante unos segundos. Salgo a la habitación, cojo el móvil por si tengo que llamar a emergencias a que vengan a hacerme la reanimación cardíaca y vuelvo al baño. Cierro la puerta con el pestillo y dejo caer la espalda sobre la madera. Entorno los ojos y lleno los pulmones de aire. Lo suelto despacio mientras camino hasta mi destino. Cojo el test de embarazo con las manos, rompo el plástico que lo cubre y saco las instrucciones de uso. Sacar palito. Mear palito. Esperar tres minutos. No es tan difícil. Busco el cronómetro en el *iPhone* y lo dejo preparado. Tiro de una pequeña solapa y saco el tubito. Un par de lágrimas se escapan de entre mis ojos mientras me bajo el pantalón y me siento sobre el inodoro.

Sólo tengo que esperar ciento ochenta segundos para comprobar cuánto puede cambiar mi vida a partir de este momento, o no. Cierro los ojos



y me repito a mí misma, una y otra vez, que lo más probable es que salga negativa. Quedarse embarazada es muy complicado y yo tomo precauciones. Jamás he dejado de tomar una pastilla. ¿O sí? Ha habido días en los que me he olvidado hasta de comer, no es tan descabellado pensar que he podido olvidar ingerir una diminuta puta pastilla. ¿Hasta ahí ha llegado mi desidia? Pongo el cronómetro y comienza la cuenta atrás.

### ***Tres minutos.***

Miro el prospecto de nuevo. Leo: una raya, negativo; dos rayas, positivo. ¿Cómo puede ser positivo quedarme embarazada en esos momentos? Bajo la taza del váter y me siento, me agarro la cabeza entre las manos y cierro los ojos, imaginando que no es verdad, que sólo me encuentro atrapada en una de mis pesadillas y pronto despertaré sobre la cama de Alejandro, con sus brazos rodeando mi cintura y su calor envolviendo mi cuerpo y mi corazón. Es sólo una pesadilla que está durando demasiado.

### ***Dos minutos***

Miro el reloj en la pantalla del móvil y sólo ha pasado un minuto. Me doy cuenta de que tengo un mensaje de *WhatsApp*. Es de Álvaro: «Dani, no sabría por dónde empezar. Siento tanto lo que pasó... Estoy muy preocupado por ti. Me hubiera gustado estar hoy en Madrid, pero no he podido postergar más el viaje. No volveré hasta el viernes. Dime que estás bien. Por favor, llámame». Cierro la aplicación y me vuelven a entrar ganas de vomitar. Comienzo a sudar y parpadeo varias veces, tratando de espabilarme. Abro el grifo, pongo las manos bajo el chorro y salpico con agua mi cara y mi cuello. Levanto la mirada y, a pesar de que estoy muerta de miedo, me reconozco en el espejo. Me veo. De una manera nítida y totalmente definida. Esa soy yo, una mujer fuerte que será capaz de afrontar lo que venga. He crecido, las experiencias que he experimentado a lo largo de toda mi vida me han hecho la persona que soy ahora. Lo que descubro en el reflejo en el espejo del cuarto de baño de nuestro diminuto piso, lejos de disgustarme, me agrada.

### ***Un minuto.***

Desbloqueo el móvil y contesto a Álvaro con un escueto «Estoy bien». Yergo el cuello, levanto el mentón y me doy cuenta de que, pase lo que pase, negativo o positivo, buscaré un lugar en el mundo. Un hueco donde estar. Donde encontrarme y crecer.

El lugar.  
Mi lugar.

*Cero.*

## AGRADECIMIENTOS

Muchas lágrimas he derramado (de alegría y emoción) desde que se publicó por primera vez “Un gin-tonic, por favor”. Ver que cada día llega a más lector@s que se emocionan con esta gran historia de amor y la publicación de la segunda parte de Clamores de Juventud me llena de felicidad.

Mi más sincero agradecimiento a todos los que me leéis, me acompañáis, me escribís y animáis con vuestros comentarios.

Estos últimos meses han sido tan importantes para mí que atesoro cada recuerdo en un lugar privilegiado de mi corazón.

Gracias a mis amigas por escucharme cada día y aconsejarme. Por sus ánimos y sus discusiones sobre cómo debe o no debe terminar esta historia. Rocío, Almudena, Bella, Rosa, Luisa, Vanesa, Inma..., gracias por acompañarme dondequiera que vaya y compartir lágrimas en cada presentación.

Gracias a mi madre por su impagable ayuda y a mi padre por escucharme, aconsejarme, corregirme... por todo y más.

Gracias a Ediciones Coral por confiar en mí. A Verónica por hacer realidad otro nuevo sueño y por escucharme siempre que lo necesito. Eres un sol.

Gracias a mis amigos, familia y acompañantes en cada presentación. Gracias a la Librería La Parada por apoyarme desde que todo esto comenzó.

Gracias a los que me empezáis a leer, a mi nueva familia de la red y a l@s bloggers y Youtubers que se interesan por lo que escribo.

Gracias a Juan González, un gran artista que de nuevo ha trabajado duro, junto con Ediciones Coral, para que el diseño gráfico de la portada quede tan maravilloso y bonito.

Y, por supuesto, gracias a mi marido, Dani, por su amor incondicional y entenderme cuando ni yo misma lo hago. Y gracias a mi niña, por sus «te quiero», por sus ganas de vivir, por sus «yo también quiero escribir», por... ser feliz.

Muchos nombres son los que ahora mismo me cruzan la mente. Manu, Esther y Yola (por aparecer de la nada y casi en barca en mi primera presentación). Mis amigas de toda la vida... Paqui, Mari Ángeles, Merce,

Estrelli, Tere, Auxi, Antoñito, José Javier, Pepe... por hacer especial un lluvioso día de febrero.

Gracias a mis amigos Jorge y Jose, a Más de Huelva que un choco, a las televisiones locales y todos los que ayudáis con la difusión en la red.

Y millones de gracias a ti, que me has animando con tu mensaje, a ti que lo hiciste con una reseña estupenda, a ti... que estás a punto de comenzar a leer este libro y empezar a soñar.

Gracias a los que habéis dado una oportunidad a esta historia escrita con el corazón. Sin vosotros, nada de esto tendría sentido.

ESTRELLA CORREA



Estrella Correa nace en Chucena en 1980, realiza estudios de Derecho y Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva, casada y con una hija, actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento.

Después de la excelente aceptación de su primera novela “Un gin-tonic, favor” (febrero, 2017), aspira a que la segunda parte de la trilogía “Clamores de Juventud” iguale o supere el éxito obtenido.